

La búsqueda de las raíces

Por Domingo García-Sabell

Domingo García-Sabell (Santiago de Compostela, 1908) es doctor en Medicina, académico de número, presidente de la Real Academia Gallega y profesor del Colegio Libre de Eméritos. Es autor, entre otras obras, de *Notas para una antropología del hombre gallego*, *Tres síntomas de Europa* y *Testimonio personal*.

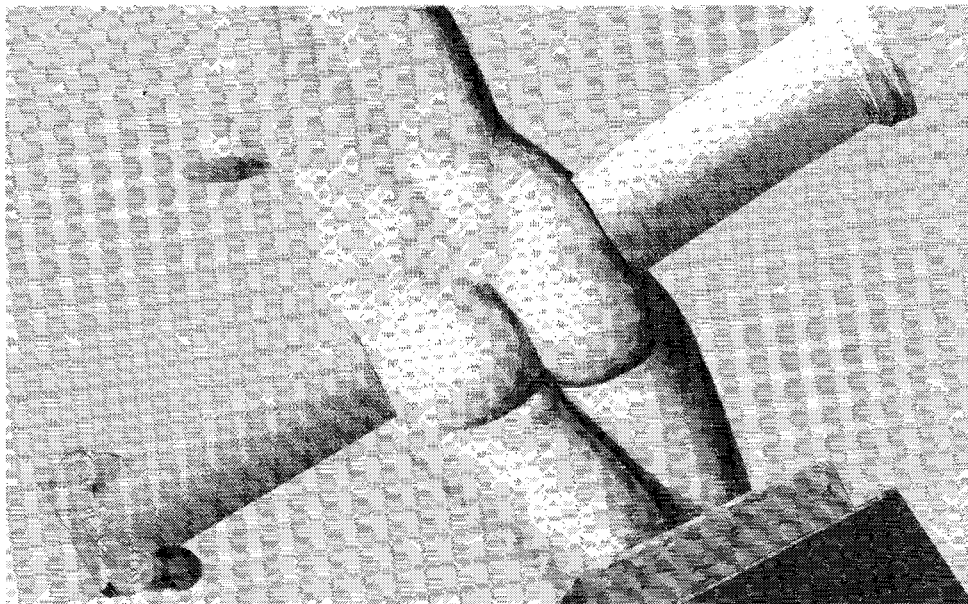
No es frecuente, ni mucho menos, dar con libros que nos aclaren ciertas dudas nunca del todo bien entendidas. Así ocurre con determinados antecedentes históricos referidos al manantial, al origen desde el que brotan costumbres y usos hoy muy vivos, en plena expansión y que por eso mismo, por su enérgica eficacia en la vida colectiva, se nos antojan originales, nunca vistos, sorprendentes, pero de los que suponemos que no han nacido sin más. ¿Dónde está el subsuelo? Teníamos apenas atisbos, casi siempre muy eruditos y, por ende, apenas accesibles al gran público.

Estos libros, infelizmente raros a pesar de su innegable utilidad, para que de veras resulten aleccionadores entre el gran público precisan llenar determinadas condiciones. Una, ser claros. Otra, ser breves. Y, finalmente, ser siempre rigurosos. No se trata, pues, de obras de divulgación, sino de obras de adoctrinamiento, cosa desde luego muy diferente.

Pues bien, estos presupuestos intelectuales vienen dándose de manera perfecta en las producciones escritas de un excelente investigador, Carlos García Gual. A él debemos muy diversos títulos en torno a grandes figuras del pensamiento griego y al modo estricto de entenderlas desde la base documental y lingüística más ceñida y más de primera mano. Quizá no nos hemos percatado todavía bien del servicio que este helenista viene haciendo al más amplio horizonte de la cultura española.

Acabo de referirme a la claridad, al rigor y, cómo no, a la brevedad.

Esta última característica es la que, según yo pienso, más debe llamar la atención del lector. ¿Por qué? Pues, sencillamente, porque no es fácil que un libro que cabe en el bolsillo se nos ofrezca tan repleto de notas, de advertencias y de aclaraciones como los de nuestro autor. Libros que pueden ser leídos en una o dos sesiones y que, sin embargo, cuando rematamos la lectura, salimos de ella enriquecidos, con nuestro fardel cultural generosa-



ALFONSO RUANO

mente abastecido. Libros de pequeño formato que casi no exceden las doscientas páginas, pero que equivalen, a no dudarlo, a difíciles y extensos centones especializados, a imponentes mamotretos apabullantes y desalentadores para la escasa afición lectora del país. Por eso, por eso mismo, cumple que el escritor, y más aún si es un «entendido», nos obsequie con la enjuta pequeñez escrituraria, textual y adoctrinadora.

Pero la empresa es todavía más ardua si consideramos los problemas, las cuestiones hacia las que García Gual enfoca sus luces discursivas. ¿Por qué? Porque, en el fondo, detrás de esas cuestiones disputadas—disputadas por muy pocos— se esconde otra de máximo perímetro y de máxima solvencia, a saber, insisto, la raíz—una de las raíces—de la Europa que nació hace más de dos mil años y que, en una u otra forma, ante nuestros ojos se nos presenta como un árbol de granados frutos.

Europa, árbol vivo

Bien sabemos que Europa ha sido posible porque, entre otras cosas—no olvidemos el suelo nutricio de Roma, ni el judeo-cristiano, ni el germánico—, Europa, digo, es el resultado de que un excepcional grupo de mentes geniales se hayan formulado esenciales preguntas: ¿Cuál es la sustancia, el ser unitario del universo? ¿Qué debe entenderse por Ser?

¿Qué es el hombre? ¿Qué hay después de la vida, si es que hay algo? ¿Qué perímetro operativo abarca la razón? ¿Cuál es la esencia misma de lo divino? ¿En qué radica su trascendencia? ¿El tiempo camina o está quieto?, etcétera.

De todo esto y mucho más, aquellas mentes nos hicieron el regalo de sus intuiciones, y de ese regalo, de sus rentas, todavía vivimos. Todavía somos algo así como los beneficiarios de un premonitorio testamento.

Por eso Europa, pese a todas las negatividades por las que hoy atraviesa, pese a todo lo hueco y el sin sentido de muchas de sus manifestaciones, está viva, esto es, posee capacidad de futuro. Si las preguntas permanecen vivas y palpitantes, las respuestas, las que se esperan, tendrán por fuerza que empalmar con esa permanencia.

Pero desarrollar todo esto nos llevaría hacia territorios de alto nivel, de nivel ante todo metafísico. No es ello el objetivo primordial de mis comentarios, aunque no me faltan deseos de continuar por este sendero partiendo del arranque que para ello facilitan los textos de García Gual. Otro es mi intento: divagar un poco en torno al último libro del profesor de Filología griega. Su título, *Audacias femeninas*.

La raíz erótica

La Hélade ha sido terreno propicio en el que tuvo lugar una vida erótica abierta y sumamente compleja. Y esto, sobre todo, en lo que se refiere a la actividad amorosa del varón. Quien lea el *Banquete* de Platón sabe muy bien a lo que me refiero; por ejemplo, a la desazonante vivencia tolerante y aun entusiasta de la pederastia. El amor, allí, en aquel eximio escrito, se nos muestra como un laberíntico paisaje hormigueante de sugerencias y valoraciones que van desde la faz ontológica del fenómeno hasta la más a tierra y vulgar de las exteriorizaciones físicas. En

el fondo, asistimos al despliegue de las virtualidades de la vida y a su abierto goce, a su polivalente goce, aceptador, indiscriminado. La borrachera de Alcibíades cuando hace su aparición en la grata reunión amistosa, puede ser el ejemplo concreto de lo que digo.

Así pues, la actividad amorosa de los griegos de aquel entonces era de un polimorfismo increíble. Y a mí me parece que una de las claves para entender sus múltiples manifestaciones estriba en una frase del *Banquete* que, traducida de manera sin duda correcta pero poco reveladora, anda por ahí. Me refiero al discurso de Agatón—una de las más hermosas defensas del amor— cuando señala que Eros es «*hygròs tò eídos*» o, lo que es igual, posee forma, o figura, o aspecto líquido. Con lo cual se admite que esa figura, que ese aspecto, no lo es en sí mismo, sino que depende del continente que la encierra. Cada ser humano es, pues, la vasija idónea—y este adjetivo viene aquí a cuento muy ceñidamente—; cada ser humano, digo, nos dará una versión, una realización de la pasión erótica según sus propios y personales límites constitutivos, según su específico horizonte vital. Pienso que de las versiones que yo conozco del texto insigne—que, por descontado, son muy pocas—, sólo la de Robin, en una breve nota a pie de página, hace mención a la propiedad «*ondoyant*», que significa, también, «*humide*». Y añade que «*L'Amour se "plie" aux contours de l'objet qu'il "embrasse" et il "s'infléchit" sur les reliefs de l'âme qu'il "traverse"*...» Y añade el comentarista que como de ese modo el amor se proporciona a lo que ama, así también realiza, mediante la proporción, la belleza.

No tengo la pretensión absurda, ni mucho menos, de entrar en valoraciones filológicas sobre la palabra «*hygròs*», y mucho menos después de las advertencias restrictivas que sobre la interpretación laxa de la misma ha establecido Guthrie. Mi propósito es más sencillo. Trato, simplemente, de traer al plano antropológico, y no metafísico, la justificación de la proteica vigencia de la actividad amorosa entre los testigos y buceadores contemporáneos de la vida griega cotidiana. Trato, en definitiva, de retrotraer al estrato de la realidad más común el dominio difuso de Eros. Y ello por una razón muy sencilla, a saber, porque desde ese estrato geológico a cielo descubierto es desde el que los libros de García Gual, y muy especialmente este que ahora comento, se nos muestran en su riqueza sugeridora.

Aquí tenemos, pues, las *Audacias femeninas*. ¿De qué se trata? Pues se trata, simplemente, de subrayar algo así como un inicial brote de erotismo, libre e independiente, de la mujer de aquellos lejanos tiempos. Y, lo que es aún más notable, de lo que eso significa como «*antecedente*», siquiera sea desconocido, de lo que hoy ocurre.

¿Y qué es lo que hoy ocurre? Ocurre, ni más ni menos, que estamos viviendo una auténtica revolución erótica, cuya esencia máxima puede caracterizarse por lo que yo he llamado, en un ya viejo ensayo, «*la suelta del*

En este número

Artículos de

Domingo García-Sabell	1-2-3	Pedro Laín Entralgo	8-9
Francisco Rodríguez Adrados	4-5	Miguel de Guzmán	10-11
Gregorio Salvador	6-7	Ramón Pascual	12

SUMARIO en página 2



Viene de la página anterior



La búsqueda de las raíces

sexo». Este fenómeno colectivo pretende, y sin que casi nunca sus protagonistas accedan a darse clara cuenta de ello, «aumentar la cantidad de persona» de cada cual. Mediante el artificio erótico parece que se consigue poner al descubierto, revelar y dibujar la «propia identidad». Pues la desmesura es el pedestal desde el que oteamos con nítidos perfiles los pliegues y repliegues de la persona profunda. Recordemos, una vez más, las proféticas y arcaicas palabras de Blake: «El camino del exceso conduce al palacio de la sabiduría.» La desmesura genesíaca es, a no dudarlo, la de energía más definidora. En ella, en su tirante límite siempre a punto de romperse, yace uno de los secretos de la auto-realización. Con todo esto, yo no aspiro a hacer apología de ninguna situación anómala. Intento solamente subrayar el vector de responsabilidad, de capacidad de decisión autónoma, de elegir un camino u otro; en suma, de realizarse cada cual en el ámbito de la libertad responsable.

Esta es, según yo la veo, la significación última, el sentido radical de tantas y tantas

distorsiones eróticas con las que constantemente vamos tropezando en la vida diaria. Y por eso a mí me parece que antes de hacer aspavientos, antes de los remilgos hipócritas y las pudibundeces farisaicas, lo que cumple llevar a cabo es intentar entender qué es lo que pasa por las mentes de nuestros contemporáneos para que, de pronto y masivamente, se hallen dispuestos a saltarse todas las reglas morales hasta hoy vigentes, para escándalo de los timoratos y para desconsuelo de los pesimistas.

Distorsiones eróticas

¿Y en qué consisten esas distorsiones eróticas? Según yo las veo, se nos aparecen en la llamada sexualidad de grupo, en la hipertrofia erótica –libros falsamente científicos, revistas pornográficas, exhibicionismo en los medios de comunicación y en los lugares de esparcimiento, diferenciación entre «perversión» y «fijación» libidinosa, admisión de variedades copulatorias (el «coital varietism»), las discretas «excursiones» sado-masoquistas («mild sado-masochistic forays»), las relaciones premaritales no prostituidas («non-prostitutional sex relations»), etc.–. Y no echemos en saco roto la caleidoscópica fenomenología del trans-sexualismo en todas sus formas –afeminamiento, travestismo, homosexualidad–, así como tampoco la laxa interpretación –laxa e interesada– de ciertos postulados freudianos básicos, por ejemplo, el de la primigenia falta de relación «entre el sexo del individuo y su elección de objeto», objeto sexual que, para Freud, es «la persona de la que parte la atracción sexual».

Todo esto, muy en esquema, es la entraña misma de esa suelta del sexo que todos estamos experimentando o, al menos, asistiendo a ella como testigos más o menos asombrados y desorientados.

Ahora bien, este magma erótico que ahora irrumpe incontenible en el horizonte de la cultura occidental no es una realidad que se nos aparezca así, gratuitamente, por una especie de rara generación espontánea. No. La avalancha del sexo tiene antecedentes, posee raíces. Y raíces que se hunden en capas temporales remotas. De ello es testimonio valioso este último libro de García Gual. Pero era necesario, antes que nada, resaltar ese clima, de erótica invasión tolerante que se da en

nuestra época. Sin el cual, por supuesto, los textos exhumados por nuestro helenista quedarían en una especie de vacío histórico, esto es, sin la dimensión precursora que, a buen seguro, les caracteriza.

Conviene, es necesario, por ende, pararnos en una realidad pretérita no conocida y, por tanto, no valorada por el gran público: los incipientes primeros pasos de la mujer griega para autoafirmarse, es decir, para conquistar, siquiera fuese de un modo embrionario, sus propios, sus específicos poderes de decisión erótica. En la época clásica, en la Atenas democrática, la mujer quedaba como enquistada, como encapsulada entre dos estrechas limitaciones: de una parte, el hogar; de otra, el silencio. En la introducción de *Audacias femeninas* –un prólogo atiborrado de sugerencias y de indicaciones bibliográficas muy atinadas–, en ese prólogo a la lectura del libro, bien nos describe García Gual aquel restrictivo, aquel asfixiante ambiente anti-femenino. Asistimos, a continuación, al cuadro de la época helenística, en el que, entre los aprietos de la política y el fragor de la guerra, van cobrando importancia existencial, esto es, importancia para la vida de todos los días, las profesionales del amor, las heteras: «La literatura... busca a las figuras... al margen del poder y la guerra y descubre a las cortesanas.» Al margen del poder y la guerra. ¿No contribuirá a esa hipervaloración de las cortesanas –y, evidentemente, de sus servicios– el clima de ansiedad violenta, de miedo, en una palabra, a una posible muerte inesperada? Los azares bélicos llevan, sin duda, al exceso amoroso, a la entrega polivalente y extremada, hacia ese sustituto de la trascendencia que es en sí misma la vivencia sexual. García Gual recuerda con acierto las versiones literarias finiseculares de esa efusión pasional, con Pierre Louys y Anatole France al fondo, e incluso con Blasco Ibáñez, virtuales reconstrutores románticos del helenismo decadente. Románticos y, cómo no, marcadamente eróticos. Pero, con todo, yo no me resisto a traer aquí a colación un testimonio poético de máximo porte por la pluma que le dio forma y por la amplitud antropológica de su visión. El autor, Valle Inclán. Los versos suenan así: «Detrás de la furia guerrera, / la furia de amor se exaspera». «Ya dijo el griego que la furia / de Heracles engendra lujuria... A mayor fiebre de terror, / mayor calentura de amor.»

De ese modo –y no fue el único– pudo haber nacido, en determinados confines históricos, eso que hoy llamaríamos movimiento de liberación de la mujer. Un movimiento que, de entrada, comienza por el uso enérgico y sin trabas de los encantos y las potencialidades amorosas del sexo femenino. Pero que, a partir de ahí, alcanza territorios no cerradamente femeninos en los que la mujer va a ser, por ventura, triunfadora indiscutida. Mas lo que para nosotros, lectores alejados de ese proceso por más de dos mil años de distancia, resulta conmovedor es asistir al empeño liberador de ciertas féminas que, envueltas o no en nieblas de descripciones más o menos fantásticas, nos impresionan por el fondo de verdad, por el sedimento de autenticidad que de sus figuras se desprende. Esas figuras sacadas de escritos del siglo II son Ismenodora, Leucipa, Melita y Tecla. De ellas dice García Gual, con gran tino y respeto a su definitiva realidad histórica, lo siguiente: «No sé si Ismenodora, Leucipa, Melita y Tecla han existido, pero es verosímil que haya habido mujeres así.» No cabe duda. La literatura puede inventar, de hecho inventa, de hecho lleva a cabo «figuraciones», pero eso que a veces se nos antoja fantasmagórico y aun arbitrario concluye indefectiblemente por dar razón de su propia, inalienable realidad. El escritor adelanta, constata y, en consecuencia, da fe anticipada. El escritor es en muchas ocasiones notario de sucesos noatos. Por eso es adivino. Por eso su trabajo, si es auténtico, ofrece siempre un colorido profético.

Así pues, los textos ahora redivivos en *Audacias femeninas* pueden resultar fantásticos; de hecho lo son. Pero no lo son los estratos históricos concretos que los condicionaron. Dicho de otra manera: el hito literario puede quizá no ser más que eso, hito, mojón, señalización de un camino. Con todo, el camino, el dinamismo, la fuerza motriz, la energía –y de eso sabían mucho los griegos–, es lo que importa. ¿Por qué? Sencillamente, porque ese desplazamiento de determinados valores sociales a favor de la mujer estaba ya, en realidad, marcado.

Conviene, sin embargo, no olvidar que uno de los personajes femeninos encerrados en las páginas de *Audacias femeninas*, Talestris, reina mítica, reina de las Amazonas, nos es devuelta a través de un texto medieval. De



Qué es

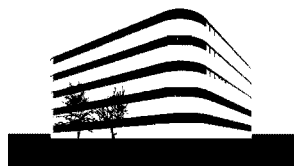
SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

SUMARIO

	Págs.
«La búsqueda de las raíces», por Domingo García-Sabell, sobre <i>Audacias femeninas</i> , de Carlos García Gual	1-2-3
«Una reflexión sobre historiografía», por Francisco Rodríguez Adrados, sobre <i>The Classical Foundations of Modern Historiography</i> , de Arnaldo Momigliano	4-5
«Escribir en Costa Rica», por Gregorio Salvador, sobre <i>Crisantema</i> , de Alberto Cañas	6-7
«Inagotable Cajal», por Pedro Laín Entralgo, sobre <i>El pensamiento de Cajal</i> , de Carlos Lorenzo Lizalde	8-9
«Una nación en peligro», por Miguel de Guzmán, sobre <i>Everybody Counts. A Report to the Nation on the Future of Mathematics Education</i> y <i>Moving Beyond Myths. Revitalizing Undergraduate Mathematics</i> , de varios autores	10-11
«¿Existe la realidad física?», por Ramón Pascual, sobre <i>Lo decible y lo indecible en mecánica cuántica</i> , de John S. Bell	12

Viene de la página anterior



todos modos, es una figura que interesa sobremanera al lector actual, según vamos a ver en seguida.

La luminosa introducción de la obra re-mata con unas consideraciones sumamente esclarecedoras de los propósitos de García Gual. Que no son otros que desechar todo lo meramente erudito, o estrictamente literario, para dirigir sus pasos intelectuales «a otro tipo de historia, menos rígida y menos fría, que aproveche lo que los textos literarios tienen de documentos sobre una manera de pensar y sentir al margen de los temas y normas dominantes».

Los comienzos

Vayamos, pues, ahora nosotros a lo que pueda ser, como germen, esa «manera de pensar y de sentir» extramuros de lo gregariamente admitido. Creo que la excursión, la mínima excursión, bien valdrá la pena.

Por de pronto, lo primero que salta ante la atención del lector es algo así como un difuso clima de inicial suelta de todos los ligámenes que ataban a la mujer —y también, y a pesar de todas las apariencias, al hombre—. Pero aquí cumple hacer una somera distinción, a saber, entre lo plenamente conseguido y aquello que sólo es esbozo, atisbo de futuras liberaciones. En *Leucipa y Clitofonte* asistimos a una boda que es consecuencia de la auténtica decisión de los novios y no del arreglo previo, y sin consentimiento de los amantes, concluido por los padres de ambos enamorados. Por otra parte, en la novela de Aquiles Tacio nos sorprende el aire ríjido y desenvuelto de la narración, cosa que ya en tiempos fue más o menos denunciado. Un detalle curioso: Clitofonte se encuentra recluido en la cárcel. Allí acude Melita. Y Melita se insinúa, aún más, inicia el encuentro amoroso. El protagonista lo narra con espléndida sencillez: «Y ocurrió cuanto Eros quiso que ocurriera, sin que precisáramos de cama ni de ningún otro pertrecho habitual en el rito de Afrodita». Recordemos de nuevo la afirmación de Agatón en el *Banquete* platónico: «Eros tiene figura líquida». Y convengamos en que la urgencia amorosa de Melita y Clitofonte no exigió, como ocurre de solito, comodidades complementarias. Viene a mi memoria el magnífico verso de Góngora: «A batallas de amor, / campo de plumas». Aquí la batalla, por su temple histórico, posee todas las características que anuncian y desvelan nuevos tiempos, nuevas costumbres. «Amor es maestro de sí mismo», afirma Clitofonte en tan placentera circunstancia. Pues bien, esa despreocupada capacidad de acoplamiento, allí sólo fugazmente ejercida, va a ser más adelante —en nuestro tiempo— la gran descubridora y la gran colonizadora bilateral de un vasto paisaje genésico hasta entonces apenas entrevisto.

Veamos algún caso. Para sorpresa nuestra, aparece ante nuestros ojos algo así como un primario esbozo del intercambio de parejas, esto es, del ejercicio de la sexualidad de grupo. Tersandro está dispuesto a ceder su esposa a Clitofonte con tal de poder él recibir los favores de Leucipa, ahora convertida en involuntaria esclava.

Y Tecla, de extraordinaria belleza, para seguir a San Pablo se corta la cabellera «y se viste como un muchacho». Su atuendo y su renuncia a los aderezos femeninos hace que en un punto de la narración novelesca se muestre el decidido propósito de dejar atrás el propio, específico sexo. Agudamente lo hace notar García Gual: «ahora es como si quisiera borrar la distinción entre los sexos». Cabalmente, esto es lo que otorga al gesto de Tecla su carácter premonitorio, sólo premonitorio, y además obligado, pues bien sabido es que casos análogos de travestismo femenino se citan con abundancia en todas las li-



ALFONSO RUANO

teraturas. Pero en este caso particular algo se nos antoja nuevo, ya que todo señala a que más que pasar confundida con un varón, la heroína lo que pretende es borrar la diferencia entre ambos sexos. Algo que se oculta, como pretensión inconsciente, en los hondones del alma de quien practica el travestimiento.

Tecla se nos aparece, al fin, rodeada de muchachos y muchachas, pero ella mantiene el disfraz masculino. Y como señala G. Dagrón en su espléndida introducción a la *Vida y milagros de Santa Tecla*, del siglo V, que García Gual cita, tres vectores definen la actitud de la Santa: el rechazo, la negación, de la sumisión al sexo masculino, a la que se suma el repudio de la maternidad; la solidaridad de las mujeres entre sí y «la abolición de la diferencia», se entiende la diferencia entre los sexos. Tecla es elocuente, persuasiva, dinámica —ella se bautiza a sí misma sin que intervenga Pablo—. En suma, el relato de la vida y hazañas de Tecla rezuma eficacias de autonomía existencial. Libertad para disponer —para no dejar que dispongan— del propio cuerpo. Libertad para trastocar la apariencia genérica. Libertad de decisión en todo momento. Libertad, en definitiva, para autoafirmarse. Estamos ahora lejos de las restricciones sexuales de tipo religioso, aun cuando en Tecla ése haya sido el motivo desencadenante de su trastrueque erótico. Algo hay en esa vida, algo hay en esa extraña y enérgica criatura, que nos la muestra con un innegable halo precursor. Es una aureola que, como todo lo que se adelanta a lo convencional, advierte sin proponérselo y alecciona sin aparente magisterio. Ella no podía, evidentemente, adivinar lo que iba a venir después. Ni por asomo. Ella estaba embarcada en una aventura espiritual trascendente. Pero al lado de esa enfervorizada «dynamis» mística caminaba, con pasos lentos y apenas perceptibles, otra cosa de más amplio perímetro. Esa otra cosa, vamos a decirlo de una vez, esa otra cosa es lo que hoy, lo que ahora mismo, bautizamos con el calificativo de revolución sexual. El clásico «sigé kai tò eremeín», el recluirse en el hogar y permanecer en silencio, quedó, así, abolido. Queda, hoy, totalmente abolido.

Resumamos. Esto, justamente esto, es lo que concede a los relatos revitalizados por el afán estudioso de García Gual actualidad

viva. He aquí, pues, cómo unos textos venerables por su antigüedad, se nos aparecen a nosotros, lectores de nuestro tiempo y, por ello, curados de cualquier espanto e inesperada sorpresa, como testimonios de un pasado nunca muerto y enterrado.

El fondo del problema

Mas con todo sería menester, desde este instante, plantear una última inquisición, a saber: ¿y cuál es la más radical, la más extremada razón del cambio en el que nos encontramos sumidos y del que Ismenodora, Leucipa, Melita y Tecla son algo así como las adelantadas, como las buscadas raíces nutricias? Para contestar a esta ineludible pregunta es menester ir al fondo del problema. Y el fondo del problema no está en lo que se hace con el sexo, sino en las razones que conducen a ese hacer, a ese desmesurado hacer erótico.

Pero aquí comienza la desorientación. No sabemos a ciencia cierta qué es lo que ocurre en los senos del alma actual para que el individuo se lance, con furia no controlada, al asalto de todas y cada una de las clásicas defensas del sexo. ¿Inoperancia de ciertos valores fundamentales ligados a la vivencia religiosa? ¿Conciencia de crisis en un final de época y, por consiguiente, afán incontrolado de goce universal? Creo que nadie podría decidirlo. Y a las pruebas me remito. Desde que Sade abrió la espita de la lujuria, nada o casi nada de sustancia ha sido dicho en torno a tan inquietante problema. Pues en Sade había un componente de crueldad absoluta que no es

lo definitorio del erotismo de nuestro tiempo, de ese posible erotismo que las figuras femeninas dibujadas por García Gual nos anuncian.

Bataille unió el sexo con determinadas angustias metafísicas. Lawrence lo convirtió en el único método para lograr una completa comunicación existencial. Henry Miller se esforzó en demostrarnos, con radicalidad desvergonzada, que el sexo no debe funcionar en el vacío, es decir, sin la ayuda indispensable del amor. Lo que él hizo, en consecuencia, fue poner al aire, con lúcida objetividad, ese «funcionar en el vacío» de la vivencia erótica.

Pero todo ello apenas si nos ayuda a entender en su significación profunda la incógnita humana de la «suelta del sexo» actual. Son aproximaciones, rodeos, nunca conquistas definitivas. Quizá necesitemos todavía un máximo rigor especulativo para acceder a la cima del fenómeno, a cuya escalada habrá que convocar a filósofos, antropólogos, sociólogos, teólogos, historiadores y psicólogos. Carlos García Gual nos ofrece una primera cordada. Su libro es la primera estación de base. Necesitamos, sin duda con urgencia, salir de la simple «opinión». De esa «opinión» que, como ya advirtió Husserl, condicionó su «despectiva coloración» («die verächtliche Färbung der "dóxa"»).

El profesor García Gual, con su breve y en apariencia sencillo libro, cumple un servicio interesante y valioso. Sepamos ver sus alcances. Y, cómo no, su reflejo, su curioso reflejo en la vida de hoy.

Cuando esto se cumple, el libro no es mera erudición curiosa. Es tornasolado de vida verdadera.

RESUMEN

Se admira García-Sabell de que libros tan breves y aparentemente rápidos de leer, como éste que comenta, del helenista Carlos García Gual, contengan en su interior tal caudal de sugerencias, que le llevan a reflexionar, en

su artículo, en torno al mundo de la mujer, la actividad amorosa en la antigüedad, el impulso erótico del ser humano y otras cuestiones de ayer, que siguen estando vigentes hoy.

Carlos García Gual

Audacias femeninas

Nerea, Madrid, 1991. 128 páginas. 1.190 pesetas.

Una reflexión sobre historiografía

Por Francisco Rodríguez Adrados

Francisco Rodríguez Adrados (Salamanca, 1922) es catedrático emérito de Filología griega de la Universidad Complutense de Madrid y presidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos. Creador de una escuela de helenistas y lingüistas, dirige las revistas *Emérita* y Española de Lingüística, el Diccionario Griego-Español y la «Colección Alma Mater de Autores Griegos y Latinos».

Es éste el último libro del profesor Momigliano, uno de los más ilustres representantes de la Ciencia de la Historia de la Antigüedad, que falleció en 1987. Condensa en él la quintaesencia de sus reflexiones sobre la historiografía antigua y, en conexión con ella, sobre toda la historiografía.

Merece la pena decir algo sobre la historia del libro. El profesor Momigliano, de origen judío, fue expulsado en 1936 de su cátedra de la Universidad de Turín. Fue seguidamente profesor en Oxford y Londres, y en el curso 1961-62 recibió el encargo de impartir las prestigiosas «Sather Classical Lectures» en la Universidad de California. Para esta su primera experiencia americana —luego fue hasta su muerte profesor de la Universidad de Chicago— eligió el título que figura hoy en la portada del presente volumen. Pero no quiso publicarlo nunca. Constantemente lo retocó y proyectó mejoras y ampliaciones.

El libro, como ahora aparece, representa el último estadio de su pensamiento tras una serie de reelaboraciones. Pero en ningún caso tiene el aspecto de notas desorganizadas, repetitivas o contradictorias: la redacción es precisa, perfecta. El pensamiento, coherente.

Falta, únicamente, una amplia bibliografía, como el autor proyectaba. Este es un libro que presupone erudición, pero no es propiamente un libro erudito. Es un libro de reflexión sobre la historiografía antigua y la medieval, renacentista y moderna. Algo así como una síntesis de una vida de trabajo.

Lo que interesa es el engarce de la historia griega con sus precedentes persas (que también lo son de la judía) y con sus derivados (la historia romana y la de una serie de pueblos sucesivos), incluida la historia eclesiástica. Y el análisis de los diversos tipos de historia que cultivaron los griegos, con la evolución posterior de la historiografía.

Investigación crítica

Es la historia que cultivaron los griegos a partir de Hecateo, con Heródoto, Tucídides y Polibio muy concretamente, pero también con los etnógrafos, geógrafos, anticuarios, etc., la que creó toda la historia posterior en cuanto investigación crítica.

No tenía este carácter la historia persa en la medida en que podemos conocerla y que, como decimos, influyó en la griega y la judía. Comprendía (cf. págs. 5 y ss.) crónicas, el autoelogio de los reyes, como el de Darío en la roca de Behistún (si es que esto es historia), relatos novelescos y autobiográficos de tradición mesopotámica. Ni tenía ese carácter la historia judía que podemos entrever a través de ciertos libros de la *Biblia*, como los de Ezra y Nehemías: no hay aquí lugar para la crítica y pronto el interés mismo por la historia desaparece. La historia judía escrita en griego es cosa, nos dice Momigliano (página 24), de la civilización griega. Aunque haya puntos comunes entre la historia griega y la judía, puesto que ambas reafirman el ser de las dos naciones por oposición a los persas.

Allí donde hay historia crítica, que estudia el pasado por su relevancia para el pre-



ANTONIO LANCHO

sente, hay influjo griego directo o indirecto. Pero junto a esta idea, que es obvia. Momigliano desarrolla otra que es un correctivo. Fue Tucídides quien redujo el concepto de la historia al relato de los hechos políticos y militares. Durante mucho tiempo era esto lo que se tenía como historia: así fue fundamentalmente la historia romana, con Salustio, César, Livio, Tácito, Amiano Marcelino. Así la historia de las distintas naciones a partir de la Antigüedad tardía y luego desde el Renacimiento.

Tucídides, un historiador de cuyo estilo no gustaban los clasicistas y que fue poco estudiado hasta el siglo XVIII, fue, sin embargo, decisivo para la concepción de la historia en la posteridad, sobre todo por intermedio de Polibio y de los historiadores romanos. Aunque se le añadieran una serie de puntos de vista nuevos.

Pues bien, Momigliano hace ver que por grandes que fueran (y son) las aportaciones

de Tucídides (investigación de las causas superficiales y profundas, análisis racional de los hechos, interés por los temas contemporáneos, etc.), esta línea no es la única en la historia griega. Heródoto, más primitivo en muchos aspectos, aporta investigaciones sobre geografía, etnografía, instituciones, cultura material que, a partir de Tucídides y con excepciones como Timeo (criticado por ello por Polibio), se separaron del estudio propiamente histórico. Tucídides profundizó, pero también empobreció el concepto de historia. Ensayos diversos de Jenofonte (*Ciropeya*, *Agésilao*, *Anábas*) y de Tácito (*Germania*, *Agricola*) no alteraron el panorama.

Una de las aportaciones del presente libro es hacer ver que, precisamente para compensar ese empobrecimiento, se crearon en Alejandría las ciencias anticuaras, desarrolladas luego en Roma por Varrón sobre todo. Si la línea de Heródoto se hubiera continuado

—opina—, habría sido innecesaria la creación de estas ciencias.

En todo caso, frente a la organización cronológica de los hechos, los anticuarios crearon una organización sistemática: así, en la *Antiquitates rerum humanarum* y *Rerum divinarum* de Varrón.

Estos anticuarios son los predecesores de los que florecieron en Europa desde que en 1583 J. Rossfeld (Rosinus) publicó sus *Romanarum antiquitatum libri decem*. Las dos líneas de investigación, la histórico-cronológica y la anticuario-sistemática, permanecieron separadas incluso en Mommsen. Luego se fundieron, reconstruyendo en cierto modo una historia más amplia, a la manera de Heródoto.

Es importante la valoración que de los anticuarios antiguos y modernos hace Momigliano, que los coloca como los verdaderos predecesores de ciencias como la Sociología, Mitografía, Historia de las Religiones, Arqueología, etc. No oculta que los historiadores antiguos tenían pocos medios para investigar el pasado que siguió a momentos originales más bien míticos. En cambio, los anticuarios pisaban en terreno sólido y desbordaban el interés puramente político. Recuerda que en 1587 Antonio Agustín afirmaba que «ninguna cosa es más digna de fe que una moneda romana». Y pone en conexión el movimiento, en época moderna, con la filosofía escéptica de Sexto Empírico.

Continuidad sustancial

Así, el libro pone de relieve tanto la diferencia entre la historia griega, la persa y la judía como la continuidad sustancial que hay desde ellas hasta el momento presente. Afirma que se trata de verdadera historia y se dedica a demoler las vagas generalizaciones que dicen que los griegos no tenían un concepto de lo histórico o que para ellos el tiempo era circular. Pero también hace ver las insuficiencias de la historia griega y las diferencias que hay entre unos y otros historiadores.

Así, entre Hecateo (el primer historiador crítico) y Heródoto, entre Heródoto y Tucídides, como hemos dicho. Introduce luego aportaciones importantes, como el concepto de la Historia Universal en Eforo. Y el concepto de la historia nacional en Fabio Pictor y la historia romana.

Este último es un tema especialmente importante sobre el que conviene que nos detengamos. Hecateo sólo reluctantly se unió a la rebelión contra los persas y era «philobárbaros». Para él y para Heródoto (otro «philobárbaros»), lo griego sólo se define como tal por oposición a lo asiático. Y no hay propiamente una historia griega. Menos en Tucídides, que trata de un suceso limitado, la guerra del Peloponeso, a propósito de la cual aparecen, ciertamente, los conflictos y las alianzas entre las distintas ciudades griegas. Ni hay una historia griega en Polibio. Pero sí hay una historia romana en Fabio Pictor, que escribió entre el 215 y el 200 a. C. y escribió en griego.

Los historiadores griegos (Timeo entre ellos) fueron su modelo: trató de complementarlos en la medida en que no trataba de cosas romanas. Hizo como Manetón y Beroso, que escribieron en griego de cosas egipcias y caldeas; o Josefo, de cosas judías. Todos ellos crearon las historias nacionales, pero el invento decisivo fue el de Fabio Pictor, que unió, por otra parte, datos tomados de la tradición romana (cantos de banquete y anales).

Posteriormente, en Roma, según queda dicho, la historia que se escribió recibió un fuerte influjo de la historia puramente política



Viene de la página anterior



ANTONIO LANCHO

de Tucídides y sus seguidores; pero sus autores aportaban esto de nuevo: que escribían historia romana.

Momigliano describe muy bien (págs. 80 y ss.) el resurgir de las historias nacionales en el Renacimiento: historias de Florencia, Venecia, Milán, Bohemia, etc. A veces se mezclaba la vena etnográfica: así, en el *Italia Illustrata*, de Biondo; la *Britannia*, de Camden; el *De rebus Hispaniae memorabilibus*, de Lucio Marineo Siculo. Y hay que recordar los precedentes, al fin de la Antigüedad o comienzos de la Edad Media, de Jordanes, Beda, Gregorio de Tours, etc.

Hay que añadir, todavía, la historia eclesiástica, fundada por Eusebio de Cesarea y concebida como la historia, también, de un pueblo, el pueblo cristiano. Nuestro autor describe muy bien su desarrollo, que en Occidente sobre todo se hizo problemático: era difícil distinguir entre una historia «externa» de la Iglesia (con las luchas políticas y aun militares, las intrigas y cuestiones personales) y una «interna», relativa a la historia del dogma y la teología. Los dos aspectos se entremezclan, muchas veces, de forma inextricable.

Independiente y completo

Estas son las líneas y las ideas fundamentales del libro. Este está dividido en seis capítulos, a los que hemos aludido ya, pero cuyos títulos recogemos: I: «Persian Historiography, Greek Historiography and Jewish Historiography»; II: «The Herodotean and the Thucydidean Tradition»; III: «The Rise of Antiquarian Research»; IV: «Fabius Pictor and the Origins of National History»; V: «Tacitus and the Tacitist Tradition»; VI: «The Origins of the Ecclesiastical Historiography».

Cada uno de ellos combina un estudio profundo del tema propiamente dicho con

otro relativo al influjo en la posteridad, al juicio de ésta; sobre todo, sobre los méritos de Heródoto, Tucídides y Polibio y sobre Tácito. Es, realmente, un estudio independiente y completo el que el autor hace sobre las investigaciones anticuarias a partir del Renacimiento y sobre toda la Historia Eclesiástica.

A lo largo de todo el libro, una erudición de que no se hace gala, pero que está en el fondo de todo, se combina con un juicio seguro y objetivo. Se hacen ver muy bien, por ejemplo, las razones de historia contemporánea que están en la base del mayor o menor aprecio de este o aquel historiador en tal o cual período. A veces no sin prejuicio: los hombres de la Revolución francesa citaban a Tácito como una especie de republicano revolucionario (cf. pág. 128). Pero los golpes y contragolpes de las opiniones cambiantes acaban, a veces, por llegar a un equilibrio, como en el caso de la reconciliación de Heródoto y Tucídides, de que se habla en la página 52.

Aunque esto representa, en realidad, la opinión del autor. El libro está escrito, en el fondo, con la idea de proponer que la historia política tradicional, de base tucidídea, debe ser complementada con una visión más amplia, que Momigliano hace arrancar de Heródoto y los anticuarios griegos. Así se dice muy explícitamente en la conclusión de las páginas 152 y siguientes.

Por otra parte, no puede negarse que el juicio sobre los antiguos historiadores está condicionado, también en nuestro caso de hombres de hoy, por nuestras experiencias. Pero si se procede con mente objetiva, como hace nuestro autor, se ven simultáneamente los límites de esta manera de pensar. En ningún caso se ve mejor esto que en el tratamiento de Tácito, en el capítulo a él dedicado.

Momigliano, que vivió en su carne la experiencia de la persecución y el fanatismo

desde antes de la segunda guerra mundial, no puede por menos, naturalmente, de reconocer en Tácito a «nuestro maestro en el estudio del despotismo» (pág. 131). «Vio algo esencial —dice—: la desmoralización que va unida al despotismo. Mussolini, Hitler y Stalin han hecho algo a favor de su reputación.» Esto es claro. Pero Momigliano no se engaña: Tácito no es un revolucionario, no tiene soluciones de recambio, no ve alternativa posible al imperio romano, no sale de su pesimismo.

Luz fría y objetiva

Es éste —y termino— un libro que refleja mucha meditación una vez que se han reunido y madurado los datos y que da al lector mucho que meditar. Lanza una luz fría y objetiva, analítica, sobre tantos hechos y tantos hombres, poniendo de relieve semejanzas y continuidades, diferencias también. Y ello a lo largo de toda la historia de la historiografía. Esta es griega de raíz y sigue siendo realmente griega. Pero ha logrado avances allí donde todos los griegos o una determinada línea griega tenía limitaciones. Estamos siempre lejos de los ditirambos y de las desestimaciones. Siem-

pre se busca, en definitiva, la comprensión. La unión de lo semejante, por alejado que esté en la apariencia, y la separación de lo diferente, aunque a veces esa diferencia se oculte.

Pocos libros más interesantes que éste para estudiar la tradición de lo griego desde la Grecia antigua (con sus precedentes) hasta el mundo de hoy. No con una beatificación dogmática, sino con inteligencia y mesura. E indicando dónde fallan los griegos o tal o cual línea de la historia griega.

El libro se abre con unas palabras previas («Foreword») de Riccardo di Donato, que ha cuidado de su publicación, seguidas de una nota bibliográfica y una introducción del autor. Siguen los seis capítulos y la conclusión. Termina con un índice de nombres.

Es interesante, para terminar, lo que el autor dice al final de su conclusión, en página 156. Reconoce que la filosofía de la Historia, sobre una base cristiana, y los métodos históricos modernos, sobre una base clásica, no han coincidido nunca mucho entre sí. Por ello precisamente —añade—, un historiador de la antigüedad agradece especialmente poder hablar «a los estudiosos de las Humanidades en sentido amplio». Esto es lo que quiere hacer este libro exactamente. ||

RESUMEN

Rodríguez Adrados se ocupa del último libro del profesor Arnaldo Momigliano, uno de los más ilustres representantes de la Ciencia de la Historia de la Antigüedad, ya fallecido,

y que en este texto, publicado con carácter póstumo, y que es una reflexión sobre la historiografía antigua y la medieval, renacentista y moderna, dejó la síntesis de una vida de trabajo.

Arnaldo Momigliano

The Classical Foundations of Modern Historiography

University of California Press, 1990. 162 páginas.

Escribir en Costa Rica

Por Gregorio Salvador

Gregorio Salvador (Cúllar-Baza, Granada, 1927) es miembro de número de la Real Academia Española, catedrático de la Universidad Complutense y, en la actualidad, presidente de la Sociedad Española de Lingüística. Sus últimos libros: *Semántica y lexicografía del español*, *Estudios dialectológicos*, *Lengua española y lenguas de España* y *el reciente* *Política lingüística y sentido común*.

Permítaseme, por una vez, que llame antes de nada la atención sobre el recuadro bibliográfico en que, al final de este artículo y como es costumbre de esta revista, se hace la descripción del libro que va a servir de eje al comentario. Brevísimos libros, de tan sólo noventa páginas. Cuentos. Publicado por una editorial universitaria. Sin precio, porque no está a la venta en España; si quieren adquirirlo tendrán que encargarlo a Costa Rica: trescientos cincuenta colones les costará allí. Bastante poco, porque el colón está casi a la par de la peseta.

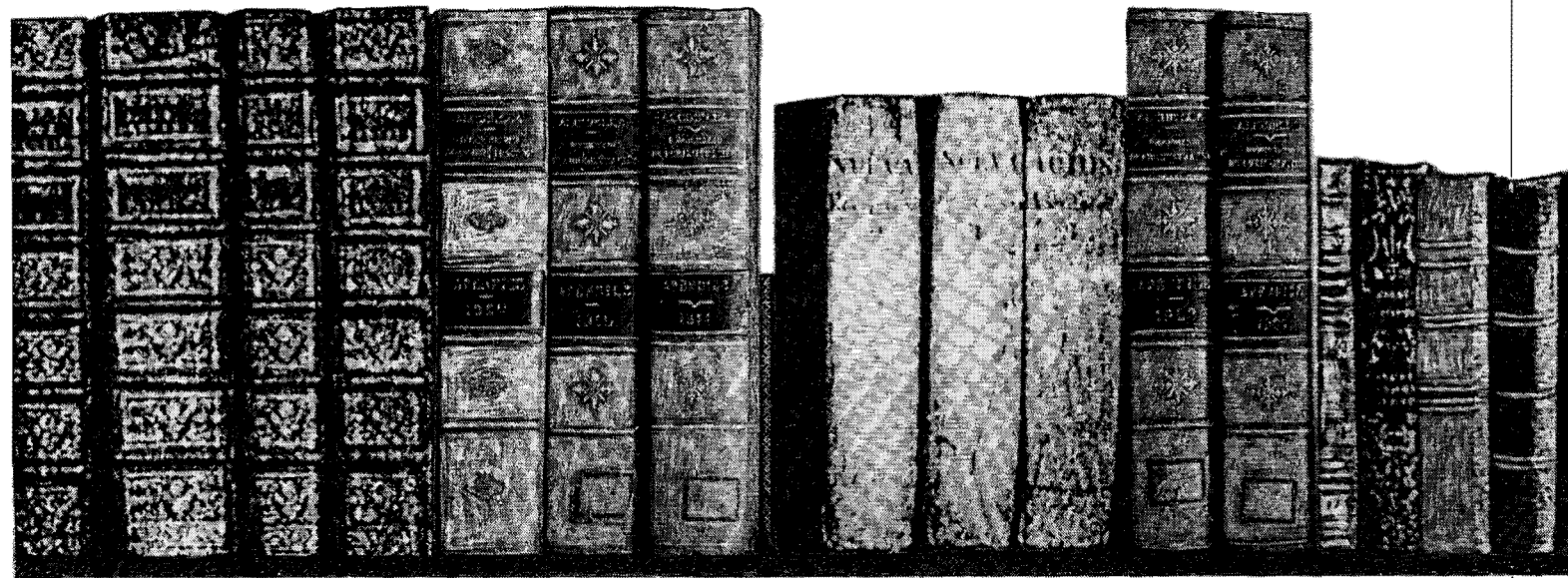
Crisantema es el título del primero de los cuentos incluidos en el volumen. Hay trece más. Y antes una introducción de once páginas, firmada por Myriam Bustos Arratia, que lleva el sugerente título de «Alberto Cañas y su «Mester de Cuentería»».

Alberto Cañas Escalante es miembro de número de la Academia Costarricense de la Lengua, y en el recién acabado 1991, designado por ella, le ha tocado formar parte de la Comisión Permanente de la Asociación de Academias de la Lengua Española, a la que yo también pertenezco. Unos días después de su llegada a Madrid me obsequió con su último libro, este del que estamos hablando. He de decir ahora que lo recibí con el agradecimiento debido a tan cordial atención, pero también con el recelo de lo enfadosa que acaso me resultara su lectura y el temor al juicio desfavorable que pudiera merecerme, con el consiguiente y arduo trance de comunicárselo, sin engañar pero sin ofender, dorándole convenientemente la píldora.

La aventura de leer

Porque he de reconocer que son ahora muchos los libros nuevos cuya lectura no soporte más allá de la página veinte, y abandono sin pena tras algunas calicatas cautelares del resto del volumen, y pocos los que me prenden la atención y el ánimo desde sus comienzos y me proporcionan el goce inigualable de la obra literaria bien hecha, la incomparable aventura intelectual, sentimental o estética que es la aventura de leer. Si leo un libro entero, salvo compromisos como ese al que aludía, es porque me resulta bueno de principio a fin (no tengo empacho tampoco en dejarlo a medias aunque haya logrado superar la página veinte); por eso mi crítica suele ser ahora elogiosa y positiva, cuando la hago. Pero me gustaría hacer la crítica de esos libros de las veinte páginas, basada precisamente en esas veinte páginas (o veinticinco, o treinta; las suficientes en cada caso), y argumentar con fundamento los motivos de mi abandono. Una vez la hice, de pasada y con otra intención. Sin mencionar la obra, una novela, ni el autor, pero sí las razones, lingüísticas, que me habían obligado a dejar el libro apenas iniciada su lectura. Todavía no me lo ha perdonado el novelista, que arremete contra mí siempre que puede. Aunque de algo sirvió la crítica: ahora va escribiendo ya mucho mejor; por lo menos, consulta el diccionario.

Pero volvamos a *Crisantema*. Como habría de ver a Cañas dos días más tarde, decidí que tenía que leer al menos, aquella noche,



el primer cuento. Dedico habitualmente treinta o cuarenta minutos a la lectura relajada después de acostarme. Tuve que terminar una novela, que había dejado la noche anterior a tres capítulos del final y cuyo desenlace me intrigaba. Me llevó media hora. Pero había que leer el primer cuento, el que daba título al libro. Poca cosa: tres páginas. Me dejó deslumbrado: la originalidad de la anécdota, la técnica narrativa, el arte del escritor. Leí el segundo: «Rocío contempla el bus como se va». Luego el tercero, el cuarto, el quinto, hasta el décimo, «Consuelo en la fiesta», un prodigio de construcción. No continué porque tenía que madrugar y algo había que dormir. Pero también por no apurar el goce, por mantenerme en acuciosa espera hasta la noche siguiente. Espera no defraudada. Los cuatro cuentos postreros no eran los últimos en un orden valorativo. «La Calle del Turco», una hermosa; «Las exequias de la niña Mercedes», un sorprendente y brillante cierre para la colección. Aunque sorprendentes todos, brillantes todos. De invención, de estilo narrativo, de soterrado humor, de contenido sentimentoso. Concluida su lectura, todavía releí esa noche tres de los leídos la noche anterior.

Las famas literarias

Cuando vi al escritor, al otro día, le conté lo que me había pasado y lo que pensaba de sus narraciones: «Usted, en el relato corto, es uno de los grandes de la literatura actual en lengua española. Conozco bien a los escritores de su continente, a todos los que suenan y, por supuesto, a los españoles que cultivan el género, y podría asegurar que, salvo Benedetti, no veo ninguno, entre los vivos, al que yo pudiera situar con claridad por delante de usted. Lleva usted treinta y tantos años publicando y éste es el decimotercero de sus libros, según leo en los apéndices de *Crisantema*. ¿Cómo es posible que no haya trascendido editorialmente las fronteras de su país? ¿Cómo es posible que no lo conozcamos fuera; que yo, lector constante y fiel de todo lo que nos viene de Hispanoamérica, haya tenido que conocerlo a usted en esta circunstancia para poder leer un libro suyo, para tener constancia de su misma existencia como escritor?» Se me quedó mirando Cañas y me dijo: «Es que en Costa Rica no hay guerrilla».

Contundente frase. ¿Cómo se han estado construyendo las famas literarias? ¿Quién las construye y con qué fines? Recordé de inmediato dos recientes jurados literarios de los que había formado parte, con sucesivas votaciones sistema Goncourt. Uno precisamente de cuentos, donde un relato centroamericano, de contenido guerrillero, llegó relativamente lejos en las votaciones, y cuya eliminación de-

jó desolado a uno de los jueces, que ejerce de crítico. En un posible concurso para estudiantes de Bachillerato con aficiones literarias, tampoco hubiera sido fácil premiarlo, pero al menos se hubiera justificado su increíble presencia entre los finalistas. Y en el otro jurado, el de uno de los grandes premios, de los que consagran, también llegó muy lejos un escritor de la zona «por su habilidad y maestría en el relato corto», según apuntaba la propuesta. Excelente escritor, sin duda, pero muy lejos de la calidad, de la sabiduría literaria, de la densidad humana del autor costarricense. Eso sí, de un país martirizado, oprimido, no de Costa Rica, donde nunca pasa nada, que no sale en los periódicos, donde no sólo no hay guerrilla, sino tampoco ejército desde hace ya muchos años.

Cuento de cuentos

Y no es que Alberto Cañas se haya dado a conocer —salvo a mí— con *Crisantema*. Lleva, como digo, mucho tiempo en las tareas literarias, es un autor teatral de mucho éxito en su país, donde ha estrenado no menos de veinte piezas, alguna también en los países vecinos, una por lo menos, que yo sepa, en Ciudad de México. Catedrático universitario, crítico, periodista, ha ocupado altos cargos diplomáticos y fue ministro de Cultura en el segundo período presidencial de don José Figueres. He leído después algunas de sus obras teatrales, que no voy a juzgar ahora, y el resto de sus cuentos, recogidos en dos libros anteriores: *La exterminación de los pobres y otros pienses*, de 1974, reeditado en 1979, y *Los cuentos del gallo pelón*, de 1980, ambos publicados por la Editorial Costa Rica. Treinta y cuatro reúne el primero, muy cortos todos, y diecinueve el segundo, lo que me permite tener una completa perspectiva de Cañas como cuentista, de su «mester de cuentería», como con notable acierto, no sólo expresivo sino también conceptual, ha denominado a su arte la prologuista de *Crisantema*. Porque, igual que en los medievales mester de clerecía y mester de juglaría, el autor se hace presente y dialoga con sus lectores, no sólo narra sino que elabora el relato a la vista del público, lo entrevera de comentarios, hace su propia crítica cuando lo estima conveniente, se detiene a veces en las encrucijadas narrativas y se plantea las posibles opciones que se le ofrecen antes de elegir y continuar. Podríamos decir que Cañas, en muchas ocasiones, no escribe cuentos sino cuentos de cuentos, el cuento del cuento que está escribiendo en ese instante. «Un cuento de Navidad», en el primero de los libros mencionados, con ese título convencional que apunta a un tema manido, es en menos de dos páginas, cuarenta y tres líneas

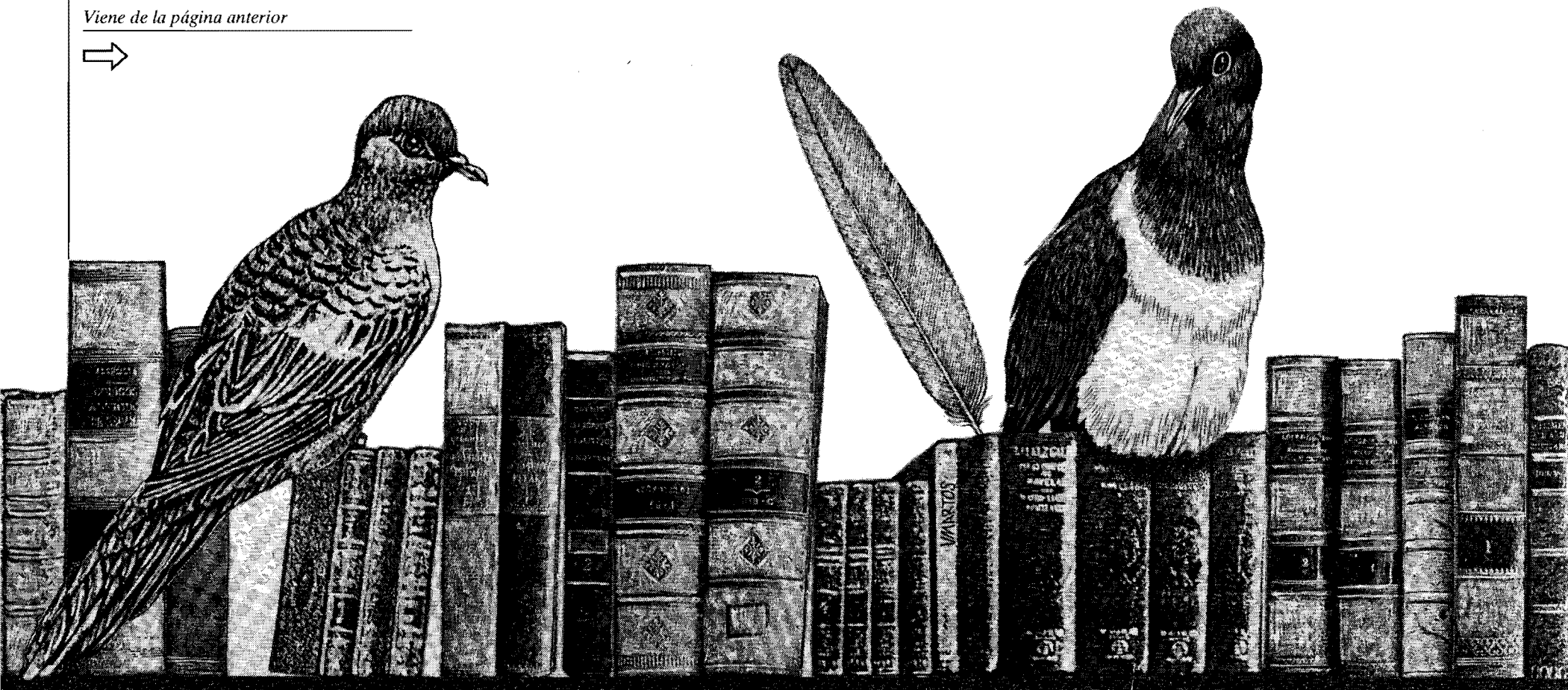
exactamente, una muestra asombrosa de lo que estoy diciendo y, a mi juicio, un texto insoslayable en una posible antología de los mejores cuentos de la literatura universal.

Pero retornemos de nuevo a *Crisantema*, que se llama así, como ya he dicho, porque tal es el título del primer relato, insólito nombre propio de una desconocida mujer que se constituye, como tal nombre, en sustancia y forma de la breve narración. Y si es el primer cuento de la serie, no lo es por razón de preferencia, sino porque se ha adoptado un orden cronológico, y ése se escribió en 1981. El segundo es del 82, tercero y cuarto del 83, luego hay tres del 84, cuatro del 85 y los tres últimos del 89. No escribe Cañas sus cuentos a vuelapluma, eso es evidente; yo me atrevería a suponer que cada uno de ellos, de los catorce del libro, le ha llevado mucho tiempo. Se ven pensados y repensados, minuciosamente escritos, sopesada cada palabra, medida cada frase. Nada les sobra ni les falta. Están hechos sin prisa, me parece, con seguridad y convencimiento. Creo que Alberto Cañas es consciente, como casi todos los grandes escritores que en el mundo han sido, de su propia dimensión literaria, de la excelencia de su obra, pero no ha sacrificado su vida a la literatura. Opta siempre por la vida, en su placer o en su dolor, y prefiere a Costa Rica sin guerrilla, aunque eso haya limitado su fama literaria. Se maneja con sus propias ideas, sin tener que recurrir a ideologías colectivas, y todos los personajes de sus cuentos son, esencialmente, personas.

De ahí esa presencia fronteriza que adopta en sus relatos, entrando o saliendo de ellos, juzgándolos, explicándolos, identificándose con las personas de dentro, con sus personajes, o con las de fuera, asumiendo el punto de vista del lector cada vez que lo estima oportuno. Pero siempre en su seguro papel de hacedor, del que sabe lo que cuenta y decide el modo de contar, del que posee los hilos de la trama para urdir la narración. O para desistir de ella, como en «Incidente callejero», el cuarto de los relatos incluidos en el libro, el cuento que no se llega a contar. El autor contempla desde su automóvil, parado ante un semáforo, cómo otro coche, al reanudar la marcha, apisona el pie de un niño que camina al lado de un hombre que conduce un carretón de mano. El revuelo consiguiente y todo lo que ocurre en estos casos, hasta que el propio conductor que ha originado el accidente se lleva al niño y al hombre hacia un hospital. «Eso es todo, salvo un diablo interior que comienza a decirme que este pequeño incidente callejero es un tema literario, un tema para un cuento.» Y se pone a imaginarlo, a construirlo mentalmente. El



Viene de la página anterior



VICTORIA MARTOS

hombre será el padre, y aunque no ha visto lo que llevaba el carretón, lo hará vendedor ambulante: «Así construyo un camafeo patético: el niño acompañaba a su padre en el desempeño de un oficio humilde y precario». Luego la madre, que se extrañará de que no vuelvan a su hora y «deberá soportar sola su congoja y su temor». En seguida la vivienda y «la barriada miserable donde está ubicada». Habrá que «pintar un mural completo sobre las desgraciadas condiciones en que esa pobre gente vive. Muchos las conocen, las denuncian. Pero a lo mejor están esperando una acertada denuncia literaria y ésta, la mía, puede ser la que dé en el clavo». Y sigue introduciendo elementos, hechos, motivos, porque las posibilidades, piensa, son infinitas. «Pero, a pesar de todo, lo que tengo fijado en mi mente es una imagen única y real: los labios del niño contraídos en una mueca de dolor y sus ojos de derrota. Ese niño no sospecha lo que yo puedo pensar ni lo que yo pueda escribir. El dolor fue suyo, exclusivamente suyo, particular, íntimo, y la tristeza honda y momentánea de su mirada podría reprocharme el que yo esté intentando valerme de él para ciertos propósitos cada vez más literarios, cada vez más complicados o comprometidos con una realidad social de que este niño es parte; porque en el preciso instante en que mi mirada y la del niño se cruzaron, al niño no podía importarle otra cosa que el dolor de su pie; un dolor concreto dentro de un mundo infantil, una sensación personalísima que él no podía compartir con nadie y que nadie quería compartir con él. Y yo divagando.» Decide entonces, naturalmente, que no escribirá jamás ese cuento, porque «el incidente callejero está constituido, en su esencia, por el rostro adolorido de un niño (...). No es literatura. Definitivamente no es literatura». Valga como ejemplo ilustrador de esa técnica a la que me he referido y de la actitud personal de Cañas ante la literatura y ante la vida.

Marca de autoría

Son muy diferentes los catorce relatos que recoge el libro. Ninguno se parece a ninguno. Sin embargo, hay entre ellos una indudable unidad de estilo, una especie de marca de autoría. Quien haya leído cuidadosamente este volumen podrá ya distinguir siempre un cuento de Alberto Cañas entre cualesquiera otros que se presenten a su consideración. Digamos que son incomparables. Entre sí y con respecto a los de cualquier otro autor. Como son incomparables, es difícil establecer preferencias. El autor afirma que «Consuelo en la fiesta» es el mejor cuento que él ha escrito. Quede aquí ese dato. Yo

casi me mostré de acuerdo con él el día que me lo dijo. Ahora creo que «mejor» no es palabra utilizable, cuando se leen estos cuentos, para relacionar unos con otros. Son cuentos que admiten relectura, que la exigen incluso, y lo que sí puedo asegurar es que la relectura sí que los hace mejores. Cada uno, con respecto a sí mismo, resulta siempre, en la relectura, mejor.

La narrativa costarricense

El gran narrador de Costa Rica, el de obra más amplia, el más editado y reeditado, el más conocido fuera del país, es Fabián Dobles; él ocupa el lugar señero, a veces único, que los manuales de literatura hispanoamericana contemporánea reservan a la narrativa costarricense. A Cañas suelen otorgarle plaza destacada en el apartado teatral, y hay uno, muy conocido, que lo convierte en figura única del teatro contemporáneo en su país, pero lo llama Augusto en vez de Alberto, acaso para ensalzarlo por vía onomástica. Imagino a nuestro autor concibiendo un cuento con ese tema del nombre trocado y desarrollándolo con su peculiar modo de hacer. Lo comparo con «El doctor Fernández», el octavo de la colección, donde un nombre erradamente atribuido constituye el eje y la razón del relato.

Dobles y Cañas pertenecen a la misma generación: nacieron, respectivamente, en 1918 y 1920. Dobles ha sido un escritor comprometido desde su primera novela, *Ese que llaman pueblo*, de 1942, y es autor de un libro de cuentos, *Historias de Tata Mundo*, que es considerado como un clásico de las letras centroamericanas y ha sido traducido al ruso y al italiano. Su obra ha tenido, pues, más eco, posiblemente por razones extraliterarias, aunque hubieran bastado las literarias para hacerlo merecedor de esa difusión y de mucha más aún de la que ha tenido. Porque también le ha faltado la guerrilla en Costa Rica; si hubiera nacido un poco más al norte, en Nicaragua, por ejemplo, seguramente lo tendríamos muy aireado por aquí y sería bastante más conocido en España, que no lo es lamentablemente. Sus cuentos son espléndidos, arraigados en la propia tradición popular costarricense, y yo he de decir que he disfrutado intensamente con su lectura.

La obra de Fabián Dobles sí que la conocía yo desde hace años. Y al propio autor. Fui huésped suyo un día de octubre de 1989, en su casa campesina del Bajo de la Cazuela, donde él me dedicó su libro *Los años, pequeños días*, que había publicado por esas fechas. Inolvidables aquellas horas, paseando con él por rústicos caminos, entre cafetales, conversando, encontrándonos en lecturas pretéritas

que ambos habíamos hecho con idénticos entusiasmos, compartiendo su mesa familiar, admirando yo su noble figura, su integridad humana, su sencillez amable. Es el mejor recuerdo que me traje de Costa Rica, el más personal y hondo. No conocí a Cañas, en aquella ocasión, porque estaba ausente del país. Y no comenté el libro entonces reciente de Dobles porque Dobles es autor bien conocido, del que se ha ocupado bastante la crítica, sobre el que se han elaborado tesis y tesis en no pocas universidades. Para mí era el escritor de Costa Rica, el que contaba. Y conozco ahora a Alberto Cañas, leo su último libro y siento la ineludible obligación de comentarlo, de llamar la atención sobre él, de proclamar sus valores.

Literatura en lengua española

El mundo hispánico es ancho, pero no nos puede ser ajeno. Hablamos y escribimos la misma lengua. Hay demasiadas fronteras nacionales tal vez, pero compartimos una misma literatura y sobre ella no debieran influir esos límites políticos y administrativos. Es lastimoso que escribir en Costa Rica, un país del que no suele hablar la prensa porque es pequeño, porque está bien gobernado y porque no hay guerrilla, pueda impedirle a un escritor de nuestro idioma que ocupe el rango que le corresponde en el panorama global de nuestras letras. Si Alberto Cañas hubiera estado más cerca de los grandes centros editoriales de Buenos Aires, de México o de Barcelona, o si hubiera tenido determinados respaldos ideológicos que mueven plumas y promueven alabanzas, no hubiera tenido yo que descubrirlo ahora por pura casualidad, ni tendría que estar aquí reflexionando sobre ese hallazgo, intentando explicar lo que debería ser, en buena lógica, inexplicable.

Pero el caso es que vivimos en un mundo de propaganda, de falsos pregones, donde no es oro todo lo que reluce. No se construye uno su fama, sino que se la construyen, y buena parte de las literarias se han hecho desde

intereses ajenos a la literatura, intereses ideológicos o comerciales, y si estos segundos se censuran a coro, aunque se aprovechen, los primeros se justifican y hasta se encomian. Luego hay silencios terribles, y sorderas absolutas, y desdenes estudiados e inveteradas envidias. Por otra parte, la excelencia asusta siempre más que la mediocridad.

Aventura sin horizontes

Con este panorama general, escribir bien en Costa Rica puede ser una aventura sin demasiados horizontes, porque ya no es cierto lo de que el buen paño en el arca se vende. Mi compañero Luis Sainz de Medrano, catedrático de Literatura hispanoamericana de la Universidad Complutense, me dice que hay en la actualidad un grupo de poetas costarricenses de altísimo nivel. ¿Quién los conoce? Y a Alberto Cañas será más fácil despacharlo como un «ilustre representante del teatro costarricense contemporáneo», con manida frase de manual, que reconocerle, como yo postulo, un lugar de excepción, como narrador, en la literatura española de nuestros días, entendiéndolo por «literatura española» la literatura escrita en español, porque los límites entre las distintas literaturas los establecen las lenguas, no las fronteras nacionales, ni siquiera este océano que nos separa a hispanoamericanos y españoles. Escribir en Costa Rica es escribir en castellano, y Alberto Cañas, si me atengo para el pronóstico a mis gustos y alcances, está llamado a ser un clásico futuro de nuestra lengua. Convendría que empezáramos a entenderlo así y que alguna de las grandes editoriales hispánicas hiciera llegar pronto, a todos los ámbitos del idioma, una antología de sus cuentos, o mejor sus *Cuentos completos*, porque no sería fácil la selección, como digo, ni tampoco conveniente. A los buenos lectores, que son muchos más de lo que se cree y los que sostienen editoriales y colecciones literarias, se les debe la difusión de esta obra. A los clásicos futuros no deberíamos ignorarlos en el presente.

RESUMEN

La lectura casual de un libro de cuentos de Alberto Cañas suscita en Gregorio Salvador, sorprendido por su singularidad narrativa, una serie de reflexiones sobre la crítica, los prestigios literarios y la desventaja que puede representar

para un escritor excelente escribir en un país pequeño, como es Costa Rica, en este caso, y cuya propia normalidad institucional y política lo aísla del campo de intereses de los medios informativos.

Alberto Cañas

Crisantema

Ed. Universidad Estatal a Distancia, San José (Costa Rica), 1990. 90 páginas.

Inagotable Cajal

Por Pedro Laín Entralgo

Pedro Laín Entralgo (*Urrea de Gaén, Teruel, 1908*) es catedrático jubilado de Historia de la Medicina y miembro de las Reales Academias Española, de Medicina y de la Historia. Pertenece al Colegio Libre de Eméritos. Entre sus numerosos libros deben ser destacados aquí los más directamente relacionados con el que comenta: *Tres españoles: Cajal, Unamuno, Marañón* (Barcelona, 1988), *El cuerpo humano. Teoría actual* (Madrid, 1989) y *Cuerpo y alma* (Madrid, 1991).

Escribió Cajal que no hay temas agotados; hay tan sólo hombres que se agotan en un tema. El «tema Cajal», la investigación de lo que Cajal fue, hizo y dijo en el curso de su vida, ¿cumplirá esa incitadora regla, será realmente inagotable? Volveré a plantearme esta cuestión. Por el momento, me limitaré a afirmar que hoy por hoy es un tema inagotado.

Dos hechos lo demuestran. Uno estadístico y universal: la extraordinaria vigencia que entre los cultivadores de las neurociencias sigue teniendo la obra de nuestro máximo sabio. En 1984, ayer mismo —tomo los datos de López Piñero—, Cajal fue el autor «clásico» más citado en las 3.000 revistas que abarca el repertorio del *Science Citation Index*. Su nombre tuvo exactamente 382 citas, cifra superior a la alcanzada por Einstein (336), Darwin (239), Cl. Bernard (151), Virchow (108) y Sherrington (95). El segundo de esos dos hechos es de carácter bibliográfico: la reciente publicación del libro de Carlos Lorenzo Lizalde *El pensamiento de Cajal*. A él voy a dedicar esta reseña.

No es nueva, ciertamente, la preocupación por el pensamiento de Cajal; quiero decir, por lo que, aparte la creación de la teoría neuronal y la interpretación funcional de sus numerosísimos hallazgos histológicos, Cajal pensó en tanto que pensador, conforme a la acepción habitual del término: hombre vocado a la consideración personal de temas más o menos pertinentes a la filosofía. Puesto que yo soy el hombre que tengo más a mano, como Antonio de Trueba enseñó a decir a don Miguel de Unamuno, mencionaré tan sólo dos ensayos míos, uno ya añejo («Cajal y el problema del saber»), otro reciente («Pensamiento científico, pensamiento filosófico y pensamiento religioso en la obra de Cajal»). Pero es de estricta justicia reconocer que hasta hoy no existía un estudio del pensamiento cajalano tan completo y metódico como el de Carlos Lorenzo.

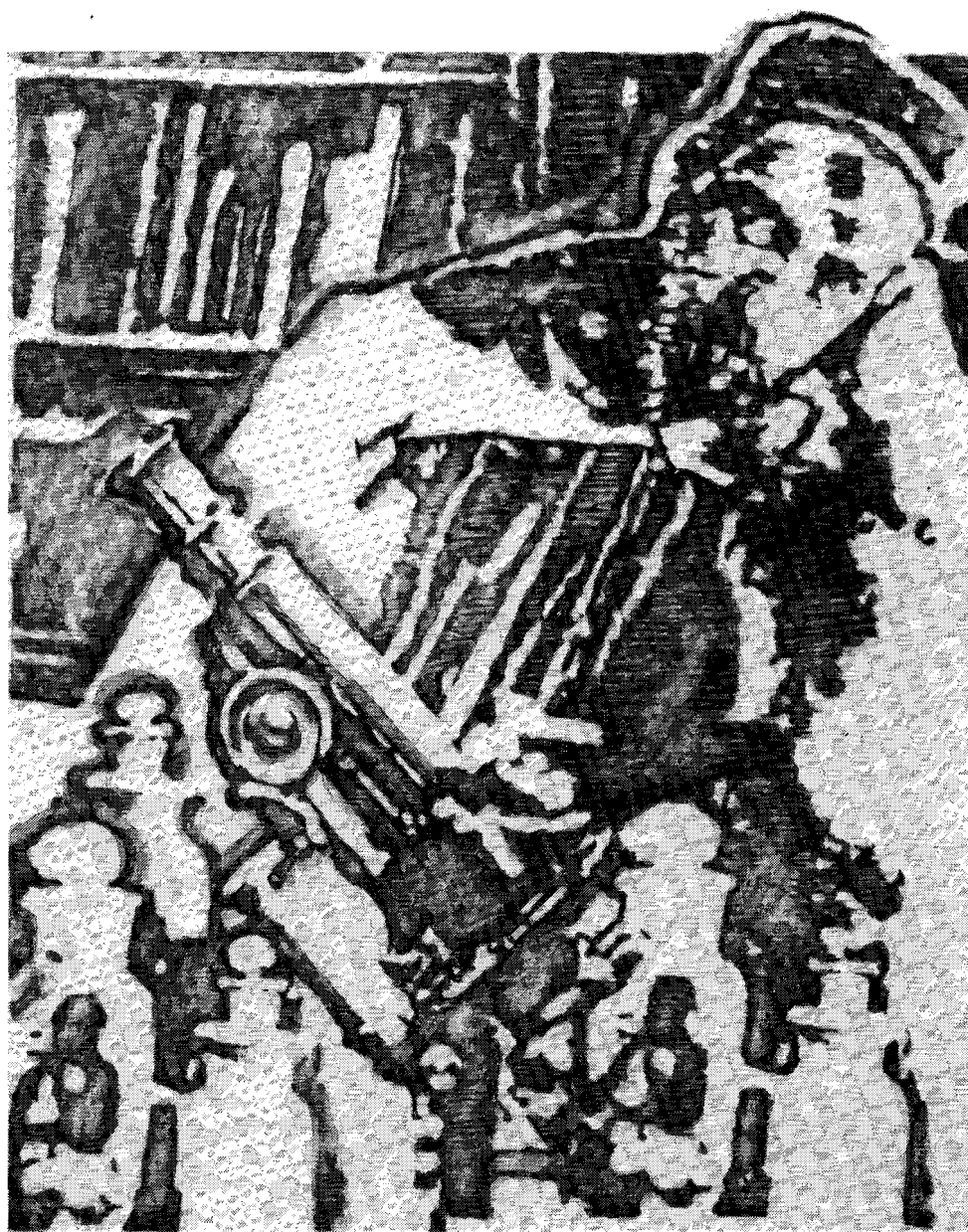
El autor es profesor de filosofía; como tal, ha puesto ante sí toda la obra escrita de Cajal, incluidos textos poco conocidos y nunca utilizados como fuentes de información, y con gran minucia ha examinado cuanto en ella se dice acerca de los principales capítulos del pensamiento filosófico: la ontología, la epistemología, la estética, la antropología, la psicología, la actitud teórica y práctica acerca de la religión, la ética y la vida social y política. Cajal fue sabio en el más tradicional y venerable de los sentidos del término, y como tal sabio, no como simple especialista en el conocimiento científico del sistema nervioso, constantemente se preguntó por el alcance y la significación de lo que como investigador había conocido. En el filo de los siglos XIX y XX se hizo famosa una frase de Letamendi: «Quien no sabe más que medicina, ni aun medicina sabe». En aras de su prurito de pensador ingenioso, Letamendi exageraba. Aunque menos ingenioso, más sensato y más correcto hubiera sido decir: «Para saber medicina a fondo, no sólo medicina hay que saber». Así, al menos, ha de ser entendido lo que como pensador debió de pensar Cajal: «Para saber a fondo neurohistología, necesariamente necesito hacerme cuestión de lo

que en general son el saber científico, la realidad a que éste se refiere y el sentido de su existencia en la vida del hombre que lo posee, en el seno de la sociedad que lo recibe y en el curso de la historia a que pertenece».

Desde sus años de estudiante universitario (1871-1873) tuvo afición Cajal a las lecturas filosóficas. Movido por la que más tarde llamará «locura filosófica», siente renacer en su mente la «manía razonadora» de su adolescencia en el Instituto de Huesca. He aquí el texto en que le recuerda: «En mi afán de saber cuanto acerca de Dios, el alma, la sustancia, el conocimiento, el mundo y la vida habían averiguado los pensadores más preclaros, leí casi todas las obras de metafísica existentes en la biblioteca de la Universidad y algunas

biera hablado en castellano. Cajal no fue filósofo, pero sí pensador.

Muy clara y documentadamente lo muestra el libro que comento. Expresadas con precisión mayor o menor, aunque, eso sí, sin poner paño filosófico al púlpito, en la obra de Cajal hay ontología, porque en ella se manifiestan —o al menos laten— ideas sobre la realidad y el ser, y epistemología, porque hace ver cómo su autor entendió el conocimiento científico y su incardinación en una teoría general del saber, y antropología, y psicología; y aunque sólo esbozada, hasta una doctrina de lo que para el sabio agnóstico debe ser la religión. A poco que se detenga en su lectura, así lo verá el lector atento de *El pensamiento de Cajal*.



TINO GATAGÁN

más proporcionadas por los amigos». Y como contrapartida de la ironía autocrítica con que describe esa pasión juvenil, añade: «La citada afición a los estudios filosóficos, que adquirió años después caracteres de mayor seriedad, sin transformarme precisamente en pensador, contribuyó a producir en mí cierto estado de espíritu bastante propicio a la investigación científica». Los numerosos libros filosóficos existentes en su biblioteca, cuidadosamente examinados por Carlos Lorenzo, dan testimonio fehaciente de esa «mayor seriedad» con que el sabio, precisamente por serlo de veras, fue haciéndose verdadero pensador. Porque pensador fue Cajal, en el sentido que a este término asigna el diccionario oficial —persona «que piensa, medita o reflexiona con intensidad y eficacia»—, pese a la modestia con que afirmó no serlo. Modestia, por otra parte, bien explicable; hasta en Kant habría sido presuntuosa la frase «soy un pensador» si Kant hu-

En tanto que pensador, ¿qué fue el sabio Ramón y Cajal? Puesto que el encasillamiento ideológico parece ser tarea ineludible de los historiadores del pensamiento cuando lo estudian en una persona concreta, ¿cómo debemos adjetivar el de nuestro sabio? Apoyado en su metódico y minucioso examen de los más diversos textos cajalanos, Carlos Lorenzo ve en él un pensador poskantiano, realista, positivista, evolucionista, materialista, liberal, socialista utópico, agnóstico y deísta. Así lo acreditan, en efecto, muchos de los numerosísimos textos que aduce en su libro. Mas para entender cabalmente cómo el hombre Cajal fue todo lo que tales adjetivos nombran, es necesario subrayar que esos diversos modos de ser —quiero decir: la suma no enteramente homogénea de todos esos ingredientes de su pensamiento— fueron asumidos por él de un modo no dogmático, sabiendo muy bien —en esto precisamente consiste el no ser dogmá-

tico— que las doctrinas y las fórmulas creadas por la mente de los hombres no pueden agotar el conocimiento de la realidad.

Trataré de mostrarlo mediante un breve examen de cómo Cajal fue positivista, evolucionista y materialista.

Positivista fue Cajal, en tanto que fervoroso creyente en la fundamental validez de los hechos. «El dato histológico de primera mano, bien descrito y presentado —escribió—, constituye algo fija y absolutamente estable, contra lo que ni el tiempo ni los hombres podrán nada... Soy adepto ferviente de la religión de los hechos.» Positivista fue asimismo en cuanto a la posibilidad de ordenar los hechos de observación en leyes científicas, y en cuanto a la certidumbre que acerca de la realidad brindan esas leyes. Así entendió la verdad real de los principios de la termodinámica o, más próxima a su obra, la de las leyes de la polarización dinámica en la transmisión del impulso nervioso. Pero los hechos y las leyes de la ciencia sólo adquieren plena significación para la mente humana cuando se articulan en una teoría —el evolucionismo, la relatividad, etc.—, y las teorías, por muy iluminadoras y convincentes que parezcan ser, nacen y mueren en el devenir histórico de la humanidad, e incluso en el devenir biográfico de cada hombre de ciencia. Cuando Cajal vio por vez primera el movimiento de la sangre en los vasos del mesenterio de la rana, sintió en su alma un vivo entusiasmo por el mecanicismo cartesiano. Más adelante, ya en plena madurez intelectual, escribirá: «Hoy no suscribiría yo, sin algunas restricciones, este concepto mecánico o, si se quiere, estrictamente fisicoquímico de la vida. En ella se dan fenómenos que presuponen causas absolutamente incomprensibles, no obstante las jactanciosas promesas darwinianas y los postulados de la escuela bioquímica de Loeb». Para Cajal, el progreso de la ciencia consistiría en la constante conquista de nuevos hechos y nuevas leyes, y en la oportuna formulación de teorías de validez históricamente pasajera, pero cada vez más próximas, en tanto que interpretaciones, al núcleo «absolutamente incomprensible» de lo real.

Evolucionismo biológico

Otro tanto puede decirse del evolucionismo biológico de nuestro sabio. Desde que en la preparación de sus segundas oposiciones a cátedra lo descubrió, resuelto evolucionista fue Cajal. Darwin, Haeckel y Spencer fueron constantes mentores de su inteligencia; ni su «método ontogénico», ni sus ideas acerca de la filogénesis del sistema nervioso, serían de otro modo comprensibles. Pero tal y como Darwin y Haeckel lo concibieron, ¿qué fue el evolucionismo biológico para Cajal: un dogma intangible o una teoría susceptible de perfección? En la primera edición de sus célebres *Reglas y consejos* escribía: «El ojo y el oído del vertebrado, examinados aisladamente, constituyen un asombro, y parece imposible que se hayan formado por el solo concurso de las leyes naturales»; pero con el conocimiento de su evolución filogenética —añade—, el hombre de ciencia «acaba haciéndose a la idea de una formación natural en virtud de variaciones, correlaciones orgánicas, selecciones y adaptaciones». Texto al cual apostillará en la última edición de ese libro con esta significativa nota: «Hoy creo menos en el poder de la selección natural que al escribir, treinta años hace, estas líneas. Cuanto más estudio la organización del ojo de vertebrados e invertebrados, menos comprendo las causas de su maravillosa y exquisitamente adaptada organización». ¿Quiere esto decir que Cajal llegó a rechazar el evolucionismo biológico y la doctrina de la selec-



Viene de la página anterior



TINO GATAGÁN

ción natural; que tácitamente postulaba, a la manera de Cuvier, la existencia de creaciones sucesivas en el curso temporal de la biosfera? En modo alguno. Quiere decir tan sólo que con el paso de los años y el incremento de su saber, Cajal exigía la elaboración de un evolucionismo biológico más fino y comprensivo que el entonces vigente; con otras palabras, que su mente pedía un desarrollo científico y filosófico del evolucionismo en el que la selección natural no fuese dogma rígida y terminantemente formulado, sino teoría susceptible de perfección.

A la misma conclusión nos lleva un examen atento del materialismo de Cajal. Cajal fue materialista, no hay duda. El problema consiste en saber cómo lo fue.

Pensando y creyendo que sólo mediante la ciencia y la filosofía de la materia puede alcanzarse un conocimiento de la realidad del hombre, si no imperfecto y absoluto sí racionalmente satisfactorio, materialista fue Cajal. Pero en los entresijos de su mente, acaso sin hacerse cuestión de ello, tuvo que serlo de un modo sutilmente problemático. Recordando la crisis juvenil de sus creencias religiosas, escribe: «Ciertamente, del naufragio se habían salvado dos altos principios: la existencia del alma inmortal y la de su Ser supremo rector del mundo y de la vida». Quede intacto el problema de la existencia de Dios, cuya realidad entendió Cajal, según sus propios textos, de un modo más deísta unas veces y más panteísta otras. Consideremos no más que el problema del alma. Cajal creía en la existencia de un alma inmortal y, en consecuencia, espiritual; su afirmación es paladina. Pero en tanto que investigador creía a la vez en la posibilidad de una explicación puramente científica —a la postre, materialista— de todas las manifestaciones del psiquismo humano. Ni una sola vez habla de la realidad del alma en sus escritos neurohistológicos y neurofisiológicos, y en varias ocasiones pone su esperanza en lo que a tal respecto han de lograr las futuras hazañas de la ciencia del cerebro. ¿Cómo desconocer, pues, el carácter secretamente conflictivo de la relación entre una y otra creencia?

Daré mi respuesta. En concordancia con otros hombres de ciencia de su tiempo —valga el ejemplo de Flechsig, otro egregio neurocientífico de los primeros lustros de nuestro siglo—, en la mente de Cajal se juntaban esas dos creencias. Como involuntario secuaz de una antropología tradicional, creía acriticamente en la necesidad de admitir, incluso para un agnóstico, la existencia de un alma espiritual e inmortal; mas también creía, como devoto y apasionado hombre de ciencia, en la posibilidad de entender de modo puramente científico la actividad psíquica del hombre, y hacia tal meta orientó su saber y su pensamiento como neurólogo. ¿Cómo resolver esa

grave aporía intelectual si —lo que no ocurrió en el caso de Cajal— conscientemente se la vivía? Sólo dos respuestas veo yo. Una, el intento de explicar razonablemente la actividad del cerebro humano como la sucesiva realización material de una serie de actos puramente espirituales: pensar, juzgar, querer, etc. Otra, aceptar consecuentemente la tesis implícita en el ideal científico antes enunciado e imaginar el camino conducente a la explicación del psiquismo humano como actividad principal de nuestro humano cerebro. Me atrevo a pensar que, puesto en el caso, Cajal habría rechazado sin reservas la primera vía; como no sea apelando a la hipótesis de un milagro continuamente repetido —eso postuló el ocasionalismo de Malebranche—, a nuestra mente no le es posible explicar la acción del espíritu sobre la materia. Claramente, en cambio, optó por la segunda. De dos modos lo hizo.

Aciertos y errores

Harto ingenuamente confió con exceso en las posibilidades de la investigación bioquímica o, como decimos hoy, de la biología molecular. El de Cajal no fue el tosco y primario materialismo de Vogt y Moleschott; jamás hubiese afirmado él que el pensamiento es una secreción del cerebro, como la bilis lo es del hígado. Pero pensó y más de una vez dijo que el afinamiento del análisis biofísico y bioquímico de la fisiología neural llegaría a dar muy importantes luces para entender el mecanismo cerebral del pensamiento y la volición. En algo acertaba y en algo erraba nuestro genial sabio. El análisis biofísico y bioquímico de la actividad de la neurona es y seguirá siendo, desde luego, condición necesaria para edificar una teoría científica del psiquismo, pero nunca llegará a ser condición suficiente. Sin conocer la neurofisiología de la sinapsis, de la transmisión intraneuronal del impulso nervioso y del establecimiento de los diversos circuitos intracerebrales, no es posible entender la realidad y la dinámica de la psique. Con sólo ese conocimiento, tampoco. Tal parece ser el sentir común de los neurofisiólogos actuales.

Para elaborar una doctrina científica de lo que tradicionalmente se ha llamado «alma», más orientadora parece ser una curiosa perplejidad de Cajal en el más testamentario de sus escritos científicos, el titulado *¿Neuroicismo o reticularismo?*, de 1933. En una estupenda recapitulación final de su pensamiento, Cajal expone sumariamente los varios modos en que se manifiesta la unidad de la célula nerviosa: unidad morfológica, genética, funcional, regenerativa... Todo va muy bien hasta que surge el problema de la unidad funcional.

El concepto de ella es bien claro: «la neurona es la mínima cantidad de sustancia viviente capaz de provocar y propagar una excitación nerviosa». Pero al tratar de explicar la relación entre la función de cada neurona y la actividad cerebral en que se halla integrada, la mente de Cajal vacila: «La unidad fisiológica de la neurona —escribe— se extingue o se dispersa en el segundo eslabón de la cadena sensible», y se pierde «en las neuronas de tercer orden» (las centrales). Todo lo cual le lleva a concluir este apartado con las siguientes palabras: «La idea de la unidad fisiológica de la neurona carece todavía de suficiente precisión y ofrece puntos de vista que no se dejan ordenar bajo un principio común. El esclarecimiento de la cuestión pertenece antes a la Fisiología que a la Histología».

Cajal, el Cajal de la plena y definitiva madurez intelectual —tal es el sentido profundo de esa elocuente vacilación—, intuía la necesidad de integrar fisiológicamente la unidad morfológica y trófica de la neurona en otra unidad de orden superior; ésa en cuya concepción estaba trabajando por aquellos años el filósofo Whitehead, será luego más acabada y rigurosamente elaborada, desde sus propios presupuestos intelectuales, por el también filósofo Zubiri, y temáticamente ha sido utilizada por mí —véase mi libro *Cuerpo y alma*— para ofrecer una solución científica y filosóficamente razonable al secular problema cuerpo-alma o mente-cerebro: la unidad dinámica de la estructura, en tanto que básico modo de ser de las realidades físicas, comprendida entre ellas la del cerebro y el cuerpo humanos. En los distintos niveles del mundo viviente a que tradicionalmente ha sido atribuida un alma —alma vegetativa, alma animal o sensitiva, alma racional o humana—, sólo viendo la realidad de cada uno de ellos como una estructura específicamente cualificada y evolutivamente originada, esto es, sólo situando la serie ascendente de todas esas estructuras dentro del marco conceptual de un evolucionismo de nuevo cuño, capaz de asumir el puramente biológico, sólo así podrán ser entendidas esas

hipotéticas «almas» según las exigencias del pensamiento científico y filosófico de nuestro siglo. ¿Aceptaría Cajal, si hoy viviese, este modo de ser materialista, tan distinto del que prevaleció en los siglos XVIII y XIX, y tan compatible con una concepción radicalmente agnóstica y secularizada del universo como con una visión del cosmos esencialmente cristiana? En la hipótesis de una respuesta afirmativa tuvo y tiene su base la mitad de la dedicatoria impresa en el libro antes mencionado. Dice así: «Jacobo Ramón y Cajal, in memoriam».

¿Tema inagotable?

Me preguntaba al comienzo de esta reseña si es realmente inagotable el «tema Cajal». Desde el punto de vista del pensamiento cajalano, casi agotado está tras la minuciosa, inteligente y metódica investigación de Carlos Lorenzo; sólo casi, porque nunca puede darse por definitivamente concluso el conocimiento de una obra personal, y menos cuando es tan varia y tan rica como la de nuestro gran historiador. Mientras haya investigadores del sistema nervioso y estudiosos de las vicisitudes del pensamiento humano, cantera punto menos que inagotada seguirá siendo el conjunto de sus escritos.

Pero no sólo su obra legan los hombres a la posteridad; también su ejemplo, si de algún modo han sido ejemplares. Y para los españoles éste es también el caso de Cajal; de don Santiago, como le llamaron sus más directos discípulos y todavía le llaman aquellos a quienes llegó, próximo o remoto, el fulgor de su persona. En el primero de los múltiples homenajes nacionales que se le tributaron —celebración del Premio de Moscú, 1900, paraninfo de la Universidad Central—, Cajal respondió a la admiración y gratitud de los asistentes poniendo sobre la cabeza de los jóvenes españoles esta ambiciosa consigna: «Aumentar el caudal de las ideas españolas circulantes por el mundo». Así mirado, inagotable debe ser en España el «tema Cajal».

RESUMEN

Pedro Laín Entralgo comenta una obra en la que, con gran acopio de documentación, se estudia el complejo pensamiento de Cajal, en todos los aspectos en que tal pensamiento se expresó; no solamente el cien-

tífico, también el ontológico, el epistemológico, el social, el moral, el político. Especial atención dedica Laín a glosar el modo como Cajal fue positivista, evolucionista y materialista.

Carlos Lorenzo Lizalde

El pensamiento de Cajal

Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1991. 164 páginas. 2.385 pesetas.

Una nación en peligro

Por Miguel de Guzmán

Miguel de Guzmán (Cartagena, 1936) es catedrático de Análisis Matemático de la Universidad Complutense y presidente de la Comisión Internacional de Educación Matemática. Es también miembro de la Real Academia de Ciencias y director del Instituto de Ciencias del Hombre. Su campo de trabajo es el análisis matemático y la educación matemática, temas sobre los que ha publicado diversas obras.

En 1983, una comisión especial establecida por el Gobierno de Estados Unidos, la «National Commission on Excellence in Education», cuyos miembros habían sido escogidos entre los expertos y responsables de mayor prestigio en el país, publicó un documento de emergencia sobre la educación titulado *A Nation at Risk: The Imperative for Educational Reform*. En él se señalaba el fuerte deterioro sufrido en tiempos recientes por la educación en general en Estados Unidos, y muy en particular por la educación científica y matemática, en especial en lo que se refiere a la formación básica, secundaria y primeros niveles universitarios. Es cierto que el nivel de la investigación matemática, científica y tecnológica se conservaba bien alto, especialmente gracias a la intensísima inmigración de jóvenes científicos extranjeros, pero la situación de la educación inicial era en cambio bien distinta.

A Nation at Risk señalaba unas cuantas líneas urgentes de acción. Se trataba de concienciar a todos los estamentos sociales sobre las profundas consecuencias que las deficiencias educativas que se estaban instalando en la formación de las generaciones más jóvenes iban a ejercer en el futuro científico y tecnológico del país. Se pretendía al mismo tiempo proponer unas cuantas acciones de muy urgente realización. En primer lugar, un análisis profundo de las raíces de estas circunstancias, y a continuación planes concretos para poner fin a esta situación tan grave.

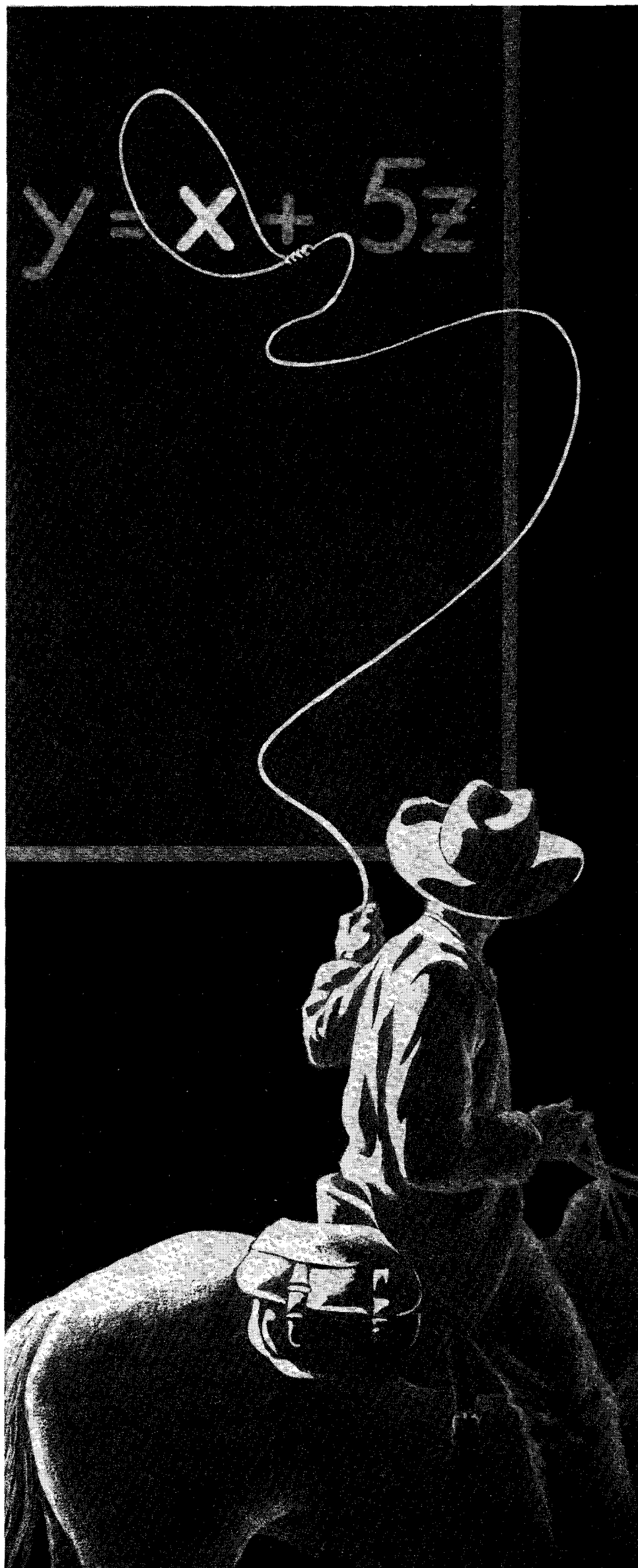
Reforma urgente

La comunidad científica del país pronto se puso en acción, y se puede afirmar que, si bien la situación no ha cambiado aún muy llamativamente, este sentido de urgencia con respecto a las reformas educativas necesarias va calando bien hondamente en la conciencia del colectivo científico y educativo.

Las dos obras que a continuación comentaremos, fruto del trabajo conjunto del Consejo Nacional de Investigación, un organismo creado en 1919 por la Academia Nacional de Ciencias, y de otros tres cuerpos de más reciente constitución establecidos para velar por el desarrollo de la educación e investigación en el campo particular de las matemáticas, constituyen uno de los resultados maduros de esta primera llamada de atención. Tratan en primer lugar de presentar con precisión la seriedad y urgencia de las circunstancias actuales de la educación matemática, de examinar concisamente las causas profundas de la situación y de señalar líneas de acción muy concretas para cada una de las fuerzas sociales del país.

¿Una nación en riesgo?

¿Cómo puede tomarse en serio que Estados Unidos se considere en peligro por razón de un dominio mayor o menor de sus jóvenes en el campo matemático? Alfred N. Whitehead, uno de los filósofos más profundos y clarividentes del siglo, también matemático y por un tiempo presidente de la Asociación Matemática de Inglaterra, afirmaba



FRANCISCO SOLÉ

rotundamente en una famosa conferencia titulada «Mathematics and the Good»: «Si la civilización continúa su avance, en los próximos dos mil años la novedad predominante del pensamiento humano será el señorío de la intelección matemática». El documento *Everybody Counts* parece hacerse eco del pensamiento de Whitehead al señalar muy certeramente cómo la matemática, en cuanto ciencia que trata de dominar los esquemas y patrones formales por los que el universo se rige, es algo mucho más profundo que lo que muchas personas, aun de entre las más cultivadas, parecen pensar. La matemática ha sido, es y lo será en el futuro de modo mucho más evidente, uno de los ejes más profundos y poderosos de la cultura humana. «Como el lenguaje, la religión y la música, la matemática es una parte universal de la cultura humana.» En la actualidad nos encontramos en uno de los períodos de más intensa transformación de la matemática, y aquella civilización que colectivamente no sea capaz de asimilar los nuevos modos de pensamiento quedará necesariamente atrás en su percepción del mundo.

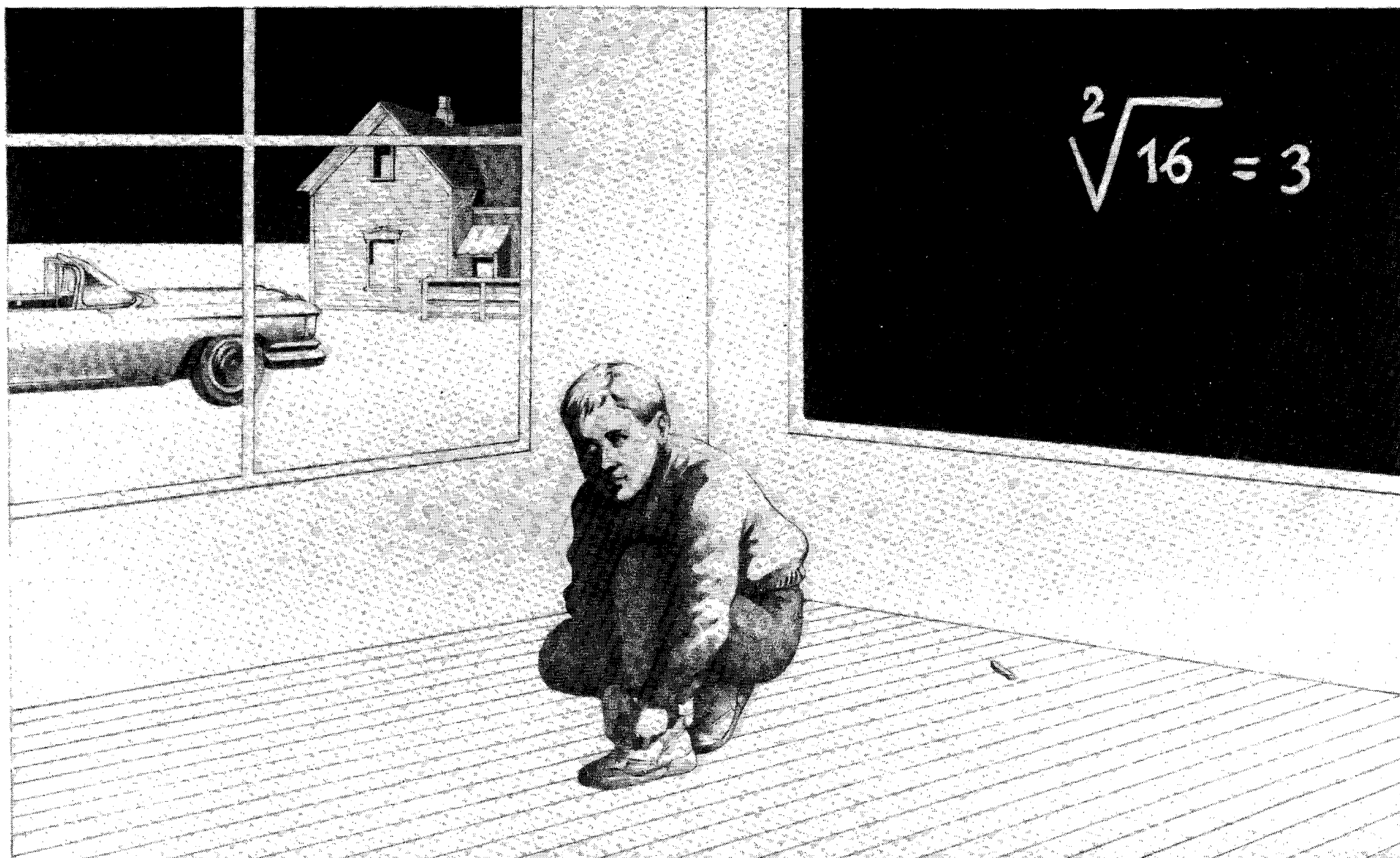
Por otra parte, la matemática es el fundamento de toda la ciencia y de la tecnología. Incluso las ciencias que en otros tiempos podían avanzar sin apoyo matemático, como la medicina, la biología, la geología..., van construyendo instrumentos matemáticos que les resultan en la actualidad imprescindibles para muchos aspectos de su investigación. Si un colectivo no es capaz de desarrollar en su seno una capacidad matemática suficientemente generalizada e intensa para al menos utilizar las poderosas herramientas conceptuales que van surgiendo en esta interacción tan fructífera entre ciencias (tanto de la naturaleza como las ciencias sociales), tecnología y matemáticas, quedará fuertemente empobrecido en un futuro relativamente próximo. Es claro actualmente, y lo será mucho más en un plazo breve, que una cultura matemática básica suficientemente amplia es un requisito fundamental para acceder al mero uso de la tecnología actual y a la más simple comprensión de los principios más básicos de la ciencia actual.

Situación grave

Con estas premisas es fácil entender perfectamente la gravedad de la situación americana y la preocupación del Gobierno de Estados Unidos, un país donde el nivel medio de formación matemática de los estudiantes de enseñanza primaria y secundaria alcanza uno de los puestos más bajos de entre los países desarrollados, incluso también por debajo del de muchos países en desarrollo de condiciones económicas y tecnológicas muy inferiores a las de Estados Unidos.

Pero la situación no es solamente preocupante por razón de la competitividad con otros países. La formación científica y matemática corre el peligro de convertirse en una causa muy influyente de desajustes sociales dentro del país mismo. En *Everybody Counts* se afirma explícitamente: «Corremos el peligro de convertirnos en una nación dividida económica y racialmente por causa del conocimiento de las matemáticas». Hasta tiempos muy recientes, el analfabetismo de una gran masa de la población significaba su condena a ocupar los puestos ínfimos en la escala social y económica. En muchos lugares lo sigue siendo todavía. Pero en las condiciones culturales que se van imponiendo, con el dominio creciente de matematización antes señalado que ya se va haciendo patente, la numerización comienza a ser tan importante como la alfabetización a fin de poder acceder a la inmensa

Viene de la página anterior



FUENCISLA DEL AMO

mayoría de los trabajos mínimamente cualificados. La división de una población en un grupo matemáticamente culto por razón de una educación inicial satisfactoria y otro grupo matemáticamente deficiente, división que en gran parte coincide muy fundamentalmente con la ya impuesta por razones de raza y de unas deficientes condiciones iniciales de índole social, cultural y económica, constituyen un gravísimo riesgo para la democracia y la movilidad social, que hasta ahora han sido una característica tan anhelada por la sociedad norteamericana.

La gran paradoja

¿Cómo se explica el hecho sorprendente de que Estados Unidos posea a la vez los mecanismos más perfectos de progreso científico en sus universidades y centros de investigación, tanto en matemáticas como en otros campos, y uno de los sistemas educativos globalmente menos eficientes de entre los países desarrollados? Para entender esta extraña paradoja hay que decir que no se puede hablar propiamente de un sistema educativo en Estados Unidos. En el país hay cientos de sistemas educativos con autonomía suficiente para establecer sus propios programas, sus propios modos de selección de profesorado, sus propios baremos de exigencia, tanto de profesores como de alumnos. En muchos casos la preparación requerida de los profesores de matemáticas es mínima, así como es notablemente insuficiente el nivel requerido a los alumnos de la enseñanza de las etapas iniciales. Las diferencias resultantes en la formación de los alumnos de un lugar a otro puede ser abismal, y en gran parte esto depende de los medios de la propia comunidad en que

se encuentren los centros respectivos. Bajo esta luz se pueden entender mejor muchas de las preocupaciones que aparecen expresadas en las obras que comentamos, y que resultan un tanto opacas si las pensamos desde un sistema educativo bastante más centralizado, como es el nuestro. Por esta misma razón es comprensible que la labor emprendida por el «National Research Council» no sea de fácil realización, ya que debido a la enorme descentralización del aparato educativo es imposible adoptar medidas impositivas en todo el país, y se debe restringir en buena parte a intentar concienciar, a través de documentos como los que presentamos, a las autoridades locales responsables de cada átomo educacional, aconsejándoles que tomen medidas concretas a modo de recomendación, al mismo tiempo que a través de acciones diversas de mentalización y difusión se busca involucrar más intensamente en el problema a las sociedades matemáticas y a los profesores de centros educativos iniciales y de las universidades a fin de que ellos sean los promotores de una reforma más eficaz.

Algunas recomendaciones

Tanto *Everybody Counts* como *Moving beyond Myths* están repletos de recomendaciones específicas, tanto más interesantes cuanto que vienen a representar el producto destilado del saber de muchos científicos y educadores muy eminentes en el campo de la educación matemática que han trabajado intensamente para llegar a un cierto consenso en la difícil tarea de encontrar una base de entendimiento común frente a los intensos cambios que la educación matemática está experimentando en épocas recientes. Algunas

de entre tales recomendaciones pueden ser muy específicas de las circunstancias particulares de los Estados Unidos, pero la filosofía de la educación matemática que del análisis del conjunto de estos trabajos se desprende es bien válida para la situación de cualquier otro país. Muy en particular las líneas maestras, de las que estas notas finales constituyen una muestra, que presentan la enseñanza matemática concebida como la tarea de creación de un ambiente en que el alumno se convierta en el verdadero motor y gestor de «su propio aprendizaje», lecciones que una buena parte de los profesionales de la enseñanza de la matemática estamos bien lejos de practicar correctamente en nuestro ejercicio:

- La práctica educacional actual ofrece a los estudiantes de matemáticas tan sólo una débil luz al final de un larguísimo túnel.
- Los estudiantes retienen mejor las matemáticas que aprenden por procesos de construcción y experiencia internas.
- Las prioridades en educación matemática

deben cambiar a fin de reflejar el modo como los ordenadores se utilizan en matemáticas.

- Los futuros profesores deberían aprender matemáticas de un modo que estimule la participación activa con las ideas matemáticas.
- La enseñanza de la matemática está experimentando una transformación desde un modelo basado en «transmisión de conocimiento» a una práctica centrada en el alumno cuyo rasgo fundamental es el «estímulo del aprendizaje».
- La enseñanza de la matemática está experimentando una transformación desde el énfasis sobre el cálculo con papel y lápiz a un pleno uso de la calculadora y ordenador.
- La percepción social de la matemática está transformándose desde la consideración de esta disciplina como un cuerpo fijo de reglas arbitrarias a la de una activa ciencia de patrones y estructuras.

RESUMEN

Tras el espectacular título, Una nación en peligro, y que responde a la situación de la educación científica y matemática en los distintos niveles educacionales norteamericanos, Miguel de Guzmán, que se basa en dos in-

formes oficiales sobre ese peligro potencial en Estados Unidos, intenta llamar la atención de la situación en ámbitos más próximos a su dedicación académica como es España.

Autores varios

Everybody Counts. A Report to the Nation on the Future of Mathematics Education

National Research Council, National Academy Press, Washington, D.C., 1989. XIV + 114 páginas.

Moving Beyond Myths. Revitalizing Undergraduate Mathematics

National Research Council, National Academy Press, Washington, D.C., 1991. X + 65 páginas.

¿Existe la realidad física?

Por Ramón Pascual

Ramón Pascual (Barcelona, 1942) es catedrático de Física Teórica de la Universidad Autónoma de Barcelona, de la que ha sido rector. Académico de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona. Ha sido profesor de varias universidades españolas y ha investigado en la JEN (Madrid), el ICTP (Trieste), el CERN (Ginebra), Orsay (París) y el Rutherford Laboratory (Oxford).

La mecánica cuántica, desarrollada durante el primer cuarto de este siglo a partir de la famosa hipótesis de Planck acerca del carácter discreto de las cantidades de energía intercambiadas por un cuerpo, constituye una de las teorías físicas de mayor éxito. Una de las que Penrose, en su interesante libro *La nueva mente del emperador*, que comentamos recientemente en esta revista, califica de «soberbias». El éxito de una teoría física se mide por su capacidad para predecir los resultados experimentales, por su coherencia interna, por la extensión de su ámbito de aplicación y también por su sencillez y su belleza.

En este sentido, la mecánica cuántica predice resultados experimentales con una precisión sin precedentes (de hasta diez cifras significativas, como en el caso del momento magnético anómalo de muón); su campo de aplicación comprende el de la física clásica, a la que incluye como límite cuando las acciones típicas del sistema de que se trate sean grandes en comparación con la constante de Planck, y lo extiende considerablemente; y también se puede decir que es sencilla y bella. Si bien la mecánica cuántica no tiene inconsistencias internas, lo que quizá no se puede afirmar con tanta rotundidad es que sea del todo coherente o que, por lo menos, sea completamente compatible con algunos conceptos que solemos considerar, quizá a la ligera, cuestionables.

Su capacidad para interpretar y predecir los resultados, especialmente en el dominio de la física microscópica, hace de ella un instrumento de trabajo de uso diario en todos los dominios de la física moderna. Su conocimiento es obligado para todo físico y para cualquier químico teórico. Los textos de mecánica cuántica son numerosísimos. Además, la mecánica cuántica introduce algunos conceptos, como el famoso principio de indeterminación de Heisenberg, que han hecho verter ríos de tinta a filósofos y pensadores, la mayor parte de las veces sin una comprensión profunda ni del principio ni de la teoría y, por tanto, sin demasiado sentido.

La posible incoherencia de la mecánica cuántica radica especialmente en el hecho de que, a pesar de ser una teoría completamente determinista, en la que la función de ondas satisface una ecuación diferencial lineal, como las que gobiernan casi todas las otras partes de la física corriente, incluye un aspecto no determinista en el proceso de la medida. Mientras que la descripción de la evolución de un sistema libre es absolutamente determinista, al medir una variable en un sistema cuántico, en muchos casos éste sufre una mo-

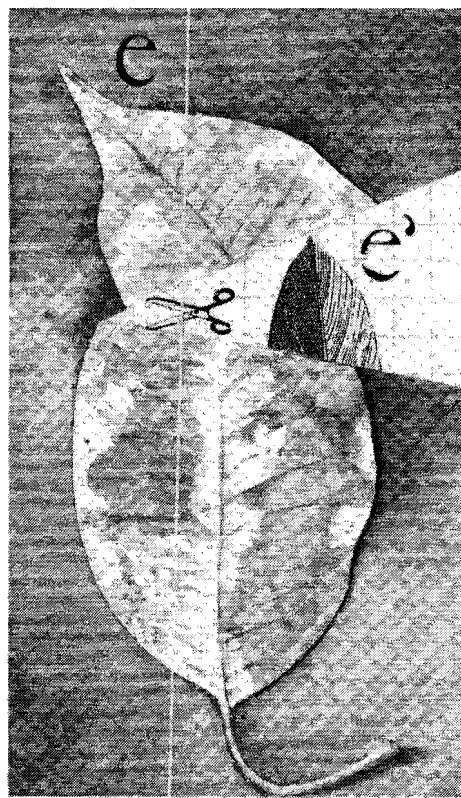
dificación de su estado de carácter impredecible. Es lo que ya Schrödinger calificó de «maldito salto cuántico», y que hizo que algunos de los padres fundadores de la teoría, como el propio Schrödinger, o Planck, o Einstein, se opusieran a la interpretación ortodoxa, impuesta por Bohr, Heisenberg, Jordan y Born, la llamada interpretación de Copenhague. Esta modificación impredecible, a la que se conoce como «reducción de los paquetes de onda», se suele considerar debida a la perturbación que el aparato de medida (macroscópico) realiza sobre el sistema medido (normalmente microscópico, o al menos sensible a cambios de acción del orden de la constante de Planck).

Ya en 1935, Einstein, junto con Podolsky y Rosen (en un famoso trabajo que se conoce con las siglas EPR), planteó la necesidad de que la mecánica cuántica fuera una teoría incompleta, a la que habría que añadir más elementos, unas posibles variables ocultas, a fin de recuperar la «realidad física» y evitar el carácter intrínsecamente estadístico y no determinista de la teoría. La crítica de EPR nunca tuvo respuestas satisfactorias por parte de los ortodoxos, pero como la teoría «funciona» a la perfección, en el sentido de que hasta la fecha no es contradicha por ningún resultado experimental, y como existía un teorema matemático de 1932 debido a von Neumann que (dadas ciertas hipótesis que parecían razonables) impedía la existencia de variables ocultas, son pocos los físicos que se interesan por los problemas de coherencia de la mecánica cuántica.

La paradoja EPR

La paradoja EPR considera un sistema físico de características determinadas y conocidas que se divide, o desintegra, en dos subsistemas que se alejan uno de otro. Si bien la versión original de Einstein y de sus colaboradores hacía referencia a la medición de las variables posición y momento lineal, desde los trabajos de Bohm se suele plantear en términos equivalentes pero algo distintos. En concreto se considera un sistema de momento angular cero (singlete) que se desintegra en dos componentes de spin $1/2$ orientadas cada una de ellas en direcciones opuestas a fin de preservar la conservación del momento angular. El alejamiento de los dos subsistemas implica que dejan de estar conectados causalmente debido a que cualquier señal que los conecte irá, como máximo, a la velocidad de la luz y tardará un cierto tiempo en viajar de un subsistema a otro. Las medidas que se realicen en uno de los subsistemas nos darán, pues, información sobre el otro sin necesidad de perturbarlo con el aparato de medida y sin que haya la posibilidad de que el subsistema medido comunique el resultado de la medida al otro subsistema.

Las medidas realizadas en los dos subsistemas estarán, pues, correlacionadas, lo que no es ni sorprendente ni privativo de la mecánica cuántica. Lo que sucede es que en determinadas circunstancias esta correlación no es la misma según la interpretación or-



JUAN RAMON ALONSO

odoxa de la mecánica cuántica o según cualquier otra teoría en la que se suponga que cada parte, después de la separación, tiene una existencia real e independiente, tal como sucede en las teorías de variables ocultas. Esta última suposición, absolutamente «lógica», es lo que Einstein llamó «realismo local». En estos casos, la mecánica cuántica proporciona una predicción experimental distinta de la de las teorías en que se suponga el realismo local. Ante una tal situación no hay más salida que preguntar a la naturaleza mediante un experimento. Pero el problema radicaba en la sutileza de las cuestiones y en las dificultades experimentales, de manera que el planteamiento de posibles experimentos tuvo que aguardar a la clarificación conceptual, que llegó de la mano de Bell, y al desarrollo de sofisticados dispositivos de medida.

Las desigualdades Bell

John S. Bell, el autor del libro que comentamos, un físico nacido en Belfast en 1928 que trabajó durante muchos años en la división de teoría del CERN y que falleció repentinamente en Ginebra en septiembre de 1990, ha sido uno de los pocos físicos que en los últimos decenios se han preocupado por estos aspectos de fundamentación, logrando establecer una pasarela entre las bases teóricas y los hechos experimentales. Alentado por la construcción de una teoría de variables ocultas por David Bohm, en 1952, que evitaba una de las hipótesis del teorema de von Neumann, Bell dedujo las desigualdades que llevan su nombre y que figuran ya en los buenos textos modernos de mecánica cuántica. Las desigualdades de Bell permitieron dilucidar de manera experimental la completitud de la mecánica cuántica o la validez de la hipótesis del realismo local.

Bell ha sido uno de los físicos eminentes de la actualidad. Sus campos de interés han sido variados, pero siempre se han caracterizado por su importancia y profundidad. Su nombre va ligado, junto con Jack Steinberger, a la formulación usual de la fenomenología de la violación de la simetría CI: junto con Adler y Jackiw, al descubrimiento de la anomalía quiral, y junto con su esposa, a algunos aspectos de la física de aceleradores, un tema que siempre compatibilizó con su dedicación a aspectos más teóricos.

Los trabajos que Bell publicó sobre la fundamentación de la mecánica cuántica durante más de veinte años en distintas revistas han sido recogidos en el libro que comentamos, *Lo decible y lo indecible en mecánica cuántica*. Como suele suceder en este tipo de publicaciones, aunque hay algún artículo sencillo y divulgativo, no se trata de un libro de fácil lectura, pero sí de un instrumento útil y necesario para cualquiera que desee profundizar en lo que no suelen decir los textos ordinarios. Cada uno de los artículos que componen el libro lleva su bibliografía, con lo que, en conjunto, el lector dispondrá de todas las referencias existentes sobre el tema.

Una vez planteadas las desigualdades de Bell, se trataba de acudir al experimento: ¿cuál era la correlación que mostraban los datos en un experimento del tipo de EPR, la predicha por la mecánica cuántica o la deducida de cualquier otra teoría con realismo local? La lógica parecería apuntar a la segunda. El éxito de la mecánica cuántica durante muchos años, a la primera.

Se trata de experimentos complicados y a ellos se han dedicado diversos laboratorios. Quizá el mejor y más significativo ha sido el del grupo encabezado por Alain Aspect en París. La primera publicación de Aspect en 1975, confirmada repetidamente desde entonces con nuevos datos y por otros grupos (aunque no por todos), emitió el veredicto, dando la razón a la «ilógica» interpretación de Copenhague. Los «ortodoxos» parecían haber ganado esta fase del combate, aunque ello no acababa con las discusiones referentes a algunos aspectos de la mecánica cuántica.

La última aportación interesante a la discusión es posterior a la edición original del libro por Cambridge University Press de 1987 y también a la edición española. Acaba de aparecer el pasado mes de marzo en la prestigiosa revista *Physical Review Letters* y se debe a Emilio Santos, catedrático de física teórica de la Universidad de Cantabria. Santos argumenta que si bien las desigualdades de Bell son ciertas, se utilizan mal al compararlas con los resultados experimentales, ya que lo que se mide en los experimentos como el de Aspect no son las verdaderas probabilidades con las que opera la mecánica cuántica. Santos demuestra claramente que si se trabaja con las magnitudes experimentales correctas, tanto los resultados de los experimentos como las predicciones cuánticas satisfacen las desigualdades de Bell, con independencia de las eficiencias de los detectores, con lo que no cabe concluir que las experiencias existentes excluyen la hipótesis del realismo local. Es de esperar que no tarde en surgir una discusión científica que aporte elementos nuevos a la controversia. Si Santos tiene razón es probable que se aviven tanto la discusión teórica como la construcción de nuevas alternativas a la mecánica cuántica ortodoxa, como la que, a título de ejemplo y para demostrar su viabilidad, propone el mismo Santos en el artículo mencionado.

Es una lástima que la inesperada desaparición de John Bell impedirá disponer de una de las mejores cabezas para la búsqueda de una extensión de la mecánica cuántica que unifique las dos maneras de evolucionar de los sistemas cuánticos: la determinista, propia de los sistemas libres, y la indeterminista, propia de los procesos de medida.

RESUMEN

Con un artículo en torno a la mecánica cuántica, el profesor Pascual se ocupa, en esta ocasión, de un libro de John S. Bell, uno de los físicos más eminentes, a su juicio, y que en esta obra recoge artículos sobre la fundamen-

tación de la mecánica cuántica aparecidos a lo largo de veinte años en revistas científicas. No se trata de un texto de divulgación, advierte, pero sí un instrumento útil para quien desee profundizar en este campo.

John S. Bell

Lo decible y lo indecible en mecánica cuántica

Alianza Universidad, Madrid, 1990. 289 páginas. 2.200 pesetas.

En el próximo número

Artículos de J. C. Mainier, Sixto Ríos, F. Márquez Villanueva, A. García Calvo, M. Beato, J. J. Martín González y F. Tomás y Valiente.

Leer después de Auschwitz

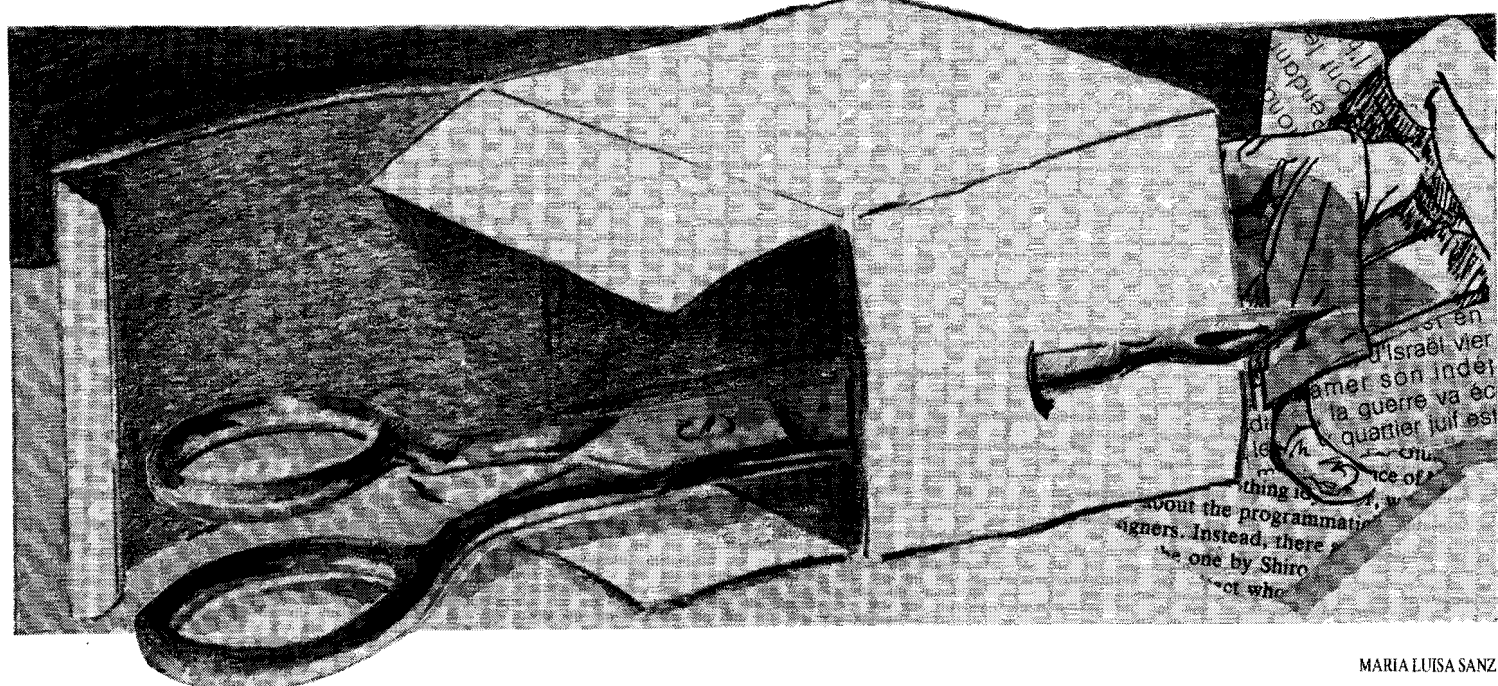
Por José-Carlos Mainer

José-Carlos Mainer (Zaragoza, 1944) es catedrático de Literatura Española en la Universidad de su ciudad natal, tras haber sido profesor en las de Barcelona y La Laguna. Cultiva la historia de la literatura de los dos últimos siglos y ha escrito varias obras, entre las que cabe citar: *Falange y literatura*, *Literatura y pequeña burguesía en España*, *La Edad de Plata (1902-1939)*, *La doma de la Quimera e Historia, literatura, sociedad*.

No era George Steiner un desconocido entre nosotros. En 1973, la benemérita Breve Biblioteca de Respuesta, de Carlos Barral, tradujo uno de sus títulos más deslumbrantes, *Extraterritorial*, y poco después vinieron versiones mexicana y venezolana de *Después de Babel* y *La muerte de la tragedia*. Y desde 1982 es un inquilino habitual de la cuidada y estimulante serie ensayística de Gedisa. Ahora es un editor madrileño el que vierte con un título muy feliz la antología de su obra, que en la edición norteamericana de 1984 viene bajo otro, lacónico, expresivo y a la par algo engañoso: *A Reader*.

Y lo digo porque Steiner es un espléndido y plural lector universal (aunque no suela citar literaturas hispánicas), pero está muy lejos de ser lo que hoy sugiere ese término: un escoliasta tecnicista y abstruso, prisionero de la letra y olímpico desdeñador de los significados. La soberbia de Steiner es de otra naturaleza. Este judío nacido en Francia, de educación francesa y anglosajona, que profesa en una universidad suiza y que opina en todos los grandes suplementos literarios del mundo, es un creyente casi irascible en la densidad creadora de la literatura, en el poder creador del significado. Su última obra —*Real Presences*— postula, como hace ya en el prólogo de la que ahora comento, su aversión a la crítica de hoy en día (el pirronismo de la «deconstrucción» o el manierismo de los neoformalismos de base retórica) y la necesidad de regresar a los grandes temas: a la fe religiosa, por ejemplo, ya que toda creación estética es remedo de la única Creación; a la idea de que todo texto digno de atención brota de una conmoción que se produce en el umbral del misterio de existir.

Terribles y singulares opiniones son éstas, que hace ya mucho tiempo que no agitaban



MARIA LUISA SANZ

el mundo profesional de la crítica literaria. Más de cincuenta años atrás, un norteamericano, el muy olvidado Van Wyck Brooks, se inventó un escritor imaginario, Oliver Allston, al que hizo decir cosas parecidas en contra de la literatura simbolista o de Joyce y a favor de aquellos escritores «primarios» (Balzac o Tolstoi) que hablaban con convicción y sin pecaminosos juegos verbales de las cosas que realmente importaban. Pedro Salinas se estremeció de horror y dedicó un buen fragmento de *El defensor* a exorcizar aquella nueva barbarie que, en nombre de las grandes ideas, condenaba al fuego eterno toda experimentación y toda disidencia. Pero lo que había tras Van Wyck Brooks y su criatura de ficción era la nostalgia de una literatura americana, casi de rango pastoril, nacida como expresión espontánea de las praderas interminables y del doméstico orgullo del nuevo pueblo elegido. Y su memoria quedó como la del más laborioso de cuantos intentaron definir una «literatura nacional»: en ello están su *America's Coming of Age* (1912) o su libro de 1925 contra el extranjerizante Henry James. Pero Steiner formula cosas muy distintas. No le asustan el vacío ni la angustia como temas literarios. Y en cuanto al lenguaje, este plurilingüe está de vuelta de todo retorcimiento expresivo y no ignora —sobre esto volveré más adelante— que, después de Wittgenstein,

la comunicación lingüística puede serlo todo menos quizá una traducción exacta de nuestros pensamientos.

La repugnancia de Steiner por algunas ideas de nuestro tiempo brota de un concepto distinto —no sabría si decir «tradicional»— de la dignidad humana. Tomemos, por ejemplo, el capítulo «Eros e idioma» (que proviene de *Sobre la dificultad*, 1972), muy típico, por otra parte, de la peculiar y persuasiva «dispositivo» de los trabajos del crítico. Su trama más externa pergeña una historia de la expresión lingüística de la relación sexual desde la novela romántica británica hasta la pornografía moderna, pasando por Flaubert y Zola, sin olvidar el espacio debido a la imaginación homosexual, que incluye referencias a Wilde, Thomas Mann y Jean Genet. Pero, a la vez que Steiner observa y jalona con notable lucidez la evolución histórica de un fenómeno, va alimentando el desarrollo de una tesis paladina que ya no tiene nada de relativismo histórico: aquí y en cualquier parte, el sexo es una metáfora de nuestra relación nunca fácil con la realidad y, de otro lado, un impulso que arraiga en lo más hondo de nuestra conciencia y que la revela. A lo largo del tiempo, su expresión literaria ha ido conquistando lo explícito: primero, por la vía de la metáfora (que observa en Flaubert); después, por el camino de la exaltación lírica de la crudeza (Lawrence); al fin, mediante la expresión directa de la copulación. Pero la explicitud total de la pornografía resulta un infierno uniformador, priva a la sexualidad de esa condición íntima que la individualiza y que, en suma, nos hace humanos. Y, en consecuencia, lo que ha enriquecido la literatura es la expresión oblicua del deseo, la violencia pudibunda que lo ha metamorfoseado en creatividad, incluso a expensas de la mogigatería (resulta ejemplar al respecto el análisis de sendos fragmentos de Jane Austen y George Eliot), porque el sexo hace aflorar estratos profundos de la conciencia personal y la literatura no está autorizada para destruirlos.

No es casual esta atracción de Steiner hacia el siglo XIX, tan visible en sus elogios de la narrativa realista. *En el castillo de Barba Azul* (1971), uno de los más terribles, sugerentes y sofisticos vejámenes de nuestra época, comienza con un encendido elogio de aquella centuria de paz y curiosidad científica, de organización social y fe en la iniciativa solidaria, que contrasta tan poderosamente con un siglo que ha inventado el totalitarismo, que ha corrompido el lenguaje y que ha agotado las fuentes del espanto. Precisamente *La muerte de la tragedia* (libro de 1961 que suscitó una hermosa réplica de Jean Marie Domenach) explicita esa convicción: lo trágico clásico enfrentaba la razón y la conciencia humanas con la inexorabilidad de un destino que les era ajeno; el horror de hoy en día no es ajeno al hombre que lo provoca y lo alimenta y, por otro lado, su absoluta impiedad no deja siquiera resquicio para el enfrentamiento dialéctico. Es lástima que Steiner no haya reproducido algún fragmento de *Antígonas* (1984), el libro en que repasa la larga herencia de la hija de Edipo y enemiga de Creonte porque, al hilo de la espléndida labor del comparatista, surgen conceptos fundamentales sobre el significado mismo de lo trágico: conflicto entre hombre y mujer, viejo y joven, Estado y ciudadano. Pero, a cambio, nuestro libro trae —además de unas páginas sobre Racine— el magistral epílogo de *La muerte de la tragedia*, y Steiner domina, como pocas otras cosas, el arte sutil de epilogar; no es fácil olvidar su descripción de cómo Helen Weigel interpretaba la *Madre Coraje* de Brecht en el momento atroz de reconocer el cadáver de su hijo. El silencio negativo primero, el alarido inhumano y sobrecogedor después, son los símbolos del espanto de nuestro tiempo. Y las razones de la imposibilidad de la tragedia...

George Steiner es judío y pertenece —como recuerda en este libro su ensayo «Una es-



En este número

Artículos de	
José-Carlos Mainer	1-2
Sixto Ríos	3
F. Márquez Villanueva	4-5
Agustín García Calvo	6-7
J. J. Martín González	8-9
Miguel Beato	10-11
F. Tomás y Valiente	12

SUMARIO en página 2

Viene de la página anterior



Leer después de Auschwitz

pecie de sobreviviente»— a una tradición intelectual centroeuropea circunscrita por Leningrado, Odesa, Praga y Viena, Frankfurt, Milán y París, en la que se integran «el legado de Ernst Bloch, de Adorno, de Walter Benjamin y de la herencia de las investigaciones poético-filosóficas judías de la palabra que se encuentran en Roman Jakobson, en Karl Kraus, en Fritz Mauthner y Noam Chomsky». En su concepción del mundo pelea, pues, una tradición religiosa y un tolerante ámbito de secularización, un rabino inmemorial y un intelectual moderno. Y el centro de su experiencia histórica es una abominación y un resentimiento: la existencia de los campos de exterminio y, a su lado, la responsabilidad y la complicidad de quienes los hicieron y quienes los ignoraron. Una de las grandes pensadoras políticas de nuestro tiempo, Hanna Arendt, escribió al propósito un libro estrechecero, *Eichmann en Jerusalén*, cuyo subtítulo, «Ensayo sobre la banalidad del mal», es más elocuente que muchas páginas indignadas. Steiner ha querido colocar como epí-

logo de *Lenguaje y silencio* un capítulo (que recoge esta antología) donde reseña con meticulosa furia el reportaje de su hijo, Jean François Steiner, sobre el campo de Treblinka. Y en una sección de título revelador, «Asuntos alemanes», ha incorporado dos capítulos de su obra narrativa *El traslado de A[dolfo] H[itler] a San Cristóbal* (hay excelente traducción de Antonio Prometeo Moya para Ultramar en 1985).

Puede incomodarnos ese rabino interior o sernos ajena una hermenéutica con aromas talmúdicos, pero resulta imposible zafarse de la imagen que se hinca en el centro de este libro y lo explica. Escribió Theodor Adorno sobre la imposibilidad de cualquier arte después de Auschwitz, y el mérito del propio Adorno —como el de Steiner— ha sido seguir hablando de creación sin olvidar un punto aquella abyección. Pocos testimonios tan decididos de esa fe como el artículo «Crítico/Lector» que, procedente de la revista *New Literary History*, puede leerse en las primeras páginas de esta antología, o como la apología «pro litteras» «Para civilizar a nuestros caballeros», que abre el volumen. Pero escribir no solamente es sobreponerse, sino hacerlo en compromiso radical con la dignidad, y de ahí la importancia que en *Lecturas, obsesiones y otros ensayos* tienen tres agudas y solemnes reflexiones sobre la honradez del crítico y del pensador. La primera viene a propósito de Martin Heidegger para repudiar la docilidad y el silencio culpable de su maestro, tras 1945, quizá porque se negó a concebir el destino de Alemania (filosofía y música) como algo que cupiera en «los límites del sentido común y la moralidad». La segunda reflexión tiene como objeto a Georg Lukács, pero el ensayo de *Lenguaje y silencio* que aquí se recoge resulta, pese a las discrepancias, un ejercicio de comprensión desde el interior de un ser humano que leyó a Balzac e ignoró a Dostoievski, pero que tuvo siempre el sentido reverencial de lo importante y la conciencia de su misión crítica. De los tres ensayos citados, el más terrible es el dedicado a Sir Anthony Blunt, el historiador de arte británico que no hace mucho fue desenmascarado co-

mo agente soviético en el Reino Unido. Esta terrible anatomía de la abyección bieneducada es injusta con demasiadas cosas —qué fueron los años treinta, cuál ha sido el atractivo universal de la utopía comunista—, pero sabe poner el dedo en la llaga de otras: la funcionarización del fanatismo ha logrado que un hombre despreciable pueda, como Blunt, apreciar la pintura de Poussin, igual que el guardián de un «K. L. Reich» o un oficial de la Gestapo podían emocionarse ante un quinteto de Mozart o disfrutar de una elegía de Rilke.

Se entiende así mejor que los dos centros de atracción de la tarea de Steiner hayan sido el estudio del lenguaje y lo que podría llamarse la sublimidad de la literatura. La tesis de *Después de Babel. Aspectos del lenguaje y de la traducción* (1975) —libro representado aquí por cinco fragmentos— insiste en que el lenguaje es creatividad y obligada diversidad, pero también sensación de impotencia; por eso se citan tan oportunamente la célebre carta de Von Hofmannsthal a Lord Chandos o se reiteran las menciones de Paul Celan. Pero esa conciencia infeliz de lo inefable encuentra su remedio en la función subversiva que también tiene el lenguaje, «instrumento privilegiado —leemos— gracias al cual el hombre se niega a aceptar el mundo tal cual es». Reflexiones son éstas e ideas que vienen en de-rechura de Nietzsche y Heidegger, pero que se nutren, sobre todo, del inagotable *Tractatus* de Wittgenstein. La que llamaba bús-

queda de la sublimidad tiene quizá su mejor representación en las páginas seleccionadas del primer libro de Steiner, *Tolstoi o Dostoievski* (1959), enunciación disyuntiva tras la que se esconde una lectura ejemplar; véase al respecto, y sin ir más lejos, el capítulo que sustenta la superioridad de las jóvenes literaturas rusa y norteamericana en la ficción narrativa decimonónica o la espléndida comparación entre Homero y el Tolstoi de *Guerre y paz* (ya nuestro Baroja apuntó, por cierto, que Tolstoi le parecía «un griego»). En pocos lugares, sin embargo, está tan presente esta sed de sublimidad (y aquella ánima de hermeneuta judío) como en las breves páginas que se imprimieron en el programa de una representación de la ópera de Arnold Schoenberg *Moisés y Aarón*: la reflexión sobre el lenguaje, la vivencia trágica, la magnitud trascendente del tema son los obligados sumandos de la creación verdaderamente grande.

Tengo sobre mi mesa un libro recentísimo al que sus autores han dado el singular título de *Poetología* y cuyo subtítulo reza: «Comentario de texto "resuelto" de catorce poemas: de la Edad Media a nuestros días» (el entremillado es mío). Cuando otros seres más felices piensan que la literatura se resuelve como los crucigramas o los acertijos (porque después de Gödel ni las matemáticas «resuelven»), la lectura de Steiner puede ser todo un antídoto contra la simplicidad y quizá contra la simpleza. □

Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

RESUMEN

Adorno escribió sobre la imposibilidad de cualquier arte después de Auschwitz; pero el mérito de Adorno, y también del propio George Steiner, uno de cuyos libros da origen a este comentario del profesor José-Carlos Mainer y que lleva un título que alude a la fra-

se de Adorno, ha sido seguir hablando de creación sin olvidar, comenta Mainer, aquella abyección. Y es que de ambas cuestiones, entre otras muchas, trata esta obra miscelánea de uno de los críticos —lector universal, le llama Mainer— más importantes de hoy.

George Steiner

Lecturas, obsesiones y otros ensayos

Alianza Editorial, Madrid, 1990. 605 páginas. 3.300 pesetas.

SUMARIO

	Págs.
«Leer después de Auschwitz», por José-Carlos Mainer, sobre <i>Lecturas, obsesiones y otros ensayos</i> , de George Steiner	1-2
«Esteban Terradas: algunas vivencias», por Sixto Ríos, sobre <i>Esteban Terradas. Ciencia y técnica en la España contemporánea</i> , de Antonio Roca y J. M. Sánchez Ron	3
«El contrasilencio de Ramón de Garciasol», por Francisco Márquez Villanueva, sobre <i>Cuadernos de Miguel Alonso</i> , de Ramón de Garciasol	4-5
«El mismo Aristóteles en torno del lenguaje», por Agustín García Calvo, sobre <i>Aristote Le langage</i> , de Anne Cauquelin, y <i>Grundzüge der Aristotelischen Sprachtheorie</i> , de Hermann Weidemann	6-7
«El arte medido en dinero», por Juan José Martín González, sobre <i>Arte, inversión y mecenazgo</i> , de William D. Grampp	8-9
«Base biológica de la consciencia», por Miguel Beato, sobre <i>The remembered present</i> , de Gerald Edelman	10-11
«Polémica sobre la ciencia española», por Francisco Tomás y Valiente, sobre <i>Ciencia y censura. La Inquisición española y los libros científicos en los siglos XVI y XVII</i> , de José Pardo Tomás	12

Esteban Terradas: algunas vivencias

Por Sixto Ríos

Sixto Ríos (*Pelahustán, Toledo, 1913*) ha sido profesor de la Universidad de Madrid durante más de cincuenta años. Es numerario de la Real Academia de Ciencias, Honorary Fellow de la Royal Statistical Society, y en 1977 obtuvo el Premio Nacional a la Investigación Matemática.

Cinco capítulos y un epílogo constituyen el excelente libro biográfico sobre Esteban Terradas (1883-1950) debido a los profesores Roca Rosell y Sánchez Ron, precedido por un interesante prólogo de E. Trillas. Como tuve la gran suerte de ser sucesivamente alumno (1930), discípulo, amigo, compañero y siempre admirador de don Esteban, es para mí una feliz oportunidad, al desgranar la lectura del libro, recordar algunas vivencias que quizá lo complementen.

Aún está presente en mi memoria la primera imagen del profesor Terradas entrando en el aula del Decanato de la Facultad de Ciencias de la Universidad Central uno de los primeros días de octubre de 1930, en que una escasa docena de alumnos del tercer curso de las licenciaturas de Matemáticas y Físicas, puestos en pie, como era la costumbre entonces, le saludamos con respeto y curiosidad crítica. No encajaba en la imagen tradicional del profesor, de indumentaria descuidada, expresión fatigada, movimientos cansinos...

Don Esteban se había movido en ambientes que imprimieron en él características de porte nuevas que sus alumnos no valoraron de una manera completamente favorable. Al paso de los días no acababa de convencer su estilo de enseñanza, basado en la lectura y comentarios del *Cours d'Analyse*, de Goursat, sin duda uno de los mejores tratados de la época.

Como éramos alumnos jóvenes en una coyuntura española de cambio (los albores del año 31), nos pareció que tal modo de explicar no correspondía a la fama de que venía precedido don Esteban, y una comisión se encargó de exponerle la opinión de la mayoría de la clase, que Terradas escuchó con ejemplar parsimonia y modestia, aclarándonos cómo durante más de veinte años había ido ensayando y modificando sus métodos de enseñanza hasta llegar al que utilizaba con nosotros, que sin duda era menos brillante para el profesor que exponer con oratoria elocuente demostraciones de una recomposición tomada de tres o cuatro textos. A lo largo del curso nos fuimos convenciendo todos los alumnos de que con la enseñanza de Terradas conseguíamos mejores resultados, evitándonos gastar gran parte del tiempo en tomar y redactar unos malos apuntes de unas explicaciones más o menos brillantes ante la pizarra. Y, en efecto, a mitad del curso la clase sintonizaba perfectamente con el profesor, reconociendo sus grandes dotes docentes y su autoridad científica.

Tras una serie de episodios que tuvieron influencia decisiva en su vida universitaria posterior, volvimos a tener como profesor de Estadística Matemática a Terradas en el curso 31-32. Eligió esta vez como texto de probabilidades el magnífico libro de V. Mises y para estadística el Darmois, pero como se trataba de una ciencia naciente que le apasionaba, dedicó un seminario de varias semanas a «muestras», teoría que se estaba creando por aquellos años y aún no había pasado a los tratados. A través del estudio de las memorias de Pearson, Student, Fisher, logré sumergirnos en la ciencia viva del momento, haciéndonos ver que si algún día de verdad queríamos contribuir a incrementar el acervo científico en alguna especialidad, no había más camino real que estudiar a fondo las memorias de congresos y revistas, que contienen la ciencia viva de cada época.

Así, quedan destacadas las cualidades que califican a don Esteban Terradas como un profundo innovador de las costumbres didácticas de una época, como auténtico precursor, junto con Rey Pastor, Plans, Alvarez Ude, de las corrientes científicas que a nivel internacional predominarían en los años siguientes.

Vetustos claustros

Me doy cuenta de la dificultad de los estudios de hoy para comprender aquel período en que llega Terradas a la Universidad española, con bibliotecas formadas por unos cuantos tratados más o menos fosilizados, algunas revistas polvorizadas, con profesores que en su mayoría repetían año tras año un curso invariante, sin becarios ni profesores invitados que trajeran novedades para renovar el aire de nuestros vetustos claustros.

La extraordinaria facilidad innata de Terradas se hace patente en todas sus actividades posteriores a partir de su aprendizaje escolar en Charlotemburgo, y contribuye a que llegue a hablar seis idiomas correctamente, a obtener sobresalientes en quince asignaturas, al hacer, en un mismo año académico,



ARTURO REQUEJO

sendos cursos de la Facultad de Ciencias y la Escuela de Ingenieros Industriales, a realizar en dos años la carrera de Ingeniero de Caminos, a defender en un mismo día sendas tesis de doctorado en Exactas y en Físicas, a ganar en dos años las oposiciones a las cátedras de Mecánica Racional y Acústica y Óptica. Todas estas hazañas, que realizó con evidente naturalidad no exenta de esfuerzo, contribuyeron a formar el mito que, en aquel mediocre ambiente universitario, fue la causa de sus mayores dificultades posteriores, pues es bien sabido que el español medio no perdona esa facilidad de algunos espíritus escoteros para llegar destacados a las cumbres.

El triste y grave episodio de las oposiciones de Terradas a la Cátedra de Ecuaciones Diferenciales de la Universidad Central es analizado con detalle en el libro de Rosell y Sánchez Ron. Se inicia al anular el Ministerio el nombramiento de catedrático extraordinario que se había hecho dos años antes como consecuencia de una triple propuesta, por votación acorde, de la Facultad de Ciencias, de la Real Academia de Ciencias y del Consejo de Instrucción Pública, en la época de la Dictadura de Primo de Rivera. Dos años después, en la época de la República, algunos de sus colegas buscan triquiñuelas administrativas en las que el Ministerio se apoya para anular el nombramiento. Posteriormente, la Cátedra se anuncia a oposición, pero el tribunal, por mayoría, rechaza al único aspirante, don Esteban Terradas. Se apoyan los tres miembros que votaron no en que «las publicaciones matemáticas de Terradas no eran adecuadas porque se centraban en aplicaciones tecnológicas de las ecuaciones diferenciales...» y otras frases similares que toma el libro de las actas de la oposición. Y continúa: «El resultado fue, no puede dudarse, todo un escándalo: el "gran Terradas" "derrotado".»

Se observa aquí cómo algunos políticos de turno y sus sicarios en los claustros pueden, a cambio de satisfacer sus instintos defectuosos, causar un evidente daño a la Universidad y al desarrollo científico. En el caso que estamos relatando, la continuación de la historia es que la Cátedra salió a concurso, que, al ser resuelto de acuerdo con las leyes vigentes, condujo a una enseñanza que implicó un giro de 180 grados respecto al progreso que se necesitaba urgentemente.

Es curioso observar que el libro no haga referencia a los comentarios de sabios extranjeros como Herman Weyl, Pólya..., que recogió oportunamente Rey Pastor en sus discursos. Son frases como éstas: «¿Pero hay en España cinco hombres capaces de juzgar a Terradas?»; «Pero con ese sistema de tortura ¿no hay en el mundo ningún matemático de valor que pudiera llegar a catedrático español!».

Aunque parezca fuera de duda su total y apasionada dedicación a cada una de las actividades que fueron apareciendo a lo largo y ancho de su vida y que sus excepcionales facultades le permitieron simultanear, surge la pregunta de cuál era su auténtica vocación y en qué medida cumplió en ella sus fines propuestos. Terradas, como tantos otros científicos de la época, vivió a la deriva de impulsos,

Terradas, que inició la carrera científica con sus investigaciones en difíciles problemas de Mecánica analítica resueltos en su tesis doctoral (primer trabajo de un matemático español presentado a un congreso internacional y que fue reproducido íntegramente en la gran obra de Greenhill, *Gyroscopic Motion*), pronto comprendió que había que renunciar a ser un gran especialista en Mecánica de hilos, debilitando sus trabajos y publicaciones a nivel internacional, ya que lo necesario en la situación española de la Física era «abrir brechas a golpes de piqueta para que por ellas penetrara a raudales a fecundar nuestro reseco suelo la ciencia acumulada en siglos de reclusión» (Rey Pastor).

Su respuesta se extiende a lo largo de toda su vida con su ingente labor de cursos, libros y monografías sobre los más diversos temas de la Física Matemática, que más que a la actividad de un solo hombre parecen corresponder a todo un departamento de Matemática aplicada en continuada e infatigable actividad. Con ello cuaja la parte principal de una tarea fundamental para que España pudiera aspirar, algunas décadas después, a integrarse en la comunidad científica internacional en el campo de la Física teórica.

Como ha dicho Julio Palacios: «Si Cabrera es indiscutiblemente el introductor en España de los métodos experimentales para la investigación física, y a él se debe cuanto se ha hecho o se haga en este terreno, Terradas debe ser considerado como nuestro primer maestro de Física teórica.»

Posiciones éticas

El libro se preocupa en bastantes párrafos de esclarecer la relación de las actividades de Terradas, que van de la época final de la restauración al franquismo, pasando por la dictadura, la república y la guerra civil, tratando de inferir sus posibles posiciones éticas y políticas.

Nuestra opinión coincide con la expresada por Luis Santaló: «Pocos años después encontré de nuevo a Terradas en la Argentina. Había terminado la guerra civil española, sobre la cual seguramente teníamos opiniones distintas, pero me recibí con el afecto paternal del maestro que se entrega a sus alumnos sin exigir coincidencias. Jamás le escuché una frase ni una insinuación que pudiera interpretarse como una recriminación de vencedor a vencido.»

Permítasenos reproducir, finalmente, algunas conclusiones del libro: «Durante el siglo XX, quizá por primera vez en la historia (al menos en este grado), el papel social y político de los científicos ha adquirido una relevancia insospechada anteriormente. Situados en un lugar privilegiado de la sociedad, la mayoría de los científicos y técnicos han intentado ser respetuosos de todos los poderes constituidos, creyendo que su dignidad quedaba a salvo en la medida de que no solían tomar directamente las decisiones sobre el uso de su trabajo.»

«Precursor de un estilo de trabajo científico y técnico en un período pleno de esperanzas y decepciones, la trayectoria científica de Esteban Terradas debe ser recuperada por nuestro mundo cultural.»

RESUMEN

Sixto Ríos aprovecha la aparición de una obra biográfica sobre el científico español Esteban Terradas para dar su propio testimonio, dado que de Terradas fue, sucesivamente,

alumno, discípulo, amigo, compañero y, siempre, admirador suyo. Las vivencias que relata en su artículo tal vez sirvan, como él sugiere, para completar esta biografía.

Antonio Roca y J. M. Sánchez Ron

Esteban Terradas. Ciencia y técnica en la España contemporánea

INTA-Serbal, Madrid, 1990. 358 páginas. 4.900 pesetas.

El contrasilencio de Ramón de Garciasol

Por Francisco Márquez Villanueva

Francisco Márquez Villanueva (Sevilla, 1931) ha sido profesor en España, Estados Unidos y Canadá. Es autor, entre otros, de los siguientes libros: *Espiritualidad y literatura en el siglo XVI*, *Personajes y temas del Quijote* y *Relecciones de literatura medieval*.

Nuestra visión de la literatura en el período de postguerra viene a completarse en ciertos aspectos importantes con la publicación de los *Cuadernos de Miguel Alonso* de Ramón de Garciasol (Miguel Alonso Calvo). Sus casi 3.000 páginas de apretada tipografía cubren la reflexión con que el autor ha contemplado, a través de breves apuntes casi diarios, tanto la vida a su alrededor como una serie de problemas dolorosamente esenciales en la experiencia humana de este siglo. Iniciados estos *Cuadernos* en fecha anterior a 1943, fluyen de un modo que se diría implacable hasta 1984, si bien su caudal disminuye de modo harto significativo a partir de 1979, al modificarse la anomalía permanente de un período de vida española iniciado en 1939. Tan extenso planeta literario ofrece, por supuesto, sus propias mareas internas, que promueven oleadas de temas y enfoques imposibles, por su complejidad, de cartografiar en este momento. Baste distinguir el cambiante matiz de ciertos momentos cronológicos: el aire cauteloso de los primeros años cuarenta, la intensidad filosófica de los cincuenta, el predominio de la preocupación política entre 1975 y 1978.

La reflexión crítica acerca de estos *Cuadernos* obliga a situarlos al lado de otros memorables ejemplos del género de apuntes, máximas o diarios, pero no lograría encasillarlos junto a ninguno de ellos. Frente a las palabras medidas de obras como las *Máximas*, de La Rochefoucauld, o los *Caracteres*, de La Bruyère (y aunque no falten aquí algunas acuñaciones memorables), sus páginas nos enfrentan con el polo opuesto de un torrencial esfuerzo acumulativo. Si se recuerda el *Diario* del suizo Amiel, salta en seguida a la vista que el tono es esta vez hondamente personal, pero no íntimo ni abierto a confidencias. Ahí están también los voluminosos y homónimos *Cahiers* de Paul Valéry, lúdico iniciar del día con un rasgueo de pluma para ahuyentar la pereza de mano que jamás es problema para la escritura, uniformemente bien templada, de Garciasol. Dotado de un claro temperamento filosófico, no busca éste, sin embargo, el salto profesionalizado de la anécdota a la categoría de las *Glosas* d'orsianas. Frente al reflejo en paralelo de la guerra civil norteamericana por Mary Chestnut, el autor de estos *Cuadernos* siembra de un modo esporádico sus comentarios de acontecimientos y realidades políticas, enjuiciadas con la libertad y espíritu analítico de esa clase de alto periodismo de que por tantos años se carecía en España. Hay por este lado «crónicas» destinadas a ser citadas como fuentes de privilegio por la historia del futuro. Páginas como las dedicadas al tema «nadie tiene en sus manos el futuro» (16 de marzo de 1953), al entierro de los abogados laboristas (26 de enero de 1977) o las reflexiones acerca de la Constitución de 1978 (31 de octubre de 1978). Juicios tal vez a contracorriente, pero no infundados, acerca de personas como Dionisio Rídruejo (1 de julio de 1975), Salvador de Madariaga (7 de abril de 1976) y Severo Ochoa (24 de septiembre de 1975). Estamos ante una de las facetas más brillantes y que podría haber constituido un centro de gravedad para estos *Cuadernos*, donde tantas fechas han encontrado su puesta en razón o sinrazón, pero en los que también se advierte la ausencia inesperada de algunas otras.

Los *Cuadernos de Miguel Alonso* fueron a lo largo de muchos años un proyecto no



FRANCISCO SOLE

exento de peligro y rigurosamente secreto que su autor escribía sobre papel de desecho, único que podía costearse. Su razón de ser era el acto delictivo de «tomarse» la libertad de ejercer la facultad crítica en relación con cualquier tema, acontecimiento o idea que adquirieran sentido para el «hic et nunc» del autor. El lector de hoy puede sentirse algo desconcertado ante el carácter abrumador de estos *Cuadernos*, con sus inevitables reiteraciones, circularidades y extensión casi sobrehumana. En su forma actual se dirían hechos para los azares de un sabroso picoteo, más bien que para una lectura continuada. Sería por ello muy útil disponer cuanto antes de una edición antológica que agrupara lo más destacado en relación con sus temas de base. La falta de unos buenos índices debe ser considerada como talón de Aquiles de la obra en su presente forma, si bien resulte, al mismo tiempo, imposible pedir más al esfuerzo con que la Editorial Anthropos y la Junta de Castilla-La Mancha se han aunado para poner en nuestras manos una obra que es todo lo opuesto de tantas tracas y frivolidades comerciales al uso.

La perplejidad ante estos *Cuadernos de Miguel Alonso* se esfuma (o al menos cambia de rumbo) al comprender la medida en que constituyen un producto anómalo en respuesta a las condiciones mucho más imposibles

que anómalas de la vida intelectual española a lo largo de la victoria institucionalizada. Tanto su génesis como su forma vienen de una torturada respuesta dialéctica al enrarecimiento mortal de esas décadas de censura, control y represión que de una vez para siempre quedaron adecuadamente definidas como un «tiempo de silencio». No es hoy, por fortuna, fácil realizar la composición de lugar de un joven escritor superviviente de la guerra y de los campos de concentración en medio de un país en ruinas, con su estamento intelectual extinguido o disperso en un exilio impenetrable. Años de estupor en que no existe vida literaria, ha casi desaparecido el mercado de libros y hasta las últimas figuras del Noventaiocho (hechas a desastres más manejables) se retiran sin apremio de nadie a vegetar en sus casas. Es entonces cuando, con todas las salidas tomadas, carente de público y de crítica, a la vez que del más mínimo apoyo material para su obra, el poeta despojado de su voz ha de dar testimonio de sí mismo ante opciones vitales de una rigidez casi metafísica. Ajenos a ninguna posibilidad de «samizdat» (que nadie consideraba posible), los *Cuadernos de Miguel Alonso* optan en su día por la más austera de aquéllas, con el abrazo desesperado de una obra secreta y en plena conciencia de su único destino de llenar un cajón tras otro. El valor primordial de una labor

creadora así realizada es el de una negativa del silencio que la rodea mediante un grito no menos prolongado ni ininterrumpido de creación en integral libertad. El que dicho grito haya de quedar ignorado o sordo es secundario ante su carácter de afirmación del espíritu que se rehúsa a morir sin realizar su camino. El cotidiano «desangrarse en las cuartillas» (22 de septiembre de 1976) se halla muy lejos de ningún esteticismo y no está dispuesto tampoco a negarse a sí mismo en una obra complaciente ni bonita. Se trata, por el contrario, de un ejercicio de autoliberación y de anticensura que protege de enloquecer en total soledad, y así es como ha de comenzar a ser leído por una crítica responsable. Con todo su grano y su paja, los *Cuadernos de Miguel Alonso* no pueden definirse, en su esencia, más que como una militante y gigantesca operación de contrasilencio.

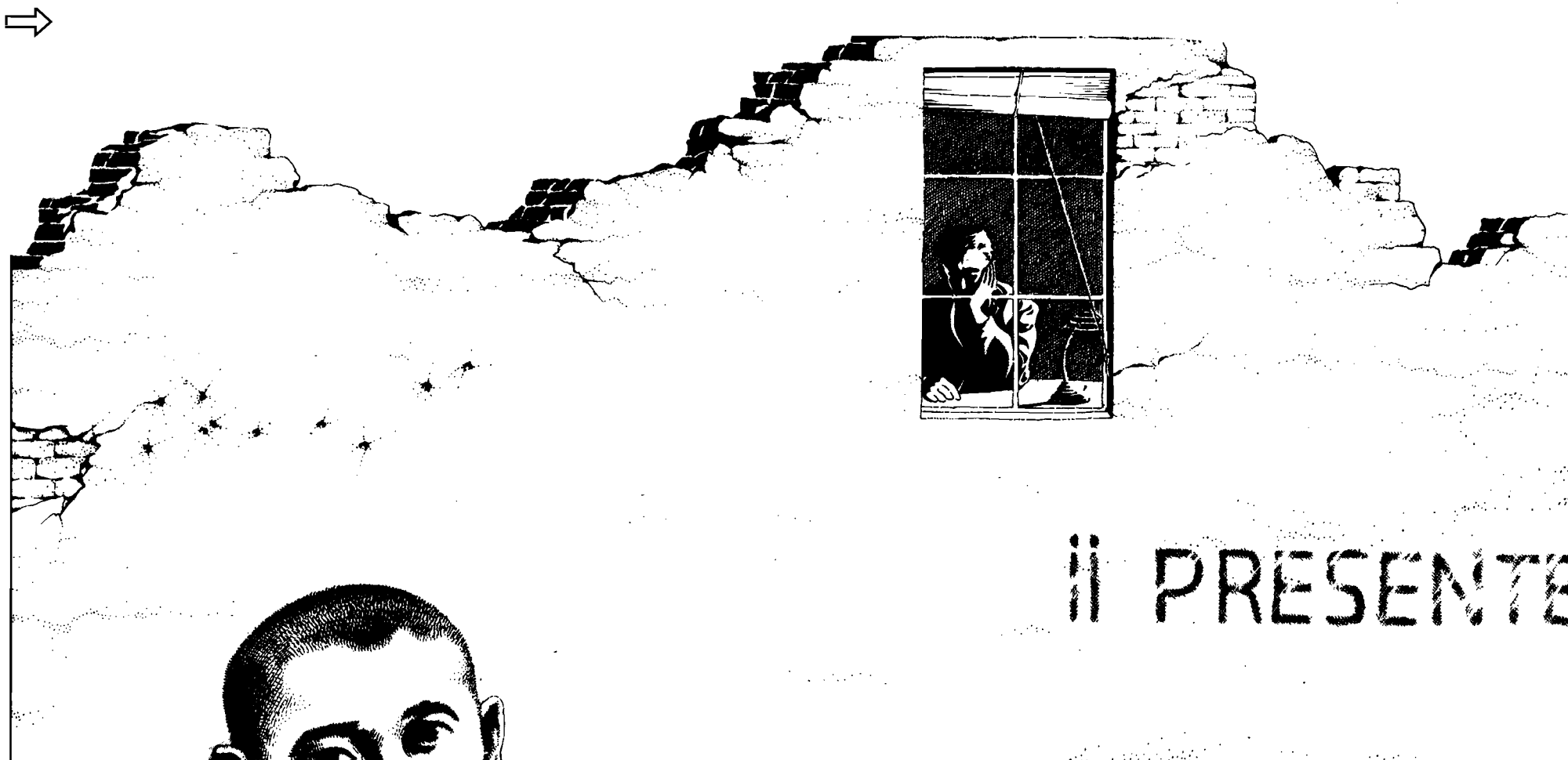
Contra viento y marea

Ramón de Garciasol se enfrenta con sobria clarividencia ética a la tarea de un ejercicio crítico contra todo viento y marea. Sin esperanza de tiempos mejores ni seducido por el espejuelo de la emigración, lo hace con los parcos medios a su alcance. Sabe que su deber y hasta su poco envidiable oportunidad como escritor están en salir adelante con su obra como pueda y donde pueda. Y habrá de ser en aquellos tétricos años y en ese Madrid cuyo destino ha sido presenciar en indiferencia el llanto de los poetas (empezando por Miguel de Cervantes). Su obra se trenza de esta forma en torno a una fibra ética, integrada a su vez por las sucesivas instancias del escritor, del ciudadano y del hombre aferrado a su dignidad de tal. Su ideología de base es la de una vieja izquierda comprometida con valores inicialmente sencillos, como serían los de Libertad, Cultura, Trabajo, Justicia y Verdad, que ahora se han vuelto imperativos de muy difícil servicio categórico bajo el lento desgranarse de tantos años de «paz». Garciasol no se oculta ni retrocede en favor de ningún «adaptarse» que, bajo tales planteamientos, no significaría sino la claudicación de un joven intelectual de 1936 que nunca murió, emigró ni enmudeció. Late en lo hondo de estos *Cuadernos* un honrado jacobinismo de Ateneo Popular o Casa del Pueblo, determinante del timbre anacrónico a que por desgracia suena hoy día la preocupación moral como centro de una obra literaria de gran envergadura. Páginas tan añorantes de la expulsada Libertad no muestran la menor simpatía hacia esas «liberaciones» con que la llamada «new left» no ha logrado sino allanar el camino a una nueva oleada de reacción.

El esfuerzo creador de Garciasol, sellado por su condición de muerto civil e irremisiblemente preso de la guerra civil y las que llama sus «bombas retardadas» (4 de junio de 1975), dista, sin embargo, de perfilarse como una quejumbre romántica al estilo de *I miei prigionieri*, ni de presentársenos como simple documento acerca de una historia ya enterrada. El destino del autor le ha hecho vivir primero y meditar después el problema acuciante del hombre moderno, atezado entre la individualidad y la masa, la impotencia física y la responsabilidad moral, la alienación y la lucha por su dignidad, el goce y el asco de la existencia biológica. La misma experiencia que le ha actualizado el rigor de una situación límite viene a capacitarle también para hablar en sus mejores momentos un lenguaje universal. Garciasol devana en el ensayismo reconcentrado de sus incontables fragmentos la misma madeja con que Kafka teje sus parábolas filosóficas y Koestler sus ficciones narrativas. El dolor de España, muy visiblemente



Viene de la página anterior



FRANCISCO SOLÉ

te heredado de la generación del Noventa-yocho, se ha tornado en él un dolor por el hombre moderno, a punto de verse anulado en su condición de hijo del pensamiento para un triste viaje de retorno a la animalidad tecnificada.

De nuevo cabría hablar, desde la fecha de hoy, de cierto anacronismo de estos *Cuadernos de Miguel Alonso*, cuyo compromiso con un concepto superior de lo humano (basado a partes casi iguales en Jesucristo y en Kant) lo alejan en tanta medida de un universo filosófico en que la muerte del hombre ha venido a suceder, puntualmente, a la previa muerte de Dios. Criado, como era de esperar en su generación, a los pechos de Unamuno y de Ortega, Garciasol conoce bien a Spinoza y a Nietzsche, así como ha asimilado a Rilke con la clase de lucidez que sólo nace de un amor de poeta a poeta. Sobre todo termina, después de ciertos bandazos, por insertarse de un modo callado pero inequívoco en el pensamiento existencialista, cuyos clásicos (sobre todo franceses) se ve ha estudiado a fondo. Cabría recordar, por ejemplo, una meditación sobre el pecado que no disonaría entre las páginas de Gabriel Marcel (6 de mayo de 1958). Garciasol se adentra por ello en una temática inconfundible, caracterizada por la irreversibilidad de la experiencia humana, el acrecentado problema de la libertad o el del hombre en trance metafísico de abandono consigo mismo. También la misma interrogación de los escritores del *Holocausto* ante una catástrofe integral y la correlativa interrogación acerca de un Dios no ya muerto, sino indiferente y cómplice. Todo, por supuesto, dentro del tirón continuado de las circunstancias de su patria y sus crueles y cotidianas paradojas, conforme a una experiencia de que sólo han sabido de veras españoles y rusos. La sal en la herida de un totalitarismo no entrevisto ni profetizado, sino vivido día tras día y década tras década a lo largo de cuarenta años, marca en esto una diferencia y permite hablar con conocimiento de causa. El escritor ve acrecentarse sus responsabilidades a la misma pavorosa escala en que es exteriormente privado de libertad y ha de mantenerse en eterna vigilancia contra el acto reflejo de la autocensura. Pero después está ahí el dogal de la vida con sus cambiantes imposiciones de relación humana, donde tan dificultoso llega a hacerse distinguir la misantropía o la tentación rencorosa de la justa y obligada repulsa contra el opresor, el miserable o el oportunista. La lucha contra la frustración aliada de la pereza o contra el repudio demasiado fácil de los semejantes y hasta la fuerza necesaria para rechazar el suicidio («solución» a lo Larra), constituyen altas provocaciones morales que ofrecen también sus problemas

y es preciso contemplar cara a cara. ¿Cómo mantener una postura moral no farisaica sin aparecer como aguafiestas ni como mártir autoproclamado? ¿Cómo superar la apolillada esterilidad romántica de un narcisismo en el dolor? Y este continuo mantenerse en la cuerda floja de absolutos y relatividades en infinita interacción no deja también de tener hasta un capítulo de retorcidas satisfacciones: «En la pugna dilatadísima nos hemos impregnado unos de otros» (27 de diciembre de 1978), concluye a la hora de analizar la vuelta de su patria a un sistema constitucional. Pero es justo en esta fenomenología dificultosa y menuda del choque entre vida y principios donde Garciasol cultiva con éxito una parcela ignorada por Kafka o por Koestler y que desde este momento debería quedar proclamada como terreno de elección para un tardío pero noble existencialismo español. Los *Cuadernos de Miguel Alonso* entran, como conjunto, en la línea de la última filosofía que en nuestro siglo ha contado con el Hombre. Todo esto y mucho más ha estado siempre implicado y por fin ahora sale a la luz en este inmenso paquete de contrasilenicio creador de Ramón de Garciasol.

Ser implacable

Claro que los *Cuadernos de Miguel Alonso* no son ninguna obra de filosofía pura, lo mismo que no están escritos desde la postura del observador que, más o menos resignado, ve transcurrir la vida ante sus ojos. El escritor, nos dice, «ha de ser implacable» (22 de septiembre de 1955) so pena de no ser nada. Al extremo opuesto de la trivialización juguetona de que ciertos «sénecas» se sirvieron durante los mismos años para llevar agua al molino de sus intereses conservadores, Garciasol vive y escribe para decirnos que no hay nada pequeño ni intrascendente en el universo del hombre. Sus páginas, donde también hay humor y buenas salidas, no nos venderán nunca el fraude de encogerse de hombros ante algo terrible, en alas de algún chistecito andaluz ni baturro, porque también hay ironías que asesinan o castran. Su visión se enfoca con mayor o menor éxito sobre temas lo mismo grandes que pequeños, pero siempre bajo un pacto jamás violado de crítica responsable y a la altura del hombre culto, aunque no necesariamente profesional de las Letras.

El fluir bergsonianos de estos *Cuadernos de Miguel Alonso* reconoce uno de sus más eficaces aglutinantes en una continua atención a todos los aspectos del fenómeno poético. Es una especie de oasis al que el escritor, harto de acíbar, vuelve para recobrar en el dulce trato de las musas el grado de ecuanimidad

y alegría sin el cual no es posible rendir ninguna labor seria. Si la deontología del oficio de la pluma cuenta desde el primer momento como uno de sus temas de base, hay también una mirada que se detiene con cariño sobre la fenomenología del acto creador, cuestiones de técnica y estilo, destino y sociología de la obra literaria. Hay aquí un libro exquisito, elaborado y disperso a trechos, que por sí solo bastaría a situar en una categoría especial el conjunto o buque total de los *Cuadernos*. Personalmente he anotado temas como el de la rima, la relación autor-público, la psicología del reconocimiento y una página, que vale por todo un libro, en que es llevado a juicio el sistema de premios o más que dudosos mecenazgos de que vino a sobrevivir (muy malviviendo) la literatura de nuestra postguerra (28 de enero de 1956).

Amor a la lengua

Pero, más aún, estos *Cuadernos de Miguel Alonso* se han vuelto sólo viables como un gran acto de amor a la lengua. Ramón de Garciasol, cuyo nombre se halla identificado como poeta y gran maestro actual del soneto, ha sido siempre también un prosista de primera clase. Ahí estaría, si no, el volumen de narraciones titulado *Las horas del amor y otras horas* (1976). Figura allí una titulada *La maldición*, donde claramente las preocupaciones habituales del autor toman la forma de una estilización del habla popular que escucha a su alrededor y advierte contagiada, como el resto del fenómeno humano, de lo deleznable y degradador del ambiente. Garciasol nos habla, lo mismo que George Steiner, de la responsabilidad moral del lenguaje. Es también el concepto que ahora determina, «a contrario», el polémico compromiso de estas otras páginas con un alto nivel de calidad y sobria elegancia. En el seno de una larga tradición «castellana» de renuncia al ornato en favor de lo sólido y directo, Garciasol ha

plantado aquí lo que en adelante habrá de verse como un hito monumental de la prosa de postguerra. Sus raíces son unos clásicos que por bien asimilados no se notan, así como un atento oído al buen lenguaje del pueblo, que todavía subsiste para el que sabe y quiere ir a buscarlo. Más cercanamente sería además de señalar un visible estímulo del modelo que vedesco en lo antiguo y del unamuniano en lo moderno. De un modo característico chisporrotean, por ejemplo, en estas páginas los neologismos inquietantes y juguetones, que algún día habrán de ser objeto para un estudio en regla: ocurrencias como «vallecaidismo», «adefesiar», «enanez», «gangsterinato», «chiriposo» y todo un extenso y variopinto catálogo. Dentro de su inconfundible manera, Garciasol continúa fiel al principio valdesiano del «escribo como hablo» que, como sabemos, ha cifrado siempre para nosotros un gran programa de arte y no ninguna perezosa renuncia. Por eso su prosa nos deja en la boca un sabor a pan caliente alcarreño, equidistante a la vez de la especiería barroca de Quevedo y de la cocina vasca de Unamuno. Garciasol se ha acercado a estas páginas bajo una conciencia casi sacerdotal de estar haciendo patria: «Por eso hay que cuidar tanto el idioma, el gran lazo de unión más efectivo que la sangre» (20 de noviembre de 1978).

Los *Cuadernos de Miguel Alonso* se nos muestran como objeto para honda meditación y un largo estudio. No es difícil de imaginar su impacto, incluso polémico, si se hubieran lanzado en un medio de habla inglesa o francesa. Su inextinguible grito silencioso requiere inventario, análisis y reflexión crítica en muchos ramificados rumbos. Nuestra reconstruida vida cultural muestra en ocasiones ciertos indicios de llegada a mayoría de edad. Uno de los más consoladores sería comprobar que una obra como la de Ramón de Garciasol no se viera desatendida por el simple hecho de haberse originado en el seno de una honda conciencia del valor universal de una experiencia española. □

RESUMEN

El profesor Márquez Villanueva se ha encontrado con una extensa obra, casi tres mil páginas, los *Cuadernos de Miguel Alonso*, de Ramón de Garciasol, y que es una suerte de meticuloso diario o gaveta de reflexiones que

el escritor llevó a cabo, para su propio gusto, durante cuarenta años. Entre las varias cosas que la lectura de este dietario provoca, el comentarista destaca una imagen más completa de la literatura de posguerra.

Ramón de Garciasol

Cuadernos de Miguel Alonso

Anthropos/Junta de Castilla-La Mancha, Barcelona, 1991. I, 1.310 páginas; II, 1.472 páginas. 7.775 pesetas los dos volúmenes.

El mismo Aristóteles en torno del lenguaje

Por Agustín García Calvo

Agustín García Calvo (Zamora, 1926) ha sido catedrático de instituto y actualmente lo es de la Universidad Complutense de Madrid. Ha escrito sobre filología, lingüística, política y poesía, que son las áreas en las que mayoritariamente se sitúa su amplia bibliografía tanto ensayística y académica como de creación. Entre otros libros, es autor de *Sermón de ser y no ser*, *Lalia*, ensayos de estudio lingüístico de la sociedad, *Del lenguaje y Canciones y soliloquios*.

Tomo el librito de A. Cauquelin, junto con la contribución de H. Weidemann al tomo *Teorías del lenguaje de la Antigüedad Occidental*, de la *Historia de la teoría del lenguaje*, que se está publicando en Tubinga bajo la dirección de P. Schmitter, y con el artículo («ONOMA, RHMA y ΠΤΩΣΙΣ en Aristóteles») que Ramón Serrano acaba de sacar en la revista de la Universidad de Sevilla *Habis* (1991, 51-68), como muestras escogidas del notable interés que está estos años suscitando el intento de entender bien qué es lo que Aristóteles decía o entendía acerca de las cuestiones gramaticales, de los elementos y los hechos del lenguaje.

La Gramática o tratamiento propio del lenguaje es ante todo, y así ha venido a notarse cada vez más entre nosotros, una ausencia, llamativa o por lo menos elocuente, en el vasto corpus aristotélico; pues siendo ese cuerpo de obras, más o menos de Aristóteles (no es aquí la cuestión de la autoría de obras o pasajes lo que va a importarnos), el fundamento mismo, y casi como el anuncio resumido, de todo lo que llamamos en nuestro mundo Ciencia y del desarrollo de las Ciencias, Física, Astronomía, Metafísica, Biología, Zoología, y también Ciencias Sociales o Jurídicas, y también Retórica o Ciencias de la Literatura, esa ausencia (junto a la de las Matemáticas, que tampoco figuran como tratados específicos en el corpus) debería ser para los avisados un indicio de lo que por otras vías podría haberse hecho ya evidente, que la Gramática o descubrimiento del lenguaje no entra dentro del cuerpo o las definiciones de la Ciencia, quizá porque es el lenguaje el instrumento (*órganon*) de todas las Ciencias de la Realidad (y de las definiciones de 'realidad' y 'ciencia'), y por tanto incapaz de tratarse a sí mismo como realidad, salvo convirtién-

dolo en un hecho social o literario, lo cual ya no es hacer Gramática.

Cierto que en ese corpus figuran bien, y en repetido tratamiento, las cuestiones que se suelen considerar «de Lógica», y bien podría alguien decir que ahí está el tratamiento aristotélico del lenguaje. Pero, como sigue imperando entre nosotros la idea de que una cosa es Gramática y otra Lógica, y eso aun cuando 'gramática' no se restrinja al tratamiento de un idioma o lengua particular, sino que llegue al de las lenguas en común o del lenguaje en general (pero además, para Aristóteles y para cualquier griego de su tiempo, el griego, y mejor aún el ático en trance de extensión al mundo civilizado, es 'el lenguaje' en general), ha venido a resultar que los estudiosos se ven llevados a rastrear las nociones de gramática y de teoría del lenguaje de Aristóteles, principalmente, claro, en los tratados lógicos pero también en la *Poética* o la *Retórica* y, en fin, en alguno de los tratadillos científicos, ya sobre animales o ya sobre almas y sobre leyes.

El libro de A. Cauquelin es meritorio más que nada porque, en efecto, recoge bastante exhaustivamente los pasajes de las diversas obras aristotélicas en que se alude, más o menos de cerca, y ya «de dentro» (en los pasajes de las lógicas) o ya «de fuera» (en los tratados bio-, psico-, socio- o poicológicos), a las cuestiones de lenguaje, y a la verdad, tratando de enhebrarlos todos entre sí en una congruencia o doctrina constante que seguramente ni «el mismo Aristóteles, si resucitara para sólo ello» reconocería.

Estilo semiótico

Pero se vuelve el libro sobre todo trivial y poco útil por estar concebido en ese estilo o plano semiótico (con ítems de la jerga tan irritantes como el *langagier -ière*, etc.) que tanto ha venido desvirtuando el estudio del lenguaje durante estos últimos decenios y especialmente en la lengua en que F. de Saussure formulara sus preclaros descubrimientos.

El principal motivo del embrollo es la falta de una distinción clara entre 'lenguaje' y 'literatura', e.e. el hecho social del arte del lenguaje culto, y más en general, entre 'social' y 'gramatical', e.e. entre las dos regiones en que la *synthēkē* o convención social y la lingüística se establecen; una distinción que para

Aristóteles mismo no era, ciertamente, clara (ni se le había planteado como problema) y que al mismo de Saussure no puede pedírsele que hubiera dejado tan clara en las formulaciones de su *Curso*, aunque sí indicaciones en él bastantes para que a nosotros se nos apareciera claramente.

Así que en el libro de A. Cauquelin (que, sin embargo, desarrolla muchos de sus capítulos bajo lema de citas de la *Grammaire philosophique*, de L. Wittgenstein; el cual, dicho sea de paso, dio con fórmulas penetrantes, como la de la oposición y relación entre el sentido, *sens*, de una proposición y el significado de una palabra, *nom, mot*, tal como se cita en página 53, pero que, por otro lado, se ha prestado evidentemente a mucha especulación filosófico-lingüística no descubridora) encontrará el lector aficionado a la literatura semiótica muchas y a menudo sensitivas disquisiciones sobre *lieux du langage, doxa, logoumena* (la autora usa para los términos griegos transcripciones, pero sin acentos, cosa muy desgraciada para una lengua de acento distintivo, aunque se comprenda bien que pueda parecerle venial a un lector francés), *la cité, le sujet*, etc., y más que nada sobre los usos políticos y literarios de la lengua, con a veces fórmulas misteriosas del tipo de «le langage est à la cité ce que le sujet qui parle est au langage», amén de unos cuantos esquemas (por procedimiento de círculos concéntricos) que tratan de aclarar, y en alguna medida lo consiguen, cosas como las relaciones entre partes o funciones del lenguaje en Aristóteles o entre las instituciones políticas, poéticas y lingüísticas; pero hallará poco en cuanto a ayuda para entender los errores recibidos en torno de 'lenguaje' y de 'gramática', y seguramente demasiado en cuanto a una doctrina de Aristóteles sobre las cuestiones correspondientes.

La contribución de Weidemann es, en cambio, un modelo de precisión y de escrupulo filológico en el análisis y la interpretación de los textos de Aristóteles.

Aunque usa debidamente otros de las varias obras, se centra en el capítulo 1 del *Peri hermēneias*, cuya primera parte considera, con Lieb, «el más importante pasaje de teoría de signos en Aristóteles», y con Kretzmann, «el texto más rico de influencias en la historia de la semántica», y que aquí retraduzco una vez más, muy literalmente:

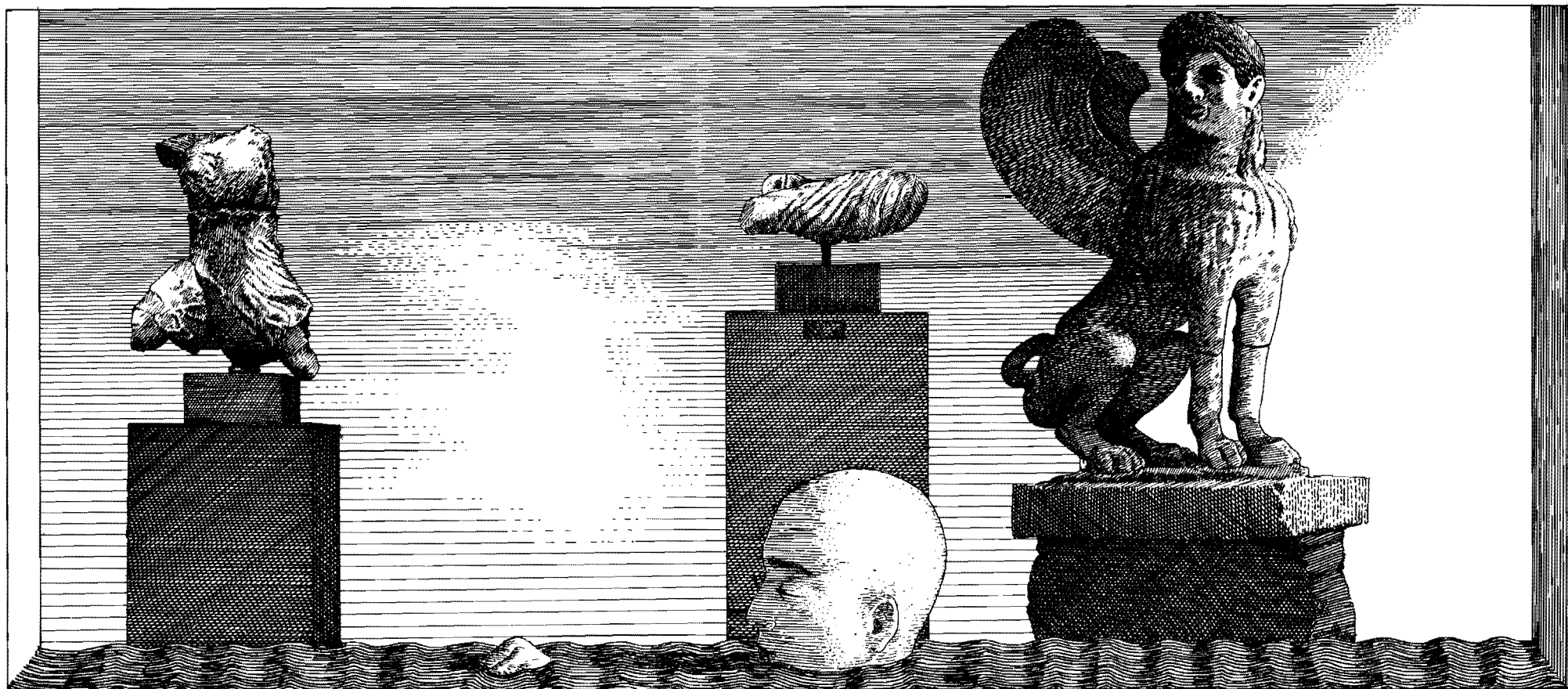
«Son pues los hechos [lingüísticos] que en la voz se dan, símbolos (*sýmbola*) de los afectos (*pathēmátōn*) que se dan en el alma, y lo que se escribe, [símbolos] de lo que se da en la voz. Y así como no para todos son las letras las mismas, así tampoco las voces son las mismas. Y, sin embargo, aquello de lo que esas [manifestaciones lingüísticas] son, en primer término, signos, los afectos del alma, los mismos son para todos, y aquello de lo que esos [afectos del alma] son reflejos (*homoiōmata*), las cosas (*prágmata*), las mismas son [para todos]».

Sobre el cual Weidemann organiza un minucioso recorrido de las maneras en que se han entendido o pueden entenderse los términos y las locuciones de Aristóteles, prefiriendo casi infaliblemente la manera preferible, dejando en duda lo que se debe, y aportando al paso comparaciones con otros textos de Aristóteles y de sus comentadores.

Elijo aquí algunos de los puntos que me parecen más interesantes y reveladores.

Uno toca al manejo de la escritura y de las letras en el tratamiento del lenguaje, donde es evidentemente razonable Aristóteles, en múltiples pasajes, al poner en relación la 'gramaticalidad', e.e. 'escribibilidad' (entiéndase: como prueba de la abstracción fonémica; pues no podía esperarse que Aristóteles, que usa indistintamente *grámma* y *stoicheion*, fuera a separar el fonema del signo alfabético que lo representa) con la 'semántica', es decir, la articulación fonémica con la virtud significativa, como las dos características esenciales del lenguaje (humano), aunque él no explique mucho más la relación entre lo uno y lo otro.

Mientras que se engaña paladinamente (así en el texto citado) al establecer un paralelo entre la relación de la escritura con el lenguaje y la del lenguaje con... «los afectos del alma» en primer término y «las cosas» en segundo, como ignorando que la escritura representa hechos (fonemas, palabras...) ya abstractos y formales, lo cual las cosas o nuestras impresiones de ellas no pueden serlo, so pena de que las hiciéramos ya previamente lingüísticas o lógicas; y no pudiendo adivinar lo que hoy se nos aparece cada vez más claro: que, habiendo mucho de común entre las gramáticas de las varias lenguas, lo que no es común entre ellas es el vocabulario de palabras pro-



ALFONSO RUANO

Viene de la página anterior



ALFONSO RUANO

piamente semánticas, que son justamente las que nombran las cosas (y nuestros afectos).

En cuanto a lo de los «afectos» o «impresiones» como *homoiōmata* de las cosas, trata Weidemann en el curso de su análisis de salvar a Aristóteles de una imaginación del asunto que tomara los *homoiōmata* como huellas de las cosas en nosotros, al estilo fotográfico; pero ello es que su exégesis, sutil y razonable, nos lleva a algo que dudo mucho que fuera parte del pensamiento de Aristóteles: a saber, que lo que quiere decir con eso es que, al hablar (propriadamente sería al terminar una frase), hacemos llegar nuestro pensamiento a un alto o reposo (la fórmula de Aristóteles *Peri herm.* 3 es «detiene /.../ el que está hablando el pensamiento, *diánoian*, y el que ha oído se paró ahí, *ērēmēsen*) en las cosas que con nuestras palabras significamos; lo cual implica, sí, una especie de acuerdo entre hablante y oyente (cuando entre sí llegan a estar seguros de que se refieren ambos a la misma cosa), pero eso es desde luego algo muy distinto del acuerdo o convenio común (de todos los usuarios, aun cuando no estén hablando), por ejemplo sobre el significado de la palabra, el convenio en que la lengua misma se fundaba.

Examina Weidemann también las distinciones entre *nōēma* y *diánoia*, que bien podría venir a dar en algo como la clara oposición entre 'concepto', 'idea' o 'palabra ideal' («almacenada» o permanente, no realizada en el hablar) y 'pensamiento' en marcha, que implica la conexión y puesta en sintaxis de ideas o palabras, aunque también implicaría, en el tinglado psicolingüístico tocado más arriba, el final o cese del pensamiento en la cosa, y que aquellos *pathēmata* o impresiones de nuestras almas consistieran en un 'quedarse quietos' (no más pensar) en la idea o en la cosa.

Considera también, entre otras cosas, los múltiples intentos de atribuir a los dos términos aristotélicos *sýmbolon* y *sēmēion* dos significados bien diferenciados, para reconocer razonablemente que no hay fundamento para tal diferenciación.

A vueltas con la concepción (ya platónica) de 'pensamiento' como 'habla silenciosa', propone Weidemann dubitativamente que haya de Platón a Aristóteles (especialmente en *Peri herm.* I 16 a, 9.^a 16) una inversión, en el sentido de que no sea ya el estudio del lenguaje lo que informa acerca del pensamiento, sino que la investigación del pensamiento permita conclusiones sobre el lenguaje que lo expresa.

Y en esa línea, viene al final a la confrontación con Frege *Über Sinn und Bedeutung* (1892), tenido por fundamento de la Semántica vigente: también ahí aparece sustituido un intermedio (en Aristóteles, 'afectos

del alma' que vienen a ser *diánoia* y terminar en *nōēma*; en Frege, *Sinn*) entre los signos lingüísticos y la cosa; pues, según Frege, «el nombre propiamente dicho (*Eigennamen*) se refiere (*bezieht sich*) al objeto (*Gegenstand*) por mediación del sentido (*Sinn*) y sólo por medio de ella»; a lo que añade Weidemann: «y, puede añadirse, el signo lingüístico en general por la mediación del sentido en él expresado [se refiere] a lo con él significado (*Bezeichnete*), a lo que Frege, para diferencia del sentido (*Sinn*) que expresa, llama su significación (*Bedeutung*)». No pasa por las mentes de Aristóteles o Frege, ni en este punto por las de Weidemann, que la pretendida separación de 'sentido' o 'pensamiento' respecto a los signos del lenguaje tendría, en todo caso, que ponerse en relación con la de «lenguaje depositado» o «aparato del lenguaje» y «lenguaje en marcha» o «producción», como que es a ésta a la que toca lo del sentido y sólo al aparato lo del significado. Lo cual, a su vez, hace volver sobre la diferencia entre la convención común de todos los que están en una misma lengua, o en la lengua en general, y el acuerdo en la producción y recepción de una frase o texto por Hablante y Oyente, donde, junto a los elementos gramaticales, juegan todos aquellos otros a que los estudiosos del campo emprático y de la Pragmática se dedican estos años.

Pero es en ese error (común, en efecto, hasta cierto punto, a Frege y a Aristóteles) donde se asienta el surgimiento y desarrollo de una Lógica (y de las Lógicas) como algo diferente de una Gramática común o general.

En cuanto al artículo de R. Serrano, se trata de un ensayo que no por su carácter escolar deja de ser útil para replantear los problemas que presenta el uso de los términos, más netamente gramaticales, *ónoma*, *rhēma* y *ptōsis*, a lo largo del *corpus* aristotélico.

Manejando los textos pertinentes de la *Poética* y alguno de la *Retórica* junto con los de las obras lógicas, *Peri herm. Categ., Analytica, Topica* y algún opúsculo menor, distingue Serrano con encomiable cuidado y precisión las varias «acepciones» con que los términos se usan, y trata luego, con harta benevolencia, de ordenarlas en un sistema de pensamiento aristotélico coherente acerca de lenguaje.

Encuentra, por ejemplo, que *ónoma* es a veces una 'palabra que significa', caso en el cual no sólo adjetivos y adverbios, sino los verbos, de su griego o de nuestro español, serían también nombres (queda de lado, como en Aristóteles mismo, la cuestión de si 'significado' debe incluir cosas como las que les pasan a 'esto', 'yo', 'ahí', 'todo', 'S' y 'Sócrates'), pero se encuentra, otras veces, con que *ónoma* se opone a *rhēma* como careciendo

de la 'indicación temporal' que de *rhēma* es definitiva; y más grave aún, que *rhēma* es, en efecto, a veces una 'parte de la oración', pero otras es algo capaz de hacer predicación, cosas que evidentemente no coinciden ni por una punta ni por la otra. O, por ejemplo, se encuentra con que el nominativo es unas veces *ptōsis* (caso), pero otras es lo que se opone a los casos de veras, genitivo, dativo, acusativo; y aún más grave, que *ptōsis* lo mismo se refiere a cosas de 'flexión', como ahí, que a cosas de 'derivación': la oposición entre 'relación entre palabras distintas emparentadas' y 'relación entre formas de una misma palabra' es demasiado sencilla para que fuera a ocurrírsele a Aristóteles, y así no tiene por qué asomar en el estudio.

Y de esas y otras imprecisiones u oscilaciones aristotélicas (naturales cuando los términos del gramático siguen siendo de una lengua natural que apenas empieza a formalizarse para el caso) trata R. Serrano de dar cuenta con un sistema de diferentes planos y niveles que salve a Aristóteles del capricho o la vaguedad. Ciertamente ello le obliga a mantenerse fiel a una distinción (de cuño aristotélico, por cierto) entre 'lingüístico', 'lógico' y (?) 'semántico'. Pero ese intento de sistematización no le quita a su trabajo el valor de una guía sensata y cuidadosa para el examen de las primeras tentativas de fijación de términos gramaticales y de los problemas, de Gramática o Lógica, que en esas tentativas se revelan.

Las cosas, en fin, que Aristóteles dice acerca del lenguaje, de sus elementos y sus mecanismos, son en general formulaciones sensatas y decentes, en cuanto que nacen del sentido común, esto es, que representan, con cierta fidelidad, lo que a cualquier hablante de una lengua se le ocurriría pensar si le diera por reflexionar sobre ella, esto es, traer a con-

ciencia lo que estaba en su subconsciencia técnica de hablante.

Así, el reconocimiento, aunque con enumeración imperfecta, de las modalidades de frase; el de la relación (aunque no razonada) entre la escribibilidad, e.e. la condición abstracta y discontinua, de los fonemas y otros elementos de la lengua con el poder de significación; el vislumbre de una oposición (y relación) entre la palabra en el sistema ('ser en potencia' podía haberse dicho en su jerga más desarrollada) y la acción de las palabras enlazadas en la frase, es decir, entre 'semántica-de-palabra' y 'sintaxis', y por tanto entre 'significado (de la palabra que lo tenga)' y 'sentido (de la frase)', aunque esto para él se redujera generalmente a la cuestión de 'Verdad o Falsedad'; el atisbo del juego entre Significados y Cuantificadores, y el de la Negación con ambos, en su cuadro lógico de las cuatro esquinas, acaso el esquema de más largo éxito en la Historia; y otros ocasionales descubrimientos de las relaciones entre los elementos del aparato de la lengua y los mecanismos de producción de habla (o pensamiento).

En cuanto a los errores y teorificaciones inoportunas, confusión de nociones por un lado y falsos distingos por el otro, tales como los expuestos a lo largo de esta reseña y otros muchos, ¿cómo podemos culpar de ellos a Aristóteles? Pues sea que se hayan heredado de Aristóteles o que nazcan espontáneos de la incurable pedantería de las mentes cultas (configurada más o menos en los escritos aristotélicos y hallando en ellos autoridad), ello es que esos errores y teorificaciones son más o menos los mismos con que seguimos nosotros cargando y debatiéndonos penosamente, contra ellos, en el intento de descubrir y decir limpiamente lo que cualquiera que hable sabe, mientras no se dé cuenta de que lo sabe. []

RESUMEN

Basándose en tres publicaciones recientes, en francés, en alemán y en español, el lingüista y filólogo Agustín García Calvo subraya y comenta el interés que se está teniendo, en el

campo de la investigación, por entender bien qué es lo que Aristóteles decía o entendía acerca de las cuestiones gramaticales, de los elementos y los hechos del lenguaje.

Anne Cauquelin

Aristote Le langage

Presses Universitaires de France, París, 1990. 128 páginas.

Hermann Weidemann

«Grundzüge der Aristotelischen Sprachtheorie», en Sprachtheorien der abendländischen Antike, 2.º tomo de la Geschichte der Sprachtheorie

Gunter Narr Verlag, Tübingen, 1991.

El arte medido en dinero

Por Juan José Martín González

Juan José Martín González (Alcazarquivir, Marruecos, 1923) es profesor emérito de la Universidad de Valladolid, donde ha dirigido el Departamento de Historia del Arte. Es miembro numerario de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Entre sus obras más conocidas se hallan *El artista en la sociedad española del siglo XVII* y *Escultura barroca en España*.

La sociedad actual, y sin duda la de todas las épocas, está sumergida en un planteamiento económico que abarca desde los salarios a las construcciones, desde los hechos materiales a los culturales, el arte incluido. El hombre moderno tiene ante su vista la equivalencia en dinero de todos los bienes; son cifras los imprescindibles signos convincentes de lo que las cosas representan. La medida del arte se recoge contundentemente en las salas de subastas, establecimientos equivalentes a las bolsas, pues recogen en hechos tan concretos como las adjudicaciones el valor actual de los objetos artísticos. Una desenfadada carrera en ascenso de los precios ha conturbado el ambiente, ante el riesgo que las subidas plantean en la adquisición de obras de arte para uso público. En mayo de 1990 fue adjudicado a la galería japonesa Kabayashi el *Retrato del Doctor Gachet*, de Van Gogh, en la cantidad de 82,5 millones de dólares (aproximadamente 8.500 millones de pesetas). Es la cifra más alta hasta la fecha pagada por una obra de arte. Es un largo historial, seguido siempre con la máxima expectación, cuyo despegue fue aquel 15 de octubre de 1958, en que la casa Sotheby's de Londres adjudicó el cuadro titulado *El muchacho del chaleco rojo*, de Cézanne, por la cantidad de 220.000 libras esterlinas. Pinturas de Rubens, Gainsborough y Rembrandt auparon las cifras, pero otra gran conmoción se produjo el 27 de noviembre de 1970, en que Christie's de Londres adjudicaba al marchante de arte Wildenstein el *Retrato de Juan de Pareja*, de Velázquez, por la cantidad de 2.310.000 libras esterlinas.

El arte de la pintura se ha convertido en objetivo de los compradores. Obras de Gauguin, Monet, Degas, Modigliani, Mantegna y Picasso van estableciendo nuevas subidas. Zurbarán, El Greco y Goya marcan las preferencias en el campo de la pintura española. El prestigio de España se hallaba en juego cuando fue anunciada la subasta de *La marquesa de Santa Cruz*, de Francisco de Goya. Seis millones de dólares (unos novecientos millones de pesetas) se abonaron por parte del Gobierno español y varias instituciones privadas para lograr esta pintura para el Museo del Prado. Pero ha sido Van Gogh la catapulta de los precios, y el destino, Japón. Christie's de Londres adjudicaba el 30 de marzo de 1987 *Los girasoles*, de Van Gogh, por 39,9 millones de dólares; y Sotheby's de Nueva York hacía lo propio el 11 de noviembre del mismo año con *Los lirios*, del pintor holandés, por 53,9 millones de dólares.

El mercado de arte se ha convertido en actividad preferencial que se recoge en artículos, boletines, lujosas ediciones consagradas a las adquisiciones; y no pueden faltar a la cita los estudios científicos referentes a la problemática de un arte en relación con el dinero. En este campo recae la publicación de William D. Grampp referida al arte, la inversión y el mecenazgo, pero con el iluminador subtítulo «Un análisis económico del mercado del arte». Es de tal envergadura el asunto, que ha merecido toda una expresa dedicación del autor, profesor emérito de Economía de la Universidad de Illinois y profesor visitante de Ciencias Sociales en la Universidad de Chicago. Su especialidad en el campo de la economía ofrece toda la garantía de una aplica-

ción seria. Pero a lo largo de las páginas del libro queda constancia de su profundo conocimiento del arte desde el punto de vista de su significación social. Se apoya el autor en cuestiones económicas, pero no desdeña ni mucho menos las estéticas y culturales, sobre la base de una interrelación indisoluble. Abre el escenario de las interpretaciones e invita al lector a adherirse a sus teorías, mas por la vía de la persuasión deducible del análisis económico.

Las subvenciones del Estado a favor del arte

El gasto en el arte forma parte de la política de todos los gobiernos. Grampp emplea la estadística para tantear el punto de vista del norteamericano acerca del dinero que los Estados Unidos dedican al arte. Mas arranca de la pregunta: ¿Por qué se gasta en arte?

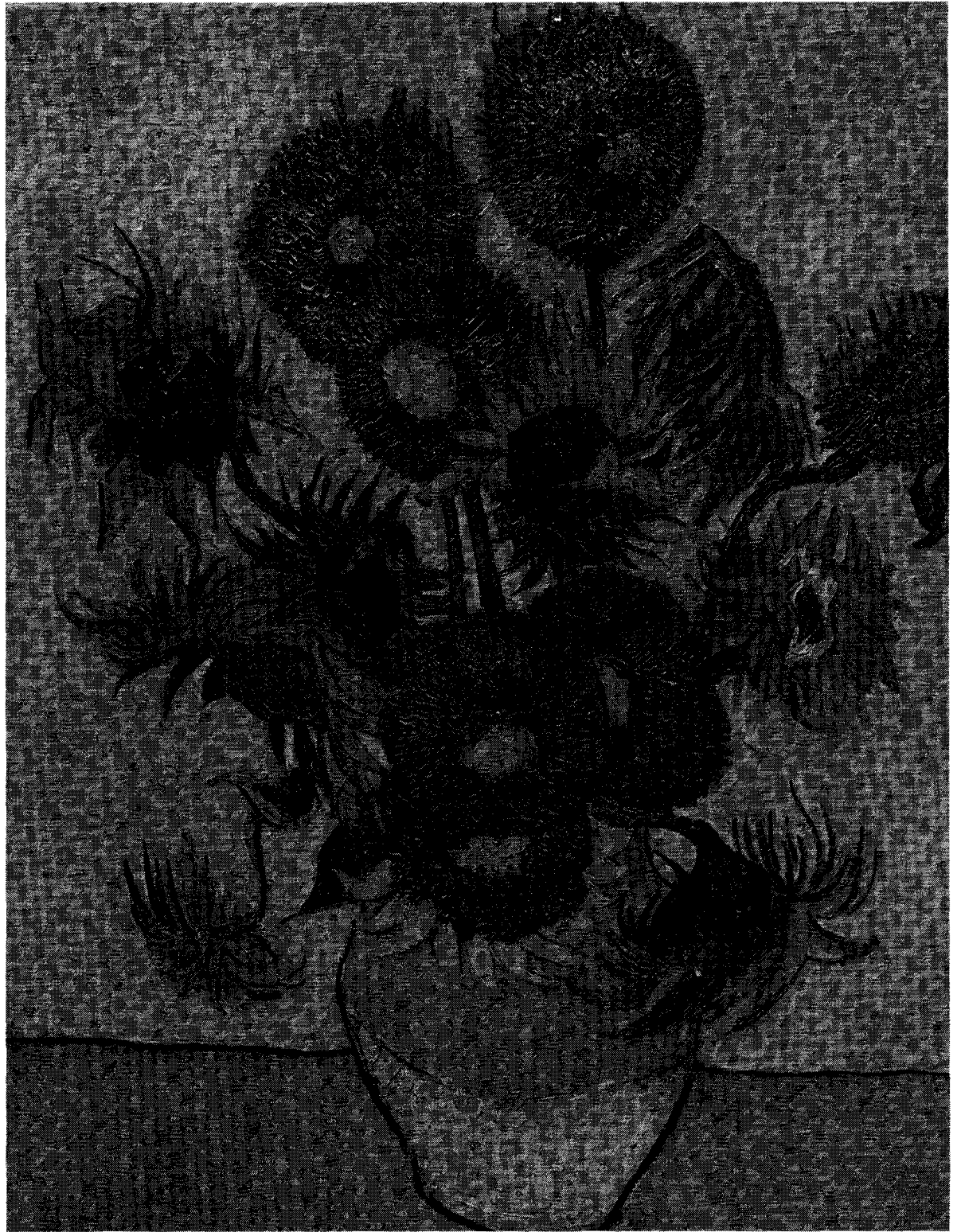
Todas las naciones, desde sus instituciones públicas y desde el propio Gobierno, ayudan al arte. Pero hay diferencias notorias. Pese al gran prestigio de los bienes artísticos del Reino Unido, sorprende que sean organismos privados, como la Royal Academy, los que encabezan el mecenazgo. En Estados Unidos, el Gobierno apoya el tesoro artístico, acaso

porque tratándose de una nación joven requiera el arte como un elemento de prestigio nacional. Sin duda el caso viene a ser similar al de Japón, que se ha lanzado febrilmente al enriquecimiento de obras de arte procedentes de Occidente, si bien son empresas privadas las encargadas del mecenazgo.

La justificación del gasto del Estado tiene que descansar en razones poderosas. El arte es un bien público y su existencia a la vez causa beneficios. También se afirma que el arte y las actividades humanísticas son esenciales para mantener el bienestar de la nación norteamericana. Y así se puede seguir. Obligado es, por consiguiente, proveer de recursos económicos a los museos y los monumentos y comprar bienes artísticos. ¿Cómo? Lo explica Grampp, manifestando que son los economistas los mayores defensores de la protección a las artes.

La «búsqueda de rentas» constituye el principal modo de impulsar el arte en Estados Unidos, y no debe olvidarse que ha sido este país el gran revulsivo de la política sobre el fomento de las artes en el mundo. Hay una ayuda directa, como comprar o encargar obras a los artistas y destinarlas a establecimientos públicos. Entra también destinar un tanto por ciento del coste de un edificio para su alhajamiento con obras de arte. Pero apar-

te de las subvenciones directas, se hallan las que llegan a través de los impuestos que pagan los contribuyentes para mantener el nivel artístico que requiere la nación. El Estado eleva los impuestos precisamente porque destina un porcentaje al mantenimiento del arte. Súmese la práctica de la exención fiscal aplicable cuando la obra de arte adquirida está comprometida en su entrega al Estado para un museo público. Como es bien sabido, fue la táctica que usó Duveen para convencer a los multimillonarios para que adquirieran obras. Con sus colecciones, los magnos financieros ensombrecían a sus rivales; disfrutaban de las obras y las legaban a los museos; en ellos se sigue rindiendo gloria a su generosidad, cual ocurre en la National Gallery de Washington. La habilidad para facilitar el enriquecimiento artístico consiste en emplear la iniciativa del Estado y la del sector privado. Proteger al artista es fundamental, pero no se puede descuidar al intermediario: marchante, coleccionista, subastador. La libertad artística tiene que ser plena. Una regulación inteligente de los impuestos resulta imprescindible. Proteger al arte que se produce, pero al mismo tiempo recoger el arte que ha acumulado la Humanidad. La apertura de fronteras al mercado



«Los girasoles»,
de Van Gogh.



Viene de la página anterior



es una medida inteligente; los Estados Unidos son deficitarios en bienes artísticos y no se justifica poner barreras a la entrada de obras. Política distinta a la de los países europeos, que tienen que establecer medidas proteccionistas para contener la exportación de obras, aunque de forma no tan radical que impida el desarrollo de las casas subastadoras. Londres y París siguen siendo residencia de las principales empresas dedicadas a subastar obras de arte. ¡Cuántas obras han dicho adiós a la Gran Bretaña desde las oficinas de Christie's!

El arte en clave económica

Se impone familiarizarse con el lenguaje económico. Los ditirambos estéticos tienen su correlato con los guarismos. Invita Grampp a reflexionar sobre esta idea: «El valor monetario del arte es consecuente con su valor estético». La comercialidad del arte es signo de los tiempos y no debe escandalizar. Que unas obras «valen» más que otras, queda patente aun en los museos más reacios a dejar constancia del valor monetario, cuando custodian determinadas obras en la caja fuerte o colocan un cordón de protección delante de ellas. Y dando por hecho que un cuadro es valorado en un precio, nos sitúa Grampp ante la pregunta: ¿Es proporcional el precio asignado al valor estético? Desafiante cuestión, que no vacila en contestar afirmativamente el autor. Pero hay que asumir previamente que en el «valor estético» entran muchas consideraciones: sus cualidades propias, el juicio crítico de los expertos, el museo o colección en que se encuentra, etc. El autor habla de «coherencia» entre precio y valor estético; coherencia, no equivalencia. La gran verdad que reposa en esto es que el arte no puede separarse del ámbito de la economía, y ahora menos que nunca.

Esta cuestión desembarca en otra del mismo vocabulario: el arte es negocio y éste conduce a invertir dinero en él. La operación de compra llega a revestir las características de una inversión. Lo es ciertamente, pero hay que matizar.

En manos de un marchante, la obra de arte tiene su razón en el beneficio que la operación reporta. Su operación es de comercialización. La permanencia en su establecimiento es transitoria; se desprenderá de unas obras y llegarán otras. En la residencia del coleccionista las obras están reunidas por la especial consideración del disfrute que producen en el propietario. Sólo se puede hablar de inversión cuando se pone la vista en el lucro que se obtendrá de la venta llegado el momento. La persona acaudalada que posee gusto refinado no se contenta con examinar las cuentas bancarias; requiere el contacto con bienes propios que se ven y se tocan. Las joyas han sido el procedimiento más socorrido para hacer ostentación de riqueza. Se sabe que los metales preciosos y las joyas constituyen un valor estable; la moneda puede caer en el abismo; una joya será siempre un valor permanente. Hay noticias de que hoy mismo se está escondiendo oro en lugar de conducir el dinero al banco, expuesto a la intemperie de la fiscalización.

Comprar obras de arte, y sobre todo pintura, que se adapta tan bien al hogar, se está constituyendo como salida para emplear los recursos económicos. El disparo de los precios en las subastas es el mejor aliciente: se va imparablemente hacia arriba. Disfrutar, descollar socialmente y al final ganar ampliamente, tal es el señuelo de muchos compradores.

Este comportamiento inversor requiere seguir las operaciones en las casas subastadoras como las de la Bolsa. De lo que aconte-

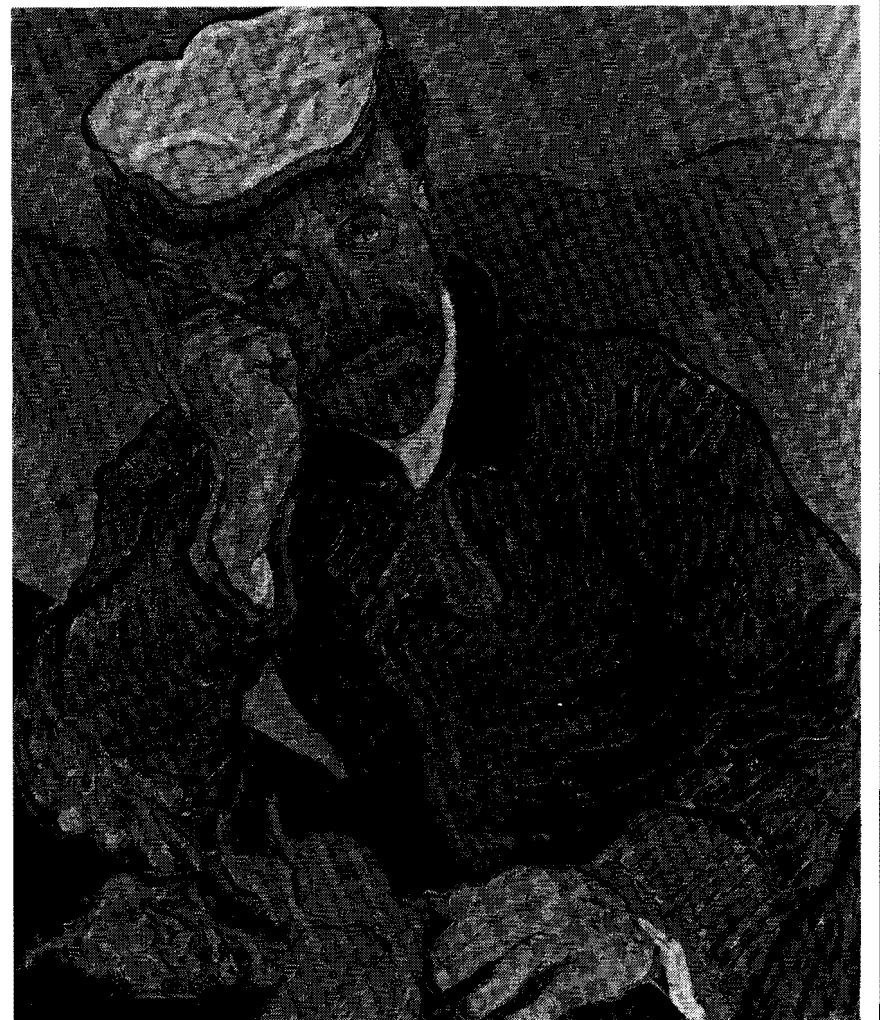


«Marquesa de Santa Cruz», de Goya.

«Retrato del doctor Gachet», de Van Gogh.

tece en Christie's o Sotheby's sólo se difunde la letra grande, las cimas económicas de ciertas obras. Las pujas suben como la espuma. Dos postores quedaron enfrentados en la subasta del *Retrato del Doctor Gachet* a partir de la oferta en 36 millones de dólares. En pocos minutos se llegaba a los 40, a los 50, hasta alcanzar la astronómica cifra ya mencionada de 82,5 millones de dólares. Pero este poderoso estímulo no debe esconder los riesgos: quedan muchas obras invendidas en las subastas. Además, las preferencias que empujan a los precios responden a inclinaciones muy personales de los adquirentes. Hay un precio «medio» que está muy alejado de las cimas de las grandes obras. Las estadísticas de los precios medios es lo que inclina a Grampp para que no se desate el asombro cuando se anuncian las grandes cifras. También aquí los estudios económicos del arte constituyen una poderosa guía a la hora de comprar; y tal vez por ello el adquirente no se comporte como un inversor.

Pero, con todo, el mundo de las subastas ha proporcionado las más emocionantes noticias referentes al valor económico del arte. Aunque es verdad, como dice Grampp, que ya en ciertas obras del pasado se puede hablar de cantidades asombrosas pagadas por ellas, indiscutiblemente asistimos a un crecimiento desmesurado de los precios. Pero no es el negocio ni la inversión lo que ha desencadenado esta subida. Subir la cifra sin límite supone de antemano quedarse con la obra. Pero ¿quién puede hacerlo? Crecer los precios es el arma de los poderosos para eliminar a los adversarios. En este sentido se hace discutible que el valor económico sea consecuente con el valor estético. La irrupción del comprador japonés en la escena forma parte de una política general en que economía, arte y cultura establecen sólidos lazos. La prosperidad económica japonesa se puede permitir unos desembolsos que dejan despejado el campo de la subasta. Pero no hay duda de que los cuadros de Van Gogh son la prueba de una internacionalidad de gustos que puede justificar la expansión comercial del renacido Japón. En este caso el arte equivale a poder. ||



RESUMEN

La actualidad del arte, y sobre todo de la pintura, aparece en las actividades de las empresas dedicadas a las subastas. Acercarse al mundo del arte por el sendero de la economía, comenta Martín González, no supone una claudicación, sino aceptar una realidad pre-

sente. Curiosamente las cifras expresan con elocuencia la importancia que se concede al arte. Se impone la necesidad de ofrecer el rostro complaciente de las mismas obras de arte, la realidad no desprovista de elocuencia de su valor convertido en dinero.

William D. Grampp

Arte, inversión y mecenazgo. Un análisis económico del mercado del arte

Ariel, Barcelona, 1991. 255 páginas. 1.800 pesetas.

Base biológica de la consciencia

Por Miguel Beato

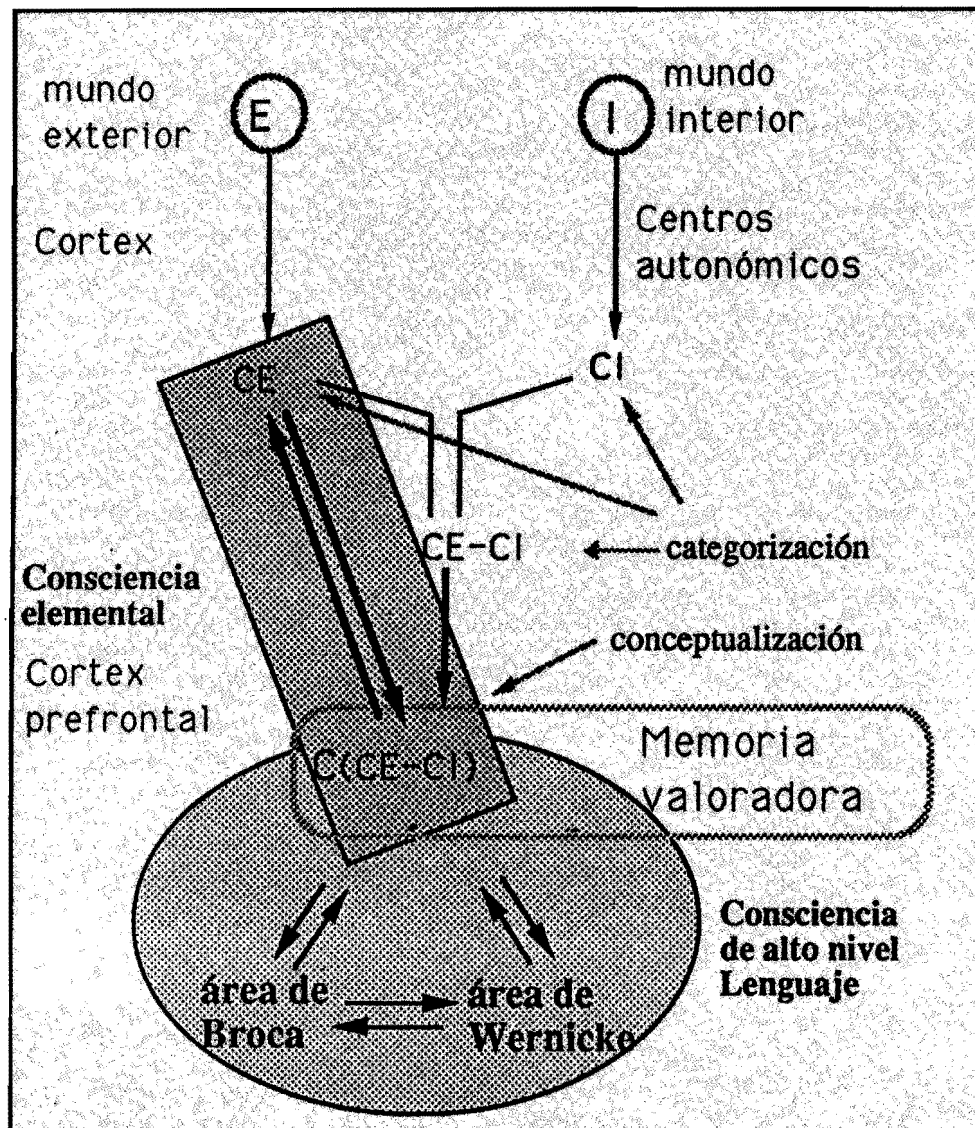
Miguel Beato (Salamanca, 1939) es, desde 1977, profesor de Bioquímica en el Instituto de Química Fisiológica de la Universidad de Marburgo y fue investigador asociado en el Departamento de Bioquímica de la Universidad de Columbia en Nueva York.

El problema de la relación entre la mente y el cuerpo, o más concretamente entre la mente y el cerebro, ha sido un tema constante en la filosofía occidental desde sus comienzos y ocupa una posición central en la filosofía de la ciencia desde la edad moderna. En el complejo dédalo de hipótesis y fantasías que pueblan la literatura sobre el tema, reaparece con denodada insistencia el casi místico problema de la consciencia y su posible sustrato físico. El concepto complementario de lo inconsciente constituye una de las aportaciones fundamentales del siglo XX al estudio del comportamiento humano, aun cuando se encuentre en grave crisis al final del siglo.

En el contexto de las ciencias naturales se inicia con Galileo una tradición empírica reduccionista, hasta ahora sumamente fructífera, que deja el problema de la consciencia, la mente o el yo del investigador fuera del foco de interés científico por considerarlo poco adecuado al análisis objetivo. Esta actitud ha hecho que el tema de la consciencia se considerase irrelevante para la actividad científica, y de hecho este asunto no ha preocupado de modo oficial a los científicos, al menos hasta el comienzo de este siglo. En la tradición empírica en que se han formado generaciones y generaciones de científicos, se supone que es posible la objetividad de la observación y la experimentación sin necesidad de incorporar como un dato relevante la consciencia del observador o del experimentador. Con la teoría de la relatividad, y especialmente con el desarrollo de la física cuántica, se ha hecho progresivamente evidente el carácter ilusorio de este presupuesto, es decir, la imposibilidad de separar nítidamente al observador del fenómeno observado. Pero quizá en ningún terreno como en el de la psicología se hacen tan imposible mantener esa tradicional actitud ingenua de ignorancia de la consciencia, porque aquí el problema afecta no sólo al observador, sino también al sujeto/objeto de estudio.

Darwinismo neuronal

El vertiginoso avance de la neurobiología durante las últimas décadas ha llevado a una tal expansión de nuestros conocimientos sobre la estructura y la función del sistema nervioso, y en particular del cerebro, que se hace factible el intento de formular una teoría «científica» de la consciencia basada en datos objetivos. Esta ambiciosa meta es la que se propone Gerald Edelman en la obra que nos ocupa (*The remembered present. A biological theory of consciousness*). Edelman está especialmente bien preparado para esta tarea por su estricta formación científica y por haber dedicado los últimos diez años al estudio de la comunicación entre las distintas células que forman el organismo, y en particular al análisis del desarrollo y funcionamiento del sistema nervioso. El importante libro que me arriesgo a comentar es la tercera obra de una impresionante trilogía dedicada a estos temas, cuyas dos primeras obras fueron *Neural Darwinism: The theory of neuronal group selection* (Basic Books, Nueva York, 1985) y *Topobiology: An introduction to molecular embryology* (Basic Books, Nueva York,



1988). El conjunto de esta obra representa el primer intento científico de formular una teoría neurobiológica de la individualidad.

El libro que nos ocupa describe una ampliación, o más bien una extensión, de la teoría de la selección de grupos neuronales («theory of neural group selection») expuesta ya en *Neural Darwinism*. Esta teoría sirve de punto de partida para una magistral deducción combinatoria que permite a Edelman, sin abandonar un sano empirismo, formular una original teoría de la consciencia. La lectura de *Neural Darwinism*, aunque sumamente conveniente y recomendable para cualquier lector interesado, no es un prerrequisito imprescindible para comprender el libro en cuestión. Tras formular la tarea que se propone, Edelman suministra un resumen bastante comprimido pero comprensible de su teoría selectiva, que en su día supuso una original revolución en el modo de enfocar los procesos de memoria y aprendizaje. Se trata de una teoría de la categorización perceptual surgida de dos observaciones básicas: 1.ª) El carácter no categorizado, no etiquetado («unlabelled») del mundo exterior, y 2.ª) La gran variabilidad de las estructuras cerebrales en distintos individuos. Estas dos observaciones invalidan la teoría instruccionalista o funcionalista, según la cual el cerebro recibe instrucciones o informaciones del mundo exterior y las elabora de acuerdo con un «programa» preexistente. Al contrario, todo parece indicar que a partir de una gran variabilidad inicial, fruto del desarrollo embrionario, el cerebro se estructura progresivamente como consecuencia de su experiencia individual en la categorización del mundo exterior. Esto quiere decir que el cerebro no contiene un programa prefabricado, sino que se programa a sí mismo en el transcurso de su percepción de un mundo exterior desconocido del que no recibe instrucciones, sino sensaciones «nuevas». La teoría del darwinismo neuronal

propone una doble selección, anatómica y funcional, partiendo de un complejo repertorio de estructuras y conexiones preexistentes genéticamente determinadas. La selección al nivel «anatómico» daría lugar al establecimiento de redes neuronales durante el desarrollo, mientras que la selección al nivel «funcional» generaría poblaciones de sinapsis conectadas por enlaces reforzados por el uso. La gran originalidad de esta teoría consiste en su aplicación del concepto de poblaciones, típico de la obra de Darwin, al análisis del sistema nervioso. No se seleccionarían neuronas o sinapsis individuales, sino grupos de neuronas y sinapsis, repertorios neuronales, una idea que empieza a encontrar su analogía en el desarrollo de las nuevas generaciones de ordenadores con múltiples procesadores conectados en paralelo y en los llamados algoritmos genéticos. La idea clave es que lo esencial son las conexiones de neuronas en grupos capaces de evolucionar con la experiencia. La existencia de tales grupos de neuronas, conteniendo cada uno entre 500 y 10.000 células, fue demostrada en los años setenta por el neurofisiólogo Vernon Mountcastle.

Componentes esenciales

Partiendo de la categorización perceptual y de los mecanismos básicos del darwinismo neuronal, Edelman elabora los conceptos de memoria y aprendizaje como componentes esenciales de la consciencia primaria o elemental. Un aspecto particularmente importante, y no siempre de fácil comprensión, es el de «reentrant signaling», o señalamiento por reentrada, que permite integrar la actividad de diversos grupos de neuronas en el tiempo y en el espacio, creando entre ellos nuevas conexiones más o menos plásticas. Según esta hipótesis, la simple detección de un estímulo no basta para

suministrar un conocimiento de los acontecimientos ambientales. Una verdadera percepción, que afecte el comportamiento, requiere modificar las relaciones entre varios grupos de neuronas. Un aspecto importante de la categorización perceptual es su dependencia del movimiento del observador, que le permite seleccionar los aspectos constantes en la percepción de un objeto dentro del continuum espacio-temporal. Encuentran aquí aplicación principios y mecanismos análogos a los que operan en la teoría de grupos tal y como se entiende en matemáticas.

Utilizando como ejemplo los mecanismos de la visión, Edelman desarrolla con cierto detalle el concepto de integración cortical por reentrada («reentrant cortical integration»), que sirve de modelo para las referencias a este importante mecanismo en el resto del libro. La base electrofisiológica de la conexión entre distintos grupos de neuronas no ha sido aún completamente aclarada, pero el reciente descubrimiento de unas ondas sincrónicas de 40 Hz en neuronas pertenecientes a columnas distantes de la corteza visual, que participan en la percepción de distintas características de un objeto, ofrece una interesante posibilidad de integración (véase la referencia al trabajo de Charles Gray y Wolf Singer en *Science* 249, 856-858, 1990).

A partir de estos conceptos, Edelman ilustra la posibilidad de utilizar procedimientos de simulación con ordenadores y métodos de aprendizaje basados en redes neuronales para diseñar autómatas capaces de un comportamiento de discriminación «visual» orientado a ciertas metas, sin que para ello sea necesaria una programación específica. Los resultados de estos experimentos representan una clara crítica a la teoría instruccionalista del funcionamiento del sistema nervioso y apoyan el innovador concepto evolucionista propuesto por Edelman.

Concepto de consciencia

El capítulo quinto suministra una primera aproximación al concepto de consciencia, que en el resto del libro se desarrolla con una riqueza de detalles no siempre asequible al lector no especializado. Edelman distingue dos niveles de consciencia: la primaria y la de alto nivel, que presupone el lenguaje. La consciencia primaria es definida como un proceso resultante de la continua confrontación conceptual de la percepción actual del mundo exterior con un tipo de memoria valoradora, que surge de la interacción de dos actividades cerebrales correspondientes a dos distintas organizaciones estructurales. Por una parte, una actividad del cerebro como órgano hedónico y endocrino, responsable de la homeostasis adaptativa interna (CI), y por otra la actividad constante de categorización perceptual del mundo exterior (CE). Estas dos actividades se llevan a cabo en distintas regiones del cerebro; la primera, en el mesencéfalo, los núcleos pontinos, la formación reticular mesencefálica, el hipotálamo, la amígdala, el septum y el fórnix, y la segunda, en los centros cortico-talámicos, el cerebelo y el hipocampo. Estos dos tipos de estructura determinan valores distintos de la percepción. Mientras que la primera se identifica con el «self», el sí mismo del organismo, la segunda determina el valor del «nonself», el mundo exterior. De acuerdo con este planteamiento, y desde el punto de vista evolutivo, la consciencia se hace posible por la aparición de dos tipos de nuevos fenómenos: por una parte, el desarrollo de una memoria especial dedicada específicamente a almacenar cate-



Viene de la página anterior



gorías perceptuales del «pasado» ya valoradas por el sistema de homeostasis adaptativa [C(CE·CI)], y por otra parte, el desarrollo de nuevos circuitos que permiten el señalamiento por reentrada entre esta nueva memoria y la categorización perceptual presente de la actividad sensorio-motora (CE). La consciencia representa pues una conexión y al mismo tiempo una «discriminación» entre la memoria valorada de la propia identidad y la continua categorización perceptual del mundo exterior que tiene lugar en cada momento del presente. Surge así una categorización relacional, que depende de la categorización perceptual, pero tiene mayor poder de generalización. Esta actividad conceptual de continua recategorización está localizada en los lóbulos temporal y parietal y en los giros cingulares, y depende de una conectividad reentrante de tipo global, es decir, que afecta a varias áreas del cerebro. Su función determina la importancia relativa de los acontecimientos exteriores de acuerdo con valores internos y, por consiguiente, cumple los criterios atribuidos a la consciencia en tanto que contribuye a seleccionar las metas e influencia el comportamiento.

Más allá de esta consciencia primaria, Edelman distingue la consciencia de alto nivel, que surge al aparecer la actividad simbólica y sintáctica del lenguaje. A su vez, la aparición del lenguaje, para Edelman un proceso epigenético, es impensable sin la producción de conceptos y la existencia de una consciencia primaria, y requiere la evolución previa en los homínidos de centros cerebrales capaces de producir un «modelo» conceptual de la identidad y de centros con capacidades fonológicas, las llamadas áreas de Broca y de Wernicke.

La memoria menospreciada

En el capítulo sexto, Edelman elabora el concepto de memoria como proceso de recategorización permanente, que resulta sumamente importante para comprender los mecanismos de la consciencia de alto nivel. La memoria ha sido frecuentemente menospreciada por los psicólogos como una actividad no creadora, un puro almacenamiento de datos y referencias. La visión de Edelman nos obliga a revisar estos prejuicios, puesto que la memoria, concebida como constante conceptualización, es una parte esencial de la consciencia y, por tanto, de la «inteligencia», aun cuando Edelman evita utilizar este debatido concepto.

De particular importancia para comprender los mecanismos subyacentes al proceso de la consciencia es el papel de los llamados apéndices corticales (ganglios basales, cerebelo e hipocampo), que, a través de conexiones de reentrada con el cortex, permitirían al sistema nervioso ordenar, seleccionar y organizar sus mapas globales en períodos de tiempo mucho más extensos que los asociados con la percepción externa. El cerebelo es esencial para introducir en las sensaciones exteroceptivas y propioceptivas un componente de sucesión temporal, mientras que el hipocampo serviría de relays para establecer la memoria a corto plazo, y los ganglios basales estarían implicados en la planificación de programas motores más complejos.

Es imposible, en el espacio de esta breve recensión, analizar siquiera someramente las relaciones entre lenguaje y consciencia de alto nivel, o entre atención e inconsciencia, que Edelman elabora con su habitual maestría en los capítulos 10, 11 y 12. Tampoco puedo extenderme sobre los dos últimos capítulos, que tratan de las implicaciones generales, y en especial filosóficas, de



G. MERINO

la teoría de la consciencia. Sólo quiero mencionar, porque creo que merece especial atención, el tratamiento de los desórdenes de la consciencia. Edelman muestra de modo convincente que las distintas consecuencias neurológicas de muchos síndromes clínicos pueden entenderse como interrupciones de conexiones reentrantes entre los distintos mapas neuronales que establecen los varios niveles de conceptualización (consciencia elemental, lenguaje y consciencia de alto nivel). Algunos de estos síndromes pueden considerarse como enfermedades de la categorización, mientras que otros serían verdaderas enfermedades de la consciencia.

Un nuevo humanismo

Al concluir la lectura de este libro, fascinante por su rigor científico y su profundidad, se entrevé lo que podría ser la base de un nuevo humanismo, un humanismo que podríamos llamar «objetivo» aun a sabiendas de las trampas que acechan detrás de este temido adjetivo. Me vienen a la memoria los últimos textos de Max Delbrück, en los que trabajaba cuando la muerte interrumpió su original quehacer. Delbrück trataba de descubrir la semejanza existente entre el acto de creación estética del artista (en su caso el Rilke de las elegías duinesas) y el acto de creación del científico al formular una nueva hipótesis para «explicar» fenómenos complejos. En ambos casos se trata de una reorganización de conocimientos e informaciones preexistentes de acuerdo con reglas no siempre explícitas: la poética, más o menos intuitiva, en el primer caso, y la lógica de la investigación científica en el segundo. Esta reorganización implica un acto de creación libre, un salto a lo desconocido, el establecimiento de un nuevo puente entre conceptos o imágenes. Volviendo al libro de Edelman, cabe imaginar que el establecimiento de una nueva conexión entre grupos

de neuronas integrados en mapas generales distintos sea la base objetiva que inicia una cadena de reacciones, uno de cuyos componentes (¿endorfinas?) pudiera llevar a la sensación placentera que acompaña tanto a la vivencia estética como a la científica. Es posible que este tipo de correlación entre creación y placer haya sido seleccionado en el curso de la evolución porque premia la adaptación a nuevas condiciones ambientales: una motivación para la actividad innovadora. Algo parecido ocurre a un nivel biológico más básico: la creatividad genética también suele ir asociada a sensaciones placenteras.

La hipótesis de Edelman ofrece, por consiguiente, la posibilidad de aunar al nivel de la estructura del cerebro y de su funcionamiento dos aspectos de la actividad humana que durante siglos se han desarrollado independientemente: la ciencia y el arte. Es concebible que llegue a formularse una teoría unitaria de la creatividad que acabaría con la dualidad ciencia/arte. Retrospectivamente resulta comprensible la necesidad inicial de los científicos de ignorar su propio yo y disociar su actividad profesional de las actividades práctica y artística, difícilmente formalizables y objetivables. Esta actitud simplificadora ha llevado a enormes avances en el estudio y la comprensión de fenómenos relativamente simples y abstractos. Así, la ciencia ha evolucionado durante siglos bastante al margen de la vida real (y del arte), como un ejercicio aparentemente con

pocas consecuencias prácticas. Por una curiosa ironía, ha sido el desarrollo extremo de esta actitud reduccionista y el consiguiente incremento de nuestros conocimientos sobre el mundo real, y en particular sobre el cerebro, lo que ahora permite el análisis objetivo de sistemas complejos y en particular del nexo mismo que unifica la actividad estética y la actividad científica.

Organización real del cerebro

No cabe duda que Edelman ha alcanzado la meta que se proponía en el prefacio de su libro: formular una teoría objetiva de la consciencia basada en la organización real del cerebro. Creo que se esboza con esta teoría de la consciencia una posibilidad de superar otro dualismo más fundamental y frustrante: el dualismo cartesiano que considera el cuerpo como una máquina y la mente como un ente inmaterial. Edelman abre aquí un camino que permite aproximarse a la visión monista de Spinoza, según la cual un conocimiento detallado y profundo del cuerpo haría superflua la necesidad de invocar esencias incorpóreas o principios inmateriales para explicar la naturaleza de la mente. Queda para una próxima obra el análisis, sólo esbozado en la presente, de las aplicaciones de esta teoría de la consciencia a otros campos de investigación científica y filosófica.

RESUMEN

El biólogo Miguel Beato, desde su campo de especialidad, se refiere al problema de la relación entre la mente y el cuerpo, que es una cuestión tratada tradicionalmente en la filo-

sofía occidental, y lo hace a partir de una obra de Edelman, en la que, a su juicio, consigue formular una teoría objetiva de la consciencia basada en la organización real del cerebro.

Gerald Edelman

The remembered present. A biological theory of consciousness

Basic Books, Nueva York, 1990. 346 páginas.

Polémica sobre la ciencia española

Por Francisco Tomás y Valiente

Francisco Tomás y Valiente (Valencia, 1932) ha sido catedrático de Historia del Derecho en Salamanca y en la actualidad lo es en la Autónoma de Madrid. Magistrado desde 1980 del Tribunal Constitucional, desde marzo de 1986 es presidente de dicho Tribunal. Entre sus obras pueden citarse *El Marco Político de la Desamortización en España*, *Manual de historia del Derecho español y Gobierno e instituciones en la España del Antiguo Régimen*.

Hay polémicas científicas y hay discusiones o debates ideológicos. En aquéllas se contraponen datos empíricamente obtenidos y se argumenta con razones para interpretarlos. En éstos se enfrentan posiciones apriorísticas, explicables desde opciones ideológicas, y se defiende, por lo general con más pasión que razones, aquello en lo que se cree. La llamada polémica sobre la ciencia española y su vinculación con la existencia entre nosotros del Santo Oficio de la Inquisición fue, de modo intermitente pero constante en su tono, el prototipo del apasionado enfrentamiento ideológico. Unos, los Masson de Morvilliers (1782), Juan Antonio Llorente (1817) y Pe-rojo (1877), enemigos de la Inquisición, atribuían a la presencia y la acción de ésta la inexistencia o pobreza de una «ciencia española». Otros, como José Quer, Echegaray (1866) o Menéndez Pelayo, desde su posición de defensores de la Inquisición, minimizaban los efectos negativos de la incidencia inquisitorial sobre los científicos españoles, o exaltaban las calidades de la obra de éstos, lo que venía a ser lo inverso, pero lo mismo. A mi entender, la «polémica» pseudocientífica ocultaba dos opuestas opciones ante el dilema entre ciencia y fe. Para unos, la prioridad de la razón era incuestionable y, por consiguiente, cualquier censura a ella, máxime en el campo científico, lugar privilegiado para el ejercicio autónomo de la razón, era, es y será funesta y gravemente perjudicial; la Inquisición, dentro de ese enfoque, sólo es un ejemplo, una experiencia histórica y, lamentablemente, española. Para otros, o no es cierto que haya conflictos insalvables entre razón (o ciencia) y fe (o teología), o si los ha habido o hubiere en ellos debe prevalecer la fe definida dogmáticamente y defendida «more theologico»; no es dudable que desde estos postulados la Inquisición y su censura sobre la ciencia quedan justificadas.

Un debate sin fin

Planteando el problema en estos términos, el debate no tiene fin. Cada sujeto ha de formular su opción y todo lo demás es una cadena de consecuencias lógicas en torno a la cual los hechos históricos pueden esgrimirse como ejemplos aducidos y elegidos convenientemente por cada cual. El interés innovador y el notable mérito del libro que comento consiste en que ha roto ese planteamiento ideológico para trasladar la cuestión al terreno empírico de la investigación, esto es, de la Historia. De una Historia

que lo es al mismo tiempo de la Ciencia y de la Inquisición. El papel del historiador no está, sin embargo, reducido al de un observador puro, imparcial y vacío o exento de ideas y de legítimas opciones. Ni el del lector tampoco. Pero el historiador, José Pardo Tomás, no trata de persuadir al lector de sus tesis ideológicas, sino que averigua hechos y expone datos con la más contrastable objetividad empíricamente refutable, los interpreta con argumentos nunca despegados de los datos y, además, valora negativamente los efectos producidos por la censura inquisitorial sobre la ciencia española o, mejor dicho, sobre los libros científicos difundidos o prohibidos en España, fueran o no escritos por españoles. Se podrá seguir discrepando de las valoraciones (por cierto siempre prudentes, en ocasiones tímidas y en todo caso mesuradas), reproduciendo si se quiere la vieja discusión ideológica; pero lo que importa aquí y ahora es la tarea previa, la investigación historiográfica y sus resultados empíricos. Situar el problema en ese campo significa un esfuerzo muy loable y ha producido resultados limitados, pero muy sólidos, muy convincentes y muy bien enmarcados en un contexto historiográfico. Estamos ante un notable libro de Historia, no ante un panfleto más o menos erudito.

Procedimiento inquisitorial

Se nos explica primero en qué consistía el procedimiento («lato sensu») inquisitorial en materia de libros, campo en el que el libro y los trabajos de Virgilio Pinto Crespo entre 1980 y 1984 abrieron el camino. Quizá sea ésta la parte menos completa y más impresionista (pinceladas sueltas) del libro de Pardo Tomás. Queda aún mucho por escribir sobre visitas a puertos (de mar o fronterizos), a librerías, o sobre vías (edictos, cartas, índices) declaratorias de prohibiciones, o sobre cómo actuaban y quiénes eran los calificadores. El autor lo sabe. El lector no especializado ha de completar lo aquí expuesto (págs. 23 a 45) con problemas que se exponen después, como lo concerniente a los tipos de censuras, en una integración difícil y quizá no siempre facilitada por el autor. No obstante, el capítulo sobre preparación y contenido de los Indices entre 1559 y 1707 es muy ilustrativo y constituye el cañamazo en el que se inserta el análisis posterior.

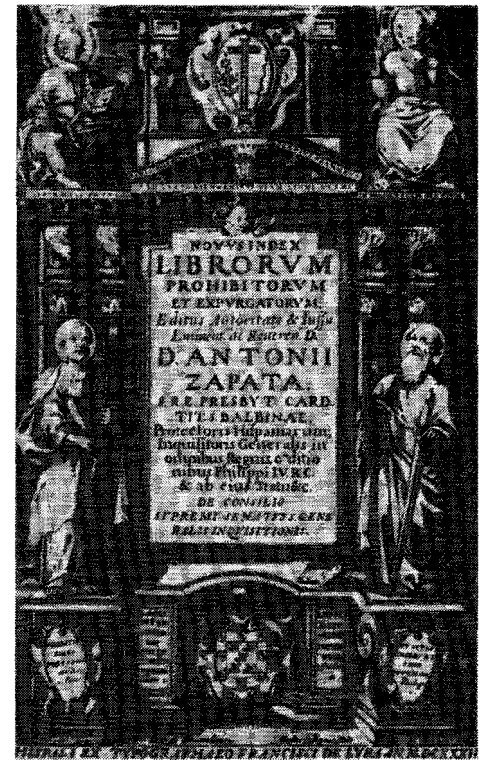
Sobre el contenido de los Indices, Pardo Tomás ha llevado a cabo un análisis prosopográfico de autores científicos previamente identificados (la muestra alcanza casi el medio millar) y de obras científicas (la muestra llega aquí a un total de 759). La base es amplia. No estamos ante un simple ensayo metodológico, aunque desde luego tampoco se ha pretendido ser exhaustivo. ¿Cabe formular alguna objeción? Sin duda que sí: quizá hubiera sido preferible (pero comprendo que el de las preferencias es un campo en el que también el autor del libro tiene sus derechos) integrar la tipología de la censura de obras (pág. 121) en un capítulo refundido sobre procedimiento e Indices, porque dada la construcción actual el lector tarda mucho en obtener respuesta a preguntas que se le ocu-

ren mucho antes. Al margen de ello, y aun en el supuesto de que mi objeción sea más razonable que la opción del autor, este capítulo IV sobre la producción científica europea en los Indices del Santo Oficio español es sólido, convincente y casi me atrevería a decir que demoledor. Tras su lectura no es posible negar que la censura inquisitorial tuvo una grave y negativa incidencia sobre la difusión en España de una importante y significativa parte de la producción científica europea, «principalmente la llevada a cabo por los autores del ámbito protestante desde los años centrales del siglo XVI hasta el primer tercio de la centuria siguiente» (página 120), que es precisamente el período durante el cual Europa «iba a conocer la gestación de la Revolución Científica y los inicios de su desarrollo» (pág. 109). A parecidas conclusiones se llega tras el análisis de las tablas confeccionadas sobre datos concernientes a las obras científicas. Es muy importante aquí ponderar —y el autor así lo hace— el tipo de censura («in toto», expurgo parcial, «auctor damnatus sed opus permissum» y, finalmente, obra prohibida «donec prodeat expurgatio») que sobre cada obra recayó, así como también está muy bien visto el diferente modo como el habitual retraso de la labor inquisitorial incidía en cada caso: en unas ocasiones, la condena parcial y tardía de una obra producida años después de su aparición pudo permitir su difusión y conocimiento; en otros, el retraso fue perjudicial, como sucede respecto a las cada vez más numerosas obras prohibidas hasta que se realice la expurgación, pues como el expurgo o tardó muchos años o no se llevó a cabo nunca, tales obras permanecieron de hecho de modo muy duradero o definitivo excluidas de la circulación y el conocimiento.

Efectos de la censura

Se estudia en pequeñas monografías el efecto de la censura en determinadas áreas científicas (o pertenecientes a la subcultura científica) en conflicto: astrología judiciaria, copernicanismo, medicina y paracelsismo, filosofía natural, alquimia y magia natural. Es imposible reproducir el análisis y sus resultados. En alguna ocasión, así a propósito de la astrología judiciaria, la valoración sobre cuestiones de fondo prolonga el simple análisis empírico o cuantitativo. En otras, el autor se autolimita más (¿acaso demasiado?) y se conforma con la confección de tablas. En todo caso, la materia expuesta resulta apasionante. Sorprende a veces la ridiculez del motivo teológico para llevar a cabo tal o cual expurgo. Se comprueba en más de un caso la conciencia que algunos censores tenían de la inadecuación de su instrumento teológico para condenar obras (o ni siquiera para comprenderlas) que por su mismo universo conceptual y terminológico escapaban de las entendederas de aquellos modestos teólogos. Pero esto, más allá del valor anecdótico o expresivo de tal o cual texto (algunos en verdad estupendos), ¿no es el verdadero núcleo del problema, esto es, del conflicto entre razón (ciencia) y fe (teología), cuyos lenguajes, es decir, cuyos pensamientos o modos de pensar son constitutivamente ajenos?

El autor quiere finalmente convencerse o convencernos de la eficacia del mecanismo inquisitorial de la censura y realiza a tal efecto un análisis de los memoriales que los tribunales de la Inquisición situados fuera de la Corte enviaron a la Suprema en 1634 enumerando los libros censurados que en cada uno de ellos estaban en aquella fecha depositados (págs. 317 y ss.); o glosa el informe muy lúcido de un secretario, Clavijo, sobre el grado de cumplimiento de las normas inquisitoriales vigentes en la materia; o se aven-



Portada de «Novus index librorum prohibitorum et expurgatorum».

tura en la medición del alcance real de la expurgación de libros científicos analizando una muestra de un centenar de ejemplares ahora depositados en tres bibliotecas españolas (la Nacional y las universitarias de Salamanca y Valencia) (págs. 334 y 339).

Realidades no mensurables

Hay, sin embargo, realidades no mensurables. Por ejemplo, el miedo en sus mil formas, que van desde la autocensura en el pensar y en el leer, hasta la prudencia en no comentar con otros lo que uno tal vez furtivamente ha leído, o hasta el abandono de la profesión de librero, expuesta a mil riesgos y quebrantos, o hasta la colaboración diligente con la Inquisición ejerciendo el teológico oficio de calificadores por parte de aquellos individuos (catedráticos) e instituciones (universidades) que en otro contexto más vocados hubieran estado a producir y fomentar una obra científica libre y despreocupada. Pero no es metodológicamente lícito evadirse del entorno histórico. En el tiempo y lugar estudiados, aproximadamente entre 1550 y 1700, en España el Santo Oficio persiguió la herejía por doquier y también, como era su obligación, en los libros, y entre ellos de modo no prioritario en los de ciencias de la naturaleza. Una garantía contra posibles riesgos censores era no escribir libros; otra más fuerte, no tenerlos; una tercera, sin duda más tranquilizadora, no saber leerlos. El analfabetismo como garantía frente a cualquier riesgo de heterodoxia. Así venía a proclamarlo, no sé si con ironía o no, Humillos, uno de los alcaldes cervantinos de Daganzo, en un texto elegido por Pardo Tomás para encabezar su excelente libro. Ojos que no leen, herejía que no aprenden. Lo más seguro era «no saber leer».

En el próximo número

Artículos de J. Gállego, Luis G. Berlanga, Antonio Fontán, C. Castro, F. García Olmedo, Elías Díaz, J. M. Martínez Cachero y M. García Velarde.

RESUMEN

El historiador y presidente del Tribunal Constitucional, Francisco Tomás y Valiente, recuerda en su escrito la vieja polémica sobre la ciencia española y la

Inquisición, y lo hace tras la lectura de una obra que trata de esta cuestión; de la relación nada fácil entre ciencia y censura en los siglos XVI y XVII.

José Pardo Tomás

Ciencia y censura. La Inquisición española y los libros científicos en los siglos XVI y XVII

CSIC, Madrid, 1991. 390 páginas. 4.500 pesetas.

La arquitectura desde el dibujo

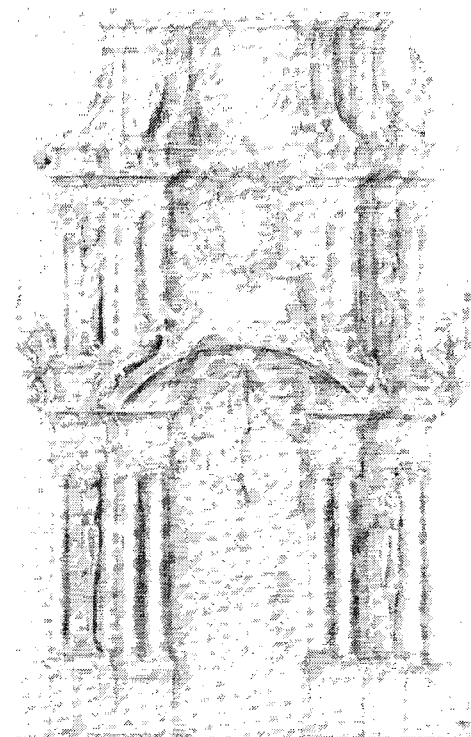
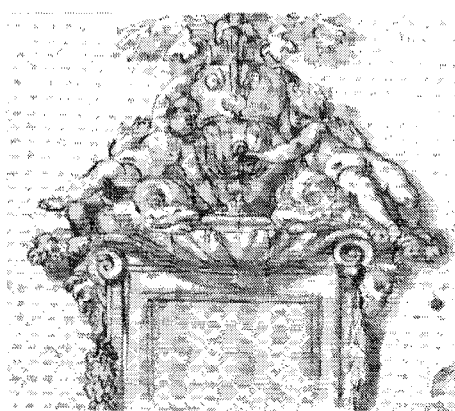
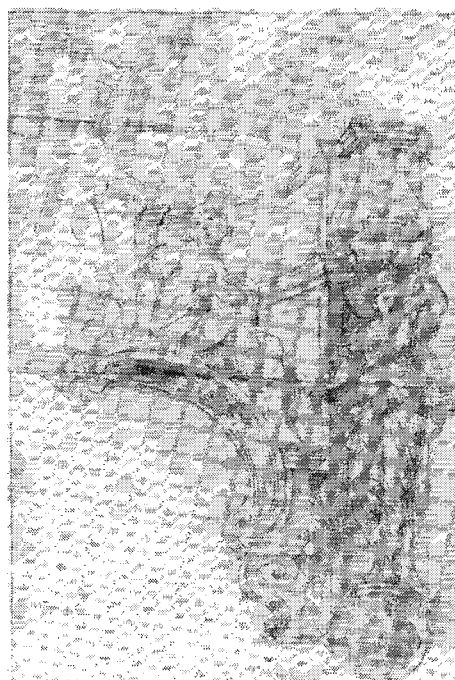
Por Julián Gállego

Julián Gállego (Zaragoza, 1919) fue profesor de las Universidades de la Sorbona (París), Autónoma y Complutense (Madrid); en esta última fue catedrático y actualmente es profesor emérito de Historia del Arte. Es académico electo de Bellas Artes de San Fernando y autor, entre otros, de los siguientes trabajos: El cuadro dentro del cuadro, Visión y símbolos en la pintura española del Siglo de Oro y El pintor, de artesano a artista.

Entre los 16.000 dibujos originales que atesora la Biblioteca Nacional de Madrid (número siempre en creciente, ya que constantemente se va aumentando con obras de artistas contemporáneos o por adquisición de obras del pasado), uno de los campos más interesantes es el de los dibujos de arquitectura, tanto en el aspecto constructivo como en el ornamental. Sabido es que todo edificio comienza por el diseño de sus planos y alzados; acaso no nos percatemos de que ello supone varios dibujos, a veces muchos, por cada construcción, en especial si su proyecto se saca a libre concurso entre arquitectos. Si a eso se agrega que, durante siglos, las escuelas de Bellas Artes han tratado de calibrar la capacidad de sus alumnos sometiéndolos a la invención de proyectos utópicos que nadie pensaba realizar («Un gran mausoleo a la memoria de un emperador». «Un palacio de recreo en el campo para una familia real». «Un edificio de museos y academias para la capital de un reino importante». «Una catedral archiepiscopal para un cabildo numeroso con residencias y dependencias anejas»...), incluidos proyectos orientados al pretérito («Una villa patricia en las orillas del lago Trasimeno». «Una pirámide egipcia para tumba de un faraón». «El palacio y serrallo de un sultán de Turquía»...) y simples (o complicados) repertorios que el eclecticismo historicista brinda a posibles clientes desde finales del siglo XVIII (recordemos los de arquitectos británicos, como Nash o Soane, o germanos, como Schinkel o Langhans), nos daremos cuenta de la inmensidad de la arquitectura dibujada sin esperanzas de realización. A ella hemos de agregar los proyectos imposibles por su coste o problemas tectónicos, por ejemplo muchos de los iluministas fran-

ceses, como Boullée o Ledoux, que tan sólo el siglo de las estaciones, el XIX de nuestra era, pudo llevar a cabo gracias al uso de la estructura metálica; y los modelos nostálgicos reproduciendo monumentos o adornos antiguos, como los de Piranesi o Clerisseau, encaminados a formar un gusto clasicista; y los infinitos repertorios que proponen los tratados de arquitectura, desde Vitruvio a Viollet-le-Duc. Sin olvidar tantos y tantos casos en que el declive de una familia interrumpe los trabajos de realización de su morada o su capilla; o los avatares políticos, sociales o económicos, que hacen que un régimen reniegue de las obras del régimen anterior y las suspenda o derroque... Son infinitos los casos diversos que han estorbado la ejecución de un proyecto cuando ya se contaba con dibujos bastantes y aun sobrantes para su culminación. Hay que pesar las condiciones de servidumbre que la creación arquitectónica acepta, de buen o mal grado, de quienes disponen del dinero necesario para llevarla a término. La arquitectura es la reina de las artes, pero también la que más cortapisas y concesiones ha de aceptar de los que la pagan. Cuando un pintor traza el boceto de su cuadro, malo será que no llegue a alcanzar lienzo, colores y pinceles con que ejecutarlo; el arquitecto, pese a su situación social considerada, depende del cliente, y no será de extrañar que se vea chasqueado en sus esperanzas ya por la parsimonia de éste en aflojar su bolsa, ya por sus cambios de gusto, ya porque traspase el edificio a medio construir a otro propietario o a otra finalidad, ya porque releve al artista de su cometido para encomendarlo a otro más de moda. En fin, y para no apelmazarme en todos los casi infinitos casos en que un proyecto no se realiza o se realiza a medias, es evidente que la arquitectura dibujada es más abundante que la construida. Los gabinetes de dibujo de los grandes museos, escuelas y bibliotecas, como la Nacional de Madrid, poseen diseños arquitectónicos como para urbanizar los desiertos africanos.

Sería erróneo creer que todos esos proyectos desechados fueron trabajo perdido. A veces (como el rascacielos que Walter Gropius, en 1922, presentó al concurso del *Chicago Tribune* y que fue desdeñado) tienen una descendencia mayor que la del propio Abraham. En cualquier caso son ejem-



Algunos dibujos de los que aparecen en el Catálogo.

plares o modelos de un tipo de arquitectura que, además de incidir en los que realmente se construyen, tienen un valor que pudiéramos calificar de «conceptual», palabra muy de moda en nuestros días, aplicable a pinturas no ejecutadas. A menudo, su gratuidad (al no esperar realizarlos) lleva a sus autores a fantásticas proyecciones hacia un futuro incierto (como el Futurismo de Sant'Elia) que acaso termine por ser efectivamente la «arquitectura del porvenir». En último extremo, el dibujo puede ser hermoso en sí mismo, sea o no ejecutado o ejecutable.

El inventario de los dibujos de la Biblioteca Nacional era también, quizá, una aspiración de futuro cuando, en 1906, el benemérito bibliotecario don Angel María de Barcia publicó uno de diez mil obras. Barcia (Córdoba, 1841-1927) fue jefe de la en su tiempo llamada Sección de Bellas Artes desde 1879 a 1911, año en que le jubilaron. Como escribe la actual jefa del Servicio de Dibujos y Grabados, doña Elena M.ª de Santiago Páez, en el texto de introducción al catálogo que hoy comentamos, Barcia, que había estudiado dibujo en Córdoba y pintura en Madrid, pidió la excedencia del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos

para marchar a Roma (de 1875 a 1879), donde, «además de pintar, aprovechaba el tiempo para visitar con asiduidad monumentos, museos, iglesias y palacios, lo que completó su educación artística». Regresado a España y ordenado sacerdote, reingresó en el Cuerpo y fue destinado a la Sección de Estampas de la Biblioteca Nacional. «Su fina sensibilidad, una gran memoria visual, amplios conocimientos sobre arte, iconografía, historia, mitología, etc., y sus continuos contactos con historiadores del arte, entre los que se encontraban los Gómez Moreno, hicieron posible unas obras extraordinarias para su época, como fueron el catálogo de los dibujos de la Nacional o el *Catálogo de retratos de los personajes españoles* que le precedió (Madrid, 1901).»

La tarea quedó interrumpida a la jubilación de Barcia, hasta que, hace unos años, el Servicio de Bellas Artes (oficialmente llamado «de Dibujos y Grabados») de la B.N. decidió publicar catálogos parciales, estudiando doña Manuela Mena 225 de los más de 1.400 italianos de los siglos XVI y XVII que posee la B.N., y dando motivo a una exposición en España (1984), Italia (1988-89) y Estados Unidos (1990); mientras, don Diego Angulo Iníiguez y don Alfonso E. Pérez Sánchez comenzaron, simultáneamente, la publicación de los dibujos españoles desde el siglo XV. En la actualidad se ha iniciado el inventario de los cerca de seis mil dibujos no incluidos en el catálogo de Barcia. Y se ha decidido la publicación de los relativos a arquitectura y ornamentación arquitectónica (más de 1.600) en tres volúmenes o períodos: el primero dedicado a los siglos

En este número

Artículos de

Julián Gállego	1-2	Francisco García Olmedo	7
Luis García Berlanga	3	Elías Díaz	8-9
Antonio Fontán	4-5	J. M. Martínez Cachero	10-11
Carmen Castro de Zubiri	6	Manuel García Velarde	12

SUMARIO en página 2





La arquitectura desde el dibujo

XVI y XVII, que es el que ahora ha visto la luz, al que ha de seguir otro del siglo XVIII, para concluir con un tercero, de los siglos XIX y XX (que es de suponer se publique una vez terminado este siglo que se nos va de las manos).

Dibujos de arquitectura y ornamentación de la Biblioteca Nacional. Siglos XVI y XVII es el magnífico tomo, in 4.º, con una introducción de XXXVI páginas y un catálogo de 363, completado por otro catálogo de filigranas de los papeles usados, obra de María del Carmen Hidalgo (págs. 365-96), seguido de una copiosa bibliografía (págs. 397-407) y tres índices, onomástico, de materias y topográfico, amén de las correspondencias entre las numeraciones de Barcia y las actuales, que nos lleva hasta la página 421. Este catálogo consta de las fichas de 550 obras realizadas por especialistas acreditados, como la ya citada Manuela Mena y los profesores Virginia Tovar, Agustín Bustamante, Fernando Marías y Delfín Rodríguez. La edición es soberbia, uno de los más bellos catálogos

Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

que hasta la fecha se han publicado en España, obra de Publicaciones COAM (Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, que ha colaborado en sufragar los gastos con Entrecanales y Távora, S. A.), dirigida por Carlos Bustos Moreno sobre maqueta y diseño de Pedro Ibáñez Albert. Se terminó de imprimir el 15 de septiembre de 1991, fecha del ciento cincuenta aniversario del nacimiento de don Angel M.ª de Barcia, a quien este libro va justamente dedicado.

Contenido del catálogo

El catálogo propiamente dicho recoge 59 fichas de otros tantos dibujos españoles del siglo XVI, y de la 60 a la 109, del siglo XVII, obras firmadas, atribuidas o anónimas, cada una de ellas con muy sustanciosos comentarios, noticias y referencias, y sendas ilustraciones en los colores de cada dibujo; en ocasiones se aumenta la ilustración a varios detalles. Vienen luego los dibujos italianos del siglo XVI, números 110 a 155, y del XVII, 156 a 285 (en ocasiones, cada número puede representar una serie o colección), la sección más rica. De dibujos franceses y holandeses sólo hay seis muestras, números 286 a 291, pero de valía, en especial las dos vitelas de Jacques Androuet du Cerceau. En las secciones anteriores abundan los autores famosos, tales como Gaspar Berra, Juan de Herrera, Francisco de Mora, Teodoro Ardemans, Alonso Cano, Antonio del Castillo, Vicente Carducho, Claudio Coello, Juan Gómez de Mora, Sebastián de Herrera Barnuevo o Antonio Palomino, entre los españoles; Giorgio Vasari, Giovanni da Bologna, Bernardo Buontalenti, Ludovico Carracci, Carlo y Domenico Fontana, Giacomo della Porta, G. Battista Aleotti, Alessandro Algardi, Pietro da Cortona, Valerio Castello, Carlo Maratti, Mitelli y Colonna (introdutores en España de la perspectiva ilusionista «di sotto in sù»), y en especial, G. Lorenzo Bernini, siempre genial como escultor, pintor, arquitecto y dibujante, con unos bellísimos proyectos que

avanzan hacia el estilo «rococó» en el campanario del Vaticano, buen ejemplo de arquitectura que se quedó en el papel.

El catálogo se complementa con dos álbumes, el de Casale y el de García Reinoso. El primero es el cimiento de toda la colección y recoge los proyectos del florentino arquitecto y fraile servita Giovanni Vincenzo Casale (1539-93) para sus encargos en Italia, Portugal y España, además de los de su maestro, G. Angelo de Montorsoli (1507-63), a su vez alumno de Miguel Ángel, y de algunos grandes arquitectos de su tiempo, como Giacomo della Porta, Pierino del Vaga (alumno de Rafael), etc. El segundo, que lleva el nombre de Antonio García Reinoso (1611-77), recoge dibujos del propio Reinoso y de variados autores italianos y españoles sin firmar, pero que los expertos catalogadores han atribuido a Antonio González Velázquez, Vicente Acero (el genial iniciador de la catedral de Cádiz, cuya fachada y linterna hubieran sido estupendas de haberlas realizado como muestra su dibujo), Herrera Barnuevo (el llamado «corruptor» del gusto, inmediato precedente de los Tomé, Churriguera y Ribera en el siglo XVIII), G. Battista Montano y Alonso Cano (maestro en las cuatro facultades, pintura, escultura, arquitectura y diseño, como dijo Jusepe Martínez), uno de los mejores dibujantes de una nación que no abunda en ellos.

Del catálogo y sus ilustraciones se desprende la superioridad italiana para concebir

el edificio, con plantas y alzados atrevidos y airosos (el propio Montano da cumplidas pruebas de ello), su facundia garbosa en el diseño de fuentes (como las de Montorsoli, Vida da Tivoli, Casale o Zucchi) y su facilidad en el manejo novedoso de los órdenes clásicos. Los españoles (con la excepción del «corruptor» y de Cano) tienen dificultades en evadirse de la «figura cúbica» tan místicamente alabada por Juan de Herrera; pero sus edificios «de cajón» (como diría Kubler) se salvan por la ornamentación exuberante, caprichosa, herencia de lo morisco, del gótico final y del plateresco, ampliamente desarrollada por Ardemans, Coello y Muñoz.

Con motivo de la edición de este libro modélico, la Biblioteca Nacional ha presentado, en sus salas de exposiciones, una selección de 150 obras, entre las 550 que recoge el catálogo. Pero quien se haya quedado sin verla puede mitigar su frustración hojeando este maravilloso catálogo, que las brinda en sus colores propios y con tan pertinentes y sabias noticias. Verá que abundan los retablos y fuentes más que los edificios, y que no pocos de éstos no pasaron de proyectos. Pero ahí están, sobre el papel, acaso más seguros en su cuidada fragilidad que los altos techos y muros constantemente expuestos a la furia del tiempo, de los elementos y (la peor de todas, la más destructiva) de los hombres, ángeles en inventar, demonios en arrasar.

RESUMEN

Julián Gállego saluda la aparición del primer catálogo de una serie de tres que abarcará todos los dibujos de arquitectura y ornamentación que posee la Biblioteca Nacional de España. Comprende 550 obras de este género de los siglos

XVI y XVII y un grupo de especialistas las sitúa y las comenta. Cabe así cotejar la arquitectura italiana con la ornamentación española y meditar sobre la permanencia en el papel de arquitecturas destruidas o jamás llevadas a término.

Elena M.ª de Santiago Páez y otros

Dibujos de arquitectura y ornamentación de la Biblioteca Nacional. Siglos XVI y XVII

Ministerio de Cultura-Biblioteca Nacional, Fundación COAM, Entrecanales, Madrid, 1991. 424 páginas. 8.500 pesetas.

SUMARIO

	Págs.
«La arquitectura desde el dibujo», por Julián Gállego, sobre <i>Dibujos de arquitectura y ornamentación de la Biblioteca Nacional. Siglos XVI y XVII</i> , de Elena M.ª de Santiago y otros	1-2
«Una mujer casi perfecta, de pesadilla», por Luis García Berlanga, sobre <i>Yo misma. Historias de mi vida</i> , de Katharine Hepburn	3
«Derechos históricos y Constitución española», por Antonio Fontán, sobre <i>Idea de los derechos históricos</i> , de Miguel Herrero y R. de Miñón	4-5
«Miguel Delibes: de la literatura...», por Carmen Castro de Zubiri	6
«... a la biología como metáfora», por Francisco García Olmedo, sobre <i>Señora de rojo sobre fondo gris</i> , de Miguel Delibes	7
«Unamuno: resentimiento y reconstrucción», por Elías Díaz, sobre <i>El resentimiento trágico de la vida. Notas sobre la revolución y guerra civil españolas</i> , de Miguel de Unamuno	8-9
«Biografía de una vocación», por José María Martínez Cachero, sobre <i>Ramón Menéndez Pidal, su vida y su tiempo</i> , de Joaquín Pérez Villanueva	10-11
«La ciencia como parte de la cultura», por Manuel García Velarde, sobre <i>Michael Faraday and the Royal Institution</i> , de John Meurig Thomas	12

Una mujer casi perfecta, de pesadilla

Por Luis García Berlanga

Luis García Berlanga (Valencia, 1921) es director de cine, autor, entre otras películas, de *Bienvenido Mr. Marshall*, *Plácido*, *El verdugo*, *La escopeta nacional* y *La vaquilla*. Ha sido Presidente de la Filmoteca Nacional, es Premio Nacional de Cinematografía 1980, Medalla de Oro de Bellas Artes 1982, y en 1989 ingresa en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

He de admitir que en principio admiro a todo el que tiene el suficiente valor como para ponerse a escribir una autobiografía. Especialmente si ya ha pasado los ochenta. Para los que sufrimos una pertinente arteriosclerosis más o menos desde los quince, eso de conservar la memoria y poder hablar del pasado como si estuviera a la vuelta de la esquina no deja de parecer una habilidad prodigiosa.

Sin embargo, eso de agolpar recuerdos en un libro siempre permite ciertas licencias. O lo que es lo mismo, uno se acuerda de lo que quiere y lo cuenta como le viene en gana, que para eso es su vida, qué caramba. Y desde esta perspectiva pueden ocurrir dos cosas: o bien que el personaje en cuestión adorne su pasado con un poco de fantasía, inventándose aventuras, amoríos, construyendo una existencia espléndida y superlativa, tal vez falsa, pero entretenida, o, por el contrario, que calle una buena cantidad de detalles interesantes que sabemos podría contar y nos interesaría conocer, dejándonos en ascuas y ligeramente decepcionados.

Esto último pasa con el libro de memorias de Katharine Hepburn. Uno espera un filón de confidencias jugosas, de anécdotas divertidas de la época dorada de Hollywood, para ver que la autora pasa por encima de todo ello y prefiere meterse en primorosos jardines donde el hilo caprichoso de las palabras teje sobre todo un dibujo, si no simple retazo, hecho con pequeños esbozos familiares, incidentes hogareños, problemas con algún traje, con algún viaje, con alguna digestión, hasta llenar un volumen con una sucesión de pasajes cotidianos que podría contar cualquier venerable abuela mientras prepara en el horno unas pastas de té. Por una vez observamos cómo las prosaicas preocupaciones del ser humano superan a las exigencias inmortales del mito cinematográfico. Quizá para mayor autenticidad del testimonio, pero para cierto aburrimiento del lector.

¿Cuál es la imagen que siempre nos hemos hecho de la célebre intérprete de «La fiera de mi niña»? La de una mujer de fuerte carácter, independiente y dinámica, inteligente y algo egocéntrica. Su talento como actriz está fuera de toda duda, aunque durante una época fuera considerada como veneno para las taquillas y cayese en desgracia, como tantas estrellas de Hollywood. Unos la han considerado toda una belleza singular, mientras otros la encontraban algo fea. Lo que nadie pone en duda es su categoría de leyenda viva, la gran dama del cine y del teatro cuyo nombre encabeza con letras luminosas el cartel de alguna de las obras más importantes de este siglo.

Nunca ha debido de ser fácil trabajar con ella. Según dice, sólo pudo tener una relación amistosa con Cukor y George Stevens. Impertinente, exigente, amante del control, por su propia pasión hacia la perfección artística ha podido convertirse en algunos momentos en toda una pesadilla para cualquier director que tuviese que meterla en vereda, aunque luego los resultados hiciesen que todo valiera la pena. Tal vez, salvo Bette Davis, no ha habido en la historia otra actriz que a la vez se haya hecho tan antipática y haya levantado tantos amores y admiración rendida.

El rostro afilado, la mirada penetrante, la expresión dura, pueden, gracias al privilegio de un genio infinito, deshacerse en asombrosos matices de dulzura, sublimando incluso la naturaleza femenina adoptando de vez en cuando modales masculinos. Su éxito le debe mucho a esa transfiguración paradójica en la que una mujer de pronto decide encarnar el papel del hombre, sin perder por ello las particulares y desconcertantes virtudes, o armas, de su sexo.

Logró la fama interpretando personajes sedicentes y rebeldes, señoras acostumbradas a coger las riendas dejando el papel del sexo débil al compañero de reparto. Así podíamos ver cómo Cary Grant acababa en camisón, dejándose llevar, sin poder hacer nada, hacia la vorágine del disparate; o Spencer Tracy contempla cómo una muchacha podía gozar de la supremacía física dominando todos los deportes; o Humphrey Bogart tenía que doblegarse y aprender la lección de saber quién manda en un barco. La Hepburn no nació para recibir órdenes ni admitir un rol secundario, y su carrera artística puede que sólo haya sido un espejo donde reflejar su indómita personalidad.

La anglosajona burguesa

La vida de Katharine Hepburn parece oscilar entre lo convencional y lo insólito. Fue una de esas chicas de buena familia que aprovecharon los alocados años veinte para hacer cosas mal vistas en el seno de la sociedad acomodada, como convertirse en actriz, por ejemplo. De todos modos, sus padres eran unos claros partidarios de la corriente de ideas liberales que sacudió América a principios del siglo.

Su madre era sufragista. Pasó toda su juventud luchando por los derechos políticos y sociales de las mujeres. Acudía a mítines, era al parecer una brillante oradora y combativa columnista. Según se desprende del libro, era una positivista acérrima, fanática de lo útil y enemiga de lo inútil, empezando por el sentimentalismo. Debía de ser un personaje de cuidado, aunque su hija sólo la retrata desde el punto de vista de la adoración. Lo mismo que el padre, un pragmático doctor en medicina que dedicó su vida a exigir un programa de gobierno para la prevención de las enfermedades venéreas. Eran gente abierta sin perder las formas del puritanismo «WASP» de Nueva Inglaterra.

En ese ambiente de buena crianza, entre la mansión de invierno y la de verano, creció Hepburn rodeada de sus hermanas y hermanos, bajo la disciplina de la higiene y la razón, cultivando la mente y el cuerpo, sobresaliendo en todos los deportes, como si se anticipase a la película de «La mujer del año», porque, según nos cuenta, siempre fue una magnífica atleta, estupenda nadadora (todavía sigue zambulléndose y nadando kilómetros diarios en agua fría) y excepcional golfista. Lo que se dice la génesis de la mujer perfecta, dejando la modestia a un lado.

Y así se pasan los primeros capítulos, recordando a los parientes, a las niñeras, alguna amiga del colegio, las profesoras, los árboles de la casa, el muelle donde se lanzaba de cabeza al agua, alguna merienda, alguna cena, una receta, bellas postales de Connecticut, infancia y juventud feliz, sin nada que se salga del interés particular, salvo el misterioso suicidio del hermano mayor, que se apunta y olvida en un par de párrafos.

En fin, lo cierto es que cuando uno se embarca en la lectura de un libro como éste, siempre le asalta algún tipo de atracción mitómana. En mi gusto personal, siempre he apreciado a la buena actriz de comedia y algo menos a la intensa intérprete de dramas, pero la curiosidad nos incita a abrir las páginas en busca



VICTORIA MARTOS



Con Cary Grant y James Stewart en «Historias de Filadelfia»

de un reflejo de ese cine espléndido y memorable de los tiempos dorados de la industria americana que nos marcó y nos hizo aún más conscientes de las limitaciones que teníamos los que nos entregábamos a la difícil aventura de hacer películas en un país como España.

Lo malo es que desde el principio nos pone sobre aviso. «Cuando me preguntan sobre cómo era tal o cual actor, sobre cómo era el universo de las estrellas, debo decir sinceramente que no lo sé. Nunca me ha gustado ir a fiestas, nunca he tenido muchos amigos dentro de la profesión. Jamás leo las críticas, de modo que no existen. Tampoco miro las películas que he hecho: no existen. Son mis pecados del ayer, por así decirlo.»

Así que, más o menos, nos deja en ascuas, sin desvelarnos mucho más que una sucesión de datos, de recuerdos desgranados mirando el álbum de fotos. De su filmografía, hace un recuento de las obras que más le vienen a la cabeza, pasando por alguno de sus éxitos inmortales, dedicándoles un ligero comentario que no pasa de un par de notas, para escándalo de estudiosos y cinéfilos que seguramente conozcan más al detalle los temas que ella olvida o prefiere pasar por alto.

Aun así, tiene espacio extenso para hablar de sus inicios en el teatro, desde la escuela dramática al primer éxito en Broadway, aunque quede un poco confuso el salto de los primeros fracasos sobre las tablas al triunfo personal. Algunas anécdotas con productores, el relato de alguna gira, nos llevan al primer viaje a Hollywood para rodar «Doble sacrificio», episodio en el que lo más destacable consiste en el calor que hacía, llevando un traje inadecuado y un sombrero ridículo, con la complicación de una infección que le enrojecía los ojos y le hacía temer que John Barrymore la tomase por borracha.

En este tono de evocación de andar por casa, en donde lo más extraordinario es el huracán que se llevó en volandas el caserón que

tenía en la playa de Fenwick, hay lugar también para recordar, más allá de su secretaria, su chófer o alguna cocinera, a gente del mundo del espectáculo. Como Myron Selznick, que fue su manager, o Lois B. Mayer, con el que mantuvo una buena amistad y del que hace un amable retrato en los tiempos en que era el rey de la gran fábrica de sueños. También nos encontramos con pasajes cariñosos dedicados a George Cukor, John Wayne o David Lean y George Stevens, o la dramatización de un extraño viaje a Italia con el guionista Willie Rose en busca de un Maserati. De Cary Grant, John Huston o Humphrey Bogart no parece que tenga mucho que decir.

Nada agrio, nada picante, nada particularmente excepcional, salvo su determinación de dedicar una vida a alcanzar día a día la perfección en su trabajo. Rebelde y puritana, también tuvo tiempo para amoríos, algunos más de los que se piensa, en el terreno de lo privado. Se casó y se divorció joven, aunque luego tuvo durante años a su ex marido como un eterno «chevalier servant». Unos cuantos señores más hasta caer en las redes, o en las alas, de Howard Hughes, que aterrizaba con su avión en el campo de golf donde ella jugaba. Tras su separación, el famoso gran amor de su vida, con el que nunca se llegó a casar, Spencer Tracy. A él están dedicadas algunas de las mejores y más sinceras páginas del libro. No muchas, por cierto.

Por lo demás, deportes, flores, comidas, pequeños detalles de bordado sin hilo fijo, de recuerdos que vienen y van de una mujer que ha sido una gran actriz, casi la mejor, lo que le importa bien poco.

RESUMEN

El director de cine español Luis García Berlanga se sorprende, leyendo la autobiografía de la actriz Katharine Hepburn, de que no sea aquella un filón de confidencias jugosas, de anécdotas divertidas de la época dorada de

Hollywood, por las que la célebre actriz pasa como de puntillas, prefiriendo demorarse en otros detalles íntimos más personales, lo que hace su testimonio tal vez más auténtico, pero también más decepcionante para el lector ávido.

Katharine Hepburn

Yo misma. Historias de mi vida

Ediciones B, Barcelona, 1991. 408 páginas. 2.200 pesetas.

Derechos históricos y Constitución española

Por Antonio Fontán

Antonio Fontán (Sevilla, 1923) ha sido catedrático de Filología Latina, y es profesor emérito de la Universidad Complutense. Fue presidente del Senado Constituyente (1977-1979) y ministro de Administración Territorial (1979-1980). Es autor de estudios políticos e históricos y de libros de Filología Clásica. Entre ellos, España, esa esperanza, Las claves de la transición, Humanismo romano y La revolución de Constantino.

La disposición adicional primera de la Constitución fue agregada al dictamen de la ponencia el 20 de junio del 78 en la última sesión de la Comisión del Congreso de los Diputados. Se trataba de una enmienda «in voce» de siete de los grupos parlamentarios, que finalmente tuvo la aprobación de todos los de la Cámara, comprendidos los nacionalistas vascos, cuyo portavoz, Javier Arzalluz, al explicar su voto afirmativo, dejó constancia de alguna «matización». Ellos, dijo el actual presidente del PNV, a lo largo de los sucesivos «tractos» parlamentarios seguirían insistiendo en que la Constitución amparara el reconocimiento y reintegración de los «derechos históricos» según el texto propuesto por sus diputados.

La enmienda de la minoría vasca, presentada también «in voce» esa misma tarde pocos minutos antes, había sido rechazada por una Comisión en la que reinaba ya un generalizado consenso sobre la versión de los siete grupos, no sin el conocimiento y la resignada aceptación de los propios peneuvistas.

(Por cierto, que el tenor literal de esa primera enmienda «in voce» de Arzalluz no consta en el *Diario de Sesiones* y probablemente no se halla en ningún documento ofi-

cial. Seguramente, con las prisas y la tensión del último día y fiado en que los comisionados disponían de fotocopias, el proponente no dio lectura a su texto, que así resultó verdaderamente «in voce», sin huella por escrito. Cuando un mes más tarde, el 21 de julio, se debatió en Pleno la famosa adicional y el propio Arzalluz procedió a leer la enmienda, el presidente de la Cámara señaló que se iba a defender una versión «reformada» de la de la otra vez.)

La adicional de los «derechos históricos», tal como se halla en la Constitución, dice lo siguiente: «La Constitución ampara y respeta los derechos históricos de los territorios forales. La actualización general de dicho régimen foral se llevará a cabo, en su caso, en el marco de la Constitución y de los Estatutos de Autonomía».

El texto de la adicional y la enmienda vasca recorrieron «pari passu» todo el iter parlamentario sin llegar a concordarse, igual que dos líneas paralelas destinadas a juntarse en un lugar del infinito que no se alcanza nunca. El esforzado y meritorio intento transaccional del senador Satrustegui, de 5 de octubre, tampoco obtuvo la aprobación de las partes. La Constitución, por lo tanto, acabó reproduciendo a la letra la enmienda «in voce» de los siete grupos del 20 de junio.

Los últimos debates parlamentarios encrespaban el ambiente. Lo cual, junto con la extorsión aberzalista radical, dio lugar a que el PNV, y el nacionalismo vasco en general, se abstuvieran en las votaciones finales de la Constitución y recomendaran la misma actitud para el referéndum de diciembre, tratando de explicar como podían, más mal que bien, la «coherencia» de esta actitud con el voto «matizado», pero afirmativo, al texto del 20 de junio.

Tal fue, en breve y contenido resumen, el debate constitucional de los «derechos his-

tóricos», la más espinosa y batallona de las cuestiones planteadas en la elaboración constitucional.

En los trece años transcurridos desde aquel lejano 1978, se ha escrito mucho, y en ocasiones bien, sobre los «derechos históricos» y sobre los territorios forales, y se han narrado repetidamente y con detalle las diversas etapas del momento constituyente. También se han publicado importantes estudios sobre estos asuntos en sus aspectos doctrinales, legislativos y políticos.

El libro de Miguel Herrero de que me ocupo en este artículo no es un «item» más, ni siquiera con mayúscula, en esa bibliografía. Es algo distinto y desde cierto punto de vista más ambicioso y de mayor alcance que casi todo lo publicado hasta ahora. (En el libro de Herrero y en este comentario se entiende por «territorios forales» las tres provincias vascas y Navarra, y por «derechos históricos» un conjunto de situaciones, hechos y elementos jurídicos, políticos y meramente históricos, a cuyo esclarecimiento, vigencia y significación ha dedicado el autor esta investigación.)

Una Constitución es, en principio, un intento de ordenación racionalizada, sistemática y jurídica de las instituciones públicas de una comunidad. Pero esa comunidad política, de ordinario, no nace con la Constitución, y mucho menos en la España del 78, vieja ya de siglos o milenios.

En casos como el nuestro, hay una realidad histórica y social preexistente, jurídicamente organizada y funcionando no sólo en el plano privado, sino en el público, y una suma de innumerables entidades, instituciones y hechos sociales, culturales y humanos, que son herencia del pasado, sedimento de la experiencia colectiva o fruto de la creatividad contemporánea y de influencias exteriores. Todo lo cual no se deja ajustar al escueto le-

cho de Procusto de los rigurosos esquemas de un laboratorio de ciencia política.

El Derecho positivo, y promulgado de presente, que es la Constitución, se halla envuelto, e impregnado, de «derechos históricos» íntimamente entremezclados con él. Es la vieja cuestión del Código y del Fuero en los ámbitos del derecho privado (si es que en última instancia se puede hablar de derecho privado en oposición al público, y no de un solo derecho por el que se da a cada uno lo suyo, sea César, sea su barbero).

Pero el estudio de Herrero se limita a los «derechos históricos» explícitamente mencionados como tales en la adicional de la Constitución, que son los de los cuatro «territorios forales». Si bien no faltan —ni podían faltar— referencias a otros derechos también históricos preconstitucionales y paraconstitucionales, así como a hechos de trascendencia jurídica directa o indirecta que afectan a la totalidad de España, territorios forales inclusive: el Estado y su unidad —hacia dentro y hacia fuera—, la Nación española y la lengua oficial castellana, la Corona, sus títulos y la dinastía, los municipios, provincias y territorios, la autonomía adquirida por plebiscitos del pasado, la familia y las relaciones familiares, el registro civil de patrimonios y propiedades, etc.

Húngaros, irlandeses, vascos

Para enfrentar el tema de la oposición «derechos históricos» y Constitución, Herrero, que se declara metodológicamente historicista, acude a una doctrina de «mediación» que declara procedente de Savigny. Entre los propugnadores de los derechos históricos no



STELLA WITTEBERG

Viene de la página anterior



STELLA WITTENBERG

todos son, en mi experiencia, tan historicistas como Herrero: hay algunos para los que cualquier cosa que se pueda remitir a ellos es un «a priori» absoluto. A otros incluso se les podía llamar rankianos, que convierten en dogma «pro domo sua» el epifonema del gran historiador romántico alemán, cuando exclama que «los pueblos (algunos pueblos, dirían ellos) son pensamientos de Dios».

Siguiendo rigurosamente el método por él definido como historicista, que ha expuesto en el capítulo segundo de su libro, Herrero desarrolla las que llama las tres mediaciones: la genético-ideológica, la jurídica y la política, centrándola en el concepto de derecho político general de la categoría «derechos históricos», y las otras en la interpretación de la adicional primera como norma legal y sus consecuencias, y en su análisis como manifestación o indicio de un pacto constitucional.

En los párrafos que siguen voy a tratar de ser fiel al pensamiento de Herrero al exponerlo, pero no sin expresar, al hilo de lo que él ha escrito, comentarios y observaciones más que en ocasiones divergen de su criterio. El habla, y con bien ganada autoridad, como pensador, como jurista y como político. Yo, también político de pensamiento, palabra y obra (aunque más bien en tiempo pasado), me declaro paladinamente menos filósofo, más empirista y más histórico. Pero de una historia global que comprende el ser de los pueblos y la presencia y la acción de la *circunstancia* que los rodea.

Dicho esto, he de proclamarme escasamente seducido por la idea de una relación genético-conceptual, aunque sea de ocasión, entre el pensamiento nacionalista de los pueblos del imperio austrohúngaro, o de los irlandeses, y el concepto de identidad diferenciada que apunta en escritores y políticos vascos.

Cuando se publican las Cartas irlandesas y húngaras del marqués de Casa-Torre, José María de Lizana, precedidas de la Carta vascongada de Antonio de Trueba, que es la que plantea la analogía con el caso vasco, la cuestión para estos autores es la abolición de los fueros del año 39, y su más inmediata ocasión la ley de 21 de julio del 76. No se trataba ni siquiera de nacionalismo.

Los problemas eran, además, bastante distintos. Allí se demandaba una estatalidad con la pretensión de «últimidad soberana» inseparable de ella. Aquí la reivindicación era la del autogobierno foral que había existido bajo el antiguo régimen. Por eso, a una pri-

mera promoción «transigente», que dice Juaristi, siguió el fuerismo integral, restauracionista y antiliberal. Con ello quiero decir que la reivindicación del estatuto jurídico abolido precedió a la elaboración doctrinal.

Parece ser, sin embargo, que la expresión «derechos históricos» empezó a ser empleada en un segundo o tercer momento de la historia nacionalista. Es muy posible que la fórmula viniera de una especie de «doctrina común», sin derechos de autor ya, que hubiera cuajado en la Europa Central, pero en el siglo XX. Sustituye al «foralismo» y en su última esencia ampara una afirmación de la propia identidad y de lo que los catalanes llamaron el hecho diferencial. Los «derechos históricos» centroeuropeos eran una pretensión de independencia; los de los territorios forales hispanos eran una reclamación de reconocimiento de la propia identidad. No serían tampoco un conjunto de normas, sino, como afirma Herrero, «un «a priori» material de las normas». Porque la historicidad, como dice también Herrero, admite una evolución, pero implica siempre una efectividad.

Pero la historicidad, añadiría yo, es también, y sobre todo, un hecho y arranca de una situación que consagra vigencias (el patrimonio histórico) de algo que se considera propio de una persona o de un pueblo (la memoria histórica) y que está aureolado por el prestigio de la antigüedad.

La foralidad —o los derechos históricos—, como dice Herrero, poseen una gran flexibilidad (añadir ilimitada es una manifiesta exageración). Por eso han experimentado novaciones subjetivas y objetivas y es posible su actualización. El Estatuto de Autonomía del País Vasco, cuyas peculiaridades derivan del respeto y amparo constitucional de los «derechos históricos», consagra como sujeto de ellos, sin perjuicio de los otros sujetos, al Pueblo Vasco o Euskal-Herría, que como colectivo y como «nacionalidad» y unidad histórica es posterior a los fueros y a los «derechos».

Herrero sitúa, acertadamente, los «derechos históricos» entre las realidades preconstitucionales que la suprema norma del Estado reconoce y ampara, pero que no ha creado. A continuación declara que hay estatutos de autonomía que son una actualización de «derechos históricos», con clara referencia al del País Vasco. Por lo tanto, al no tener una dependencia de la Constitución, como ocurre con otros, y formar parte de lo que el propio Herrero llama «cons-

Nación española, patria común e indivisible de todos los españoles, y reconoce y garantiza el derecho a la autonomía de las nacionalidades y regiones que la integran y la solidaridad entre todas ellas.

utilizarán junto a la bandera de España en sus edificios públicos y en sus actos oficiales.

Art. 5. La capital del Estado es la villa de Madrid.

Art. 3. 1. El castellano es la lengua oficial del Estado. Todos los españoles tienen el deber de usarla y promoverla.

Art. 6. Los idiomas oficiales en las comunidades autónomas expresan el respeto a la diversidad lingüística y cultural de España.

titución sustancial», deberían ser considerados como irreformables, y no quedarían afectados por los cambios constitucionales del título X.

Yo no me siento capaz de seguir al autor en sus agudos y sutiles razonamientos, pero hago observar que en el encabezamiento del Estatuto no se invoca la adicional ni se alude a ella.

«El Pueblo Vasco o Euskal-Herría —dice el artículo primero—, como expresión de su nacionalidad y para acceder a su autogobierno, se constituye en Comunidad Autónoma dentro del Estado español, bajo la denominación de Euskadi o País Vasco, de acuerdo con la Constitución y con el presente Estatuto que es su norma institucional básica». (No se remite a «derechos históricos» ningunos, ni declara proceder de ellos, sino que se enmarca en la Constitución.)

Es en la disposición adicional donde se citan los «derechos históricos». Allí se dice que no hay «renuncia del Pueblo Vasco a los derechos que como tal le hubieran podido corresponder en virtud de su historia», y que «podrán ser actualizados de acuerdo con lo que establezca el ordenamiento jurídico».

Dos clases de autonomías

Es políticamente evidente y constitucionalmente defendible que hay dos clases de autonomía entre las diferentes comunidades españolas. Pero que no son las de los artículos 143 y 151 de la Constitución, como suele decirse. Las primeras están llamadas a converger con las segundas o pueden hacerlo. Sus diferencias son «procedimentales» en cuanto al modo y momento del acceso.

Tampoco las dos clases de autonomía son, como parece sostener Herrero, la de la

disposición adicional (a la que podría arriarse la de Navarra, aunque es cosa distinta) y todas las demás.

Las dos clases de autonomía son las del Título VIII y las de la Transitoria Segunda, que dice que los territorios que en el pasado hubieran plebiscitado afirmativamente la autonomía podrán proceder a elaborar directamente sus estatutos con todas las competencias del propio Título VIII. Es decir, las llamadas comunidades históricas, a las que habría que agregar Navarra, sin Estatuto pero con Amejoramiento, por un lado, y las de régimen, por así decir, común, por el otro.

El capítulo IV de Herrero podría llamarse el del Estatuto como *pacto* en virtud de los derechos históricos. En cierto sentido, todos los estatutos son un *pacto*, por lo menos a partir de los del 151, y el Amejoramiento navarro también. Pero es evidente que no son pactos entre sujetos iguales. Navarra, cuyo Amejoramiento sería lo más «paccionado» del mapa autonómico, se halla dentro del Estado —y dentro de la Nación española—, igual que Cataluña, que La Rioja o Extremadura. Es distinta por su naturaleza, por su gobierno y por las competencias de su administración, no en cuanto parte del todo nacional.

Pero es que, como dice Miguel Herrero al final del capítulo IV de su libro, «la realidad obliga a reconocer que la supuesta voluntad constituyente incondicionada y unitaria no existe políticamente».

La *Idea de los derechos históricos*, de Miguel Herrero y Rodríguez de Miñón, es un libro inteligente, imaginativo y seductor. Han de leerlo y estudiarlo, ciertamente, los profesores y los constitucionalistas. Pero también debe estar a la cabecera de los políticos españoles. Ellos más que nadie están obligados a enterarse de que en un país viejo como el nuestro la historia es naturaleza.

RESUMEN

La disposición adicional de la Constitución declara que ampara y respeta los derechos históricos de los territorios forales, que habrán de actualizarse dentro del marco constitucional y de los estatutos de autonomía. Antonio Fontán comenta un libro de Miguel Herrero y R.

de Miñón, uno de los «padres» de la Constitución, y en el que su autor examina, a la luz del historicismo jurídico de la escuela de Savigny, su concepto, su carácter pre y paraconstitucional y las novaciones que imponen el paso del tiempo y el cambio de las circunstancias.

Miguel Herrero y R. de Miñón

Idea de los derechos históricos

Espasa-Calpe, Madrid, 1991. 136 páginas. 650 pesetas.

Miguel Delibes: de la literatura...

Por Carmen Castro de Zubiri

Carmen Castro de Zubiri (San Sebastián, 1912) es catedrática de instituto y doctora en Filosofía y Letras por la Universidad Complutense. Ha sido profesora de español en Universidades como West-Point, Osaka, Sorbona y El Cairo.

Apenas llegó hasta mí, llena de simpatía, *Señora de rojo sobre fondo gris*, leí unas cuantas páginas y, una vez más, constaté que, a pesar de que Delibes trabajaba en su novela como pintor, las palabras hacen mucho más presentes que las imágenes a las personas que no están a nuestra vera. «Ana», protagonista de esta novela, es del todo «ella», Angeles, la mujer de Miguel Delibes, la bienamada constantemente, ya fuera antes, ya también durante los diecisiete años pasados desde su muerte temprana: tenía cuarenta y ocho años, dejaba siete hijos y algún nieto, dejaba a Miguel, pero le acompañaba con ese curioso estar no estando que es el modo de cuantos abandonan a quienes acompañaron el mejor espacio de su vida ya sin quererlo truncar. Por su parte, Delibes deseó desde el primer día de este su otro vivir que todos cuantos conocieron a su mujer no la olvidasen. Sin duda él podía trazar la figura de esa mujer que vivió siempre de un modo precioso: para los demás en toda hora. Y no lo hacía para que alguien le recordase que ella también existía y debía tenerse en cuenta a sí misma, sino porque precisamente para ser como era, graciosa criatura, gentilísima y alegre, necesitaba no abandonar las cosas que otros necesitaban, y ella con su buen sentido y buenisima inteligencia se las hacía.

Hay que comprender que Miguel Delibes quería escribir, darle vida frente a las gentes a su mujer, pero con sólo pensar que no habría de hacerlo pasándole las hojas escritas a ella, como hizo desde siempre... Todo llega, sin embargo. Y aquí está la novela por todos y él mismo esperada, tan buena como las anteriores, de apariencia sencilla y muy difícil por dentro: es lo que hace que una novela sea una gran novela. Lo es esta *Señora de rojo sobre fondo gris*.

Acuerdo estupendo que el marido de «Ana» sea un pintor. Y ese pintor puede decirle en las situaciones alegres, pirandelianamente: «Como tú me deseas». Pienso que a ella la deseaba como ella era. Y tal vez por eso la primera voz que se lee teniendo en la mano la novela es «Señora». Señora es una palabra que utilizaron, acaso mejor que nosotros, los habitantes de la zona de Asia Menor —judíos, asirios, etc.—. Los arameos utilizaban en su lengua la palabra «señora» para tratar con máximo respeto a una mujer. (Cristo en Caná, en la cruz también, llama «Señora» a su Madre.)

Estamos ante una novela en que se refiere todo lo que merece ser referido. «Ana», por esto, resulta muy pronto conocida perfectamente para el lector. A mí me parece que es una persona con quien hablé hace poco. En cambio el pintor de la novela parece más extraño —para el lector, naturalmente—. La dificultad que ofrece la novela con respecto a sus personajes es que a veces parece que es un cuento bien contado, y a veces es un relato vivido de un hecho acontecido. Este entrecruzado es lo que da su máximo valor a la novela. Y lo que debe despertar en muchos de sus lectores curiosidad por saber de su autor lo que no dicen los medios, que sí señalan siempre los premios ganados por Delibes, los honores recibidos, que son justos y bienvenidos.

Diré lo que sé y menos conocido de tan excelente escritor, que habla un español tan estupendo como el que escribe y, sin embargo, como dice su apellido, es de origen francés. Los Delibes son conocidos por lo que cada uno de ellos ha hecho. Su tío abuelo —si yo no



Miguel Delibes con Angeles y su mujer.



Angeles y sus cuatro hijos mayores.

El día de su boda, en Valladolid, el 23 de abril de 1946.



enredo la serie familiar—, de nombre Clément, Philibert, Leo Delibes (1836-1891), músico bien conocido, compuso operetas, óperas cómicas, ballet, montó orquestas, fue director del Conservatorio de París, y uno de sus discípulos importantes fue Spiro Samâras (1863-1917), de Corfú. Cuando surgió la nueva música se unió a las tendencias que habían creado Stravinsky, Prokofief, etc., a la vez que recogía cuidadosamente cantares, instrumentos, etc., folklóricos. Fue miembro del Instituto de Francia —ese conjunto de tres (?) academias que recibe con honores versallescos a los franceses que se señalan (a pocos extranjeros) y hasta hace nada a ninguna mujer; ahora hay alguna, creo. Tenía Leo —con ese nombre está citado en libros importantes— una máxima sensibilidad estética. Y ésa es una de las líneas de tal familia.

Primo de Leo es el ingeniero Federico Delibes, que será el abuelo de Miguel, al que le gusta mucho que sea su abuelo el primer Delibes español. Fue llamado a España para dirigir la perforación del túnel Molledo-Portolín cuando se tiró el tendido Reinos-Torrealevega.

Hijo de don Federico, Adolfo Delibes Cortés —otra línea: ser cortés y la cortesía— casó con María Setién Echánove, emparentada con los Alba y los Silió, familias importantes, a principios de este siglo nuestro, que contribuyeron a la formación de varias empresas, centros culturales, etc. Don Santiago Alba fundó en Valladolid el periódico que todavía perdura: *El Norte de Castilla*; con la Junta de Ampliación de Estudios creó el Instituto-Escuela (ese centro donde los escolares eran enseñados admirablemente, y los profesores superiores ensayaban nuevas pedagogías que servían de «escuela» a los profesores jóvenes, lo rompieron el 36). Don Adolfo Delibes era catedrático de la Escuela de Comercio. Y su hijo, Miguel, nació en Valladolid (1920).

Miguel, al término de la guerra nuestra —había participado en ella en la Marina—, y como es uso de la gente de mar, ya tenía en tierra una novia. Muy pronto entró a trabajar de muchas maneras, dibujando, trayendo y

llevando papeles y noticias, escribiendo, en *El Norte de Castilla*, donde ha ocupado todos los puestos que ofrece un periódico. Se ha distinguido por su dignidad. Y saber hacer y fidelidad son facultades suyas claras y distintas, como diría Descartes.

En 1946 se casa Miguel con Angeles. Tiene dos sueldos: el de *El Norte de Castilla* y el de la Escuela de Derecho. Esto importa mucho, y no por su matrimonio ni por lo que gana en sus trabajos, sino porque desde ellos, como si fueran magos, esperaban a Miguel Delibes; de la noche a la mañana, es antes que periodista, antes que docente, escritor.

Responsable esencial de esta transformación es Joaquín Garrigues. Cuando Delibes cuenta su historia, añade siempre lo que debe a Garrigues. Cuando esa historia la contaba Joaquín, terminaba diciendo que Miguel había sido su mejor alumno y su grande amigo. Lo sucedido fue que había oposiciones a una cátedra de Derecho Mercantil. Naturalmente, semejante al libro de J. Garrigues no había ninguno. Y el opositor se lanzó a él. Lo que a Delibes le gustaba, como a hacer creador personal, era el dibujo y el modelado; una manera de encontrarse con las personas. Pero el libro de Garrigues era la exposición de lo que el Derecho es y solicita para las personas en cada una de sus varias necesidades legales, en este caso el Derecho Mercantil. Joaquín Garrigues no sólo era sabio en Derecho, sino que como abogado valía la pena ir a escucharle defender sus pleitos; como profesor era extraordinario: sus explicaciones no sólo estaban bien montadas, estaban bien habladas. (En la Universidad, los de Letras nos «colábamos» en su aula para aprender a hablar.) Sus libros estaban escritos en un español precioso —es la palabra— y a veces emocionaban. Cuando Miguel Delibes decidió «tragarse» (lengua universitaria) el *Mercantil* no sabía dónde entraba, y dijo cuando lo leyó: «Es un libro maravillosamente escrito. Me sorprendió en él la precisión del lenguaje, la propiedad. El estudio del *Mercantil* de Garrigues me descubrió la literatura y me sugirió la idea de poderme comunicar a través de la palabra escrita.» Para ello tenía, además, la agilidad que exige siem-

pre el periódico. Miguel Delibes aprendió en *El Norte* lo que nunca hubiera aprendido ni en Bolonia (1365), Fundación Cardenal Mendoza, ni en Oxford, Harvard, Sorbona, Princeton, ni tampoco en Salamanca. Aprendió en *El Norte* «breve decir», «decir mucho en breve espacio», «clarificar lo dicho». Y la «inolvidable mesa de redacción de *El Norte*» todo esto y más enseñaba. Pero los libros —novelas, narraciones, cuentos...— son todavía más extraños y variables. Siempre por cuenta propia se separan del autor y actúan por su cuenta. Eso hizo Lancillotto metiéndose entre Francesca y Paolo. «Lancillotto fu il libro, e chi lo scrisse.» Por abrir el libro los mataron, y además Dante se los llevó al infierno.

Las novelas de Delibes llevan a esos lugares en donde con tristeza se piensa o se alegra uno; lugares escogidos para recordar hoja tras hoja trozos del «logar cobdiciaduro pora omne cansado» tan bien preparado por Gonzalo de Berceo. Nunca se repiten las situaciones de las novelas de Miguel, novelista que sabe novelar («está probado», dice Berceo). La novela tiene que tener, antes de hacerse con el cuento, una cierta realidad fuerte sobre la que luego puede sostener el cuento. Esto dice Marcel Proust en esa novela de las sombrereras famosas donde apareció su primera novela por él rota. Tan buen pegamento le dieron los descendientes de Marcel, que el puzzle se convirtió en novela de tres tomos. Cosa rara. Hubo un tiempo en que se escribía lo reflejado en un espejo colocado al borde de una carretera. Esto indignó a M. Proust. La novela es la transmisión de un acontecer relatado con un sentir. Delibes lo hace, y lo ha dicho. El novelista está en el juego de la acción que escribe, y queriéndolo o no queriéndolo se apoya en el sentir de su lector y se ve a sí mismo. Si hay espejo, es más bien una lente que transparenta el pensar, mejor que el sentir, del escritor.

En las novelas de Delibes se ve con gusto placentero siempre la calidad del pensar que lleva cada página, una historia siempre presentada con palabras oportunas, sobrias y dotadas con el don de permanecer en su lector.

... a la biología como metáfora

Por Francisco García Olmedo

Francisco García Olmedo (Cádiz, 1938) es catedrático de Bioquímica y Biología Molecular en la Universidad Politécnica de Madrid y ha sido profesor visitante en el Departamento de Agronomía y Genética Vegetal de la Universidad de Minnesota. Dirige un grupo de investigación sobre genética molecular de plantas cultivadas. En 1989 obtuvo el premio de la Real Academia de Ciencias.

La última novela de Delibes me ha retrotraído dos décadas, precisamente a la época en que le conocí durante la boda de Ana y Leo, personajes de la ficción. También ha reavivado en mí el recuerdo de don Miguel Odriozola, cuyas largas conversaciones, verdaderas aventuras del espíritu, tan a menudo añoro. Leo y Ana estaban trabajando en sus tesis doctorales con Odriozola y conmigo cuando fueron detenidos junto a su hija de pocas semanas. Las dos cátedras compartían la planta baja del torreón en cuyo último piso vivía la familia Odriozola. Tan pronto recibimos la noticia, Odriozola y yo nos lanzamos a la calle a hacer indagaciones: la niña había sido devuelta a un familiar a las pocas horas, mientras que Leo y Ana estaban en la Dirección General de Seguridad. Este incidente dominaría nuestras vidas en las semanas que siguieron. Nuestros colaboradores fueron interrogados por la policía mientras intentábamos en vano espiar desde un despacho contiguo; sus precarios contratos temporales estaban amenazados porque el iluminado ministro de turno, del que se decía que había prometido al almirante Carrero dejar la Universidad como un jaspé, era aficionado a fulminar a los sospechosos ideológicos mediante un simple télex. Las gestiones directas o indirectas cerca de magistrados, fiscales y abogados, que eran discutidas durante nuestros descansos, rumores de que Ana no sería procesada, noticias de que Leo había sido torturado, la liberación de Ana y, meses más tarde, la de Leo, son vivencias que se amontonan en la memoria sin orden ni cronología. Una fecha, diciembre 1973, figura en la dedicatoria de *La parábola del naufrago*, libro que nos regaló Delibes en una cena de celebración con los Odriozola.

La inesperada muerte de la madre de Ana, que en la ficción ocurre simultáneamente con los hechos que acabo de relatar, tuvo lugar en realidad más tarde, pero se produjo tal como se recrea en la novela, causó el mismo estupor y sorpresa entre los que nos acercábamos a la clínica y dejó a sus más próximos en la misma trágica orfandad.

Tenía oído que muchos de los personajes de Delibes poseían carnet de identidad, pero hasta ahora no había tenido oportunidad de comprobarlo por mí mismo, ni ocasión tan privilegiada de vislumbrar el sutil proceso de traducción de la realidad al lienzo literario. Es la de Delibes una literatura de observación naturalista, en la que la imaginación, la invención y la fantasía ceden protagonismo a la mirada que el artista dirige a una parcela de la realidad para transcribirla tal cual, a lo sumo resaltando algún aspecto de ésta, trastocando la cronología o retocando algún color. El hecho artístico en este caso hay que buscarlo en la penetración e intención de la mirada, así como en el acierto y la gracia de la transcripción, antes que en un elaborado y original artificio cuyo lejano punto de partida pueda o no estar en hechos reales y en personas de carne y hueso. El método literario aquí es esencialmente idéntico al del biólogo clásico, que destila sus conclusiones de la pura observación de la naturaleza no manipulada, un método de observación que no altera lo observado. Es ésta una de las razones por la que las figuras de Delibes y de Odriozola —li-

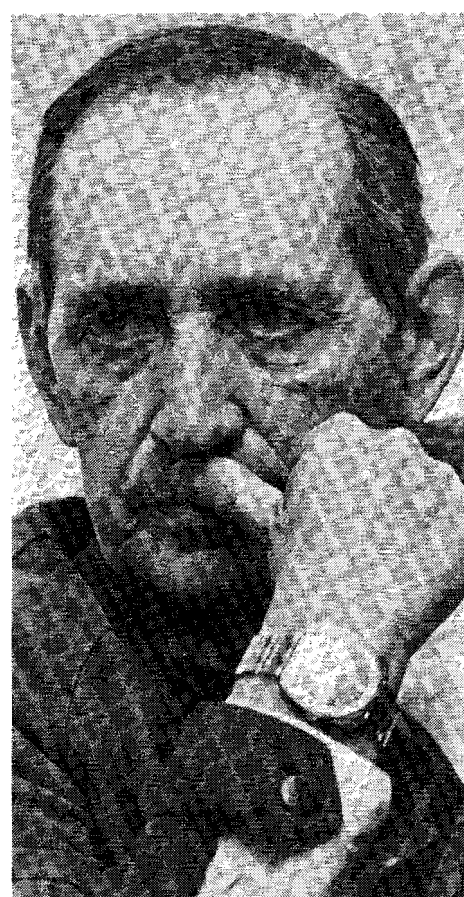


Miguel Odriozola.

terato y biólogo— se me funden en la distancia cronológica como réplicas especulares de un mismo tipo humano, de una misma actitud vital. Odriozola, en su ensayo titulado «Rastreadores de genes», que presentó como conferencia de apertura en el I Congreso Mundial de Genética Aplicada a la Producción Ganadera, pocas semanas antes de su fallecimiento en el otoño de 1974, maneja una idea de la ciencia como metáfora, y su obra póstuma, *Investigación sobre los datos acumulados en dos pjaras experimentales*, se inicia con el siguiente párrafo: «El agua de un río fluye. Su fluir obedece a fuerzas complejas, apenas conocidas. Estudiarlas puede ser una investigación.» O una novela, se podría añadir. Pero la afinidad de estas dos figuras va más allá de un nombre compartido y de la mera forma de enfrentar sus respectivas obras; para apreciar hasta qué punto esto es así, es preciso hacer una breve digresión sobre Odriozola, español singular y extraordinario, cuya figura, al contrario que la de Delibes, es seguramente desconocida para la mayoría de los lectores.

A los colores del caballo

El primer rasgo de don Miguel que me trae la memoria es su excentricidad, una excentricidad de tintes anglosajones que había probablemente cristalizado durante su estancia en la Inglaterra de R. A. Fisher y J. B. S. Haldane, donde recaló para completar su formación después de un período de becario en Alemania. Accedió muy tarde a la cátedra de Fisiogenética Animal de la Escuela de Agrónomos de Madrid, su «alma mater», en la última década de su vida profesional, y sólo después de muchos ruegos, pues no quería abandonar su ciudad de Vitoria. Sus clases, a las que yo asistía cuando las mías lo permitían, eran carismáticas e imprevisibles; podían tratar sobre cualquier cosa, a menudo se iniciaban con la lectura de un texto no científico a elección de un alumno. Sus exámenes eran abiertos, las cuestiones propuestas podían contestarse en cualquier sentido, la evaluación dependía del ingenio, del vigor y del acierto con que se encaraban éstas. Odriozola publicó en 1951 *A los colores del caballo*. Guía entre



Miguel Delibes.

la variedad de ellos y pesquisa de cómo se originan, uno de los libros más insólitos publicados en nuestro país en la segunda mitad del siglo. Escrito en un espléndido castellano, libre del estrecho corsé que aprisiona a la expresión científica en nuestros días, el libro es al mismo tiempo una averiguación filológica, una investigación genética sobre cómo se heredan las capas del caballo y una aguda y avanzada reflexión sobre la genética en general. Para justificar la introducción del neologismo «bocifuego», Odriozola nos hace recorrer un camino cuyos jalones son el Libro XII de las *Etimologías* de S. Isidoro (siglo VII), el manuscrito CLXX de la biblioteca de Leyden, que Menéndez Pidal lo considera como datado del siglo X y de autor mozárabe, un código escurialense (siglo XIV), el famoso *Libro de la Menescalía*, de Mosén Manuel Díaz (1495) y las *Reglas de la Cavallería de la Brida*, traducido del italiano por Antonio Flórez de Benavides en 1568, entre otros. El resumen de la genealogía y vida del famoso caballo Mahmoud que registra, entre otras cosas, sus cambios de capa con la edad, posee un rigor narrativo admirable. El libro concluye con una doble página en la que Odriozola sintetiza sus conclusiones sobre la herencia de los colores del caballo. Esta síntesis hizo su reputación como genético en el mundo anglosajón. El libro, que fue editado esmeradamente por el Sindicato de Ganadería, no fue distribuido. La mayor parte de la edición fue recuperada por nosotros de un desván veinticinco años después. Sin embargo, Odri-

zola envió copias a un reducido número de genéticos importantes y aparecieron extensas y elogiosas críticas en revistas internacionales. (En 1985 se hizo una edición facsimilar, hoy agotada, y en este año aparecerá una reimpresión).

Odriozola y Delibes, distintos en carácter y temperamento, mercurial el uno y aplomado el otro, pero tan parecidos en lo esencial: ajenos a las presiones externas, distantes de reglas y convenciones profesionales, viviendo sus obras para ellos mismos antes que para nadie, de espaldas a las modas, libérrimos. Las actividades cotidianas integradas armónicamente, sin horarios. Imagino a Delibes de caza o paseando como si escribiera; escribiendo como si paseara. Una de las frecuentes y prolongadas vigiliadas de Odriozola podía empezar con una banal novela policíaca de Rex Stout, seguir con Shakespeare, fuente de la que aprendió su elegante inglés literario, y terminar meditando sobre las topografías adaptativas de Sewal Wright, todo esto mientras sostenía en la mano un tipo de palillero de madera que al parecer sólo vendían en una papelería frente al British Museum. Dichas vigiliadas a menudo eran seguidas de un día en el campo, paseando de sol a sol o durmiendo bajo un árbol, vestido con un antiquísimo mono y unas alpargatas, cuidadosamente reservados para esas ocasiones desde tiempo inmemorial. Delibes y Odriozola, dueños de una sola cultura, no escindida en las famosas dos, contemplan a las personas y los animales y los paisajes que les rodean y tratan de desentrañar sus misterios.

Los casos de Galois y de Pushkin, ambos muertos en duelo prematuramente, se han usado para hacer una distinción entre la creatividad científica y la literaria, especulando que las contribuciones que dejó de hacer Galois fueron probablemente hechas, más tarde o más temprano, por matemáticos posteriores, mientras que la obra que la muerte hurtó al poeta se perdió para siempre. Sin entrar a discutir cómo de plausible me parece esta especulación en el caso aludido, sí debo discrepar de que tal distinción sea generalizable. La vena elegiaca, de añoranza del ser amado perdido, está entre las más caudalosas de la literatura. El predicamento del viudo es ciertamente común y esto seguramente tiene algo que ver con el éxito popular que al parecer está teniendo la novela de Delibes. Si no se hubiera escrito, es pensable que algún futuro escritor se hubiera acercado a escribir algo parecido, aunque nunca la misma obra de arte. Algunas de las aportaciones de Odriozola a la herencia de los colores y a la genética fueron confirmadas experimentalmente un cuarto de siglo más tarde, pero es difícil imaginar un autor distinto para *A los colores del caballo*.

En efecto, la última novela de Delibes me ha retrotraído dos décadas, precisamente a la época en que, vacilante, iniciaba mi viaje intelectual y tuve la desesperanzada intuición de que nunca alcanzaría la plenitud en la que Odriozola y Delibes aparecían a mis ojos, de que mi tren ni siquiera iba en la misma dirección.

RESUMEN

No dejará de sorprender que un mismo libro, la última novela de Miguel Delibes, sea encarado desde dos puntos de vista tan dispares, y a la vez tan sutilmente complementarios: por un lado, Carmen Castro de Zubiri da su versión de lectora amiga de Delibes, viendo en ese texto similitudes con las propias

vivencias del escritor; y por otro lado, el biólogo García Olmedo reaviva la memoria de unos hechos vividos y reflejados en la ficción, y que tienen relación, a su vez, con el biólogo Miguel Odriozola. La lectura de ambos textos complementarios parece superar la vieja dicotomía entre las dos culturas.

Miguel Delibes

Señora de rojo sobre fondo gris

Destino, Barcelona, 1991. 152 páginas. 1.500 pesetas.

Unamuno: resentimiento y reconstrucción

Por Elías Díaz

Elías Díaz (Santiago de la Puebla, Salamanca, 1934) es catedrático de Filosofía del Derecho en la Universidad Autónoma de Madrid y director de la revista de pensamiento «Sistema». Autor de Revisión de Unamuno. Análisis crítico de su pensamiento político. La filosofía del krausismo español, Pensamiento español en la era de Franco (1939-1975) y Ética contra política. Los intelectuales y el poder.

A lo largo del terrible verano y otoño de 1936, España se desangra en la locura colectiva de una devastadora guerra civil que, enseguida se ve, ya no va a tener ni cercano ni buen final. Como es bien sabido, en la Salamanca alzada por los militares, Miguel de Unamuno, el viejo rector, ha tomado posición desde los primerísimos momentos, el mismo domingo 19 de julio, en favor de lo que cree entonces, con no poca ingenuidad e incluso irresponsabilidad, que puede ser una simple, necesaria, rectificación de lo que, a su parecer, había ido haciéndose mal en los gobiernos republicanos.

Pero ya sabemos también del creciente y radical desengaño de Unamuno en esos mismos meses, dando lugar a una revisión profunda de esa su primitiva adhesión, que, de todos modos —recordará muy pronto aquél—, nunca fue incondicional e ilimitada: «No renuncié —dice— a mi deber, no ya derecho, de libre crítica». Por supuesto que la cuestión final, en Unamuno y en tantos otros, no era, ni es, sólo política, ni incluso de mera adscripción a uno u otro de los dos bandos, siendo como era, no obstante, de tan decisiva importancia todo ello en una España escindida, rota, enfrentada a muerte en tan agotadora y fanatizada guerra civil (que él precisamente calificaría siempre de «incivil»).

En otros escritos míos de estos últimos años, y en concreto en el publicado también en estas mismas páginas, «Guerra en la guerra: Unamuno 1936» (SABER/Leer, núm. 4, abril de 1987), como comentario crítico al imprescindible y muy sugerente libro de Luciano González Egido, *Agonizar en Salamanca. Unamuno, julio-diciembre de 1936*, están ya reseñadas y así situadas tanto la historia de esa decepción y rectificación como —una y otra determinadas por los crímenes, las miserias y la degradación total producida por la guerra civil— la profunda crisis personal e intelectual por él experimentada en esos difíciles meses que van hasta su inesperada muerte el 31 de diciembre de ese mismo año. No voy a volver yo aquí, pues, sobre hechos públicos más o menos conocidos (por ejemplo, el famoso del 12 de octubre), ni sobre sucesos más individuales, íntimos y privados que ya han sido recordados, descritos y, en parte, analizados y debatidos en esas y otras indagaciones propias y ajenas.

El motivo y, confío, la justificación de estas nuevas páginas mías sobre el Unamuno final, que quieren prolongar y complementar aquellas anteriores, provienen de la publicación ahora por vez primera de las *Notas sobre la revolución y guerra civil españolas* que el viejo don Miguel había ido pergeñando a lo largo precisamente de los agónicos meses del verano y del otoño de 1936 como defensa y respuesta personal frente a esa aniquiladora situación bélica general: eran notas que le iban a servir como material de trabajo para un futuro libro de supervivencia al que él mismo ya le había puesto como título, evocador y crítico, *El resentimiento trágico de la vida*. Mucho tiempo de espera, pues, para esta presente, primera, edición que se acompaña de una nota preliminar de Miguel de Unamuno Adárraga, un prólogo de Miguel Quiroga de Unamuno y un extenso, interno y erudito estudio del profesor Carlos Feal.



JUAN RAMON ALONSO

La lectura de estas importantes notas fragmentarias podrá hacerse y se hará, estoy seguro, desde muy diversas perspectivas teóricas y preocupaciones metodológicas, buscando más la revelación de ámbitos en la unamuniana intimidad o su significado histórico, sociológico y político. Ambos enfoques me parecen legítimos y de necesaria integración esa doble dimensión —así era en él— personal y social. Es, por lo demás, un texto que habrá de ser estudiado poniéndolo también en conexión —claro está— con otros testimonios, cartas, documentos, producidos en esos mismos meses por Unamuno y que son ya bien conocidos por los investigadores. Son notas que están fuertemente centradas en la denuncia del resentimiento y el odio, pero que, frente a ello, quedan abiertas también a la esperanza, a la necesidad de la salvación y de la reconstrucción de todo lo que en las vidas y en las conciencias la guerra civil estaba brutalmente destruyendo y asesinando.

En el breve marco de este artículo-comentario no pretendo en modo alguno llevar a cabo un análisis crítico sistemático, ni si-

quiera, claro está, una exposición descriptiva de todos y cada uno de los puntos, de los pedazos de realidad, gritos de protesta y reflexiones incisivas que, de manera dispersa y discontinua, van quedando recogidos, como grabados a fuego, en estas anotaciones de urgencia del viejo Miguel de Unamuno. Sólo resaltaré algunos aspectos y un cierto número de textos que me parecen, desde mi propia perspectiva, más válidos y significativos para una adecuada información e incitación del lector, quedando al lado, como trasfondo, otras palabras, otros pasajes de lucha por la autenticidad personal y comunal necesitados también de ulteriores y más detenidos análisis, que sirvan para profundizar en el debate y la mejor comprensión de estas observaciones y calificaciones aquí ahora sugeridas. (Las referencias de los textos que van entre paréntesis reenvían a los cuadernillos y páginas del manuscrito original tal y como se organizan y se numeran también en la presente edición.)

1. El resentimiento trágico, en que Unamuno simboliza la guerra civil-incivil, es por

un lado muerte, crueldad, crimen, violencia interminable, odio a la vida; por otro, estupidez, desmentalización, locura colectiva, odio a la inteligencia. Y deja aquél fijada y entre comillas (E2) la frase exacta que él recuerda de Millán Astray: «Muera la intelectualidad y viva la muerte.» Pero ante ello se pregunta aquí el rector (D2): «¿Odio a la inteligencia? ¿O no más bien miedo a ella?»

Unamuno, leyendo a Shakespeare en aquellos meses sangrientos, evoca las ferocidades de las guerras civiles inglesas (Enrique VI, Ricardo III) e indaga el «resentimiento trágico fundado en miseria corporal. ¿Y la espiritual? ¿La deformidad mental de un pueblo?» (C2), volviendo a conectar ambas dimensiones de violencia y desmentalización. Son numerosos y terribles los pasajes en que Unamuno denuncia «las malas entrañas, envidia, odio, resentimiento» (A3), «el goce de morir matando», «un pueblo —dice— no de vividores, sino de moridores», «deseando que haya delincuentes para gozar en castigarlos», inventando antipatriotas y lamentándose si no los hay, «¿a quién vamos a matar?» (C1), con la imposición así del «guerrero de oficio que en tiempo de paz sufre no porque no pueda medrar, sino por no poder satisfacer sus instintos de guerra y destrucción» (A4).

Ante las muertes, los asesinatos de unos y otros —de los hunos y de los hotros— de que va teniendo noticia ya desde aquellas primeras semanas de guerra y persecución, Unamuno recuerda con amargura a Racine: «Todo es justo ahora; mañana no lo será; apresurémonos a cumplir injusticias». Y añade por su propia cuenta, con total repulsa de esta guerra incivil: «Ahora está permitido matar. En casi todos se enciende el odio, en casi nadie la compasión. Da asco ser hombre» (C1).

Guerra de irreligión

2. Frente a la Guerra como Cruzada (el cardenal Plá i Deniel y, después, todos los demás en el bando nacional), Unamuno sentenciará tajante en la Salamanca militar y ultracatólica de 1936: «Guerra de irreligión» (B3). Y añade: «Lo terrible es que la misma desesperación que lleva a los supuestos ateos a vengarse de Dios y sus ministros, les lleva a los supuestos creyentes —a los que creen creer o quieren creer— a perseguir a aquéllos. Ni unos ni otros pueden creer, ni no creer. De un lado, la desesperación de la resignación; del otro, la resignación a la desesperación» (E3).

Y continúa Unamuno desde su idea central: «Como Rusia, España un pueblo de resentidos. Un resentimiento para con Dios. ¿Por qué?», se pregunta aquél (A2). Tal vez la respuesta es la que pone él mismo en boca de los que —dice— tomaban parte en las «mantanzas de curas» (A1): «No nos han servido para nada, se pensaban casi inconscientemente al matarlos. No nos han dado fe en la vida. Lugar de paso, ¿para dónde? ¿Y creían ellos, los curas?», inquiera el autor pocos años atrás de *San Manuel Bueno, mártir*. Más adelante constata Unamuno (E3): «Han hecho falta estos siglos para que los efectos de la revolución copernicana hayan llegado hasta el bajo pueblo de los campos. Ya el aldeano no puede imaginar la otra vida» (E3). Ni tampoco puede imaginar ésta; ante ciertas interesadas utilidades de la invocación «Mi reino no es de este mundo», concluye ahora aquél: «Y el pueblo no cree en otro. Ni en éste...» (B2).

Frente al odio a la inteligencia y frente a la irreligiosidad, o peor «inconciencia religiosa, más bien que conciencia irreligiosa de España», frente al fanatismo que ve extenderse y predicarse por doquier en esos



Viene de la página anterior



tiempos de guerra incivil y de irreligión, Unamuno es siempre consecuente consigo mismo: «Lo que más importa es la intelectualidad y la religiosidad» (C4).

El Angel Exterminador

3. Pero que no se confunda para nada esta religiosidad unamuniana con aquella religión política y bélica de la Cruzada: «Habrà que temer mañana a los héroes parados –advierde don Miguel–. Nos libraron de la salvajería moscovita pero que no nos traigan la estupidez católico-tradicionalista española. Y en vez de las hordas, rebaños. Rebaños de toros (de lidia), pero rebaños» (D3). Y augura pesimista: «Ahora volverán Chateaubriand y De Maistre» (A4).

Unamuno se duele de los crímenes, de las muertes físicas, de las muertes de tantos inocentes, pero también –ya se ha dicho– del otro resentimiento, el del odio, de las oscuras y sucias denuncias (anónimas y por envidias, las más de las veces), de las humillaciones y las muertes morales: «Y no es lo peor las vidas –escribe–, es que están abortando almas, conciencias» (...) «No son unos españoles contra otros –no hay Anti-España–, sino toda España, una, contra sí misma. Suicidio colectivo» (B2). «Entre los hunos y los hotros están descuartizando a España» (A2). El resultado, sin descartarse en algunos la buena fe e incluso el heroísmo altruista, será así «un pueblo que se tiene miedo a sí mismo espantado de sus propias barbaridades» (D3).

En «la guerra ésta de locura y odio, la guerra incivil» (E1), «el pueblo español se entrega al suicidio» y «reaparece el Angel Exterminador. Buscando pábulo para el odio, a quién odiar», insiste aquél (A4). Aunque tarde –alguien podrá decir–, hay, sin embargo, algo nuevo y muy decisivo en esta situación: Unamuno no se reconoce ya en todo esto que está ocurriendo, se ve a sí mismo como extraño por completo a un mundo que día a día comprueba cómo se le escapa de las manos: y es ya plenamente consciente de ello. «El mundo no era ya mi representación» (B2), exclama quizá por vez primera en su vida el hombre que siempre y con firmeza había identificado su propio ser con el ser de España, el hombre que además había definido a ambos precisamente desde la contradicción, la lucha, el conflicto, la agonía. Pero es que ésta –no se cansa de repetir– no es ya una pacífica guerra civil, sino una violenta y odiosa guerra incivil. En la dura y cruel realidad de la guerra, muy diferente a las viejas contiendas idealizadas del XIX, Unamuno toma plena conciencia de su extrañamiento: su pretendida soledad (hay otros muchos que también estaban solos) procede en gran parte de esa conciencia de la no comprensión.

4. La guerra –he señalado ya por ello en otras ocasiones– reabre la conciencia (ética, democrática) y la consciencia (más racional, más realista) del viejo liberal que era Unamuno. Aunque su muerte, «como el que muere en guerra» –escribió Antonio Machado–, vino a cortar y a frustrar esas nuevas potencialidades, a mi juicio en estas notas de 1936 vuelve, también desde el punto de vista político, el mejor Unamuno: el que desde un profundo liberalismo ético supo ser sensible a los problemas reales de su tiempo, orientando su resolución, en amplias fases de su vida (algo menos en otras), desde planteamientos que genéricamente venían en amplia medida a concordar con los del socialismo democrático.

Por de pronto, siempre contra los totalitarismos: «Bolchevismo y fascismo –escribe Unamuno (E1)– son las dos formas, cóncava y convexa, de una misma y sola enfermedad colectiva» (...) «La gran guerra no la ganaron ni unos ni otros; la perdieron todos trayendo dos barbaries, la comunista y la fascista» (D4). Pero concretará mucho más: sin ser un político



JUAN RAMÓN ALONSO

(sino un «intelectual», a pesar de sus protestas ante este término), Unamuno nunca fue apolítico; y ataca desde ahí fuertemente «dos apolíticas: no hay Estado, anarquismo libertario; no hay más que Estado, fascismo y comunismo» (C3 y F1). No olvidemos que pocos años antes, en *La agonía del cristianismo*, Unamuno habría escrito (en el arranque casi de su capítulo VIII): «Los anarquistas, si quieren vivir, tienen que fundar un Estado. Y los comunistas tienen que apoyarse en la libertad individual». Estado y libertad, desde esas explícitas coordenadas, parecen ser, pues, los dos imprescindibles elementos de su «teoría», política final.

5. Hay –así lo creo– una continuidad y recuperación del mejor Unamuno en estas apasionadas reflexiones de 1936, aunque subsistan también algunos residuos menos válidos de los que yo, por ejemplo, ya critiqué en mi libro de 1968 sobre su pensamiento político. En la continuidad y trabazón interna, profunda, de su obra insiste de manera muy especial Carlos Feal en su estudio para esta edición, sin dejar de recordar –con buenas razones– que, entre aquellas ausencias o deficiencias de Unamuno, «lo que sorprende en las *Notas* es no ver mencionarse nunca, como causa de la guerra civil, circunstancias socioeconómicas» (pág. 117). Esa ausencia no se justifica ni se salva –en mi opinión– por sus recelos ante el simplista economicismo marxista de la época ni tampoco, desde luego, con sus referencias expresas, con crítica no exenta de ambigüedad, a las luchas de «unos contra otros por el reparto en vez de unirse en la producción», escribe Unamuno (A3), o las alusiones, de no absoluta equiparación para él, entre «el que una horda de locos energúmenos, de desesperados, mate a un número de ricos sin razón ninguna», dice, y «el que unos señoritos saquen a un profesor de su casa, con una orden militar, y le asesinan por suponerle... ¡masón!» (E2).

Estas son, éstas fueron precisamente las cosas, las muertes, los asesinatos de –en la re-

ferencia anterior– los profesores e íntimos amigos suyos Casto Prieto Carrasco o Salvador Vila, que en concreto impulsaron de manera más personal y definitiva a Unamuno a la reflexión y a la revisión hecha por él casi bajo el peso de la culpa y, desde ahí, a esa positiva y decisiva toma de conciencia y de consciencia: «Vencer no es convencer; conquistar no es convertir», escribe exactamente en estas notas en el otoño del 36; y también: «Falta sentido crítico y dialéctico»; lo que define a España –insistirá– son «sus fecundas contradicciones íntimas» (C3): paz civil contra guerra incivil, civilización contra barbarie. «Hay que renunciar a la venganza» (E4), clama impotente Unamuno.

La palabra y la razón

6. Pero la tragedia no le va a aniquilar, no le ha aniquilado; cuando muere no está acabado ni ha renunciado, a pesar de todo, a su lucha: con sus armas, con la palabra, con estas *Notas*, con este futuro libro. Ya está empezando a poner relativamente en claro su proyecto de reconstrucción de la razón y de una ética de la libertad, disponiendo y reempezando su tarea para los tiempos de guerra y, si no hubiese sido por la muerte, también

sobre todo para los de la posguerra: nadie, ningún vencedor, lo hubiera tenido fácil con él. No se puede, pues, pasar por alto lo que dejaba escrito Unamuno en este esbozo de libro, concebido –creo– desde esa amarga pero positiva inspiración: «La experiencia de esta guerra me pone ante dos problemas, el de comprender, repensar, mi propia obra empezando por *Paz en la guerra* [sintomático que el viejo Unamuno piense ahora en aquel su primer tan significativo libro de 1897] y luego comprender, repensar, España. ¿Qué es España? ¿Cuál es su fe?» –siempre don Miguel con los grandes problemas–. «España –contesta– es un valor comunal, histórico, pero dialéctico, dinámico, con contradicciones íntimas. La que los hotros llaman la Anti-España, la liberal, es tan España como la que combaten los hunos» (B3). Un país, un espacio de paz para todos, sin vencedores ni vencidos.

Quiero pensar que la España de hoy, felizmente desdramatizada pero no simplistamente trivializada, asumiendo para bien el paso de más de medio siglo de historia, debe no poco de lo mejor que desde entonces pueda haberse logrado gracias, junto con el esfuerzo de muchos, a la palabra y a la acción de Miguel de Unamuno en aquel lejano 1936, año en que tantas cosas, empezando por él, aparecieron morir.

RESUMEN

Las notas para un libro póstumo, incompleto, y no editado hasta ahora, de Unamuno, en el que éste vierte la tensión vivida, como individuo intelectual y como miembro de una colectividad alzada en cainismo, en los últimos

meses de su vida, que fueron los primeros de la guerra civil, le sirve al profesor Elías Díaz para adentrarse en ese trágico laberinto de su vida personal y de toda España en aquel terrible 1936.

Miguel de Unamuno

El resentimiento trágico de la vida. Notas sobre la revolución y guerra civil españolas

Alianza Editorial, Madrid, 1991. 158 páginas. 1.000 pesetas.

Biografía de una vocación

Por José María Martínez Cachero

José María Martínez Cachero (Oviedo, 1924), catedrático jubilado de Literatura Española Moderna y Contemporánea de la Universidad de Oviedo y, desde 1989, emérito de la misma, es profesor visitante en las Universidades norteamericanas de Nashville y Albuquerque. Especialista en Leopoldo Alas, «Clarín», y en novela española contemporánea, es autor de La novela española entre 1936 y 1980.

Faltaron sólo unos meses para que don Ramón Menéndez Pidal cumpliera los cien años de una vida plena al servicio de una vocación que tuvo, «decidida y firme», desde bien temprano y que nunca, pese a todos los pesares, dejaría de la mano; se abrió paso en una situación española de atraso en los estudios filológicos cuando, a finales del XIX, alumno de Sánchez Moguel en la Facultad de Letras madrileña, el catedrático le indicaba que no consumiera demasiado tiempo en la lectura de la *Gramática de las lenguas romances*, del alemán Federico Díez; cuando, asimismo, las dificultades para preparar debidamente una tesis sobre tema medieval le produjeran no pequeño desánimo. Pero también es verdad que otro de sus profesores, Marcelino Menéndez Pelayo, le descubrió sin tardanza y, sabedor de su interés y condiciones, le ayudaría de manera decidida hasta tenerle como colega en el escalafón de docentes universitarios y como compañero en la Real Academia Española, apadrinándole en el solemne acto de su recepción. Más afortunado que el protagonista del viejo romance, Menéndez Pidal venció reyes moros y engendró igualmente a quienes –sus alumnos de la cátedra de Filología Románica, sus discípulos y colaboradores en el Centro de Estudios Históricos– continuarían vencidos; claro está que me refiero al rápido avance y seguro asentamiento de la investigación y crítica de la lengua y la literatura españolas, convirtiendo así en sólo un mal recuerdo aquella situación de atraso cuando don Ramón era un joven que empezaba. Tanto la actividad del magistral filólogo como su circunstancia española, diversa y complicada en ocasiones, tienen cumplida referencia en el nutrido libro escrito por el historiador Joaquín Pérez Villanueva.

Biografía total

Hasta 61 capítulos, distribuidos en ocho extensas partes, componen el libro, que –biografía total– comprende desde el nacimiento de su protagonista en La Coruña (13-III-1869), donde el padre era juez, y la mención al ambiente de una familia políticamente conservadora, emparentada por línea materna con los Pidal (con casa y patrimonio en Villaviciosa, Asturias) –el primer marqués de Pidal, don Pedro José, político importante, investigador de nuestra literatura, que era dueño del códice del *Cantar de Mio Cid* suscrito por Per Abat; y sus hijos, Luis y Alejandro Pidal y Mon, también políticos y académicos, de cuya ideología ultraconservadora discreparía el biografiado, más satisfecho, andando los años, con el pensamiento gineriano, transmitido a la Institución Libre de Enseñanza–, hasta la trombosis que sufrió en marzo de 1965, que le impediría seguir con sus trabajos y, finalmente, la muerte (14-XI-1968). Como acontecimientos más señalados en ese largo tiempo pudieran estimarse (aludidas ya la obtención de la cátedra y la elección como académico numerario): el matrimonio en 1900 con María Goyri, quien tanto habría de suponer en su existencia –muy reveladora de compenetración resulta la anécdota del viaje de recién casados siguiendo la ruta del Cid en el *Cantar* y el feliz encuentro



Menéndez Pidal con su nieto, Diego Catalán.



En Lisboa, en un Congreso Internacional.

de la esposa con la lavandera del Burgo de Osma en relación con la pervivencia oral de los romances–; la construcción de la casa de Chamartín (colonia del Zarzal), entonces –se inauguró en 1924– las afueras de Madrid –donde viviría hasta su muerte (salvo el exilio impuesto por la guerra civil), complacida y tranquilamente, con la familia que había creado, entre sus libros y ficheros, «muy a mis gustos de soledad»–; el ascenso a la dirección de la Academia de la Lengua tras el fallecimiento de Antonio Maura en 1925, con lo que se rompía una costumbre arraigada en la docta casa que privilegiaba para ocupar ese cargo a figuras de relumbrón, más conocidas del común de las gentes; don Ramón sería reelegido varias veces para un nuevo mandato, y puede decirse que bajo su dirección, especialmente después de 1947, la Academia, con la entrada en su seno de algunos discípulos directos e indirectos de Menéndez Pidal, cobró un aspecto de mayor especialización en, verbi gratia, el dominio lingüístico.

Al pie de las letras

Anotemos también el progresivo y unánime reconocimiento de su autoridad científica, cuyas teorías –«la laboriosidad de un erudito empieza a ser ciencia cuando moviliza los hechos y los saberes hacia una teoría. Para esto es menester un gran talento combinatorio compuesto en dosis compensadas de rigor y de audacia. Este es, a mi juicio, el don ejemplar de nuestro Pidal [...]», afirmó Ortega en 1926– iluminaban cuestiones pendientes de solución o revelaban fructíferos caminos –piénsese, por ejemplo, en la teoría del *estado latente* que, lo mismo en la lengua que en la literatura, proclama la existencia durante tiempo y tiempo de fenómenos que pasan sin que haya noticia explícita alguna, hasta que llega el día en que semejante latencia se manifiesta–; o los viajes por España y otros países para conferenciar o para asistir a reuniones científicas, agasajado por sus colegas, viajes cuya frecuencia trastornaba a veces la normalidad de los planes de trabajo, haciéndole lamentarse del tiempo gastado (¿per-

didó?) en esos y otros menesteres públicos –como cuando en el verano de 1932, cargado con variedad de ocupaciones que no eran el estricto trabajo personal, siente cansancio y se desasosiega pensando que «he dejado, poco a poco, que abusen de mi tiempo», y así «se convierte uno en *vertedero de escombros* que no tienen utilidad para nadie».

No todo, desde luego, fueron bienandanzas y fortunas en la vida de Ramón Menéndez Pidal, extrañamente derrotado en 1911 por el general Polavieja en la pugna por una plaza de numerario vacante en la Academia de la Historia, o preterido ante Rodríguez Marín (1912) para la dirección, también vacante, de la Biblioteca Nacional. En 1954 falleció su esposa y colaboradora, pero don Ramón, muy afectado por tan dolorosa pérdida, logró superar el trance y continuar las obras que fueron dos grandes proyectos por desgracia inacabados: la historia de la lengua española y la de nuestra épica medieval, interrumpidas y recomenzadas más de una vez, fragmentariamente anticipadas en artículos y ponencias, cediendo el turno a otros libros cuya publicación venía urgida por alguna concreta circunstancia: puede ser el caso del libro sobre el padre Las Casas, aparecido en 1963, a los noventa y cuatro años de su autor, documentado y vigoroso libro cuyo apasionamiento –don Ramón creía rendir un servicio a la verdad histórica– sorprendió a los lectores y disgustó a algunos colegas.

Trabajaba por entonces con empeño semejante al de años más jóvenes, ilusionado en llegar al fondo de las cuestiones abordadas, aprovechando avariciosamente el tiempo de que disponía. Ofrece Pérez Villanueva cuenta cabal de todo ello, pues maneja abundante documentación, entre la que destacan por inéditas, pero sobre todo por lo jugosas, unas fichas autobiográficas donde se consig-

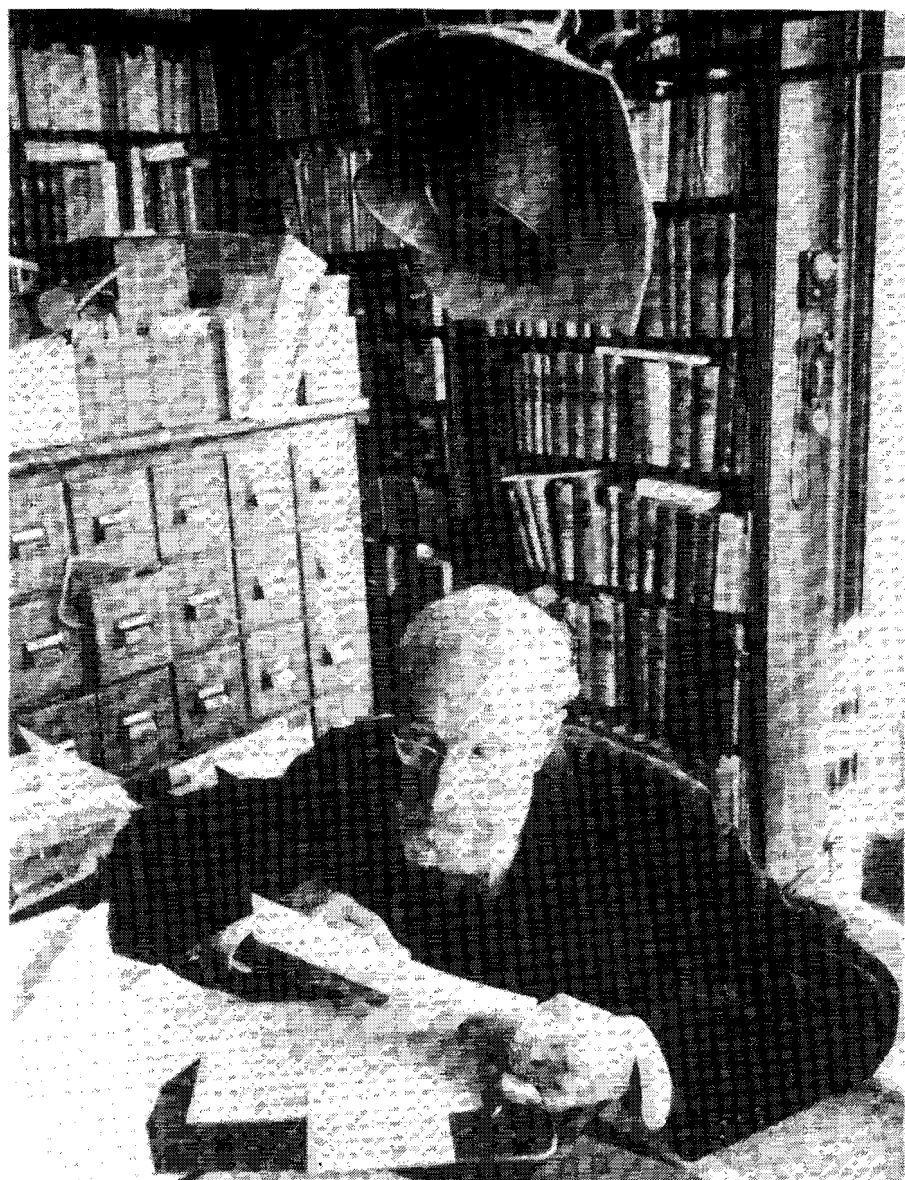
nan sucesos e impresiones; acá y allá en el libro que nos ocupa comparecen tales apuntes y el biógrafo concentra en el capítulo 60 y penúltimo fragmentos de muchas de esas notas confidenciales, clasificándolas por temas que, de ordinario, atañen a características de su idiosincrasia –la paciencia y continuidad en el trabajo, la investigación como recreo placentero, el aislamiento y la sobriedad como formas de vida, pongo por caso– y otras veces contienen útiles consejos prácticos –ha recordado a un grupo de jóvenes investigadores cercanos a él cómo «es preciso que el joven de inclinación científica se guarde mucho de la sirena ensayista». La correspondencia cruzada con el que fuera muy querido discípulo, Américo Castro, exiliado a consecuencia de la guerra civil y no bien visto por ninguno de los dos bandos beligerantes, que le destituyeron de su cátedra madrileña, es (capítulo 44) otra interesante fuente de información que ahora se utiliza por vez primera y descubre las preocupaciones profesionales y patrióticas que ocupaban en aquellas calendas el pensamiento de dos españoles egregios a quienes unían tantas cosas, separados geográficamente de manera irremisible, ya que nunca más volvieron a verse.

Política, a su pesar

Sin que él lo pretendiera, la política se metió más de una vez en la existencia de Ramón Menéndez Pidal, a quien se incluía por el diario madrileño *La Voz* (31-X-1931) en la lista de cinco posibles candidatos a la presidencia de la República española, o para quien (por las mismas fechas) se pedía un acta de diputado, pues era sabido que en las



Viene de la página anterior



En su biblioteca y junto a sus archivos.



En su casa de Chamartín repasando un escrito.



Don Ramón cumple ochenta años; aparece con algunos discípulos.



Menéndez Pidal en su biblioteca.

elecciones municipales del domingo 12 de abril de 1931 dio su voto a los republicanos. Participaría ilusionadamente –vicepresidente de la Junta para Ampliación de Estudios, fundador y director del Centro de Estudios Históricos, miembro del patronato de la Universidad Internacional de Santander– en la prodigiosa actividad cultural desarrollada en España durante el primer tercio del siglo XX –reinado de Alfonso XIII y segunda República–, cuya inspiración institucionista resulta innegable. Años antes había mostrado ya un talante afín al de los noventayochistas con la exaltación mitificadora de Castilla –tierra, gentes, historia– y, asimismo, con el viaje por España, que podemos denominar filológico en razón de que fueron de esa naturaleza los objetivos perseguidos en sus andanzas; de esta manera, al igual que Manuel Gómez Moreno, cuyo viaje español podría llamarse arqueológico –las iglesias mozárabes, por ejemplo, como uno de sus motivos–, quedan incorporados tan ilustres sabios al grupo de escritores que aspiran, mediante tal procedimiento, a establecer contacto directo con el paisaje y el paisanaje, con la historia española y la realidad patria presente, bien lejos de las alharacas de la política vo-cinglera.

En virtud de una rica documentación, Pérez Villanueva está en condiciones óptimas para, en algunos episodios de la biografía que traza, poner los puntos sobre las íes penumbrosas, cuando no oscurecidas de grado. ¿Por qué no prosperó en 1952 la propuesta de Nobel de Literatura para don Ramón Menéndez Pidal? «Si hubiera usted sido un emigrado político se lo hubieran dado; pero usted vive en Madrid, y para la Europa que se llama liberal es ésta hoy una cualidad nefanda» (le escribe Aurelio Viñas), causa también de que Federico de Onís, antiguo discípulo

y su anfitrión (1937) en el departamento de español de Columbia University, se indispusiera con Menéndez Pidal por el regreso de éste a España una vez terminada la guerra civil, en vez de convertirse en uno de los exiliados de la España peregrina, decisión que, sacando las cosas de quicio, llevaría a Lewis Hanke a tacharle de falangista.

La historia de los materiales de trabajo que habían quedado en la casa de Chamartín a su salida de España en 1936, y que Menéndez Pidal reclamaba como necesarios desde el extranjero, es la historia de unos objetos cautivos o rehenes como si alguien tratara de forzar así su adhesión al bando republicano. Pero tras el regreso a España (16-VII-1939) hubo, junto a quienes le recibieron con alborozo –los falangistas del grupo «Escorial», verbi gratia–, aquellos poderosos en el nuevo régimen –como el militar Jorge Vigón– que hacían de la pureza de sangre política requisito indispensable para vivir tranquilos, excluyendo intransigentemente a los que hubiesen mostrado en tiempos alguna simpatía por las ideas o las personas ahora reputadas como peligrosas, y éste era el caso de don Ramón. Ante tales sucesos cobra fuerza la imagen de una tercera España por encima de las enfrentadas en la hecatombe de 1936 a 1939, víctima propiciatoria de la furia cainita en la que Madariaga llamó la batalla de los tres Franciscos.

De estos y otros hechos, políticos y culturales, sucedidos en España o fuera de ella a Menéndez Pidal durante casi un siglo ciertamente movido, queda constancia en el libro escrito por Pérez Villanueva, quien acompaña de las oportunas ilustraciones colaterales –por lo común, sólo enunciadas: véase como muestra el breve capítulo 11, «Las letras españolas (1869-1892)»– el repaso de la existencia del biografiado, cuyos trabajos y

vicisitudes emergen de entre la concentración de sucesos históricos externos en que abundó ese tiempo: desastre español de 1898, dictadura de Primo de Rivera, caída de la Monarquía y proclamación de la República, la guerra civil y el exilio, la era de Franco, dos guerras mundiales, amén de los fenómenos culturales y artísticos (las vanguardias, por ejemplo).

Sobrio, austero

La vida de Ramón Menéndez Pidal resulta más bien mate o, con otras palabras, carente de acontecimientos ruidosos; diríase que la procesión iba por dentro, y es en la manera de ser y comportarse el interesado donde encontraremos las claves distintivas. De cómo era Menéndez Pidal (según él mismo) y de cómo le veían los contemporáneos hay suficientes testimonios en las páginas de este libro como para componer la pertinente etopeya; si Juan Ramón Jiménez escribía en 1932 acerca de la apariencia física y destacaba «su voz de armonía y miel, voz de latín, romance y fábula, que se le oye,

aunque no hable, en sus ojos de viril de custodia, que van dando reflejos aunados con sus lentes, limpios como todo él, que parece el hombre que conserva más en España la limpieza», a Azorín (1928) le llamaba la atención el estilo literario de don Ramón: «La prosa de Menéndez Pidal, limpia, de una sobriedad y precisión desesperante [...] ¡Qué finura y qué claridad la de este monje tan sutil de las letras españolas!» Más directas resultan sus propias indicaciones a propósito de la falta de efectismo en cuanto hace, de su «sosería» y no-elocuencia brillante –«no era profesor brillante, pero sí eficaz», testimonia Lapesa–. Curador de su independencia, que alguna vez se creyó de carácter «hosco, hurraño», Ramón Menéndez Pidal, sobrio y austero, que muy pronto en su vida dejó de fumar y que «dejados atrás los veinticinco años, pasó también el tiempo en que se cree preciso hacer versos», fue persona cordial y generosa para con sus colegas y discípulos, a quienes ayudó con su sabiduría. Américo Castro ha recordado el rigor, la seriedad científica con que se trabajaba bajo su dirección en el Centro de Estudios Históricos: se veía todo y jamás la invención mentirosa intentaba rellenar vacíos o cubrir determinadas deficiencias, porque estaba prohibida terminantemente; imperio del positivismo –los hechos, las palabras, los documentos–, base indispensable para levantar amplias construcciones. ¡Qué despropósito el que se le escapó a la pluma malintencionada y agresiva de «Clarín» cuando juzgaba (1897) que don Ramón, pariente de los Pidal (sus enemigos), era «instantáneo, medieval y medio tonto» y «se dedica a Menéndez Pelayo». Simpatía (entre otros movimientos del ánimo) despiertan sus trabajos y días, por tantos modos ejemplares, y semejanza en simpatía es lo que ofrece Joaquín Pérez Villanueva, documentado biógrafo que, de soslayo o como de puntillas, se asoma en algunas páginas del libro en ocasión de ayuda a o de premio para don Ramón Menéndez Pidal.

RESUMEN

Cien años vividos, si no con intensidad de hombre de acción, sí con intensidad intelectual e investigadora, como los casi vividos por don Ramón Menéndez Pidal, es un reto, por su complejidad, para cualquier biógrafo. Pérez Villanueva se ha puesto

a ello, a acercar al lector la figura señera del estudioso del Cantar de Mío Cid, al longevo director de la Real Academia Española, y lo ha hecho, Joaquín Pérez Villanueva, con indudable acierto, en opinión de Martínez Cachero.

Joaquín Pérez Villanueva

Ramón Menéndez Pidal, su vida y su tiempo

Espasa-Calpe, Madrid, 1991. 572 páginas. 3.900 pesetas.

La ciencia como parte de la cultura

Por Manuel García Velarde

Manuel García Velarde (Almería, 1941) es catedrático de Mecánica Estadística y miembro de diversas comisiones internacionales (IUPAP, EPS, NATO y ESA), Fue Premio Física 1991 de la Real Academia de Ciencias de Madrid. Es autor de más de doscientas publicaciones científicas y de divulgación, relativas a física de fluidos, transiciones de fase y caos en sistemas disipativos no lineales.

Prólogo y prefacio, ocho capítulos, epílogo, cinco apéndices, 84 ilustraciones diversas (fotos, diagramas, esquemas...), tres tablas, 56 notas y 71 extractos de cartas y otros documentos en apropiado contexto en sólo 238 páginas hacen un librito denso, impresionante, fascinante por el biografiado y por la institución recordada, y extraordinariamente rico por la amplísima referencia a la ciencia teórica y experimental y hasta otros aspectos de la cultura pasada y presente.

En el prólogo, Sir Brian Pippard nos apunta el genio experimental y la integridad —multifacética— de Faraday, su interés por divulgar asequiblemente la ciencia a la ciudadanía y sobre todo a los jóvenes, algo que ya desde su fundador Benjamin Thompson (conde Rumford, 1753-1814), la Royal Institution (inaugurada el 4 de marzo de 1800) mantiene tradicionalmente dando prueba de ininterrumpida dedicación al progreso científico y educativo.

En el capítulo primero el autor empieza afirmando que Faraday es uno de los más grandes sabios de todos los tiempos, y rubrica la afirmación apoyándose en la altísima estima que también Einstein tenía de Faraday. Física, Química, Ingeniería, Educación, Conservación de Museos (pinturas), co-fundador del Ateneo londinense..., divulgación científica (centenares de conferencias y tertulias de divulgación con experiencias de cátedra a lo largo del año los viernes por la tarde, y especialmente en Navidad para jóvenes y niños)... Muchas fueron las disciplinas y las acciones intelectuales germinadas con su labor. Parece increíble que una sola persona hiciera tanto. Un autodidacta que produjo 400 publicaciones sin una sola ecuación diferencial, pues no conocía las matemáticas. Sin embargo, en esa inmensa producción ve J. Clerk Maxwell (1831-79) la potencia intuitiva de «un sabio de quien los matemáticos del futuro podrán obtener valiosos y fértiles métodos».

En el capítulo segundo pertinentemente se recuerda al multifacético y contradictorio pero genial Rumford (del que hay una excelente biografía por S. C. Brown: *Benjamin Thompson, Count Rumford*, MIT Press, Cambridge, Massachusetts, 1979; co-fundador también del Ateneo londinense), a Humphry Davy (1778-1829) y a Thomas Young (1773-1828), ambos contratados por Rumford para la Royal Institution en 1801, y a Alexandro Volta (1745-1827) y a William Wollaston (1766-1828), e incluso a Coleridge, y de aquellos precisando algunos de sus respectivos logros científicos. Y se dice, al final, que uno de los últimos deberes de Davy fue entrevistar a Faraday, quien, como nos cuenta en el ca-

pítulo siguiente, había ido —por azar; Faraday tuvo varios encuentros con la «fortuna»— a escuchar conferencias en la citada Institución.

En el capítulo tercero, sucinta y de nuevo pertinentemente, nos relata datos de la biografía de Faraday. Nacido el 22 de septiembre de 1791 en la vecindad de Londres, de padres humildes..., aprendiz de encuadernador, pasan por sus manos la *Encyclopedia Britannica* (tercera edición de 1797), *Conversations on Chemistry*, de Jane Marcet (publicado en 1809 por recomendación de Davy) *The Improvement of the Mind*, de Isaac Watts... De la primera, el artículo de James Tytler sobre electricidad le fascinó (la electricidad se describe como un fenómeno vibratorio). En 1812 tiene el primer golpe de suerte (¡cuidado!, no toca la lotería sino a quien juega): William Dance, un cliente del encuadernador con el que trabaja y con cuyo hijo tiene trato, le invita a asistir a las cuatro últimas lecciones de un curso dado por Davy en la Royal Institution. Profundamente impresionado por lo que escucha, toma apuntes, redacta notas que, ilustradas con gráficos más un índice y encuadradas, envía al conferenciante pidiéndole ayuda para dedicarse a la ciencia, o sea pidiéndole trabajo y empleo. El 1 de marzo de 1813 —tras una coyuntura negativa—, Faraday empieza a trabajar como ayudante y amanuense de Davy, quien le ofreció salario y alojamiento en las habitaciones del ático de la Royal Institution, calle Albemarle, número 21, Londres, donde aún hoy sigue ubicada. Pronto le invitó a acompañarle en un viaje, de aproximadamente un año, por el continente («por Europa», como dice el británico autor), donde conoció a Ampere, Gay-Lussac, Arago, Humboldt, Cuvier, Volta, entre otros ilustres «sabios».

En el capítulo cuarto se comentan algunos descubrimientos científicos de Faraday, dando dos tablas que esquemáticamente listan sus contribuciones a la Química y a la Física respectivamente, aunque con clarividencia se afirma que es «arbitrario» distinguir entre sus trabajos como físico y como químico (pese a lo que hoy vemos en las universidades y otros centros, tal aserto es aún válido). Se regocija el autor detallando el invento del primer motor eléctrico, el descubrimiento de la inducción electromagnética (construyendo el primer transformador y la primera dinamo y proponiendo teórica y experimentalmente —visualizándolos— los conceptos de «campo» y «líneas de fuerza»), la polarización molecular, los dieléctricos (y, de paso, los condensadores), la electroluminiscencia, la magnetoóptica, el diamagnetismo, casi el efecto Zeeman (observado en 1896 por Pieter Zeeman, 1865-1943, y explicado por Hendrik Lorentz, 1853-1928), los conductores superiónicos, las leyes de la electrólisis, las de la catálisis heterogénea, la licuefacción de gases (su descubrimiento del «punto crítico», casi simultáneo con Cagniard de la Tour, 1822, que fue, finalmente, establecido por Thomas Andrews en 1869), el descubrimiento, entre otros, del benceno, el entendimiento de los coloides, lo genuino de las películas «delgadas», tras unificar la electricidad y el magnetismo, su tentativa (fracasada pero precursora; una publicación de su trabajo fue rechazada por G. G. Stokes, 1829-1903) de unificar electromagnetismo y gravitación (llegó

a hablar de gravielectricidad; subrayemos que Faraday fue un «experimental», y el autor nos recuerda que tal unificación sólo pudo imaginarse a partir de los trabajos teóricos de Theodor Kaluza en 1921, comentándose, de paso, los experimentos del CERN de los años ochenta)... Tanto creó, inventó, produjo —según el autor, el mes de marzo de 1845 fue quizá el más productivo de Faraday—, que cabe decir de él que no tuvo reposo (hay con ese título una excelente biografía de otro impresionante genio e incansable trabajador, Isaac Newton: *Never at Rest*, por R. S. Westfall, Cambridge, 1980), lo que le llevó durante casi un año —1840— a una fuerte crisis e incapacidad transitoria para el trabajo (dolores de cabeza, pérdidas de memoria...; pudiera ser que sufriese envenenamiento por alguno de sus experimentos químicos). Todo eso el autor nos lo relata, sucintamente, en un capítulo con 21 notas, a la vez que lo sitúa en el contexto de los logros de otros científicos contemporáneos y posteriores, a los que recuerda pertinentemente.

En el capítulo quinto, con seis notas y numerosos, extensos y variados extractos de correspondencia, el autor nos comenta e ilustra el «estilo» de Faraday como autor/escritor y conferenciante: su espíritu crítico («un científico debe estar presto a escuchar lo que dicen otros, pero decidido a opinar por su cuenta»; «el proponer una conclusión puede ser difícil, pero no menos necesario que ésta concuerde con la disponible evidencia»), su enfado y «burla» por el trabajo mal hecho o los errores («how to make any given cause produce any given effect... To do this you need only to write a novel»)..., pero su respeto por el lector..., sus consejos para que un conferenciante y autor pueda ganarse a la audiencia y mantener su atención (a este respecto es destacable el libro de Charles Taylor —también catedrático de la Royal Institution—: *The art and science of lecture demonstration*, Adam Hilger, Bristol, 1988). Nos recuerda el inmenso y actual éxito de su librito *Chemical history of a Candle*, basado en una serie de conferencias navideñas impartidas en diciembre de 1860, y publicado en 1861.

En el capítulo seis, con 11 notas y variados extractos de correspondencia y otros documentos, el autor profundiza en el aspecto humano del sabio —Faraday el hombre—, su vida familiar (sin hijos, pero feliz con la esposa Sarah Barnard, quien sin afición ni conocimientos científicos gozaba siendo «la almohada de la mente de su marido»), su religiosidad (señalemos el excelente y reciente libro sobre el tema: *Michael Faraday: Sandemanian and scientist*, por G. Cantor, Macmillan, Londres, 1991), su preocupación por la educación (lo personal en ella), el progreso e incluso la «ecología» (tras su protesta por la contaminación del río Támesis, la revista *Punch* publicó un «chiste gráfico» en el que se ve a Faraday ofreciendo su tarjeta al «padre Támesis» mientras se tapa las narices, apostillando que «espera que tan sucio personaje consulte al sabio catedrático»; recordemos además que rehusó participar en la preparación de gases letales usados en la guerra de Crimea), su «alergia» a cargos y honores (rechazó tanto la presidencia de la Royal Society como un título de «nobleza»), pese al reconocimiento de sus logros (más de 70 títulos honoríficos de sociedades y academias científicas, literarias... y universidades)... Genial («Genius does what it must, and talent does what it can»; «A supreme capacity of taking trouble»; «To believe your own thoughts, to believe that what is true for you in your private heart is true for all men— that is genius»), pidió, sin embargo, que sobre su tumba —que no debiera estar en la Abadía de Westminster, sino junto a las de sus familiares— simplemente figurase «Michael Faraday».

En el capítulo séptimo, con 14 notas, numerosas ilustraciones y extractos de textos di-

versos, el autor nos habla de la influencia de Faraday sobre la Royal Institution, en la que desarrolló tan amplia, variada y brillante labor (en apéndices aparece la lista de conferencias dadas por Faraday en 1832; 6; 1833: 5; 1834: 6; en el período 1835-62: 77 —los viernes por la tarde, con audiencias entre 204 y 1.028—; las organizadas entre 1832 y 1862: 58 conferencias de ilustres contemporáneos, con audiencias entre 188 y 906). En este fascinante capítulo nos habla de los numerosos y brillantes conferenciarios que con Faraday y después de él ha habido en la Royal Institution... y, de paso, hasta del fundador de la Universidad de Stanford, apellido tras el nombre Leland, ex-gobernador de California, por su interés en elucidar si un caballo al galope toca o no el suelo con las cuatro patas al mismo tiempo (la disputa venía de lo que los pintores habían plasmado en los lienzos), tema del que se habló en la Royal Institution el 13 de marzo de 1882 tras la fotografía dinámica realizada en 1872, con 24 cámaras y tiempo de exposición casi de una milésima de segundo, por Eadweard Muybridge (nacido Muggerridge, hasta se dice la razón del cambio de apellido) y sobre el que se volvió años más tarde en una conferencia de Ahmed Zewail (catedrático de Caltech, «creador» de la fotografía, con láser, ultrarrápida —en femtosegundos: 10^{-15} s— y algún día Premio Nobel por sus estudios de reacciones químicas en tiempo «real»).

En el capítulo octavo, el autor comenta sobre Faraday y la vulgarización/divulgación científica (la leyenda le atribuye haber dicho que «a truly popular lecture cannot teach, and a lecture that truly teaches cannot be popular») y sobre lo que la Royal Institution ha estado haciendo, particularmente desde 1826 (unos 2.000 conferenciarios; desde 1966, las conferencias navideñas son televisadas por la BBC). De Faraday se dice que alcanzó una audiencia acumulada de unos 85.000 oyentes, mientras que de Charles Taylor (antes hemos mencionado un librito suyo) se habla de más de 20 millones gracias a la televisión.

El epílogo, breve —una página—, es impresionante. El autor recuerda las palabras de Joseph Henry (1797-1878; que, con algunos descubrimientos comunes y casi simultáneos, en América llevó vida y carrera similares a las de Faraday): «Doing honour to England... more light has issued from the Royal Institution in proportion to its means, than perhaps from any other on the face of the earth».

Al lector animamos a tomar el excelente librito de Thomas, director de la Royal Institution y del laboratorio de investigación Davy-Faraday, como «aperitivo» para adentrarse en las compilaciones de trabajos de Faraday (e. g., *Experimental researches in chemistry and physics, experimental researches in electricity*, Taylor & Francis, Londres, reimpresión 1991), donde podrá deleitarse viendo cómo leía, imaginaba y modelizaba el funcionamiento de la naturaleza el preclaro ciudadano, prolífico científico y profundo sabio que fue Michael Faraday, muerto el 25 de agosto de 1867, y de cuyo nacimiento fue 1991 su bicentenario. Contemporáneo del compositor austríaco Franz Schubert (1797-1828), a quien en algunos aspectos de su personalidad se parecía, aunque quizá más afortunado y longevo, brilla con él señalando hitos en la cultura de la humanidad. Frente a ellos se ve uno pequeño y anonadado. Por favor, ¡sombreros fuera!

En el próximo número

Artículos de Guido Brunner, Salvador Giner, Guillermo Carnero, Manuel Alvar, Joan Vilà Valentí y Eduardo Haro Tecglen.

RESUMEN

El científico español Manuel G. Velarde comenta una biografía del científico, sabio y ciudadano inglés Michael Faraday, a quien tanto debe la prestigiosa Royal Institution, que lleva doscientos años de ininte-

rrumpida dedicación al progreso científico educativo. El hombre y la institución son repasados con detalle en este libro de John Meurig Thomas, del que se ocupa García Velarde.

John Meurig Thomas

Michael Faraday and the Royal Institution (The Genius of Man and Place)

Adam Hilger, Bristol, 1991. 238 páginas.

Andrei Sajarov, conciencia de la humanidad

Por Guido Brunner

Guido Brunner (Madrid, 1930) es embajador de Alemania en España y miembro correspondiente de la Real Academia de Historia desde 1985. Licenciado en Derecho por la Universidad de Madrid y doctor por la de Munich, es autor de *Bipolaridad y seguridad*, *Mantenimiento de la paz por las Naciones Unidas*, *Orgulloso como don Rodrigo y El poder y la unión*.

Leí la autobiografía de Andrei Sajarov hace más de un año y me ofrecí a comentarla. Del libro, denso -900 páginas-, de ritmo desigual, a ratos tedioso, emanaba una profunda fascinación. No sólo por la personalidad del personaje: académico de Ciencias a los treinta y dos años, uno de los padres de la bomba de hidrógeno soviética, luego objeto de conciencia, resistente de primera hora, rayando con sus huelgas de hambre el martirio, después opositor anticomunista, luchador por los derechos humanos y la democracia, muerto súbitamente antes de que sus ideas políticas se realizaran. Los defectos mismos del libro -su discontinuidad, la irregularidad en el acopio de datos, sus arritmias- eran un reflejo del calvario del autor. Dos veces el aparato represivo del Estado soviético, el KGB, había robado largos fragmentos del manuscrito, aumentando así las vejaciones y torturas infligidas al científico.

Sin duda, el libro rebasaba con creces el género literario de la autobiografía. Teníamos ante nosotros no sólo un testimonio vital, palpante, de un gigante intelectual solitario, poco comunicativo, hombre de principios, apasionado en lo abstracto, reticente y frío en sus relaciones personales, sino el retrato de toda una época, de un sistema imperialista e ideológico inhumano y de un ciclo histórico con su culminación y su decadencia. El libro de Sajarov es un mensaje de libertad dirigido a cada uno de nosotros. No en vano el Comité del Premio Nobel había calificado a Sajarov de «conciencia de la humanidad».

¿Por qué entonces la larga pausa en la entrega del comentario prometido? Sencillo, porque mi instinto me decía que la obra de Sajarov era una sinfonía inacabada que trascendía su muerte en diciembre de 1989. Si quería hacerle justicia, tenía que esperar a que la historia añadiera compases a su música.

Fueron apareciendo variaciones sobre su tema: Eduard Shevardnadse, el compa-

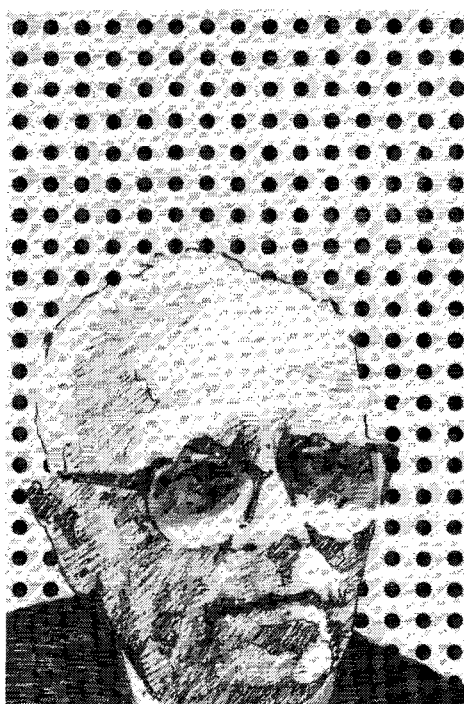
ñero/adversario/compañero de Gorbachov, publicaba en 1991 sus memorias: *El futuro pertenece a la libertad*. ¡Título sugestivo el del ex ministro de Asuntos Exteriores soviético, dimitido en 1990 en protesta contra la nueva política pro-conservadora de Gorbachov, reinstaurado en 1991! Funcionario del Partido, de 1964 a 1972, ministro del Interior en Georgia, después, hasta 1985, primer secretario del Partido en dicha nación. Sus relaciones con Sajarov fueron tornantes como el viento. En 1981 detienen en Georgia a un amigo de éste, Merab Kostava, con un pretexto montado por el KGB. Sajarov interviene por telegrama ante Shevardnadse. No recibe respuesta. Son los tiempos de Breznev. En 1987 repite su intervención por carta. Pocas semanas después, Kostava es puesto en libertad. Ya estamos a medio camino de la etapa de Gorbachov.

Shevardnadse cita el manifiesto de Bertrand Russell y Albert Einstein de casi medio siglo antes como base de una política de rechazo de la violencia: «Es necesaria una nueva forma de pensamiento humano a fin de que la humanidad sobreviva y progrese. Los seres humanos se encuentran en una nueva situación a la que tienen que adecuar su pensamiento».

En 1991 se edita también el libro de Anatoli Sóbchak *Por una nueva Rusia* (Gustav Lübbe Verlag, Bergisch Gladbach, 360 páginas). Sóbchak, elegido alcalde de San Petersburgo en 1991, evoluciona hacia la libertad desde el Derecho. Pertenece a otra generación que Sajarov. Nace en 1937, aquél en 1921. Su distanciamiento del comunismo es menos laborioso. No forma parte de la «clase dirigente», como diría Wilfredo Pareto, de la Nomenklatura. Tampoco del alto funcionariado del Partido, del que provienen Shevardnadse, Gorbachov y Yeltsin. Es un profesor de Derecho y el político ruso más occidental. Hasta su fisonomía se aparta de los esquemas: parece sueco.

Sóbchak cita el ensayo histórico de hace siglo y medio del decabrista Mijail Fouvisin *Sobre el comunismo y el socialismo*: «El solo intento de convertir estos sueños en realidad acarrea para la sociedad el peligro de abocharla a la catástrofe y de reducirla a un estado salvaje con consecuencias anárquicas que conducen indefectiblemente a la dictadura de una persona».

La trayectoria de las ideas de Sóbchak empieza prácticamente donde culminan las de Sajarov: «No ha sido la bomba atómica



ARTURO REQUEJO

ni la guerra fría lo que ha salvado al mundo, sino la libre autodeterminación de la persona humana y las garantías de derecho que Lenin odiaba. Ambas han permitido a la sociedad postindustrial vencer al comunismo, no por la amenaza del cataclismo mundial ni por acciones militares, sino por el ejemplo práctico del desarrollo social del mundo occidental». Añade: «La idea comunista se quebró. La internacionalidad se fragmentó en toda una gama de ideologías nacionalistas. El "colectivismo" se convirtió en "proclamación de una ideología rusa"».

La relación de Sóbchak con Sajarov fue estrecha. Políticamente coinciden en lo esencial: necesidad de democratización, garantía de libertades, Estado de derecho, derechos humanos, respeto de minorías, eliminación del monopolio de poder del Partido Comunista, supeditación de los militares al poder civil, rechazo de todo poder unipersonal (incluido el de Gorbachov). Fueron compañeros de lucha en una fase difícil y arriesgada de transición política -el golpe del 19 de agosto de 1991 lo demostraría más tarde.

El libro de Sóbchak está ilustrado, entre otras, por dos fotografías que lo prueban. Una le muestra con Sajarov, pocas horas antes de la muerte de éste, en una sesión de su grupo parlamentario, el «interregional», el 14 de diciembre de 1989; la otra, a Sóbchak como orador fúnebre, junto con Yeltsin, en el entierro de Sajarov. Una relación estrecha, decíamos. ¿Por qué entonces Sajarov no menciona a Sóbchak en su libro? La omisión se explica acaso por la diferencia de edad, porque la entrada del joven en la vida del maduro ocurrió tarde, en la última etapa ya plenamente política de éste, por el enorme esfuerzo de concentración que tuvo que desarrollar Sajarov y que, dada su quebrantada salud, dejaba poco espacio para relaciones personales. Pero acaso también

esté motivada por alguna diferencia transitoria de matiz. Sajarov parece dar más peso a la cuestión de las nacionalidades y de su poder soberano. He ahí el nervio central de los problemas del Estado soviético a partir de Breznev. La cuestión de las nacionalidades provocaría más tarde la caída de Gorbachov. Cierto, Sóbchak también rechaza la fórmula de Gorbachov de «Un centro fuerte, repúblicas fuertes». Dice, de acuerdo con Sajarov: «Esta fórmula recuerda ideas antiguas según las cuales el poder tenía su origen en "Dios y el centro"». Para Sajarov, sin embargo, el derecho de autodeterminación no es una mera cuestión de organización del Estado: es fundamental, la esencia misma de los derechos humanos y de la convivencia. Sajarov, aunque también ruso, había dedicado toda la última década de su vida precisamente a la lucha por los derechos de las nacionalidades y de las minorías, de los judíos, los tártaros de Crimea, los alemanes del Volga. Para él, el derecho de las nacionalidades está ligado a la libertad de conciencia: los sentimientos religiosos, por ejemplo, de los católicos ucranianos. En su último discurso en el Soviet Supremo en 1989 explica: «Propongo una estructura federativa (horizontal) de nacionalidades. Esta estructura prevé para todas las nacionalidades con territorio propio los mismos derechos políticos, jurídicos y económicos... En el Tratado de la Unión se fijarán las limitaciones voluntarias de la soberanía de cada república (en cuanto a defensa, política exterior, etc.)».

Mientras que para Sóbchak es natural que, por ejemplo, la totalidad de la política exterior incumba al poder central, Sajarov lo supedita a renuncias voluntarias de las repúblicas. ¿Pensar que ambos se quedaban cortos con respecto a la realidad constitucional del país en diciembre de 1991, que permite sin limitaciones, a los estados que componen la Unión, tener sus propias representaciones diplomáticas en el extranjero!

Desde 1989, la presión hacia los cambios que propugna Sajarov aumenta en la medida en que Gorbachov trata de frenarlos. Gorbachov aprovecha para ello la gran popularidad que había adquirido en el mundo occidental. Consciente o inconscientemente, también Occidente parecía dar prioridad, como Goethe, al orden frente a la libertad si ésta arrastraba consigo alteraciones caóticas. La disolución de la Unión Soviética tocaba para muchos estadistas los fundamentos de la balanza de fuerzas tal como había surgido de la Segunda Guerra Mundial. Bien se sabe que esta idea de equilibrio, aunque ilusorio, prevalece frecuentemente en el mundo occidental, al menos desde el Congreso de Viena de 1815. Paradójicamente, este apoyo que Gorbachov encontraba en su última fase en Occidente le indujo al error decisivo que causó su caída. Al sentirse bien arropado, creyó poder permitirse un

En este número

Artículos de			
Guido Brunner	1-2-3	Manuel Alvar	8-9
Salvador Giner	4-5	J. Vilà Valentí	10-11
Guillermo Carnero	6-7	E. Haro Tecglen	12

SUMARIO en página 2



Viene de la página anterior



Andrei Sajarov, conciencia de la humanidad

viraje para encontrar el apoyo del ala comunista dura. Así se explican las duras represiones militares de movimientos nacionalistas en Georgia (abril de 1989), Azerbayán (enero de 1990) y en Lituania (enero de 1991). Al final, sus concesiones a los «halcones» fomentaron sin quererlo el golpe de Estado de agosto de 1991, el principio de su fin.

Posiblemente Gorbachov recuerde ahora una de las últimas entrevistas que tuvo con Sajarov en mayo de 1989. Sajarov la describe así: «... Durante toda la conversación, Gorbachov estuvo muy serio. La sonrisa que solía dedicarme habitualmente —medio afectuosa, medio despectiva— no apareció ni una sola vez... Comencé: “Mijail Serguéyevich, no tengo que decirle lo difícil que está la situación... Su autoridad personal ha caído a cero... En estas circunstancias, una línea intermedia es prácticamente imposible. El país y usted personalmente están en una encrucijada. O se acelera el cambio, o se intenta propugnar el sistema de ‘orden y mando’ con todas las peculiaridades. En el primer caso, puede usted contar con ‘fuerzas de izquierda’ y personas valientes y enérgicas. En el segundo, también sabe usted quién le apoyará, pero ese grupo nunca le perdonará la Perestroika”».

Gorbachov contestó: «Mantengo indefectiblemente la posición de la Perestroika, pero rechazo pánico y pasos precipitados. Hemos visto muchos ‘grandes saltos’ y el resultado ha sido siempre tragedia y retrocesos...».

Se aprecia en retrospectiva con admiración en qué medida el juicio político de Sajarov, el científico, a quien muchos políticos profesionales consideraban como un santón iluminado, era más certero que el de Gorbachov incluso en materia táctica.

Hegel analiza en un pequeño ensayo sobre personajes de los dramas de Schiller al héroe trágico. Según el filósofo alemán —sigo la cita de Golo Mann en sus *Memorias*—, este héroe es un hombre eminente porque está por encima de los asuntos y, por la misma razón, es indeciso hasta el punto de la pusilanimidad. Al final, lo que ha pensado, su

proyecto político, su juego con la realidad, le arrastra a una acción que no quiere y que acarrea un final trágico.

Observado desde esta óptica, ciertamente Gorbachov se parece más al héroe trágico que Sajarov. Sobre todo teniendo en cuenta que éste, actuando sobre un plan de futuro detallado y admirablemente clarividente, no ve frustrado su proyecto. Se muere antes de que lo que ha imaginado se convierta en realidad. Pero las consecuencias de su impulso mental y moral acaban por imponerse. Lo vemos precisamente en estas semanas con la disolución de la Unión Soviética y su sustitución por una Comunidad de Estados Independientes.

En esta historia de encuentros y desencuentros no podía faltar otra figura central también ligada a Sajarov, Boris Yeltsin. Ahora están apareciendo biografías suyas por doquier.

Yeltsin se acerca a Sajarov por rechazo. Gorbachov le había depuesto de su puesto de jefe del Partido en Moscú con las palabras: «En política no volveré a dejarte entrar nunca». Las diferencias nacen de sus orígenes, caracteres y talentos, pero también de sus conceptos políticos. Gorbachov, funcionario comunista en tercera generación, accede muy pronto a la clase privilegiada. Desde joven es un político profesional brillante e inteligente, hecho a la medida de los que mandan y con protección en las altas esferas. Ya en el poder, impulsa grandes cambios más en el exterior que en el interior. Percibe la necesidad de abandonar la periferia del imperio, pero no está dispuesto a liquidar el imperio interior. De origen ruso, cree que, después de setenta años de comunismo, el conglomerado de pueblos que componen la Unión ya se ha convertido en una nación soviética como seguro soporte de un poder central fuerte. Propugna reformas, pero en lo esencial cree en el socialismo. Rechaza cambios radicales hacia la economía de mercado o en las estructuras sociales. Quiere simplemente sanear el comunismo a través de una puesta al día, un «aggiornamento».

Yeltsin es el menos vistoso de los dos. Ingeniero de profesión, oriundo de la lejana región de los Urales, tarda en su lento ascenso en la jerarquía del Partido. Pero en momentos decisivos percibe más nítidamente el clamor popular. Basándose en su experiencia personal en la jerarquía comunista, sabe romper a tiempo y sin titubeos con el

Partido. Aunque también ruso, se aleja decididamente de toda veleidad centralista. Pronto se acerca al movimiento radical demócrata de Sajarov. Prueba de esta relación íntima fue que designara a la viuda de Sajarov, Elena Bonner, como oradora fúnebre en el homenaje a las víctimas del golpe de Estado del 19 de agosto de 1991.

Dejemos hablar al mismo Sajarov: «Respecto a Yeltsin: Le tengo respeto, aunque en mi opinión no es una personalidad del calibre de Gorbachov. La popularidad de Yeltsin es, en cierto modo, la antipopularidad de Gorbachov —el resultado de que se ve en él la personalización de la oposición y a una víctima del “régimen gobernante”... Yeltsin participó en los trabajos de nuestro grupo, que se reunía en la casa de la Instrucción Política. Casi siempre callaba, pero ocasionalmente hacía comentarios muy razonables. Probablemente fue el responsable de que las sesiones del Congreso se transmitieran en directo por la televisión...».

Emerge de su relato un político eficaz, audaz, buen encajador de contratiempos, ambicioso, con instinto de lo popular. Parece que posee también la cualidad de dejarse aconsejar bien, de negociar pacientemente y corregir errores a tiempo. Seguramente su actuación desde el golpe de agosto de 1991, cuando fue él quien, sin duda, salvó la libertad, le merecería a Sajarov una valoración admirativa.

Hemos tratado a nuestro personaje central, Andrei Sajarov, como clave de actuaciones de personas y fuerzas políticas en la extinta Unión Soviética. Su estatura humana, la solidez de su pensamiento, su inmenso aunque tardío impacto en la sociedad que le rodeaba y en el mundo, lo requería. Su vida y libro son un espejo de la vida del país entero. Nos permiten apreciar rasgos específicos que lo caracterizan, tales como:

La pobreza. Acompaña su vida hasta muy tarde. Después de la Segunda Guerra Mundial, en los años cuarenta y cincuenta, Sajarov tiene que vivir en Moscú con mujer y dos hijos en una o dos habitaciones realquiladas, con utilización de baño y cocina compartida con 16 familias. Un invierno le roban en un baño público los zapatos y tiene que pasearse durante meses en zapatillas. En la maternidad donde nace su hija no tienen ni leña ni carbón para dar calefacción, y para conseguirla quemar papel. Durante años, sus sueldos son tan míseros que tiene

que refugiarse de cuando en cuando con su familia en «casa» de sus padres (otras dos habitaciones realquiladas).

La hermana siamesa de esta pobreza es **la chapuza.** Un ejemplo: En los experimentos de explosiones nucleares en la atmósfera de 1954, que conducen a la bomba de hidrógeno, se olvidan de evacuar a decenas de millares de habitantes de pueblos adonde podría llegar la onda radiactiva. Literalmente en el último momento se encuentran 800 camiones del Ejército para subsanar el error.

La rigidez del sistema tiránico del comunismo y sus arbitrariedades. Ocupan centenares de páginas. Desde los años treinta, los asesinatos cometidos por el aparato estatal acompañan la vida del científico. Mueren como víctimas tíos, parientes, padres de amigos, el padre de su segunda mujer.

«De las víctimas del año 1937, cualquiera que fuera su capa social, muy pocos volvieron vivos de las cárceles y de los campos de concentración. Por entonces, el sistema organizado de aniquilamiento en masa trabajaba a marchas forzadas en los campos de la muerte de Kolyma y otros... El canal del Báltico al Artico costó innumerables vidas... El ambiente en el país, el miedo generalizado que se apoderó de toda la población, perdura latentemente hasta hoy, dos generaciones después... No sólo el alcance inmenso de estas represiones y su brutalidad, sino también su irracionalidad, nos llenan de pánico. El terror del día a día hacía imposible comprender por qué se detenía a una persona.»

El inmenso valor de los disidentes. Era una faceta oculta, la otra cara del país. Sólo una minoría desprendida en cuanto a su destino personal, de gran categoría moral, podía ofrecer resistencia. El refinamiento sádico del aparato de espionaje y delación la hacía casi imposible. Sólo el que podía recurrir al cauce de publicaciones en el extranjero hacía oír su voz. Desde que en los años cincuenta Sajarov, en un acto de gran trascendencia ética, plantea los problemas humanitarios y biológicos de las explosiones nucleares en el espacio, comienza su lucha solitaria. En poco tiempo conoce a centenares de personas que militan en la disidencia. Se convierte en un faro de la libertad.

Entre los escritores que pertenecen a este grupo está el historiador Amalrik. Ha

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER

Leer

Revista crítica de libros

Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

SUMARIO

	Págs.
«Andrei Sajarov, conciencia de la humanidad», por Guido Brunner, sobre <i>Memorias</i> , de Andrei Sajarov, y otros libros	1-2-3
«El fuste de la razón», por Salvador Giner, sobre <i>The Crooked Timber of Humanity</i> , de Isaiah Berlin	4-5
«Lo bello, lo sublime y lo pintoresco», por Guillermo Carnero, sobre <i>La poétique du pittoresque en France de 1700 à 1830</i> , de Wil Munsters	6-7
«Lo esencial de un diccionario», por Manuel Alvar, sobre <i>Diccionario Esencial Santillana de la lengua española</i> , de autores varios	8-9
«El oficio de geógrafo», por Joan Vilà Valentí, sobre <i>Le métier du géographe. Un demi-siècle de géographie</i> , de Pierre George	10-11
«Una muerte sufí», por Eduardo Haro Tecglen, sobre <i>La cuarentena</i> , de Juan Goytisolo	12

Viene de la página anterior



bía escrito en 1969 una obra con el título *¿Puede sobrevivir la Unión Soviética al año 1984?* Su tesis era que la rigidez y el dogmatismo del sistema, junto con las fuerzas centrífugas nacionalistas de la periferia, acabarían con el imperio, que al final sería derrotado por China. Amalrik tuvo que exiliarse en 1976 y murió en 1980 en un accidente en Francia. Otro de los exiliados forzados de aquella época fue el después Premio Nobel de Literatura Joseph Brodski. Ambos fueron condenados por «vida parasitaria!»

Otra variante de la represión, la de reclusión en un manicomio, llegó a conocimiento de Sajarov en 1970, cuando el biólogo Medvediev fue condenado a reclusión psiquiátrica. En una de sus acciones espectaculares, Sajarov, actuando en solitario, consigue el apoyo de tantos artistas y científicos que Medvediev —gran excepción— es puesto en libertad a los diecinueve días.

Superar dificultades

El alto nivel de la ciencia rusa. Es otro de los aspectos a resaltar. Sajarov, hijo de un físico eminente, nos muestra hasta qué punto los científicos supieron superar las dificultades que les rodeaban, desde la falta de acceso a publicaciones extranjeras, el aislamiento internacional, el dogmatismo represivo del sistema, la pauperización general de la vida, hasta la militarización de las investigaciones y del desarrollo tecnológico. Es evidente que sin un tejido científico e industrial previo no hubiera sido posible ni siquiera producir material bélico en gran escala, como se hacía con éxito, si bien con una ayuda inicial americana, a partir de la Segunda Guerra Mundial. Sajarov se forma en la rama militarizada de la investigación científica, privilegiada y estructurada como órgano independiente de la sociedad. Sin embargo, él, como tantos científicos ilustres con los que tiene trato, los físicos Kapiza, Tamm, Seldovich o el ingeniero aeronáutico Tupolev, entroncan todos en la tradicional ciencia rusa con sus magníficos logros ya desde el siglo XIX y figuras de la categoría de Lemonosov y Mendeléyev. Estos sabios forman, en las universidades de las grandes ciudades y en los distritos cercados de desarrollo tecnológico militar, una verdadera isla de progreso frente al retraso general de la sociedad.

El más distinguido y anciano de estos colegas, Kapiza, protege repetidas veces a Sajarov. Es el único que se lo puede permitir. Exiliado hasta 1939, colaborador en Oxford del Premio Nobel Rutherford, investigador eminente, junto con el alemán Heisenberg y el danés Bohr, de la fisión nuclear, vuelve a su patria obligado por Stalin, si bien en condiciones científicas y personales brillantes. Es independiente hasta el punto de negarse, en 1946, a colaborar en la bomba atómica. El último favor que Kapiza hace a Sajarov data de 1980. Consigue de Breznev, cuando Sajarov está ya desterrado en Gorki, un permiso de salida al extranjero para Elena Bonner, su mujer. Escribe al político: «Respetado Leonid Ilich: Soy un hombre muy viejo y la vida me ha enseñado que la generosidad no se olvida. Salve a Sajarov. Tiene muchos defectos y un carácter difícil, pero es un gran científico de nuestro país. Respetuosamente, P. L. Kapiza».

En el desarrollo de un gran hombre, en su peripeca personal, hay un factor determinante, una causa última que predomina sobre las demás y le impulsa a alcanzar la plenitud de su proyecto vital. ¿Por qué un científico del nivel de Sajarov, que ha «hecho

carrera» dentro del sistema comunista y que, al ser de disposición un tanto autista, no se interesa por cuestiones sociales y políticas, se convierte en un político de talla y clarividencia? ¿Por qué sabe activar fuerzas anticomunistas e imponer al final la ruptura de un poder imperialista de setenta años? O, si se quiere, de doscientos años, porque lo que hemos vivido no es sólo el hundimiento de la Unión Soviética, sino el final del imperio ruso.

El factor desencadenante de la evolución de Sajarov fue, como corresponde a un científico, un razonamiento lógico que le conduce inevitablemente a consideraciones éticas. Sajarov encontraría, paradójicamente, la senda de su destino a través de un trabajo de encargo. En 1956 le piden que analice las nocivas consecuencias radiactivas de bombas nucleares supuestamente «limpias» que los americanos estaban desarrollando. De este encargo de diatriba «sesgada» con fines propagandísticos antiamericanos, nace en 1957 el artículo «El carbono radiactivo de explosiones nucleares y los efectos biológicos independientes del nivel de radiación». En síntesis, describe cómo, a cuenta de explosiones nucleares en la atmósfera, se producen, independientemente del volumen explosivo, mutaciones genéticas de virus y bacterias que hacen aumentar exponencialmente enfermedades hereditarias, el cáncer, la leucemia, etc. Calcula que ya entonces, en 1957, las experiencias realizadas de 50 megatoneladas producirían con el tiempo alrededor de 500.000 víctimas.

Desde este pensamiento llega a la conclusión ética: «La singularidad de este problema en su aspecto moral reside en que este crimen queda impune, puesto que en ningún caso de muerte se puede probar que ésta fue ocasionada por radiaciones y en que nuestros descendientes estarán indefensos ante las consecuencias de nuestros actos».

Sajarov pasa rápidamente del raciocinio a la acción. Junto con un colega consigue, en 1959, ser recibido por Khrushchov y le comunica sus objeciones. En mayo de 1961 —probablemente como «preparación ambiental» del muro de Berlín (13 de agosto de 1961)—, Khrushchov decide aumentar el número de explosiones nucleares en la atmósfera. Convoca al objeto una reunión en el Kremlin a la que asiste Sajarov. Este le manda una nota escrita: «Al camarada Khrushchov: Estoy convencido de que la reanudación de los experimentos es inoportuna desde el punto de vista de la relación de fuerzas entre la Unión Soviética y los Estados Unidos. ¿No cree usted que la reanudación ocasionaría un daño casi irreparable a las negociaciones sobre el cese de experiencias de este tipo, al desarme en general y a la paz en el mundo?» Khrushchov reacciona violentamente. En su discurso con ocasión del almuerzo que sigue, dice: «He recibido una nota del académico Sajarov. Dice que no necesitamos experimentos. ¿Pero nos lo puede demostrar...? Luego pasa de la técnica a la política e interviene en asuntos que no le conciernen... ¡De modo que ustedes experimenten sus bombas! Nosotros tenemos que conducir nuestra política desde una posición de fuerza... Yo sería un pelele si hiciera caso a gente como Sajarov».

Aquí comenzaría el calvario de persecuciones de Sajarov, pero también su progresiva toma de conciencia. Culminaría en el resquebrajamiento de los fundamentos del poder del comunismo. En cuanto a Khrushchov, poseído como estaba del demonio de paridad con los Estados Unidos, perdería rápidamente el sentido de la realidad, se lanzaría a la aventura cubana en 1962 y

poco después sería eliminado de su cargo por Breznev.

En adelante, Sajarov va ampliando paso a paso su temario. Se sitúa ya decididamente en el terreno de las reformas de la sociedad, del Derecho y de las relaciones internacionales. En 1968, el año de la Primavera de Praga, publica su trabajo *Pensamientos sobre el progreso, la coexistencia pacífica y la libertad intelectual*. Nos dice: «La idea básica del ensayo era: la humanidad ha alcanzado un momento crítico en su historia en el cual los peligros de destrucción nuclear, autoenvenenamiento ecológico, hambre, explosión demográfica no controlada, deshumanización y mitificación dogmática, pesan sobre nosotros». Sajarov propone como solución «una convergencia (acercamiento) de los sistemas socialista y capitalista».

Consideraciones tácticas

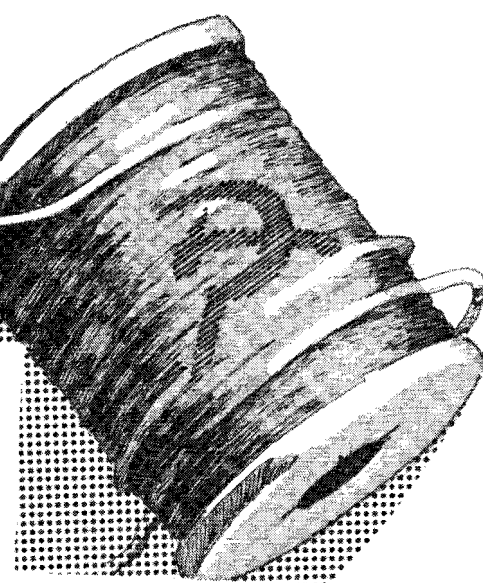
La demanda está fundada, posiblemente, en consideraciones tácticas. Era el máximo al que la dictadura comunista le permitía aspirar. Pero posiblemente esté también basada en una apreciación equivocada de la reformabilidad del sistema en que vivía. ¿No nos hemos engañado todos respecto a la viabilidad de algunas tesis del socialismo? ¿Quién se daba cuenta entonces de que todos sus «logros» acabarían en el basurero de la historia, de que —como se ha dicho— «el marxismo vuelve a la Biblioteca británica de donde salió»? En la patria de Potemkin, el de los pueblos de mera fachada, el comunismo era la mayor mentira y «el marxismo la mayor fantasía de la historia» (Leszek Kolakowski).

Con el tiempo, Sajarov se distancia gradualmente de la idea de acercamiento de los dos sistemas. En los años ochenta ya propugna abiertamente el paso hacia una democracia pluralista. Su «convergencia» tiene cada vez más tintes occidentales. Su discurso se vuelve amenazador frente al totalitarismo reinante por su «globalidad teórica con validez universal» (Sóbchak).

Las consecuencias no se hacen esperar. En adelante, el Estado soviético sometería a Sajarov a toda vejación imaginable, desde la observación sistemática, los allanamientos de morada, la pérdida de privilegios, la reducción de sueldo, la revocación de condecoraciones, impedimentos a sus viajes y a los de sus familiares, hurto de documentos, detenciones arbitrarias, calumnias en anónimos y medios de comunicación —no podía

RESUMEN

El embajador alemán en España, Guido Brunner, leyó en su momento las memorias de Andrei Sajarov y aplazó su comentario a la espera de que acontecimientos posteriores, en la hoy desaparecida Unión Soviética, dieran una mayor actualidad a lo allí escrito por esa conciencia de



ARTURO REQUEJO

faltar este instrumento de terror psíquico—, violencia física, hasta, finalmente, el destierro y la incomunicación. Sajarov afrontó todas las humillaciones. No se doblegó. Al contrario, su resistencia creció. También su esfuerzo intelectual, ampliando la gama de sus argumentos, desde 1974, a los derechos humanos estipulados en la Carta de Helsinki. A partir de 1979, la invasión soviética de Afganistán le induce ya a una crítica fundamental de la política exterior imperialista de su país.

«Su clara inteligencia científica, inalterable frente a reproche o halago, su autoestima como persona que se demandaba esfuerzos de tal alcance que las críticas de otros perdían todo sentido y peso, esto era en mi opinión el secreto de la invencibilidad de Sajarov», nos dice Sóbchak. En medio de un despotismo totalitario que sojuzgaba a masas por centenares de millones, un individuo solitario osó interponerse en el camino de la troika de fe, miedo y mentira (Thomas Ross) que arrastraba aquel sistema destructor.

¿En qué medida Sajarov determinó el fin del comunismo soviético? Es plantear la pregunta eterna sobre el papel de la personalidad como factor histórico; al tiempo, la de la concatenación de causas cercanas y remotas en un acontecimiento de trascendencia. No hay respuestas satisfactorias. Pero cabe preguntarse: ¿Hubieran sido las cosas iguales sin el inmenso magnetismo que irradiaba la vida, obra y personalidad de este gran científico ruso, sin su pensamiento político preclaro y su ejemplo moral? Ciertamente, no. Andrei Sajarov soñó la libertad para su pueblo y la paz y el progreso para la humanidad. Luchó con todas sus fuerzas para convertir su sueño en realidad y ahora, después de morir, su pensamiento está adquiriendo vigencia. Sajarov es un gigante que proyecta una gran sombra sobre nuestro presente.

Para Paco Fernández Ordóñez en recuerdo de nuestra juventud estudiantil en el Caserón de San Bernardo, cuando ni soñábamos con esto.

la humanidad, como le llamó el Comité del Nobel. Y ahora, enriqueciendo su opinión con otros libros de y sobre figuras como Yeltsin o Shevardnadze, se pregunta en qué medida pudo determinar Sajarov —que soñó la libertad para su pueblo— el fin del comunismo soviético.

Andrei Sajarov

Memorias

Plaza-Janés, Barcelona, 1991. 995 páginas. 3.500 pesetas.

Eduard Shevardnadze

Die Zukunft gehört der Freiheit (El futuro pertenece a la libertad)

Rowohlt Verlag, Reinbeck bei Hamburg, 1991. 345 páginas.

John Morrison

Boris Yelzin. Retter der Freiheit (Boris Yeltsin. Salvador de la libertad)

Verlag Ullstein, Berlín, 1991. 415 páginas.

El fuste de la razón

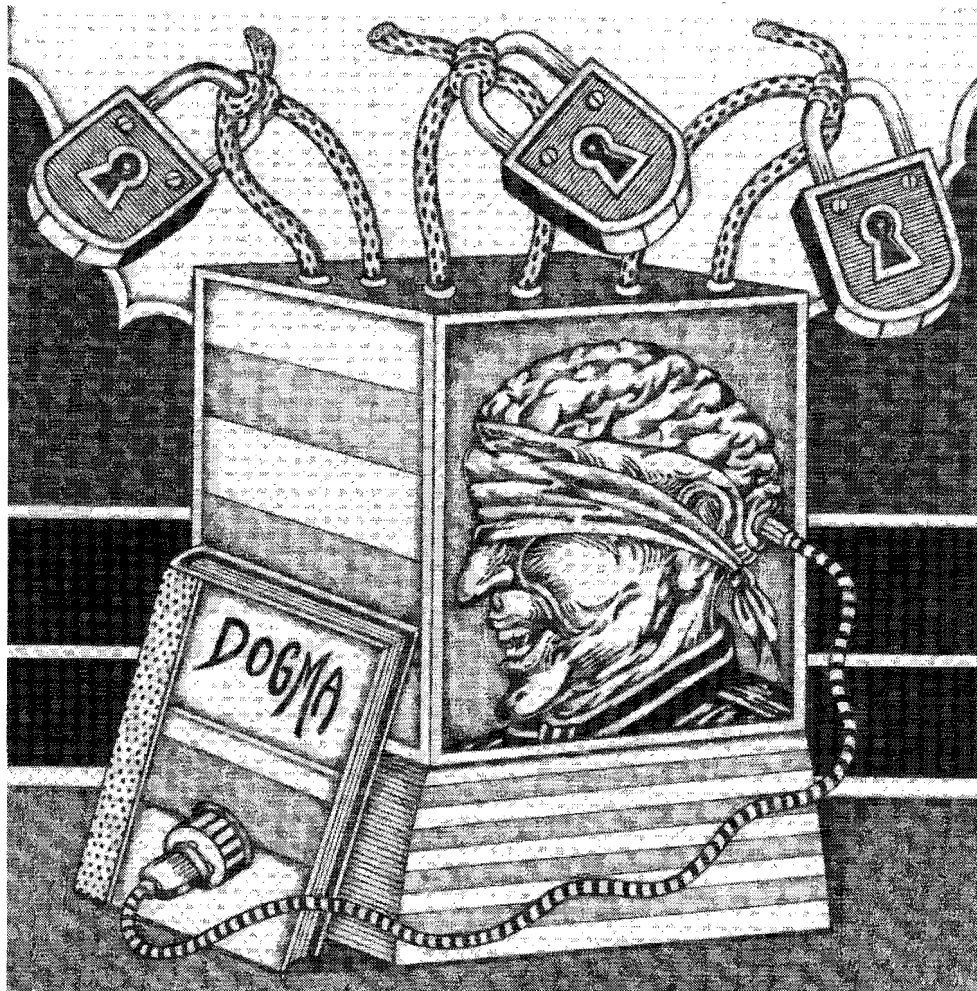
Por Salvador Giner

Salvador Giner (Barcelona, 1934) es catedrático de Sociología en la Universidad de Barcelona y director del Instituto de Estudios Sociales Avanzados (CSIC). Ha sido docente de sociología y filosofía social en varias universidades extranjeras, sobre todo en Inglaterra. Es autor, entre otros escritos, de Historia del pensamiento social, Sociedad masas, Ensayos civiles, La sociedad corporativa, Sociología y filosofía moral y El destino de la libertad.

Por la vía de la razón buscamos la certidumbre. Ella, y sólo ella, nos puede acercar a la verdad. Ese es el convencimiento esencial de la tradición filosófica (y por extensión, científica) occidental. En muchos momentos de nuestra historia también se aceptaba que la verdad era alcanzable a través de la Revelación y la fe y, siempre, o con muy pocas excepciones, se ha considerado la poesía y el arte como sendas legítimas hacia lo verdadero. Pero si algo ha caracterizado a la tradición europea y a sus ramificaciones posteriores ha sido su inclinación singular a privilegiar el poder cognoscitivo de la razón. Ello no se ha hecho sin ciertas nociones esenciales acerca de la naturaleza de la verdad que tal razón indaga.

Como señala al respecto Sir Isaiah Berlin, las concepciones de los racionalistas europeos (y sobre todo las de los más impresionados por los avances de las matemáticas y las ciencias naturales) tenían como denominador común un ideal platónico: el de que todas las preguntas genuinas deben tener una (y sólo una) respuesta verdadera. Cada problema o cada pregunta tiene una respuesta. Es tarea de la razón dar con ella. Por otra parte, afirmar que una respuesta racional (en forma de una teoría, un valor o un aserto) es verdadera significa que todas las demás que versen sobre lo mismo son necesariamente falsas. En el ensayo "La búsqueda del ideal" (con el que apropiadamente se abre su último libro, *El torcido fuste de la humanidad*), Berlin muestra cómo el corolario lógico a este supuesto fundamental del legado racionalista era que las diversas verdades que la ciencia y la razón humana fueran descubriendo debían ser mutuamente compatibles y formar, por tanto, un todo coherente. Según él mismo relata, fue al estudiar el pensamiento de Maquiavelo cuando descubrió que —si bien la compatibilidad mutua entre verdades diversas puede ser indiscutible en varios campos de la realidad conocida, sobre todo en la ciencia experimental— en el terreno de los valores últimos las cosas pueden tomar un muy diverso cariz. Así, y sin que puedan en modo alguno declararse falsos, «no todos los valores supremos perseguidos por la humanidad hoy o ayer son compatibles entre sí». Esa constatación, agrega, socavó su «supuesto anterior, basado en la "philosophia perennis" de que no puede haber conflicto entre fines genuinos y que existen respuestas verdaderas a los problemas cabales de la vida».

Exploraciones de pensadores posteriores a Maquiavelo, y en especial las dedicadas a Giambattista Vico y a Johann Gottfried Herder, llevaron a Isaiah Berlin a reflexionar sobre las radicales consecuencias de esta constatación, tanto para el racionalismo occidental como para la comprensión moderna del mundo humano. Los valores de cada cultura difieren entre sí, pero la carga de verdad que tengan los de una no invalida la que tengan los de la otra. Si nos fijamos en lo que Herder llamó «el centro de gravedad» en torno al cual se conforma cada civilización, veremos que no es ni comparable ni conmensurable con otros centros de gravedad parejos. Hemos aprendido pues que cada cultura tiene su verdad credencial, moral y estética y que



JORGE WERFFELI

no existe una progresión lineal de la una a las otras, ni de las más antiguas a las más modernas. Así, Rembrandt no «es mejor» que Giotto por haber vivido siglos después, ni Shakespeare que Dante por la misma razón.

Si cesara aquí el razonamiento de Berlin nos encontraríamos que su aportación en este terreno se había de fundir, de alguno u otro modo, con la corriente de relativismo cultural que han consolidado en nuestra época ciertas escuelas filosóficas, antropológicas y sociológicas. Algunos discípulos de Wittgenstein, por ejemplo, han intentado demostrar que cada sociedad posee sus propios criterios intransferibles de comprensión y explicación de la realidad: no sólo poseen su propia moral y sus propias creencias, sino también su lógica y su racionalidad, inaccesibles a la nuestra. Sin que ello deba impedirnos seguir indagando las exóticas costumbres, modos y maneras de quienes caen fuera de nuestra propia esfera mental y nuestro propio universo de discurso, lo único que nos cabe —al menos de acuerdo con nuestras específicas reglas racionales de pensamiento— es suspender todo juicio, sumirnos en el más militante escepticismo. Ese escepticismo, naturalmente, debe extenderse a toda concepción de la naturaleza humana. No es que la verdad allende los Pirineos sea distinta de la nuestra, es que las gentes también lo son. Y no digamos a entrambas orillas del Estrecho de Gibraltar. Esta posición confina el ejercicio de la razón a nuestra cultura y aún, diría yo, a un cierto islote de clase, región o ambiente dentro de ella, la demarcación de cuyas fronteras se me antoja ardua.

Relativismo y pluralismo

Berlin ha demostrado que no fue solamente el positivismo lógico —que él mismo sometiera a crítica en el momento de su consolidación en los países anglosajones— el que, con su eliminación de la metafísica y la entronización de un solo criterio de validez discursiva, abrió las puertas a un escepticismo epistemológico radical entre culturas como

el que acabo de indicar. Sus investigaciones sobre la historia del pensamiento social europeo enseñan que las dificultades de comprensión entre mentalidades y discursos diversos fueron detectadas mucho antes de que se dejaran sentir los efectos de las doctrinas generadas por el Círculo de Viena a partir de los últimos años 20. Y ello con un talante muy distinto, capaz de salvar la racionalidad de su zozobra en el mar del relativismo. Así, los descubrimientos de Vico a principios del siglo XVIII y los de Herder a finales del mismo se centran sobre la inconmensurabilidad de las culturas pero no imposibilitan la comunicación entre sus representantes.

Las disyuntivas que ha generado el descubrimiento de la inconmensurabilidad de los valores fundamentales de cada concepción del mundo pueden salvarse, argumenta Berlin, si, siguiendo a aquellos clásicos, mantenemos la posibilidad de la existencia de una naturaleza humana, detectable y teorizable por encima de los ataques del relativismo. Por lo pronto, constata Berlin, hay una intercomunicación de las culturas a través del tiempo y el espacio: es evidente que no tengo por qué participar de las actitudes y preocupaciones de los antiguos, o de los hombres de otras civilizaciones, para comprender sus cuitas y tragedias, sus anhelos y frustraciones. La experiencia cotidiana, así como el estudio, corroboran siempre la existencia de una común humanidad. Múltiples son los fines que perseguimos, no sólo entre culturas sino dentro de una misma, sobre todo en sociedades pluralistas como son las nuestras, «pero no son infinitamente múltiples: deben caer todos dentro del horizonte humano. De lo contrario están fuera de la esfera humana». Otra cosa, muy distinta, es que las civilizaciones choquen entre sí, que surja el conflicto entre culturas y dentro de ellas. El caso clásico, dentro de la nuestra propia, es la tensión que endémicamente aparece entre los imperativos de la libertad y los de la igualdad, ambos valores centrales de nuestra esfera política. Valores, además, ambos igualmente racionales.

Invocar a la naturaleza humana para explicar la comprensión entre universos cul-

turales diferentes no significa preconizar una versión específica de ella, sino tan sólo afirmar su existencia y dejar abierta la tarea de descubrirla. En todo caso este referente permite a Berlin admitir la multiplicidad de los valores y al mismo tiempo negar el relativismo moral y cultural. Si podemos comprender a través del tiempo, del espacio y de las creencias, los valores, ideales y formas de vida de los demás, ello se debe a la existencia de una base firme y común, la de nuestra humanidad compartida. Hay, pues, que distinguir entre el mero relativismo y el pluralismo. Este consiste en «la concepción de que hay muchos fines diferentes perseguidos por los hombres y éstos siguen siendo, no obstante, plenamente racionales, humanos, capaces de comprenderse los unos a los otros, compadecerse e iluminarse entre sí». Si ello no fuera así cada civilización estaría encerrada en su propia «burbuja impenetrable». Berlin basa su argumento en pro de la inexistencia de estas burbujas comunicantes, a las que cabría llamar mónadas sociales, no sólo sobre la existencia de una naturaleza humana, sino muy especialmente en su afirmación de que hay un mundo de «valores objetivos». Son éstos aquellos fines que persiguen los hombres por sí mismos, y para los cuales las demás cosas son medios. Tales fines, o valores objetivos, pueden ser o no ser los míos, pero puedo comprenderlos y entender por qué otros seres humanos los anhelan o se esfuerzan por conseguirlos.

La razón totalitaria

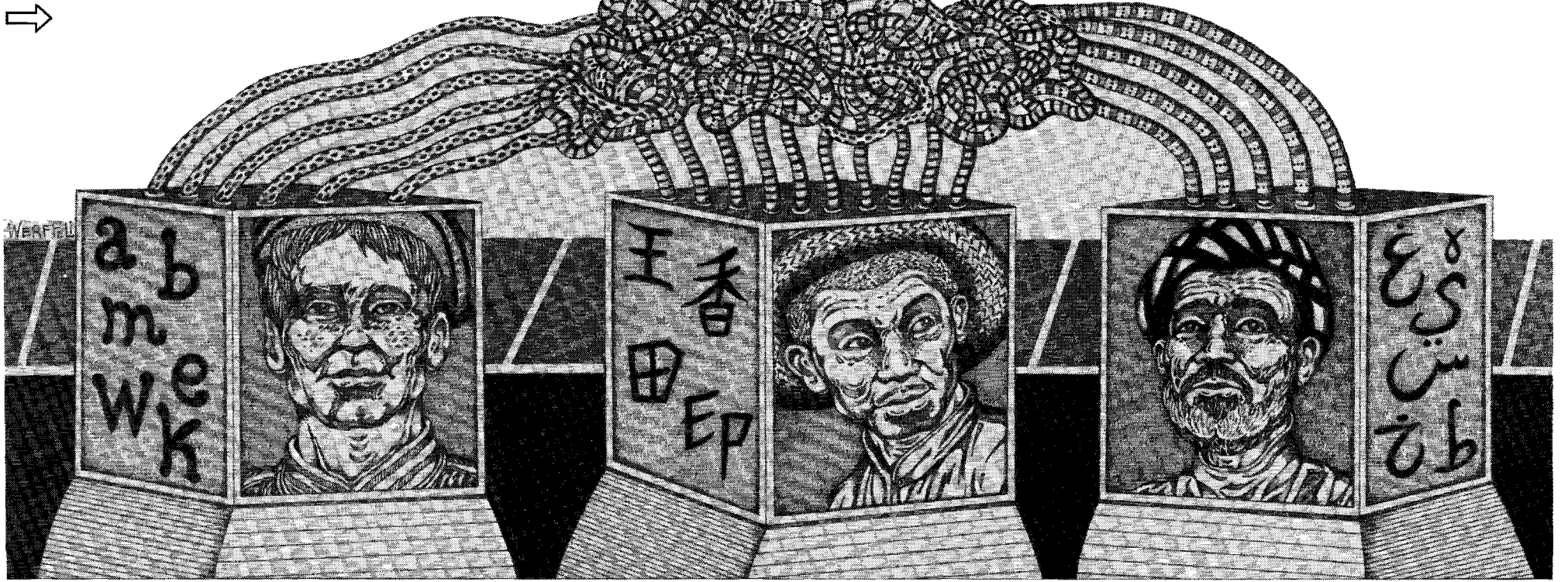
Lo que no es posible sostener, ante la pluralidad de valores, tanto entre culturas como dentro de ellas, es que puedan producir un todo perfecto y coherente. Sólo la mentalidad totalitaria puede intentar hacernos creer en la necesidad de la peligrosa armonía de la absoluta coherencia. El hombre racional, en cambio, debe ser liberal (en el sentido castizo y antiguo de la palabra castellana, podemos añadir) precisamente porque es consciente de las irracionalidades de ese «racionalismo» de la armonía a ultranza. Si hay en esta vida decisiones angustiosas, elecciones trágicas, ello se debe al inevitable conflicto entre valores, igualmente dignos de ser sostenidos, que no pueden coexistir: «Algunos de los Grandes Bienes no pueden vivir juntos: he aquí una verdad conceptual», dice Berlin. Por ello quienes no piensan, porque obedecen a sus dueños o guías, son felices. Se ahorran así la angustia de la elección entre verdades incompatibles, aunque no sepan bien lo que es ser humano.

Muchas de estas gentes obedientes han sido sacrificadas en los altares de la abstracción por quienes les han dictado órdenes en nombre de mundos coherentes y cerrados. Fue, dice Berlin, el radical ruso Alexander Herzen quien, tras la revolución de 1848, indicó la aparición histórica de una forma nueva de sacrificio humano, el que había de realizarse sobre tales altares abstractos: el partido, la nación, la iglesia, el progreso, las leyes de la historia. Altares todos ellos sedientos de matanza humana. Cita así Berlin estas palabras de Herzen, proféticas y terribles, si las escuchamos desde las postrimerías de este siglo teñido de fanatismos urdidos en el mismo seno de su pretensión racionalista:

«Si el fin es el progreso ¿para quién nos esforzamos? ¿Quién es este Moloch que, a medida que a él se acercan los sufridos trabajadores, en vez de recompensarlos, se retira, y que, por todo consuelo para las multitudes exhaustas y condenadas que gritan "morituri te salutant", sólo puede darles la burlona respuesta de que



Viene de la página anterior



JORGE WERFFELLI

tras su muerte la vida será bella sobre la tierra?»

De esta guisa pone de manifiesto Berlin la íntima conexión lógica que une el racionalismo dogmático con la ideología totalitaria. La paradoja consiste en que reconocer, frente a ello, la pluralidad de ciertas verdades (en especial las morales y las políticas) y alcanzar la sabia persuasión de que no es posible tener todo a la vez, tanto en principio como en la práctica, no es caer en el irracionalismo. Es, antes bien, todo lo contrario: permitir la posibilidad de la pervivencia de la razón en un mundo por esencia contradictorio.

La tentación del racionalismo dogmático (que niega, de hecho, la racionalidad) nos hizo llegar a pensar que la sociedad perfecta era posible. En sus reflexiones sobre "El declinar de las ideas utópicas en Occidente" —otro de los ensayos que componen *El torcido fuste*— nuestro autor hace explícitas aún más las íntimas relaciones que existen entre los postulados que he reseñado más arriba (a cada cuestión genuina le corresponde una sola respuesta; existe un método para obtener respuestas correctas; todas las respuestas correctas son compatibles entre sí) y la confección de utopías. Aunque éstas tengan raíces judaicas o cristianas, fue la aparición del racionalismo progresista laico lo que hizo creer que la salvación humana dependía de encontrar la respuesta secular y política correcta a los problemas de nuestras sociedades. Y en cuanto alguien creyó dar con ella se abandonaron las meras hipótesis y metáforas de las utopías clásicas para entregarse a las que imperativamente conducían a la acción. Comprender es actuar, según Karl Marx. Su unidad de la teoría y la práctica es la imposición de las verdades halladas (verdades sin alternativas, verdades «científicas») a la sufrida y descarriada humanidad. En eso Marx no se desviaba de la tradición occidental, para la que el conocimiento no es meramente descriptivo, sino que es también virtud. El conocimiento nos indica cómo vivir, y si es científico (como en la expresión «socialismo científico») más aún. Si cometemos crímenes, o nos explotamos los unos a los otros, es porque no sabemos lo suficiente, no aplicamos la razón y su manifestación palpable, la ciencia. He aquí una herencia de la Ilustración cuyos resultados han sido nefastos.

La idea de la sociedad perfecta es dañina. (No así la de la Buena Sociedad, si es entendida como propuesta a considerar, y mientras no se tergiverse y degenera en el totalitarismo de la perfección.) Berlin se esfuerza por combatir, tanto en sus insuperadas interpretaciones en el campo de la historia del pensamiento social, como en sus luminosos ensayos filosóficos, la homogeneización de las formas de vida o de los proyectos de convivencia que entraña toda concepción perfeccionista. Denuncia así la exigencia de autoridad e imposición que suele acompañar a los que, con arrogancia, dicen conocer el

secreto del Edén. Si por un lado hay una común naturaleza humana, por otro hay variedades temperamentales y pasiones diversas. Si por un lado hay una sociedad humana, por otro cada una de sus manifestaciones es irreducible a las demás: «La idea de una sociedad única y perfecta para toda la humanidad debe ser internamente contradictoria, porque la Valhalla de los germanos es necesariamente diferente de la idea de la vida futura de los franceses, porque el paraíso de los musulmanes no es el de los judíos o los cristianos». Estos valores no se descubren, agrega, se crean. Mediante ellos se intenta a veces producir la armonía universal y también la eliminación del pluralismo, con frecuencia a través de algún ente abstracto, como pueda ser el estado, o una clase imbuida del progreso irreprimible de la historia, o un partido que afirme representarlo sin más credenciales que sus proclamas y su terror institucional. Sabemos, sin embargo, que no es factible la perfección, y que hay verdades distintas y valoraciones diversas de la vida. Por ello, según Berlin, el concepto de un bien común que sea válido para toda la humanidad reposa sobre un error radical y trágico.

El irracionalismo generado por los románticos no se basa solamente en su introducción del emotivismo en nuestra cultura: la teoría de que nuestros valores son expresiones de nuestras inclinaciones y no descripciones objetivas de situaciones de hecho. Estriba también en su incapacidad por asumir la naturaleza endémicamente conflictiva de la vida social. Hegel, Proudhon, Marx asumían, claro está, las tribulaciones de la historia, su gran despliegue dramático. Pero esperaban que alcanzaríamos a la postre (si no nosotros mismos, por lo menos nuestros descendientes) un sereno y cristalino futuro, un Edén perfecto, el reino material de la razón. Como apunta Isaiah Berlin en su ensayo "La apoteosis de la voluntad romántica" también incluido en *El torcido fuste de la humanidad*, la idea de una edad dorada futura, compuesta de todas las soluciones correctas a los problemas cruciales de la vida humana es incoherente en principio. Y pensar que ello depende de nuestra voluntad es falaz. Mal servicio nos prestó el Romanticismo con su doctrina de que la moralidad es fruto de la voluntad y que los fines se crean, no se descubren. Y añade:

«... este movimiento es justamente condenado por su monstruosa falacia de que la vida es una obra de arte, o puede hacerse que lo sea, que el modelo estético puede aplicarse a la política, que el guía político es... un artista sublime que conforma a los hombres según su designio creativo, lo cual conduce en la práctica a una peligrosa insensatez teórica y a una brutalidad salvaje...»

Aunque todo no es negativo en el Romanticismo, pues a él le debemos que: «haya hundido para siempre la fe en una verdad universal y objetiva en asuntos de comportamiento, en la posibilidad de

una sociedad perfectamente armoniosa y del todo libre de conflicto, injusticia y opresión.»

Es comprensible, desde nuestra perspectiva, entender el afán de los herederos románticos y revolucionarios de la Ilustración, ese afán que los poseyó por imponer su certidumbre (para ellos, incontrovertible en su cientificidad) a una sociedad convulsa como la suya, presa de las dislocaciones del capitalismo ascendente. Por ello es menester distinguir con cuidado entre la confianza de los teóricos del progreso, apoyados en su más vehemente y sincera creencia en las posibilidades de sus ciencias de la humanidad —como fue el caso de Comte y Marx, por ejemplo— y para las que no se planteaban dudas graves ni problema epistemológico alguno, y la degradación posterior de sus concepciones a manos de los ideólogos y doctrinarios del totalitarismo del siglo XX. Pero a todos ellos unía una misma creencia en la existencia de una sola verdad moral y en la falsedad de toda respuesta que con ella no coincidiera.

Una de las tareas de Berlin ha consistido en no dar cuartel a quienes han seguido esta peligrosa vía muerta del pensamiento moral y político, nacido de una interpretación romántica de la razón y de la ciencia, incluida la ciencia social en su entrelazamiento con la ideología. Por ello, la caída de los regímenes totalitarios stalinistas podría inclinar a algún observador a pensar que su filosofía va, en este terreno, demasiado ligada a una fase histórica de conflicto que ha tenido lugar entre el pensamiento liberal y el marxista de corte leninista. De ser así podría concluirse que seguir en su empeño sería, hoy, dar lanzadas a moro muerto. Hay, a mi juicio, una pizca de razón en esta posición, pero sólo una pizca. Isaiah Berlin es un representante muy vigoroso y original del pensamiento liberal europeo de hoy, si bien, preciso es decirlo, no del liberalismo doctrinario que lo unce, sin más, al capitalismo. De modo claro y enfático, por ejemplo, Berlin no es enemigo de las soluciones del socialismo democrático o de la socialdemocracia, lo cual ya lo sitúa a una distancia abismal de quienes han identificado la libertad con el mercado capitalista, falacia en la que no es éste el lugar para entrar. Ese pensamiento no puede separarse, desde 1917 hasta 1991, de un debate intensísimo entre los pluralistas y los monistas, tanto a nivel político como en el terreno de la

filosofía moral, mas ello no lo condena a la arqueología. Los peligros del prejuicio de que debe haber una coherencia absoluta entre todos los valores políticos o morales continúan acechando. Deben, por tanto, seguir siendo puestos en evidencia.

En este terreno del pluralismo las aportaciones conceptuales y teóricas de Berlin se han adelantado en decenios a algunas de las soluciones que parecen ir hallando, hoy en día, algunas escuelas del pluralismo relativista. La diferencia que salta a la vista, con evidente ventaja para Berlin, es que los redescubridores contemporáneos del pluralismo se ven forzados a aceptar un «todo vale» relativista porque no se sienten inclinados a admitir que pueda haber a la vez una variedad de experiencias, concepciones y soluciones morales por un lado, y un sustrato común a todos los hombres que pueda permitir la comunicación entre todos, por ardua y penosa que sea, por otro. Es decir, no se sienten en condiciones de distinguir entre un pluralismo que acepta la objetividad de los valores de cada cual, o de cada comunidad cultural, y el que lo confunde con el relativismo. Esta es la posición de quienes a sí mismos hoy se definen como representantes del «pensamiento débil» o del por ellos llamado «posmodernismo». Frente a estos débiles pensadores hallamos la sutil lección de Berlin: no es preciso renunciar a la Ilustración, pero hay que redescubrir su complejidad, su propio pluralismo, y ser selectivo. Asumir, por ejemplo, el legado pluralista de Vico, pero mirar con desconfianza y cautela tanto el optimismo racionalista del Marqués de Condorcet como el pesimismo de los nihilistas posteriores, no menos románticos que él; hacer nuestros los anhelos de acrecentamiento de saberes por medio de la ciencia pero no pretender que ella sola pueda resolver el sentido moral de nuestra condición, ni guiarla por la senda de la libertad.

«De un leño tan torcido como aquel del cual ha sido hecho el ser humano nada puede forjarse que sea del todo recto.»

Estas palabras de Kant, de las que nace el título de *El torcido fuste de la humanidad*, inspiran la mirada serena y melancólica a la vez con que Isaiah Berlin considera nuestra situación, nuestras posibilidades, y el conjunto de errores que han enturbiado la puesta en práctica de los ideales racionalistas a los que no es posible ni deseable renunciar. |||

RESUMEN

El último libro del profesor sir Isaiah Berlin, fellow del All Souls College, en Oxford, y que comenta Salvador Giner, recoge un número importante de ensayos en los que

se resume gran parte de su sabiduría como filósofo moral y político y pensador de la racionalidad y la civilización occidental.

Isaiah Berlin

The Crooked Timber of Humanity

John Murray, Londres, 1990. 276 páginas. 18.95 libras esterlinas.

Lo bello, lo sublime y lo pintoresco

Por Guillermo Carnero

Guillermo Carnero (Valencia, 1947) es doctor en Filosofía y Letras y catedrático numerario de la Universidad de Alicante. Dirige la revista «Anales de Literatura española». Ha publicado, entre otros trabajos, Los orígenes del Romanticismo reaccionario español: el matrimonio Böhl de Faber, La cara oscura del Siglo de las Luces, así como ediciones críticas.

Las lenguas son el registro y el código de valores de las comunidades que las usan, y la piedra de toque que permite calibrar su vocación y su capacidad de sutileza en la captación y definición del mundo. Como pueblos nómadas que transportaran consigo los despojos de sus antepasados, son también depósito de ideales perdidos y de ilusiones muertas que se ponen de manifiesto en la erosión y en el desplazamiento semánticos, en la sinonimia y en el uso degradado de términos despojados por el tiempo de la riqueza de matices y de la acuidad intelectual que antaño los distinguieron y caracterizaron. Los dadaístas, expertos como nadie en intuiciones explicables desde la idea spengleriana de ruina cultural, formularon, entre otros, dos conceptos con los que dar cuenta del desprecio hacia los valores estéticos del pasado: el «ready-made» y el «ready-made inverso o recíproco». Si el primero resultaba de la proposición de lo vulgar para usurpar la función y el rango de lo estético, el segundo consistía en asignar a lo estético funciones innobles y utilitarias. Como Giocondas con bigote o convertidas en tablas de planchar, los conceptos básicos de la estética del siglo XVIII (lo Bello, lo Sublime y lo Pintoresco) padecen en la lengua de hoy

una vida póstuma que es uno de los mayores obstáculos para la comprensión de aquella época que fue aurora de nuestro crepúsculo.

Decía John Dennis que la obra de toda criatura razonable debe su belleza a la regularidad, porque la razón es norma y orden. Según Christopher Wren, llamamos Belleza a un acorde armónico de objetos que produce placer a la vista, a consecuencia de su uniformidad y regularidad geométricas, hasta tal punto que puede formularse, tan incontestable como una de las naturales, la ley que establece que las figuras geométricas y simétricas son más bellas que las irregulares. Winkelman afirmaba que la tranquilidad es el estado natural de la Belleza, y que los artistas de la Antigüedad supieron, al representar a sus héroes, insinuar tan sólo las pasiones que todo hombre inteligente sabe contener. Y nuestro Ignacio de Luzán, en su *Poética*, de 1737: «La variedad hermosa los objetos y deleita en extremo, pero también cansa y fatiga, siendo necesario que para no cansar sea reducida a la unidad que la temple y la facilite a la comprensión del entendimiento (...) De la variedad y unidad proceden la regularidad, el orden y la proporción (...) Estas tres calidades son también necesarias como las otras para la belleza de cualquier especie, porque lo irregular, lo desordenado y desproporcionado no puede jamás ser agradable y hermoso (...) Es fácil aplicar todo lo dicho a los cuadros de un jardín, a un palacio, a un templo y a todos los demás objetos a quienes damos el nombre de bellos».

La Belleza, en el sistema estético del XVIII, exigía una limitada variedad que no obstaculizara la percepción unitaria, y regularidad, simetría, orden y proporción. Aunque

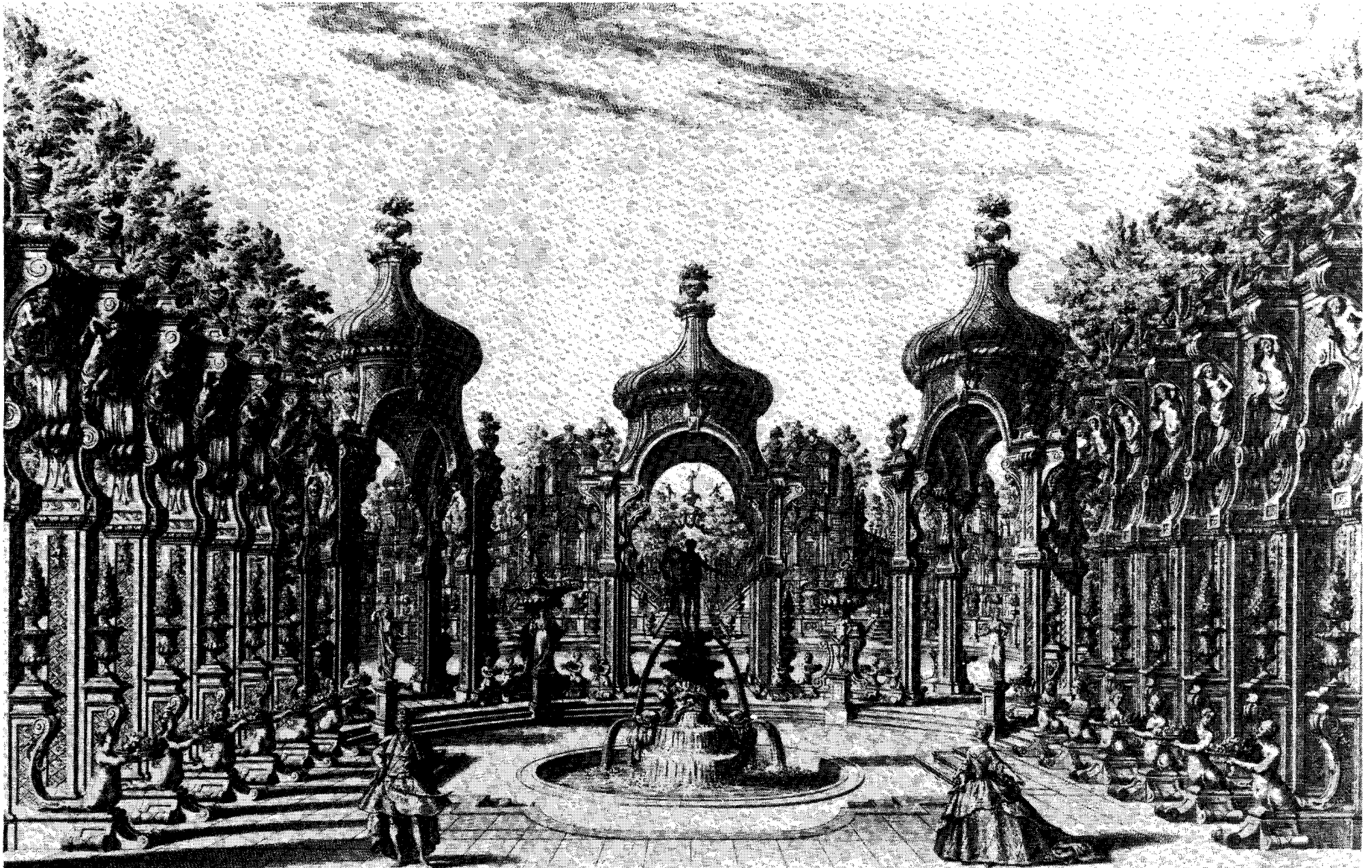
lo bello se aprehendiera por los sentidos, debía atravesarlos sin tumulto y ser intelectualmente recibido, produciendo en ello un placer sereno.

Pero sería un error suponer que el XVIII anduvo siempre tras la serenidad, y que admitió sólo las emociones insinuadas o contenidas. Junto al de Belleza, acuñó el concepto de Sublimidad, procedente de la tradición retórica clásica, de Cicerón al pseudo Longino, en la que designaba el estilo llamado a persuadir por medio de la efusión y el desarreglo emocionales. El XVIII superó el enfoque retórico llamando sublime a lo que, en el pensamiento, la Naturaleza o el Cosmos nos afecta por su magnitud y energía. Edmund Burke, en su *Philosophical Enquiry* de 1757, lo perfiló desde la psicología de la emoción. Llamó placer «positivo» al que resulta del efecto agradable de la actuación de una causa concreta, y placer «relativo» o «deleite» al que procede de la disminución o desaparición del dolor o del miedo (que es anticipación de un dolor futuro). Señaló Burke que las emociones más fuertes son las correspondientes al dolor o al miedo en grado máximo, es decir, a la pérdida de vitalidad o a la muerte, y llamó terribles a los objetos capaces de provocarlas. Así, cuando éstos no están en situación de alcanzarnos y dañarnos, y tras el inicial terror instintivo nos percatamos de ello, sentimos el máximo deleite. Lo Sublime es aquello que tiene la virtud de producirnos el sumo deleite. Es sublime la oscuridad porque implica la posibilidad de todo riesgo y porque anula la vista, el sentido primordial en nuestra relación con el mundo y en nuestra defensa frente a él; son sublimes el poder, la fuerza y la energía cuando superan los nuestros; lo es el tamaño

porque se asocia al poder y porque extensión, altura y profundidad son obstáculos insalvables para las facultades humanas.

De acuerdo con tal razonamiento, lo infinito es el paradigma de lo sublime. Lo infinito mismo (como el espacio cósmico) nunca podrá ser percibido por el hombre: no lo captaría un ojo inmóvil, tampoco llegaría a recorrerlo un ser perecedero. Pero sí nos es dada la intuición sensorial de la infinitud, ante lo muy grande o ante lo que parece extenderse sin fin, gracias a la sucesión (desarrollo visual en la misma dirección, que la imaginación prolonga ilimitadamente), la uniformidad (que evita la dispersión de la imaginación) o la oscuridad (que oculta los límites físicos).

Según Burke, el placer positivo producido por la Belleza es emoción débil frente al máximo deleite asociado al terror que infunden los objetos sublimes. Y las características de lo Bello se oponen a las de lo Sublime: la pequeñez o el tamaño propio de la dimensión humana, la delicadeza (o sea, la falta de poder y fuerza). Lo Bello y lo Sublime muestran así las dos caras, complementarias y opuestas, del universo estético del XVIII. Son sublimes el Cosmos y la Naturaleza salvaje (la noche, las altas montañas, las tempestades y terremotos); lo es lo asociado con la muerte y los abismos del tiempo (los sepulcros, las ruinas); lo es una época como la Edad Media, caracterizada por las pasiones desbordantes, las creencias oscuras, el idealismo exaltado, la violencia sanguinaria y el estilo gótico. Escribió Kant que «las grandes encinas y los parajes umbríos de un bosque sagrado son sublimes; los macizos de flores



Un trabajo de Giuseppe Galli Bibiena.

Viene de la página anterior



y los setos recortados por el jardinero son bellos. La noche es sublime, el día es bello (...). Lo sublime es siempre vasto, pero lo bello puede ser pequeño (...). Lo sublime terrible, cuando se produce fuera de lo natural, se convierte en lo fantástico», y la última observación es notablemente aguda, por contemporánea de *The Castle of Otranto* de Horace Walpole, la novela que inicia el género terrorífico y «gótico» que el XVIII ofreció al Romanticismo del siglo XIX. El concepto de sublimidad explica la irrupción en la literatura (Rousseau, Meléndez Valdés, Edward Young, Cadalso, Mary Shelley), la pintura (Caspar Wolf, Hubert Robert, Goya) o la arquitectura (Strawberry Hill, Fonthill Abbey) de la Naturaleza majestuosa y embravecida que actúa de espejo y caja de resonancia donde se reconocen y amplifican la melancolía, la tristeza y la desesperación; de la fantasía terrorífica y las ruinas y sepulcros a la luz de la luna; de los frailes lujuriosos y vesánicos, las monjas ensangrentadas y los pastiches neogóticos.

Un siglo XVIII entendido desde la tensión entre lo Bello razonable y lo Sublime deleitoso necesitaría completarse, en el ámbito estético, con un tercer concepto, ciertamente menor al lado de los dos citados pero como ellos pertinente y aclaratorio del espíritu de su época: lo Pintoresco. Se ocuparon de él, entre otros, Daniel Mornet (*Le Sentiment de la nature en France de J. J. Rousseau à B. de Saint Pierre*, 1907), Christopher Hussey (*The Picturesque*, 1927), Walter Hippie Jr. (*The Beautiful, the Sublime and the Picturesque in XVIIIth. Ct. British Aesthetic Theory*, 1957) o Dora Wiebenson (*The picturesque garden in France*, 1978). Pero es ya momento de tomar en cuenta el libro que ha motivado estas consideraciones.

El repaso de diccionarios generales y especializados, obras literarias y tratados de preceptiva de los siglos XVII y XVIII permite a Munsters trazar la trayectoria del italianismo «pittoresque», documentado desde que aparece en 1658 en un poema de Paul Scarron al pintor Pierre Mignard, aunque no con el significado estético dieciochesco originario («relativo a la pintura»). Este persistirá hasta bien entrado el XIX, en concurrencia con el término equivalente «pictural», que acabará prevaleciendo.

Ese significado primitivo se amplía a lo largo del XVIII al unirsele acepciones (concomitantes con lo visualmente llamativo de la pintura) que se aplican como criterios estéticos universales; lo pintoresco viene así a ser lo insólito, sorprendente, caprichoso, variado, irregular, múltiple, intrincado, profuso en detalles y contrastes, fantástico y exótico. En estética literaria funciona como análogo de «descriptivo»: Pope se refiere así al pintoresquismo de la *Iliada*. Munsters relaciona la necesidad de definir y valorar lo pintoresco con el estallido de la poesía descriptiva en la segunda mitad del XVIII, y pasa acto seguido a estudiar el descrédito de la descripción desde comienzos del XIX, con lo cual la primitiva analogía se convierte en oposición en Víctor Hugo o Sainte-Beuve.

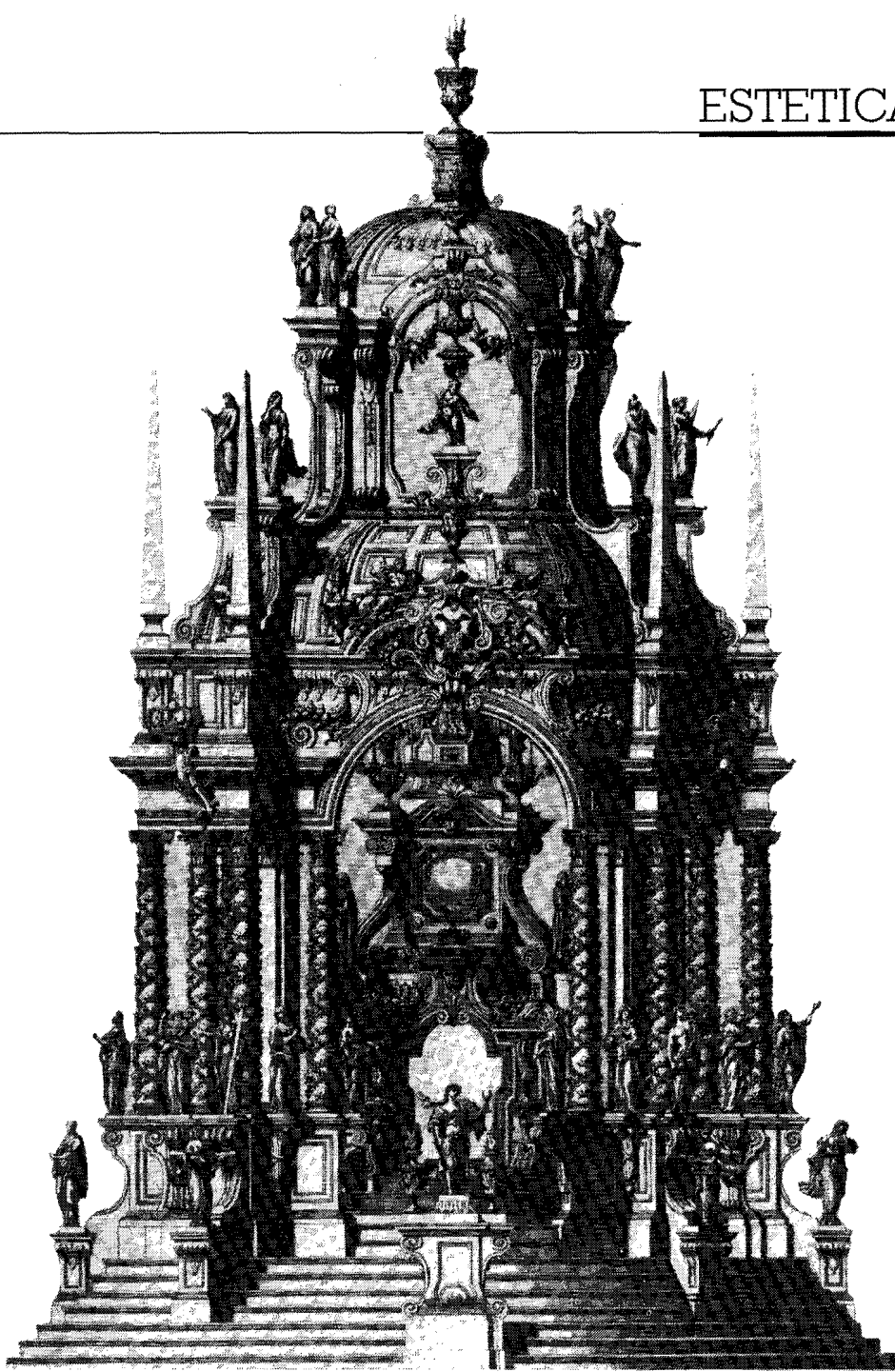
Señala Munsters que el Neoclasicismo (centrado en el análisis psicológico con propósito moral, y dado a codificar una lengua literaria «noble») era reactivo a la descripción literaria del medio natural. Podría acaso decirse también que, sin desconocer en teoría la «imitación de lo particular», el Neoclasicismo privilegió la «de lo universal», y fue proclive a entender Naturaleza como «naturaleza humana». Escribía Luzán: «Se divide la imitación en dos especies, una «icástica», otra «fantástica». La icástica (que corresponde a la imitación de lo particular) tiene por objeto todas las acciones y cosas que existen por naturaleza o por arte, por historia o por invención de otros; la fantástica (que es lo mismo que la imitación de lo universal) comprende

todo lo que, no existiendo por sí, tiene nuevo ser y vida en la fantasía del poeta cuando inventa nuevas cosas o acciones semejantes a las históricas, no sucedidas pero que pueden suceder. Y como de la icástica es objeto la verdad, así de la fantástica lo es la ficción». A la imitación icástica corresponde la Historia, a la fantástica la Literatura (dos actividades sentenciosamente separadas en la *Poética* de Aristóteles); de acuerdo con la primera se traza el retrato realista de un individuo, mientras es propio de la segunda (explica Luzán citando a Cicerón) el retrato idealizado de Helena que pintó Zeuxis, compendio de los encantos de todas las mujeres pero retrato de ninguna.

No hay duda de que lo Pintoresco fue una respuesta a la rigidez epistemológica del Neoclasicismo. Uvedale Price (*Essay on the Picturesque*, 1794) lo acuñó como «tertium genus» entre lo Bello y lo Sublime. En efecto, la irregularidad y la variedad excesivas (que impiden la aprehensión intelectual abstracta) y la producción de sorpresa disidenten de la Belleza tanto como de la Sublimidad, y chocan con el ideal neoclásico (recordemos, como síntoma, que uno de los mayores defectos del argumento dramático era para el Neoclasicismo el ser «episódico»). Sin embargo, la distinción entre lo Pintoresco y lo Sublime resulta a menudo confusa, porque en última instancia puede depender no de las características mismas de los objetos, sino del talante psíquico del espectador. Un edificio palladiano, regular y simétrico, será bello; pero su ruina cubierta de yedra y salpicada de flores silvestres sólo será sublime si un melancólico la considera símbolo de la caducidad de las obras humanas, del tiempo fugitivo y de la muerte. «Pintoresco» es por ello término de límites amplios y movédizos, donde caben lo barroco y lo rococó (Borromini, Piranesi, Bibiena...) y hasta el famoso «no sé qué» (véase el *Essai sur le Goût*, 1757, de Montesquieu). Horace Vernet, Salvatore Rosa, Hubert Robert, podrán ser pintorescos o sublimes tanto como el viaje por los Alpes del que habla Montesquieu. Por otra parte, no veo por qué se pregunta Munsters (pág. 43) dónde está el pintoresquismo de Boucher: en sus *Vistas de Tivoli* (Museos de Bellas Artes de Boulogne y Nacional de Estocolmo), en *Le Repos des fermiers* (colección Horvitz, Florida), en *Le Bonheur au village* (Alte Pinakothek de Munich), en la *Chasse au léopard y ...au crocodile* (Museo de Picardía, Amiens), y sobre todo en las cuatro escenas chinas del Museo de Besançon.

La indefinición aumenta si tomamos en consideración la relación de lo pintoresco y lo romántico. A mediados del XVIII, puntualiza Munsters, el inglés «romantic» se traduce en Francia por «pittoresque», pero poco después «pittoresque», análogo de «romanesque», se opondrá a «romantique». Senancour, a principios del XIX, usará «romantique» como análogo exclusivamente de «sublime»; y es curioso que Delille, el poeta paradigmático de lo pintoresco-descriptivo, use sucesivamente «romanesque» y «romantique» en el mismo lugar del mismo verso, en ediciones de la misma obra, *Les Jardins*, de 1782 y 1801 (sobre todo esto véase Hans Eichner, ed., «*Romantic and its cognates*, Univ. Toronto, 1972).

El libro de Munsters está dedicado a la literatura y la estética literaria, con alusiones a la jardinería y al «viaje pintoresco» (el que se realiza con el propósito de escribir un libro sobre paisajes y costumbres exóticos y también sobre arte y arqueología). Decía Montesquieu en 1757, en el ámbito de lo pintoresco, que el instinto humano de curiosidad puede satisfacerlo la variedad de la Naturaleza y no los jardines de Le Nôtre; y Mornet, en 1903, que «el jardín neoclásico es un «jardín inteligible», y hubo de parecer frío y estéril tan pronto se quiso «sentir más que reflexionar» (de ello me ocupé en *La cara os-*



Otro trabajo de Bibiena.

cura del Siglo de las Luces, 1983, cap. 4). El jardín neoclásico se basaba en la superficie plana, el diseño geométrico y el arte topiaria. El jardín pintoresco abandona la línea recta y la simetría geométrica para trazar caminos curvilíneos que permiten el hallazgo inesperado de perspectivas múltiples concebidas como «escenas» en la elección y colocación de elementos vegetales, escenas que pueden incluso reproducir el estilo de determinados pintores paisajistas; diseña laberintos y grutas artificiales, salpica el terreno de puentecillos, construcciones o ruinas rústicas, medievales, chinas, griegas o turcas. Jovellanos dedicó unas páginas de su ensayo «Sobre la arquitectura inglesa y la llamada gótica» a describir los jardines pintorescos, en los que reconoce el propósito de inspirar al paseante «aquellos sentimientos apasionados que más le agradan, agitan o conmueven»: la plácida alegría, la tranquila meditación, la repentina sorpresa, la dulce melancolía. Dora Wiebenson se extiende sobre los jardines franceses de Estanislao Leszcinski, rey de Polonia en el exilio y suegro de Luis XV, destacando el muy peregrino de Lunéville, que incluía 82 autómatas de campesinos con mecanismos para producir música y ruidos adecuados. Del jardín pintoresco al sublime hay sólo un paso: junto al diseño basado en el rechazo de lo plano y lo geométrico, la instalación de vegetación y naturaleza salvajes (bosques, cascadas) y sepulcros y ruinas más sencillas que pintorescas. Puede hablarse también de jardines «filosóficos» o «emblemáticos», como el de Jonathan Tyers en Surrey, salpicado de inscripciones morales y con su Templo de la Muerte y su

Gruta de la Fe y la Incredulidad, y algún cráneo auténtico en lugares adecuados. La «ferme ornée», con sus alusiones a la Edad de Oro, completa la gama. Claro que estos tipos rara vez se dan puros; en el del Marqués de Girardin en Ermenonville (donde, en una isla lacustre, fue enterrado Rousseau) conviven lo filosófico, lo pintoresco y lo sublime: bosques, cascadas, grutas, sepulcros, construcciones primitivistas (Templo Rústico, Chozo del Filósofo), inscripciones, torre medieval, Obelisco de los Poetas, Altar del Ensueño, Templo de la Filosofía Moderna (inacabado, con columnas consagradas a Newton, Descartes, Voltaire, William Penn, Montesquieu y Rousseau, y otras tumbadas en espera de ser asignadas a los genios del futuro).

Que el entusiasmo me sirva de excusa por haber rebasado los límites que Munsters se impone a sí mismo. Ya he advertido que se centra en la literatura; en la poesía, para decir verdad. Su título desde luego promete más, pero ello es achaque común de la política editorial de nuestro tiempo. Incluso en términos meramente literarios, echo de menos el tratamiento, en el ámbito de lo pintoresco, del teatro y la novela. Una mayor atención a la teoría estética y la jardinería no me parecería fuera de lugar, o al exotismo oriental y chino (recordemos lo que supuso William Chambers, o estudios como los de Pierre Martino, *L'Orient dans la littérature française au XVIIIe siècle*, 1906, o H. Belevitch-Stankevitch, *Le Goût Chinois en France au temps de Louis XIV*, 1910). Pero hoy la sabiduría y el acierto no exigen, como hace un siglo, la síntesis enciclopédica.

RESUMEN

Guillermo Carnero, desde su especialidad académica por la literatura, se acerca a esta obra que trata de cuestiones estéticas que van más allá de lo literario, aunque en ello esté centrado, y que se barajan en el siglo ilustrado por

excelencia, en el Siglo de las Luces que fue el XVIII. Son cuestiones como lo bello, lo sublime, lo pintoresco, referido al arte, a la arquitectura, a la ornamentación, a la jardinería y a la poesía.

Wil Munsters

La poétique du pittoresque en France de 1700 à 1830

Droz, Ginebra, 1991. 232 páginas.

Lo esencial de un diccionario

Por Manuel Alvar

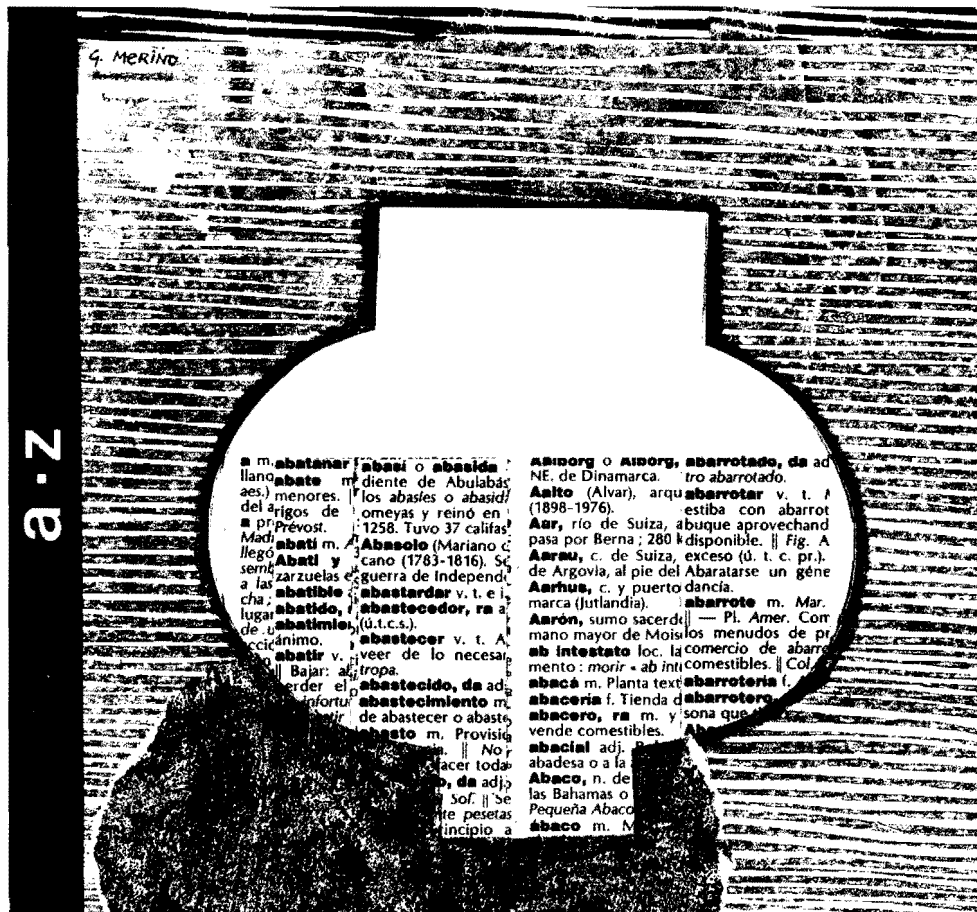
Manuel Alvar (Benicarló, Castellón, 1923) es catedrático de universidad, académico y ha sido director de la Real Academia Española. Premio Nacional de Literatura, es autor de numerosos trabajos lingüísticos y literarios, habiendo creado los Atlas Lingüísticos del Español.

Entre las manos tenemos una obra importante. Afirmación que nada tiene de compromiso ni de benévola lectura. Es una rotunda verdad. Importante porque en el mundo de los diccionarios entra con notoria originalidad. Se ha dicho mil veces: unos diccionarios toman de otros y la lexicografía así va adelantando. Esto es cierto, pero olvidémonos de los saques desalmados y pensemos en esos oscuros, rigurosos y sabios trabajadores a los que llamamos lexicógrafos. Entonces nuestra visión de las cosas cambia y el lingüista que recurre a ese nuevo instrumento siente una emocionada zozobra. En él está una larga aventura intelectual que culmina en ese momento, pero que no podrá detenerse en él. De inmediato, la cuestión que nos acerca: ¿el próximo será un paso adelante? Porque lo sabemos desde siempre: un diccionario es —en cierto modo— obra de elaboración colectiva: el autor ha puesto diligencia para recoger lo que entre todos han allegado, ha puesto discreción para eliminar yerros y proponer reformas, ha puesto saber, que es resultado de la diligencia y la cordura. Si todo esto se logra, olvidamos el quehacer mostrenco porque las excelencias reclaman nuestra gratitud y olvidamos los muchos pasos que han conducido hasta nuestro espedadero. Y esto nos exige poner cierto orden en las cosas, y acaso la historia ayude a aclarar conceptos. Entre las manos tenemos una obra que nos hace meditar mucho, pues no poca es su originalidad. La investigación lexicográfica más reciente acaba de plantear sus propios contenidos básicos: ¿qué es un diccionario?, ¿qué es un glosario?, ¿qué es un vocabulario? Al tener que considerar nosotros un punto de partida llamado diccionario, tenemos ya limitada nuestra propia realidad; hemos de estudiar sólo aquel «libro en que por orden comúnmente alfabético se contienen y explican todas las dicciones de uno o más idiomas». El deslinde teórico nos ha aclarado —como ocurre casi siempre— la virtualidad de nuestro trabajo, y glosarios son los repertorios latinos medievales; no diccionarios, no vocabularios, no cualquier otro tipo de compilaciones en los que pudiéramos haber pensado.

Porque al formular nuestro tema nos ha aparecido una palabra clave: «glosa». El primitivo quehacer de los lexicógrafos se orientaba a poner escolios o comentarios a los textos difíciles; de ahí que «glosario» fuera un término que ya aparecía en el bajo latín, en tanto «diccionario» es palabra mucho más tardía. Por eso los lexicógrafos romances solían emplear indistintamente su terminología y tendían a utilizar, como palabra omnivalente, la de «glosario». Ya en el venerable *Universal Vocabulario*, de Alonso de Palencia (Sevilla, 1490), se incluye la voz con una aclaración: «se dize que contiene en sí cuasi las "glosas" de todas partes». Y en 1601, Francisco del Rosal escribía en su *Origen y etimología de los vocablos originales de la lengua castellana*:

«"Glosa" en griego quiere decir lengua, y es lo mismo que declaración o interpretación; y así con propiedad al intérprete llamamos lengua; y tener lengua de alguna cosa es tener relación con ella».

Antes y después, el mundo románico puede aclararnos muy bien nuestro concepto, porque, al fin y al cabo, la lexicografía de las



G. MERINO

lenguas modernas había nacido de la necesidad de «glosar» o interpretar los textos que se habían hecho difíciles, y estamos de nuevo al comienzo de nuestro caminar tras un escolio que, imperiosamente, se nos imponía para seguir adelante.

Aclarar e interpretar es, cierto, tarea de siempre, pero que acucia mucho más cuando una cultura evoluciona en sí misma y se necesita no decir que A es B en otra lengua, sino que nuestra A empieza o acaba por no ser ya A, sino A', A'' o ... N. El proceso terminará en las lenguas románicas, cuando la «glosa» haya determinado el paso de un sistema latino a otro derivado de él, pero que ya no es latín. O dicho de manera técnica: los datos léxicos de cualquier texto afectan a la bipolaridad del signo lingüístico, es decir, al significante y al significado. La comprensión del significado depende del contexto (cuando «malum» es «árbol frutal» o «mástil de la nave») y de la realización que podamos hacer de las abstracciones (si Horacio emplea la palabra «arbor», evidentemente no pensaba en secoyas o palmeras). Es decir, el contexto dará un preciso valor a cada palabra; la idea que cada hablante tenga de ella en su mundo mental, sugerirá en él un cierto tipo de evocaciones si no se acompaña de connotadores a esa simple denotación.

En cuanto al significante, un diccionario no puede transmitir signos orales (fonética y fonología), sino que se atiene a lo que es válido en el lugar donde se escribe (tal vez no se conozca otro), y entonces, en la tradición medieval, surgen mil realizaciones diferentes que obedecen, en principio, a la norma latino-clásica, al afán etimologista, a la necesidad de transcribir nuevos sonidos; esto es, los signos con que esas palabras se nos transcriben tratan —como la palabra misma— de «declarar» o «aclarar» el término oscuro; en última instancia, facilitar, también ahora, la comprensión.

Fusión de ambos integrantes del signo lingüístico es la transmisión gráfica por medio de signos, y esa simbolización de una lengua por grafemas (o letras) lleva a otro grave problema, el de la ortografía, que es fundamental en la ordenación de cualquier «corpus» léxico si lo que se pretende es que tenga valor para algo más que sacar de penas al lector incapaz

de entender un texto. Entonces el modestísimo quehacer de los primeros diccionaristas habrá accedido a un campo mucho más complejo que no es establecer la equivalencia A = B, siendo A la entrada y B la salida de un hipotético diccionario, sino algo que trasciende a la competencia cultural, que es más que información lingüística pero que, sin ella, la lingüística podría resultar incomprensible. Es decir, traducir «palabra por palabra» puede llevar a la incomprensión: «traducir» es «trans-ducere», o sea, llevar a un mundo nuevo a todo aquello que sale desde el suyo propio. Algo que un gran humanista español, Gonzalo de Correas, había escrito al traducir *La tabla de Kebes*; para interpretar es necesario, previamente, entender. Y «tra-ducir» no es sólo llevar de una lengua a otra, sino de un código que es incomprensible a otro accesible ya; es decir, explicar según hacen los artículos de un diccionario. Y estamos en el servicio que un diccionario como éste presta a su propia lengua.

Pero esto es un planteamiento general, necesario para entender cualquier obra lexicográfica; pero no es andarse por las ramas: sin una base teórica muy rigurosa mal podríamos llevar la nave a buen puerto. Gregorio Salvador lo sabe muy bien y lo dice en un enjundioso prólogo. Habla de Saussure y de formulaciones lingüísticas generales. Hace bien, porque es la manera de ponernos de acuerdo antes de abrir estas páginas «esenciales». La obra no es la pura denotación («diccionario»), sino que se nos muestra connotada («esencial»), y si buscamos las definiciones en esta misma obra resultaría que tenemos entre las manos una obra que se pretende «fundamental», «básica», «necesaria». Y nos preguntamos ¿qué características tiene la obra que comento para que reúna semejantes atributos? Estoy enlazando mi pensamiento con palabras que acabo de escribir. Quienes han redactado los miles de artículos de esta obra han tenido que entender, aclarar, transportar de un mundo ajeno a otro que sentimos próximo. Es decir, la primera misión de este *Diccionario esencial* es situarnos en un mundo de cultura del que no podemos ser ajenos. Entendido esto, los redactores del diccionario han recurrido a una serie de tradiciones que llevan a su apostadero. Y esto es

saber científico; no hacerlo vale tanto como empeñarse en cerriles ignorancias. Entre todos sabemos todas las cosas y eso significa respeto a quienes nos antecedieron y humildad para el hecho de aprender. Porque el *Diccionario Santillana* cumple con estas exigencias no podemos decir que sea un instrumento fabricado en serie; por el contrario, tiende unas manos abiertas hacia el futuro lector y le ayuda en sus cavilaciones. Establece niveles de lengua: no todas las palabras se pueden usar en todos los registros. Recordando: un gran hispanista, en una conferencia fingió ignorar una palabra para asombrarnos con su dominio del español: «No me sale de la "chola"». Aquel maestro sabía mucho, muchísimo, de nuestra lengua, acaso demasiado, y el demasiado no debía llegar a la solemnidad académica en que nos encontrábamos. Abrimos estas páginas y leemos «"chola"-familiar». Sin querer nos ha salido el asendereado problema de la «ch»: nuestros diccionaristas ordenan como dos letras independientes lo que gráficamente es una. De este modo, tras «ceutí» viene «chabacano», y tras «chuzo», «ciaboga».

Ordenación discutida

Mucho se ha discutido la ordenación, que sólo es valde como aquí se hace, pero que no puede introducirse en el diccionario académico, pues un solo país puede vetar el conjunto de los pueblos hispánicos: digamos que Panamá puede más que España, Méjico, Puerto Rico, Perú y Argentina unidos. Pero esto es un ejemplo de lo que la independencia puede facilitar a una empresa particular, con lo que la lengua sale ganando (y progresando). Pero estamos en la perfección que significa el esmero de este diccionario, y no debemos alejarnos. Hablo de niveles sociales. Y nuestra «chola» nos da un ejemplo de saber ponderado: el diccionario facilita la sinonimia de las palabras, lo que resulta impagable, pero lo hace, como es lógico, en el nivel de habla en que se emplean: «chola» es sinónimo de «mollera, tarro, coco, azotea» y otros mil términos que andan perdidos por nuestro ancho mundo, según recogió Kurt Baldinger; del mismo modo que «choricear», en la acepción de «robar», no es sinónimo de «quitar» o «hurtar», sino de «chorar, birlar, guindar, chorizar».

Vamos viendo la utilidad del diccionario al establecer niveles sociales o campos en los que la sinonimia se cumple. Pero las palabras no se dan aisladas, sino en constelaciones que las ordenan por significados. También aquí merece elogio el criterio seguido, pues «corazón» se asocia a «corazonada, cordial, descorazonar», y «corazonada» con «pálpito, sospecha, barrunto», y «pálpito» con «presentimiento», etc. Hemos vuelto a las ideas de Saussure que también nos valen ahora y que llevarían a la teoría del morfema o del sintagma. No hace al caso: basta con una llamada de atención para ver cómo al manejar este diccionario estamos manejando una biblioteca no escasa de diccionarios: de usos, de niveles, de sinónimos. No hemos acabado: de antónimos, como al informarnos de que frente a «descorchar» está «tapar»; frente a «lenitivo» «intensificador» o frente a «bienestar» «pobreza». Pero también es un diccionario de arcaísmos («adarme», «moneda»; «bajón», «instrumento de viento»), por más que los tales hayan sido muy eliminados; es un diccionario de americanismos, aunque tropecemos en el límite de poner cercas a un problema de suyo complicado: ¿deben figurar «capi», «maíz»; «chañar», «árbol de América del Sur», o «acahual», «especie de girasol»? Pienso en el buen criterio con que Marcos



Viene de la página anterior

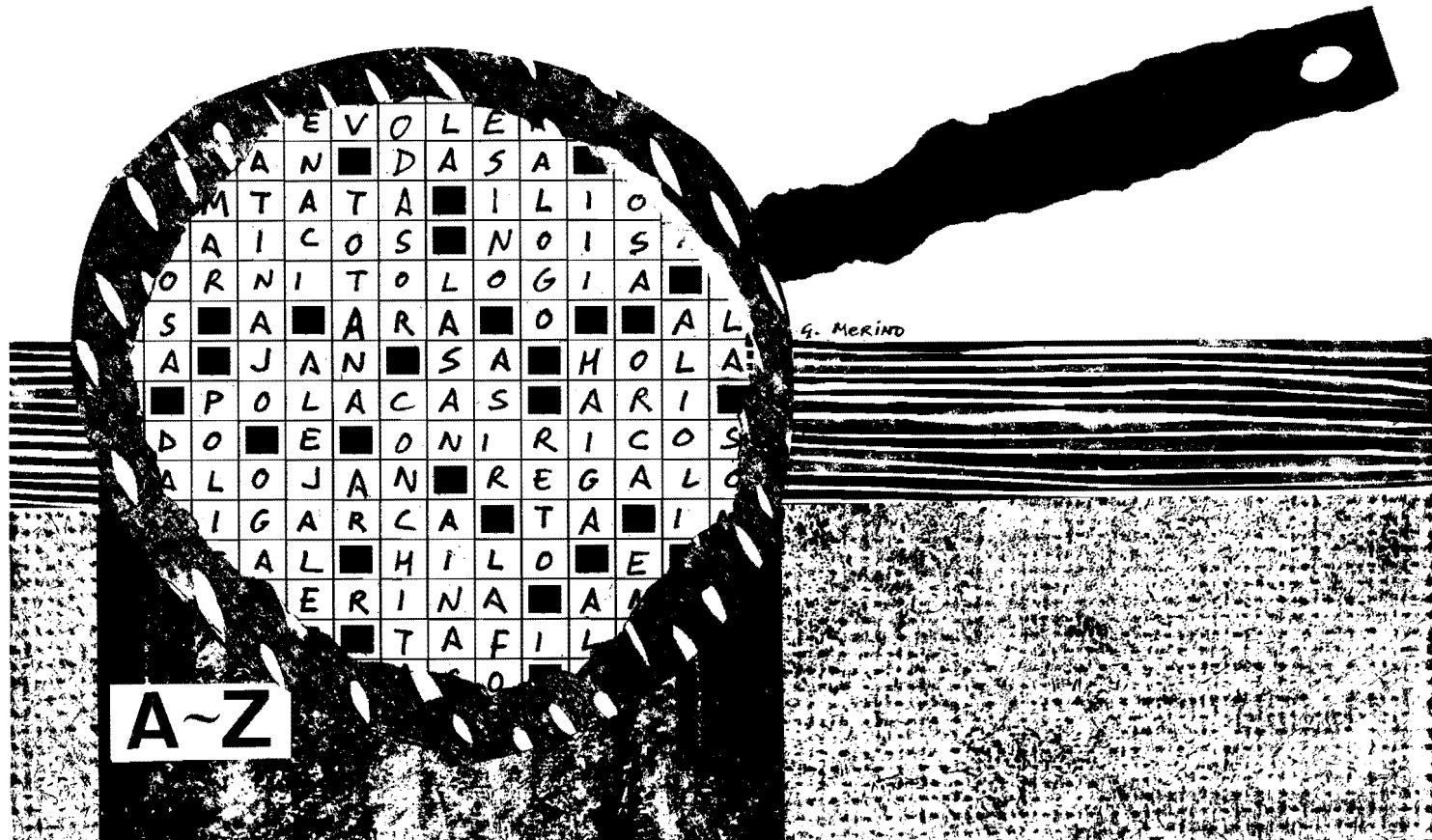


Morfíngio se pronunció en este problema. Pero, además, las palabras van acompañadas de observaciones gramaticales, sean sobre la formación del plural («acimut», «su plural es «acimutes», aunque a veces se usa «acimuts»»; «bantú», «su plural es «bantúes», aunque también se utiliza «bantús»»; «box», «su plural es «boxes»») o las palabras que no lo tienen («brindis», «brucelosis», etc.). Cuando es necesario se incluyen paradigmas verbales que obvian las dificultades que pueda crear una conjugación («acaecer», «dar», «volver», etc.), y siempre prefijos o formantes que actúan como tales («biblio-», «bi-», «dác-tilo-», «des-», etc.) y sufijos («-aco», «-acro», «-ad», «-cultor»), etc.

Todo esto apunta a las excelencias del *Diccionario esencial*, que no se agotan con cuanto vengo diciendo, sino que se enriquecen con ilustraciones totalmente pertinentes. Esto nos lleva a una vieja tradición románica, la de *Wörter und Sachen*, tal y como formularon en 1909 Meringer, Schuchardt y Meyer-Lübke. Sabemos qué es la tradición que se repite en los diccionarios Duden de diversas lenguas, pero que aquí, con una ponderación muy cuidada, nos ilustra en cuestiones útiles: no hablemos de las partes de la «bicicleta», por muy familiares que sean, pero ¿quién no se queda sorprendido del inmenso mundo lexicográfico que hay en una complicada cámara de cine o en una modestísima zapatilla («collarín de refuerzo», «carrillera reforzada», «plantilla almohadillada») o en un elegante zapato («copete», «pala», «empeine», «enfrangue», por no citar «puntera», «tapa» o «talón»)?

A veces pienso que lo «esencial» se ha modificado. ¿Tanta falta hacía «fiscorno», que, al parecer, es un «instrumento musical de viento, de la familia del metal, parecido al bugle»? ¿Y este «bugle»? ¿O «virio» por «oropéndola»? ¿O «jabalcón», «madero»? Y, sin embargo, echo de menos «jábega», embarcación frecuentísima en el sur de España, con derivados como «jabeguero» y «jabegote» y los famosos «jabeques» corsarios que duraron hasta la guerra de la Independencia. Falta «boliche» como «red», que es término harto trivial en muchas de nuestras costas y tiene acceso hasta en la toponimia; como falta otro marinerismo, el «arganeo» del ancla, que hubiera permitido un buen dibujo. Y ya que he censurado algún exceso con alguna planta americana, acuso faltas españolas: ¿por qué no incluir «baladre», junto a «adelfa», tal y como se dice en todo el oriente de la Península, incluyendo alguna zona andaluza? ¿Y «cuenda», o «cuera»?

El problema de las etimologías es difícil de resolver y más aún de contentar a todos. Me voy a fijar en un par de galicismos: «delfín», «heredero del rey de Francia», no puede venir de «Dauphiné», sino de «Delfinado» (el mamífero acuático está en el escudo de la región y así se aclaran las cosas). La «viola», «instrumento musical», se hace derivar del provenzal «viula», pero «vihuela» no tiene etimología; creo que ambos proceden de «viola», forma que se documentó en otras lenguas y que, en España, hubo un cultismo que no diptongó, mientras que en otro caso la terminación «-ola» se asimiló a la latina con «o» breve y dio «-wela». Es éste un campo en el que se puede hablar y no poco, pero no olvidemos que en el diccionario las etimologías no hacen sino ayudar a la comprensión e historia de la palabra, no a escribir complicados problemas de evolución histórica. Sin embargo, quiero llamar la atención para próximas ediciones: hay muchas palabras árabes mal transcritas, pues «jara» no procede de «sa-ra», sino de «šá'ra»; «japuta», no de «sabbut», sino de «sabbūt»; «jaqueca», no de «saqiqa», sino de «šaqiqa». A veces, por último, deben salvarse otras erratas no escasas.



En una obra como ésta no es difícil encontrar discrepancias, pero las que anoto creo que deben tenerse en cuenta, pues el *Diccionario* merece ser tratado con exquisita pulcritud porque tantos son sus valores. Tengo entre las manos una obra riquísima, bien sistematizada, de utilidad innegable. Pero de utilidad, sobre todo, para escolares y profesionales que no sean lingüistas. Entonces pienso en su valor fundamental: hacer entender millones de contextos inimaginables. Y esto me hace pensar en historias viejas, pues para tanto debe servir la experiencia. Cuando estudiamos las *Glosas emilianenses*, por usar un ejemplo conocido por todos, nos encontramos una clara situación de diglosia; se dirigían a gentes que se movían en una doble tradición latina: la clásica y la vulgar, evolucionada o como la llamemos, pues el problema de nomenclatura es en este momento secundario. Así, la palabra «beatitudo» era sustituida por «felicitas», «bellum» por «pugna», «crimen» por «peccato», «incolumis» por «sanus et salvus», «uterque» por «ambo». Basten estos ejemplos. Otro tanto puede decirse de las *Glosas silenses* con los dos niveles de lengua: el clásico y el vulgar o tardío («abluit = lavat, alit = nutrit, aurspices = adivinos, premio = pretio», etc.). De estos modestos quehaceres se desprende un hecho cultural mucho más importante: en los últimos decenios del siglo X y en los primeros del XI se produjo una ampliación progresiva del penitencial europeo y, para hacerlo más comprensible, los manuscritos se llenaron de apostillas, y estas glosas, por lo común, respondían a una tradición cultural que se extendía por todos los pueblos de Europa.

Una lengua viva

Pero vivimos siempre de la historia: lo que ocurre en un tiempo y en unos niveles, se repite siglos y siglos más tarde adaptado a la nueva realidad, es cierto, pero somos lo que la historia nos ha hecho ser. Los viejos escoliastas anotaban, no dogmatizaban, y querían servir a quienes necesitaban de su saber. Y ahora vemos que se repiten las mismas circunstancias: el *Diccionario* recoge variantes y variantes porque es necesario que la historia, también ahora, aclare las cosas. Pero entre tanto la prudencia no debe separarse de la vida. Y la vida son estas variantes fonéticas y léxicas que nos hablan de una lengua que existe y que por ello es moviediza y, en ocasiones, inestable.

Y resulta que estos dos motivos (acopio y originalidad) han conducido a otra cuestión nada desdeñable: al recurrir a diversas fuentes y no traducir esquemas previos, se acumula una cantidad de léxico que nos está planteando la propia naturaleza de cualquier lengua: una estructura lingüística recibe in-

flujos muy variados, a los que recoge y asimila o rechaza. Este *Diccionario* tiene muy clara conciencia de cómo son las cosas y, lo mismo ocurre en todas partes, cree que el eclecticismo es válido no como fácil componenda, sino como arduo quehacer en busca de un consenso que valga para todos y a ninguno dañe. De ahí las excelencias que yo veo en el trabajo. Son buenas ejecutorias para su presentación y, además, algo que sigue siendo lexicografía, pero que tiene otros abalorios de los que aquí describo: ejemplos tomados de la realidad lingüística y no inventados, sinónimos y antónimos, locuciones y refranes, todo cuanto pueda ayudar a la comprensión de lo que la palabra es o de lo que la vida refleja en ella. Por eso el abundante material gráfico que no siendo lexicografía nos acerca a otros motivos lingüísticos: la llamada escuela de «palabras y cosas», que cuenta con el egregio ascendiente del Padre Sarmiento y que tan importantes estudios referidos al español motivó en la escuela de Hamburgo.

He comenzado con unos comentarios históricos y quisiera acabar con otros teóricos. Este *Diccionario* nos sitúa en plena doctrina de Saussure. Eso que llamamos «voz, palabra, vocablo», es un signo lingüístico: tiene su «significado» (contenido semántico) y su «significante» (exposición del significado); es decir, hay nociones que pueden pasar de una lengua a otra con sólo cambiar la forma de enunciarlas: decir «arbor» o «tree» o «Baum» es perfectamente traducible o transportable. Los hombres que evocan esos contenidos podrán asociar la palabra a un naranjo, a una palmera, a un alerce o a un pino, pero la esencia vegetal, que es la planta, no se perturba. Se ha podido «trasladar» la noción de «arbor», pero los enunciados fónicos se han cambiado por completo. El signo lingüístico es arbitrario: tan justificado es llamar «arbor» al «árbol» como «tree», como «Baum». Pero, además, el signo tiene esos dos polos, uno transmisible (el significado) y el otro no (el significante); en ellos se apoya ese embrión lexicográfico que es un diccionario cuando trata de sustituir unos significantes por otros sin modificar los contenidos, es decir, para «reducir» y «trasladar». Resulta claro que dar las equivalencias como hacen los glosarios medievales sólo es factible cuando hay una total corres-

pondencia de contenido, sin tener en cuenta los significantes: entonces «arbor» puede tener, como en los glosarios ingleses o irlandeses, su equivalencia «tree», pero ésta es —sólo— una tradición medieval, por más que haya estado viva hasta hace bien poco. Hoy las necesidades son mayores: no basta con «trasladar», aunque sea interpretando; es necesario —además— comunicarse oralmente. Lo que sí en esencia es lo mismo, cobra inusitada complejidad. Seguimos con la necesidad de descodificar un mensaje y codificarlo de nuevo, pero ya no con las letras inertes, sino con sonidos vivos. Es decir, tras-codificarlo no sólo en símbolos de segundo grado, sino, además, en otros del primer nivel. Con otras palabras: hablar es transcribir nuestra idea del mundo por medio de signos orales; éste es el primer proceso de simbolización: nosotros no transmitimos realidades, sino sonidos que nos permiten descubrirlas y, en ocasiones, identificarlas. La fijación del sonido por la escritura es una nueva simbolización. Tenemos, pues, la visión del mundo, su transmisión simbólica por signos orales, su fijación material en la escritura. Por eso el largo camino de la lexicografía se enzarza en nuevas dificultades que, «grosso modo», vamos a llamar «evolución». En el momento en que el usuario quiere disponer de unos elementos que ya no sean estrictamente léxicos, el glosario habrá de ser válido y nacerán los diccionarios de mil tipos diferentes. Pero sin el primer paso no hubiéramos podido progresar en los demás. Estos modestos lexicógrafos medievales nos han descubierto algo mucho más importante: en el principio fue el «interpre», sin él la cultura no habría avanzado ni, probablemente, hubieran existido los diccionarios; más aún, a través de glosas como las que he expuesto, o fórmulas como las merovingias, estudiadas por Pirson, el latín seguiría vivo en esa su andadura moderna que son las lenguas románicas.

Y he aquí cómo un *Diccionario*, esto es, un utensilio eminentemente práctico, nos ha venido a plantear multitud de problemas científicos. Y esto suscita una cuestión previa o conclusiva. ¿Cualquier diccionario obligaría a pensar así a un lexicógrafo o a un simple lector? ¿O sólo obligan a ello los buenos diccionarios? Que el lector deduzca tras manejar la obra que acabo de presentar.

RESUMEN

La aparición de un nuevo *Diccionario de la lengua española*, que presenta no poca originalidad, le sirve al ex director de la Real Academia Española para glosar la importancia de

los diccionarios y para seguir las vicisitudes de éstos a lo largo de la historia lexicográfica, para acabar centrándose en esta obra, recién publicada, que pretende ser esencial, básica, necesaria.

Autores varios

Diccionario esencial Santillana de la lengua española

Santillana, Madrid, 1991. 1360 páginas. 1.850 pesetas.

El oficio de geógrafo

Por Joan Vilà Valentí

Joan Vilà Valentí (Sallent, Barcelona, 1925) es catedrático emérito de la Universidad de Barcelona, en la que ha formado un nutrido y activo grupo de geógrafos. Académico de la Real Academia de Buenas Letras y de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona y miembro del Institut d'Estudis Catalans. Autor de numerosas publicaciones geográficas y fundador y director de la «Revista de Geografia».

Me gusta hablar de los geógrafos e iluminar así, vívidamente, lo que pueda ser la geografía. Me gusta hablar de cada geógrafo, de sus ocupaciones habituales, de su trayectoria en los menesteres geográficos, de su oficio, en definitiva. Es evocador el título de este libro, que alude directamente al oficio de geógrafo, encarnado en la vida profesional y en la producción de uno de los más prolíficos y significativos autores de nuestro siglo.

Pierre George, en efecto, llena media centuria larga de la geografía francesa, que es decir una de las dos o tres escuelas nacionales más destacadas en el quehacer geográfico mundial. Nuestro autor se nos muestra con una densa y variada tarea docente —en la Sorbona y en varios institutos especializados— de la que afortunadamente pude ser testigo durante varios meses; además, cuenta con numerosos y dispares viajes de investigación y estudio, con una rica experiencia de observaciones y lecturas, pero sobre todo con una impresionante cantidad de publicaciones. Por los años sesenta se contaba que, al salir de la cafetería universitaria, tras el desayuno, un profesor de geografía preguntaba cotidianamente a su compañero: «¿Qué tal, ya has visto la nueva obra que ha publicado Pierre George esta mañana?» Valga la «boutade» para intentar abarcar lo amplio, continuo y abundoso de su obra.

Cincuenta años, además, que han representado cambios profundos, aunque no demasiado contradictorios, como algunos han querido, en la manera de hacer —en el oficio, digamos— de la geografía contemporánea. En alguna de estas fases, en particular en la segunda, la que responde a la llamada de las

ciencias humanas o sociales, Pierre George ha desempeñado sin duda alguna un papel muy destacado. En todo caso, en cualquier momento conviene valorar, me parece, sus aportaciones y tener en cuenta sus observaciones y sus diagnósticos.

El geógrafo contemporáneo

Con un cierto carácter ambivalente, oscilando entre lo que por aquel entonces podía llamarse, como rezaba en la designación de las facultades, «Letras» y «Ciencias», la geografía contemporánea empezó a configurarse y sistematizarse en la Universidad a finales del pasado siglo. En comparación con la historia, y no digamos con el derecho o la medicina, era casi una recién llegada. Puede concretarse más, desde el punto de vista de los sujetos que vivirán la geografía como actividad profesional: la ambivalencia se establecía, por lo común, entre autores que se habían formado en Letras, con más exactitud historia, y autores que habían estudiado Ciencias naturales, frecuentemente con inclinación hacia la geología, algunas veces hacia la botánica.

De esta manera, el oficio geográfico, en la enseñanza y en la investigación, fue vivido comúnmente por historiadores que se inclinaban hacia el análisis de carácter geográfico o, en casos más reducidos en número, por geólogos o botánicos que sintieron la llamada de la geografía. Estos naturalistas contaban con el glorioso precedente, ya un poco lejano en el tiempo, de Alejandro de Humboldt, o los ejemplos mucho más cercanos de los también alemanes Ferdinand von Richthofen y Alfred Hettner.

Fruto de esta ambivalencia, la geografía puede quedar fijada en facultades universitarias de Letras o de Ciencias; en España, en este sentido, no se dudó nunca, siguiendo el ejemplo francés a favor de las primeras. La heterogeneidad de la geografía aparece en los contenidos estudiados y en los métodos aplicados. Este hecho ha motivado que nuestra disciplina pueda aparecer como una ciencia que representa un posible paso o vínculo de relación entre Letras y Ciencias. «Un puente», se ha dicho y escrito con frecuencia

desde principios de siglo. Quien ejerza el oficio geográfico puede quedarse también —y así ha ocurrido especialmente en ciertas épocas— en una situación científica poco definida: a veces recordando al naturalista, en otras ocasiones al historiador.

Posiblemente pueda aceptarse que esta ambigüedad, a veces señalada como contradicción, aparezca todavía en nuestro oficio. Cuanto más unido al meollo de la geografía, cuanto más geógrafo, digamos, más alejado se estará de ocupaciones y habilidades de otros científicos. Pero el profesional que insista en su carácter «físico» se aproximará sin duda al naturalista, mientras el «humano» se acercará a los historiadores o a quienes ejerzan unas determinadas ciencias humanas o sociales.

Aprender el oficio: la monografía regional

Durante el primer tercio del siglo actual, los geógrafos franceses aprendían el oficio, por lo común, preparando una tesis doctoral acerca de una región. Pierre George cumple también con la obligación, siendo su área de estudio el valle bajo del Ródano. El título de la obra, publicada en 1936, es suficientemente explícito: *La région du Bas-Rhône, étude de géographie régionale*.

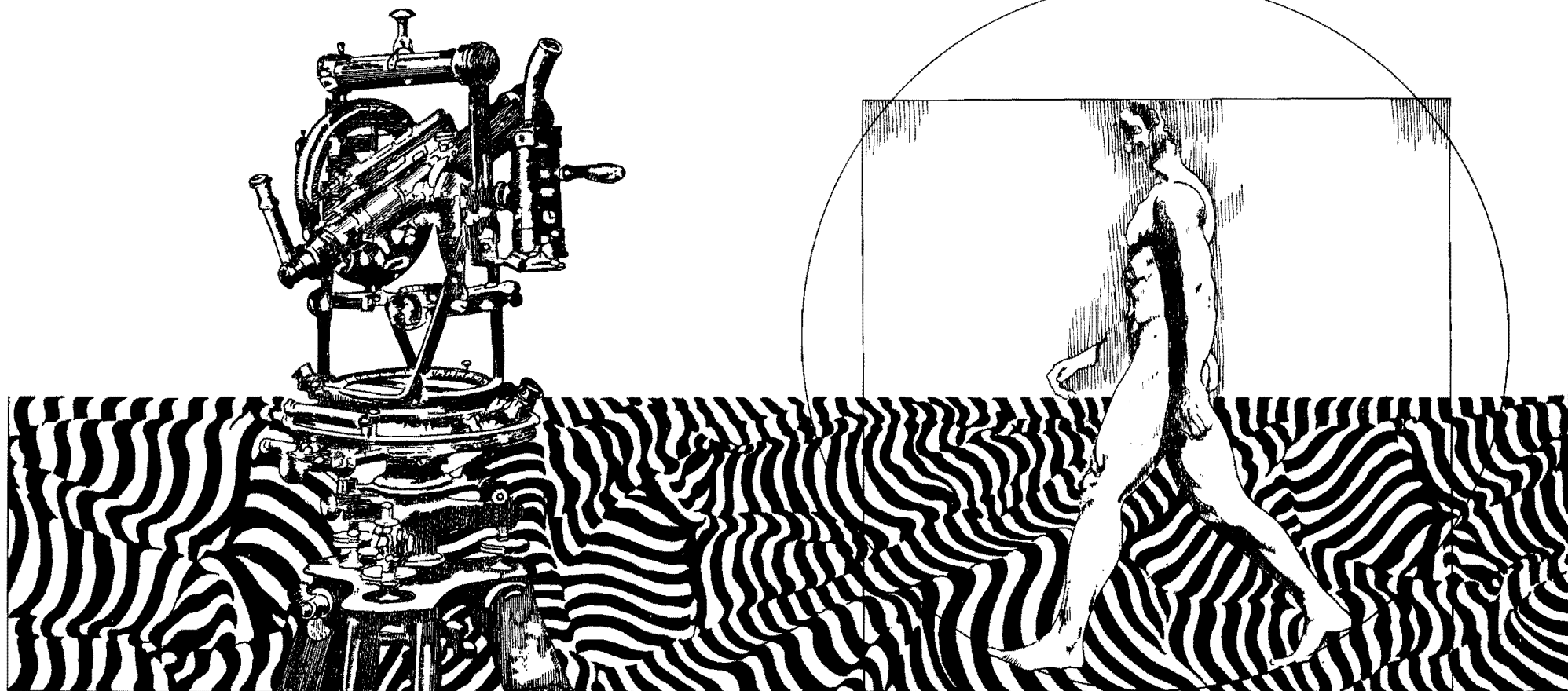
«Región» y «regional» harán fortuna para referirse a este tipo de trabajos. El carácter geográfico del análisis arranca de una consideración de hechos físicos y humanos al mismo tiempo. Los rasgos científicos derivan de un establecimiento de relaciones entre la dicotomía naturaleza-hombre, en particular en el mismo sentido que acabamos de señalar, es decir, a partir de las condiciones naturales. La consideración del juego de inclinaciones y limitaciones que nacen de la misma naturaleza —algunos dirán o supondrán «influencias» e incluso «determinaciones»— y, por otro lado, de adaptaciones, aprovechamientos y modificaciones por parte del hombre, estará en el centro de los intereses del geógrafo. A través de una evolución temporal, esto es, histórica, se llegará a las características poblacionales y territoriales de la región actual.

Conceptos y métodos regionales del primer tercio de siglo fueron duramente criticados en el segundo. Pierre George, años después del juvenil esfuerzo realizado, incluso una vez cumplida personalmente la fase de la que hablaremos inmediatamente, reconoce los cambios objetivos habidos y adopta una actitud crítica ante los distintos enfoques y métodos aplicados en la monografía regional. La validez del concepto podría estribar todavía en su carácter pedagógico, en la tarea realizada de inventario y descripción de características y en el intento de balance de relaciones entre espacio y población. Pero, en la actualidad, la noción de región ha pasado a una especial valoración de los rasgos socioeconómicos y a un análisis de los factores y elementos que entran en la organización regional.

La llamada de las ciencias humanas

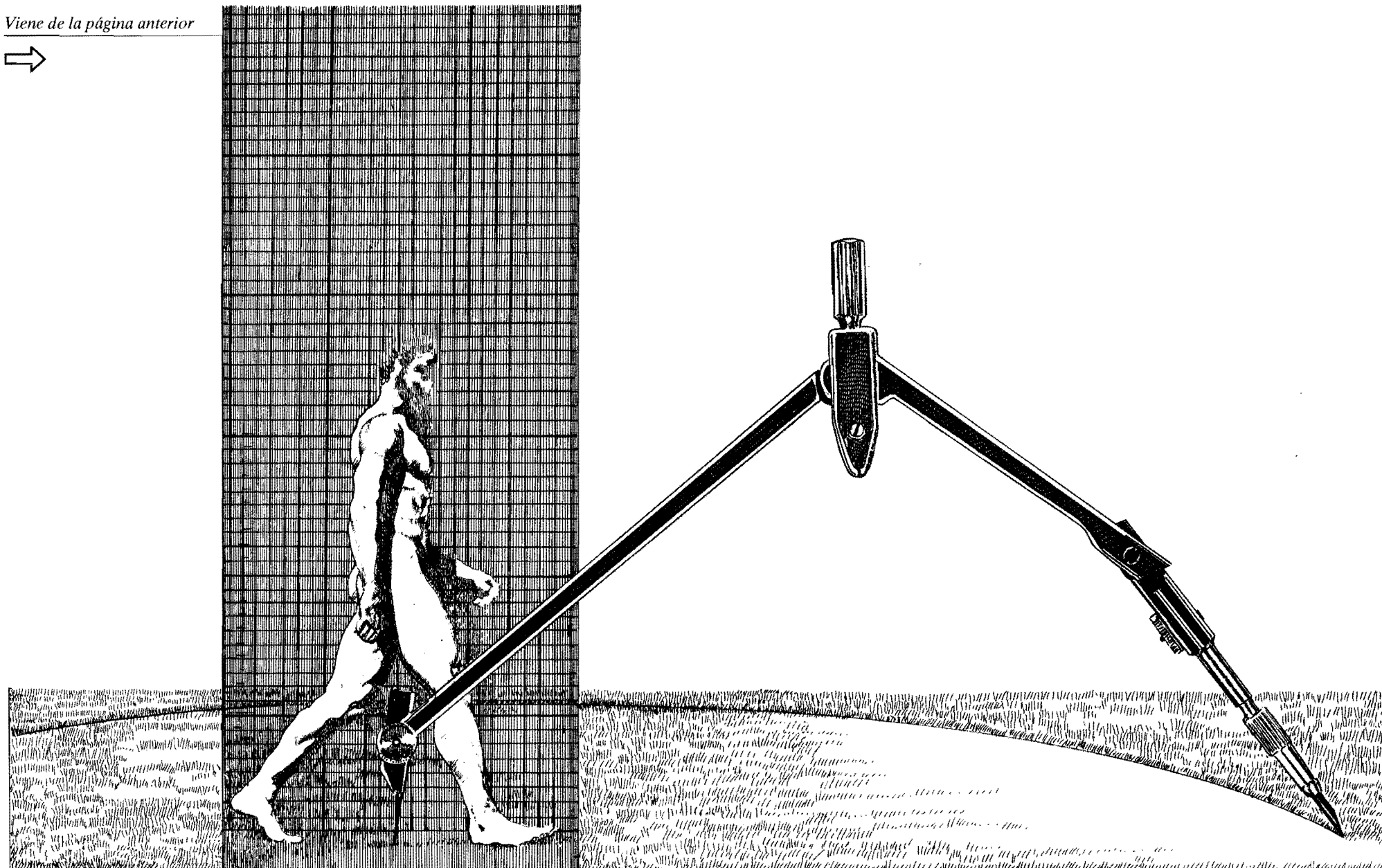
Queda claro, nos parece, que el oficio de geógrafo culmina en Pierre George a partir de los años cincuenta. La geografía va a convertirse en una reflexión de hechos actuales, incluso rabiosamente actuales, alrededor de unos hombres que ocupan una determinada área espacial. «Sociedad» y «territorio», dos palabras que resumen concisamente los dos polos de una investigación que los concibe en unos sentidos de conexión y organizativos. El geógrafo aclarará cómo y en qué sentido aparecen, en uno de los polos, una sociedad con una cierta estructura y, en el otro, un territorio también con una cierta organización.

Pero los problemas son vistos ahora, a partir del mismo comienzo de la investigación, desde la sociedad. La palabra, además, podía andar cargada en aquellos momentos de una especial significación ideológica y sin duda de unas determinadas exigencias científicas, de acuerdo con unas disciplinas humanas o sociales que habían evolucionado y seguían evolucionando notablemente en los últimos quinquenios. La geografía responde a la llamada de las ciencias humanas.



ANTONIO LANCHO

Viene de la página anterior



ANTONIO LANCHIO

Antaño fue la historia, según hemos visto, y hasta cierto punto una incipiente sociología; pero en estos momentos se trataba de la demografía, la antropología, una diversificada y empírica sociología y muy especialmente la economía. Es evidente que se quiere la geografía como una ciencia netamente social; para algunos, incluso, concebida como una labor intelectual «engagée», es decir, con un claro y coherente compromiso político.

Pierre George fue en Francia el más conspicuo exponente de esta tendencia. Sus viajes y lecturas —se trata de un lector y consultor infatigable— le surten de una variada e impresionante información. Es maestro en la elección de los hechos fundamentales, en la formulación de síntesis y diagnósticos y en el hallazgo y selección del término significativo y feliz. Sistematiza sus enfoques y conocimientos en pequeños y hábiles libros introductorios, siempre orientadores, que aparecerán en la colección *Que sais-je?*. En ocasiones se tratará de obras más extensas, verdaderos manuales, que verán la luz en la misma editorial, las Presses Universitaires de France. Las numerosas ediciones efectuadas, la traducción en otros idiomas de sus obras —en España, por ejemplo, por Ariel de Barcelona—, convierten a nuestro autor probablemente en el geógrafo francés más conocido por aquel entonces.

El estudio de las sociedades y los territorios se organiza a través de dos amplios y comprensivos temas que, como hechos territoriales, han adquirido un nuevo y original sesgo en algunas áreas, las más evolucionadas desde el punto de vista socioeconómico del mundo contemporáneo. Se trata de la «campagne», el campo, y la «ville», la ciudad; los dos términos, de un modo u otro, aparecerán con frecuencia en las publicaciones de nuestro autor, incluso en los mismos títulos. Siempre teniendo en cuenta el territorio, el contenido del que parte el geógrafo es la sociedad vista como un conjunto de hombres instalados, como una población habitante. Pierre George le dedica una obra inicial en 1951 (*Introduction à l'étude de la population du monde*) y otra ocho años después (*Questions de géographie de la population*).

El primer título, en particular, es significativo. El fenómeno estudiado —sea la po-

blación, el hecho rural o el hecho urbano— es «a través del mundo». El territorio, digamos, es el «territorio terrestre», el mundial. El método de trabajo será fundamentalmente comparativo, tanto en las referencias a diversidad y originalidad en los procesos como en los resultados. Nuestro autor muestra una especial habilidad para captar singularidades y diferencias en el espacio terrestre y para abrir nuevas perspectivas y estimular nuevos análisis.

En cuatro años nos presenta magistralmente la diversidad del campo y la ciudad en el ancho mundo: *La ville, le fait urbain à travers le monde* (1952); *La campagne, le fait rural à travers le monde* (1956). En unas nuevas síntesis volverá a insistir sobre estos temas a comienzos del séptimo decenio. Si tenemos en cuenta distintos antecedentes publicados inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, Pierre George ha contribuido a modificar y completar notablemente antiguas ramas de la geografía humana, cuya sistematización arrancaba de finales del siglo pasado y principios del actual: la geografía de la población, presentada en ocasiones como una «geografía social»; la geografía económica, tanto en su conjunto como en alguna de sus grandes ramas, especialmente la agrícola y la industrial; la geografía rural; la geografía urbana.

Está claro que, en la culminación de su oficio, los fenómenos estudiados son vistos y analizados por lo común a través del inmenso abanico mundial, mostrando su acusada diversidad. Otras diferencias surgen de la consideración de las sociedades como entes políticos y de los espacios terrestres como territorios de soberanía. Nuestro autor se interesó vivamente por la diversidad que representan las distintas unidades políticas, los diversos países, los diferentes estados.

No olvidemos, en este sentido, su aprendizaje regional. Publica numerosas obras, dirige o codirige incluso colecciones dedicadas a estos análisis: Francia, su propio país, en primer lugar; también Europa central y del este —¡qué extrañas lecciones aprendí estos días releendo la URSS de Pierre George, más de 500 páginas publicadas en 1947, puestas al día quince años más tarde!—; no faltan tampoco países de otros continentes, en particular de América.

En esta línea, la gran aventura la realizó bajo el nombre simbólico de Magallanes. Nombre evocador, ya que se trata también de ver los países a través del ancho mundo. Aparece así, entrado ya el séptimo decenio, una colección de 26 volúmenes que antaño se hubiera llamado de «geografía universal». Directamente suyos son el primer volumen y el dedicado a Francia. Se trataba singularmente de mostrar cómo unas poblaciones, de acuerdo con unos determinados niveles sociales, técnicos y económicos, habían dado a los distintos territorios unas determinadas características y una cierta organización. Antiguos criterios de agrupación o de división —continentes (países europeos o países africanos, pongamos por ejemplo) o condiciones naturales (países tropicales, países fríos, países alpinos, países andinos, digamos)— han sido en buena parte arrumbados y sustituidos por conceptos y términos socioeconómicos (países desarrollados, países subdesarrollados).

Los cambios en el oficio

En el octavo decenio se hacen patentes numerosos y profundos cambios en el oficio de geógrafo. Una mayor y más variada información, inéditos o casi inéditos enfoques y objetivos, obligan a aplicar nuevos métodos y a encontrar nuevas habilidades. Nuestro autor continúa curioso y receptivo. Es aleccionador seguir los trabajos y las observaciones de Pierre George y tener ocasión de ver cómo realiza, con seguridad y sabiduría, la práctica de su oficio. Apuntemos sólo,

muy brevemente, su actitud ante dos nuevos aspectos de la geografía.

A la tendencia que acabó llamándose geografía aplicada, había ya dedicado, en 1964 —junto con sus discípulos y colegas Raymond Guglielmo, Bernard Kayser e Yves Lacoste—, una estimulante obra que discurría acerca de la «geografía activa». Años después define su postura ante la nueva concepción y los nuevos métodos de la geografía teórica. Yo diría, escuetamente, que su actitud es positiva, pero, desde el fondo de su densa experiencia en el oficio, muestra un sesgo de sabia y prudente advertencia. Llama la atención, en un caso, acerca de la necesidad de definir al geógrafo simplemente como un experto, no como un practicante o hacedor de política. Ante los métodos cuantitativos de la geografía teórica nos habla de unas posibles trampas: quizá veladamente apunta un «nuevo determinismo»; quizá simplemente una «ilusión cuantitativa».

Rica y recia, prosigue la labor geográfica de Pierre George, su largo y fecundo oficio de geógrafo. En un libro publicado poco ha, continúa fiel, claro está, a los dos pernos de la geografía desde el mismo título (*Les hommes sur la terre*, París, 1989). Los dos temas de siempre y el análisis de sus relaciones, quizás algunas recién alumbradas. Todo «puesto al día», posiblemente apuntando a un futuro inmediato: la tierra, los territorios, los entornos ambientales, por un lado; el hombre, las sociedades humanas, por el otro. Pierre George o ser fiel, abundosa y largamente fiel, a un oficio bien aprendido y bien practicado. ||

RESUMEN

La prolífica obra de Pierre George, uno de los más destacados autores de la escuela geográfica francesa, permite al profesor Vilà Valentí efectuar una exposición y una reflexión acerca del quehacer geográfico en la centuria

actual. Desarrollada la geografía contemporánea de acuerdo con métodos naturalistas, ofrece interés ver la respuesta de George, a partir de mediados de siglo, a la llamada de las ciencias humanas o sociales.

Pierre George

Le métier de géographe. Un demi-siècle de géographie

Armand Colin, París, 1990. 250 páginas. [3.400 pesetas].

Una muerte sufí

Por Eduardo Haro Tecglen

Eduardo Haro Tecglen (Pozuelo de Alarcón, Madrid, 1924) es periodista, habiendo sido director de diarios y semanarios y autor de varios libros de ensayo sobre cuestiones políticas y culturales contemporáneas. Es crítico teatral y miembro del equipo editorial de «El País».

Juan Goytisolo debía tener, por entonces, algo menos de treinta años: la época de *La resaca*. Era una especie de símbolo de «l'espagnot à Paris», como aquel que pintó Iturrino (aquel desconocido era, en realidad, Utrillo, padre putativo del pintor), y fascinaba un poco a las mujeres. Un joven cetrino, delgado, con la patilla larga, casi de hacha; una sonrisa de buenos dientes y un francés ya fluido en el que se notaba algo de acento catalán. Corríamos por las calles en busca de lo que ahora se llama un «sponsor» por no buscar palabras castizas, para ver si hacíamos una revista, una publicación, algo en idioma español que pudiera suponer una oposición: íbamos a los despachos de los jóvenes y algo surrealistas asesores de editoriales: Nadaud, Mascolo. El lo era, para el idioma español, de Gallimard: fue el primero que colocó en francés, ayudado por hispanistas y traductores, algunas obras españolas. Le valió diatribas, ataques, acusaciones de mandarínato de los no elegidos o de los no aceptados por los comités de lectores de su editorial. Todavía sigue existiendo ese sistema mental por el cual preferimos enemigos infernales, odiosos traidores, envidiosos de nuestra valía, antes que reconocer que algo nuestro no ha gustado. Una admirable defensa interna. Goytisolo estaba casado con Monique Lange, una excelente escritora muy de minorías, muy de sentimientos íntimos y sucesos biográficos: *La caseta de baños* es el libro en el que ella ha contado su irreparable divergencia sexual, nacida ya en aquella casa rodeada de callecitas de norteafricanos que fue para Goytisolo una antesala del Marruecos donde nos volvimos a encontrar años después.

No valieron de nada nuestras gestiones: era algo caro y sin demasiadas posibilidades de rendir en 1958 y en un futuro próximo. Un español, Soriano, mantenía la librería española de la calle del Sena —existe— y comenzaba a editar algo: la misma *La Resaca* de Juan, los primeros trabajos de Manuel Tuñón de Lara. Un gran hombre. También estaba la pequeña librería de Andrade, entre libertario y troskista, que creo había tenido algo que ver con lo que fue gran editorial (por sus títulos) Signo durante la República, pero cuya obsesión principal estaba en explicar la guerra civil frente a las versiones comunistas. Hubo también ediciones en español y cuadernos del Comité por la Libertad de las Culturas: la CIA. Los manejó Julián Gorkín, con el fantasma literario pero iletrado de «El Campesino».

Más tarde, Juan Goytisolo vino a encontrarse con José Martínez; fue la editorial Ruedo Ibérico, y sus cuadernos: fue una hazaña grande y difícil, y todo el esfuerzo económico y personal dejó exhausto a José Martínez. Una de las primeras víctimas del desencanto: volvió a España después de la democracia, vio lo que pasaba y se suicidó. Goytisolo, mientras, había llegado a ser una autoridad literaria en



ALFONSO RUANO

París y, por lo tanto, en la Europa culta, y escribía en las revistas de alguna importancia sobre los temas españoles: un artículo en *L'Express* le valió la rotura de amistades con el Partido Comunista y fue la introducción para las expulsiones de Jorge Semprún, Fernando Claudín, Pradera, Francese Vicens; y otros se fueron con ellos. Ya a Goytisolo no podía agarrarle el desencanto. Los comunistas le atacaban, y todavía los fascistas. Juan consiguió un documental sobre la vida en España y sobre algunas muertes; lo presentó en Milán y lo secuestraron, en un golpe de mano, neofascistas y antiguos combatientes en España organizados por el cónsul general Salvador García de Pruneda: un excelente escritor de la mejor vena falangista, del buen estilo castellano (*La soledad de Alcunza*). Lo sacó de allí por valija. No tengo más prueba que su relato, que me hizo por cierto durante una cena en su fastuoso Consulado General de Tetuán (había sido el palacio del alto comisario) el mismo día que, en Tánger, me había contado la historia Goytisolo.

Tánger: Goytisolo llegó a Tánger poco tiempo después de haber publicado el artículo histórico (por el alcance que tuvo en la oposición española) en *L'Express*, pero por las razones de reorganizar su vida. Fue todo ello

que le introdujo en este arabismo entre real e imaginario que ahora produce *La cuarentena*, este inteligente juego mental entre los círculos de la muerte de Ibn Arabí, el metafísico místico en quien Asín Palacios encontró valiosos precedentes del Dante (*Escatología musulmana de "La divina comedia"*). Conocí también un manuscrito sobre ese tema escrito por el profesor Alfredo Bustani, libanés; no sé qué habrá sido de ese original después de la muerte de su autor. Al sufita, Asín le llamaba Abenarabí de Murcia (*El Islam cristianizado: estudio del sufismo a través de Abenarabí de Murcia*), lo cual parece relativamente poco para quien escribía su nombre como Abu Bakr Mohammed Ibn 'Ali Muhvi al-Din al-Hatimi al-Tai al-Andalusí ibn' Arabí, nacido efectivamente en Murcia, educado en Sevilla y viajero por el mundo islámico hasta su muerte en Damasco (1165-1240). Lo más importante de Ibn Arabí, o del Andalusí, como los españoles gustan de llamarle, no son los pensamientos propios contenidos en el centenar y medio de sus obras, sino lo que en ellas cuenta de sus revelaciones: sus conversaciones de ultratumba con numerosos profetas y, sobre todo, con el propio Alá. Y sus visiones de la muerte que, efectivamente, pudieron llegar con alguna facilidad a la Florencia del Dante y circular entre las personas cultas como él lo era. La obra de Goytisolo es una elegía, un adiós a una amiga muerta que pasa su cuarentena sufí; y él mismo la acompaña, con los ángeles de la muerte: y en esas lagunas de fuego están, también, las descripciones de la cuarentena de la guerra en Bagdad. Las imágenes del horror se mezclan en el autor: esta guerra, aquella otra que fue la suya o la que le hicieron cuando niño; duda si las imágenes del telediario y el éxodo infinito «correspondían a lo acaecido después de cuarenta días de infierno aéreo o exuma-

ban recuerdos sepultos en su memoria de la sombría guerra civil», o sobre quién ha escrito esa página: «el autor sesentón inclinado a su mesa de trabajo o el niño ignorante que asistía por vez primera en su vida al derrumbe de un sueño y el fin abrupto de una esperanza». (La madre de Goytisolo murió en un bombardeo de Barcelona.) Yo mismo he sentido recientemente esa identidad de los tiempos, esos cruces de la memoria, sobre todo con la contemplación de las escenas civiles de Yugoslavia.

Fragmento de geografía líquida

Goytisolo llegó a Tánger, en el incógnito que quiso, en un piso que le busqué con las vistas al mar que quería; y esas vistas no eran sólo al mar sino a la otra tierra, al Peñón, Algeciras, Barbate. Pensaba allí en ese juego de proximidad y lejanía que le sigue afectando ahora en esta *Cuarentena*; en los tiempos en que ese fragmento de geografía líquida separa la Cristiandad del Islam, y España de una antiespaña que no sólo era la morisma, sino personas como el Conde Don Julián, de donde su libro. Cuando me dio a leer el manuscrito, recién hecho, se llamaba *Mejor la destrucción, el fuego*, de un verso de Cernuda; luego la *Reivindicación del Conde Don Julián*, en la que imaginaba la España que habría que arrasar: la España tétrica, siniestra, representada entonces por un Franco que, en realidad, era apenas un continuador pálido de la posible gran desgracia de la Reconquista y del final de una civilización. En Juan Goytisolo hay mucho de esos españoles ilustrados y como ajenos: sus continuas reivindicaciones de Blanco White, con el que se siente realmente identificado, son una de sus claves. Tiene dentro las razones del exilio interior, las diversas clandestinidades —políticas, pero también de vida privada— que ha sufrido, y sus presiones; la civilización perdida por la guerra civil, pero también aquellas otras civilizaciones anteriores, como la de al-Andalusí; y el exilio real en París, donde se asimila otra cultura sin dejar de perder la suya original y las impuestas; y sus viajes por el mundo, hasta llegar a este fondo del Islam que es la muerte sufita.

En Tánger, Juan comenzó aprendiendo el idioma con un cuadernito donde apuntaba las frases o las palabras, otro donde hacía el plano de la ciudad original —de la medina— y escribía los nombres de las calles; y con ese don extraño en un tímido profundo que es el de las relaciones humanas. Viajaba por el país en los autobuses marroquíes, se alojaba en los «fondaks» del camino y mientras tanto continuaba escribiendo: a cualquier luz, con cualquier agitación, con cualquier paisaje delante.

Han pasado no sé cuántos años, cerca de cuarenta. Juan vive en París —en la misma casa— pero, sobre todo, en Marrakech. Viaja por el mundo árabe, siente con el mundo árabe; o con la parte del mundo árabe que ha elegido. No le veo nunca. Busco sus libros cuando salen, recibo saludos de él por terceras personas que nos conocen; y me parece encontrar todavía rasgos coloquiales, rasgos de su humor de siempre —sarcástico, duro— en un libro tan difícil y tan elaborado como *La cuarentena*.

En el próximo número

Artículos de José María Valverde, Emilio Lorenzo, Francisco Ynduráin, Juan Benet, José María López Piñero, José Luis Barrio-Garay y Juan Perucho.

RESUMEN

La lectura del último libro de Juan Goytisolo le sirve a Eduardo Haro Tecglen para recordar al escritor en sus dos polos geográficos tan queridos, París y Marruecos, en los que

el propio Haro Tecglen vivió y en los que le pudo tratar. Traza así en su artículo un vivo retrato de Goytisolo que trasciende el propio comentario de la obra que lo provoca.

Juan Goytisolo

La cuarentena

Mondadori, Madrid, 1991. 111 páginas. 1.300 pesetas.

Entre Prometeo y el Apocalipsis

Por José María Valverde

José María Valverde (Valencia de Alcántara, Cáceres, 1926) ha sido catedrático de Estética de la Universidad de Barcelona, además de ensayista, poeta y traductor de Rilke, Eliot y Joyce, entre otros. Ha escrito con Martín de Riquer una Historia de la Literatura Universal, y es autor, entre otras obras, de Poesías reunidas (1945-1990) y Vida y muerte de las ideas.

Extraño libro éste —*El fin del mundo como obra de arte*—, estrenando una serie de ensayos, pero con el subtítulo «Un relato occidental»; 71 piezas de una página y media o dos, en una secuencia histórica —o «meta-histórica», o «para-histórica»—, desde un arranque mítico de lo humano hasta una situación al parecer terminal —en el sentido patológico de esta palabra—. ¿Qué «clase» de libro tenemos aquí? (Quizá, para enredar más las cosas, estas líneas más hayan de aparecer en *SABER/Leer* bajo la rúbrica «Filosofía».)

La ley de la literatura en este siglo, según Walter Benjamin —acaso ya lo he recordado aquí en otra ocasión—, es que cada obra, para ser legítima, ha de crear un género nuevo y dejarlo agotado, abolido, como el «angelus novus» creado para cantar un cántico nuevo ante el Señor y desapareciendo luego. En esta ocasión, Rafael Argullol ha cumplido más que nunca esa condición, pues aunque él tiene su personal tendencia hacia un acento, hacia una determinada forma verbal de su mentalidad propia, hasta ahora había procurado no situar su voz demasiado lejos de géneros ya existentes, con resultados formalmente algo ambivalentes, quizá para bien de su calidad.

En efecto, sus ensayos, y más sus novelas, tenían algo que no encajaba con sus géneros —y eso que lo novelístico es hoy ya un cajón de sastre de variados tejidos—: incluso en los versos, donde hoy se supone que hay libertad absoluta, no le faltaban apelaciones a posibles cauces y sistemas previos.

Acento propio

Ahora, Argullol se ha decidido a producir un género inédito e irrepetible, al dic-



FRANCISCO SOLE

tado de su acento más propio. Y es un acento bien peculiar: poco «moderno» y nada postmoderno, pero con su posible componente clásica corroída por un íntimo desgarrero —en su raíz, irónico, pero sin el menor tono de humor, sino más bien con una enfatización agorera en la base de su juego con figuras y mitos del alma occidental—. Pues, en efecto, este breve libro tiene algo de réquiem por lo occidental, de «curriculum mortis» sin propuestas de alternativa. Tal vez, como propio de nuestra civilización de imágenes, este libro tiene algo de vídeo o programa televisivo: es imaginativo, incluso óptico, no en sentido realista, sino sacando a escena sucesivamente grandes alegorías de nuestra tradición.

En el arranque hay un mito clásico de poca fama, alguna vez ilustrado en la pintura: Io, amada por Júpiter y convertida, para su protección, en una hermosa vaca que, por enojos de la diosa cónyuge, ha de ir siempre a la carrera hostigada por un tábano —aquí, la inteligencia, la conciencia—. Este símbolo reaparecerá al final: no anticipemos cómo para respetar el suspense.

El libro, en su desarrollo, resultará «un alegato contra los grandes ideales» occiden-

tales, empezando por el básico, tal vez el más a favor del hombre, el mito de Prometeo, aquel que robó el fuego a los dioses para bajarlo a la tierra, y por ello fue condenado a ser amarrado a una roca, adonde acudía un buitre a devorarle el hígado que incesantemente le volvía a crecer. Pues ese genio emancipador lo que habría hecho realmente sería «insuflar al hombre —según Esquilo— ciegas esperanzas», logrando sólo «evitar a los hombres que envidien el destino de sus dioses», y abriendo la «posibilidad de sacrilegio» como dimensión última de la libertad. Como contraste básico del libro, aparece el «apocalipsis», la «historia de la salvación» vista como «historia de la aniquilación» en la entrega del hombre a Aquel que ni siquiera le da su nombre («Yo Soy el que Soy»).

Fin del mundo

Ciertamente, en una lectura artística, poética, no habría por qué contrastarla con ningún punto de vista presuntamente «ortodoxo»: en todo caso, esta lectura del Apocalipsis no deja de parecerse —Dios aparte— a la que se ha solido hacer dentro de la Cristiandad, en perspectiva espiritualista, con la fuerte dosis tradicional de platonismo; esto es, la visión del «fin del mundo» como aniquilación del cosmos físico reducido «a cenizas».

Esta lectura habitual ha limitado la «nueva Jerusalén» a mero reino celeste de almas: no «nueva tierra y nuevo cielo» —escamoteada la «resurrección de la carne» e ignorada la sugerencia paulina (Rom 8, 18-23) de la glorificación final del Universo—. (En todo caso, el *Apocalipsis* tiene casi más de antiguo testamento, junto al *Libro de Daniel*, que de postevangélico.) Desde tal lectura, no cabrían muchas objeciones a la

de Rafael Argullol, que ve ese libro «de la Revelación» como un texto del «placer de la nada», con eficaz «suspense» terrorífico en el proceso que lleva al «séptimo sello».

Ello tendría que ver —tal vez— con la idea, demasiado humana, de Santo Tomás de Aquino, comentada por Nietzsche, junto con otro texto de Tertuliano, de que formaría parte de la felicidad beatífica el contemplar los tormentos infernales de los condenados. El «punto de vista del mártir» se dice aquí que sería el apocalíptico: de un mártir vengativo: hay una idea de venganza divina —Nietzsche dixit— contra el mundo, en que se entiende este término de modo muy diverso a lo que la hermenéutica llama «sentido johanneico del mundo», esto es, el ámbito de pecado en que el demonio es, por excelencia, «el príncipe de este mundo», pero dejando a salvo todo lo demás. Pero también esa «venganza» se podría ver, ya que mencionábamos a Nietzsche, como la venganza de los —según él— «resentidos», los pobres y los oprimidos —y aquí podríamos evocar lo que de apocalíptico tuvo Marx.

Sin embargo, no nos dejemos ir por la vertiente de la glosa y reseñemos el desfile: las figuras de este libro resultarán por igual pesimistas, entre lo prometeico y lo apocalíptico. El dilema humano —se resume— está entre intentar escalar el cielo, a costa de hundirse, o aceptar hundirse para soñar en la resurrección.

Pero el *Apocalipsis* tiene su suprema «composición de lugar» como Juicio Final, y el libro va ahora a su versión visual: la de Miguel Ángel, enfrentando idealmente ese fin con la creación de Adán, como principio. Miguel Ángel —se dice aquí— hubiera querido la fe de Dante, pero ha de buscar consuelo en la «derrota ante la muerte», quedando en suspenso entre el arranque de un



En este número

Artículos de			
José María Valverde	1-2	José María López Piñero	8-9
Emilio Lorenzo	3	José Luis Barrio-Garay	10-11
Francisco Ynduráin	4-5	Juan Perucho	12
Juan Benet	6-7		

SUMARIO en página 2

Viene de la página anterior



Entre Prometeo y el Apocalipsis

Adán como un Prometeo consentido y estimulado y la «faccia di spavento» del aplastado por el juicio.

La droga de la acción

La fe, ya conflictiva, de Miguel Angel ha desaparecido en la siguiente figura, la de Fausto, quien la suple con la «droga de la acción»: «en el principio era la Acción», decide Fausto traducir el comienzo del Cuarto Evangelio, en vez de «la Palabra», porque se niega a dar tanto valor al modesto lenguaje humano. Fausto y Mefistófeles, vistos como «complementarios» constitutivos de un mismo personaje, sitúan el infierno en uno mismo, llevándolo consigo al ir por ahí con una insaciabilidad que no quiere eternidad, sino «un tiempo de plenitud», el «momento» detenido en su belleza total.

Cierto que Fausto II frena a Fausto I; por otro lado, en la segunda parte, el pedan-

te fámulo Wagner, heredada la cátedra de su patrono, se transforma en personaje esencial al producir en su laboratorio al «homúnculo», el «ente de acción», la modernidad hecha hombre. Y es una estupenda coincidencia que el apellido del «estudiantón» anticipara el de Richard de Bayreuth: ambos, leemos aquí, «tratan de salvar al hombre tras el deicidio fáustico».

Pero desde el «buen bárbaro», el prístino germano de *Los nibelungos*, por más que se intente la plenitud de la «obra de arte conjunta», todo rueda hacia el «crepúsculo de los dioses», el incendio y derrumbamiento del Walhalla. Y ello se visualizará, en este «trailer» histórico, por obra de otro artista, malo y «kitsch», pero devoto de Bayreuth y con frustrada vocación de arquitecto y pintor: Adolf Hitler (por algo Brecht en sus versos le llamaba «El pintor de brocha gorda»).

Aquí Hitler aparece en referencia a las memorias de su arquitecto Speer —y también aludiendo a su cineasta Leni Riefensthal, la de las olimpiadas de 1936, que, por cierto, mientras escribo esto, se ha dejado ver en nuestra prensa no demasiado anciana—. Speer, en efecto, debía crear el gran decorado —incluida una «montaña-cúpula» diecisiete veces mayor que la del Vaticano—, con el cual el III Reich existiría para quedar filmado como la auténtica «Gesamtkunstwerk» wagneriana.

Imagen total

Hitler cayó, pero su estética creció en seguida en la Imagen Total de una aniquilación de la humanidad: el «factor K» (¿K de Kafka?), el «gran dios K» de Oppenheimer —muerto con mala conciencia y reprobado por sospechoso—: el «Gran Hongo» nuclear, «medium» entre Prometeo y el Angel Exterminador», que trae un «nuevo escenario metafísico», un posible final en gran estilo. Pues hay que reconocer que esa luz «más brillante que mil soles» sería estéticamente

más digna que el otro final que se va haciendo más probable para antes del siglo XXII: la inhabitabilidad del planeta a fuerza de residuos y desertización, dejando el protagonismo a las cucarachas.

Pero el libro no quiere ser profético y nos deja en el «suspense» para mirar al hombre actual, destrozado por «sus sucesivas cosmogonías»; ahora «centro del caos» como antaño centro del cosmos, dedicado a echar abajo «las respuestas, esperando escuchar... las mismas preguntas». Al fin, «deseamos y tememos encontrarnos sólo a nosotros mismos», tras la exploración de «lo Otro», más innombrable que nunca (más que el «Yo Soy el que Soy», que era un interlocutor). «Ignórate a ti mismo» quedaría como único oráculo saludable contra el délfico —Unamuno dijo: «Conócete, mortal, mas no del todo».

El elusivo tábano

En la última pieza del libro reaparece la bienastada Io, que en el arranque se pintaba junto al encadenado Prometeo —a despecho de toda iconografía—: ahora la roca caucásica a que estaba sujeto el liberador del hombre está vacía, y ella no tiene «a quién interrogar sobre su destino». Y, una vez más, trata de ver al elusivo tábano que la hace correr sin tregua, pensando «en lo maravillosa que hubiera sido su existencia

sin la funesta compañía de su perseguidor: piensa en su cuerpo libre de dolor». Y queda como pregunta final: «¿Existe, en verdad, para lo y para nosotros, el maldito tábano?» ¿Fue una creación nuestra?

Las lecturas de este final pueden ser variadas: por ejemplo, entender que más valdría hacer como si la inteligencia —también moral— no hubiera existido realmente nunca, y atenernos al «cuerpo libre de dolor», no necesariamente en un sentido hedonista de corto radio, sino de encomendarse a lo elemental, a lo natural.

Un diagnóstico del mundo

Pero sería desvirtuar este libro el reducirlo a una fábula clásica, con su moraleja en cursiva: la ambivalencia es su signo dominante, si bien lo que tiene de actual —no «post-moderno»— está contrastado con formas y elementos de inesperada alusión a tonos de otras épocas difíciles de localizar: ¿Un poco de cierto Nietzsche y de las *Opérette morali* de Leopardi, tan caro a Argullol?

Volvemos al comienzo: es un libro poético, inclasificable —cosa plausible—, que, por lo que tiene de fabulación, y aun escenificación, no nos quiere apremiar como diagnóstico del mundo, pero que, por ello mismo, nos deja un regusto amargo de difícil disolución.

Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

RESUMEN

José María Valverde se enfrenta a una serie de ensayos de Rafael Argullol, de difícil clasificación, y que tiene algo de réquiem por lo occidental, de «curriculum mortis» sin pro-

puestas de alternativa. Es, piensa Valverde, un libro poético, que no quiere apremiarnos como diagnóstico del mundo, pero que, por ello mismo, deja un cierto regusto amargo.

Rafael Argullol

El fin del mundo como obra de arte

Destino, Barcelona, 1991. 160 páginas. 1.800 pesetas.

SUMARIO

	Págs.
«Entre Prometeo y el Apocalipsis», por José María Valverde, sobre <i>El fin del mundo como obra de arte</i> , de Rafael Argullol	1-2
«La ortografía, de moda», por Emilio Lorenzo, sobre <i>Manifiesto ortográfico de la lengua española</i> , de José Polo, y <i>Reforma de la ortografía española</i> , de José Martínez de Sousa	3
«Américo Castro, de filólogo a logógrafo», por Francisco Ynduráin, sobre <i>Glosarios latino-españoles de la Edad Media</i> , de Américo Castro	4-5
«Cada cual con su deber», por Juan Benet, sobre <i>Engage the Enemy More Closely</i> , de Correlli Barnett, y <i>Dreadnought</i> , de Robert K. Massie	6-7
«La historia de la ciencia como disciplina», por José María López Piñero, sobre <i>Companion to the History of Modern Science</i> , de R. C. Olby y otros	8-9
«Conjetura e interpretación del Arte», por José Luis Barrio-Garay, sobre <i>Principles of Art History Writing</i> , de David Carrier	10-11
«El rigor historiográfico de Coll i Alentorn», por Juan Perucho, sobre <i>Historiografía</i> , de Miquel Coll i Alentorn	12

La ortografía, de moda

Por Emilio Lorenzo

Emilio Lorenzo (Puerto Seguro, Salamanca, 1918) ha sido catedrático de Lingüística inglesa y alemana de la Universidad Complutense de Madrid y es profesor emérito de la misma, así como miembro de número de la Real Academia Española. Es autor, además de trabajos sobre los idiomas de su especialización, de *El español de hoy, lengua en ebullición*, *El español y otras lenguas* y de una edición reciente de *Obras Selectas* de Jonathan Swift.

«La mejor actriz del año», «el quiz de la cuestión», *hambientar*, *incapié*, el *ti/-empo*, *psicofante*, *Turkia*, *cohartada*, *hostentosa*, *una genda*, *helicóteros*, el *eropuerto*, *alrededores*, etc., etc. He aquí un breve y variado muestrario de las transgresiones que cualquier lector sensible a la ortografía puede encontrar a diario en rótulos televisivos o en la prensa, y rara vez, gracias a los correctores de pruebas, en libros o revistas sometidas a su ojo crítico. No es extraño, pues, que los dos libros que nos ocupan se deban a la pluma de dos entusiastas del «recto escribir», y que uno de ellos contenga una mención especial del gran tipógrafo-corrector José Mejía (†1989), con quien yo mantuve breve pero sustanciosa correspondencia hace años. Todo ello mera anécdota que no justificaría nuestro título si no estuvieran en juego, en todo el mundo, iniciativas y decisiones —algunas muy crispadas— que mucho tienen que ver con la ortografía y que a menudo protagonizan gentes que, negando la aceptada, tratan de imponer otra tan caprichosa como la que rechazan.

Dirigismo lingüístico

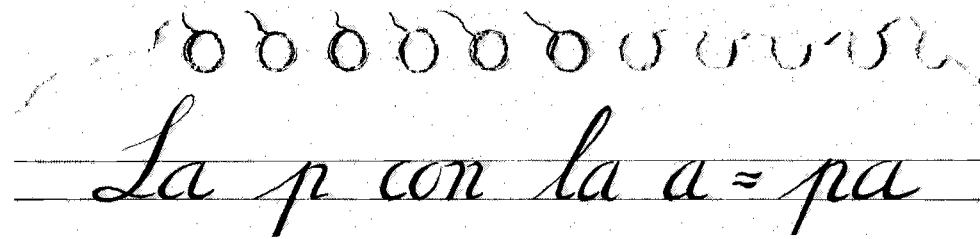
Sí, la ortografía, mejor dicho, los problemas ortográficos están de moda y asoman con creciente frecuencia a las páginas de los diarios y de las revistas especializadas. Basta mirar la bibliografía reciente de las dos obras comentadas. Lo que convierte el asunto en noticia son no sólo las abundantes infracciones que hieren la vista de un público cada vez más numeroso y más consciente, por la escuela, de determinado tipo de incorrecciones, sino también por el intervencionismo o dirigismo en materia de uso lingüístico, de ciertos políticos y burócratas. Ya hemos denunciado la pasividad con que, tras pagarlos bien, nos doblegamos ante sistemas ortográficos y máquinas donde falta la Ñ, pero nos imponen signos habituales en otras lenguas, como £, \$, #, ç, w. No está lejano el día en que las autoridades comunitarias nos inviten, mediante una «directiva» de cumplimiento obligatorio, a escribir *Aachen* en vez de *Aquisgrán*, *Trier* en vez de *Tréveris* (ya lo hace algún español sin que se lo manden) o *Genève* en lugar de *Ginebra*. Pero si la cuestión de los topónimos es opinable, pues sus más frecuentes usuarios, los indígenas, alegan propiedad indiscutible del término, no lo es tanto la actitud inmiscuyente de ciertos gobernantes que pretenden legislar sobre los usos idiomáticos de sus ciudadanos como si de política fiscal se tratara. En los últimos meses hemos leído cómo las autoridades francesas, lo mismo que las de los países de habla portuguesa, han promulgado leyes que tratan de regular los sistemas ortográficos respectivos. También recientemente los legisladores españoles se han pronunciado sobre la manera de escribir algunos topónimos españoles en litigio. No se ha llegado todavía en el mundo occidental al grado de injerencia extranacional de los chinos, que intentan imponer a los hablantes que usan el alfabeto latino unas normas de transliteración uniformes, que las organizaciones internacionales parecen considerar de obligado cum-

plimiento. Este sistema de adaptación fonética, el *pinyin*, vigente hace unos lustros, es una legítima aspiración de toda lengua que aspire a llamarse internacional, pero en modo alguno garantiza una pronunciación uniforme de la palabra transliterada. Basta imaginar un español y un alemán articulando el actual nombre de la capital china, antes *Pequín*/*Pekín*, hoy *Beijing*. Si el contexto no ayuda, serían mutuamente incomprensibles.

Los problemas relacionados con la ortografía son, como vemos en este breve apunte, de variada índole. No está libre de ellos el español, donde, pese a algunas incongruencias entre lo hablado y lo escrito, lo reflejado en la escritura es una muestra de fidelidad fonética bastante aceptable, sobre todo si lo comparamos con el francés o el inglés, lenguas de exasperante y arcaica ortografía. Mas incluso con esta superioridad relativa, dos amantes de la lengua española —J. Polo y Martínez de Sousa— quieren hacer ver que las cosas son mejorables, tanto en las aulas, creando una nueva conciencia de lo que verdaderamente debe corregir el profesorado (no sólo la omisión y bailes de la *h*, los cruces de *b/v*, *g/j*, *c/z*, sino también el constante descuido de la acentuación y puntuación), como en las

la confusión reinante». Si no hemos digerido aún —argumenta— «la reforma de 1959, ¿para qué iniciar la siguiente?» (pág. 81).

El libro de M. de Sousa cita oportunamente una contribución anterior de Polo al tema (*Ortografía y Ciencia del Lenguaje*, 1974) dentro de sus 13 páginas de densa y, al parecer, exhaustiva bibliografía, que no incluye, justificadamente, el *Manifiesto*, aparecido sólo dos o tres meses antes en la misma colección. Aun así, en el tono general, la obra, no obstante el peso de sus sólidos argumentos, comparte con la de Polo el carácter combativo y desinhibido de ésta. M. de Sousa, que goza de merecida autoridad en este campo y otros afines (su *Diccionario Internacional de Siglas y Acrónimos* es justamente alabado), nos presenta abiertamente, sin rodeos, este proyecto de *Reforma de la Ortografía* con unas propuestas de apariencia modesta muy concretas (incluso con fechas de entrada en vigor), todo ello profusamente justificado con un aparato documental que sin duda ha de impresionar y convencer a la mayoría de los lectores, y que a los no convencidos, como yo, nos hace reflexionar, admirar los razonamientos y lamentar que, por múltiples razones, semejante



FUENCISLA DEL AMO

normas académicas y en las recomendaciones y usos de los medios de comunicación. Esto último implicaría una serie de reformas —de ahí el título de M. de Sousa— que el autor no propone a la ligera, sino tras larga y razonada argumentación.

Aldabonazo a la conciencia

José Polo, que acaba de alcanzar su merecida cátedra universitaria, es hombre de gran vocación y experiencia docente, de digna ejecutoria en el campo editorial y de abrumadores conocimientos bibliográficos. No obstante, evita en su *Manifiesto* todo alarde erudito (los 35 títulos que incluye son mera guía escueta y testimonial). El *Manifiesto* es, o aspira a serlo, un aldabonazo a la conciencia de los profesores de lengua española en todos los grados de la enseñanza, excesivamente preocupados por faltas y minucias ortográficas que el buen sentido del lector siempre puede subsanar sin esfuerzo, pero insensibles o indulgentes con graves defectos de acentuación, y sobre todo de puntuación, donde queda de manifiesto la carencia de rigor en la articulación y expresión del pensamiento y, en consecuencia, de la sintaxis. Se trata de una incisiva denuncia de la chapucería ortográfica nacional, de la que somos los primeros culpables cuantos escribimos, pero también muchas generaciones de docentes, empeñados en no confundir Jiménez con Giménez, ni en escribir *objeción* con *dos cc* (eso se deja para *interjección*). También la Academia es culpable, por omisión o ignorancia de algún redactor. Así tenemos la extraña grafía de *vivac*, que choca con las de otras lenguas occidentales en virtud de la peregrina «explicación» del *Diccionario de Autoridades*, o las contradicciones de *Avila/abulense*, *invierno/hibernación*, *maravilla/admirable*, etc. Tiene razón José Polo cuando concluye que «no tiene, en estos momentos, sentido alguno pensar en una reforma ortográfica, ni por razones técnicas... ni por razones sociales», aparte de «la grave responsabilidad (de) ayudar a aumentar

reforma no pueda llevarse a cabo. Pienso en una propuesta mía, hace más de dos años, sobre la inclusión de la *ch* y *ll* en sus lugares respectivos del *Diccionario* académico. Aprobada en diez minutos por la corporación española, se consultó, como es preceptivo, a las americanas, pero el veto de una ha bastado para frustrar el intento de «innovación», que no pretendía más que restaurar el alfabeto adoptado por el *Diccionario de Autoridades*. Si esto ocurre con una minucia, imagínese el impacto que la *Reforma* de Sousa habría de producir en el heterogéneo mundo hispanohablante. Nuestro autor realiza una revisión de la historia y problemas de nuestra ortografía desde Nebrija y analiza con competencia los alfabetos y sistemas ortográficos de otras lenguas del Occidente europeo, incluidas todas las peninsulares; examina, una a una, las 29 letras alfabetizadas en el *DRAE*, que en el inventario por él propuesto se reducirían a 24 signos (desaparecen *h*, *k*, *q*, *v* y *w*; aparece un nuevo, *̄*, para la *r* múltiple, y *ch* es sustituida por *ç*), y trata de hallar remedio a las situaciones previsibles si se llega a aceptar su proyecto, que, como decimos, parece modesto y sensato a primera vista y no aspira sino a

una mejora parcial del sistema vigente. Su promotor se da cuenta de que no basta con que a sus lectores les parezca bien ni que la Academia Española lo considere recomendable. Quedarían por convencer las demás academias, los millones de discrepantes reacios a cualquier reforma y otros muchos que, propicios al cambio, sopesen ventajas e inconvenientes y opten por el *statu quo*. M. de Sousa sabe muy bien que sigue vivo el «fetichismo de la letra» (Rosenblat) y hay quienes defienden, con cierto fundamento, la pronunciación «ortográfica» de la *v*, que en esta reforma desaparece hasta en *Valencia*. No hay que olvidar a los que, buscando sus «señas de identidad», añaden a su bandera política ciertos adornos ortográficos de dudosa estirpe. Me refiero a los *okupas* del verbo *okupar* y a la noble *x* del castellano antiguo en *dixo*, hoy popularizada en toda España gracias a las *caixas* catalanas y gallegas y arropada con la *t* (*tx*) para evitar la *ch*. Quiere esto decir que determinadas grafías aberrantes se hacen eficazmente significativas. No es lo mismo *cantaor* que *cantador*, ni se confunden *nomenklatura* o *intelligentsia* con sus equivalentes «correctos».

Difícil aceptación

Si bien el proyecto de reforma se basa en el «principio de máxima coherencia», su autor admite que ésta «no es ni puede ser total». Consciente de que fenómenos fonéticos tan extendidos como el yeísmo y el seseo (en menor grado el ceceo) dificultan la citada coherencia, M. de Sousa opina que «lo mejor... es dejar las cosas como están» (pág. 209). A veces no decide y suaviza las salvedades con términos como «estatuto especial» (pág. 179) o «soluciones abiertas» (pág. 193). Pese a estas cautelas, que prueban la honradez científica del proyecto, uno no ve cómo, buscando la «máxima semejanza» entre lo hablado y lo escrito, se llegue a recomendar la ortografía *onbre* (suponemos que también *onbro*) en contra de la pronunciación real y etimología, desaprovechando así los signos (aquí la *m*) del sistema alfabético propuesto. Tampoco parece coherente reducir la *x* intervocálica a *s* y respetar el grupo *kz* (=cc), pues sería necesaria una encuesta rigurosa para demostrar que quien pronuncia con esmero el grupo *kz* (en *acción*) no pronuncia con igual esmero el grupo *ks* en *examen*.

Es, sin duda, la *Reforma* propuesta el alegato más documentado y mejor razonado sobre nuestra ortografía, mas pese a su aparente modestia y a las opciones abiertas, vemos difícil su aceptación general en el mundo hispanohablante. El misonéismo, la rutina, las modas y el esnobismo suelen frenar las innovaciones ortográficas. La dudosa adaptación de *whisky*, ¿habría tenido más éxito con las grafías propuestas en la *Reforma*, es decir, *uisci* o *guisci*? □

RESUMEN

Tal vez no sea paradójico que cuando se cometen tantas barbaridades lingüísticas con la ortografía como víctima inocente, sea la misma ortografía la que parezca estar de moda. El académico Emilio Lorenzo se interesa

por dos libros que se ocupan de estas cuestiones, llegando uno de ellos, incluso, a razonar una posible reforma de la ortografía española, discusión ésta en la que tercia el propio Lorenzo.

José Polo

Manifiesto ortográfico de la lengua española

Visor Libros, Madrid, 1990. 118 páginas. 1.250 pesetas.

José Martínez de Sousa

Reforma de la ortografía española

Visor Libros, Madrid, 1991. 251 páginas. 1.600 pesetas.

Américo Castro, de filólogo a logófilo

Por Francisco Ynduráin

Francisco Ynduráin (Aoiz, Navarra, 1910) ha sido catedrático de Lengua y Literatura Españolas en las Universidades de Oviedo, Zaragoza y Complutense de Madrid, además de rector de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, de Santander. Se ocupa de distintos temas y autores, desde los del Siglo de Oro a los contemporáneos.

Probable, muy probablemente, tratar hoy de una obra no reciente del gran filólogo y maestro con escuela de alto crédito internacional, don Américo Castro, puede resultarme un tanto arriesgado para la atención e interés actuales, como no sea para especialistas en la materia. Me refiero al impresionante libro *Glosarios latino-españoles de la Edad Media*, que acaba de reeditar el Consejo Superior de Investigaciones Científicas en su Biblioteca de Filología Hispánica. El CSIC vino a suceder, y no sin deterioro inicialmente, al Centro de Estudios Históricos, que en la misma sede, calle Duque de Medinaceli, presidiera don Ramón Menéndez Pidal con apoyo de tantos maestros más.

La primera edición del libro que comento apareció en 1936, después de una tenaz y larga tarea de más de tres años. Y me temo que el texto no contará con numerosos interesados, salvo escasos especialistas, bien que suponga información tan copiosa como rigurosamente tratada sobre la enseñanza del latín hacia nuestro siglo XV, aportando un rico vocabulario, más refranes, dichos y sentencias en romance castellano, teñido, si no algo más, de rasgos dialectales aragoneses, en opinión de don Américo. Precede un prólogo de Manuel Alvar, director hasta diciembre de 1991 de la RAE, en parte siguiendo y ampliando a Castro en sus investigaciones filológicas hispanas con el mayor radio de atención. Así,

el doctor Alvar tiene ocasión de rendir homenaje a la *Revista de Filología Española*, cuya vigencia vino a desmerecer tras nuestra última guerra.

Una vez más, y cuántas otras, el decurso del tiempo nos va privando, obliterando al menos, de lo que tuvo actualidad vigente en una rama de las ciencias, en este caso remozando o innovando disciplinas atinentes a la historia de nuestra lengua y dialectos. El punto de vista, la metodología y objetivos correspondientes han tenido varias mutaciones. ¿Es lo último lo mejor? Creo que es ahora, desde este impresionante estudio de don Américo, una buena ocasión para revisar la tabla de valores de cada uno. Quizá mi punto de vista, con más de medio siglo largo de perspectiva, suponga alguna nota mejorativa teñida de nostalgia. ¿Por qué no? Y esto sin desatender lo intermedio y más reciente.

Me temo que la densa información, el copioso apresto erudito del libro, hagan que algunos crean encontrarse en el vestíbulo de la Ciencia, así, con mayúscula. Pero cada saber exige la máxima y más estricta información documental antes de teorizar, y el escrupuloso rigor metodológico en la investigación, así como el haber agotado fuentes y análogas, ya son mérito de índole magistral, como aquí se nos ofrece de nuevo.

Glosarios medievales

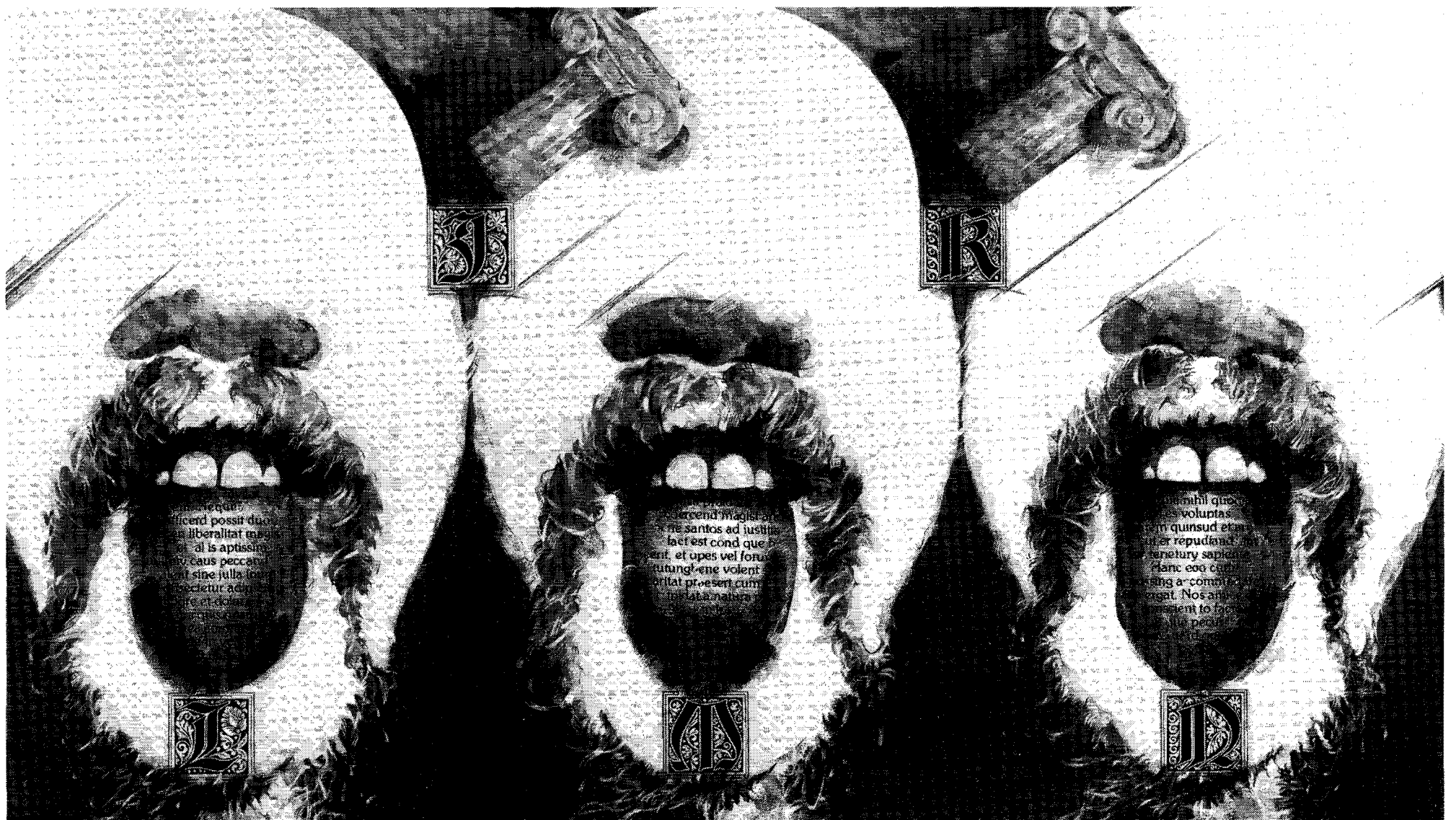
Recoge ahora el doctor Castro los tres glosarios medievales, los conservados en Toledo, Palacio Real de Madrid, Biblioteca de El Escorial, éste el de mayor interés. Una primera mirada al volumen llama la atención a su precisa disposición tipográfica, tanto en distribución de espacios (columnas, etc.) como en la afinada diversidad de cuerpos de letra (redonda, cursiva, negrita) y signos convencionales: algo que hace mucho más fácil y rá-

pidar su consulta. Y el investigador ha apurado su análisis desde la materia escritoria y la paleografía hasta llegar al nivel de la ciencia histórico-lingüística con el máximo apoyo en la bibliografía entonces disponible en el ancho marco del neopositivismo, pero sin cerrarse en sus límites. No nos faltará un criterio humanístico que nos sitúe ambientalmente en un nivel cultural.

Todavía en los años anteriores a esta publicación, método y campo de investigación tuvieron amplia acogida en la Europa más cultivada: Alemania, Francia, Italia, Suiza, Países Nórdicos y Bajos inclusive, y con particular atención a las lenguas romances, desde el latín, como era inevitable. Meyer-Lübke y su *Filología románica*, Schuhardt (*Wörtern und Sachen*), por no mencionar más, fueron maestros aquí seguidos y ampliados desde Menéndez Pidal y su escuela, de la que Castro fuera seguidor de más relieve y capacidad, para ensanchar su afán investigador a otros aspectos de nuestra historia, la literaria especialmente. Remito, por no extenderme más, a sus dos libros en la Biblioteca Española de Divulgación Científica: I, *La enseñanza del español en España* (Madrid, 1923), y V, *Lengua, enseñanza y literatura (Esbozos)* (Madrid, 1924). Todavía se anunciaban varios tratados más: *El pensamiento y la moral de Cervantes*, o ya nos había dado *Santa Teresa y otros ensayos*, donde nos encontramos, además de la Santa, con Cervantes y Pirandello, pasando por Erasmo (Madrid, 1929).

Nuestro investigador se ha quejado, y con sobradas razones, de la escasa información que hemos tenido desde las *Isidory Etymologiarum*, Libro XX (ed. Lindsay, Oxford, 1911) hasta Alonso de Palencia (1490) y el *Vocabulario de Nebrija* (1492). Y con referencia a los *Glosarios*, comenta: «Los textos impresos y analizados en este volumen son interesantes porque contienen multitud de curiosos vocablos, tanto latinos (o que pretenden serlo) como

españoles. (...) Este bárbaro lenguaje ha obligado a múltiples correcciones y a usar a menudo de conjeturas» (pág. VI). El trasfondo de saberes y el rigor de las hipótesis nos brindan un trabajo de ejemplaridad singular, en el que la erudición, copiosísima y a la última, ha requerido en cada línea un afinado esfuerzo mental para darnos las lecturas más admisibles. Cada ciencia requiere método y originalidad inventiva si se ha de acceder a resultados aceptables, y en este caso no se ha quedado el erudito en el umbral de la Ciencia, así, con mayúscula, por donde tenemos que rectificar ahora la sentencia de que la Ciencia empieza donde acaba la erudición. Este libro es cima y resumen del investigador filólogo, que se formó en la escuela de Menéndez Pidal con magisterio propio, como puede verse en su segunda traducción de Meyer-Lübke y sus notas más adiciones propias, *Introducción a la Lingüística Románica* (Madrid, 1927). Don Américo no se cerraba nunca el campo de sus investigaciones, y en el libro que hoy nos ocupa aún hubo de ensanchar y revisar sus textos acudiendo al «Apéndice al Glosario de El Escorial», páginas 132-148; y al «Comentario al Glosario de El Escorial», páginas 362-376. Todavía he de recoger sus *Addenda*, donde nos puntualiza —y no es marginal la precisión— que estos *Glosarios* no son tan rigurosos como los latino-románicos de la Edad Media, pues nos las habemos con cuadernos que no son más que notas de estudio y de aprendizaje, en los que advierte torpeza y hasta barbarie de los copistas (resumo pág. VII). A lo largo de su plan en la composición del libro parte de la «Enseñanza del latín», para rectificar erratas y mencionar las palabras no aclaradas. Sigue luego con los apartados usuales en filología: fonetismo, morfología, léxico, el latín de los *Glosarios*, palabras nuevas. Esto como apertura introductoria (hasta pág. LIV).



EMMA FERNANDEZ

Viene de la página anterior



En el Centro de Estudios Históricos, Américo Castro (dcha. de la foto), con Menéndez Pidal (sentado en el centro) y otros filólogos.



En el mismo Centro, Castro con Pidal y el poeta Pedro Salinas (dcha. de la foto).

CORTESIA ESPAÑA-CALPE



Dedica más atención al Glosario de la Biblioteca de El Escorial, que es el más extenso y más importante, cuya data parece del siglo XV. Lleva por título *Libro de adverbios, nombres, verbos y refranes latinos con sus correspondientes españoles*, aunque no siempre se den las correspondencias. Supone que en algunos casos tiene nuestro manuscrito fuente francesa, pero lo que sí hace resaltar Castro es la relación con otros extranjeros, de donde resulta una comunidad europea en tales fórmulas de enseñanza, y expone algunas muestras en apoyo de la tesis apuntada. Pero tengo que abreviar el detallado análisis de grafías, erratas, etc., con que afina su análisis el editor. Más atención merece lo que él mismo puntualiza en su «Apéndice al Glosario de El Escorial» con sus refranes y dichos, que nos brindan un rico repertorio de esta sabiduría popular. Resume el texto en fórmulas para cartas, notas de sermones, algún trozo poético (el estribillo de la canción de la «mal mariada»), enigmas, frases equívocas o trastocadas para probar el ingenio del receptor, y sin que «faltan obscenidades». Desde nuestra altura temporal no se advierte apenas nota obscena; pero todo es relativo en usos y dichos.

Colección de refranes

Dejando el vocabulario, me limito a dar traslado a algunos refranes cuando tenemos en tiempo próximo al Marqués de Santillana y su colección atribuida con probable certeza: *Refranes que dicen las viejas tras el fuego* (ed. U. Cronan, *Revue Hispanique*, 1914): «Quan luenne de ojos, tan luenne de corazón» [modernizaré las grafías, salvo exigencia ineludible]. Aquí tenemos una grafía, *nn*, anterior a la que remite la palatal a la tilde

en la ñ. Dicho que me lleva a recordar al Marqués de Santillana, del que leemos: «Ha bien errada opinión / quien dice: quan lexos d'ojos / tal lexos de corazón». Lo leo en la «Canción» que viene en la edición de Vicente García de Diego (*Clásicos castellanos*, 1913, pág. 196). No habrá pasado inadvertido el doblete: *luñe/lejos*, el primero de los cuales quedó como arcaísmo, dialectal tal vez. Y todavía he de recordar cómo el Marqués se valió de refranes, estribillos de sus canciones y *dezires*: «La mayor cuita que aver / puede ningún amador / es membrarse del plazer / en el tiempo del dolor.» O: «Uno piensa el vayo / e otro el que lo ensilla»; «ni aun por mucho madrugar / amanece más ay-na», que pueden verse en la edición citada. ¿Apoyamos así su autoría de la colección de refranes?

(Si se me tolera un rápido retroceso, aclararé, por si fuese necesario a algún lector, que *luñe* procede del adverbio latino *longe*, y *lejos*, del comparativo *laxius*.) Pero vale la pena continuar con los refranes, aun resumidos, que no siempre nos aparecen en textos bilingües. Así: «Qui procul est oculis, procul est a lumine mentis», en el cual una vez más se pone en contacto semántico la vista, ahora con la mente. «A mujer barbuda de luenne me la salud. Mulier barbata longe salutatur». «Ve do vas, como vieres, asi faz. Vade et quo vadis more omnium tibi trade». «El mur que non sabe más que un forado, priado lo caza el gato. Mur miser est antro qui solo conditur uno». «Non se toman truchas a bragas enxutas. Catulus vult pisces, sed non vult tangere flumen», entre tantos más. El refranero romance se ciñe en estructuras bimembres, remarcadas por la rima: recurso para la mejor retención memoriosa. Se habrá advertido que nuestro idioma resulta más ceñido que en el correspondiente dicho latino.

Repasando textos medievales me he encontrado con análogos dichos en versos de los *Carmina Burana*; así, el número 102 de El Escorial: «Qui pingit florem non pingit eius olorem», corresponde, en parte, al número 148 del otro: «Flos in pictura / non est flos, immo / figura; / qui pingit florem / non pingit odorem» (remito al eminente libro de F. J. E. Raby, *A History of Secular Latin Poetry in the Middle Ages*, 2 vols., Oxford, 1957, que tengo a mano).

Y debo ya dejar tan incitante campo para seguir con el que fue maestro admirable. Es-

tamos en 1936, año en el que aparece la primera edición de los *Glosarios*, poco antes de que el investigador tuviera que alejarse de su patria, continuando su magisterio en Ultramar durante no pocos años todavía, con nuevas atenciones, temas y fecundos logros. La filología hispánica, ya no su objeto de estudio, porque se planteó problemas de más entidad y compromiso nacional. ¿Resultado del choque brutal bélico?

Desde otra perspectiva, su paso por la Argentina, y atento al habla viva en su contexto social, nos dio el libro *La peculiaridad lingüística rioplatense* (Buenos Aires, 1943), donde analizaba el habla de tantos inmigrantes en aquellos lugares, con entreverados idiomáticos de varias fuentes, hasta el lunfardo castúo. (A Borges no le gustó el análisis, tan objetivo, y contestó con escaso acierto y ninguna consideración: *Otras inquisiciones*, Buenos Aires, Emecé, 1952.)

Reinterpretación histórica

Ya en las primeras publicaciones de don Américo, que suman cerca de 500 títulos entre 1910 y 1967, su atención tuvo mirada para nuestra lengua y literatura para desembocar en una reinterpretación de nuestra Historia en sus fases críticas. Su vivir (1885-1972) le puso ante experiencias conflictivas y en trances de innovaciones y frustraciones: año del 98, la llamada generación de ese año, con la fecundidad literaria y de pensamiento subsiguientes, para llegar al crítico del 36. ¿Fue la cruel experiencia de nuestra guerra lo que le indujo a escrutar y reinterpretar nuestra historia profunda en sus años críticos, dejando a un lado los estudios de filología hispánica? En este campo nos puso al alcance

en dos ediciones la obra fundamental, en la línea positivista, de Wilhelm Meyer-Lübke (1914 y 1926), para no seguir las renovaciones que surgieron en métodos y enfoques del lenguaje, rutas que propició a discípulos directos: Amado y Dámaso Alonso, Rafael Lapresa. Ni dejó de seguir atendiendo a nuestra literatura en tantos estudios hasta sus dos libros dedicados a Cervantes, al que dedicó su último escrito: *Cómo veo ahora «El Quijote»*.

Meollo hispánico

Insisto en referirme a su afán por hacerse y darnos una nueva interpretación del meollo hispano, con lo que no puedo menos de recordar el término clave en este aspecto de su historiar, cuando acuña la palabra «vividura». Para ello hubo de zafarse «de las garras de la deshumanizada historia de ideas («Kulturgeschichte») en la cual había aprendido lo poco que sabía». Así se expresaba en 1961, allá en Princeton, en nota a la segunda edición de *La edad conflictiva, el drama de la honra en España y en su literatura* (Madrid, Taurus, 1961). En el acceso a una «vividura» es algo que labra un cauce a la vida y se crea así una manera de existir que la tradición prolongada fija en rasgos tenaces e indelebles. Son sus mismas declaraciones.

Lo que sí se advierte es la derivación, desde su predominante enfoque filológico, a una contemplación de más ancho cauce y más levantada meta. Discípulo de la Institución Libre de Enseñanza, Castro se me ofrece en una línea diferente, si no antagónica, de la que tuvo el magisterio de Menéndez Pelayo. ¿Se ha superado por asimilación o nuevas miras tal divergencia?

RESUMEN

Francisco Ynduráin llama la atención acerca de la reedición de una obra clásica del gran filólogo e indagador en la «vividura» hispana Américo Castro. Y sub-

raya la derivación de sus preocupaciones desde un predominante enfoque filológico hasta una contemplación de más ancho cauce.

Américo Castro

Glosarios latino-españoles de la Edad Media

CSIC, Madrid, 1991. 378 páginas. 3.710 pesetas.

Cada cual con su deber

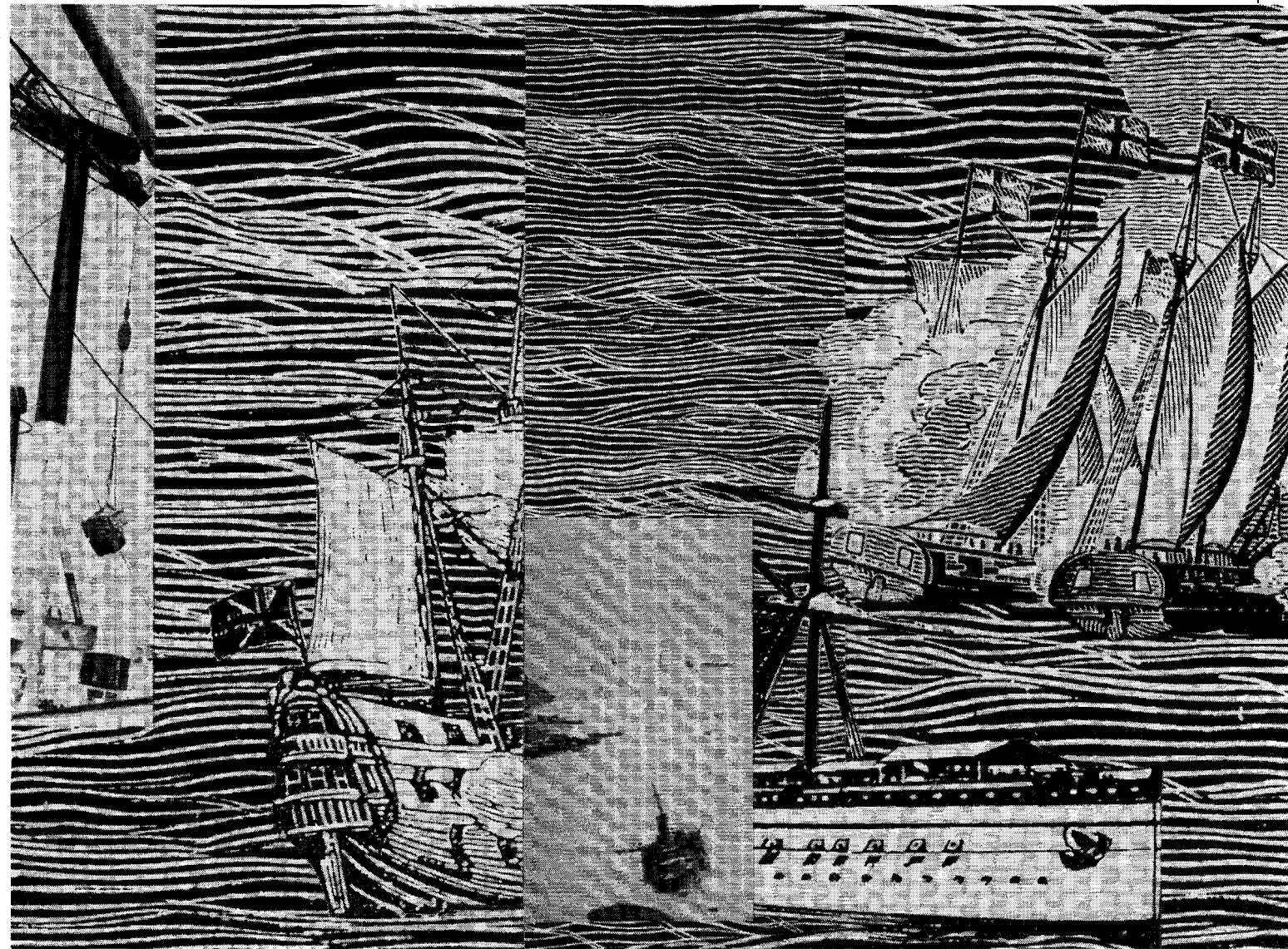
Por Juan Benet

Juan Benet (Madrid, 1928) es escritor e ingeniero de Caminos. Tras un primer libro de cuentos, *Nunca llegarás a nada* (1961), se dio a conocer en 1967 con su primera novela, *Volverás a Región*. Ha obtenido el Premio Biblioteca Breve y el de la Crítica. Ha escrito también teatro y ensayos. En los últimos años está publicando, con el título de *Herrumbrosas lanzas*, una larga crónica en torno a la guerra civil.

En cuanto científico, el historiador no puede conformarse con lo que existe ni dar por definitivo el conocimiento de un hecho pasado si descubre fuentes que no han sido consultadas y que pueden arrojar nueva luz sobre lo que se pretende saber. Comoquiera que desde la invención de la imprenta esas fuentes son poco menos que inexhaustibles, la historia de Europa desde el siglo XV estará siempre en un proceso de perfeccionamiento y revisión. Ahora bien, en cuanto hombre de letras, el historiador pretenderá sacar a la luz un resultado definitivo, que no haya de ser mejorado porque no pueda ser comparado, y que constituya el punto de referencia obligado para sucesivas investigaciones. Tal es el doble y contradictorio espíritu que anima a los historiadores, en su mayoría ingleses, de la Royal Navy (R.N.) desde los tiempos de Southey y Mahan, y que hasta el día de hoy ha producido tal número de obras que difícilmente queda un resquicio para nuevos alumbramientos que, sin embargo, cada cierto número de años se producen, acaso porque la historia de la R.N. es inagotable. Una perseverancia semejante da mucho que pensar, sobre todo cuando se compara con la dejadez española hacia su propia historia.

El momento cumbre

Trafalgar será –sin posible superación– el momento cumbre de la R.N.; el momento en que una feliz concurrencia de circunstancias y personas producen una victoria cuyas consecuencias, no todas positivas, se prolongarán durante más de un siglo. De un lado, la acertada visión geopolítica del bloqueo continental; de otro, la réplica estratégica a la decisión napoleónica –de estilo persa– de derrotar por tierra a la flota enemiga. A ello se añadirá la superior tecnología de los barcos británicos sobre cualesquiera otros, la mayor profesionalidad e instrucción de su marinería (no comparable a las tripulaciones de conscriptos de tierra adentro de españoles y franceses) y, coronándolo todo, el mando insustituible de Nelson, ese «Nelson touch» expuesto en el famoso memorándum escrito días antes de la batalla. El relato de Keegan (John Keegan, *The Price of Admiralty*, Viking, Londres, 1988, 292 páginas) de la batalla no añade gran cosa a lo ya sabido –no es fácil hacerlo– y adolece de cierto «jingoism» impropio de un historiador de su prestigio: se permite llamar homónimo a Jean Lucas, el hombre que ingenió la manera de acabar con Nelson; ignora el combate de Churruca; no oculta algunas dudas sobre Invernet, que con su «Intrépide» llegó a mantener a raya a siete barcos británicos; y en cambio ensalza la acción de Cooke, un incompetente bravucón que a punto estuvo de dar un vuelco a la batalla con su torpe maniobra del «Bellerophon». Pero en cambio esclarece de forma incontestable las condiciones logísticas y técnicas anteriores a la batalla –como el sistema de señales alfabéticas ideado por el almirante Home Popham en 1803–, que permitían a Nelson abordar con seguridad y con-



fianza su famoso «breaking the line», su mayor invención táctica, adivinada con pesimista previsión por Villeneuve.

Domínio de los mares

A consecuencia de las victorias de Abukir y Trafalgar, la R.N. se hizo con el dominio de los mares por espacio de un siglo. Hasta 1904, en que el baremo fue revisado (para ser incrementado en un 10 por ciento más), el poder naval de Gran Bretaña estaba definido por el «two-power standard», en virtud del cual el Almirantazgo se comprometía a mantener en activo una flota cuando menos igual a la combinada de las dos siguientes potencias, y gracias al cual el Imperio vivió durante un siglo cobijado por una superioridad incontestable. Fue un siglo de inactividad bélica en el que «profesionalmente» la R.N. se hizo complaciente», dice Keegan. Se perdió el «Nelson touch»; jerarquía, instrucción, reglamentos y rutina se apoderaron de su espíritu y la R.N. entró en el nuevo siglo, manteniendo aquel standard, como una fuerza vetusta, con una mentalidad anacrónica y una tecnología obsoleta. El acontecimiento más demostrativo de tal situación, expuesto en detalle por Massie, se produjo el 23 de junio de 1893, en un día claro y despejado de verano, cuando sir George Tyron, comandante en jefe de la Flota del Mediterráneo, al conducir su fuerza en dos columnas paralelas izó en el mástil de su buque insignia la orden de giro de una hacia la otra. Comoquiera que en la colisión entre el «Victoria», su buque insignia, y el «Camperdown», sir George se ahogó en compañía de 385 hombres de su tripulación, el caso no se llevó ante una Corte Marcial y las razones de aquella incomprensible señal –obedecida sin una protesta– jamás fue-

ron esclarecidas. Las drásticas reformas e innovaciones introducidas por sir John Fisher, en tanto que Primer Lord del Mar, trataron de poner remedio a tal estado de cosas con nuevos créditos, nuevos barcos, nueva tecnología y nuevas ideas, todo ello resumido y sustanciado en el célebre «Dreadnought»; botado en 1906, iba a revolucionar la estrategia naval al tiempo que, en buena medida, anular el esfuerzo de Tirpitz por construir una flota alemana capaz de medirse con la R.N.

Falta de temperamento

La superioridad de ésta no estaba, en modo alguno, coronada con el «Nelson touch». En enero de 1915 se encontraron en Dogger Bank dos divisiones de ambas flotas con un resultado netamente desfavorable para las armas de Scheer, pero el conformismo de Moore, obedeciendo órdenes de Beatty, y su renuncia a perseguir a la fuerza alemana en su huida, provocó el acerbo comentario de Fisher acerca de la falta de temperamento nelsoniano de su armada, que de tal manera se echaría en falta en Jutlandia. «En guerra, el primer principio es desobedecer órdenes» –dijo, con la memoria puesta en San Vicente–; «cualquier tonto sabe obedecerlas». Como afirma Keegan, la última orden que izara Nelson en Trafalgar –«Engage the enemy more closely»– había sido borrada del libro de instrucciones y no fue sustituida por ninguna otra equivalente.

Tal orden es el título con que ampara Correlli Barnett –quizá el más agudo historiador militar de nuestros días– su extensa relación sobre la misión de la R.N. en la Segunda Guerra Mundial, anteriormente expuesta, entre otros, por el capitán Stephen

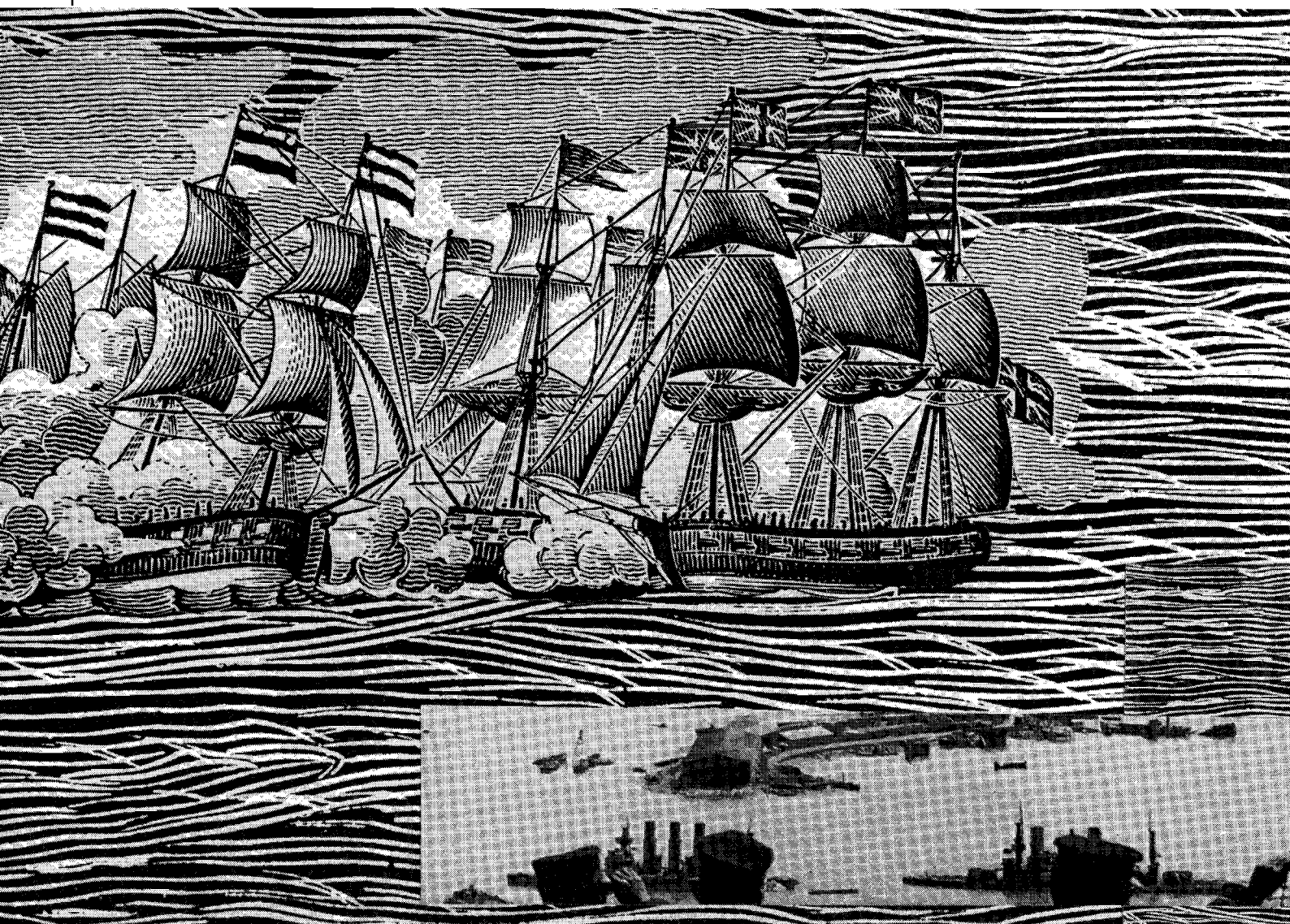
W. Roskill, a quien Barnett rinde el homenaje de la dedicatoria. Pero la extrema minuciosidad de Roskill –que no se dejó en el tintero la descripción de la más insignificante operación– ha sido sustituida por la convincente claridad de Barnett, un hombre que ya había dado contundentes pruebas de su independencia de juicio en obras anteriores, sobre todo en *The Desert Generals* y *The Swordbearers*. Leyendo *Engage...*, el lector se siente poseído –y también soliviantado– por cierto despotismo historiográfico que, sometiendo a un constante análisis los datos reales –en buena medida numéricos–, se distancia de ciertas opiniones un tanto míticas. Son ejemplo sus juicios sobre las insensatas aventuras en que se embarca Churchill por su afición a la «cigar-butt strategy» o sobre el escaso apoyo ofrecido por la RAF tras la batalla de Inglaterra, cuando justamente comienza la campaña por la supervivencia del Reino Unido, librada sobre todo en el mar.

Ansia de desquite

Aquellos almirantes y comandantes que esperaban con ansia el desquite de Jutlandia –aunque fuera en el Pacífico– no pudieron sentirse más defraudados desde el mismo momento de la ruptura de hostilidades. La guerra no presentaría la ocasión para un decisivo encuentro entre unidades de superficie. El Kaiser había contado con un plazo de veinticuatro años para desarrollar un programa naval que le permitiría alinear una Hochseesflotte con una potencia más o menos 3/5 de la de su adversario. Con seis años en el poder, Hitler no podía aspirar a tanto, y el diseño de su Kriegsmarine no obedecía al propósito de una confrontación global se-



Viene de la página anterior



ALFONSO RUANO

mejante a la que la Wehrmacht había llevado a cabo con éxito en Francia. Ni siquiera en su estrategia había espacio para aquella «Risikogedanke» —la teoría del riesgo— de Tirpitz, dispuesto a utilizar la totalidad de su flota en una ocasión propicia, aprovechando los numerosos compromisos de su adversario y su incapacidad para acumular todos los recursos en un solo punto. La guerra planeada por Raeder y Dönitz («el más inteligente, astuto e incansable enemigo de la Navy desde los tiempos de De Ruyter y Van Tromp») no perseguía la confrontación entre pares ni menos aún el dominio del mar, ni siquiera el del Norte. Pretendía tan sólo —y no era poco— romper el dominio de la R.N. sobre las rutas marítimas que mantenían la cohesión del Imperio y atacar al tráfico comercial del que dependía la supervivencia de las islas. Una repetición a mayor escala, y con ayuda del arma aérea, de la estrategia submarina, que con 100 pequeñas unidades y una dotación global de 5.000 hombres había arrasado a la primera potencia mundial al borde de la catástrofe, en el verano de 1917.

Bloqueo de las costas

Para Mahan —el Clausewitz de la historia naval—, Gran Bretaña había alcanzado su status de primera potencia gracias a una sabia y constante explotación de su privilegiado local geográfico que le permitía controlar los accesos a la fachada atlántica de Europa; en caso de guerra, la premisa se traduciría en la indeclinable necesidad de sustanciar el bloqueo de sus costas, con lo que a su vez garantizaba el dominio de los «western approaches». En 1939, la situación era muy distinta a la de 1914; el Reino Unido tenía que encararse con tres enemigos en potencia, con un poder naval superior al

propio y una capacidad de concentración en el punto focal imposible de ser confrontada. El Imperio, para el Almirantazgo, era una carga más que una ayuda, pues ninguno de los dominios, colonias y repúblicas de la Commonwealth, con sus extensas costas, era capaz de garantizar su defensa. La enorme extensión de sus compromisos ultramarinos, para responder a la amenaza trifronte, había arrastrado a la R.N. a una alarmante escasez de recursos en todas sus unidades operativas, bases y estaciones; los tratados de Washington y Londres —dirigidos hacia el «one-power standard»— y la política de «appeasement», sostenida por sucesivos gobiernos desde 1920, no habían conseguido sino agravar una situación en la que la R.N., una colosal fuerza tomada en su conjunto, adoleciera de toda clase de carencias, debilidades y atrasos en todos sus apartados.

Acciones insensatas

El mismo día de la declaración de guerra, Winston Churchill fue nombrado Primer Lord del Almirantazgo (una suerte de ministro de Marina ejecutivo, con mando directo sobre los E. M., las bases y los puentes de mando), cargo que ocupaba al comienzo de la Gran Guerra y del que había tenido que dimitir en mayo de 1915 como consecuencia de la crisis de los Dardanelos. Desde el día siguiente se impuso el deber de galvanizar a la R.N. con sus famosos «prayers» (llamadas por otros «Midnight follies», locuras de medianoche, por su preferencia por aquella hora para pedir informes y cursar directrices) y de tomar la iniciativa en acciones ofensivas tan insensatas, mal planeadas y costosas como los desembarcos en Noruega y Grecia. Ni siquiera la caída de Francia mitigaría su obsesión ofensiva, y la

entrada de Italia en la guerra le ofrecería la oportunidad de inaugurar en el frente del Mediterráneo la estrategia «blue water», que tan dudosos resultados había de rendir y tan onerosos sacrificios había de exigir, sobre todo en la empeñada defensa de Malta, a las mermaidas fuerzas de la R.N. Contrario a la opinión de muchos historiadores —obedientes al deseo de subrayar la importancia de la única campaña de la guerra exclusivamente británica—, el veredicto final de Barnett no puede ser más terminante: ninguna forma de estrategia fue menos efectiva si se contrasta la potencia militar puesta en acción con los medios y recursos movilizados para situarla en el terreno.

Contra las cuerdas

Por el contrario, Barnett concurre con todos sus colegas a la hora de señalar el carácter decisivo de la estrategia «grey

water», i.e., la batalla del Atlántico. Por segunda vez en el siglo, el Reino Unido fue situado contra las cuerdas por un número de hombres que no alcanzaba al de una división, embarcados en pequeñas unidades que en operaciones simultáneas nunca fueron más de veinte. El triunfo de 1918 había cerrado los ojos del Almirantazgo respecto a los peligros del arma submarina, a la que en 1939 consideraba vencida de antemano con sólo hacer uso de las tácticas y técnicas de veinte años atrás. Fue una batalla heterodoxa e implacable, con numerosos altibajos para ambas partes, en la que tanta importancia tuvieron las armas tácticas como la investigación científica, los sistemas de transmisión o el criptoanálisis; una batalla en la que un torpedo de dos toneladas podía acabar con el racionamiento de azúcar de un mes de la población inglesa o la munición de campo de una división; una batalla que no concluyó con la llegada salvadora de un Blücher en el último momento, sino con la innumerable aportación de innovaciones técnicas y operativas que en numerosas ocasiones salvaron la situación poco menos que en el último minuto.

Hemorragia naval

El momento de inflexión de la hemorragia se produjo en la primavera de 1942, cuatro meses después de Pearl Harbour y dos antes de Midway. Para esas fechas la R.N. había perdido casi un tercio de sus efectivos, la mayoría en encuentros desiguales contra la aviación o los submarinos enemigos en misiones de protección o en la cobertura de las cuatro retiradas del ejército británico —Noruega, Dunquerque, Grecia y Creta— ante el avance alemán. Lo peor había pasado —dice Barnett— antes de que el Ejército o la RAF pudieran emprender operaciones en gran escala de naturaleza anfibia. Un año después de la entrada de los Estados Unidos en la guerra se produjo el desembarco en Argelia, y con la clausura del teatro mediterráneo y de la estrategia «blue water», así como por la negativa de Hitler, tras el fin del «Bismarck», a utilizar las unidades de superficie en operaciones corsarias, la guerra se redujo a la atrición del Atlántico y a las operaciones del Pacífico, a donde fue enviada una considerable división, para disgusto de la mayoría de los mandos americanos, con el fin de participar en la victoria final y restaurar un imperio que no tardaría mucho en desmoronarse. Pero la historia había puesto de manifiesto en 1940 que aquel imperio era un «bluff». El 2 de septiembre de 1945, en la bahía de Tokio, el almirante Halsey fue invitado a bordo del «Duke of York» a la ceremonia de arriar la bandera, revestida con la tradicional pompa inglesa. Al toque de esa ceremonia en inglés se le llama «sunset», crepúsculo.

RESUMEN

No debe sorprender que Juan Benet, ingeniero de Caminos además de escritor, se interese con detalle por la historia de la Royal Navy, la Armada británica que consiguió ensanchar, dominando los mares, el imperio de

Su Graciosa Majestad. Benet gusta de pintar, en sus ratos libres, «marinas» y batallas navales, y es un buen experto en estudios de estrategia militar. Con esos bagajes y con su pluma de narrador se presenta en este comentario.

Correlli Barnett

Engage the Enemy More Closely

Hodder & Stoughton, Londres, 1991. 1.052 páginas.

Robert K. Massie

Dreadnought

Jonathan Cape, Londres, 1991. 1.007 páginas.

La historia de la ciencia como disciplina

Por José María López Piñero

José María López Piñero (Mula, Murcia, 1933) es catedrático de Historia de la Medicina en el Instituto de Estudios Documentales e Históricos sobre la Ciencia (Universidad de Valencia - CSIC). Es autor, solo o en colaboración, de 61 libros sobre temas de su disciplina. Recientemente ha publicado *Los orígenes en España de los estudios sobre salud pública, Medicinas, drogas y alimentos del Nuevo Mundo y dirigido el volumen colectivo España. Ciencia*.

Los estudios históricos sobre la ciencia constituyen a primera vista un panorama heterogéneo que no puede explicarse solamente por las variadas orientaciones que tienen los objetivos, presupuestos y métodos de cualquier disciplina. Esa impresión de heterogeneidad la producen principalmente las diversas facetas que presenta como consecuencia de su aparente posición en una «tierra de nadie» en la que convergen las ciencias de la naturaleza, las matemáticas, las humanidades y las ciencias sociales. Una de dichas facetas figura integrada en los propios saberes científicos generales y monográficos, por lo común en forma de «introducciones históricas» que ofrecen perspectivas diacrónicas a los conocimientos actualmente vigentes. Otra desempeña una función instrumental al servicio de una didáctica que pretende dinamizar el aprendizaje de la ciencia apoyándose en la epistemología genética de Piaget o en otros presupuestos. Una tercera se presenta estrechamente asociada a la filosofía de la ciencia de distintos modos siempre sometidos a debate.

Para evitar confusiones y ambigüedades conviene recordar que todas esas facetas son usos o aplicaciones de una disciplina historiográfica, una vertiente del saber histórico que estudia la actividad científica como un aspecto aislado artificialmente del conjunto de actividades de las sociedades humanas a través del tiempo, y que su primer objetivo es intentar reconstruir la compleja red de relaciones, dependencias y condicionamientos que lo ligan a los demás aspectos. Esta rama especializada de la historia es un tipo de acercamiento al pasado científico relativamente reciente, ya que su punto de partida puede situarse a mediados del pasado siglo, en la conjunción de un cambio radical en la forma de utilizar la información científica con la constitución del método histórico moderno.

Pasado y «Ciencia viva»

Desde la Antigüedad hasta mediados del siglo XIX, los científicos se habían interesado por la información procedente de cualquier época anterior para aprovecharla directamente a nivel doctrinal o práctico. En consecuencia, citaron textos, recogieron datos y expusieron teorías de autores que en ocasiones habían vivido muchos siglos antes, situándolos en el mismo plano que a sus contemporáneos. La información científica del pasado era «ciencia viva».

Dicha situación condujo a tres formas básicas de acercamiento al pasado científico. La primera de ellas fue la biobibliografía, que se inició en el Islam medieval, especialmente a partir de los andalusíes Ibn Yulyul e Ibn Sa'id (siglos X y XI). Luego alcanzó amplio desarrollo entre el Renacimiento y la primera mitad de la pasada centuria, tanto en el terreno biográfico —desde las «vitaes» renacentistas hasta los «élogos» de Fontenelle, Condorcet y Cuvier—, como en el puramente bibliográfico y, sobre todo, a través de una amplia serie de repertorios biobibliográficos de todas las áreas científicas. La segunda consistió en el comentario de textos científicos

clásicos, género habitual desde el período helenístico, que el «humanismo científico» renacentista, para depurarlos de las incorrecciones de las versiones medievales, apoyó en el estudio filológico, que continuó cultivándose de modo cada vez más preciso durante las centurias siguientes. La tercera forma fue la exposición de los «antecedentes» de los saberes de una disciplina o sobre un tema determinado. Sus orígenes corresponden a la Antigüedad clásica, en la que incluso se escribieron obras monográficas como las «historias» de la filosofía natural, las matemáticas, la astronomía y la medicina, redactadas por los miembros del Liceo Teofrasto, Eudemo de Rodas y Menón. No obstante, adquirió un nuevo sentido cuando la Revolución Científica del siglo XVII introdujo una idea clara de progreso y, como consecuencia, la de tradición científica ligada en ocasiones a una institución. Ello condujo, hasta las primeras décadas del siglo XIX, a la publicación de numerosos estudios sobre los «antecedentes», la «génesis» o los «progresos» de las diferentes disciplinas, algunas escritas por celebridades científicas. También se editaron crónicas de instituciones como la Royal Society, de Londres; la Académie des Sciences, de París, o la Regia Sociedad de Medicina y Otras Ciencias, de Sevilla, dedicadas en su mayoría a defender sus programas científicos.

Algunas de estas revisiones asimilaron los presupuestos de la filosofía de la historia ilustrada o romántica. Sin embargo, no incorporaron los recursos técnicos de la erudición y se limitaron todavía a unos objetivos directamente utilitarios. Declararon explícitamente dichos objetivos obras generales, como la *Historia de las Ciencias y las Artes*, de Juan Andrés (1782-1799), y la de las *Ciencias inductivas*, de William Whewell (1837), y también tratados monográficos, como la *Historia pragmática de la medicina* (1792-1803), de Kurt Sprengel, la de las matemáticas y ciencias físicas, de Jean Etienne Montucla (2.ª ed., 1797-1807), y la de las ciencias naturales, de Georges Cuvier (1831-1845).

La historia de la ciencia

A mediados del siglo XIX, como hemos adelantado, se produjo un cambio radical en la forma de enfrentarse con la información científica. Se manifestó entonces con toda claridad el rápido envejecimiento de la misma, es decir, la acelerada tendencia a la caída en desuso de las publicaciones científicas. El proceso de obsolescencia hizo que dejara de ser rentable la consulta de textos de otras épocas con el fin de obtener materiales científicos directamente aprovechables y, además, un crecimiento exponencial, con un tiempo de duplicación de diez a quince años, sepultó la información anticuada bajo masas de información reciente cada vez más grandes.

La información al día o en uso pasó a ser el objetivo de la naciente documentación científica, mientras que la obsoleta dejó de interesar a la práctica totalidad de los científicos, que, a lo sumo, la arrinconaron en el estrecho reducto de los «antecedentes» o la «génesis» de los conocimientos del presente, convertidos en norma absoluta.

Solamente una pequeña minoría consideró interesante el estudio del pasado científico, aprovechando para el mismo el método histórico moderno entonces recientemente formulado. Como es sabido, los instrumentos de la erudición se habían desarrollado a lo largo de los siglos XVII y XVIII, pero no se convirtieron en armas de la investigación histórica hasta la primera mitad de la pasada centuria, proceso que suele personificarse en la obra de Leopold von Ranke. Asimilando los métodos que, según la tan repetida frase de Ranke, permitían acercarse a la realidad histórica

«wie es eigentlich gewesen», aunque no las limitaciones temáticas de este autor, la labor de esa pequeña minoría condujo a la constitución de la historia de la ciencia. Como era de esperar, conectó con la trayectoria anterior y, por ello, el estudio biobibliográfico y el filológico fueron los «modelos» iniciales de la disciplina, junto a la historia institucional y la biografía de grandes figuras, que en el nuevo contexto comenzaron a basarse en documentos de archivo. Por otra parte, sus presupuestos hegemónicos, tanto en el terreno epistemológico como en el historiográfico, fueron durante largo tiempo los de Comte y otras vertientes del positivismo.

Por razones diversas, aunque relacionadas en ambos casos con sus patrones de producción y consumo de la información, la medicina y las matemáticas fueron las áreas que ocuparon la posición de adelantadas. De esta forma, pueden considerarse como hitos iniciales de la nueva disciplina las revistas *Janus. Zeitschrift für Geschichte und Literatur der Medizin* (1846-48, 1851-53), que editó en Breslau y luego en Gotha un grupo encabezado por Heinrich Haeser y Ludwig Choulant, y *Bulletino di bibliografia e di storia delle scienze matematiche e fisiche* (1868-87), publicado en Roma por Baldassare Boncompagni. La madurez alcanzada por ambas áreas a lo largo del medio siglo siguiente se refleja, en lo que concierne a la historia de la medicina, en los tratados del francés Charles Daremberg (1870) y el alemán Heinrich Haeser (1875-82), en el ambicioso *Handbuch* dirigido por el austríaco Max Neuburger y el alemán Julius Pagel (1902-5) y en la revista holandesa *Janus* (1896), que se continúa publicando en la actualidad; y en lo relativo a la historia de las matemáticas, en el gran tratado (1900-1908) y la serie monográfica (1877-1913) dirigidos por el alemán Moritz Cantor, y en las revistas del sueco Gustav Eneström (1884-1915) y del italiano Gino Loria (1898-1917).

Otras áreas historicocientíficas acabaron alcanzando también personalidad propia. Por ejemplo, la historia de la química contó tempranamente con el tratado del francés Ferdinand Hoefer (1842) y, sobre todo, con los del alemán Hermann Kop (1843-47). Se consolidó después con contribuciones de figuras como Marcellin Berthelot, que publicó en los años ochenta y noventa importantes monografías sobre la alquimia antigua y medieval, y Wilhelm Ostwald, autor de numerosos libros y artículos sobre historia de la química, aunque es generalmente recordado como primer director de una gran serie de clásicos científicos de la que aparecieron 243 volúmenes desde 1889 a 1938. La historia de la física consiguió también autonomía durante la segunda mitad del siglo XIX gracias, entre otros, a Johann Christian Poggendorf, que escribió un tratado (1879) y fundó en 1863 un gran diccionario biobibliográfico que ha seguido publicándose hasta fechas recientes, y Antonio Favaro, iniciador de las modernas investigaciones en torno a Galileo y principal responsable de la famosa «edizione nazionale» de sus obras (1890-1909). En cambio, otras áreas no tuvieron un perfil definido hasta las primeras décadas del presente siglo. Este fue el caso de la historia de la biología, cuyo punto de partida hay que situar en los tratados del checo Emanuel Rádl (1905-9) y del sueco Nils Erik Nordenskiöld (1921-24).

Por otra parte, a finales del siglo XIX varios autores, el más influyente de los cuales fue el francés Paul Tannery, formularon como programa el estudio histórico general o de conjunto de la ciencia. El primer tratado con este planteamiento fue el de Friedrich Dannemann (1910-11), profesor de la Universidad de Bonn, y más tarde constituyó el núcleo de las importantes obras del belga George Sarton, de los italianos Aldo Mieli y Federigo Enriques, y de los franceses Abel Rey y Pierre Brunet.

La institucionalización de la disciplina se inició en los años de transición de la pasada centuria a la actual y se consolidó a lo largo del período de entreguerras. En su desarrollo pueden distinguirse dos líneas claramente diferenciadas. La primera tuvo como centro la historia de la medicina y partió de la labor que desde 1888 hasta su muerte en 1899 realizó Theodor Puschman en la cátedra de Viena, prácticamente la única de la asignatura que había sobrevivido al desinterés de los médicos por la información obsoleta. Sus núcleos académicos originarios fueron el instituto de Leipzig (1905) y el *Archiv* (desde 1907), dirigidos por Karl Sudhoff. Poco antes se habían fundado la sociedad alemana de la disciplina (1901) y su repertorio bibliográfico de resúmenes (*Mitteilungen*, 1902-1943), que asociaron la historia de la medicina con la historia de la ciencia, de modo semejante a lo que durante la década siguiente sucedió en Italia y Holanda con sus respectivas sociedades nacionales. La segunda línea, centrada en la historia general de la ciencia, fue preparada por la estrecha relación que a finales del pasado siglo mantuvieron varios historiadores de las matemáticas y las ciencias físicas, principalmente el francés Paul Tannery, el alemán Moritz Cantor, el sueco Gustav Eneström y el danés Hyeronimus Georg Zeuthen. Su primera institución académica fue la cátedra de historia de la ciencia del Collège de France, cuya creación había sido solicitada en 1832 por el propio Comte, pero que no se dotó hasta 1892 para Pierre Laffite, el más ortodoxo de sus discípulos. Tras la muerte de Laffite en 1903, se perdió una gran ocasión cuando para sucederle se rechazó la candidatura de Tannery, nombrándose como titular al cristalógrafo Grégoire Wyrobouff, otro positivista de escasa preparación historicocientífica. El siguiente titular fue Pierre Boutroux, tras cuya muerte en 1922 se desdotó la cátedra. No obstante, tres años antes se había creado la de la Sorbonne. La ocupó Abel Rey, quien en 1932 fundó el instituto de la disciplina en dicha Universidad, que desde 1940 pasó a dirigir Gaston Bachelard. Rey mantuvo buena relación con el Centre International de Synthèse, fundado en el mismo París por Henry Berr, de cuya sección de historia de la ciencia fue nombrado director el italiano Aldo Mieli cuando se exilió en 1928 por motivos políticos. En este ambiente, al que pertenecían también, entre otros, Hélène Metzger, Alexandre Koyré y Pierre Brunet, se gestó la organización de la Sociedad Internacional de Historia de la Ciencia (1929). Los principales órganos de expresión de esta segunda línea fueron tres revistas de historia general de la ciencia: la alemana *Archiv für Geschichte der Naturwissenschaften* (desde 1903), *Isis* (desde 1913), fundada por Sarton, y *Archeion* (desde 1919), editada por Mieli.

Paralelamente, la disciplina enriqueció su contenido, perfeccionó sus técnicas, amplió sus objetivos y diversificó sus planteamientos fundamentales. Los esquemas basados en el progresismo vulgar y el eurocentrismo fueron abandonados no sólo por razones teóricas, sino también como consecuencia de los avances de la investigación: los estudios sobre la física, la alquimia y la medicina medievales que realizaron Pierre Duhem, Emil Wohlwill, Edmund von Lippmann y Karl Sudhoff; los relativos a las matemáticas egipcias y mesopotámicas de Otto Neugebauer y otros autores; los dedicados a la ciencia en la India y la China clásicas, etc. Los viejos enfoques filológicos, biobibliográficos e institucionales fueron asumidos y superados por los modelos historicoculturales e historicosociales. Los primeros se configuraron bajo la influencia de la *Kulturgeschichte*, especialmente a través de la versión humanista de Jakob Burckhardt. Los se-



Viene de la página anterior



gundos se apoyaron originalmente en el marxismo o en la «sociología del conocimiento» de Scheler, Weber y Mannheim. También influyó la sociología de Durkheim, a través del movimiento de la «histoire intégrale», encabezado primero por Henri Berr y luego por Marc Bloch y Lucien Febvre. Este desarrollo estuvo asociado al desplazamiento del positivismo como presupuesto básico hegemónico. Aunque continuó teniendo seguidores tan importantes como George Sarton, Aldo Mieli y Karl Sudhoff, la mayoría de las tendencias renovadoras asimiló la distinción entre «ciencias de la naturaleza» y «ciencias de la cultura» formulada por los pensadores neokantianos e historicistas, así como diversas concepciones fenomenológicas, neoidealistas y neorrealistas, y planteamientos procedentes de la psicología de la «Gestalt» y de las obras de Lévy-Bruhl y otros antropólogos. A finales del período de entreguerras estaban ya claramente definidas las corrientes habitualmente personificadas en Gaston Bachelard, Alexandre Koyré, Hélène Metzger, Paul Diepgen y Henry Sigerist, que han pesado decisivamente durante la segunda mitad del presente siglo.

Tanto la institucionalización de la disciplina como la renovación de sus objetivos, métodos y presupuestos tuvieron un escenario que los británicos suelen llamar «continental», ya que se desarrollaron principalmente en los países germánicos, Francia e Italia, aunque también participaron de modo notable Holanda, los países escandinavos y varios de la Europa oriental, entre ellos la Unión Soviética. Los Estados Unidos se sumaron tempranamente a ambos procesos, sobre todo a través de la emigración de especialistas europeos, que se inició con la de George Sarton en 1915 y se convirtió en masiva en los años anteriores a la segunda guerra mundial. Por el contrario, Gran Bretaña figuró entre los países que hasta fechas muy tardías permanecieron al margen tanto de la institucionalización de la disciplina como del desarrollo de sus corrientes fundamentales. La incorporación británica se produjo tardíamente a través de dos vías: la primera de ellas fue el interés que en un grupo de científicos de ideología marxista despertaron las aportaciones de Boris Hessen y otros autores soviéticos al Congreso Internacional de Historia de la Ciencia celebrado en Londres en 1931; la segunda, la influencia que en los ambientes académicos oficiales ejercieron varios autores neoidealistas, entre ellos el inglés Robin George Collingwood y, sobre todo, Alexandre Koyré, asimilada a través de los cursos que dio en universidades norteamericanas a partir de 1945. Esta doble vía fue el origen de que la polarización de los historiadores británicos de la ciencia en las llamadas posturas «externalista» e «internalista» haya sido más extremada que en otros países.

Un intento de síntesis

El *Companion to the History of Modern Science*, publicado recientemente bajo la dirección de cuatro miembros del Departamento de Filosofía de la Universidad de Leeds, es un volumen de más de mil páginas dividido en dos partes, tituladas «The Study of the History of Science» y «Selected Writings in the History of Science». La primera está subdividida en tres secciones que se ocupan sucesivamente de «La historia de la ciencia en relación con las disciplinas vecinas», «Perspectivas analíticas» y «Problemas filosóficos». La segunda parte, debido a la expresa renuncia de los directores a cualquier forma de ordenación cronológica o por disciplinas, incluye cincuenta y cuatro capítulos agrupados en tres epígrafes de carácter impreciso («Turning points», «Topics and interpretations» y «Themes»), que producen una impresión de apilamiento arbitrario.

La mayoría de los trece capítulos de la primera parte y varios de la segunda están dedicados a temas o tienen enfoques filosóficos, orientación coherente con el departamento al que pertenecen los directores de la obra. Dada su extensión, cabía esperar que ofreciera una visión de conjunto detallada de la disciplina desde dicha perspectiva. Sin embargo, dos graves defectos defraudan tal expectativa y frustran casi por completo el contenido del volumen. La primera de ellas es una limitación que roza lo pintoresco a la producción angloamericana y, en ocasiones, a la estrictamente británica. En general, se desconoce la trayectoria de la disciplina que acabamos de resumir y las aportaciones no anglosajonas de los últimos cincuenta años, período durante el cual su cultivo ha alcanzado una amplia difusión internacional. Los directores de este volumen aspiran a «reflejar el estado de la historia de la ciencia tal como se enseña e investiga durante los años ochenta». Con esta aspiración resulta intolerable no solamente ignorar la producción germánica, italiana, holandesa o escandinava y tener una información insuficiente y sesgada de la francesa, sino carecer de la más mínima noticia de la procedente de la Europa oriental, de países europeos occidentales como España, incorporados tardíamente pero activamente a los estudios historicocientíficos; de Latinoamérica, de Japón, China y la India, etc.

El segundo defecto es el ingrato estilo de revisión enumerativa que tiene la mayoría de los capítulos. Las enumeraciones están tan privadas de contexto que resulta difícil que los lectores sin una formación muy sólida se enteren de las tendencias básicas a las que pertenecen los trabajos reseñados y de la procedencia de las ideas que exponen. Corren así el peligro de considerarse como aportaciones originales puntos de vista que no son sino reiteraciones o remedos revestidos con especulaciones más o menos ingeniosas. A pesar de su enfoque fundamentalmente filosófico, este *Companion* no ofrece, por ejemplo, orientación adecuada acerca de la influencia que las corrientes del pensamiento antes citadas han tenido en los estudios históricos sobre la ciencia. Ni siquiera informa sobre la que han ejercido el neoidealista Collingwood, al que ya hemos aludido, o un seguidor del realismo crítico como Arthur O. Lovejoy, a través del *Journal of the History of Ideas* (desde 1940), aunque se trata de autores angloamericanos. Por otra parte, se usan con frecuencia neologismos superfluos y una jerga más propia de una tertulia privada que de un texto de síntesis.

El primer capítulo, redactado por J. R. Christie y dedicado a un tema de importancia tan crucial como «El desarrollo de la historiografía de la ciencia», es particularmente provinciano e incorrecto. Se limita prácticamente a una cabalgada que parte de Bacon, Adam Smith y Whewell para terminar con Sarton, Koyré y la obligada referencia a la comunicación de Hessen al Congreso de 1931. Se afirma sin rebozo que la influencia de Koyré se debió a sus estancias en los Estados Unidos y solamente se admite, en un párrafo con varios datos erróneos, que París fue durante la primera mitad del siglo un centro destacado de la disciplina. No se cita, ni siquiera de pasada, a ningún autor germánico, italiano, escandinavo, holandés o de cualquier otro país. La única excepción es una breve alusión a Hegel y Marx como «representantes eminentes del historicismo», concepto que se define como «el crecimiento del interés por la historia durante el siglo XIX». Aun teniendo en cuenta el carácter polisémico del término, esta definición, propia de un estudiante de bachillerato poco aplicado, habla por sí sola.

Más correctos, pero igualmente limitados a un panorama estrictamente anglosajón, son los capítulos de R. Porter («Historia de la ciencia e historia de la sociedad»), L. Laudan



JUAN RAMON ALONSO

(«Historia de la ciencia y filosofía de la ciencia»), B. Barnes («Teorías sociológicas sobre el conocimiento científico»), T. Pinch («Sociología de la comunidad científica»), J. V. Golinski («Lenguaje, discurso y ciencia») y casi todos los demás incluidos en la primera parte. Vuelven a aparecer varias veces Hessen y Koyré; se concede gran relieve a Kuhn, Lakatos, Feyerabend y Hanson y se presentan poco menos que como innovaciones cualitativas de primer orden la versión británica del «nuevo marxismo» desmitificador de la ciencia y el llamado «programa fuerte» de los sociólogos de la ciencia de Edimburgo, es decir, la asimilación local del condicionamiento social de las ideas y métodos científicos, enfrentada con las tesis de Merton y otros funcionalistas. Resulta penoso que Barnes hable del «descubrimiento» en 1979 del estudio de Ludwik Fleck, *Entstehung und Entwicklung einer wissenschaftliche Tatsache* (1935), sin denunciar los toscos errores y desenfoces con los que ha sido presentado, debido principalmente a la ignorancia de los estudios históricos y filosóficos centroeuropeos de su época en torno a la medicina. Incluso en un tema tan «continental» como la relación entre lenguaje e historia de la ciencia, J. V. Golinski no cita más que dos autores no anglosajones: el inevitable Foucault y el Cassirer de sus años finales de exilio norteamericano.

Un expresivo indicador de la «tibetización», ya que hablar de «splendid isolation» en el momento actual resultaría sarcástico, es el capítulo de G. Gutting que lleva el inefable título de «La filosofía continental y la historia de la ciencia». Se trata de un resumen escolar de las obras de Bachelard, Canguilhem y Foucault, precedido de noticias telegráficas sobre la fenomenología, el existencialismo y Habermas. Gutting reconoce que la obra de Bachelard «precedió dos o tres décadas a los debates similares sobre el tema de historiadores de la ciencia americanos como Kuhn o Feyerabend», pero al final se resiste a hablar de influencias y termina con una frase retórica sobre la necesidad de «constructivos encuentros entre los esfuerzos continentales y angloamericanos para entender la ciencia».

Un caso aparte es el capítulo de R. M. Young sobre «el marxismo y la historia de la ciencia», ocupado casi por completo por largas citas de textos de Marx, Engels y Lenin incluidos en cualquier manual y de la manoseada comunicación de Hessen. Termina descalificando la sociología «burguesa» y recomendando a Marx, Lukács, Marcuse y, sobre todo, a Gramsci como base de una «historia marxista de la ciencia». Anota que hay historiadores de la ciencia marxistas, «por ejem-

plo, en Francia, Italia y Alemania», pero con la excepción, de nuevo, de Foucault, Young no se siente obligado ni siquiera a citarlos, porque «los estudiosos anglosajones no han sido influidos por ellos de modo especialmente importante».

Algunos capítulos de la segunda parte de la obra ofrecen exposiciones correctas, aunque basadas únicamente en estudios anglosajones. Son excepcionales los que manejan una información internacional al día, como el de J. A. Schuster acerca de la Revolución Científica y el de L. Pyenson sobre ciencia e imperialismo. Como ejemplos de los muchos que incluyen errores y lagunas pueden anotarse los de J. Maienschein («Teoría y desarrollo celulares»), A. Wear («El corazón y la sangre desde Vesalio a Harvey») y J. V. Pickstone («Fisiología y medicina experimental»), cuyo contenido obsoleto y con graves equivocaciones se debe en gran parte al desconocimiento de trabajos fundamentales de Berg, Belloni, Albarracín, Canguilhem, Lain, Grmek, Premuda, etc. Hay también algunos cuyos títulos no corresponden a su contenido, como el de S. H. Maukopf («Ciencia marginal»), que es en realidad un resumen de su estudio en colaboración con M. R. McVaugh sobre la parapsicología, precedido de un breve epígrafe donde se acumulan confusiones y despropósitos en torno a la tradición hermética, el mesmerismo, la *Naturphilosophie* romántica y la frenología. Por último, varios capítulos son meras divagaciones filosóficas, algunas tan confusas como la de P. R. Sloan acerca de la historia natural durante el período 1670-1802 y la de R. M. Young sobre el «problema mente-cuerpo».

Los directores del volumen pretenden que sea un complemento del *Dictionary of Scientific Biography* (1970-78), dirigido por C. C. Gillispie; del *Dictionary of the History of Science* (1981), de J. Browne «et al.», y del libro *Information Sources in History of Science* (1983), dirigido por P. Corsi y P. Weindling. Este último tiene unos defectos semejantes al *Companion* que estamos comentando. Durante el tiempo transcurrido desde su publicación hemos comprobado la grave desorientación que puede producir, concretamente en las nuevas y prometedoras generaciones españolas de cultivadores de los estudios históricos sobre la ciencia. Este ha sido precisamente el motivo de comentar con cierta extensión una obra que no está a la altura de la importante contribución británica a la disciplina durante los últimos cincuenta años ni del prestigio bibliográfico del sustantivo «companion», y que por sus méritos objetivos merece tan sólo una breve nota crítica.

RESUMEN

Tras recordar los orígenes de los estudios sobre la ciencia y su proceso de institucionalización, el profesor López-Piñero comenta un reciente *Companion* británico sobre la materia que, por sus limitaciones, puede resultar

una obra gravemente desorientadora en un momento en el que las nuevas generaciones españolas de cultivadores de la disciplina están protagonizando un notable desarrollo de la misma.

R. C. Olby, G. N. Cantor, J. R. Christie y M. J. S. Hodge

Companion to the History of Modern Science

Routledge, Londres/Nueva York, 1990. 1.081 páginas.

Conjetura e interpretación del Arte

Por José Luis Barrio-Garay

José Luis Barrio-Garay (Zaragoza, 1932) es Professor of Art History en la University of Western Ontario en London, Canadá. Tras su doctorado en la Columbia University, N.Y., ha desempeñado la misma cátedra en las universidades de Wisconsin y Ohio, siendo Director of the School of Fine Arts de esta última. Es autor de numerosos trabajos, entre ellos José Gutiérrez Solana: Paintings and Writings, y ha sido comisario de exposiciones internacionales como la de Antoni Tàpies en 1976.

Principles of Art History Writing es producto de la reflexión de un filósofo y crítico del arte sobre la praxis de historiadores de arte desde Vasari a nuestros días. Discípulo del filósofo Arthur C. Danto, David Carrier deriva bastantes de sus propias conclusiones de las teorías de su maestro sobre la filosofía del arte y su condición actual. Y como Danto, nos obliga a reexaminar la historia del arte interrogando la relación entre la obra de arte y su interpretación.

En *The Philosophical Disenfranchisement of Art* (Columbia University Press, Nueva York, 1986), Danto arguye en contra de la especulación crítica de los últimos años que ha propuesto una teoría de la interpretación sin fin, «casi como si la obra fuese al final espejo en el cual cada uno ve algo diferente (uno mismo) y donde la cuestión de una correcta imagen del espejo no tiene sentido» (pág. 44). En su lugar, Danto propone una interpretación constitutiva. Afirma que un objeto es una obra de arte como tal solamente en relación a una interpretación. Esta es, por tanto, transfigurativa, ya que transforma objetos de arte y depende del ser de la identificación artística, cuando «obra e interpretación emergen juntos en la conciencia estética» (pág. 44). Consiguientemente, la experiencia del objeto como obra de arte ocurre solamente si se adopta la interpretación del artista o si se formula otra. Los límites de la interpretación son los límites del conocimiento en la misma forma que lo son los límites de la imaginación. El interpretar requiere saber lo que el objeto no es y bastante acerca de lo que los objetos de su clase son. Danto postula una interpretación sustantiva dependiente del análisis de la estructura retórica de la obra de arte, ya que es por virtud de sus atributos estilísticos, expresivos y metafóricos por lo que se diferencia de objetos ordinarios y no transfigurativos. Estas proposiciones recapitulan algunos de los principales temas que Danto trató anteriormente en su *Transfiguration of the Common Place* (Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1981) y que se reflejan en las reflexiones de Carrier.

La premisa de que la obra de arte está constituida por la obra «más» su interpretación es, particularmente, la que permite a Carrier investigar los textos o producción de historiadores del arte y, como filósofo, reflexionar sobre ellos. Su investigación y reflexiones bosquejan una historia del arte que en su evolución se constituye en objeto tan esencial de su estudio como la obra de arte misma.

Carrier comienza preguntándose: ¿Por qué la argumentación de los historiadores de arte de hoy difiere tanto de los escritores del pasado? Y dado que las interpretaciones de historiadores modernos acerca de una misma obra de arte a menudo difieren o discrepan unas de otras, ¿cómo es posible la objetividad en la historia del arte? Arguyendo que la objetividad en la interpretación no es posible, defiende una forma de relativismo. Arguye que ninguna metodología por sí sola provee un proceso privilegiado para la interpretación. Y demuestra cómo son posibles conjuntos de argumentos razonados, pero divergentes, de metodologías distintas. Mi relativismo, dice,

«es consistente con el supuesto que algunas interpretaciones son mejores que otras y con el creer que escribir sobre el arte proporciona representaciones verídicas del objeto que describen» (pág. 4). Afirma que del mismo modo que no existe un naturalismo neutral en las artes plásticas, no existe un modo neutral de representar verbalmente obras de arte. Como historiador de la historia del arte, trata de explicar los modos en que los historiadores han constituido el asunto de su narración. En la historia del arte, dice, «el contenido del argumento no se puede comprender aislado de la forma de su presentación. La historia del arte es una representación verbal cuya argumentación puede ser comprendida solamente analizando su estructura narrativa» (pág. 5). Estudiar su dimensión retórica requiere dos análisis: el diacrónico, que explica el cambio de estilos de lo escrito desde Vasari hasta hoy; y el sincrónico, que compara y contrasta interpretaciones alternativas en un momento dado. «Solamente la combinación de análisis sincrónico y diacrónico nos permite comprender cómo los estilos cambian y por qué relatos verídicos son posibles» (pág. 6).

Carrier también aserta que en la historia actual del arte, interpretaciones divergentes u opuestas son consistentes con la verdad en la interpretación. Bajo el conflicto se puede

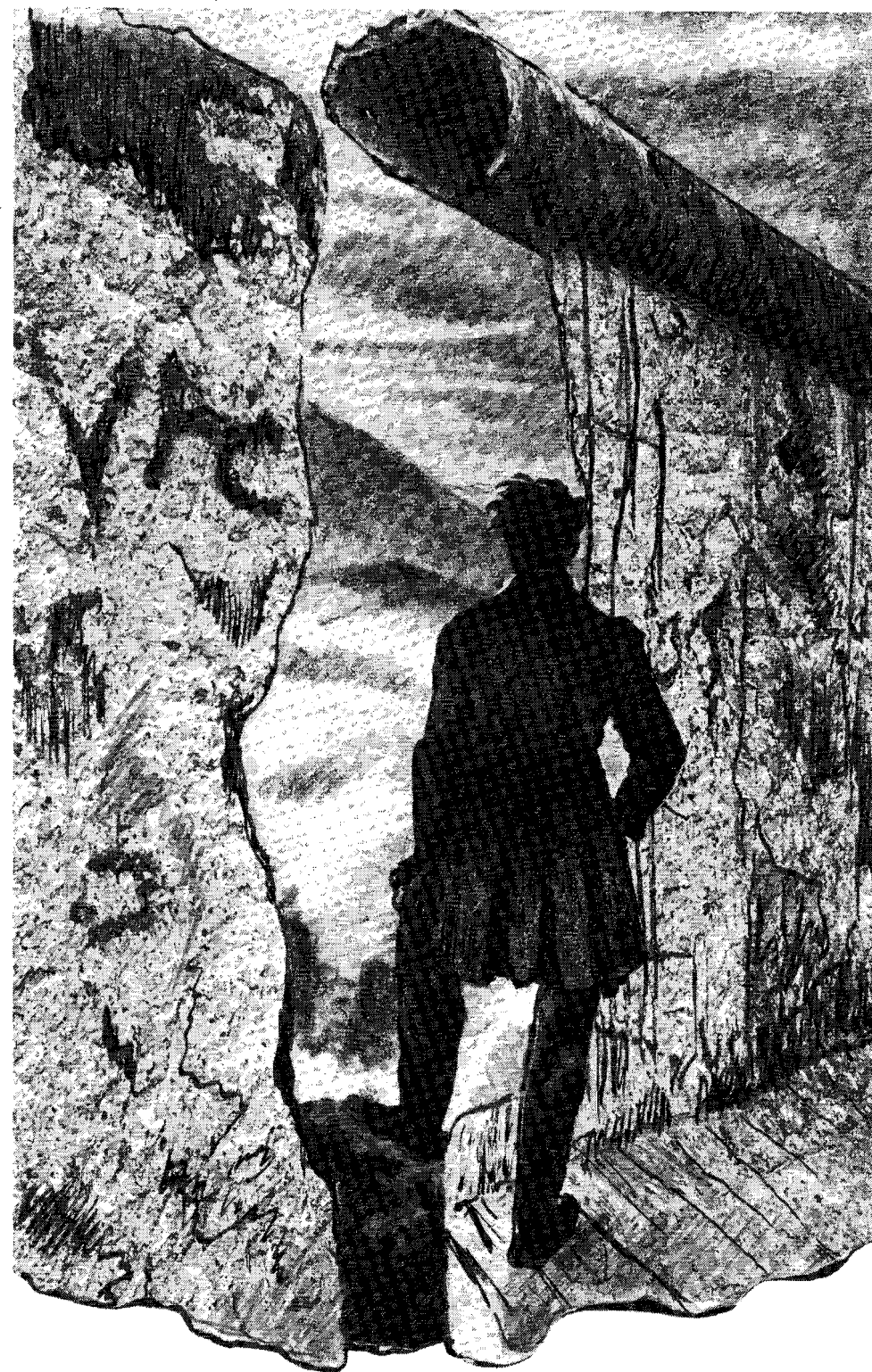
hallar un profundo acuerdo sobre las normas que gobiernan interpretaciones admisibles. «La historia moderna del arte puede existir como disciplina académica solamente porque los historiadores de arte pueden estar de acuerdo acerca de qué discrepancias son importantes y cómo no estar de acuerdo. Y cuando estas reglas implícitas que gobiernan su discurso están claras, podemos comprender cómo la verdad en la interpretación es posible.» Una buena interpretación, Carrier llega a afirmar, «debe ser verídica en los datos, plausible y original» (pág. 6). Carrier admite que el historiador humanista (E. Panofsky, E. Gombrich) creará que su definición omite un punto esencial: el que la narración debe ser también una representación verídica de la intención del artista. Pero afirma que apelar a las intenciones del artista no añade nada a la interpretación.

Narración histórica

La primera y segunda parte del libro son estudios metodológicos. Carrier analiza diferentes estrategias para constituir el asunto o argumento de la narración histórica del arte. Pueden organizarse alrededor del estudio de obras específicas, tratando una personalidad

artística o comparando y contrastando obras que se pueden relacionar de diferentes artistas dentro de una cultura artística. Con análisis de casos específicos –varios relatos e interpretaciones sobre la obra de Piero della Francesca, Caravaggio, Jan van Eyck y Robert Campin–, Carrier demuestra que la organización de un texto depende de convenciones establecidas. Mientras Vasari hace sólo una descripción, «ekphrasis», breve de los frescos de Piero en San Francesco en Arezzo, las interpretaciones modernas describen la obra en términos de relaciones espaciales conforme un episodio o asunto sigue a otro, o la comparan con otros frescos del mismo período, o la consideran una alegoría política. Pero el cambio, según Carrier, no significa progreso: Kenneth Clark imita a Walter Pater y tiene en cuenta a Sigmund Freud y Roberto Longhi; las interpretaciones más recientes analizan la iconografía en detalle y comentan alusiones políticas. No existe, por tanto, una medida o modelo con que comparar. Los estilos de la narración histórica del arte cambian porque la cultura en general lo hace y porque existe una necesidad de decir algo nuevo. Historiadores de arte serios están de acuerdo con los términos del debate. Pero si el pasado es una guía, en otros cincuenta años las reglas para la interpretación habrán cambiado. Plausibilidad y verdad son criterios diferentes. «Lo mismo que como no es posible que la leyenda de la Verdadera Cruz, la Flagelación, o el Bautismo de Cristo «son» independientes de como son representados por varios pintores, no es posible que las pinturas de Piero de esos temas «existan» independientemente de como son interpretadas. Dado que la interpretación implica un foco selectivo, diferentes historiadores pueden comparar relatos verídicos de esas pinturas enfocando aspectos diferentes o enfocando diferentemente los mismos aspectos» (pág. 46). Estas reflexiones llevan a Carrier, influenciado por Roland Barthes, a clasificar textos de la historia del arte que consideran la obra de Caravaggio en códigos, o distintos modos de describir, con vigencia variable en el transcurso del tiempo. En textos del siglo XVI y del actual se interpretan comentarios de su época, observaciones sobre naturalismo o realismo, actuación de sus figuras y reacción de su público. Solamente en textos recientes se interpretan alegoría y simbolismo, atribuciones, historia cultural, homosexualidad, apropiación, expresión y su relación a teorías artísticas.

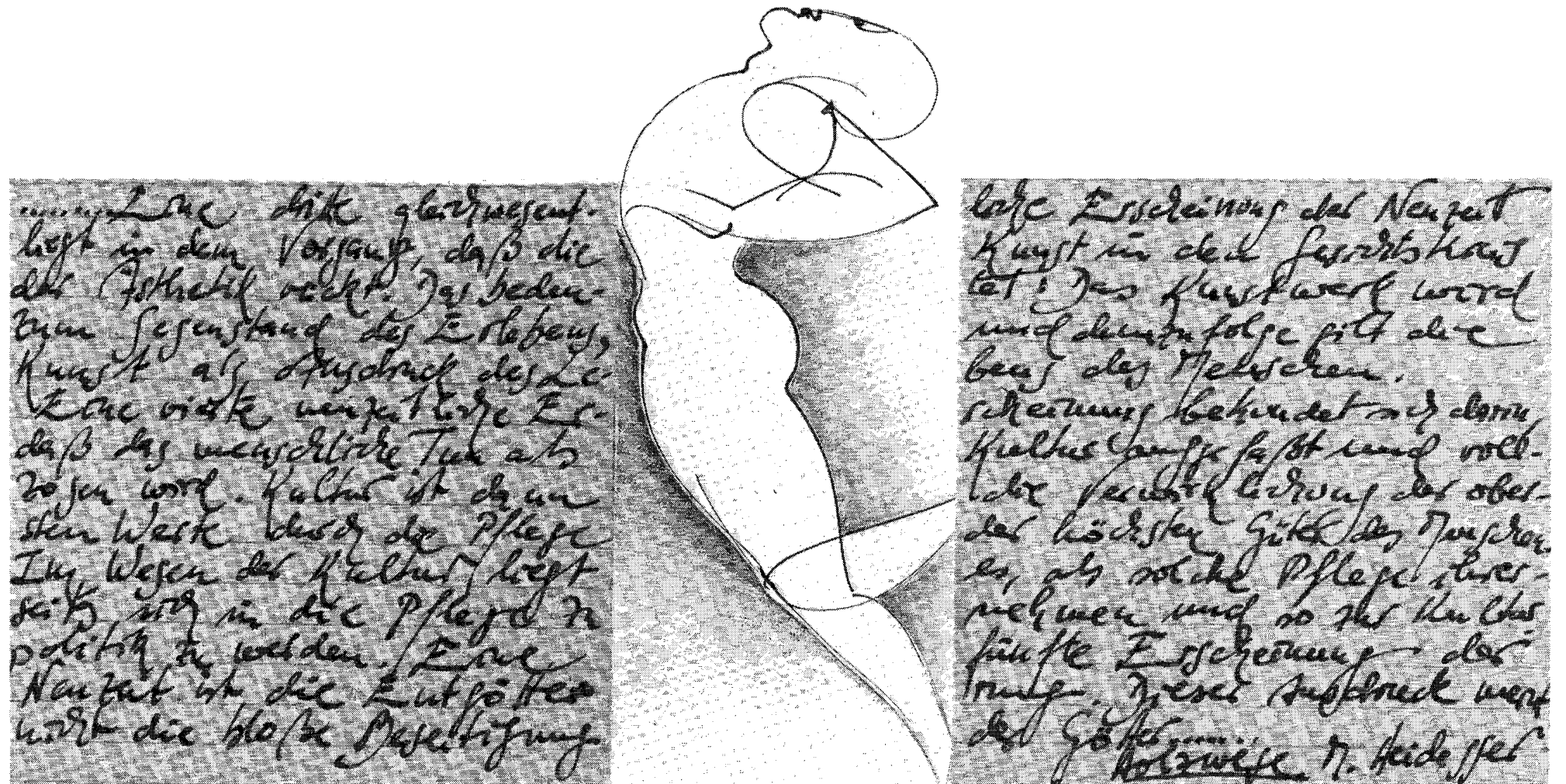
La tropología puede aportar hallazgos al análisis. La diferenciación entre «ekphrasis» e interpretación y entre metonimia y sinécdoque es, según Carrier, clave para situar el momento en que se establecen las bases para la historia moderna del arte. Una «ekphrasis» es una recreación verbal de la obra de arte. Con palabras puede sustituir la imagen visual y con suficiente descripción de detalles puede definir el asunto de la obra. Puede conjurar una imagen de una pintura sin ilustraciones o fotografías. En los textos descriptivos de los siglos XVI y XVII, referencias a descripciones y relatos anteriores son raros como lo es el análisis sistemático de estilo. El cambio entre la descripción de escritores renacentistas, de los del XVII y XVIII, y la interpretación de los historiadores del XIX y XX, lo localiza Carrier en la distinción hegeliana entre significado externo y significado profundo (*Vorlesungen über Aesthetic*, 1843). En una de sus comparaciones más instructivas de textos específicos (J. J. Winkelmann y Walter Pater), Carrier percibe la metonimia como la figura retórica que matiza los textos todavía descriptivos de los escritores del XVIII, tomando el efecto por la causa, la cosa por el signo, o viceversa. Los del XIX sustituyen metonimia por sinécdoque –la metáfora que de-



STELLA WITTENBERG



Viene de la página anterior



STELLA WITTENBERG

signa una cosa con el nombre de otra que no es más que una parte de ella— cuando el análisis más detallado hizo necesario el uso de una parte para representar o referir una totalidad. Es hacia mediados del siglo XIX cuando la interpretación explica el significado de varios aspectos de la obra de arte, porque un detalle puede ser la clave del tema o sentido de fondo de la obra. La interpretación pormenoriza y explica el contenido «profundo». Es también en la historia del arte del XIX en que aparecen textos con ilustraciones y más tarde fotografías que refieren su narración a una secuencia de descripciones e interpretaciones, de contenido o estilo, precedentes. Si la interpretación es buena, es imitada y debatida. En la actualidad, una interpretación original es comentada por expertos rivales, quienes, si la encuentran convincente o interesante, harán referencia a ella en su propia investigación.

Posición del espectador

La tercera, y última, parte del libro examina la evolución de interpretaciones originales, en su mayoría recientes, enfocando la conceptualización de la situación espacial y temporal del espectador. ¿«Dónde» está el espectador en relación a la obra que percibe? ¿Y «cuándo» está el espectador en relación a ella? Porque lo mismo que el espectador puede imaginar varias posiciones espaciales, puede tener diferentes relaciones temporales. Gombrich, como su espectador, se sitúa enfrente de una obra, determina, en cuanto son determinables, la identidad específica de sus imágenes y su posición definida en el espacio pictórico. Leo Steinberg localiza en la capilla Cerani de Santa María del Popolo el punto espacial desde el cual el espectador puede lograr co-existir perceptiblemente en el contexto histórico y físico de la obra pictórica de Caravaggio en la capilla. Si Steinberg percibe un espectador situado en el lugar exacto para la interacción comunicativa entre él y la obra, Michael Fried percibe la ficción de la inexistencia del espectador. En el grupo central de *El Estudio*, de Courbet, Fried observa, el artista está inmerso en el paisaje que está pintando. El paisaje se puede interpretar como una sustitución de la figura femenina detrás del artista. Existe un movimiento contrario espacial hacia él en el espacio total de la obra. Por tanto, el «punto de vista intencional está dentro del espacio pictórico» (pág. 167). Las

divergencias entre las interpretaciones de Steinberg y Fried se manifiestan más todavía en sus textos sobre la iconografía erótica de Courbet. Mientras «Steinberg imagina al artista que hace accesible visualmente lo que no se puede ver desde ningún punto de vista, Fried piensa que Courbet creó un espacio dentro del cual el espectador puede ser situado» (pág. 167). Steinberg centra su narración en el espectador, Fried elude su presencia.

Imágenes pictóricas

La interpretación de Gombrich es el producto de la teoría que considera imágenes comprensibles por su sentido literal o falta de ambigüedad. Su modelo del espectador supone que la narración sobre la obra de arte puede ser transparente y el espectador, como el historiador, puede situarse separado de la obra que ve. Steinberg enfoca la situación del espectador con respecto a la obra, en sintonía con teorías posmodernas que problematizan la relación de imágenes pictóricas con la realidad y con su espectador. Fried pretende negarse a sí mismo narrando con brillantez relatos muy personales dentro de una interpretación histórica con todo su formidable aparato de análisis y datos. Las interpretaciones de Steinberg y Fried, según Carrier, se pueden analizar como si fuesen narraciones fictivas. A pesar de sus diferencias, Steinberg y Fried están de acuerdo en que el significado estrictamente visual de una obra de arte puede ser entendido solamente cuando el «locus» de la obra de arte y del espectador dentro de un texto narrativo está claro. «La interpretación de un historiador de arte no puede ser extraída sin residuos de un contexto literario porque la narración puede referir a la presencia del lector», quien puede estar en diferentes puntos espaciales y temporales respecto a la obra (página 176). Carrier alega que una historia revisionista produce mejores interpretaciones que las previas de historiadores humanistas, preocupados con la intención del artista. Para ello, contrasta interpretaciones que proponían construir una percepción de la obra y personalidad de Manet consistente con sus intenciones, con interpretaciones más recientes, a menudo conflictivas, influenciadas por la experiencia del arte de nuestros días. Y con su propio análisis interpreta imágenes de Matisse que representan al artista y su modelo. Según Carrier, esas imágenes «construyen un espacio definido por sí mismo, en el cual no existe un posible lugar

para un espectador, creando la ilusión de que las vemos conforme son creadas». Obras de arte que son parte de la modernidad, Carrier afirma, «no se pueden analizar eficazmente sin tener en cuenta su relación temporal con el espectador» (pág. 10).

En este libro Carrier introduce en el actual debate sobre la nueva historia del arte un avance notable hacia un restablecimiento del equilibrio y racionalización de la actividad interpretativa. Enfocando la producción del historiador —sus textos—, contribuye a frenar las consecuencias de una semiosis ilimitada, tan de moda en los últimos años, pero ya definitivamente contestada. Su relativismo, aunque todavía problemático, no pretende eludir el problema ético de la responsabilidad en la interpretación. Es cierto que aminora el protagonismo del artista y que su creación —la obra artística— recibe una consideración todavía menor en la esfera de sus reflexiones. Su interés, muy actual, por el juego del lenguaje de historiadores revisionistas le lleva consecuentemente, en sus análisis de casos específicos, a hacer demasiado hincapié en los textos y dar demasiado poca consideración al objeto que los textos interpretan. Su rechazo de «intencio auctoris» está en línea con las teorías desarrolladas desde la publicación del famoso artículo «The Intentional Fallacy», de W. K. Wimsatt y M. C. Beardsley en 1946 (*Sewanee Review*, vol. 54 [Summer], pp. 468-488). Pero en aquel momento era preciso contrarrestar una interpretación que reducía la obra a sus fuentes y a la biografía del artista, relatando cómo nació la intención. No obstante, tras cuatro décadas y otras tantas o más teorías dominantes que han emergido en los últimos treinta años, es necesaria una vez más la consideración simultánea y contextualización coherente de la intención del artista, intención de la obra e intención del espectador en la praxis hermenéutica. El protagonismo

de éste, historiador o espectador imaginario, como el nexo del juego interpretativo en la actualidad, no puede terminar lógicamente más que en la anulación de todo discurso sobre «el arte». La consideración de la intención del artista y de la obra conforme son recuperables y sostenibles —no de un supuesto anímico que resulta en acción— puede revelar un modo intencional o una relación simétrica entre intención y resultado. Ya que aunque se puede argüir que no se puede o debe apelar a las intenciones del artista para comprender o interpretar su obra, no se puede decir que ésta no sea el resultado de propósitos o intenciones. Como sabemos, considerar la coherencia entre propósito y resultado es necesario para la explicación histórica. Y si deseamos comprender una obra de arte históricamente —lo mismo que una interpretación de ella— debemos examinar su coherencia interna y situarla dentro de la evolución histórica de la clase a que pertenece.

No se puede dudar que David Carrier, filósofo, ha examinado la conciencia del lenguaje escrito por historiadores del arte y aclarado lo que tiene de relatividad con referencia a la obra que interpreta, posición teórica del historiador y su contexto histórico. Es evidente que ha aportado de una forma ejemplar, con un estilo galante y claro, una versión densa e instructiva de las diferentes modalidades de la producción de la historia del arte. Su propio relativismo le impide formar un mayor argumento en contra de los convencionalismos de moda en la historia actual del arte. Pero su interpretación de la condición de esta historia no se dispersa en múltiples diagnósticos o sentidos porque él demuestra que hay en la evolución de la disciplina, como en sus propias reflexiones, una veta central que busca una verdad profunda. Es también evidente que en el debate actual se le tomará en cuenta.

RESUMEN

El historiador del arte José Luis Barrio-Garay se interesa por un libro que es producto de la reflexión de un filósofo y crítico de arte sobre la praxis de historiadores de arte desde

los tiempos de Vasari hasta nuestra época. En su opinión, esta obra obliga a reexaminar la historia del arte buscando la relación entre esa obra de arte y su interpretación.

David Carrier

Principles of Art History Writing

The Pennsylvania University Press, 1991. 264 páginas. 29,95 \$.

El rigor historiográfico de Coll i Alentorn

Por Juan Perucho

Juan Perucho (Barcelona, 1920) perteneció a la carrera judicial y ha escrito poesía, novela y ensayo. Es miembro de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona. Ha escrito, entre otros libros, *Obra Poética Completa*, *Las Historias Naturales*, *Pamela*, *Los emperadores de Abisinia*, *Teoría de Cataluña* y *La Cultura y el mundo visual*.

Miquel Coll i Alentorn era un hombre de una afabilidad exquisita y de una sonrisa permanente. Me lo presentó un día el llorado Antoni Comas en el acto de dar a conocer un libro, no recuerdo cuál, en una biblioteca barcelonesa. Había mucha gente e intercambiábamos unas pocas palabras de cortesía. Recuerdo su gesto habitual de agachar ligeramente la cabeza escuchando atento a su interlocutor. Esto no era en él una simple deferencia, sino la revelación de toda una manera de ser. Después coincidimos en diversas sesiones ordinarias de la Academia de Buenas Letras de Barcelona.

En realidad, únicamente le conocí bajo su aspecto de historiador de obra escasa, pero incisiva y segura. Comas me habló de su actividad profesional, que era la de ingeniero, y de su vocación política dentro de la ideología de la democracia cristiana. Se revelaba, consiguientemente, de formación católica, muy próxima a la del propio Antonio Comas. También, por él, supe que tenía un hijo sacerdote. Gradualmente me fui enterando que Coll i Alentorn era además un directivo de empresa, profesor universitario y conferenciante. Estas múltiples ocupaciones me explicaron la brevedad de su obra. Pero, en realidad, no lo era tanto. Lo que pasaba era que su obra se encontraba dispersa en las publicaciones eruditas, en prólogos e introducciones a obras ajenas antiguas y modernas. Busqué su obra publicada en volumen y sólo supe encontrar la dedicada, según refiere el título, a *La llegendes de Ramon Guillem de Montcada* y, muy posteriormente, después de su muerte en 1990, la monografía «*Guifre el Pelós*» en la *historiografía y en la leyenda*, publicada por el Institut d'Estudis Catalans. La trayectoria como político era mucho más accesible al curioso, sobre todo después de la transición política en nuestro país. Como todo el mundo sabe, fue miembro del primer Gobierno autónomo constituido después de la aprobación del Estatuto de Autonomía de 1979, como consejero adjunto a la Presidencia, y presidente del Parlamento de Cataluña en la segunda legislatura de la Generalidad reestablecida hasta 1988. Respecto a esta actividad política es útil leer el libro de H. Raguier i Suñer, *La Unió Democràtica de Catalunya i el seu temps* (Montserrat, 1976). En lo que hace referencia al conjunto de su obra histórica y literaria, es preciso tener muy presente la opinión de José Pla, un poco mordaz: «A mí me gusta mucho leer los escritos —generalmente eruditos— de Miquel Coll i Alentorn. Son muy convincentes. Su prólogo demostrando que el autor de los *Fets d'armes* no fue Bernat Boades sino Roig i Gelpí, es

perfecto y seguro. Además, escribe como a mí me gusta: de una manera clara, rápida, viva. Creo que es el erudito de este país, en este momento, que escribe mejor. Y generalmente es muy agudo y es muy difícil darle gato por liebre» (*Notes disperses*, vol. XII, *Obra Completa*, 1969). En noviembre de 1989 aceptó Coll la presidencia del «Symposium internacional sobre los orígenes de Catalunya (siglos VIII-XI)», convocado en ocasión del Milenario de Cataluña, que tuvo lugar en la sede de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona por iniciativa de su presidente, el doctor Martín de Riquer, con intervenciones de los doctores Bonnassie, Vernet, Mundó, Ezpalza, Riu, Salrach, Friedman, Samsó, Font Rius, Alturo, entre otros. Este fue, sin duda, su último acto académico, al que aportó su colaboración y apoyo más decidido.

Biografía en síntesis

En síntesis, Miquel Coll i Alentorn (Barcelona, 1904-1990), historiador y político, fue uno de los organizadores del movimiento Palestra y dirigente de la juventud militante de Acción Catalana Republicana (1931-32). En 1932 ingresó en la Unión Democrática de Cataluña, de la que fue secretario general, miembro del comité de gobierno y del consejo nacional. Discípulo de Jordi Rubió y Ferran Soldevila, reorganizó, juntamente con Ramón Aramón, los *Estudis Universitaris Catalans*. Durante los años del franquismo trabajó en la clandestinidad como profesor de historia de Cataluña, como político y como activista cultural. A partir de 1969 fue profesor en la Universidad de Barcelona. Miembro de l'Institut d'Estudis Catalans y de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, fue también miembro fundador de la *Societat Catalana d'Estudis Històrics, Econòmics i Socials*. Delegado de l'Institut d'Estudis Catalans en la *Societat Catalana d'Estudis Litúrgics*, fue elegido presidente del Parlamento de Cataluña, cargo que ostentó durante el período 1984-88. Ha investigado la historia medieval y ha hecho ediciones críticas de crónicas, cronicones, etc.

Según Jordi Rubió i Balaguer (*Mestres, companys, amics*, 1991), Miquel Coll i Alentorn no es hombre de claudicaciones y no disimula nunca sus opiniones. «Por eso mismo yo, que no siempre he visto compartido por él mi criterio, me complazco en alabar la integridad austera con la cual, en tiempos favorables y en los desfavorables, ha hecho honor a sus convicciones y a sus deberes como miembro del Instituto. Actualmente está ofreciendo toda su familiaridad con el texto de nuestras grandes crónicas para ayudar las tareas de nuestro añorado compañero Ferran Soldevila, desgraciadamente fallecido tras una larga enfermedad. Al mismo tiempo, y de acuerdo con el también académico y miembro del Instituto doctor Font i Rius, está organizando la continuación de la monumental empresa de la *Catalunya Carolíngia*, tan brillantemente iniciada por don Ramón de Abadal.»

Las características de Coll i Alentorn en la búsqueda y exposición de un problema son



singulares. En primer lugar, la separación analítica de todos sus factores ha sido hecha con la habilidad de un teórico textil y, a la vez, con rigurosa valoración crítica de sus datos. Este análisis tiene a su servicio el conocimiento de primera mano de las fuentes documentales y narrativas ya conocidas o todavía inéditas, y este conocimiento no vacila nunca si para ello es preciso someter a una revisión original la interpretación de los diversos datos. La manera de interpretarlos parece orientada a buscar cierta coherencia lógica, como si fuese hija de una especial planificación que llene los vacíos que la pérdida de los hilos conductores deja a veces en la cadena de los acontecimientos. Esta tenacidad en averiguar aquello que la historia esconde, produce admiración. Añade Rubió, maestro de investigadores, que «tal vez me hizo demasiado efecto el consejo que Goethe dio un día a Eckermann refiriéndose a las ciencias de la naturaleza. No lo he olvidado desde que, hace años, leí en sus *Gespräche*: «hay en la naturaleza, decía, cosas alcanzables y cosas inalcanzables, y es preciso obrar con discernimiento y con reflexión y respeto». Finalmente, asegura Rubió que Coll, «siempre que lo crean lícito su honestidad crítica y la idea que él tiene de la imparcialidad del historiador, en la motivación de los hechos se complace en presentar aquellas circunstancias, independientes de nuestra voluntad, que pueden explicar y justificar, desde los tiempos preteritos, las características diferenciales».

Rigor histórico

El primer volumen de las *Obras de Miquel Coll i Alentorn* se halla prologado por el actual presidente del Parlamento de Cataluña, don Joaquim Xicoy i Bassegoda. Este dice que «el mismo rigor que se exigía Coll en sus estudios históricos, lo aplicará en la exposición de su pensamiento político. Coll no improvisa nunca. Cuando escribe una línea, cuando emite una opinión, lo tenía ya muy pensado y razonado. Eso quiere decir que Coll i Alentorn tuvo que alimentar su indiscutible talento natural en muchas horas de estudio, reflexión y trabajo silenciosos».

El libro se halla dividido en seis grandes apartados. El primero, «Els inicis de la historiografía catalana», comprende la historiografía en el período preliminar, la primitiva, las actas de consagración como elemento relevante, el cronicón de Sant Cugat, el cronicón de Skokloster. En el segundo, «Las crónicas de los siglos XIII y XIV», se estudian las crónicas de San Pedro de las Puellas, las diversas redacciones de las *Cròniques dels reis d'Aragó i comptes de Barcelona*, la imagen de Rode-

rico Ximénez de Rada y la historiografía, las relaciones de los procuradores, la poesía épico-popular y las crónicas catalanas (con las tesis famosas de Manuel de Montoliu y las de Ferran Soldevila respecto a las prosificaciones de la poesía épico-popular catalana) y los poemas narrativos de carácter popular. En el apartado tercero se examinan las crónicas de Jaime I, Bernat Desclot, Ramón Muntaner, Pedro el Ceremonioso y otras del mismo género. Sigue luego, en la sección cuarta, la exposición de las investigaciones resultantes en torno a la crónica de Desclot. En la quinta sección aparecen los estudios humanísticos y el desenmascaramiento de las falsificaciones del siglo XVIII, comprensivo de las genealogías en la historiografía, la tarea de historiador en la figura del rey Martín, el libro de *Les nobles dels Reys*, las compilaciones, las crónicas universales catalanas, las traducciones y adaptaciones de crónicas clásicas y exóticas, las reacciones neoclásicas, la historiografía de Barcelona y la de Santes Creus, la de los humanistas italianos y los dietarios, así como los problemas interesantísimos sobre la autenticidad del *Libre des feyts d'armes de Catalunya* y la singularidad de los falsos cronicones de influencia italiana (Anni de Viterbo), utilizados por Lucio Marineo Sículo y Pedro Beuter, y los de Castilla, a través del padre La Higuera, incansable falsificador. Finalmente llegamos al apartado sexto, comprensivo de la historiografía de los siglos XIX y XX, con sus características generales de los primeros años del siglo y la gran obra del padre Villanueva, el volver a empezar después de la guerra contra Napoleón, el momento culminante de este período, la influencia romántica, los libros de memorias, las escuelas regionales: la del Rosellón, Valencia y Baleares. Termina el volumen con el análisis de las figuras de Ramón d'Alòs Monner (ya en pleno siglo XX), de Santiago Sobrequés, Jordi Rubió, Ferran Soldevila, Ramón d'Abadal, Rafael Tasis, Eufemià Fort i Cogul (en las conexiones con Santes Creus), para terminar en la emblemática, prematuramente desaparecida, de Antoni Comas.

Según es de ver, el volumen, en su totalidad, es coherente y bien ordenado. Me gustaría destacar alguna página demostrativa de la astuta cautela de sus indagaciones. Escojo los *Feyts d'armes*, que le dio prestigio inicial: «Una falsificación ahora, hacia el año 1673, no era, sin embargo, un negocio que pudiera emprenderse a la ligera. Los falsos cronicones habían perdido gran parte de su crédito (se refiere seguramente a *La censura de historias fabulosas*, de Nicolás Antonio, y a los *Falsos cronicones*, de Godoy y Alcántara). Por otro lado, era preciso huir de las afirmaciones y de las noticias demasiado generales... Así pues, si era preciso, para mayor gloria de Blanes, hacer referencia a las luchas de los lactanos con Hannibal, se evitaría hablar del famoso Telongo Bachio, que no debía inspirarle demasiada confianza, y se compensaría este silencio inventando la tribu de los laernes (de Larnum, Tordera), que vendrían a representar el papel de antepasados de los blanenses».

Total, una investigación casi detectivesca por su emoción, bajo el ojo vigilante del fiscal, en persecución de un fraude histórico. Por lo tanto, se garantiza la agradable lectura hasta la total exposición de los hechos. ||

En el próximo número

Artículos de Claudio Prieto, C. Seco Serrano, José Jiménez Lozano, Carmen Martín Gaité, Rafael López Pintor, Antonio López Gómez y Joaquín Vaquero Turcios.

RESUMEN

Juan Perucho, el escritor catalán de mil curiosidades, traza, en su artículo, un breve perfil, humano y profesional, de quien fue, entre otras muchas cosas, político en la normalización autonómica catalana, Miquel Coll i

Alentorn. Perucho lo recuerda tal como lo trató en vida y lo valora como historiador, a partir del volumen de las obras completas de Coll i Alentorn que propicia su comentario.

Miquel Coll i Alentorn

Historiografía

Curial Edicions Catalans, Barcelona, 1991. 527 páginas. 2.750 pesetas.

Beethoven, gloria y miseria de un artista

Por Claudio Prieto

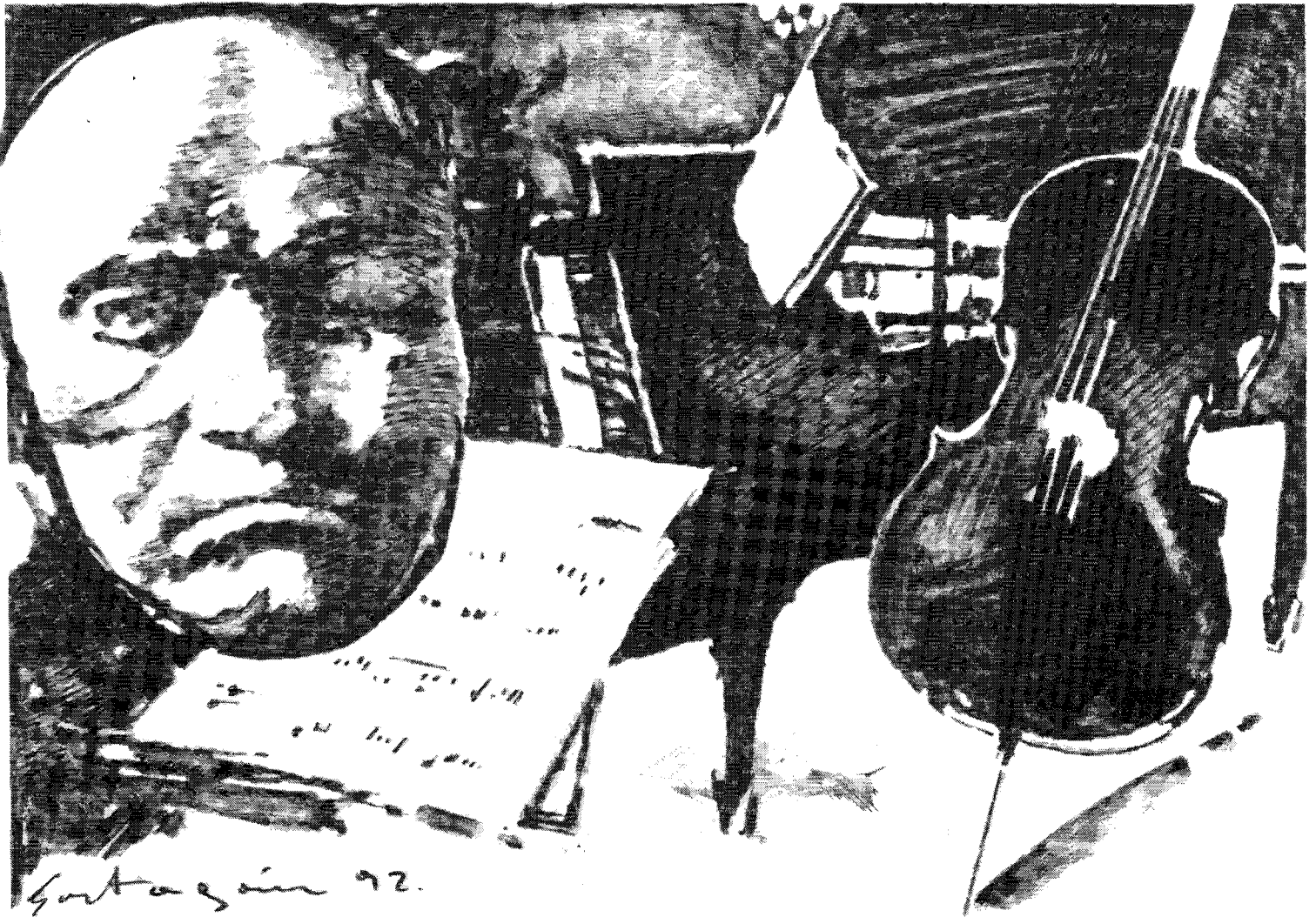
Claudio Prieto (Muñeca, Palencia, 1934), compositor, ha realizado estudios musicales en Alemania, España e Italia y es titulado por el Conservatorio Superior de Música de Madrid y la Academia Nacional de Santa Cecilia, de Roma. Entre otros premios posee el Internacional «Oscar Esplá», el «Manuel de Falla», el «Reina Sofía», el de Radio Televisión Italiana y el Trofeo Arpa de Oro, de la CECA.

«Hay papeles aquí y allá; reunidos y haced de ellos el mejor uso posible, pero ateneos en todo a la verdad estricta; os hago a los dos responsables.»

Con estas palabras, que al parecer dirigió Beethoven a Schindler y Breuning estando en su lecho de muerte, comienza el libro *Beethoven. Leyenda y realidad*, escrito por Edmond Buchet y publicado por Ediciones Rialp en la versión española realizada por Joaquín Esteban Perruca y Mercedes Villar Poriz.

Sobre Beethoven se han escrito innumerables biografías y estudios críticos o analíticos de su persona y/o su obra, y es evidente que cada una de ellas, aun incluso partiendo de las mismas fuentes, desemboca en conclusiones tan dispares como diferentes son los criterios de quienes las escriben. Ello no debe decepcionar en absoluto, sino, muy al contrario, ser motivo de alegría para aquellos que desean acercarse a la figura del maestro, porque esa misma diversidad tiene la ventaja de enriquecer enormemente el desarrollo analítico del estudioso. Claro que esto no serviría para el simple lector curioso o para el aficionado, porque de alguna manera le estaríamos obligando a leer cantidades ingentes de documentos recogidos en un no menos importante número de volúmenes que probablemente le llevarán al desánimo, primero, y al abandono, después.

Parece que la primera intención de Edmond Buchet al afrontar su obra fue la de sintetizar y reunir en un solo volumen aquellos documentos que, aparecidos de la mano de un amplio espectro de autores, constituyen todo el legado del compositor, aplicando para ello un metódico método analítico encaminado a confrontarlos para, tras su interpre-



TINO GATAGAN

tación, ofrecer al lector las conclusiones de su investigación.

Buchet se nutre esencialmente de los *Carnets íntimos*, de los *Cuadernos de conversación*, de la correspondencia, de testimonios de sus contemporáneos y de notas. Ha trabajado sobre las biografías de Schindler, Wegeler, Ries, Fanny Giannatasio del Río, Prod'homme, Bettina Brentano, Nohl, Thayer, Lenz y Romain Rolland.

La mayor preocupación de Buchet es la de presentarnos a un Beethoven que responda plenamente a lo que de verdad fue el artista, con todo lo que de bueno o malo tenía su persona, evitando caer en la «entroniza-

ción» que se desprende de los autores antes mencionados. Según sus propias palabras, hay que «buscar la verdad tratando de descubrir al hombre que se oculta bajo el héroe —y que es su verdadera condición—, aunque ese hombre sea mezquino, cominero, rencoroso, ingrato, antipático, insoportable». Esto no significa que haya que caer en los extremos contrarios, sino que, cuando un historiador o biógrafo se enfrenta a la tarea de escribir sobre algún personaje, debe procurar hacerlo bajo la más estricta objetividad y ateniéndose con rigurosidad a lo que los documentos aportan.

Personalidades complejas

Naturalmente, esto que pregona Buchet es, probablemente, lo más difícil de cumplir, porque el que escribe es también un ser humano que proyecta su propia personalidad en sus trabajos y no puede prescindir de sus ideas o evitar que sus conclusiones se decanten en uno u otro sentido de acuerdo con sus propios sentimientos o experiencias. Sin embargo, hay que aplaudir su punto de partida porque no tiene mucha justificación llegar a las generaciones venideras una imagen idealizada de un hombre por el hecho de

que éste sea un gran artista. Está más que demostrado, a lo largo de la Historia, que la predisposición o los dones para el Arte no están reñidos con personalidades a veces extremadamente complejas, cuando no francamente insoportables. Pero no es menos cierto que esa psiquis termina por imponerse en la obra de arte, bien porque las circunstancias de la vida influyen directamente sobre el artista y entonces descarga su agresividad, su alegría, su tristeza o su felicidad sobre su obra, bien porque dichas circunstancias sirven para encerrarle en su mundo interior tanto más aisladamente cuanto más intenso sea lo que le ha tocado vivir, y entonces la obra se convierte en la búsqueda ansiosa de un consuelo.

Hay que evitar también apresurados juicios de valor porque no se trata de sentar a nadie en el banquillo de los acusados, sino simplemente de situarnos frente al hombre en toda su dimensión.

La vida de Beethoven no fue un camino de rosas. Ya desde su infancia las relaciones humanas estaban teñidas de una fuerte dosis de indiferencia, incluso de violencia y de lucha. Si es cierto que las experiencias de la infancia marcan la vida de un hombre, es



En este número

Artículos de		
<i>Claudio Prieto</i>	1-2	<i>Rafael López Pintor</i> 8-9
<i>Carlos Seco Serrano</i>	3	<i>Antonio López Gómez</i> 10-11
<i>José Jiménez Lozano</i>	4-5	<i>Joaquín Vaquero Turcios</i> 12
<i>Carmen Martín Gaité</i>	6-7	

SUMARIO en página 2

Viene de la página anterior



Beethoven, gloria y miseria de un artista

fácil comprender la personalidad que más tarde definiría a Beethoven y que ha dejado tras de sí una fuerte sensación de agresividad, manifiesta incluso en alguno de sus retratos más famosos. Buchet se detiene mucho en la relación de Beethoven con las mujeres, con sus mejores amigos y, sobre todo, con su sobrino. Este último, hijo de su hermano Karl, ha pasado a la Historia como un ser pobre de espíritu, rebelde y malvado, que hizo sufrir inmisericordemente a su tío.

La verdad es que ni Beethoven fue la víctima en este asunto ni el muchacho el verdugo, sino que más bien ambos tuvieron un poco de las dos cosas. Las relaciones de Beethoven con sus hermanos pasaron por todo tipo de estados, incluso hasta el alejamiento. No obstante, Karl, antes de morir en 1815, nombró a Ludwig, primero tutor único de su hijo, Karl Beethoven, y después modificó su testamento incluyendo a su esposa, Johanna, en el tutelaje. A partir de ese momento, Johanna y Beethoven iniciaron

Qué es

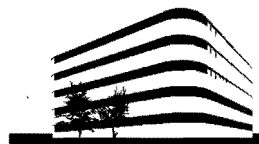
SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

una feroz lucha por conseguir la custodia del niño, acudiendo varias veces a los tribunales y cruzándose todo tipo de acusaciones e insultos. El resultado, como es lógico, no favoreció en nada el desarrollo espiritual del niño, quien se vio constantemente expuesto en medio de aquel fuego cruzado entre su madre y su tío. Como al parecer Johanna no mantenía para el juicio de aquella época un comportamiento ejemplar, Beethoven solía ganar los pleitos, pero ello iba aparejado de la prohibición expresa de que el niño viera a su madre.

Carácter violento

Los pasajes que Buchet dedica a este tema impresionan por su crudeza, pues muestran a un Beethoven totalmente obsesionado con el muchacho y marcado por un odio casi irracional hacia su cuñada. No cabe duda de que quería mucho a Karl, pero su cariño era tan posesivo y tan abrumador que el pequeño pronto se sintió ahogado entre tantas exigencias, tantas reglas y tantas prohibiciones. La rebeldía de Karl y su mal comportamiento no fueron sino la consecuencia directa de tal actitud, que, por otra parte, será el denominador común de las relaciones del artista.

Beethoven tenía un carácter muy violento, que se fue acentuando a medida que le iba haciendo mella su sordera, auténtico suplicio para el compositor. Al principio, sorprende contemplar a un hombre avergonzado ante su problema, como temiendo el rechazo de la sociedad.

Más adelante, asumida ya su enfermedad, sorprende aún más el aislamiento que se autoimpuso porque éste le produjo más amargura que serenidad, le llevó a sospechar continuamente de quienes le rodeaban, hasta el punto de hacerles víctimas, cada vez con más frecuencia, de sus accesos de cólera e intolerancia. Algunos amigos se fueron apartando poco a poco de él, mas, en honor a la verdad, hay que reconocer que fueron más los que

permanecieron a su lado, impulsados por la veneración y el cariño que sentían hacia el maestro.

Estilo peculiar

Sus relaciones amorosas no fueron más sencillas. Beethoven amó profundamente a varias mujeres, pero siempre bajo su peculiar estilo. Bien es cierto que muchas de ellas estaban casadas y, por tanto, eran inaccesibles para él, pero otras sí hubieran podido ser compañeras ideales y, sin embargo, todas fueron quedando invariablemente en el camino. ¿Qué sucedió? ¿Acaso la actitud de Beethoven fue igualmente abrumadora? Buchet trata también este tema con una profusión de datos admirable. Como no podía ser menos, el legendario quebradero de cabeza que resultó ser para los biógrafos la carta a la Amada Inmortal ocupa un espacio importante en este libro.

Al margen de la transcripción de la carta, Buchet se aventura en las más variadas especulaciones para averiguar la identidad de la destinataria. Pero lo más interesante no es saber a quién está dirigida, sino deleitarse en la explosión de sentimientos que invaden al artista y que desbordan cada línea de la carta. Sólo su final, «...por muy grande que sea el amor que sientes por mí, yo te amo aún más... Mi corazón está demasiado lleno para

seguir hablándote, ¡ah!, hay momentos en que las palabras resultan vanas...», ya nos da una idea de la intensidad con que su corazón aún espiritualidad y sensualidad en esa confusión mágica que es el amor.

En resumen, estas relaciones son el hilo argumental que preside la obra de Buchet, con las que ha pretendido dibujar un retrato psicológico del protagonista, aunque en este caso, más que dibujar podríamos decir que ha conseguido trazar las líneas maestras del cuadro para que los lectores, con sus pinceles y pinturas en las manos, sean capaces de concluir su obra. Buchet cierra su introducción con unas palabras de C. G. Jung que me voy a permitir utilizar para acabar estas líneas, porque creo que en ellas se encierra toda una filosofía del análisis creativo que me ha parecido la más acertada de las conocidas hasta ahora:

«Todos los desarrollos psíquicos que se producen en el cuadro de lo consciente se pueden explicar de manera causal; por el contrario, el momento creador, que hunde sus raíces en la inmensidad difusa del inconsciente, quedará sin duda cerrado para siempre a los asaltos del conocimiento humano. Se dejará describir en sus manifestaciones, se dejará investigar, pero su verdadera esencia escapará siempre. Por eso, la crítica de arte y la psicología siempre serán mutuamente tributarias, y por eso el principio de una no suprimirá la otra.»

RESUMEN

El compositor Claudio Prieto, al enfrentarse con una biografía sobre Beethoven que quiere ser síntesis, recuerda lo mucho y muy variado que se ha escrito sobre la vida y la obra del músico alemán, y destaca

la voluntad del biógrafo de encontrar, entre tantas interpretaciones, la «verdad» de Beethoven, tarea nada fácil, ya que, como señala Prieto, su vida no fue un camino de rosas.

Edmond Buchet

Beethoven. Leyenda y realidad

Rialp, Madrid, 1991. 365 páginas. 2.500 pesetas.

SUMARIO

	Págs.
«Beethoven, gloria y miseria de un artista», por Claudio Prieto, sobre <i>Beethoven. Leyenda y realidad</i> , de Edmond Buchet	1-2
«El último emperador», por Carlos Seco Serrano, sobre <i>Charles de Habsbourg. Le dernier empereur</i> , de Michel Dugast Rouillé	3
«La escritura desnuda de Isaac Babel», por José Jiménez Lozano, sobre <i>Journal de 1920</i> , de Isaac Babel	4-5
«El ladrón de imágenes», por Carmen Martín Gaité, sobre <i>El jinete polaco</i> , de Antonio Muñoz Molina	6-7
«La tradición de informes sociales en España», por Rafael López Pintor, sobre <i>España a debate</i> , de José Vidal-Beneyto (ed.)	8-9
«Vistas: ciudades valencianas en el XVI», por Antonio López Gómez, sobre <i>Les vistes valencianes d'Anthonie van den Wijngaerde (1563)</i> , de Vicenç M. Roselló i Verger (dir.)	10-11
«En la oscuridad del jardín», por Joaquín Vaquero Turcios, sobre <i>Ontología y teleología del jardín</i> , de Rosario Assunto, y <i>Atlante storico dell'idea del giardino europeo</i> , de Virgilio Vercelloni	12

El último emperador

Por Carlos Seco Serrano

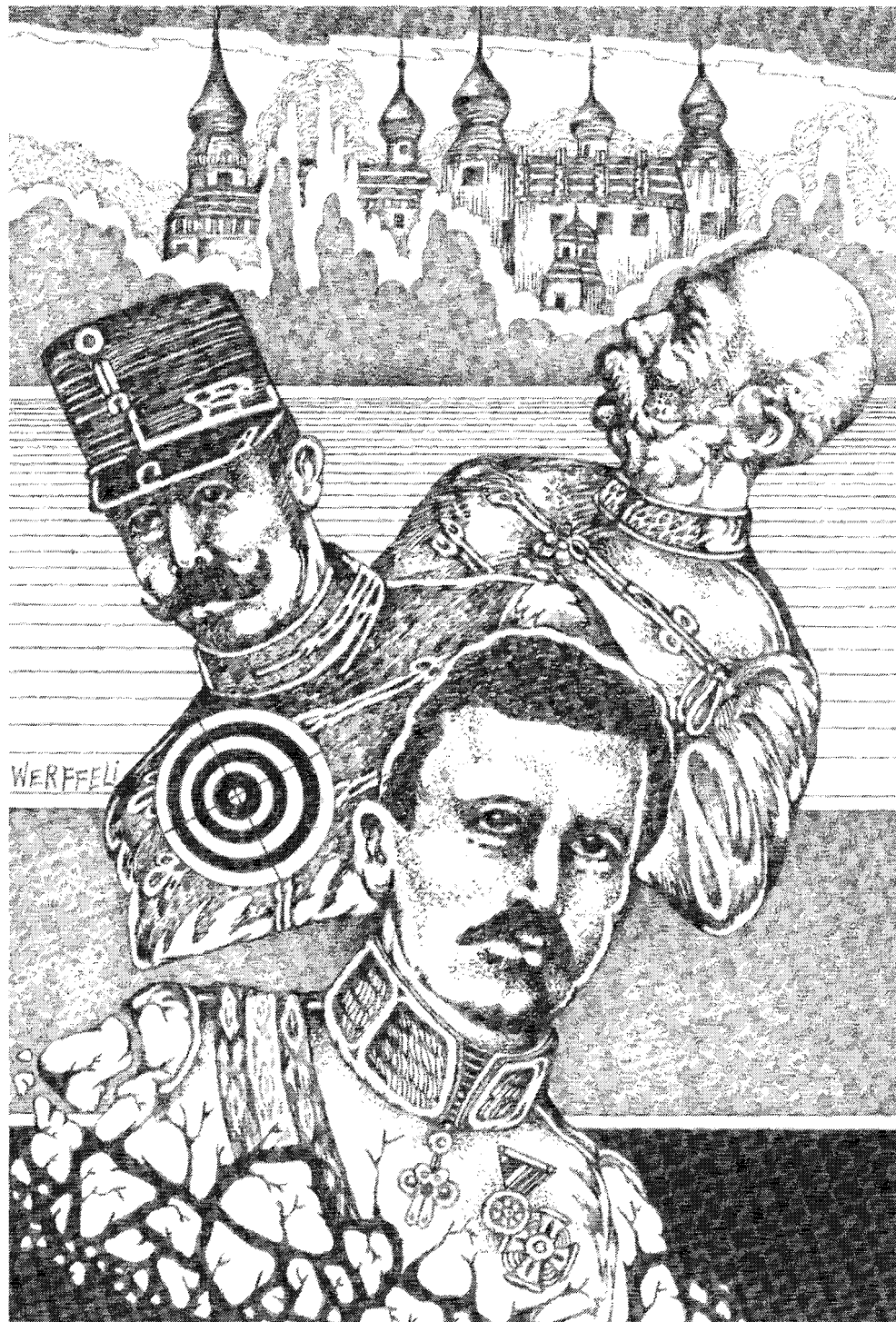
Carlos Seco Serrano (Toledo, 1923) ha sido catedrático de Historia Contemporánea de España en la Universidad Complutense de Madrid. Es académico de número de la Real Academia de la Historia (Madrid) y de la de Buenas Letras (Barcelona). Es autor, entre otros títulos, de *Epoca contemporánea: la República, la guerra, la España actual*; *Alfonso XIII y la crisis de la Restauración*; y *Militarismo y civilismo en la España contemporánea, con el que obtuvo el Premio Nacional de Historia 1986*.

El hundimiento del comunismo en la Unión Soviética y el estallido incontenible de los viejos nacionalismos soterrados bajo su dominio, cuya onda expansiva está recorriendo Europa, han puesto nuevamente de actualidad el «caso» del Imperio austrohúngaro, mosaico de razas y de nacionalidades diversas que, como gran potencia mundial, jugó un papel de primer orden en época no demasiado lejana. Su antecedente, el Sacro Imperio romano-germánico, había sido, desde la alta Edad Media, bastión de Occidente frente a los desafíos de Oriente. La monarquía danubiana logró, a su vez, equilibrar la prepotencia alemana, el panslavismo ruso y los riesgos implícitos en la larga agonía del otrora poderoso imperio turco. Todavía no se ha resuelto –la evidencia está ante nuestros ojos– el problema creado por el inmenso vacío que produjo, en el mismo corazón de Europa, la liquidación de aquella venerable estructura supranacional, amenazada desde el mismo instante de su nacimiento –en 1806– por la Revolución en su doble significado: puesto que la libertad política implicaba, como reverso de una misma moneda, la libertad nacional. (Y tal sería la razón del inmovilismo reaccionario encarnado por Metternich a partir de 1814: el canciller sabía muy bien que de la intangibilidad del Antiguo Régimen dependía la integridad del Imperio.)

El prolongadísimo reinado del emperador Francisco José –iniciado tras la caída de Metternich, a consecuencia de la segunda gran oleada revolucionaria de la era contemporánea– supuso un agotador esfuerzo para ir conciliando la gradual apertura a unas libertades insoslayables después de 1848 con el mantenimiento de la unidad interna mediante la integración, en pie de igualdad, de lo que hoy llamaríamos «hechos diferenciales»; esto es, los «derechos históricos» abordados y definidos por los tratadistas austríacos, cuyo reconocimiento permitió la concepción dual de la monarquía (Austria-Hungría) en la Constitución de 1867, pero que, a su vez, limitados a las dos coronas, fueron, al no verse extendidos a todas las «naciones históricas» abarcadas por el Imperio, una de las causas fundamentales de su desintegración en 1918.

Hoy sabemos que el «gran proyecto» acariciado a comienzos de este siglo por el archiduque Francisco Fernando, presunto heredero de Francisco José, apuntaba atinadamente a una solución amplísima mediante la fórmula confederal. Solución a la que se oponían, de consuno, los partidos –o los núcleos sociales– dominantes: alemanes de Austria, magiares de Hungría. El proyecto, frustrado por el atentado de Sarajevo –que segó la vida del archiduque– y recogido por el nuevo heredero y luego emperador Carlos I, naufragó en la crisis de la Gran Guerra y en el empecinamiento de aquellas oposiciones atenuadas a la ciega defensa de privilegios de clase reconocidos por una Constitución desfasada.

Es este tema apasionante –actualísimo– el que se recoge en la reciente biografía del último emperador –la primera escrita por un investigador francés, Michel Dugast Rouillé–. En Carlos I coincide la sugestión de una per-



JORGE WERFFELI

sonalidad nobilísima –en talante y en convicción: la sinceridad de su fe religiosa se traduce en exigencia de radical autenticidad, por encima de toda clase de convencionalismos– y la fatalidad del momento histórico que le toca vivir. Partidario ferviente de la paz, y ajeno a las expectativas de una corona que por complicados y trágicos caminos llegaría a ceñir sus sienes, se ve en el trance de ocupar el trono imperial en plena conflagración europea –y mundial–. Su breve reinado gira, pues, en torno a dos empeños frustrados: poner fin a la guerra y reafirmar la integridad del Imperio mediante una solución confederal.

Paz victoriosa

Las negociaciones secretas de paz que el emperador trataría de hilvanar por medio de su cuñado, Sixto de Borbón-Parma, no contaron, desde luego, con el asentimiento de Alemania –cuyos generales se aferraban a una única solución, la de la «paz victoriosa»–; fueron bien acogidas por Jorge V, por Lloyd George, por Poincaré, pero tropezaron con la intransigencia de Italia –el «intratable» Sonnino– y con la del jefe del Gobierno francés, Ribot, que deshizo materialmente el intento tachándolo injustamente de «hipócrita» y proclamando que se llegaría a la paz «en condiciones dignas de Francia» (posición idéntica, en su maximalismo, a la del Estado Mayor

prusiano). El posterior enfrentamiento dialéctico entre Czernin –ministro de Estado del Imperio– y Clémenceau daría un nuevo y desgraciado sesgo a la fracasada negociación, dejando al descubierto al emperador Carlos frente al kaiser Guillermo: la cosa no pudo salir peor.

En el tratamiento del otro problema abordado por Carlos I –el de la «integración» del Imperio a través de un pacto confederal–, también fracasó su buena voluntad. En la primavera de 1917, las crisis internas, tanto en Austria como en Hungría, situaban a la monarquía ante esta alternativa: llevar a cabo las reformas políticas y sociales a fin de sobrevivir, o rehusarlas y desaparecer. La clarividencia del joven emperador tropezó con los intereses creados. Su decisión previa –una

amnistía a favor de los condenados checos, en cuanto disidentes nacionalistas– suscitó oposición y alarma en el Parlamento austríaco; y no era más que empezar. En Hungría la cosa fue aún peor, puesto que se hallaba al frente del Gobierno el conde Tisza, tajantemente opuesto a la confederación soñada por Carlos, que aquél calificaba de «locura peligrosa para la seguridad pública». Únicamente la implantación del sufragio universal –al implicar un cambio total en la configuración de las cámaras– hubiera podido dar cauce al proyecto del emperador; pero éste se hallaba incapacitado para llevar a cabo, por su estricta iniciativa, aquella reforma. Tisza dimitió, pero no fue posible vencer la resistencia de la mayoría vigente en el Parlamento, identificada con la obcecación del ex ministro.

Destronamiento real

El destronamiento de Carlos I –supuesto responsable de la guerra cuando había sido un abnegado luchador por la paz; aparente dique de las libertades nacionales cuando había tratado de darles cauce por todos los medios a su alcance– resulta tan injusto que no es extraño que se entendiese, por muy amplios sectores de opinión de entonces y de después, como resultado de una tenebrosa conjura: la de los partidos revolucionarios de Europa contra la «monarquía apostólica» a través de una trama masónica. Pero como observa en su excelente prólogo Pierre Chauvin, todo es, más o menos, aceptable en esta tesis salvo la materialidad del complot. «Existe, en verdad, en cierto modo, puesto que está en los espíritus», afirma Chauvin no obstante. «Cuando se conoce “lo que siguió” –pero “lo que siguió” no se supo hasta “después”–, resulta difícil perdonar el gigantesco embrollo, el fantástico salto atrás para mejor desnucarse, que supuso la destrucción de la doble monarquía...» «El complot que abatió a Austria-Hungría fue el complot de la historia, de la ceguera y del odio que la larga cohabitación difícil había sedimentado en el curso de un siglo de felicidad sin duda inmercedida.»

La lectura del libro de Dugast Rouillé permite, de una parte, dar la razón a cuantos vienen –venimos– defendiendo la importancia historiográfica de las biografías: ésta de Carlos I –siempre unida a la de su esposa, la ejemplar emperatriz Zita, recientemente fallecida– es un modelo de intuición aproximadora a través de una espléndida información –y, sobre todo, del testimonio directo del conde Polzer Hoditz, amigo, confidente y biógrafo del emperador–. Pero, además, la obra que comentamos es como una llamada de atención, un oportunísimo recordatorio que viene a ponernos en guardia frente a experimentos que, con apariencia de avance histórico, no son otra cosa que retrocesos irreversibles hacia los orígenes –un «fantástico salto hacia atrás para mejor desnucarse», según la expresión de Chauvin; el regreso al caos– en cuanto que encaminados a destruir los organismos forjados por la historia de nuestra entrañable Europa a lo largo de muchos siglos.

RESUMEN

La explosiva mudanza que está sufriendo Europa en el Este parece como si estuviera desenterrando el mapa del Imperio austrohúngaro, cuyo último emperador, Carlos I, es recordado por el historiador Carlos Seco

Serrano, tras la lectura de una biografía aparecida en Francia y dedicada precisamente al último emperador austrohúngaro, y en donde se estudia su personalidad y la fatalidad del momento histórico que le tocó vivir.

Michel Dugast Rouillé

Charles de Habsbourg. Le dernier empereur

Ed. Duculot, París, 1991. 315 páginas.

La escritura desnuda de Isaac Babel

Por José Jiménez Lozano

José Jiménez Lozano (*Langa, Avila, 1930*) fue Premio Nacional de la Crítica de Narrativa (1988) con el libro *El grano de maíz rojo* y Premio Castilla-León de las Letras (1988). Entre sus ensayos figuran *Los cementerios civiles* y *La heterodoxia española*, *Los tres cuadernos rojos* y *Los ojos del icono* (1988). Entre sus novelas y narraciones, *Historia de un otoño*, *El santo de mayo*, *Sara de Ur* y *Los grandes relatos*.

En 1920, Isaac Babel, el autor de *El ejército de caballería* —o *Caballería roja*, según otras versiones— y *Cuentos de Odesa*, entre otras obras, estuvo como corresponsal de guerra en el conflicto ruso-polaco, y de esta experiencia se nutrió aquel libro suyo: una serie de relatos en torno a esa guerra. En ella se ventilaba, desde luego, una cuestión territorial entre Polonia y la URSS, pero del lado soviético se trataba de algo más: era una especie de guerra de iluminación, por el faro de la Revolución, de unos hombres y una sociedad sumidos en las tinieblas del pasado y en las contradicciones del mundo capitalista y burgués. Es decir, se trataba del primer «test» de aplicabilidad de la Revolución fuera de la Unión Soviética en el plano internacional. Y quizá, después de todo, fuera ésa la convicción más o menos provisional del propio Isaac Babel.

Leídas con ojos occidentales, estas estupendas historias de *El ejército de caballería* ofrecen, sin duda, un cierto aire épico, y no deja de notarse algún aroma ideológico, si es que ese mismo tono épico no es ya ideología; pero en la URSS, apenas se publicó el libro, fue violentamente atacado por Semion Budionny, jefe de ese primer ejército de caballería precisamente. Y el autor tuvo que ser defendido por nadie menos que Máximo Gorki, pontífice máximo de las letras revolucionarias y hombre por encima de toda sospecha; pero, aun así, su canonización de *El ejército de caballería* no pudo evitar ulteriores y no menos violentos ataques al libro, hasta el punto de que en 1928 el propio Babel dice públicamente de esos sus relatos: «Considero que se trata de un muerto; tan lejos se muestra lo que estoy escribiendo ahora de lo que escribí antes». Y dos años después, cediendo a la opinión de sus jueces, en un acto de resipiscencia, arrepentimiento o palinodia, explica: «Es una pena que Semion Budionny no me planteara en su día una alianza contra mi libro»; aunque en los años siguientes, y para ediciones su-

cesivas, añadida a *El ejército de caballería* dos relatos más: «Argamak», en 1932, y «El beso», en 1937. Y tienen el mismo clima, por cierto, que el resto de los relatos del libro, que es obvio, a través de este mismo gesto de añadir dos relatos más, que es para él algo vivo y que no hubiera querido ver aplastado como dice. Pero en cualquier caso, de una cosa se puede estar seguro: la literatura, y quizá este libro en concreto que su «tribu» no asimiló nunca, le llevó a la muerte. En mayo de 1939 fue arrestado bajo la acusación de actividad antisoviética, simpatías trotskistas y espionaje, y fue fusilado en enero de 1940.

En 1954 fue rehabilitado como ciudadano soviético y en 1957 como escritor, porque los poderes de este mundo —tanto los políticos como los culturales— han tenido siempre, y siguen teniendo, la pretensión de que son ellos quienes hacen los escritores. Y de todos modos, esta rehabilitación, al igual que la defensa de Gorky, tampoco logró que *El ejército de caballería*, ni tampoco Isaac Babel, fueran aceptados sin más en los años venideros. La lectura, ahora, de un escrito muy particular suyo, el *Journal de 1920*, nos explica muy bien todo esto y nos ilumina el drama de esta vida y de esta obra y, en resumen, de cómo y de qué manera su «tribu» liquidó a Isaac Babel en sus adentros antes de que le liquidase físicamente.

Journal de 1920, publicado el pasado otoño en francés, es precisamente el diario de guerra que de junio a septiembre de 1920 llevó Isaac Babel durante ese conflicto ruso-polaco en el que estuvo como corresponsal: un texto perdido que se encontró casualmente en Ucrania —quizás extraviado, quizás dejado a intención por el mismo Isaac Babel— y se devolvió a la segunda esposa del escritor, Antonina Nikolaevna Pirojkova, en 1955. Se trataba de una escritura a lápiz bastante borrosa por el tiempo, que costó a la Pirojkova muchos años descifrar, aunque el resultado fue un éxito total porque sólo pocas palabras y escasas frases han quedado sin poder transcribirse. Es como un fresco recuperado por un restaurador en su totalidad en el que aparece un retrato admirable o, más bien, como esas leyendas que en las novelas de aventuras dan la clave para encontrar el secreto. Porque «secreto» era claro que había en la escritura de Isaac Babel.

En 1609, un acusador de fray Luis de León, el doctor Piçario de los Palacios, denuncia *De los nombres de Cristo* porque encuentra en el libro un espíritu de rechazo de las constricciones políticas y religiosas y un

talante de piedad y misericordia que revelaban a un converso, a uno «ex illis»: del «ganado roñoso y generación de afrenta que nunca se acaba», como diría el propio fray Luis. Y, efectivamente, ese espíritu y ese talante están en el libro, y fray Luis era uno «ex illis». Exactamente como la épica de *El ejército de caballería* está demasiado acompañada de humanidad, el «gran relato» ideológico y militar queda diluido en «pequeños relatos» de vida y la existencia de la memoria de la pasión y muerte de los hombres, y nos dicen que Babel y su mundo no tenían que ver nada con el mito revolucionario y épico-militar de la «tribu» en que vivía; incluso si Babel se esforzó en ser un revolucionario y desde luego por aparentarlo.

Nunca lograría realmente que se le aceptara, y cuando todavía en 1974 se hace una edición de *El ejército de caballería* en español, el crítico ortodoxo que la presenta, Yuri Andreiev, escribe: «El medio específico pequeño-burgués y una educación rigurosamente libresa en tradiciones supraclásicas ejercieron un influjo esencial sobre el futuro escritor, y cuando comenzó la lucha contra el viejo régimen no vaciló, si bien es cierto que carecía de nociones reales y claras acerca de las causas vitales de esta lucha. Y así, imbuido de ideas abstractas, Babel va a parar al ejército de caballería que se bate con los polacos blancos. Tropieza por primera vez con campesinos y cosacos; en un principio, todos se le antojan con la misma cara, los entiende mal, para él no están claros los móviles de su vida, y se destaca con singular rudeza, paradójicamente, lo que no corresponde a los elevados fines por los cuales se bate el ejército de caballería». Y nosotros, con el *Journal de 1920* en la mano, podemos decir que efectivamente es así. A Babel le interesan la memoria y las historias de hombres en primer lugar, como a todo narrador, y en agosto de 1920 anota: «Escribo... sobre cosas olvidadas desde hace mucho; la Revolución no es todo, es esta dirección la que hay que tomar».

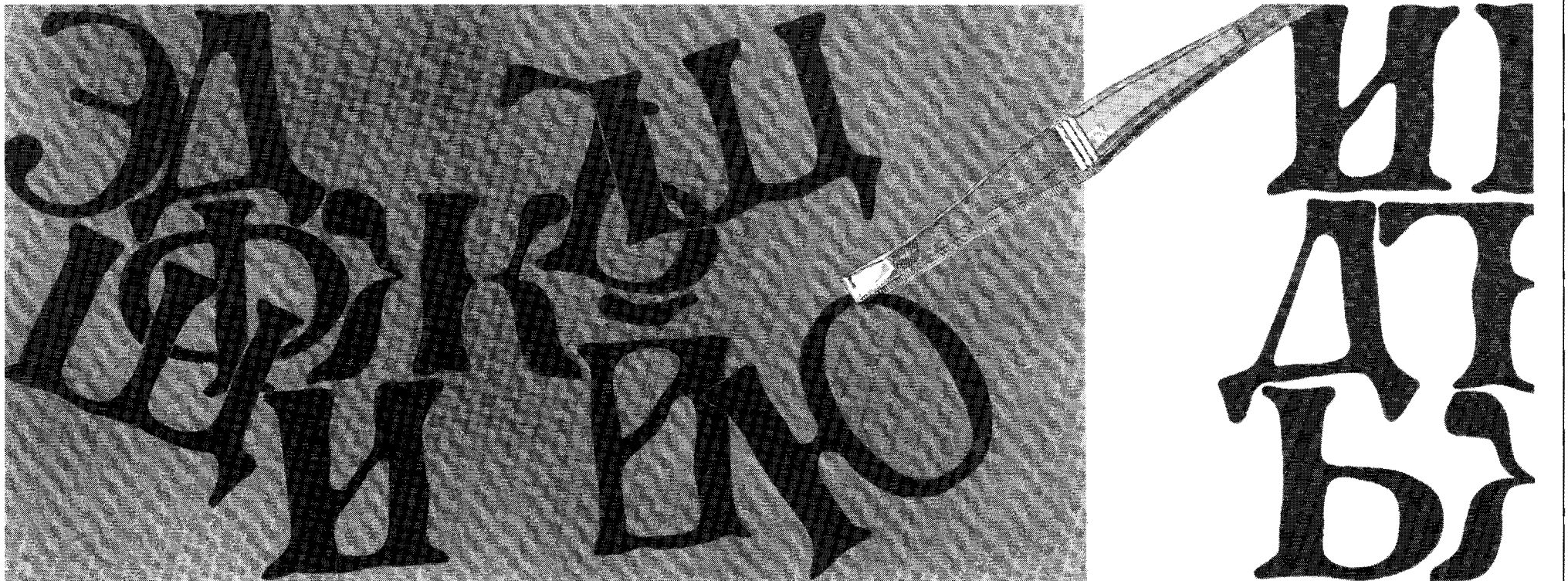
El encubrimiento

Contrariamente a *El ejército de caballería*, que es un texto elaborado y, como decía, «hipócrita», *Journal de 1920* es una escritura fresca, espontánea, una acuarela que hay que darse prisa a terminar, pero hecha de mano maestra: una escritura conmovedora en su circuncisión, pero también llena de imágenes y de poesía primigenia.

Hay algunas páginas del *Journal de 1920* y de *El ejército de caballería* que, leídas a dos columnas, comprobamos que están llenas de equivalencias; las historias y los hombres han pasado del diario a la escritura literaria, y a ambos textos subyace la memoria de la experiencia: el escritor pasea un espejo al escribir. Pero, de ordinario y como también es lógico, hay una elaboración literaria y una preocupación ideológica de epicidad añadida, si es que la elaboración literaria misma —que a veces refleja el estilo circuncidado y sencillito de Babel, pero las más de las veces amplificado— no es ya una expresión ideológica o, más bien, la única expresión posible cuando se vive en un cierto universo y se escribe en él.

Pero, sobre todo, hay en *El ejército de caballería* silencios de lo más serio y profundo que se nos da en el *Journal de 1920*: silencios del «yo» verdadero del escritor y de su mirada verdadera sobre el mundo. Y hay trucajes, y como tinta de calamar sobre la realidad misma; y enfatizaciones a veces hasta lo grotesco y la caricatura de aquello que va a ser grato a la «doxa» de la tribu. Y así, por ejemplo, si leemos en *El ejército de caballería* un relato como el de «La iglesia de Novograd», nos encontraremos con un cura que ha huido y un sacristán cobarde y traidor que es fusilado por su traición; y con estas retóricas: «¡Oh, crucifijos diminutos como talismanes de cortesana, pergamino de bulas papales y raso de esqueletos femeninas pulverizadas en la seda azul de los chalecos!... Te veo desde aquí, monje infiel de morada sotana, la hinchazón de tus manos, tu alma tierna y despiadada como el alma de un gato, veo las heridas de tu Dios que emanan semen, veneno fragante que embriaga a las doncellas»; o «El tonto del cura colgaba de los clavos del Redentor los sostenes de sus feligrasas. En el sagrario encontramos una maleta llena de monedas de oro, un talego de guadamecá con billetes de banco y estuches de los joyeros parisienses con sortijas de esmeraldas.»

El lector sabía que esto era retórica ideologizada, desde luego; pero sólo ahora, ante el *Journal de 1920*, puede medir no sólo la dramática distancia que hay entre la realidad y la mirada del escritor que aparecen en el diario y las que aparecen o tratan de aparecer en la narración, sino también la no menos estéticamente llamativa distancia que hay entre la desnuda escritura del *Journal de 1920* y el barroquismo o preciosismo de *El ejército de caballería*, que sirve, naturalmente y como



ANTONIO LANCHO

Viene de la página anterior



siempre ocurre, para encubrir la realidad y predicar, hacer épica y grandes relatos. Las páginas que leemos en el diario acerca del encuentro de Babel con el mundo religioso ruso o polaco nos ofrecen la pura simplicidad. Por ejemplo, el 18 de julio de 1920: «Entramos en el vergel del pope. Cogemos heno, comemos la fruta; un vergel con sombras, soleado, soberbio, una pequeña iglesia blanca; había tenido vacas, caballos; el pequeño pope, con su casquete, anda desamparado de un lado para otro y recoge desechos»; o al día siguiente, en Smordva: «Smordva, la casa del sacerdote, las señoritas provincianas, llorando, con medias blancas, algo que yo no había visto hacía mucho tiempo; la mujer del pope, herida, se inclina de un lado». O el 7 de agosto: «La iglesia católica antigua, las tumbas de oficiales polacos en el recinto, los montículos todos recientes, hechos hace diez días, las cruces blancas de ramas de abedul, todo esto es terrible, el presbiterio ha sido demolido, encuentro libros antiguos, preciosos manuscritos en latín. El cura Tuzynkiewicz —encuentro su fotografía, es grueso, corto de piernas, ha trabajado aquí durante cuarenta y cinco años, vivido en el mismo lugar, un escolástico, una colección de libros, muchos están en latín, ediciones de 1860, he aquí la época en que vivió, un apartamento antiguo, inmenso, pinturas oscuras, fotografías del congreso de prelados en Jitomir, retratos del papa Pío X, un hermoso rostro; un maravilloso retrato de Sienkiewicz— y he aquí el concentrado de la nación»; y unas líneas más adelante: «Un acontecimiento horrible: el saqueo de la iglesia, rasgan casullas, las telas preciosas y brillantes están en trozos, en el suelo, la enfermera se ha llevado tres paquetes enteros, arrancan los dobladillos, roban las bujías, fuerzan los cofres, se llevan la plata, una iglesia soberbia que tiene doscientos años, todo lo que ha visto (los manuscritos de Tuzynkiewicz), todos estos condes y estos siervos, esta pintura italiana magnífica, los "padres" en color rosáceo que acunan al Niño Jesús, un espléndido Cristo melancólico, Rembrandt, una Madonna a lo Murillo, quizá incluso de Murillo, y sobre todos estos santos jesuitas gruesos, una figurita china terrible tras un velo, en caftán color frambuesa, un pequeño judío barbudo, la tienda, la silla rota, la estatua de San Valentín. El sacristán tiembla como un pájaro, se retuerce, mezcla el ruso y el polaco, no puedo tocarle, llora. Bestias salvajes, han venido para robar, es tan claro, destruyen los antiguos dioses».

Y estas «bestias» son el ejército de caballería naturalmente, cuyas hazañas también cuenta en Leszkow, en agosto: «Nuestros cosacos, un espectáculo penoso, arrastran su botón por la entrada de servicio, se ve en todos ellos el malestar, la irresolución, este pretendido hábito es indestructible. Todas las oriflamas, un ejemplar antiguo de Ménees (o vidas de santos), se sacan los iconos, extrañas figuritas policromas, blanco y rosa, deformes, con rostros planos, chinos o búdicos, un montón de flores de papel, la iglesia va a arder, las campesinas se retuercen las manos de desespero, la población, aterrorizada y silenciosa, corre con los pies descalzos, se sienta ante su casa con un recipiente de agua. Son apáticos, están abatidos, insensibles —es extraordinario, al final no apagarán el fuego. Se ha logrado poner fin al pillaje—; como bestias feroces contenidas, los soldados dan vueltas alrededor de las maletas del pope, dicen que contienen oro, en casa del pope podemos servirnos, un retrato del conde Andrej Szeptycki (metropolitano católico uniata o de rito oriental). Un aristócrata de aspecto intrépido, anillo negro en su mano larga y distinguida. El viejo cura, ha servido treinta y cinco años en Leszkow, con el labio inferior que le tiembla sin cesar me habla de Szeptycki, que no fue



ANTONIO LANCHO

educado en el espíritu polaco y que forma parte de la grandeza de Ruthenia... Su antigua cultura, tolerante y sólida. Un buen sacerdote, cultivado, que nos hace provisión de harina, de una gallina, le gusta hablar de las universidades, de los ruthenos, el desgraciado tiene que albergar a Apenassenko con su uniforme rojo».

Pero si en *El ejército de caballería* leemos «El Rabí» y a seguido las páginas que podríamos llamar concordantes en el *Journal*: es decir, el encuentro de Isaac Babel con el judaísmo piadoso, o «hasidismo», la distancia entre el diario y la narración resulta dramática. Porque dice la narración: «En un rincón se lamentaban sobre los devocionarios unos héroes hebreos parecidos a pescadores y apóstoles.» O: «Y de pronto vi a un joven a espaldas de Guedali, un mozalbete con cara de Spinoza, con abombada frente de Spinoza, y marchito rostro monjil... Es Ilyá, el hijo del rabí —dijo Mordje...—, el hijo maldito, el último hijo, el hijo insumiso».

En el *Journal*, las cosas son muy diferentes. En junio, en Jitomir, Isaac Babel anota cómo en unas casas incendiadas, en la plaza de la catedral, «el cura ha puesto una escalera en la fachada posterior y los ha salvado de este modo», y cómo luego, cuando comienza la celebración del sábado, va a casa del «zaddik» o «justo»: «Un cuadro conmovedor para mí, aunque el declive y la total decadencia son completamente evidentes. El "zaddik", su silueta delgada con amplias espaldas. Su hijo —un muchacho aristocrático con caftán—; se ve un interior pequeño-burgués, pero espacioso. Todo está bien, como debe ser, su mujer —una judía normal, incluso moderno estilo—. Me embrollo en el libro de oraciones. Podolski me corrige. Una lamparilla a guisa de vela. Soy feliz, estos rostros inmensos, estas narices ganchudas, estas barbas negras tirando a gris, todo esto me hace reflexionar, adiós a los muertos. La figura del "zaddik", sus lentes de pinza niquelados».

En julio, Babel habla de las sinagogas de Doubno, y el viernes va a una de ellas en la que los viejos judíos rezan en cada rincón «una plegaria muy espontánea. Probablemente se concentran aquí los judíos de Doubno más repugnantes de aspecto. Rezo, más exactamente: casi rezo y pienso en Herschele, no sé decirlo. Tarde tranquila en la sinagoga, esto me causa siempre una fuerte impresión, cuatro pequeñas sinagogas, una junto a otra. ¿La religión? Ningún adorno en los edificios, todo es blanco y liso, hasta el ascetismo, todo es desencarnado, exangüe, hasta un grado monstruoso, para entenderlo hay que tener un alma de judío. Pero ¿en qué consiste el alma? ¿Es posible que sea justamente nuestro siglo el de su pérdida?» Y, en septiembre, en Vladimir-Volyusk: «La Rusia profunda. Sinagoga. Rezo, paredes desnudas, un soldado roba las bujías eléctricas».

La distancia que hay entre el *Journal* y

El ejército de caballería es dramática y trágica no sólo porque ha habido una transmutación de los hechos y de la mirada del escritor, una atención a la «doxa» u «ortodoxia» que no permite decir, sino porque es todo el arte y es toda la estética de la escritura, y el «yo» mismo del escritor, los que pierden su grosor y su estatura.

No sólo se pierde la libertad de decir cuando Babel, por ejemplo, no puede trasladar a su narración su desconfianza sobre la Revolución o los juicios sobre el propio ejército de caballería y sus jefes, «los nuestros», que saquean y tiran los toras, roban y matan: «El odio de Apanassenko por los ricos y los intelectuales... Apanassenko está ávido de gloria, he aquí la nueva clase... Detesta la inteligencia, es un sentimiento profundo, que rra un Estado aristocrático a su manera, un Estado campesino, cosaco... Esto no es una revolución, es la insurrección salvaje de la cosaquería sin ley». Pero a Babel le aterroriza aún más el nuevo estilo de cultura y de hombre que está naciendo, y de los que es encarnación el nuevo jefe de Estado Mayor que llega a Malice a primeros de septiembre, Orlov: «Personaje de Gogol. Mentiroso patológico, molino de palabras, rostro judío, y sobre todo, si se piensa bien, una horrible ligereza en la conversación, la palabrería, las mentiras, sufre (se inclina a un lado), es un partisan, siguió a Makhno, hizo estudios en una escuela real (o enseñanza secundaria de ciencias), ha mandado un regimiento. Esta ligereza da miedo. ¿Qué hay en su interior?».

Babel se teme que una nada, pero la nada de la banalidad, no la nada de las sinagogas, su vacío místico que remite a una Ausencia radical. Y el escritor se mostrará obsesionado ante su propia escritura para librarla de la banalidad, o de ser «un molino de palabras».

Isaac Babel atraviesa las páginas de la *Historia de una vida*, de Konstantin Paustowski, retratado como en una instantánea doméstica que es, además, deliciosamente ingenua; pero explaya allí también, en medio de esa domesticidad, lo que podríamos llamar su teoría estética, al contar a Paustowski su modo de escribir para lograr que las palabras, al igual que una madera que ha estado mucho tiempo en contacto con el cuerpo humano, adquieran la tersa superficie del marfil, se transformen

en una joya, y «la línea de la prosa» sea «fuerte y limpia como en un grabado». Algo que se consigue mediante la eliminación, la circuncisión, el ajuste de enunciaciones cortas, que dice él que debe ser «una regla que yo convertiría en una ley para los escritores. Cada frase debería ser un pensamiento, una descripción, nada más». Y confiesa: «Yo escribo, probablemente, con frases demasiado cortas. Esto debe de ser, en parte, porque padezco un asma crónica. Y no puedo pronunciar una tirada larga. Me falta la respiración. Cuanto más largas son las frases, más penosa es la sofocación».

El lector del *Journal de 1920* piensa, entonces, que al escribir estas páginas Babel debió de respirar a sus anchas, y desde luego la escritura de *El ejército de caballería* aparece, en su comparación, como amplificatoria y rectorizada: excelentemente, sin duda, y llena de destellos poéticos; pero cuando se piensa en el *Journal* ocurre como si se oyera una cierta tensión asmática para sostener ese esplendor, mientras que en la escritura, digamos espontánea, del diario, la verdad y la poesía son un puro manantial, simple respiración en el mundo.

Si Babel hubiera podido ser fiel a su confesada teoría estética no hubiera tenido que cortar, circuncidar, ajustar o pulir esa su escritura del *Journal*, pero es obvio que se le imponía un esplendor, un barroquismo, un preciosismo, una tarea de orfebre y de «condenado a trabajos forzados» para encubrir su propia verdad: la de su «yo» y la de su mirada sobre la realidad. Para hacer pasar también ante la «doxa» de su «tribu» las historias de hombre verdaderas y su memoria de las cosas antiguas o invisibles como en la desnudez de las paredes sinagogales. La función de la forma, cuando es algo distinto a la mínima expresión de lo que es —según la estética más radical que va de Bernardo de Claraval a Kierkegaard—, siempre es la de encubrir y mentir. Incluso si no hay más remedio que hacerlo; e incluso si, al final, como en el caso de Isaac Babel y casi siempre, no sirve para encubrir nada porque dentro hay un mundo: el que aparece, por ejemplo, en este *Journal de 1920* y que cada día debió de estar más vivo en el corazón y en la cabeza de su autor, no permitiéndole ya ningún disfraz, ninguna elaboración literaria; enfrentándole a la

RESUMEN

El diario que llevó en 1920, cuando la Revolución rusa echaba a andar, el escritor Isaac Babel, diario publicado en francés, le hace recordar a Jiménez Lozano el drama vivido por Babel, que sería fusilado en 1940 y pos-

teriormente rehabilitado. El diario fue escrito durante el conflicto ruso-polaco, que daría origen a uno de sus libros más célebres, El ejército de caballería, que le llevaría a la muerte.

Isaac Babel

Journal de 1920

Balland, París, 1991. 204 páginas. 89 francos.

El ladrón de imágenes

Por Carmen Martín Gaité

Carmen Martín Gaité (Salamanca, 1925) es doctora en Filología Románica y escritora. En 1958 obtuvo el Premio Nadal con *Entre visillos* y ha escrito, entre otras, las siguientes novelas: *Retahílas*, *El cuarto de atrás* y *Nubosidad variable*. Como ensayista e investigadora ha publicado: *El proceso de Macanaz*, *Usos amorosos de la posguerra* y *El cuento de nunca acabar*. Es Premio Castilla-León de las Letras.

La carrera literaria de Antonio Muñoz Molina (Ubeda, Jaén, 1956) ha sido fulgurante. Solamente hace cinco años que publicó su primera novela, *Beatus ille*, y hoy ya tiene tres premios sonados y cinco libros en la calle. A cualquiera que no los haya leído, esta fertilidad puede despertar fundados recelos, porque en muchos casos las ascensiones «de fuego fatuo» corren parejas más con la trampa y la astucia inherentes a todo lo novedoso que con el rigor y la paciencia propios de un aprendiz que aspira a convertirse en maestro.

Beatus ille ya dejaba traslucir de entrada, para cualquier lector reticente a las chapuzas, una verdadera complacencia en el cultivo esmerado de la prosa. Es decir, lo que inauguraba Muñoz Molina con su primera novela, dejando aparte el análisis de su contenido, era un fervoroso ejercicio de aplicación, de buena caligrafía y de retorno a las fuentes clásicas, sin que este tributo le produjera el menor desdoro. Era algo que saltaba a la vista.

Sus dos novelas posteriores, *El invierno en Lisboa* y *Beltenebros* (sin contar con el ensayo *Córdoba de los Omeyas*, donde Muñoz Molina rompe los moldes convencionales de este tipo de guías más o menos turísticas para elaborar un relato delicioso), garantizaban la acendrada vocación del autor y su voluntad de no defraudar las expectativas que hubieran podido depositar en él sus lectores. El Premio de la Crítica y el Nacional de Literatura, obtenidos en 1987, no sólo habían dado alas, sino también un espaldarazo (para algunos prematuro y peligroso) a este joven andaluz de extracción rural completamente desconocido hasta entonces, convirtiéndolo de la noche a la mañana en un nombre de la nueva narrativa con el que, quieras o no, había que contar en el futuro. Bien es verdad que, como en el caso de los toreros de fama fulminante, si de verdad quería seguir en candelero no iba a tener más remedio que exigirse cada vez más a sí mismo. Pero él daba muestras de aceptar el compromiso y plantarle cara con los pies juntos.

Antes de entrar a hablar de su última novela, *El jinete polaco*, ganadora, como es sa-



Antonio Muñoz Molina

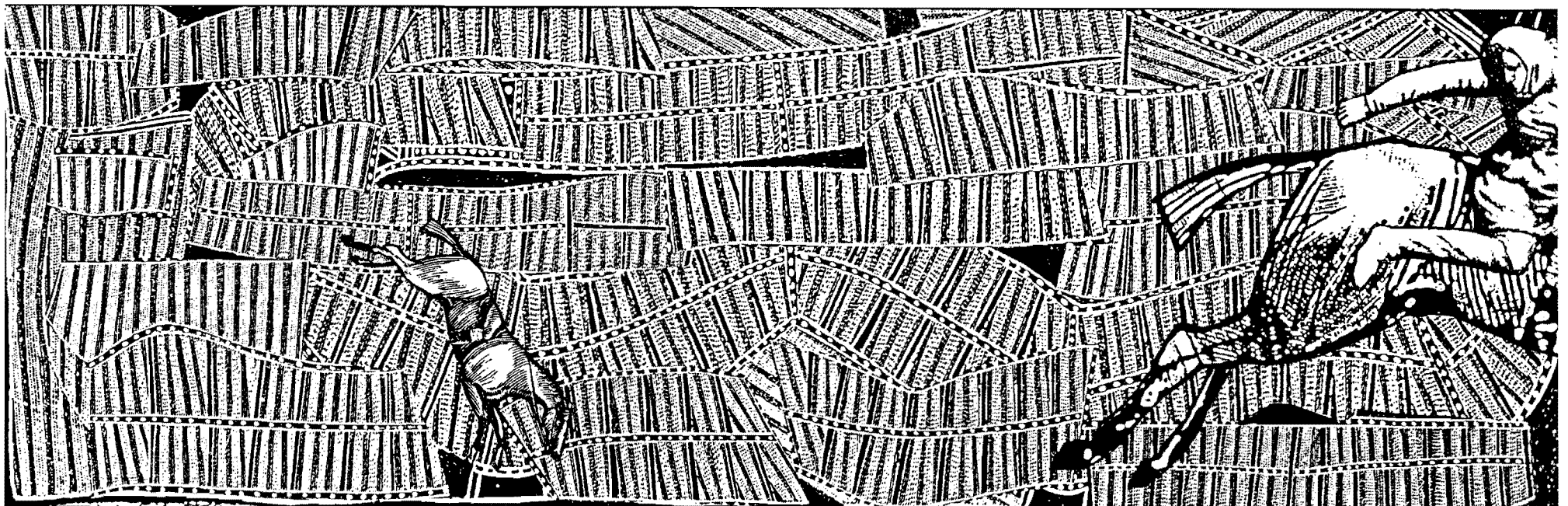
bido, del sustancioso y controvertido Premio Planeta del año pasado, me interesa hacer un pequeño repaso de las anteriores, no naturalmente para analizarlas en profundidad, sino para destacar un elemento argumental común a las tres, a despecho de sus aparentes diferencias. (Elemento, por cierto, del que también participa su libro de ensayo sobre Córdoba, ciudad a la que ha sacado más partido precisamente por mirarla desde fuera y no avergonzarse de su mirada de extranjero, de narrador no implicado.) Me refiero al hecho de que se trate de historias no vividas directamente por el autor ni por nadie de su próximo entorno, sino elaboradas con arreglo a patrones e imágenes captados de la literatura o robadas al cine. El lector impenitente de novelas y apasionado espectador de películas que lleva dentro de sí todo provinciano ambicioso e inquieto se materializa en la creación de unos mundos ficticios cuyos modelos literarios son múltiples. Alimentado tanto por Faulkner y Onetti como por el género poli-

ciaco, la novela negra, la música de jazz o los filmes en blanco y negro de los años cuarenta (por hablar sólo de los influjos más patentes), Antonio Muñoz Molina elabora sus historias sobre experiencias ajenas, creando unos personajes que nunca ha conocido ni son contemporáneos suyos, pero que han poblado sus sueños y con los que le hubiera gustado co-dearse en otra vida. Precisamente esa vida que inventa para ellos constituye una vía alternativa de respiro para la suya propia, mucho más anémica. Y la pureza de su homenaje viene refrendada por una prosa tan transparente y segura que absuelve de su mentira a algunos personajes no demasiado convincentes «per se». Resulta obvio, al comprobar la fecha de nacimiento de Antonio Muñoz Molina y conocer someramente su biografía, que sus ficciones son trasunto de la añoranza y surgen del paladeo literario de un pasado más o menos reciente, pero irrecuperable para quien ha crecido en el aluvión de las mudanzas que trastornan las referencias estables de

la juventud actual. Es decir, no cuenta lo que ve, como hicieran en sus comienzos Jesús Fernández Santos, Ignacio Aldecoa o Juan García Hortelano, por mencionar sólo a algunos de los que estaban dándose a conocer cuando él era niño. Pero en novela nada es anacrónico si se respetan las reglas de oro del buen contar. Y Antonio ha accedido a la literatura por el portillo secreto del «voyeur», seguro de su anhelo de identificación y de su pulso para transcribirlo, con esa mezcla de modestia y ambición propias de quien empieza haciendo ejercicios de redacción con buena letra, consciente de que en esa forja acabará acuñando un estilo rabiosamente personal.

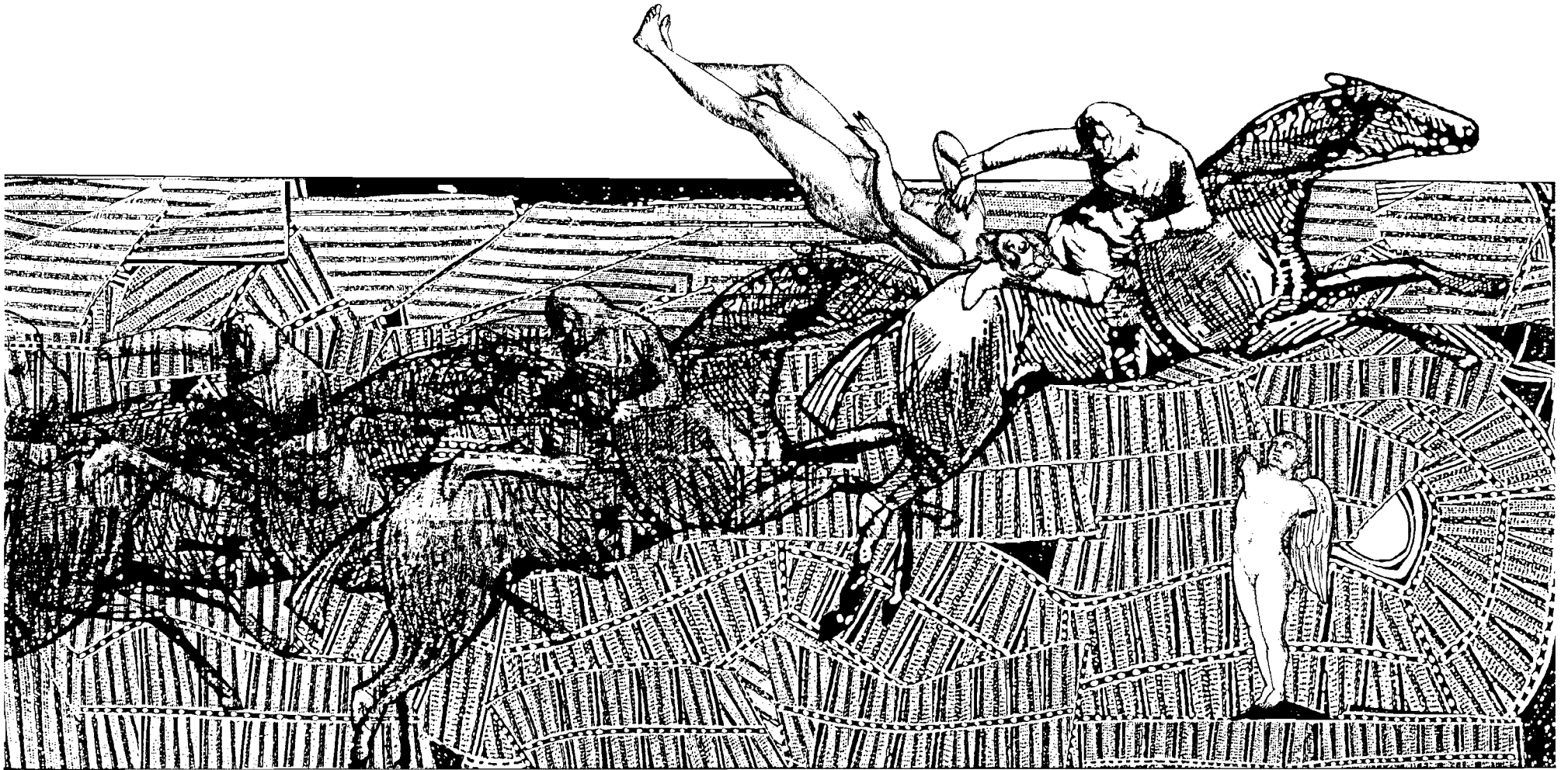
Bajo este aspecto, la novedad de *El jinete polaco* consiste en que Manuel, el narrador-protagonista, no es un agente secreto, ni un pianista de jazz, ni un borroso personaje de la generación del 27, sino un chico de la misma edad de Muñoz Molina, nacido y crecido en una ciudad de provincia andaluza que se camufla tras el nombre de Mágina (escenario, por cierto, que ya aparecía en *Beatus ille*), único vástago con estudios de una modesta familia de agricultores, desvinculado de ellos, incomprendido, decidido a poner todos los medios a su alcance para desertar de la vida que su pueblo le ofrece y labrarse un porvenir que imagina excitante y prometedor. Las páginas más conmovedoras de esta caudalosa novela son para mí aquellas que consignan el penoso crecimiento de Manuel, escindido entre la servidumbre y la rebeldía, ese avanzar a contrapelo, a paso de tortuga, mientras explora el terreno, oye a su abuelo quejarse de la mala cosecha de aceituna, deja constancia de la melancolía de los atardeceres e idealiza a alguna extranjera exótica de las que a veces caen por la ciudad y se sientan en un café: «Su piel dorada por la pereza en arenales junto al mar, en esas playas que se veían en las películas en technicolor... Incluso el mar tenía entonces, en nuestra tierra de seco, como un prestigio de invento reciente». Ansioso por ser otro diferente del que es, por transformarse en protagonista de canción, de película o de novela, «atrapado en la víspera interminable de la libertad», siente, sin embargo, miedo a medida que se acerca el momento de escapar definitivamente de Mágina y romper el cordón umbilical con ese ambiente irrespirable y descrito en toda su sórdida opacidad, miedo al desarraigo:

«Veía llegar algunas noches el autobús de Madrid y notaba una emoción temerosa y ávida en la boca del estómago: yo también iba a irme, y Madrid y la Universidad serían el primer paso de una vida entera de pasiones



VICTORIA MARTOS

Viene de la página anterior



VICTORIA MARTOS

y viajes. Ni a mí mismo me lo confesaba, pero me moría de miedo. En el comedor de casa, mirando las catástrofes del telediario, mi abuelo Manuel, que tenía ya setenta años y seguía trabajando vigorosamente en el campo, suspiraba y decía: "Hay mucho malo por el mundo". Veía reportajes sobre exploraciones espaciales y aseguraba que todo era mentira.»

Este comentario del abuelo, cuando Manuel está a punto de llevar a cabo sus propósitos de ruptura con la vida padecida hasta entonces, tiene algo de ese presagio inquietante con que los viejos sabios o hechiceros de los cuentos de hadas alertan al héroe sobre los peligros y espejismos del camino. Porque precisamente, a medida que el narrador, ya convertido en traductor simultáneo de un organismo internacional, harto de trasnochar, de viajar en avión y tratar con mujeres emancipadas, empieza a notar la mentira del tiempo que se escapa de los relojes digitales y los calendarios automáticos, va experimentando también la necesidad acuciante de recuperar unas raíces de las que hasta entonces había renegado, de recomponer el tejido de su historia con puntadas de hilo verdadero.

Rescate del pasado

Este rescate del pasado se lleva a cabo a través de una historia de amor no demasiado convincente en sí (a mí, las relaciones de Manuel con Nadia me parecen la parte más endeble de la novela), pero que cumple su función de puente con el ayer. La casualidad quiere que en medio de los contactos anodinos que a Manuel le depara un trabajo en el que empieza a sobrevivir sin entusiasmo, surja una chica neoyorquina separada y con un hijo, pero que —también como en los cuentos de hadas— oculta algo más bajo aquella engañosa apariencia. Casi en seguida, en efecto, revelará su condición de acompañante mágico o enlace providencial, atributos que le confiere la posesión de un viejo baúl lleno de fotografías donde se resume la historia de Mágina desde finales del XIX hasta la actualidad. Y es que el padre de Nadia, un viejo comandante republicano que reprimió en 1936 la sublevación militar en dicha ciudad y ha vivido desde entonces exiliado como oscuro profesor en universidades americanas, recibió de quien las captara un día en su máquina estas imágenes desvaídas que luego hereda su hija y cuya exploración conjunta por parte de los enamorados las vivifica y da lugar a una serie de re-

latos afluyentes al argumento central, encargados de abonar, además, un idilio que gracias a esa respiración asistida levanta el vuelo de la minuciosa y casi siempre inútil descripción erótica hacia otra clase de pesquias.

Pero lo que me interesa destacar, sobre todo, es que Muñoz Molina, mediante estas imágenes condenadas al olvido, cuya contemplación da pábulo a una especie de encantamiento por absorción, está introduciendo en *El jinete polaco* la mirada de un testigo que no se implica en lo mirado, es decir, la misma estrategia narrativa a que aludí antes, al hablar de sus novelas anteriores. En este sentido, Ramiro Retratista, el borroso autor que le legó ese baúl al comandante Galaz, puede considerarse con toda justicia tan artífice de la novela como el propio Manuel, aunque de su propia historia apenas se nos ofrezcan datos y su imagen no llegue a verse en ningún momento:

«Falta él, Ramiro Retratista. Se pasó la vida haciendo fotos y guardando copias, pero no hemos encontrado ninguna en la que él aparezca; espío a otros, los vio tal como eran en el instante en que se cruzaban con él y como habían sido en edades anteriores, vaticinando con su mirada adivinadora y experta en qué se convertirían cuando el tiempo pasara. No hizo fotos de sí mismo, y si hizo alguna, no la quiso guardar; prefirió quedarse al margen, observándolo todo desde la zona de sombra del estudio.»

En esta confesión de marginalidad subyace una declaración de principios que me parece muy importante para entender al escritor que nos ocupa y su tendencia a alimentarse de imágenes ajenas. De sobra tiene que saber Muñoz Molina, lector infatigable, el papel del retrato como portador de elementos misteriosos y el juego que ha dado este culto desde la literatura gótica hasta nuestros días. Para algunos pueblos primitivos, la representación de la figura humana no sólo se consideraba símbolo del alma, sino el alma misma. De ahí la resistencia de algunas gentes a ser fotografiadas, por miedo a que el espíritu sea atrapado en la imagen, es decir, a que el fotógrafo le robe al retratado toda la sustancia del alma. De hecho, en un pasaje excelente de esta novela, Ramiro Retratista reflexiona sobre la ambivalencia de las imágenes que atesora, sobre su maldición de provisionalidad, sobre la gradual tendencia a confundir las fotografías de los vivos con las de los muertos. Hay aquí una alusión metalingüística al propio entramado del texto que estamos leyendo, donde la alternancia entre pasado y presente se

desborda a veces de sus respectivos cauces, dando lugar a una confusión deliberada que nivela todos los acontecimientos en su convergencia hacia un presente simultáneo.

Ambiciosa crónica

Resulta muy difícil, casi imposible, reseñar las sugerencias y aciertos de todos los relatos —unos mejor traídos que otros— de que se compone esta ambiciosa crónica, entre personal y colectiva, cuyos únicos puntos débiles arrancan de su propia desmesura. Para mí destaca, rozando con lo magistral, la historia del comandante Galaz, el padre de Nadia, y de sus esfuerzos titánicos y baldíos por enterrar un pasado cuyo recuerdo le acompaña a todas partes. No obstante, dentro del «desorden caudaloso de cronologías y de vidas» a que da pie la contemplación de las fotografías del baúl, para mí sigue teniendo interés primordial el perfil humano del joven narrador, eje e imán de todas las historias vertebadas en torno a su descontento juvenil, a su sed siempre insaciada por habitar un mundo que se añora primero como más brillante y luego como menos engañoso. La esquizofrenia entre sus ataduras y sus sueños de libertad, «leit-motiv» permanente de toda la novela, alcanza grados de estremecedora verdad en algunos pasajes inolvidables, como el de la primera visita que le hace su padre cuando él ya se ha independizado y vive en Madrid. Esa jornada, penosa para ambos, en la que ni uno ni otro tienen nada que decirse, rematada por una visita de cumplido al primo Rafael, que vive por Legazpi, es sencillamente de antología. En general, Muñoz Molina alcanza sus mayores aciertos estilísticos cuando reflexiona sobre el deterioro de las relaciones humanas y sobre la ley despiadada que separa a los enfermos de los sanos y a los jóvenes de

los viejos. Por ejemplo, cuando la madre de Manuel empieza a aceptar la idea de que su propio padre pueda morir, nota que ya ha empezado a alejarse de él, como si se trazara entre ambos «una frontera invisible que ni el amor, ni la compasión, ni la culpa pueden quebrantar». Todo, en suma, lo que tiene que ver con experiencias familiares directas alimenta la carne viva de este extenso relato y lo hace descollar de forma sobresaliente por encima de las tentativas anteriores del autor.

Y es curioso comprobar, además, cómo esta vez, la primera en que Muñoz Molina ha depuesto el andamio de los modelos literarios, es cuando ha conseguido ocupar un territorio que limita por sus cuatro puntos cardinales con la tradición novelística europea más fértil desde el siglo XIX hasta nuestros días. La educación sentimental de Manuel —por decirlo en términos flaubertianos— está nutrida, como la de todos sus ilustres predecesores provincianos, descontentos, más de carencias que de realidades, pero el testimonio de la gran transformación sufrida en las entrañas del narrador que se inventa un destino ideal aguza la perspicacia de su mirada para retratar también las mudanzas producidas realmente en su entorno y le capacita para dejar un retrato de la provincia mucho más fiel que si se hubiera puesto a copiar a Flaubert mismo.

Así pues, en el Manuel de *El jinete polaco* saludamos a un ser vivo. Se inventa una vida sobre modelos literarios, de acuerdo, pero es verdad que se la inventa, tan verdad como los descalabros y vacíos a que su medro le arrastra. Mediante este «alter ego» en quien se ha atrevido a delegar las propias contradicciones, Muñoz Molina otorga por primera vez el protagonismo a alguien que hasta ahora estaba escondido entre las bambalinas de la ficción: a un convicto y confeso ladrón de imágenes. Esa es la mayor grandeza de su novela. □

RESUMEN

Una novelista consagrada, Carmen Martín Gaité, saluda a otro novelista, más joven, pero que va camino de su consagración, Antonio Muñoz Molina, y lo hace ocupándose de su última

novela (con la que obtuvo el Premio Planeta) y destacando de ella al protagonista, Manuel, alter ego del escritor y, en opinión de Martín Gaité, un convicto y confeso ladrón de imágenes.

Antonio Muñoz Molina

El jinete polaco

Planeta, Barcelona, 1991. 577 páginas. 2.500 pesetas.

La tradición de informes sociales en España

Por Rafael López Pintor

Rafael López Pintor (Fernán-Núñez, Córdoba, 1942) es catedrático de Sociología de la Universidad Autónoma de Madrid. Ha sido director general del Centro de Investigaciones Sociológicas, CIS, entre 1979 y 1983. Es autor, entre otras obras, de *Los españoles de los años 70: Una versión sociológica*, *La opinión pública española del franquismo a la democracia* y *Sociología industrial*.

Se ha hecho sólida entre nosotros una trayectoria científico-social de elaboración de ciertas obras calificables como «informes sociales» que ya puede considerarse tradición. Nadie se lo ha propuesto formalmente y más bien debe considerarse un producto social de la «necesidad». Desde la aparición en 1964 del primer *Informe sociológico sobre la situación social de España*, patrocinado por la Fundación FOESSA, hasta la compilación *España a debate*, que acaba de editar Tecnos en 1991, han pasado casi treinta años, testigos del trabajo de una generación de sociólogos, politólogos y economistas preocupados por el conocimiento sistemático de la sociedad y estimulados normalmente por valores de reforma o mejora. Parafraseando a Claudio Sánchez Albornoz, una visión de España como «enigma histórico» propia de la generación anterior cedería el paso a un enfoque de España como «enigma sociológico», en palabras de Amando de Miguel, director de los primeros informes FOESSA, y, en todo caso, a un tratamiento de la realidad sociocultural y política más problemático que enigmático.

Hacia el futuro

A partir de la década del sesenta, con la industrialización, el cambio cultural y más tarde los cambios políticos, el fantasma de nuestros conflictos históricos se va difuminando al par que se acumulan, de manera sistemática, datos y estudios sobre nuestro sistema económico, social, cultural y político. Cada vez de manera más clara y explícita se plantean las cuestiones sobre el presente y el futuro, tratando de visualizar u ofrecer caminos alternativos de cambio y solución a los problemas. De haber vivido estos tiempos podemos sentirnos afortunados como científicos. En este sentido, la decena holgada

de buenos informes sociales producidos en las últimas décadas cierra, en el plano académico, el foso que la guerra civil y la dictadura supusieron sobre nuestra tradición regeneracionista de reforma social, emparentada con corrientes similares desde principios de siglo en otros grandes países de Occidente como Alemania, Inglaterra o los Estados Unidos. Por otra parte, esta ya larga serie de trabajos nos muestra a la ciencia social española contemporánea ocupada en quehaceres de construcción de la sociedad racional y abierta, donde la honestidad de pensamiento y discusión de los problemas colectivos corre pareja con la búsqueda de los fundamentos de hecho definitorios y condicionantes de los problemas mismos.

Cualquiera que sea el etiquetado formal de esta literatura (los títulos), su género científico-literario es el de los «informes sociales». Y un informe social general es lo más parecido a un libro blanco sobre el estado de la sociedad, la política y la cultura: se describe la situación presente buscándole antecedentes en el pasado cercano y, eventualmente, prolongaciones evolutivas o de futuro; y esto con una preocupación más o menos explícita de filosofía moral, por utilizar un lenguaje clásico: el deseo de que la sociedad mejore y, partiendo del conocimiento de los hechos sociales, se facilite su buen gobierno. Sin que se haga explícito siempre, tal es la naturaleza de esta serie de obras, iniciada en 1964, y que creo poder clasificar legítimamente como «informes sociales».

Ante todo hay que mencionar los cinco informes FOESSA: los dos primeros (1964 y 1970), bajo la dirección de Amando de Miguel, constituyen un hito en la producción científico-social española. Muestran la España de la industrialización y las migraciones desde una perspectiva comparada y remiten teóricamente a la literatura sociológica de la modernización y el desarrollo, tan prominente en aquellos años sobre todo en el mundo anglosajón y las organizaciones internacionales. Seguirán otros tres «foessas», bajo el impulso de distintos coordinadores, en 1975, 1981 y 1985; por fuerza menos novedosos que los anteriores, aunque no menos útiles como radiografías generales de una sociedad que atravesaba por un largo período de estancamiento económico y por las convulsiones de un cambio de régimen político.

Sin conexión con la serie FOESSA, y con un talante neoconservador, apareció a principios de la década del setenta otra obra

de este tipo bajo la coordinación de Juan Velarde, Salustiano del Campo y Manuel Fraga, con tres volúmenes sobre economía, sociedad y política, respectivamente. A mediados de los ochenta, el Instituto de Estudios Económicos de la CEOE edita, bajo el sugestivo título de *España, un presente para un futuro*, una obra colectiva en dos volúmenes, que coordinan el sociólogo de Yale Juan Linz («La sociedad») y el administrativista complutense Eduardo García de Enterría («Las instituciones»). Al final de la pasada década, el sociólogo de Barcelona Salvador Giner coordina otro empeño similar sobre la sociedad y la política españolas, que edita Espasa Calpe en 1990. Y en 1991, editado por Tecnos, aparece el más reciente informe social general bajo el título de *España a debate*, al que está dedicada la mayor parte de los comentarios que siguen y da pie a este escrito.

Esfuerzos sectoriales

No obstante, la relación de informes sociales quedaría muy incompleta si se dejasen de mencionar, aunque brevemente, dos esfuerzos sectoriales de gran relevancia para la vida española. Por un lado está la ya larga serie de informes sociológicos sobre la juventud, que vienen ofreciendo casi en paralelo la Fundación Santa María, a través de la editorial SM, y el Instituto de la Juventud en ediciones del Ministerio de Cultura. Se trata de estudios útiles para conocer la problemática específicamente juvenil de esta sociedad, una de las más jóvenes de Europa, con casi la mitad de la población por debajo de los veinticinco años. El más antiguo de estos trabajos, procedente del Instituto de la Juventud, es anterior al primer FOESSA de 1964. Por otro lado, en un país que no sólo acaba de redemocratizarse, sino que está también reconstruyendo las estructuras de un Estado centralista instaurado en el siglo XVIII, la problemática de las autonomías ha recibido en estos años tratamientos diversos en obras de distinto alcance. Hay dos del tipo de informe general que vengo comentando dignas de mención: en 1981 edita Espasa Calpe *La España de las autonomías: Pasado, presente y futuro*, un «informe» en dos tomos bajo la coordinación del Servicio de Estudios del Banco de Bilbao. Más recientemente, en 1989 y en la misma editorial, sale un voluminoso y excelente trabajo co-

lectivo titulado *España: Autonomías*, bajo la dirección del historiador Juan Pablo Fusi. El capítulo introductorio, a cargo del propio Fusi, bien merecería ser texto de obligada lectura de nuestros bachilleres y universitarios. Contiene una magistral puesta en perspectiva histórica de la actual problemática del «Estado de las Autonomías».

Entender la sociedad

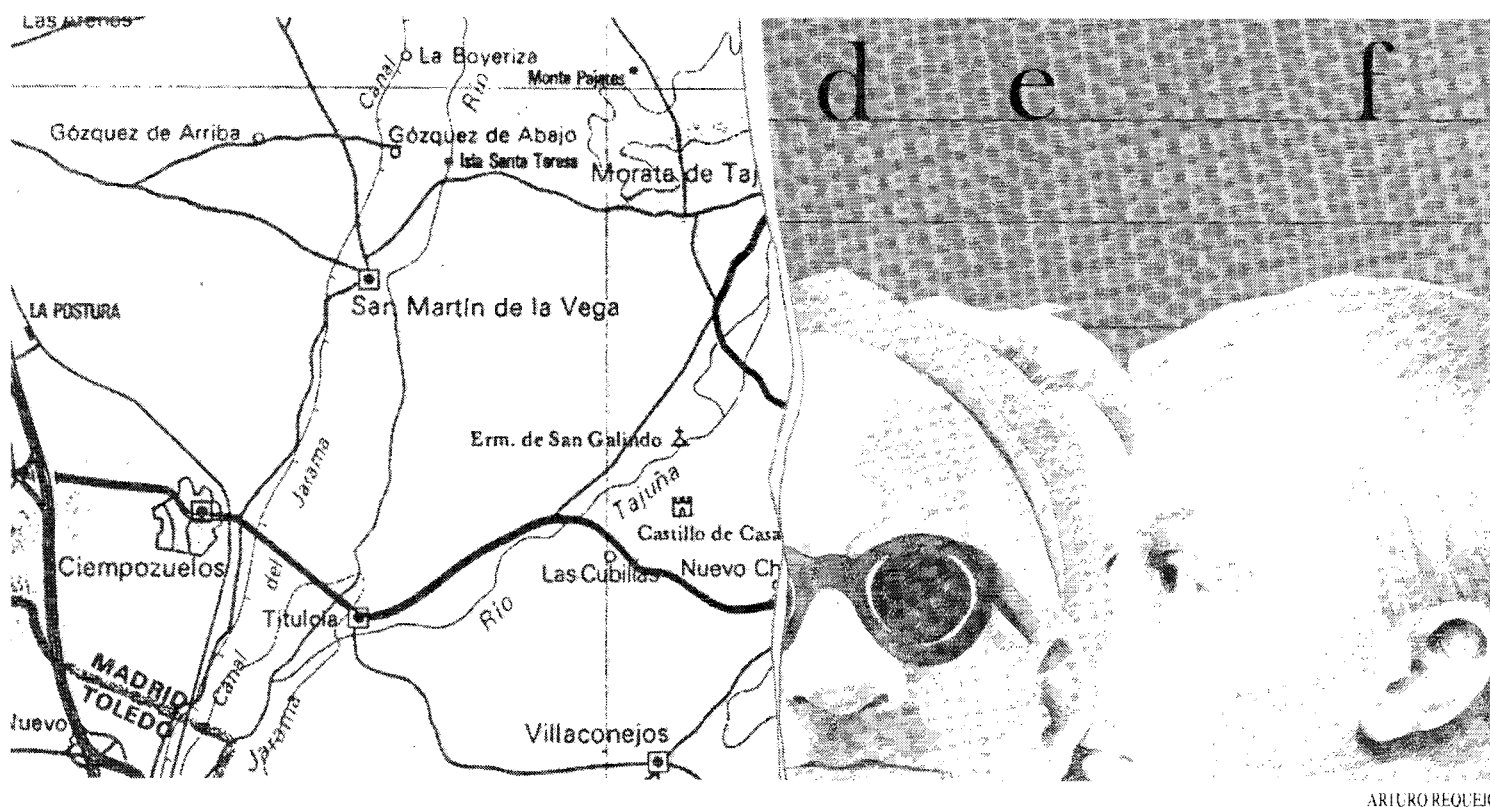
Como sucede con casi toda obra colectiva, la calidad de las contribuciones de estos informes sociales es con frecuencia desigual. Sin embargo, cada uno de ellos reviste su peculiar interés y en conjunto reflejan un enorme esfuerzo por parte de los científicos sociales españoles de entender su sociedad e intentar mejorarla, a veces proponiendo vías alternativas de cambio o reforma.

El último de estos informes sociales generales es la obra *España a debate*. Se trata de un trabajo colectivo de 25 investigadores a cargo de 21 capítulos sectoriales, ordenados en dos ligeros volúmenes, que en conjunto no sobrepasan las 400 páginas. El primero está dedicado a «la política», bajo la coordinación del politólogo de la Complutense y director de Tecnos, Francisco Bobillo; el segundo, dedicado a «la sociedad», bajo la coordinación de Miguel Beltrán, catedrático y director del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma de Madrid. El promotor del proyecto y compilador general de la obra es el catedrático de Sociología de la Complutense José Vidal-Beneyto. Ya en la introducción, Vidal-Beneyto hace explícito el carácter de informe social, por tanto comprometido, de la obra como aporte de «balance y prospectiva» a un debate público más amplio en el que se insertaría también el *Programa 2000* del PSOE; calificando la circunstancia histórica del país de «perplejidad y desencanto público» en una etapa, no obstante, de «mayoría de edad democrática», donde todo, por tanto, se puede decir. Sobre los autores, dice el compilador que se trata de «científicos sociales españoles, conocidos analistas de la política y la sociedad, en su casi totalidad comprometidos, según modos y niveles distintos, en el quehacer público, aunque no necesariamente político». El proyecto estuvo patrocinado por la Fundación Friedrich Naumann, en la órbita de la Inter-



ARTURO RI-QUEJO

Viene de la página anterior



ARIURO REQUEJO

nacional Liberal, sin que ello merme la pluralidad de orientaciones valorativas entre los participantes del proyecto. En conjunto, sin embargo, puede decirse que se trata de investigadores ideológicamente inclinados hacia opciones de progreso.

En el volumen dedicado a la sociedad se incluyen capítulos sobre la situación demográfica, la familia, la mujer, el consumo, los movimientos sociales, la cultura política y el nacionalismo-regionalismo, la enseñanza, la ciencia y la investigación, las desigualdades económicas y la pobreza. El volumen dedicado a la política incluye capítulos sobre la Corona, el sistema de partidos, el comportamiento electoral, las libertades cívicas, la comunicación social, la política cultural, la administración pública, las fuerzas armadas, la administración de justicia y la política exterior.

No trataré de dar cuenta de cada uno de los 21 capítulos por razones de espacio e interés, limitándome a llamar la atención sobre aquellos que contienen aspectos novedosos en la trayectoria de los «informes sociales» o bien apuntan a situaciones sociales de extraordinario interés en el presente.

Comenzando por la demografía, los ajustes que se están produciendo en nuestra pirámide de población merecen la máxima atención del público cultivado y de cuantos se interesan en la acción colectiva y los servicios públicos. Consumada la «transición demográfica» en nuestro país, nos aproximamos a un modelo de «crecimiento cero» en torno a los cuarenta millones de habitantes. Sin embargo, durante un tiempo vamos a tener no sólo mucha gente joven, sino también muchos ancianos. El catedrático de Sociología de la Autónoma de Madrid José Juan Toharia presenta la situación demográfica española actual desde una perspectiva histórica y comparada, para concluir que: «Las peculiaridades de nuestra historia demográfica, sumadas a las vicisitudes de nuestra vida política, económica y social durante las últimas épocas, han propiciado esta compleja conjunción de fenómenos: las cohortes más numerosas de nuestra historia han empezado a llegar a la edad laboral y, por tanto, a presionar sobre el mercado de trabajo justamente cuando, tras un período de crecimiento de la economía, se iniciaba una recesión económica con el consiguiente deterioro de las expectativas laborales. La mejora en los niveles de mortalidad, y la consiguiente prolongación de la vida, ha incidido, por

otra parte, en una rebaja de la tasa de relevo laboral (prácticamente ya no se producen vacantes por defunción en el mercado laboral)... y el aumento del número de viejos (que no sólo son cada vez más numerosos, sino que cada vez viven un mayor número de años)» (pág. 16). Estos hechos son relevantes no sólo para comprender el pasado y el presente, sino también para diseñar e intentar controlar nuestro futuro.

Plena escolarización

La incidencia de los cambios demográficos, económicos y políticos en el sistema educativo se muestra hoy con espectacular dramatismo: por primera vez en nuestra historia hemos alcanzado prácticamente la plena escolarización (el 86 por 100 de los niños y niñas están escolarizados a los cuatro años; el 100 por 100 a los trece, cuando concluye la etapa de EGB, y el 90 por 100 a los catorce; ascendiendo la proporción de universitarios casi a la tercera parte de la juventud comprendida entre los dieciocho y los veinticuatro años). Sobre todo a partir de 1975 ha aumentado espectacularmente no sólo el número de alumnos de todos los niveles, sino también el de profesores y el gasto público educativo. Ha desaparecido en el sector cualquier discriminación entre hombres y mujeres. El reto de futuro es extraordinario y queda resumido en estos términos por el catedrático de Alcalá Juan González Anleo: «El desafío de los 90, impuesto sobre todo por nuestra plena incorporación a la Europa educada del Mercado Común, va a exigir al sistema educativo español grandes esfuerzos orientados en especial a mejorar la calidad educativa de todos los niveles, a transformar la estructura de los niveles medios, a vigorizar el perfil de la formación profesional, a conseguir una mayor adecuación entre la oferta de títulos de todos los niveles y la demanda de los mercados de trabajo» (pág. 154).

Reinstaurada la democracia, el cambio más novedoso en nuestra cultura política tiene que ver con la evolución de la identidad nacional (la conciencia nacional, regional y autonomista). Este proceso viene siendo estudiado, desde los años setenta y de manera sistemática, por un grupo de analistas en proyectos de investigación patrocinados por el Centro de Investigaciones Sociológicas, CIS, y la Comisión Interministerial

de Ciencias y Tecnología, CICYT. Dos de estos sociólogos, el catedrático de la Universidad Carlos III Eduardo López-Aranguren y el de la Universidad de Valencia Manuel García Ferrando, presentan el estado de la cuestión en un capítulo sobre «Nacionalismo y regionalismo en la España de las autonomías». Se trata de un estudio empírico de actitudes políticas y comportamiento electoral desde 1976 a la luz de los antecedentes históricos de la cuestión nacionalista-regionalista en España, por una parte, y los cambios más recientes en el contexto económico y político nacional e internacional. El trabajo es de factura parsimoniosa y talante analítico sereno. Concluye con una reflexión desapasionada tras constatar que «los nacionalismos y regionalismos infraestatales se desenvuelven hoy en un contexto que poco tiene que ver con el contexto histórico de hace noventa o incluso cincuenta años. A la vista de las cambiantes condiciones políticas y económicas asociadas al ingreso de España a la Comunidad Europea, y a la vista de las transformaciones ligadas a la evolución del sistema capitalista mundial, los movimientos nacionalistas habrán de preguntarse si disponen del aparato conceptual, teórico, ideológico y técnico apropiado para funcionar competentemente en este nuevo mundo» (pág. 134).

Del volumen dedicado a «la política» resaltaría yo el breve pero incisivo capítulo sobre la Corona. El catedrático de la Universidad Complutense Ramón Cotarelo se esfuerza con fruto por desentrañar el alcance legal-constitucional y real de la institución monárquica («impotente en la teoría y poderosa en la práctica», pág. 13). Y ello no sólo tomando pie en la crisis militar del 23 de febrero de 1981, sino en la fragmentación histórica del reino que, aparte de otros fac-

tores políticos, ofrecería contenidos concretos al poder moderador y arbitral que da al Rey la Constitución de 1978.

La situación de las fuerzas armadas en el umbral del nuevo siglo es abordada por uno de los escasísimos sociólogos que en España se dedican al estudio de la institución militar, Jesús Ignacio Martínez Paricio. Tiene una excelente tesis doctoral sobre el tema y una serie de trabajos posteriores, entre ellos el capítulo de este volumen. Ofrece una estadística comparada de los gastos de defensa y evolutiva de los efectivos de nuestras fuerzas armadas desde 1965. Analiza las reformas que se han venido produciendo desde la transición a la democracia y especula sobre los ajustes necesarios en el nuevo contexto de la OTAN y la plena integración europea.

Definitiva reestructuración

Para terminar, debo hacer referencia a un excelente y útil capítulo sobre la Administración Pública en esta época de definitiva reestructuración de todas las instancias del Estado (administración nacional, autonómica y municipal). Sus autores son el catedrático de la Complutense Alejandro Nieto y el eminente alto funcionario, recientemente fallecido, Alberto Gutiérrez Reñón. Las transformaciones de la Administración son relevantes no sólo por su alcance en la construcción de un nuevo Estado, sino también porque tienen lugar en momentos de expansión inusitada del alcance de los aparatos del Estado. Hoy el gasto público en España asciende casi a la mitad de todo el producto interior bruto, cuando hace sólo quince años apenas sobrepasaba el 25 por 100. La consolidación del Estado de las Autonomías, la expansión de los servicios sociales y el incremento del poder municipal hacen de las administraciones públicas objeto de primordial interés tanto analítico como práctico y ciudadano. En las 16 apretadas y críticas páginas del informe de Nieto y Gutiérrez Reñón, uno puede tomarle el peso a las transformaciones que se están produciendo y también encontrar elementos de utilidad práctica sobre acceso al empleo público, retribución de los funcionarios o regulación de la carrera administrativa.

En conjunto, este último informe social de la *España a debate* es de buena calidad técnico-científica, fácil manejo por su factura ligera y susceptible de aplicaciones diversas: puede satisfacer cierta curiosidad de la persona culta y la necesidad de conocimiento de quienes toman decisiones que afectan a la colectividad; alimentar los diversos canales del debate público sobre opciones de solución de problemas diversos; aportar material para la docencia y la investigación; servir de apoyo en la planificación y gestión de determinados servicios, etc. Si, como creo, tales criterios constituyen los estándares de calidad de un «informe social», el que han preparado estos 25 autores de diversas universidades bien merece la pena que sea considerado una aportación relevante.

RESUMEN

Dentro de una sólida trayectoria científico-social de elaboración de «informes sociales», que ya tiene una cierta tradición en España, como subraya López Pintor en la primera parte de su trabajo, se inscribe este

último informe social de la España a debate y que es, en su opinión, de buena calidad técnico-científica, fácil manejo por su factura ligera y susceptible de aplicaciones diversas.

José Vidal-Beneyto (ed.)

España a debate (I: La política. II: La sociedad)

Tecnos, Madrid, 1991, 372 páginas. 4.000 pesetas.

Vistas: ciudades valencianas en el XVI

Por Antonio López Gómez

Antonio López Gómez (Madrid, 1923) ha sido catedrático de Geografía en las Universidades de Valencia y Madrid (Autónoma) y es profesor emérito en esta última. Dirige la revista *Estudios Geográficos* y es miembro de la Real Academia de la Historia. Es autor de libros como *Geografía de las terres valencianas*, *Estudios sobre regadíos valencianos*, *Los transportes urbanos en Madrid* y *El clima urbano de Madrid*.

Las vistas de paisajes urbanos o rurales, especialmente desde sitios elevados, son un documento de gran valor, ya que la fisonomía de aquéllos es esencial para su conocimiento y de fácil comprensión; también da cierta idea del plano o mapa detallado a falta de éstos, muy frecuente en pasados siglos. Así, las vistas de ciudades españolas y su entorno del flamenco Anthonie van den Wijngaerde (españolizado como Antón de las Viñas), realizadas desde 1562 a lo largo de una década, son verdaderamente extraordinarias para su época. Suman unas 60 de diversas regiones, salvo el Norte, y aparte de menciones sueltas, la primera del alemán Justi en 1895, poco conocidas hasta el estudio de Haverkamp-Bege- mann en 1969; en buena parte se debe a la dispersión en tres centros extranjeros: la Biblioteca Nacional de Viena (donde están la mayoría), el museo londinense Victoria and Albert y el Ashmolean de Oxford. Hace pocos años, en 1986, han sido objeto de una magnífica edición general, en español y en inglés, bajo la dirección de R. L. Kagan, con textos de él mismo, del autor antes citado y de Fernando Marfías (1).

Proyectos reales

Aparte de los singulares valores técnico-artísticos y estéticos, también son muy grandes los geográfico-urbanos, históricos, arquitectónicos, etc.; pero además cobran un significado especial dentro de los proyectos de Felipe II para el gobierno de la monarquía hispana. No ha de olvidarse la formación geográfica del monarca, como analiza Kagan, y su interés por las ciudades, incluido el aspecto estratégico; así, durante su estancia en Flandes encargó a Deventer un atlas con el plano de más de 250 ciudades belgas. Se puede enlazar también con los libros sobre ese tema, como el conocido *Civitates Orbis Terrarum*, de Braun y Hogenberg (1572), y el gusto por las pinturas murales de ese tipo, frecuentes en la época; por ejemplo, el mismo Wijngaerde realizó una de Zelanda, perdida, en El Pardo. Pero el sentido especial a que antes aludíamos es dentro de un conocimiento geográfico completo del país que se plantea en tiempos de Felipe II, con asombrosa modernidad, en tres

direcciones. Dos de ellas son bien conocidas: un mapa, al que se refieren los trabajos de Esquivel, y una descripción exacta de los lugares, grandes y pequeños, con las llamadas *Relaciones Topográficas*, ya iniciadas en Indias. Realizadas en la submeseta sur y luego interrumpidas por razones que ignoramos, con su originalísimo sistema de encuestas suponen una información extraordinaria sin igual en Europa y aún no totalmente investigada; los aspectos económicos y demográficos han sido los más estudiados; por ejemplo, el conocido libro de Salomon sobre la vida rural castellana; pero hay otros muy interesantes, como las comarcas, la vivienda rural, los usos del agua, etcétera (2).

Pero un mapa a gran escala y una detallada descripción necesitan como complemento gráfico unas vistas por lo menos de las ciudades mayores; hoy serían fotos, pero entonces sólo cabían dibujos. Esa triple representación de España supone una concepción verdaderamente extraordinaria que no sabemos con exactitud a quién corresponde; en cualquier caso, el monarca la apoyó de forma decidida. La inclusión de las vistas en la empresa ya fue apuntada por Sánchez Cantón, historiador del arte, en una breve noticia en 1914 sobre el encargo a Wijngaerde por Felipe II, quien «pensó en tener España entera medida, pintada y descrita» mediante el mapa de Esquivel, esas vistas y las *Relaciones Topográficas*. Tal opinión es seguida por Zarco en su edición de las *Relaciones* de Cuenca (1927), Viñas, al analizar la edición de Madrid (1951), y recientemente Haverkamp-Bege- mann. Sin embargo, el tamaño, la técnica, las alteraciones para resaltar ciertos aspectos, etc., hacen dudar a Rosselló, quien piensa en una esencial función decorativa.

Ahora, a la utilísima edición general dirigida por Kagan, se añade este espléndido volumen sobre la región valenciana. Como se indica modestamente en la contraportada, corresponde la dirección y coordinación al profesor Vicenç Rosselló i Verger, en la actualidad el más destacado geógrafo de las tierras valencianas. Aunque su actividad básica es en Geomorfología, como «geógrafo total», algo ya en desuso, por desgracia, en nuestra opinión, también ha realizado investigaciones muy valiosas en Geografía Humana y concretamente en aspectos urbanos históricos (3); su trabajo aquí es otra buena prueba. Colabora en la obra un equipo de ocho notables investigadores, geógrafos unos, de su magnífico grupo; arquitectos y etnólogos, otros.

En todos los casos, el trabajo es espléndido por la penetración y riqueza de detalles, y la utilidad de la obra es grande en dos aspectos: para el conocimiento preciso de aquella época y aun actual, y también como método para análisis de este tipo. La edición de la Consejería de Cultura de la Generalidad

Valenciana es excelente, con grandes despliegables de las vistas generales, numerosos detalles, borradores, etc., y muchas otras ilustraciones de las tres ciudades representadas en 1563: Valencia (aparte el Grao), Sagunto y Játiva, y la Albufera.

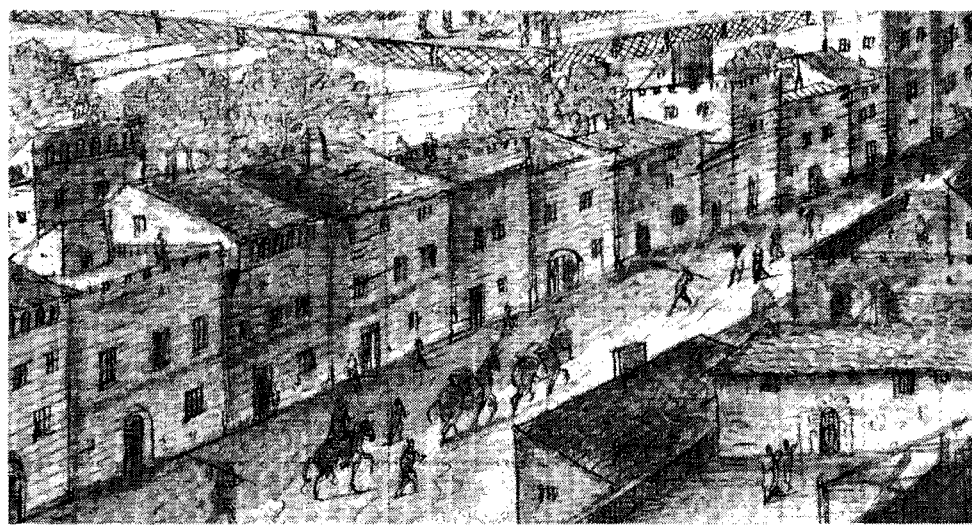
Una esclarecedora introducción de Rosselló se refiere el redescubrimiento de la obra, su autor, los trabajos sobre ciudades en aquellos tiempos y los de Wijngaerde en concreto en Valencia; también con un posible interés estratégico ante los ataques piráticos, así recuerda, por ejemplo, que en el mismo año Antonelli daba su informe sobre el estado de las fortificaciones en el reino de Valencia. Las vistas son de grandes dimensiones, alrededor de un metro de longitud y hasta metro y medio la de Valencia; el dibujo es a pluma, en color sepia, y con aguada, de voluntad realista y rasgos un tanto impresionistas; el punto de vista, imaginario, es elevado, lo que facilita la comprensión y el aspecto decorativo; se conservan también muchos bocetos o borradores que permiten seguir las diversas fases de ejecución. Se refiere también a los tres tipos de representación: proyección horizontal, perspectiva frontal y elevada; éstas pertenecen al último, pero no en el sentido geométrico riguroso, ya que no hay punto de vista único ni líneas de fuga; no trabaja Wijngaerde con sentido cartográfico estricto, se preocupa más de la composición y en algún caso gira o desplaza los elementos para mayor representatividad; así, después de esbozos sobre el terreno, viene la labor de gabinete y cierta recomposición. La frase «fecit ad vivum» que figura en Játiva junto a la firma, indica la realización directa, pero no es una precisión absoluta, fotográfica, sino una visión en cierto modo idealizada. Pese a ello, la fidelidad general y en muchos detalles es asombrosa. Quizá la muestra más clara es la comparación no sólo con las vistas muy toscas de otras ciudades en la obra de Viciano del mismo año, sino

con las todavía muy pobres, aunque grabadas por Palomino, de Valencia y Játiva, en 1784, en el *Atlante Español*, de Espinalt; la de Valencia en concreto fue objeto de satírico comentario, como señaló Rosselló en otro trabajo (4). Termina este capítulo con el examen de la toponimia, tema tan querido para el autor.

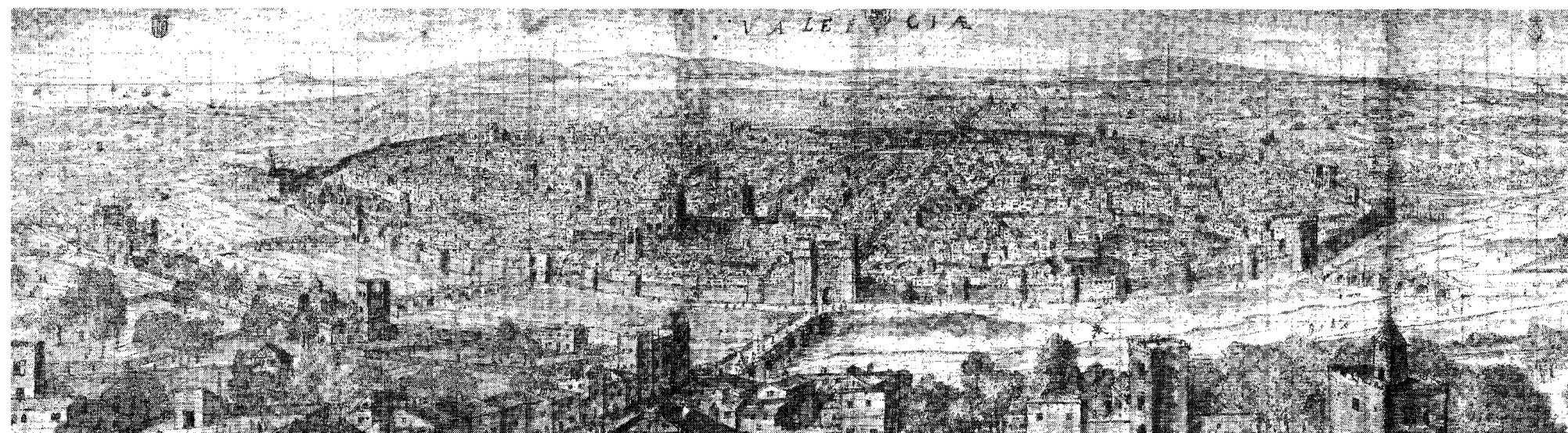
Trabajos urbanos

Dos se dedican a la ciudad de Valencia; el primero es un estudio de geografía de la ciudad por una destacada especialista como M.^a Jesús Teixidor, autora de otros notables trabajos urbanos (5). No existía entonces ningún plano (el primero conocido es de Antonio Marcelli, en 1608) y la vista es desde el N, la más conocida y representativa, con los arrabales y el río en primer término, en un cuadro lleno de viveza, con las acequias y molinos, los caminantes hacia la ciudad, los bradores trabajando; luego las murallas y puertas, con la de Serranos, que centra la imagen, y detrás la ciudad, con la Seo, las numerosas iglesias y edificios civiles que destacan sobre el caserío, más uniforme y no precisado. En ciertos aspectos, como señala la autora, es una imagen ideal, renacentista, con el gran eje N-S de una calle, inexistente en la realidad, desde la puerta de Serranos a la de San Vicente. El dibujo se realiza desde distintos puntos, como indican los borradores, con lo cual es una visión frontal y en profundidad que, además, se integra en el paisaje del contorno, con la Huerta y la Albufera, el mar y las montañas al fondo. Todos esos aspectos son estudiados con gran precisión en sucesivos apartados.

En otro capítulo, dos arquitectos, Julián Esteban Chapapriá y Ricardo Sicluna Lletget,

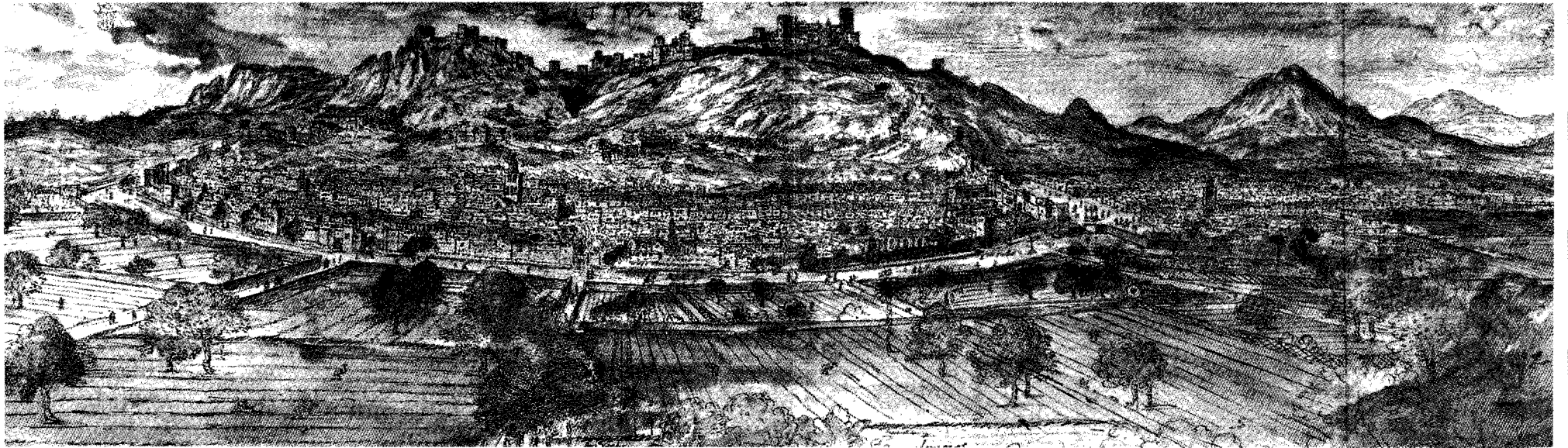


El Raval de Sant Antoni.

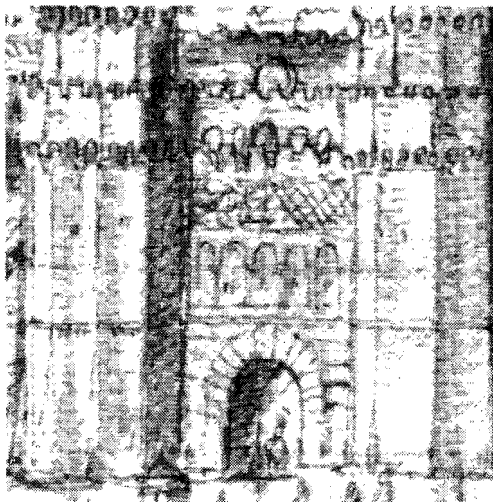


Valencia.

Viene de la página anterior



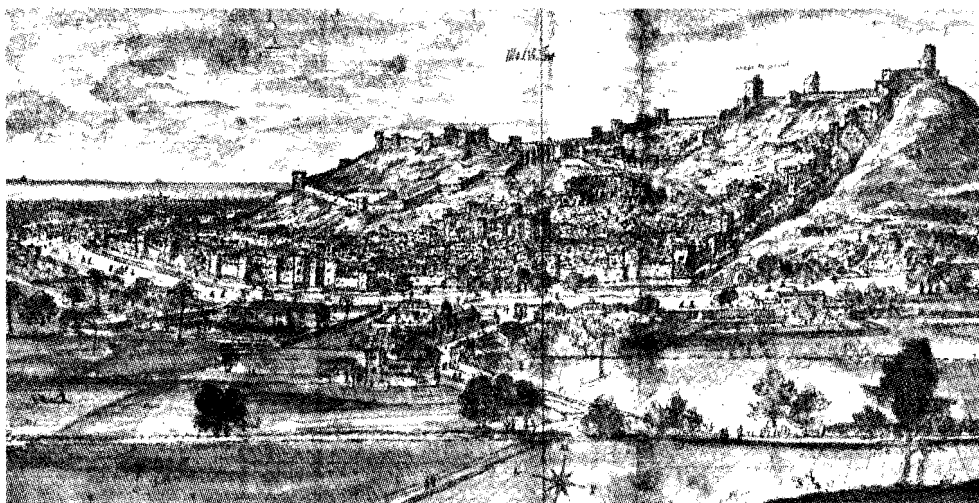
Xàtiva, presidida por el Castillo.



Porta de Serrans.



En primer plano la Torre de la Unió.



Vista de Morvedre.

consideran la arquitectura urbana. Después de analizar la sucesión de los dibujos preparatorios, se refieren a la vista final con sus diversos espacios: orilla norte del río, cauce y muralla, recinto urbano y ámbito meridional. El trabajo es de notorio valor y completa perfectamente el anterior, geográfico.

Otro capítulo se dedica a Sagunto, que mantenía su nombre medieval de Morvedre (Molvedre), como todavía en valenciano, de «Murum veterum» por sus ruinas. No era entonces muy importante, pero además de hallarse en el camino litoral desde Barcelona y en la ruta al interior, a Zaragoza, era un gran recinto fortificado y de notable recuerdo histórico, con famosos monumentos revalorizados en el Renacimiento. Tampoco es una vista de absoluta exactitud, sino de un realismo interpretado por el artista para mostrar lo más significativo de su imagen, como indican los autores, Juan Mateu Bellés, geógrafo, y José M. Palomar Abascal, profesor de dibujo. La vista, desde el noroeste, recoge la cóncava montaña, ligeramente acortada en los extre-

mos, con el castillo arriba (incluido el teatro romano), el recinto murado, la ciudad y los arrabales, elementos todos analizados con gran precisión. Prueba de la calidad del dibujo es la semejanza con otras vistas análogas, pero realizadas ya a comienzos y finales del XIX.

Játiva, de gran significado estratégico, en el camino de Castilla, era entonces la segunda ciudad del Reino, con 1.750 casas, más que Alicante, que sólo tenía 1.100, según Vicián. En un capítulo, Juan Piqueras, geógrafo, realiza un análisis introductorio del espacio comarcal, la trama urbana indicada por Vicián en la misma fecha y el complejo sistema de abastecimiento de aguas. Después considera con todo detalle la ciudad y sus murallas, la fortaleza y el entorno. Buena prueba de la fidelidad es la comparación entre la vista de Wijngaerde y la realizada a mediados del XIX según una fotografía; en cambio, es de gran tosquedad la de 1784 en el *Atlante Español*, de Espinalt, ya citado. Como en Valencia, sigue otro capítulo, también de Esteban Chaptalia y Sicluna Lletget, muy sugerente, sobre

los dibujos y su técnica y la arquitectura urbana, analizando con detalle los diversos elementos.

A continuación hay un capítulo de alto interés, de los etnólogos Juan J. Gregori Belenguier y Floreal Palanca Vinué, sobre los espacios interiores y exteriores, con especial atención a las actividades, especialmente las agrarias; salvo tierras blancas o arboladas, no se pueden distinguir cultivos; únicamente en la parte inferior derecha de Valencia se leen «oranges» y en Játiva «olyvaras», pero se ven labradores con arados de dos caballerías o de una sola (será el ahorquillado «forcat»), otros cavando, sembrando, etc., en escenas llenas de viveza.

Reconstrucción mental

Dos capítulos de Rosselló concluyen la obra con la misma maestría. Uno se dedica al Grao, con sus barracas (incluso aparece el rótulo), el baluarte, el muelle de madera, la gola del río, barcos, etc.; utilizando copiosa documentación escrita y posterior gráfica, analiza la fidelidad de la vista. Mayor interés aún, por su originalidad, tiene el espacio de la Albufera, con los lejanos extremos en De-

nia y Peñíscola. Es una composición imaginada desde unos 800 ó 1.000 metros de altura y cerca de la costa, reconstrucción mental tridimensional de un paisaje que hasta nuestro siglo nadie ha podido contemplar así desde el aire. El litoral aparece en curva convexa, cuando en realidad es un gran ángulo obtuso, con una rosa de los vientos extrañamente girada unos 90° (?); la forma del estanque es bien distinta de la actual por los aterramientos para arrozales, y aparecen claramente las salinas, tantas veces citadas en textos y nunca localizadas hasta ahora precisamente con esta vista, como ya estudió con detalle Rosselló en 1987 (6); aparte de los aspectos geomorfológicos, son también interesantes los humanos, con los cazadores de aves, los guardias por la costa, las barcas y buques de diversos tipos, etc.

Lleva la obra una extensa y muy completa bibliografía, incluso en neerlandés, lo que prueba la búsqueda minuciosa; quizá se pudiera señalar la omisión de algún ensayo de geografía urbana de Játiva, de los fundamentales libros sobre Valencia de la misma profesora Teixidor (?), del *Atlante* de Espinalt (citado en el texto), etc., pero son detalles sin importancia.

Para concluir, sólo cabe la muy sincera felicitación a los autores, que cumplen los más exigentes criterios en este tipo de estudios.

(1) Kagan, R. L. (dir.): *Ciudades españolas del Siglo de Oro. Las vistas españolas de Anton Van den Wyngaerde*. Madrid, 1986, 427 págs.; vid. reseña en *Estudios Geográficos*, 1988, n. 193, pp. 694-96.

(2) López Gómez, J. y A.: «Fermín Caballero y las Relaciones Topográficas de Felipe II», *Arbor*, 1989, n. 526, pp. 33-49. - *Id.*, *id.*: «Cien años de estudios de las Relaciones Topográficas de Felipe II después de Caballero», *ibid.*, 1990, n. 538, pp. 33-72.

(3) Por ejemplo: *Evolución urbana de la ciudad de Murcia (813-1973)* (en col. con G. M. Cano), Murcia, 1975, 200 págs., y *Cinquenta-cinco ciutats valencianes*, Valencia, 1976, 280 págs.

(4) «Introducción» en la edición facsímil de los tomos VIII-X dedicados a Valencia, Valencia, 1988.

(5) Por ejemplo, *Funciones y desarrollo urbano de Valencia*, Valencia, 1976, 414 págs., y *Valencia, la construcción d'una ciutat*, Valencia, 1982, 144 págs.

(6) «Les Salines de l'Albufera: un enigma històric i una hipòtesi geogràfica». *Cuad. de Geografía*, Valencia, 1987, n. 42, pp. 113-31.

RESUMEN

El geógrafo Antonio López Gómez escribe sobre una edición actual de las vistas valencianas de Anthonie van den Wijngaerde, que constituyen, a su juicio, un documento extraordinario para

el conocimiento de Valencia, Sagunto, Játiva y la Albufera en 1563. Un equipo muy variado y completo estudia en esta edición los diversos aspectos geográficos, arquitectónicos y etnológicos.

Vicenç M. Rosselló i Verger (dir.)

Les vistes valencianes d'Anthonie van den Wijngaerde (1563)

Conselleria de Cultura, Educació y Ciència, Generalitat de Valencia, Valencia, 1990. 363 páginas. 5.000 pesetas.

En la oscuridad del jardín

Por Joaquín Vaquero Turcios

Joaquín Vaquero Turcios (Madrid, 1933) es pintor y escultor. Ha desarrollado una amplia actividad en el campo de la pintura mural y la escultura integrada en la arquitectura.

Desde que Yahveh expulsó a la primera pareja del Jardín del Edén, cada ser humano —y, desde luego, cada pareja— anhela aquel lugar feliz y, cuando creen encontrar alguno parecido, lo disfrutan intensamente.

Una aguda melancolía sirve de motor a esa búsqueda, y la sensación de no encontrar o de perder algún paraíso circunstancial lleva a estados de auténtica frustración y desesperanza. Pero como de aquel vergel del Génesis hace ya mucho tiempo que salimos, su recuerdo, o la idea del jardín ideal y, por lo tanto, de aquel que buscamos, no está nada clara. No sólo su forma, su tamaño y sus componentes, sino su finalidad misma y la manera de usarlo, de vivirlo, incluso su relación con las artes y técnicas que colaboran en su creación y con la naturaleza libre, son temas más oscuros de lo que podría pensarse.

Se comprende. Un jardín es un espacio muy extraño donde se mezclan como en ningún otro lo natural y lo artificial, las imposiciones casi sádicas del arte y la rebeldía tenaz de la Naturaleza a someterse a ellas. Obra de arte viva, de cromatismo y geometría variables cíclicamente; obra de «arquitectura genética», de arte y cirugía plásticos actuando sobre las especies vegetales y sobre el paisaje con un fin espiritual, sensual y simbólico que se bifurca continuamente como sus propios paseos sombríos. De ellos, el más ancho es el relacionado con la filosofía, pues en él se debate, dentro de un recinto vallado y sin escapatoria, el concepto básico de la relación del hombre con la naturaleza.

Leer sobre jardines es vivirlos un poco, cosa que necesitamos en nuestra morada de hormigón y gases tóxicos. Afortunadamente es un tema fértil. De entre varias, he escogido dos interesantes obras de autores italianos, muy diversas pero, en cierto modo, complementarias, que nos llevan hoy de la mano a largos paseos entre los árboles y aún más allá, hasta los bosques que sus apretados troncos no siempre nos dejan ver.

Ontología y teleología del jardín es obra de Rosario Assunto, catedrático, ya retirado, de Historia de la Filosofía y de Estética en las Universidades de Roma y de Urbino. Autor de varias obras sobre la teoría del paisaje y la estética del XVIII, el profesor siciliano responde a esa actitud, a la que nos referíamos, de irritada añoranza ante la desaparición de un mundo que el jardín encarna y que nunca volverá.

Revive los espléndidos vergeles de su infancia. Se complace, con Rilke y Pavese,



incluso en los jardines ajenos y cerrados, entrevistas a través de las verjas y las tapias. Arremete furibundo contra las pobres «zonas verdes» de la ciudad actual y contra lo que —en la horrible jerga técnico-urbanística italiana— se denomina «verde attrezzato».

En el libro, precedido de una imprescindible y lúcida introducción de Miguel Cereceda y de un interesante ensayo de Massimo Venturi Ferriolo, su autor, además de bellos recuerdos y de sus lamentos y heridas incurables de esteta exiliado en un mundo que no le gusta, nos ofrece un denso repertorio de pensamientos propios y ajenos con la intención de definir lo que es el jardín en cuanto objeto de investigación filosófica, lógica y metafísica.

También trata de ayudar al lector a seguir las pistas de la realidad del jardín en sus aspectos histórico-artístico e histórico-social: los problemas formales, las relaciones con las artes y la evolución de los gustos sobre el jardín, causante de su destino final. Al fin vuelve a su emocionada tesis unificadora, la esteticidad existencial del jardín, lugar en el que la filosofía se convierte, estéticamente, en vida y la vida se hace, estéticamente, filosofía. No es casual, nos recuerda, que la filosofía platónica naciese en los jardines de Academo, ni que la polémica de Leibnitz sobre los indiscernibles tuviese su momento decisivo en los jardines de Herrenhausen...

Jardín imaginario

Los rincones del jardín imaginario se llenan de voces. Oímos a Plotino, Schiller,

Leon Bautista Alberti, Boccaccio, Kant, Goethe, Rilke, Schlegel... Pero ¿de qué jardín hablan? ¿Cómo es físicamente ese exuberante jardín metafísico sobre el que todos teorizan con acaloramiento?

Paseos, árboles, flores y fuentes parecen incitar a un disfrute físicamente activo: caminar, oler las flores, acariciar las hojas, sentarse a la sombra, escuchar las fuentes, los pájaros y el murmullo del follaje. Esa visión en movimiento hermana la realidad del jardín a la de la arquitectura.

Los objetivos y los medios de sus autores son análogos: la emoción espacial, la armonía de los volúmenes y los vacíos, el ritmo, el claroscuro, la distinta expresión plástica de los elementos que se combinan en la unidad final.

Sin embargo, no siempre se ha pensado de la misma manera. Kant, por ejemplo, es terminante: dentro de las artes de la forma existen las artes «plásticas» —escultura y arquitectura— y la pintura, que a su vez se divide en pintura y «jardinería».

(Uno no puede por menos que pensar en seguida en los cuadros de Caspar David Friedrich, en los que un observador, inmóvil en el centro del cuadro, nos da la espalda mirando hacia el paisaje. Esa mirada de espectador quieto es la que convierte en «vista» fija, compuesta, pintada, la realidad espacial.)

Es difícil comprender y compartir esa opinión cuando se recorren algunos de esos lugares de belleza realmente sublime, fruto de un modelado del paisaje y de un diseño total en los que lo «pintoresco» o pictórico es sólo una parte para un observador móvil y atento.

¿Cuál es, pues, la forma ideal del jardín? Schiller, ambiguamente, nos responde y previene contra todos los excesos diciendo que la jardinería poética, abandonada a una irregular libertad y obedeciendo sólo a las reglas de la imaginación, es tan errónea como la arquitectónica, que somete a una inanimada simetría la vida bella y autónoma del árbol, y su ágil y variado crecimiento a una apariencia de solidez semejante «a la que el ojo se imagina a través de los muros de piedra».

Por otra parte, sigue diciendo, el fallo de los jardines a la inglesa es, precisamente, aquello por lo que muchos los alaban: haber transformado el arte de los jardines en pintura. Ni jardín poético, ni jardín arquitectónico, ni jardín pictórico. No quedan muchas salidas. El jardín es arte-en-el-paisaje

y arte-del-paisaje, paisaje en sí mismo y arquetipo de paisaje; templo natural para que el hombre adore a la naturaleza; campo de batalla para luchar con ella; paraíso artificial; campo de concentración; museo; teatro que ofrece al visitante espectáculos nunca vistos; escena para que viva situaciones nunca vividas. Todo ello, a ser posible, en soledad. Assunto cita unas frases reveladoras de Pindemonte a propósito de los jardines que parecen realizados sobre paisaje no alterado intencionalmente: «Cuando uno mira una escena natural...», «en vez de alabar a otro, se alaba a sí mismo, cosa por lo general más dulce: porque una escena natural parece estar creada por nosotros mismos, que a menudo nos creemos los primeros en contemplarla...» En efecto, en un jardín no invadido por el público municipal y espeso de que hablaba Rubén, nos sentimos siempre como el primer habitante del Edén, que sin duda debió también de alabarse a sí mismo por descubrir y apreciar su belleza. El jardín es una verdadera «obra abierta».

Ejemplos y estilos

Todas estas cosas pueden seguirse y disfrutarse visualmente en un precioso libro del que es autor un arquitecto, urbanista y «landscape gardener» que trabaja en Milán, Virgilio Vercelloni. Su *Atlante storico dell'idea del giardino europeo* es una obra ejemplar en su estilo, con un diseño gráfico especialmente claro y elegante de Antonio Maffei.

Aparece ante nosotros una sucesión de ejemplos y estilos de jardines de Europa, hasta nuestros días y desde sus remotos antecedentes colgantes babilónicos, hechos para apagar la nostalgia de la mujer de Nabucodonosor por su tierra lejana, o los cedros y los boj plantados por Asurbanipal: «árboles que ningún rey antepasado mío ha tenido». Los jardines romanos; los «automatas» de Herón, que llenaban los jardines de la Alejandría helenística de gritos de pájaros metálicos y murmullos de hojas artificiales; los «hortus conclusus», los «verzieres» y los «viridarios»; los proyectos de Filarete y Leonardo; los fascinantes jardines del Polifilo, donde están anticipadas todas las tendencias posteriores, desde el jardín de ruinas hasta la más abstracta expresión de «l'ars topiaria»; Le Nôtre, Lenné, Pirro Ligorio, Loudon, Dezallier d'Argenville, «Capability» Brown, Paxton y muchos nombres y lugares fundamentales en la historia de los jardines europeos, acompañados de breves y sabrosos textos y de una útil bibliografía.

Hemos de abandonar el jardín sin haber visitado muchos de sus rincones. Pero lo leído y lo visto en estos libros llenará todavía muchos momentos de placer y pensamientos encontrados. En ello nos acompañará sin duda, como dicha al oído, la palabra monótona y vehemente de Rosario Assunto: «El jardín es un lugar aparte de los espacios que nuestra cotidianidad consume, consumiéndose en ellos. En el jardín, el pensamiento es un pensamiento de un sentimiento y el sentimiento, un sentimiento de un pensamiento. Todo jardín es un sentimiento-pensamiento hecho lugar...»

En el próximo número

Artículos de Carlos Sánchez del Río, Pere Alberch, Ramón Pascual, Ignacio Sotelo, Gonzalo Anes, Antonio Domínguez Ortiz y Xesús Alonso Montero.

RESUMEN

El pintor Vaquero Turcios realiza un paseo simbólico por el jardín, ese lugar considerado desde la expulsión de la primera pareja del Jardín del Edén como un lugar feliz, como un pa-

raíso. Leer sobre jardines, dice, es vivirlos; y es que un jardín es un espacio muy extraño donde se mezclan como en ningún otro lo natural y lo artificial.

Rosario Assunto

Ontología y teleología del jardín

Tecnos, Madrid, 1991. 181 páginas. 2.450 pesetas.

Virgilio Vercelloni

Atlante storico dell'idea del giardino europeo

Jaca Book, Milán, 1990. 207 páginas.

Las ciudades españolas en el siglo XIX

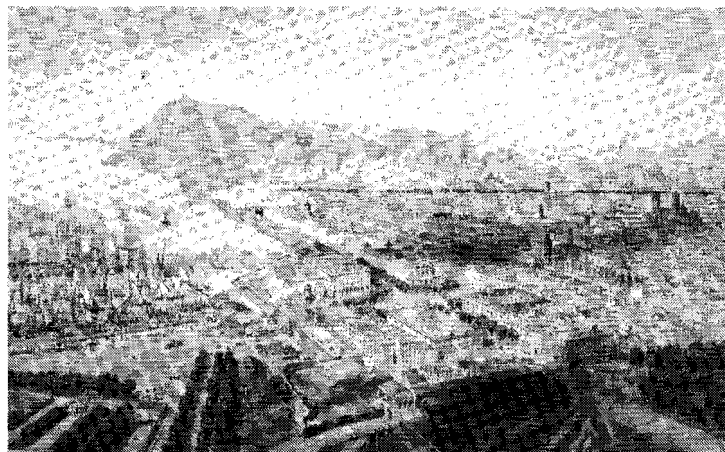
Por Gonzalo Anes

Gonzalo Anes (Trelles, Asturias, 1934) es catedrático de Historia Económica en la Universidad Complutense y académico de número de la Real Academia de la Historia. Ha publicado, entre otros, los libros: *Las crisis agrarias en la España moderna*, *Economía e Ilustración en la España del siglo XVIII* y *La España del Antiguo Régimen*. Los Borbones.

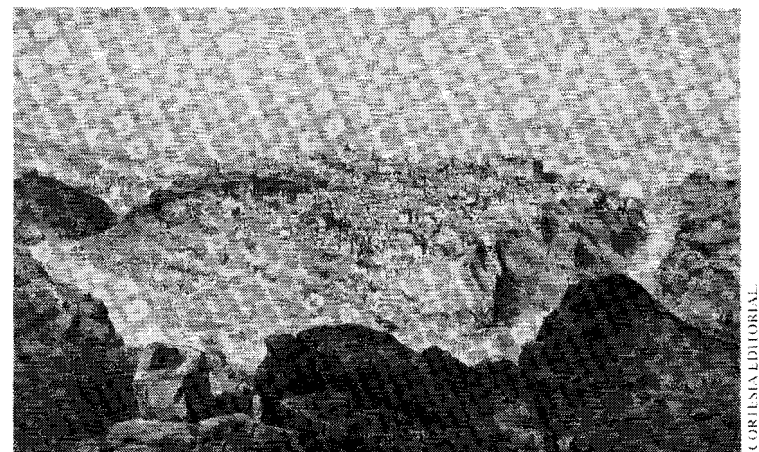
Francisco Quirós acaba de publicar un libro importantísimo: *Las ciudades españolas en el siglo XIX*, fundado en los planos de Francisco Coello, en los textos que, sobre villas y ciudades, se incluyen en el *Diccionario geográfico-estadístico histórico de España y sus posesiones de Ultramar* y en las vistas de ciudades españolas de Alfred Guesdon. Francisco Quirós Linares es catedrático de Geografía de la Universidad de Oviedo. Quirós se ha orientado profesionalmente —y ha orientado a discípulos suyos— hacia el estudio de la Geografía histórica urbana. Lleva varios años trabajando en esta especialidad, por lo que su experiencia y conocimientos aseguran el éxito en el trabajo conducente a publicar un libro como éste.

El *Atlas de España y sus posesiones de Ultramar*, de Francisco Coello, fue apareciendo en hojas entre 1847 y 1870. Proporciona un repertorio de planos de ciudades y villas que no ha sido objeto de emulación hasta hoy. El *Atlas* se publicó como complemento del *Diccionario* de Pascual Madoz, cuyos 16 volúmenes se editaron entre 1845 y 1850: el *Atlas* proporciona las imágenes cartográficas; el *Diccionario*, la descripción escrita de las mismas. Las diferencias temporales que parecen indicar las distintas fechas de publicación de ambas obras tienen menor importancia de lo que pueda suponerse, ya que son pocos los años que separan el final de una y otra. No afectan, además, a todas las ciudades, pues los planos de Coello no corresponden siempre, en el tiempo, a la fecha de impresión. Fueron hechos, casi todos, varios años antes.

En el libro se reproducen vistas de las ciudades españolas de Alfred Guesdon, arquitecto, pintor, dibujante y litógrafo nacido en Nantes en 1808 y fallecido allí en 1876. Guesdon participó, como litógrafo, en la *España artística y monumental* de Genaro Pérez Villamil y Patricio de la Escosura, publicada en París en 1842 y 1844. Unos diez años después comenzó a formar la colección de vistas



Barcelona.



Toledo.

topográficas de ciudades españolas. Las publicó con el título *L'Espagne à vol d'oiseau* (en formato de 285 x 440 mm.) Pudo haber utilizado, para el dibujo desde arriba, un globo cautivo. También cabe que hiciera fotografías desde él Charles Clifford (nacido en Londres en 1819 y muerto en Madrid en 1863) con el fin de que Guesdon se basase en ellas para su trabajo. Las litografías, por su realismo, significan un cambio respecto a las idealizaciones románticas al uso.

Francisco Quirós, como buen conocedor del presente de las ciudades y villas españolas y de su pasado, pudo emprender el proyecto —y llevarlo a cabo con éxito— de publicar los planos de Coello, acompañándolos de un texto que permitiera tener la imagen literaria de los modelos urbanos españoles, basándose en los textos del *Diccionario* de Madoz. Utilizó la información que éste proporciona y la elaboró para hacer una descripción completa de las ciudades españolas a mediados del siglo XIX. Gracias a ello se pueden entender mejor los planos. Francisco Quirós refiere las principales vicisitudes de la confección del *Atlas* y da los datos esenciales de la vida de su autor. Por el interés de estas noticias, paso a señalar las que más pueden contribuir a que se valore con justicia lo que el *Atlas* de Coello significa: el autor del *Atlas*, don Francisco Coello de Portugal y Quesada, nació en Jaén en 1822 y murió en Madrid en 1898. En 1839 alcanzó el grado de teniente del Cuerpo de Ingenieros cuando sólo contaba diecisiete años. Era experto cartógrafo. Fue, durante años, director de operaciones topográfico-catastrales de la Junta General de Estadística. Desde este puesto organizó la cartografía catastral en España. Coello fundó y presidió la Real Socie-

dad Geográfica de Madrid. Sus conocimientos le permitieron escribir la primera *Reseña geográfica de España* en 1858. También hizo un plan de ferrocarriles que influyó en el trazado de la red. Madoz contó con Coello para que participase en los trabajos del *Diccionario*. Parece que el proyecto de confeccionar un atlas de España surgió como fruto de esta colaboración, ya que se pensó como complemento del *Diccionario*. Madoz y Coello constituyeron una sociedad para llevar a efecto la publicación del *Atlas*. Coello recogió cuantos trabajos cartográficos había en el Depósito Hidrográfico, en el Topográfico de Ingenieros, en el Ministerio de Fomento y en otros organismos públicos. Simultáneamente, contó con corresponsales en las provincias para acopiar mapas y planos de poblaciones, carreteras y caminos, canales y de cuanto pudiera contribuir a la perfección del *Atlas*. Mandó copiar los planos existentes sobre España en la Société Géographique de Paris y otros que, en distintos países de Europa, había sobre poblaciones españolas, casi todos de la época de la guerra de 1808-1814.

La decisión de cómo iba a ser el *Atlas* lo tomó en 1844: los mapas habrían de ser provinciales y a escala 1:200.000. Cada mapa de provincia llevaría el plano de la capital, con los alrededores, hasta una distancia de ocho kilómetros. Este plano habría de levantarse a escala 1:100.000. El mapa provincial habría de incluir también los planos de las ciudades y villas importantes. El relieve habría de representarse mediante curvas de nivel figuradas. Cuando la información reunida fuese insuficiente, los comisionados habrían de hacer las necesarias operaciones sobre el terreno para efectuar la triangulación de las comarcas de las que no hubiera la conveniente cartografía, de modo que pudiesen dibujar y hacer los croquis y mapas necesarios. Colaboraron con Coello oficiales de Marina, ingenieros de caminos, arquitectos, catedráticos de matemáticas...

Los trabajos preparatorios exigieron más tiempo del previsto. Originaron gastos que no podía sufragar la Sociedad, pues los ingresos sólo se podían obtener mediante la venta de las hojas y la impresión de éstas se retrasaba. El grabado se hizo con gran perfección, a buril, sobre planchas de acero. Casi todas

las hojas se grabaron en Madrid. Sólo algunas fueron hechas en París. Francisco Quirós considera que el mapa de España que trazó Coello es el primero que —a escala media— se hizo con base científica en nuestro país. Los mapas de Tomás López, incluidos en las 98 hojas de su *Atlas*, eran de diferentes escalas. La representación del relieve en ellos era arbitraria, y se cometieron errores en la localización de ciudades, villas y accidentes geográficos. La técnica de representación, en Miñano, era muy distinta. Respondía a criterios científicos. Ya no existen los sombreados de los mapas anteriores, hechos como si se iluminara el territorio desde arriba con un ángulo de 45 grados y se hubiera sombreado lo oscuro. Las curvas de nivel, en los mapas de Miñano, son tenues. Aún recuerdan la técnica anterior. Sin embargo, son muestra, en lo cartográfico, de la modernización de España, quizá —como advierte Quirós— adelantándose a los cambios «en la realidad económica y científica del país». Coello colocó la cartografía española al nivel de la mejor de su tiempo. Por ello, sus mapas fueron fundamento obligado de la cartografía temática, incluso a comienzos del siglo XX.

Coello incluyó en su *Atlas* los planos de ciudades y villas de la Península, de las islas Baleares, de Gran Canaria y de Tenerife. Son, en total, 270. De ellos hay siete de «contornos» o zonas comarcanas de varios núcleos de población (Amurrio y Salvatierra, en Alava; Valle del río Urola, entre Azcoitia y Azpeitia; Ciudadela; Figueras, en Gerona; y Caldetas, en Pontevedra). De los planos de los núcleos de población de la Península, 128 fueron hechos a escala 1:10.000, 94 a escala 1:20.000 y Madrid a escala 1:5.000. Coello no publicó los planos de las ciudades de Córdoba y Sevilla quizá por falta de buenos colaboradores en ambas provincias, pues de la primera sólo incluye los de Cabra, Priego y Rute y los de Morón de la Frontera y Utrera de la segunda. Completan el *Atlas* los planos de Ceuta, Melilla, Peñón de Vélez de la Gomera e islas Chafarinas, y los de Ultramar, hechos entre 1850 y 1854: Cuba, Puerto Rico, Filipinas, Guam y Fernando Poo. Los planos de villas y ciudades de la isla de Cuba son 24. Los

En este número

Artículos de			
Gonzalo Anes	1-2-3	Ramón Pascual	8-9
Antonio Domínguez Ortiz	4-5	Carlos Sánchez del Río	10-11
Ignacio Sotelo	6-7	Xesús Alonso Montero	12

SUMARIO en página 2



Viene de la página anterior



Las ciudades españolas en el siglo XIX

de Puerto Rico corresponden a San Juan y a los contornos de Isabel II de Vieques, de Mayagüez y de Ponce, y los de Filipinas, a Manila, a su bahía y al puerto de Cavite. De Guam incluye el plano del puerto de Umata y el de la bahía y ciudad de Agaña, y de Fernando Poo, el de la bahía y población de Santa Isabel.

Quirós señala que «bastantes villas españolas no cuentan, todavía hoy, con más plano impreso que el que publicara Coello hace más de un siglo», lo que indica el subdesarrollo cultural del país en lo que a planimetría se refiere. Aunque la obra de Coello no sea excusa para justificar tales carencias, siempre interesará como documento que refleje cómo eran las ciudades y villas cuyos planos incluye, antes de las transformaciones y cambios que tuvieron lugar desde mediados del siglo XIX.

Francisco Quirós, al decidir la publicación de los planos de Coello, pensó en la conveniencia de hacer un estudio sobre las ciudades españolas en el siglo XIX. Para ello utilizó la información que proporciona el *Diccionario*

de Madoz y, claro está, lo esencial de cuanto se sabe sobre las ciudades por las investigaciones que se han hecho sobre ellas. Para Quirós, el *Diccionario* es obra expresiva de su tiempo, de las nuevas ideas y del avance científico. Madoz contó con la colaboración de personas de formación cultural e influencia política. Se sirvió, además, de la Administración pública para obtener los datos numéricos.

Madoz comenzó a trabajar en el proyecto de *Diccionario* en 1834. Tenía entonces veintinueve años. Por aquellas fechas, dedicaba a la Reina Gobernadora la traducción y adiciones que había hecho a la *Estadística de España*, escrita en francés por Moreau de Jonnés. En la dedicatoria aludía a haber «emigrado a país extranjero en tiempo de Calomarde» por su «adhesión a la justa causa de la libertad», hermanada ya con la del trono de Isabel II. Durante su exilio en Francia, desde 1830 hasta 1832, estudió Geografía y Estadística, y trató a Moreau de Jonnés. Pudo regresar a España, al seno de su familia y amigos, gracias al decreto de amnistía. Fue rehabilitado en las carreras de cánones y leyes que había concluido antes de su exilio. Ya en España, respondió «al primer llamamiento de la autoridad» para empuñar las armas como simple voluntario de artillería. Se ofreció «gustoso a salir a campaña en todo trance» para combatir a los enemigos de Su Majestad, «de la Patria y de la civilización». En 1834, Pascual Madoz traducía y adicionaba la obra de Moreau de Jonnés, seguro de que la lectura de la *Estadística* habría de convencer «al hombre más rutinario» de que España debería «abrazar la carrera de las reformas en la nueva era de regeneración política». Con las reformas era de esperar que España se viese, «con el tiempo, elevada al rango que un día obtuviera». «Su posición topográfica, la naturaleza del suelo, la independencia del carácter de sus habitantes y otras mil circunstancias» la destinaban a ello. Madoz adicionó la *Estadística* de Moreau de Jonnés «con notas curiosas» para darle mayor interés. Quiso también actualizar sus datos para que se viese «el movimiento hasta el día» de cuanto en ella se trataba. Piensa que quienes consulten su obra habrán de ver «el estado de la población, de la monstruosa división de la propiedad territorial, las rentas que posee el clero, el número de eclesiásticos, las víctimas sacrificadas al furor inquisitorial», la prosperidad de la agricultura «en tiempo de los moros, y la que en el día va adquiriendo, los pro-

ductos de la industria en toda época, la marcha progresiva o retrógrada del comercio explicada con una precisión admirable»; la historia de la decadencia de la Marina; la fuerza del ejército en distintas épocas, «con reflexiones muy honoríficas a esta benemérita clase»; la comparación de la estadística judicial de España con la de otros países y, finalmente, «un tratado de instrucción pública que —siempre con palabras de Madoz— llena de noble orgullo a todo amante de las glorias de su patria, e inspira sentimientos de odio y execración hacia aquellos que se complacen en sostener el hediondo edificio de la ignorancia y de este modo perpetuar el reinado de los abusos y de los privilegios en perjuicio de la prosperidad pública». En la advertencia final a los suscriptores se señala que el Gobierno podría reconocer en el adicionador de la *Estadística de España* —el entonces joven Pascual Madoz— «un celo acaso imprudente en el servicio de su patria». Quizá el celo sirviese para que alguien, con más posibilidades y relaciones con los ministros del Gobierno, viniese a secundar sus «débiles esfuerzos y a ofrecer una obra perfecta», en cuanto lo permitiesen las materias que comprendía. Ya entonces —1834— dirigía una respetuosa solicitud al Gobierno para obtener de los empleados del Ministerio del Interior la cooperación necesaria con el fin de poder, con el tiempo, mejorar la *Estadística*. Además, contaba con la colaboración de sus amigos, y esperaba la de los lectores para que le comunicaran los defectos que encontrasen en la obra y las adiciones y nuevos datos que considerasen oportunos. Madoz tuvo varios colaboradores, en distintas provincias, para sus adiciones a la *Estadística de España* de Moreau de Jonnés. Entre ellos, a su hermano don Fernando, abogado de los Reales Consejos y uno de los redactores de las *Causas más célebres del foro francés, inglés y español*.

En las palabras transcritas —y en la intención de Madoz al traducir y adicionar la obra de Moreau de Jonnés— se comprueba la intención política que le guiaba, lo mismo que al proyectar la ampliación de la *Estadística* en el futuro. Es, por tanto, muy acertada la observación de Francisco Quirós de que, tanto el *Diccionario* como el *Atlas*, eran «sendas obras políticas, incluso en el caso, poco probable, de que sus autores no las hubieran percibido como tales».

Madoz recibió la cooperación solicitada de los poderes públicos y pudo contar con la

de numerosos colaboradores. Le sirvió también su experiencia como adicionador de la *Estadística* y la adquirida como presidente de la Sociedad Literaria de Amigos Colaboradores; como redactor principal de la *Colección de causas célebres*, del periódico *El Catalán*, y como uno de los del *Diccionario geográfico universal*. Además de su preparación y experiencia, tuvo el acierto de saber seleccionar a sus colaboradores. Ya no se trataba de los párrocos, a quienes Miñano remitió su cuestionario para reunir la información que necesitaba para su obra. Madoz contó con varios centenares de corresponsales seleccionados —en enero de 1846 tenía 1.484—, todos ellos dirigidos con acierto, de acuerdo al plan que él hizo, quizá también con la participación de algunos de sus colaboradores. La obra, tanto por el carácter científico de su texto como por su extensión, no tiene precedentes. Tampoco tuvo Madoz imitadores que, en tiempos más cercanos a los nuestros, mejorasen su labor, proporcionando un nuevo *Diccionario* con cifras e información más recientes, hecho con los criterios que la nueva Geografía establece. Verdad es que hoy resulta asombroso pensar que, entre 1845 y 1850, se pudiesen editar los 16 volúmenes en cuarto, con cerca de 12.000 páginas y unos 105 millones de caracteres. Como otras obras análogas en el volumen, se publicó por entregas.

El *Diccionario* tenía demanda a mediados del siglo XIX. Prueba de ello es que, por las mismas fechas, se publicaron obras similares, aunque ninguna equiparable a la que organizó Madoz. El aumento de las actividades manufactureras y del comercio exigía una obra como el *Diccionario geográfico*, especialmente en una época en que se había impuesto una nueva división territorial y administrativa desde 1834.

Francisco Quirós utiliza la información que proporciona el *Diccionario* para los núcleos de población sobre situación y clima, calles, plazas, paseos y arrabales, aguas, alcantarillado, beneficencia, instrucción, edificios notables —religiosos y civiles—, mercados, comercios, cementerios, cuarteles, cárceles y presidios, lugares de diversión pública, fortificaciones, caminos, puertos y canales, servicios de correos y de viajeros, ferias y mercados, fiestas y romerías, producciones, industria, comercio, población, riqueza y

Qué es



Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».



Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

SUMARIO

	Págs.
«Las ciudades españolas en el siglo XIX», por Gonzalo Anes, sobre <i>Las ciudades españolas en el siglo XIX</i> , de Francisco Quirós Linares	1-2-3
«Otra historia de España», por Antonio Domínguez Ortiz, sobre <i>Enciclopedia de Historia de España. IV. Diccionario biográfico. V. Diccionario temático</i> , de Miguel Artola (coord.)	4-5
«Teoría sociológica y comunidad científica», por Ignacio Sotelo, sobre <i>La realidad social y Sociedad y lenguaje. Una lectura sociológica de Saussure y Chomsky</i> , de Miguel Beltrán	6-7
«Ciencia y religión», por Ramón Pascual, sobre <i>John Paul II on Science and Religion. Reflections on the New View from Rome</i> , de R. J. Russell, W. R. Stoeger y George V. Coyne	8-9
«Werner Heisenberg y la física alemana», por Carlos Sánchez del Río, sobre <i>Uncertainly. The life and science of Werner Heisenberg</i> , de David C. Cassidy	10-11
«Alvaro Cunqueiro, ensayista en gallego», por Xesús Alonso Montero, sobre <i>Obra en galego completa. IV. Ensaíos</i> , de Alvaro Cunqueiro	12

Viene de la página anterior



contribuciones, mejoras e historia civil y eclesiástica.

Madoz tenía una buena formación como geógrafo. En su obra se plantea las mismas preguntas que Humboldt en su *Descripción de la Nueva España* o que Ramón de la Sagra en su *Historia física, política y natural de la isla de Cuba* (los primeros volúmenes de esta obra ya habían sido publicados antes de que Madoz comenzara a editar los primeros tomos del *Diccionario*). Como señala Quirós, la diferencia entre estos autores y Madoz es que éste tiene que clasificar toda la información reunida, según el orden alfabético de las entidades de población y accidentes geográficos que describe. Si alguien decidiese aprovechar la información recogida y clasificada en el *Diccionario* para integrarla con el fin de entender lo que era España, lograría un éxito mucho mayor que el que se hubiera podido alcanzar cincuenta años después, o incluso cien, por el hecho de que nadie, después de Madoz, volvió a hacer un esfuerzo análogo al suyo.

Gracias al *Diccionario*, Francisco Quirós consigue dar una visión global de los núcleos urbanos en la España del siglo XIX. Tenía la posibilidad de utilizar la información que proporciona Madoz y completarla con la que resulta del gran número de guías, historias locales, noticias de prensa e investigaciones que se han publicado sobre algunas ciudades españolas y que proporcionan datos sobre la época a que se refieren el *Diccionario* y el *Atlas*. Quirós optó por prescindir de todas estas fuentes de información, concretándose a los datos que proporciona el *Diccionario*. Lo hizo así por tratarse de un trabajo que emprendió él solo, ya que, de querer alcanzar mayor grado de rigor y precisión —cosa que no se logra siempre por el solo hecho de tener más datos—, quizá no hubiera concluido la obra en lo que le queda de vida. A las generaciones futuras tal vez les llegase alguna noticia del proyecto y del trabajo inconcluso que —con suerte— podría acabar en carpetas en alguna biblioteca, sin que pudieran utilizar su esfuerzo —sino parcialmente— otros investigadores. Quirós renunció a tiempo a esta idea: decidió utilizar la información que proporciona el *Diccionario* de Madoz y completarla, cuando le resultó posible y hacedero, con la que le facilitaban las obras que tenía a mano en el momento de escribir el texto.

Para una descripción de cómo eran las ciudades y villas españolas a mediados del siglo XIX, la obra de Madoz plantea problemas por las diferencias en el tratamiento de los distintos aspectos. Ya se han señalado los asuntos de que tratan los textos del *Diccionario*. Sus omisiones consisten en que no se alude a cómo eran, en las ciudades, villas y pueblos españoles, las casas de las gentes con menos ingresos, ni hay referencias sobre condiciones y remuneración del trabajo.

Quirós, para clasificar como núcleo urbano una entidad de población, aplicó el criterio del número de habitantes, con las consiguientes modificaciones según las distintas zonas de España. Así, en Galicia clasificó como núcleos urbanos los que superaban «unos pocos cientos de habitantes». Para la Baja Andalucía, consideró que habrían de tener «algunos miles». Aplicó el *Nomenclátor* de 1857. Resultaron de la selección 1.800 núcleos. Eliminó los que —según las noticias de Madoz— no tenían ningún rasgo propio de una entidad urbana. Con muy buen sentido —y de acuerdo con criterios propios del historiador que es también Francisco Quirós— no excluyó los núcleos de población que, en el pasado, fueron villas o ciudades, para plantearse la cuestión de por qué dejaron de serlo. A la inversa: si, en tiempos de Madoz, algunas entidades de población eran pequeñas aldeas, y desde entonces a nuestros días se convirtieron en núcleos urbanos, Quirós los incluyó también para explicar a qué se debió el cambio. Una vez

hecha la selección, tomó del *Diccionario* cuantos datos proporciona sobre morfología y funcionalidad de los núcleos urbanos y los clasificó por epígrafes. Dentro de las «transformaciones económicas» presenta la renovación de los transportes terrestres, de ríos y canales navegables y de los puertos. Sitúa la industria «entre el artesanado y el maquinismo», y trata especialmente de la textil, sin que ello signifique que no conceda atención a la industria siderúrgica, dentro de la que considera con más detenimiento los talleres de fundición y construcción de máquinas y las fundiciones de plomo. En aquellos años, la zona siderúrgica más importante era la de Marbella-Málaga, aunque ya fueran dignas de mención las fábricas de El Pedroso, en Sevilla; los Navacillos, en Toledo; Trubia y Mieres, en Asturias; Sabero, en León; Sargadelos, en Lugo; y Bilbao. La prosperidad de Cartagena, Mazarrón, Cuevas de Vera, Adra y La Carolina se basaba en las fundiciones de plomo. Otras industrias, como la de loza fina a la inglesa, las de vidrio, las de fabricación de papel, las artes gráficas, la molinería, la fabricación de aguardientes, las fábricas de tabacos, influyeron en la morfología y en la vida de los núcleos urbanos en que surgieron y se desarrollaron.

Quirós escribe interesantes páginas sobre el comercio. Lo sitúa entre el conservadurismo de las formas tradicionales y la renovación: ferias y mercados conservaban, a mediados del siglo XIX, «toda su vitalidad». Siguen siendo frecuentes, como en el siglo XVIII, las solicitudes de concesión de ferias. Sin embargo, a mediados del siglo XIX algunas ferias famosas habían perdido parte de su importancia. Los mercados conservaban sus peculiaridades y su función —lo mismo que las ferias— de suministrar a las gentes del campo cuanto necesitaban para su consumo y para las explotaciones agrarias. Aunque el comercio mantuviera su arcaísmo, comenzaban ya a extenderse nuevas técnicas y a generalizarse las ya conocidas. La nueva división político-administrativa, provincial y judicial de los años 1833-1834, influyó en el desarrollo urbano en la España del siglo XIX, por lo que Quirós le concede la debida atención: señala la ventaja que resultaba de que un núcleo de población fuese convertido en capital, «sin serlo previamente de hecho o de derecho». Tales «conversiones» dieron lugar, a veces, a que se alterase el orden público y hasta a acciones armadas: en 1849, vecinos de Pontevedra se atrincheraron en el convento de San Francisco para defenderse de los viganes, que, «con tropa y dos cañones», acudían «a disputar la capitalidad de la provincia».

El epígrafe sobre la pérdida del poder económico de la Iglesia es del mayor interés. Quirós es buen conocedor del proceso de venta de los bienes de la Iglesia por sus investigaciones sobre la desamortización hechas en los años de su juventud. Madoz, por su pensamiento y actitudes liberales era favorable a la desamortización. Siendo ministro de Hacienda, en 1855, se decretó la llamada Desamortización general. Se la suele llamar *de Madoz*. No es de extrañar que, en el *Diccionario*, conocidas las ideas de su promotor, se recoja interesante información sobre las repercusiones urbanas de las ventas de los bienes de la Iglesia. Por ello, Quirós puede describir y analizar los efectos de las ventas, que tanto repercutieron en la morfología urbana al poner en el mercado extensiones de suelo y edificios. También influyeron las ventas, al empobrecer a la Iglesia, en que disminuyera el número de clérigos. La ciudad de Toledo fue una de las más afectadas. Dembowski, viajero autor de varias cartas que luego publicó en forma de libro con el título *Dos años en España y Portugal durante la guerra civil 1838-1840*, se refirió a su visita a Toledo y a la disminución de las rentas del Cabildo y de

la Mitra como consecuencia de las ventas de tiempos de Mendizábal. Por ello —dirá—, «la ciudad entera se ha resentido cruelmente de estas enormes reducciones porque, salvo la grande y célebre fábrica de armas blancas, toda la industria toledana se reducía a todo lo que tiene relación con los ornamentos de iglesia, como la existencia de los numerosos mendigos dependía de las limosnas de las iglesias y de los conventos». El resultado, que él veía natural, era «el odio que Toledo profesaba a los liberales».

En todas las iglesias, «con menos sacerdotes y con menos recursos disponibles para el culto, éste perdió —como señala Quirós— gran parte del fasto con que se celebraba». Toledo quedaba, a mediados del siglo XIX, como «un vasto archivo de recuerdos» en el que el abandono y la pobreza se iban «apoderando de todas las clases».

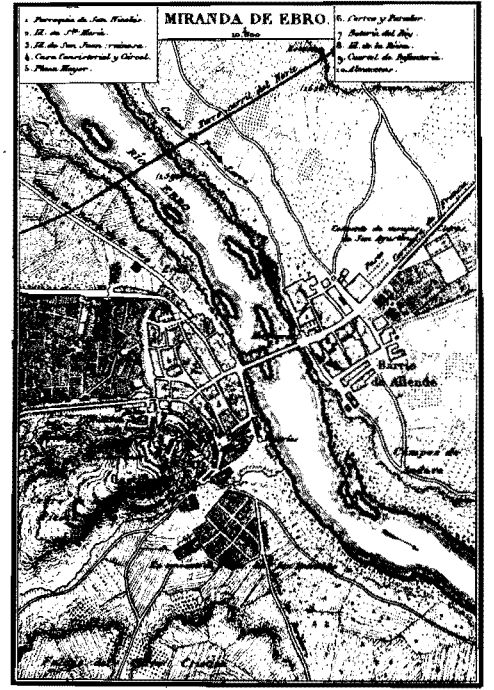
Los seminarios conciliares de las ciudades episcopales vieron, como es lógico, disminuir el número de vocaciones al ser menores los recursos de que disponían: el seminario de Orihuela estaba cerrado —a mediados del siglo XIX— por falta de rentas. El de Burgo de Osma tenía muy pocos alumnos por el nuevo plan de estudios y porque ya no podía dar enseñanza gratuita por falta de recursos.

El *Diccionario* de Madoz proporciona información sobre los cambios en el pavimento de calles y plazas, en el abastecimiento de aguas, en el alcantarillado, en los servicios públicos de limpieza, en el funcionamiento de mercados y mataderos, en el alumbrado, en los servicios contra incendios, en los relojes públicos. De todos ellos da cuenta Francisco Quirós, señalando los distintos grados de renovación, que significaron retrasos en algunas villas y ciudades, en el alcantarillado y la conducción de aguas, por las inversiones que exigían.

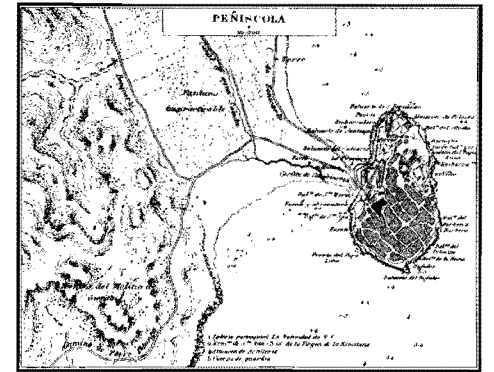
Los problemas que planteaban las murallas condujeron a que se pensase en la conveniencia de suprimirlas. Al disponer de espacios desamortizados, fue posible edificar en ellos tanto casas de vivienda como edificios que exigía el nuevo orden político-administrativo. A mediados del siglo XIX había importantes factores de renovación del caserío urbano, en el que el aumento de la altura es uno de los elementos más visibles, aunque persistan arcaísmos y haya ciudades que decaigan, como Alcalá —privada de su Universidad—, Escalona, Toledo, Granada, Córdoba...

Calles, plazas —con sus distintas funciones—, ensanches, afueras y arrabales son presentados por Quirós con todo el detalle que permiten los datos y descripciones del *Diccionario*. Igual cabe decir, respecto a las ciudades marítimas, de los baños, que a veces por prescripción médica y también para disfrutar de ocio, atraen a gentes adineradas de las ciudades del interior hacia la costa, en una época en que es aún incipiente el veraneo a larga distancia del lugar en el que se reside habitualmente.

Paseos y jardines, con sus fuentes y demás elementos ornamentales y arbolado; teatros, plazas de toros, otros lugares o locales de espectáculos, liceos, círculos y casinos, fondas y cafés, casas de baño, establecimientos de beneficencia (inclusas, casas cuna, casas



Miranda de Ebro.



Peñíscola.

de expósitos), hospicios o casas de misericordia, hospitales (civiles y militares), manicomios, cárceles y presidios, correccionales, son objeto de estudio detenido para completar el retrato de las ciudades españolas a mediados del siglo XIX. No podía faltar el cementerio: «el jardín melancólico» lo denomina Quirós. Al suprimir los enterramientos «intramuros», según exigencia «ilustrada» que se discutió a finales del siglo XVIII, fue necesario determinar un espacio, fuera del núcleo urbano, en el que situar el cementerio. Todas las ciudades y villas lo tenían a mediados del siglo XIX, aunque fuese de construcción reciente en algunas, como muestra Quirós en interesante lista de fechas y localidades. Recinto y traza, botánica funeraria, pompas fúnebres, «espacio especulativo», «segregación social», son epígrafes suficientemente ilustrativos, en su expresividad, de los planteamientos de Quirós sobre estos «microcosmos de la muerte» en los que se reflejan, reducidas en el espacio, las diferencias y problemas del mundo de los vivos.

* * *

Las ciudades españolas en el siglo XIX, como se decía al comienzo de esta nota, es un magnífico libro. Merece felicitación su autor por las excelentes páginas que dedica a los distintos aspectos que pueden contribuir a que entendamos cómo eran villas y ciudades en la España de mediados del siglo XIX. Para ello, Quirós ha sabido elegir la información, tratarla y presentarla con claridad precisa. No se ha dejado ganar por tentaciones eruditas. Hubiera podido tener más datos, más información. Entonces, «los árboles no le hubieran dejado ver el bosque», con lo que tampoco habiéramos podido verlo los lectores. La combinación de texto, fotografías y planos da lugar a un libro excepcional por el que es obligado no sólo felicitar a su autor, sino también a Ambito Ediciones por haber tomado la decisión de llevar a cabo la empresa de ponerlo en manos del público.

RESUMEN

Un experto en geografía histórica urbana, Francisco Quirós, basándose en los planos de Francisco Coello, en el *Diccionario* de Madoz y en las vistas de ciudades de Guesdon, ha pre-

parado un libro en el que aparece la España del siglo XIX a vista de pájaro, consiguiendo con todo ello una extraordinaria obra que Gonzalo Anes celebra en estas páginas.

Francisco Quirós Linares

Las ciudades españolas en el siglo XIX

Ambito Ed., Valladolid, 1991. 316 páginas. 12.000 pesetas.

Otra historia de España

Por Antonio Domínguez Ortiz

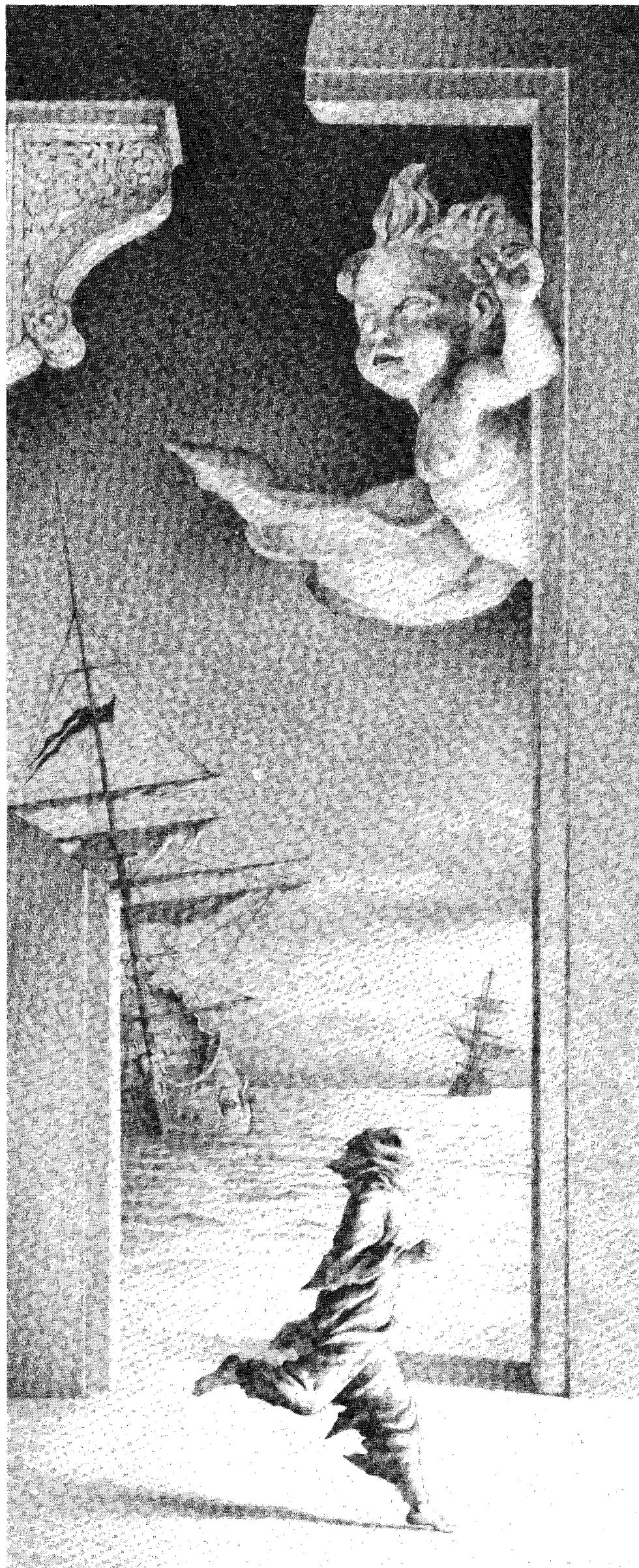
Antonio Domínguez Ortiz (Sevilla, 1909) ejerció la docencia hasta su jubilación en 1979. Es académico de la Historia, doctor «honoris causa» por varias universidades, Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales (1982) y Premio Menéndez Pidal (1986). Su amplia bibliografía se ha centrado en Sevilla, Andalucía y la España de la Edad Moderna.

Prosigue su lenta y firme andadura la empresa acometida por Alianza Editorial y pilotada por Miguel Artola: nada menos que lanzar una nueva *Historia de España*. Cuatro años después de aparecer los tres primeros volúmenes, he aquí otros dos, muy densos y abultados; sólo faltan otros dos para culminar la tarea. ¿Es posible, se preguntarán no pocos, que sea precisa una nueva *Historia de España* cuando desde hace años salen a pares y el mercado debe estar próximo a la saturación? ¿Qué novedad puede ofrecer tras haberse ofrecido al público todas las variedades, estilos y métodos expositivos? Desde historias eruditas de proporciones colosales, como la que inició hace mucho tiempo don Ramón Menéndez Pidal, hasta la apretada síntesis de dos centenares de páginas, el surtido puede complacer al más exigente. Y, sin embargo, ni la facundia de los escritores ni la demanda del público parecen en vísperas de agotamiento. Es un fenómeno de alcance no ya literario o científico, sino sociológico, que merecería ser estudiado en detalle; de momento, sólo osaré tomarlo como motivo para algunas reflexiones.

Hasta principios de nuestro siglo no había biblioteca de mediano porte que no incluyera los lujosos volúmenes de la *Historia de España* de don Modesto Lafuente. Durante mucho tiempo fue, por decirlo así, la *Vulgata* en que las clases altas y medias aprendieron nuestro pasado. Prescindiendo de los mediocres continuadores (parece que la colaboración de don Juan Valera se limitó a prestar su nombre), Lafuente realizó el modelo de historia romántica que triunfó en el siglo XIX, aunando un bagaje documental decoroso con un espíritu nacionalista y liberal. Un liberalismo no tan crítico como para deteriorar gravemente la imagen del Siglo de Oro y de las figuras consagradas. El estilo, algo pomposo, mostraba la vigencia, o por lo menos la reminiscencia, de la conocida máxima de Cicerón, para quien la historia era «opus maxime oratorium».

Transición, ruptura

El cambio de siglo significó en todos los órdenes una transición en muchos casos acentuada hasta convertirse en ruptura. En el terreno histórico, junto a los que seguían escribiendo según los cánones tradicionales, hallamos tendencias nuevas que en ocasiones significaban un cambio radical; como tal hay que conceptualizar la que introdujo don Rafael Altamira en los cuatro tomos, muy densos, de su *Historia de España y de la civilización española*. En ella, lo que empezaba a llamarse «historia externa», o sea la historia político-institucional que hasta entonces había constituido la trama esencial del relato, quedaba reducida a una porción minoritaria, mientras lo que Altamira designaba como «civilización» y hoy llamamos mejor «cultura», en sentido amplio, se tallaba la mejor parte. No era todavía una «historia total», pero se aproximaba mucho: economía, clases sociales, instrucción pública y otros aspectos ignorados o relegados a breves apéndices ocupaban ahora el centro de la escena.



PUENCISLA DEL AMO

El ejemplo halló continuadores, aunque muchos siguieron haciendo historia tradicional por rutina o por pereza, porque el nuevo método histórico exigía un bagaje cultural y bibliográfico muy superior al usado anteriormente. Pero en la *Historia de España* que comenzó a publicar en 1918 don Antonio Ballesteros se establecía un equilibrio entre ambos elementos, alternando los volúmenes dedicados a la historia política con los consagrados a los aspectos culturales. No es ágil ni atractiva la exposición de Ballesteros; con demasiada frecuencia deriva en un amontonamiento de datos y citas bibliográficas; pero hay que reconocerle, entre otros méritos, el esfuerzo que hizo, en combinación con la editorial, por «visualizar» la historia; las ilustraciones son pequeñas y de mediana calidad, pero no son un simple exorno del relato; están bien escogidas, con frecuencia inéditas, y son un complemento valioso del texto.

Capacidad de recuperación

La *Historia de España* del gran historiador catalán Ferran Soldevila llevó casi a la perfección esta complementariedad de texto e ilustraciones, y además introdujo un giro radical en cuanto al concepto global de la Historia de España, hasta entonces muy «castellanocéntrica», por extensión abusiva de una situación de predominio mesetario evidente en los siglos XV-XVII, pero de ninguna manera en los anteriores y posteriores. Soldevila, autor también de una magnífica *Historia de Cataluña*, prestó un gran servicio demostrando que se podía hacer otra lectura del desarrollo y destino de los pueblos situados dentro de la «piel de toro», y que el papel de la periferia había sido en muchos casos infravalorado por el discurso histórico tradicional. Las mismas calidades, potenciadas por su inmensa capacidad de trabajo y su conocimiento de las nuevas corrientes que surgían en la Europa de la postguerra, hallamos en la *Historia económica y social de España y América* que dirigió, al frente de un escogido equipo, Jaime Vicéns Vives, y que es uno de los hitos de la producción histórica española.

Entre la *Historia* de Ballesteros y las de Soldevila y Vicéns se había producido la gran tragedia de nuestra guerra civil, con todas sus nefastas consecuencias: interrupción de trabajos y proyectos, exilio o forzado silencio de gran parte de nuestra intelectualidad, incomunicación parcial con el resto de la comunidad científica, censura o autocensura... Es imposible cuantificar la extensión de estos daños y, sin embargo, resulta gratificante comprobar cuán fuerte es la capacidad de recuperación de un organismo vivo y sano, con qué rapidez la investigación española, superando infinitas dificultades, acortó distancias, reparó brechas y se reincorporó al movimiento general del espíritu europeo, que en el área histórica mostraba un extraordinario dinamismo. Naturalmente, no haré un relato de estos esfuerzos (y me parece urgente que alguien lo haga). Bastará recordar el interés que suscitó la polémica Américo Castro-Sánchez Albornoz; un muy significativo episodio en los chatos años cincuenta que llegó a interesar a extensos sectores del gran público culto.

La capacidad de trabajo de estas dos grandes figuras demostró que si en el terreno de la especialización ya no se podía redactar una *Historia de España* por una sola persona, las visiones de conjunto no pueden, obviamente, confiarse a un equipo; tienen que ser el producto de un temperamento indi-



Viene de la página anterior



vidual, de una filosofía personalizada. El mismo Vicéns Vives que pilotó el equipo de la *Historia económica y social* redactó las breves páginas de su *Aproximación a la Historia de España*, casi a la vez que el gran hispanista Pierre Vilar, mientras laboraba en su gigantesca *Cataluña en la España moderna*, elaboraba una síntesis de todo el milenario devenir del hombre español. En ambos casos, historia regional e historia nacional, que consideradas aisladamente dejaban flotar muchos interrogantes, se completaban y esclarecían mutuamente. ¿Han aprendido esta lección todos los autores de historias regionales que hoy proliferan? Me temo que no en todos los casos.

Esta contraposición entre grandes producciones elaboradas por equipos de especialistas y breves síntesis personales es sólo una de las alternativas que hoy ofrece nuestro panorama histórico; porque hay otras fórmulas, nacidas de la necesidad de aprisionar la masa inmensa de hechos y fenómenos y ofrecer de ellos una imagen coherente. En los últimos tiempos se han ido incorporando a la vieja historia político-institucional, que sigue conservando su vigencia, grandes parcelas de terrenos contiguos o de colonización reciente: temas antropológicos y sociológicos a los que los historiadores dan un tratamiento distinto; «humanización», por decirlo así, de una historia económica entendida de forma demasiado materialista; síntesis difícil, pero necesaria, de individuo y masa, de lo cualitativo y lo cuantitativo... Los problemas metodológicos que se plantean son inmensos, y no es el menor de ellos encontrar adecuados métodos expositivos. ¿Cómo fundir en una narración muchas corrientes paralelas que se entrecruzan y que tienen ritmos temporales propios? La Historia está inmersa en el tiempo, es temporal por esencia; pero el tiempo individual no es el colectivo, el de las sociedades tradicionales no es el tiempo galopante de las sociedades de vanguardia, el que mide los hechos políticos no rige en los fenómenos culturales; de ahí tantos desajustes, contradicciones, arritmias. Nuestro Siglo de Oro cultural culminó bastantes décadas después del apogeo político del imperio hispánico; del retraso con que los descubrimientos de la ciencia pura se traducen en progresos técnicos se pueden aducir innumerables ejemplos, y por citar un caso hoy de actualidad, las epopeyas y tragedias del descubrimiento de América pueden explicarse como el contacto brusco, brutal, de dos culturas regidas por «tiempos vitales» muy diferentes.

Discurso narrativo

En realidad, el problema de representar mediante un discurso narrativo muchos sucesos simultáneos es insoluble; o se mezcla todo en una narración única, renunciando a la unidad temática, o se tratan sucesivamente los diversos temas, renunciando a la simultaneidad, y ambos procedimientos tienen sus ventajas y sus inconvenientes. Las tablas que ofrecen algunas obras en apéndices, destacando en columnas paralelas hechos de diverso tipo, pueden ser útiles para consultar la fecha de un hecho concreto, pero en el plano conceptual pueden inducir a error. Hay ciertas conexiones entre los hechos, tan distintos y señeros, que ocurrieron en España en 1492, porque en todos actuaba un sustrato político-religioso. Puede ser significativo que el *Tractatus Theologico-Politicus* de Spinoza y los *Pensamientos* de Pascal aparecieran a la vez (1670). También lo es que J. S. Bach y Haendel nacieran el mismo año (1685). Pero que ese mismo año muriese Carlos II de Inglaterra pertenece a otro orden de acontecimientos.



FRANCISCO SOLE

Hay que reconocer el ingenio que han desplegado eminentes autores como don Luis García de Valdeavellano (para nuestra Edad Media) o J. H. Elliott (para la Moderna) con el objetivo de fundir en una narración única un haz de gran riqueza temática; objetivo alcanzable sólo a medias, porque es inevitable que en el transcurso de largos y densos capítulos alternen párrafos dedicados a los avatares políticos, a las realidades económicas, a los logros culturales. La simultaneidad es inalcanzable; lo que se consigue con este procedimiento es colmar brechas, acortar distancias, evitar, por ejemplo, que tras examinar las vicisitudes de la política exterior de los Austrias hasta la muerte de Carlos II, haya que desandar el camino y situarse de nuevo en los inicios del XVI para bosquejar la atmósfera intelectual española.

Las dificultades de la tarea han espoleado la imaginación, han multiplicado las iniciativas. Una vía original es la que ha elegido Miguel Artola en la *Enciclopedia de Historia de España*. Hace veinte años, Artola, hombre de gran capacidad organizadora, reunió un grupo de historiadores y ofreció al público una *Historia de España* convencional en cuanto a su planteamiento externo, pero renovadora por la adecuada combinación de cualidades que la hacían apta para interesar a una muy amplia audiencia. Está a punto de completarse una segunda edición que incorpora lo esencial de las muchas novedades aportadas por la investigación en estos últimos años. Su estructura, como digo, sigue siendo la tradicional: un volumen dedicado a la España antigua, otro a la medieval, otro a Reyes Católicos y Austrias, demasiado comprimido por el riquísimo contenido, mientras se mueven con más desahogo, en límites cronológicos más reducidos, el que Gonzalo Anes consagra al siglo XVIII y los

tres dedicados a la España contemporánea. Preside el conjunto la unidad, no la uniformidad; dentro de ciertas normas comunes, cada autor ha tenido libertad para abordar su tarea según sus propias normas.

Ahora Artola, secundado por un equipo muy numeroso, en el que figuran representantes de todas las especialidades, aborda la realidad milenaria y multiforme de España desde otro ángulo y ofrece al público una serie de corte original: una *Enciclopedia* integrada por varias secciones: la primera, aparecida en 1988, es una historia temática distribuida en tres grandes apartados: Economía y Sociedad, Política y Cultura. Cada uno de ellos llena un denso volumen y se subdivide en monografías independientes; por ejemplo, el tercero estudia sucesivamente la Iglesia (dos temas), el Pensamiento (cuatro monografías) y la Cultura en sentido más restringido, o sea, la literatura y el arte. Estamos, pues, en los antípodas de la narración lineal; quien quiera tener una idea de cómo se ha desarrollado entre nosotros el pensamiento jurídico, pongo por caso, no necesita espigar y revolver páginas de una historia general

RESUMEN

La progresiva ampliación, señala Domínguez Ortiz, del dominio histórico ha multiplicado las dificultades inherentes a una exposición que trata de encerrar una gran variedad de materias en un discurso único y coherente. Muchas son las fórmulas ensayadas en el siglo actual

para la postre recolectar una magra cosecha; dispone aquí de una espléndida síntesis en 80 páginas redactada por don Francisco Tomás y Valiente.

Esta historia temática, aunque valiosa, requiere complementos. Los 26 grandes temas no lo abarcan todo; quedan huecos, algunos de bastante volumen; falta también lo que podríamos llamar el tejido conjuntivo, algo que unifique y muestre las relaciones entre unas monografías muy individualizadas. Hasta que la *Enciclopedia* no haya finalizado su laboriosa gestación no podrá ser enjuiciada en su totalidad; acaban de aparecer dos volúmenes de diccionarios: uno de personas, otro de materias, y restan otros dos que seguramente serán originales y útiles, pues abarcarán un actualizado atlas histórico, cronologías, elencos de altas autoridades (hoy no es pequeña tarea saber quién era presidente del Consejo de Castilla o virrey de Sicilia en determinada fecha), catálogos de fuentes e índices generales.

Mientras aparecen estos últimos tomos, echemos una ojeada a los dos recién aparecidos. El *Diccionario temático* es un imponente volumen de 1.248 páginas en el que han colaborado más de 200 especialistas en diversas materias. En él se ofrece información esencial lo mismo sobre las constituciones, códigos y concordatos que sobre las academias, batallas, impuestos tradicionales, compañías y bancos de mayor raigambre, etc. Condiciones obligadas del género son la concisión, el estilo neutro, impersonal, echándose algunas veces de menos la ausencia de algún rasgo pintoresco, de alguna reflexión más aguda. Pero éstas, repito, son limitaciones propias del género. El *Diccionario biográfico* es menos extenso (912 páginas) y bien se echa de ver, porque los escasos dos millares de personajes reseñados, aunque forman una falange bien nutrida, acusan huecos muy visibles; por citar sólo un caso, creo que bien merecería figurar en ella el polígrafo y hombre de Estado Ibn-al-Jatib, a quien podemos considerar como el último representante destacado de la gran cultura hispanoárabe. Músicos e historiadores han resultado especialmente desfavorecidos en el reparto. Sin duda, en ediciones sucesivas se remediarán estos fallos, pero nunca una obra de este género podrá compensar la falta que sufrimos en España de un gran repertorio biográfico como lo tienen otras naciones.

En conjunto, yo veo esta gran empresa que ahora se acerca ya a su fin no como una alternativa absoluta, sino como el complemento de una historia de cuño tradicional. La ya clásica *Historia de España* en siete volúmenes y los otros siete que tendrá la *Enciclopedia* formarán un sistema binario que, a medio camino entre la síntesis escueta y el colosalismo de la gran *Historia* que inició Menéndez Pidal, suministre al estudioso la información esencial, puesta al día, sobre esa gran realidad histórica que es España, incluyendo la huella que dejó en los países que giraron en su órbita.

Miguel Artola (coord.)

Enciclopedia de Historia de España. Tomo IV: Diccionario biográfico. Tomo V: Diccionario temático.

Alianza Editorial, Madrid, 1991. 912 y 1.248 páginas. 5.300 y 6.500 pesetas.

reflejando la renovación y ampliación de un material inagotable. Miguel Artola, que ya dirigió con notorio éxito una *Historia de España* de tipo convencional, lanza ahora una *Enciclopedia de Historia de España* concebida a partir de una fórmula compleja y original.

Teoría sociológica y comunidad científica

Por Ignacio Sotelo

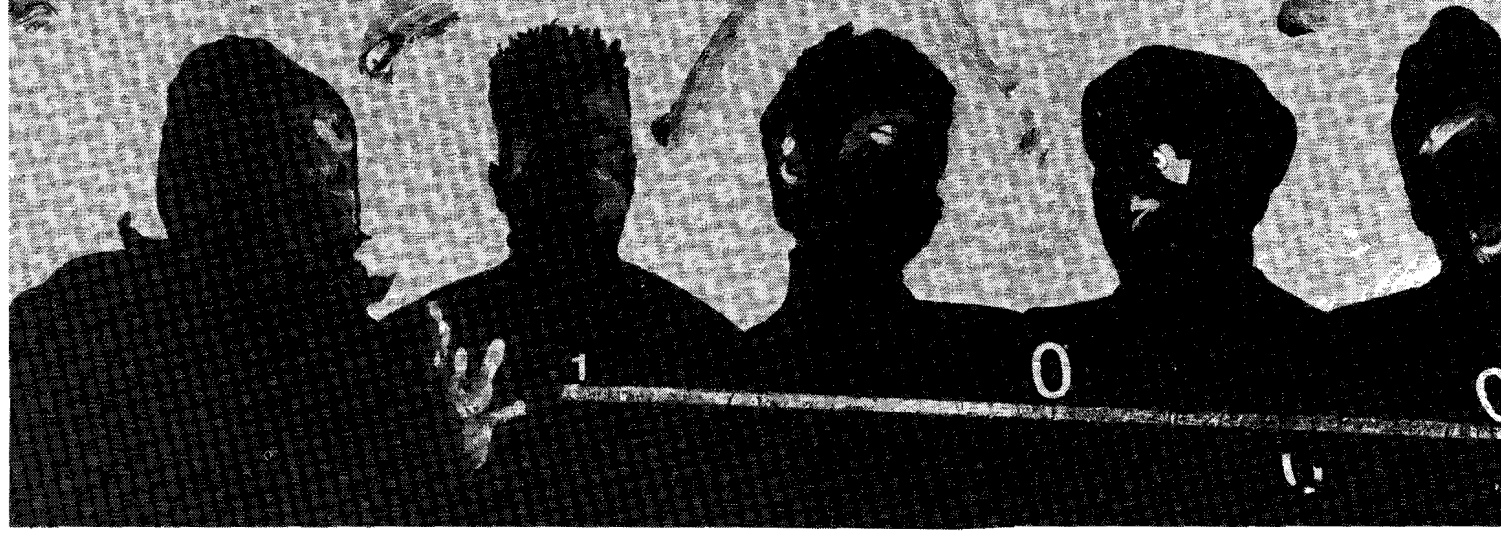
Ignacio Sotelo (Madrid, 1936) es licenciado en Filosofía y Letras y en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid y doctor en Filosofía por la de Colonia. Desde 1973 es catedrático de Ciencias Políticas en la Universidad Libre de Berlín. Entre sus libros figuran *Sociología de América Latina*, *Del leninismo al estalinismo* y *El socialismo democrático*.

Tal vez sea un juicio precipitado, que a lo peor queda desmentido en el futuro, pero se acumulan los indicios—entre los que sin duda habría que citar los dos últimos libros de Miguel Beltrán— que abundan en la opinión de que la sociología española habría adquirido ya entidad suficiente para poder lanzarse a la reflexión teórica. El hecho es que no sólo disponemos de equipos de profesionales que realizan una investigación muy digna sobre los más variados aspectos de la realidad social española, no sólo se han multiplicado los centros dedicados a la enseñanza de la sociología—imprescindibles para obtener la necesaria «masa crítica», pese a los problemas de empleo que originan—, sino que además—y es lo decisivo— contamos con algunos sociólogos que, como Emilio Lamo de Espinosa, Jesús Ibáñez, Víctor Pérez Díaz, «last but not least», Miguel Beltrán—la lista, desde luego, no es completa—, han mostrado en sus publicaciones una cualificación muy especial para la «teoría sociológica».

Podrá decirse que la sociología ha arraigado en España el día que, además de aplicar a la realidad propia los conocimientos y técnicas de investigación que se importan de los centros piloto—tarea que hemos llevado a cabo en los últimos treinta años—, se haya conseguido una independencia creadora en los planteamientos. Meta que en ningún caso debe entenderse como un cortar las amarras o, más grave aún, un ignorar lo que se hace fuera. La ciencia es universal y vive de la comunicación, de modo que un país entra de pleno derecho en la «comunidad científica internacional» cuando las relaciones que mantiene con los centros piloto no son tan sólo de sumisión y dependencia, sino, cada vez en mayor medida, de cooperación basada en un conocimiento mutuo. Medida con criterio tan estricto, es obvio que la sociología no ha echado todavía raíces en España; lo único que afirmo es que tal vez se halle al inicio de esta etapa si, en relación estrecha con la de los países más avanzados, lograse desarrollar la «teoría» por sus propias fuerzas.

A un despliegue independiente de la «teoría sociológica» concurren hoy en España factores favorables—crecimiento económico, desarrollo cultural, entre los que, obviamente, el principal es contar ya con un plantel de sociólogos competentes—, pero también no pocos obstáculos, en buena parte originados por la falta de una «comunidad científica» o, con mayor precisión, por alguno de los rasgos que caracterizan a la existente como una «falsa comunidad» que, en vez de apoyar el despliegue de la «teoría», más bien induce a que aborten los intentos en este sentido. La sociología, como tantas otras cosas en España, se encuentra en una «encrucijada», incluso se podría decir «crisis», si el concepto se toma en el sentido hipocrático de punto «crítico» en que el enfermo no puede más que mejorar, o perece. Voy a tratar de mostrar, sacando un tanto las cosas de quicio, los elementos negativos que provienen de la «comunidad científica» a partir de los dos libros de Miguel Beltrán, publicados recientemente.

El actual catedrático de Sociología de la Universidad Autónoma de Madrid atrajo ya la atención con un libro importante, *Ciencia y Sociología* (1979, 1988), que deja constancia de sus amplios conocimientos y, sobre todo,



de su capacidad de enterarse de lo que de verdad piensan los demás, pero que adolece de un pecado original: haber servido de «memoria» en unas oposiciones que, claro está, no hay que atribuir a él personalmente, sino al sistema imperante de selección del profesorado.

Una «memoria» del opositor, si quiere acoplarse a este fin—y sería ridículo no tenerlo muy presente, tanto en lo que se dice como en lo que se calla—, está encorsetada en una serie de condicionamientos extracientíficos: hay que mostrar que se «dominan» todas las escuelas (sería suicida dejar de lado una que el tribunal pudiera considerar importante sólo porque, desde los propios criterios, no interesa demasiado), así como conviene mantener un prudente equilibrio entre ellas, ya que resulta demasiado arriesgado tomar partido por una cualquiera. Tener las ideas claras sobre el valor de las de los demás, atreverse a planteamientos provocadores o demasiado originales, en fin, marchar impertérrito por una senda propia, se paga a un precio alto en cualquier examen.

Discusión viva

La ciencia vive de la discusión, hasta de la polémica bronca; nuestro sistema de selección del personal científico impone, en cambio, una ilimitada comprensión de lo que escriben los colegas, con la consiguiente falsa armonización de las distintas posiciones teóricas. Para obtener reconocimiento académico, lo principal es avenirse con todo el mundo, evitando cualquier «escándalo»; en cambio, en la capacidad de encandilarse con una idea germinal que luego, si hay suerte, resulta fructífera, se muestra el talento del científico. La «teoría» conlleva siempre su buena dosis de unilateralidad, de «exageración», incluso, de falta de modestia—«yo llevo razón y los demás, no»—, caracteres que no encajan en el «ritual» de la «oposición». Lo asombroso es que, pese a las reglas de juego que aquellos ejercicios imponían, pudiera colarse de vez en cuando algún científico. El que el sistema actual, al menos en la práctica, sea tan malo, puede que peor, no mejora un ápice al anterior, como argumentan tantos nostálgicos.

Tan sorprendente como laudable es que Miguel Beltrán, «rara avis», una vez conseguida la cátedra, no se haya desinteresado de la «teoría», sino que, con la libertad que otorga este «status», haya continuado dándole vueltas a los mismos temas. Los trabajos, en cierto modo complementarios y esclarecedores del libro anterior, escritos en el decenio que va de la primera a la segunda edición, son los que ahora recoge en *La realidad social*.

Un comentario crítico de cada uno de ellos—que bien lo merecen por su calidad—

sobrepasa con mucho el espacio disponible y, sobre todo, el alcance de una reseña dirigida no exclusivamente al especialista. Me limitaré a transmitir tan sólo qué idea de la sociología se desprende de una lectura detenida de estos textos. Porque el lector del libro—y no es mérito baladí— obtiene la debida claridad en este punto crucial. Pero, antes de exponerla sucintamente, importa resaltar que Beltrán escribe con gracejo, sin ocultar su pensamiento, o más bien la falta de pensamiento, en una jerga incomprensible. En los países científicamente poco desarrollados, a menudo pasa por «teoría» un galimatías que hace referencia a una infinidad de nombres y de fichas bibliográficas.

Justamente porque Beltrán se distancia de los viejos intentos de reducir la sociología a una ciencia empírica según el modelo de las ciencias naturales—muy atinadamente pone en tela de juicio «que exista algo que pueda ser llamado sin equivocidad el método científico» (pág. 97)—, deja espacio para plantear, como problema, cuál sea el rango ontológico de «lo social» y, en consonancia, el método propio de una ciencia social. Por lo pronto, la sociología ha de aprehender lo que «es», así como lo que «parece que es». La «aparición» importa a la sociología, porque incide sobre la «realidad»; si se quiere, es otro modo de la realidad, siempre que se distinga entre ambas. Ni el kantismo ni la «filosofía del lenguaje» le han arrancado de su posición «realista». La «sociedad», o si se quiere, para no caer en hipóstasis alguna, «lo social», no sería una mera «construcción ideal», sino que, de algún modo, tiene «realidad», que tal vez se descubra, como último sustrato, en los «modos de producción», «materialismo» que comparte con su buen amigo Marvin Harris.

Desde este realismo básico—«lo social» existe por sí, aunque, en último término, tal vez no consista más que en «relaciones sociales»—, Beltrán es consecuentemente defensor del sentido común. No cree, con Gaston Bachelard, que sentido común y ciencia tengan necesariamente que contraponerse («ruptura epistemológica»). «Es justamente el sentido común el «locus» privilegiado de las apariencias: lo que la gente piensa de la sociedad en la que vive no es necesariamente ni una visión totalmente objetiva ni tampoco totalmente mistificada de tal sociedad» (pág. 30). De ahí que al sociólogo le importe tanto lo que «es» como lo que «aparece», sin caer por ello en la tentación de reducir lo uno a lo otro.

En rehuir cualquier forma de reduccionismo que disuelva «lo social» en la conducta individual—«conductivismo»— o en su base biológica—«sociobiología»—, consiste el empeño matriz de todo el pensamiento de Beltrán. Lleva toda la razón cuando se distancia del primer Parsons, constructor de una afinidad inexistente entre Max Weber y Emile Durkheim, y a la hora del resurgir del primero

opta claramente por el segundo: «lo social» no sería una «construcción ideal», imprescindible para interpretar «las relaciones interindividuales», como quiere Weber, sino un «hecho real», a la manera de Durkheim.

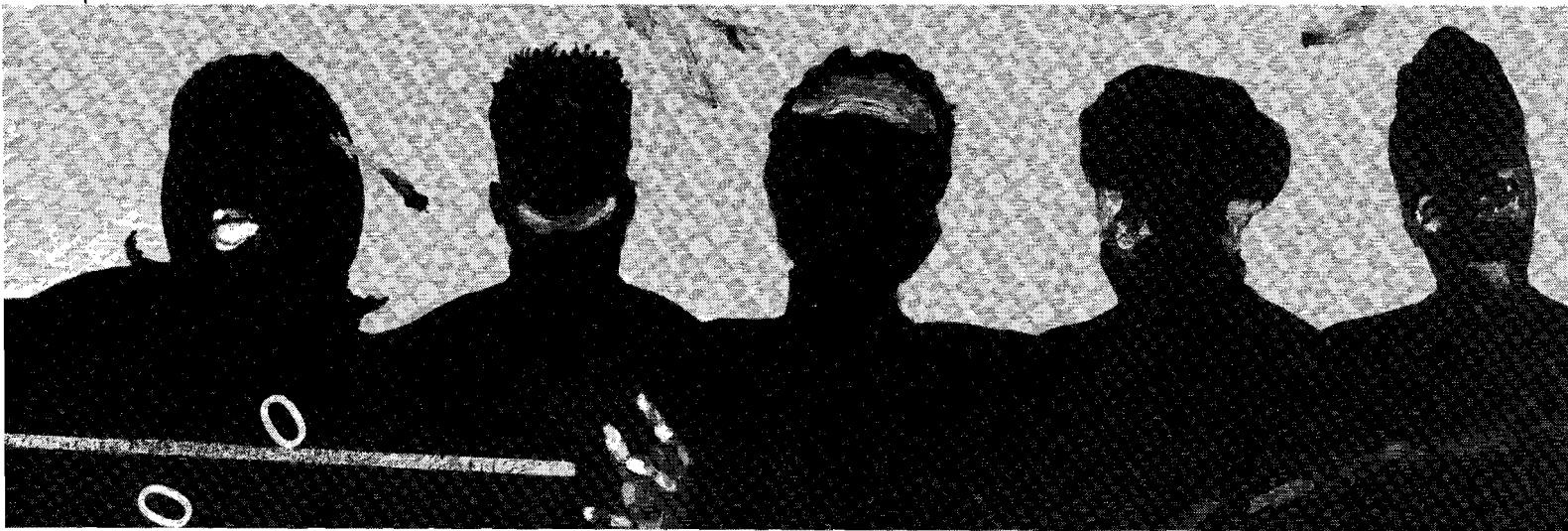
«Lo social» tendría, pues, una entidad propia, irreductible a cualquier otro modo de realidad individual o biológica. «La sociología no se interesa por individuos ni por conjuntos o agregados de individuos, sino por algo diferente no reductible a lo individual» (página 50). Captarlo es el «objeto» de una ciencia particular, la sociología. La dificultad radica en que, como ciencia establecida, sólo muy minoritariamente comparte esta opinión. Los sociólogos conciben de muy diferentes formas su «objeto», bien subrayando, como Beltrán, una entidad propia, bien tratando de reducirlo a otras realidades que se consideran fundamentales: la física, la biología, la psicología, la historia. Smelser ha identificado cinco «marcos conceptuales» en la tradición sociológica, y según los criterios que se elijan, podrían distinguirse algunos más o algunos menos. En todo caso, la multiplicidad de «marcos conceptuales», con el correspondiente «pluralismo de métodos» que ha desarrollado esta ciencia, no todos compatibles entre sí, es consecuencia directa de no poseer una determinación común del «objeto».

* * *

No estoy seguro de que Beltrán se haya enfrentado, con todas sus consecuencias, a la confusión congénita de la sociología sobre su propio «objeto», embrollo que arrastra desde su fundación en la primera mitad del siglo XIX, cuando Saint-Simon, desde la identificación de la «ciencia» con las ciencias físico-naturales, la llamó «física social». Sospecho que su «realismo» sociológico no encaje sin más con la asunción de las distintas comprensiones del «objeto», «pluralismo cognoscitivo», como base del «pluralismo metodológico» que defiende. Al menos Durkheim, en este punto más consecuente, extrajo del «realismo» determinadas reglas metodológicas. La pluralidad y heterogeneidad indiscutible de la realidad social, el carácter «proteico» (pág. 135) de «lo social», que con toda razón subraya Beltrán, no empece el que esta diversidad haya que comprenderla desde «lo social», como entidad propia, o desde las distintas reducciones de «lo social» (física, biológica, psicológica, histórica). El «pluralismo metodológico» que defiende no proviene, como trastrueca Beltrán, de la pluralidad y heterogeneidad de la «realidad social», sino de la distinta comprensión de esa misma «realidad», pese a que se muestre en una enorme diversidad de formas; pero en todas ellas, de lo que tendría que ocuparse la sociología que



Viene de la página anterior



ALFONSO RUANO

propugna Beltrán es de esa «dimensión social» irreductible y constitutiva.

Desde una comprensión «realista» de «lo social» no cabe asumir un «pluralismo cognoscitivo» y «metodológico» no ya sólo en la enorme variedad de las ciencias sociales, sino incluso en la sociología, último recurso de la impotencia, hoy lamentablemente de moda. Las consecuencias graves de semejante componenda quedan de manifiesto en *Sociedad y Lenguaje*, libro que, pese a su precipitado final —los libros, más que acabarlos, nos los quitamos de encima—, considero más importante que el anterior. Mientras que el que acabamos de comentar cierra una etapa, este segundo abre posibilidades nuevas al teórico de la «realidad social». En él se divisa ya tierra incógnita, aunque todavía no logre pisarla.

* * *

Desde la certeza en la entidad real de «lo social», Beltrán se pregunta por «la evidente e indiscutible dimensión social del lenguaje». No cabe cuestionar ni su «palmaria condición de realidad social», ni la importancia crucial que el lenguaje tiene en la vida social «por su condición de simbolizador universal, por su peso en el conocimiento y por ser el principal instrumento de comunicación» (pág. 9). Barrrunta, cargado de muy buenas razones, que si pudiéramos descifrarla, no sólo aprenderíamos no poco sobre realidad tan fundamental, sino que en el estudio de la dimensión social del lenguaje pudiéramos tal vez toparnos con el meollo mismo de «lo social». Hacer «teoría sociológica» muy bien pudiera significar, en el horizonte intelectual en que nos movemos, hacer «sociología del lenguaje», intuición ciertamente repleta de las más ricas promesas y que, al subyacer en cada página del libro, le otorga un considerable interés.

Aunque los lingüistas hayan estudiado el lenguaje haciendo abstracción de su dimensión social, si es ésta tan palmaria y fundamental debería importar, y mucho, a cualquiera empeñado en desentrañar su índole, y no sólo al sociólogo, que por razón de oficio ha de poner mayor énfasis en «lo social». Lo llamativo es que el especialista del lenguaje construya su teoría eliminando sistemáticamente esta dimensión que, en principio, podría considerarse esencial, pero también que haya pasado inadvertida al sociólogo hasta hace relativamente poco. Habría que empezar por dar alguna explicación a hecho tan sorprendente y, si se quiere, hasta escandaloso. Si bien es cierto que lo más elemental y manifiesto suele descubrirse al final, me temo que no baste con señalar la presencia obvia del lenguaje en toda relación social como el único factor que haya impedido caer en la cuenta de su relevancia para la «teoría social»; el tipo de comprensión sociológica de «lo social» pudiera también tener alguna culpa en

haber mantenido al sociólogo apartado de la preocupación por el lenguaje, y aquí sí que se esconden cuestiones de peso.

El libro comienza con una breve recapitulación del tratamiento recibido por el lenguaje en las ciencias sociales, sin pararse a explicar tan larga y señalada ausencia. Ciertamente en esta ocasión no pretende trazar las líneas generales de una «sociología del lenguaje». En vez de coger el toro por los cuernos, arriesgándose a una grave cogida, con encomiable cautela prefiere dar un rodeo. Pongamos antes en claro la contribución de la lingüística a una posible teoría social del lenguaje. Se propone así una tarea mucho más modesta: explicitar de qué forma dos importantes lingüistas de nuestro siglo, Saussure y Chomsky, han percibido la dimensión social del lenguaje. Cuando se columbra que el ulterior desarrollo de la «teoría sociológica» pudiera depender de un mejor conocimiento del lenguaje como «hecho social», la esperanza de encontrar en la lingüística elementos útiles al sociólogo parece un buen punto de partida.

Beltrán, en sendos estudios que destacan por la agudeza y claridad, expone los elementos principales de la teoría lingüística de Saussure y de Chomsky, para concluir que ambos, pese a sus notables diferencias, «sostienen proposiciones muy parecidas “al comienzo” de sus respectivos discursos, abandonándolas tan pronto delimitan el objeto de conocimiento de la lingüística, ya que lo hacen de la forma más asocial posible» (pág. 151). Ambos eliminan sistemáticamente la dimensión social del lenguaje, igualmente empeñados en el estudio de la lengua «considerada en sí misma y por sí misma»; más aún, coincidentes en un mismo «rechazo de cualquier concepción que pretenda colocar la dimensión social en el centro del problema» (pág. 146).

El lector podría sacar la falsa conclusión de que para este viaje no se necesitan alforjas, y que todo el esfuerzo por encontrar en dos afamados lingüistas puntos de apoyo para una «teoría social del lenguaje» habrían conducido a un rotundo fracaso. Impresión que viene robustecida por el hecho de que Beltrán no se extiende en los muchos atisbos interesantes que sobre el carácter social del lenguaje, muy conscientemente, ha ido poniendo de relieve al tratar de las dos teorías del lenguaje, y más sorprendente aún, no trata de engarzarlos al final para comentarlos desde un enfoque sociológico.

Lleva razón el sociólogo innominado al que se refiere en el epílogo: el libro hubiera necesitado por lo menos un capítulo en el que se dijese para qué sirven los dos estudios que lo componen. No se puede salir del paso diciendo que «tengo la (¿mala?) costumbre de dejar al lector la tarea de llegar a sus propias conclusiones, huyendo de imponerle las mías» (pág. 149). Le hubiéramos agradecido

que hubiera sido algo más explícito, sin temor a que sus conclusiones, siempre provisionales, las hubiésemos juzgado «imposiciones» que tratan de eliminar el espacio para la crítica.

* * *

Si tuviera que dar cuenta de un resultado tan magro como inesperado, recurriría a dos hipótesis: la primera, que el autor toma demasiado en serio la intención manifiesta de ambos lingüistas. En efecto, no cabe duda de que ambos están convencidos de que para comprender el lenguaje hay que considerarlo en sí mismo, haciendo abstracción de su dimensión social, pero que lo intenten para sus fines no quiere decir que lo hayan conseguido plenamente, ni mucho menos que hayan acertado en la eliminación sistemática de la dimensión social. A la inversa, si pensamos que ambos llevan razón, y nos convence la «epoché» que hacen de la dimensión social del lenguaje para así mejor captar su esencia, habría entonces que cuestionar, por mucho que le duela al sociólogo, el carácter primario de la dimensión social del lenguaje.

Cierto que no todo es explicable desde «lo social» —«sociologismo» que también rechaza el autor—, pero también podría entenderse la eliminación de «lo social» desde el supuesto de que no sería una dimensión irreductible, sino que habría que descomponerla en otras más profundas, es decir, dar la razón a aquellos que reducen «lo social» a otras realidades fundamentales. Si Beltrán tuviera alguna simpatía por la «sociobiología», muy bien se hubiera podido servir de Chomsky para llevar el agua a su molino.

La segunda hipótesis acude a recalcar las consecuencias graves del supuesto, ya cuestionado, de que cada objeto de conocimiento requiere su propio método, es decir, que cada disciplina tiene derecho a definir las propias competencias, sobre las que el foráneo no debería entrometerse. El sociólogo habría de ceñirse a tomar buena nota

de las conclusiones a que llega el lingüista; cualquier otra reacción sería una intromisión intolerable.

Nada impide tanto el desarrollo de las ciencias sociales —imagino que pasa tres cuartos de lo mismo en las llamadas «duras»— como la división burocrática del conocimiento en «áreas». En España, donde este mal campa por sus respetos, el Estado se ha atrevido incluso a enumerarlas y clasificarlas. En vez de acotar problemas a los que hay que hincarle el diente con los recursos que tengamos a mano, las «comunidades científicas» se reparten la realidad entre sí, preocupadas, más que de investigarla, de defender de intrusos la parcela propia, según el acuerdo tácito de que cada cual es señor en territorio propio. Afán posesivo que marca a la sociedad «burguesa» en todos los aspectos. Lo que sea el lenguaje lo definen los lingüistas sin permitir intromisión de los sociólogos, así como éstos delimitan un ámbito propio para la «sociología del lenguaje» en el que, claro está, el lingüista habrá de guardar el más estricto silencio. El reparto de la realidad en compartimentos, cada uno patrimonio de un grupo social que no admite extraños, es el obstáculo mayor con que tiene que enfrentarse el progreso del conocimiento.

Territorios acotados

Soy consciente de los elementos positivos que conlleva la «comunidad científica» al crear un punto de referencia y de control crítico —precisamente aquellos que más echamos de menos en España—, pero aun así tengo la impresión de que, si queremos salir del atolladero en que se encuentra la «teoría social», el principal obstáculo a salvar es la división artificial del conocimiento en territorios acotados que impulsa y consolida cada «comunidad científica». Cuanto más débil e impotente, más dogmática e intolerante se muestra en la defensa de los prejuicios que delimitan sus respectivos territorios. Lección que aprendemos en la historia de la ciencia; y al que menos tendría que asombrar es al sociólogo, conocedor de las interferencias sociales, con sus respectivas estructuras de poder, en el desarrollo del conocimiento y de la ciencia.

Si Miguel Beltrán consiguiese un día librarse del «nuevo ídolo del foro», que atribuye a cada disciplina competencias especiales, y se decide a estudiar la «dimensión social del lenguaje», sin preocuparle lo más mínimo si lo que hace es filosofía, sociología, antropología, lingüística o quizá está descubriendo una disciplina nueva; si lograra saltarse los linderos artificiales que establece el reparto burocrático de los distintos conocimientos, y sin la excesiva prudencia que le caracteriza, se abriera a la realidad sin antojeras preconcebidas, podría escribir un libro notable sobre la realidad social del lenguaje. Claro que al precio de centrar en él la animadversión del gremio al que pertenece.

RESUMEN

Para Ignacio Sotelo, que comenta dos obras de Miguel Beltrán, bien puede decirse que la sociología española presenta indicios suficientes como para poder lanzarse a la reflexión teórica y, por tanto, escribe

Sotelo, podrá pensarse que ha arraigado el día en que se consiga una independencia creadora en los planteamientos, sin romper por ello las amarras con la comunidad científica.

Miguel Beltrán

La realidad social

Tecnos, Madrid, 1991. 185 páginas. 1.380 pesetas.

Sociedad y lenguaje. Una lectura sociológica de Saussure y Chomsky

Fundación Banco Exterior, Madrid, 1991. 165 páginas. 1.345 pesetas.

Ciencia y religión

Por Ramón Pascual

Ramón Pascual (Barcelona, 1942) es catedrático de Física Teórica de la Universidad Autónoma de Barcelona, de la que ha sido rector. Académico de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona. Ha sido profesor de varias universidades españolas y ha investigado en la JEN (Madrid), el ICTP (Trieste), el CERN (Ginebra), Orsay (París) y el Rutherford Laboratory (Oxford).

El problema de las relaciones entre la ciencia y la religión, o la teología, no es nuevo, aunque parece que últimamente el interés por dichas relaciones ha aumentado. Prueba de ello es que han aparecido propuestas de diálogo, lugares de discusión y publicaciones que contienen las opiniones de científicos, filósofos y teólogos sobre el complejo campo de las relaciones mutuas entre la ciencia y la religión y sobre su posible compatibilidad o incompatibilidad. Sin ningún ánimo de suministrar bibliografía completa sobre el tema, sino tan sólo de argumentar lo dicho, puede citarse la existencia de la serie de conferencias que con el título genérico de «European Conferences on Science and Religion» organiza la Sociedad Europea para el Estudio de la Ciencia y la Teología, y que se han celebrado cada dos años desde 1986. La celebrada en marzo de 1992 llevaba el atractivo título de «Orígenes, tiempo y complejidad». Otro dato es la publicación de libros como *Can Scientist Believe?*, del Premio Nobel de Física sir Neville Mott. Se trata de intentos serios de delimitar ámbitos, establecer relaciones y profundizar en el diálogo. Junto a estas publicaciones rigurosas, y para muestra del interés general por el asunto, también puede citarse algún «best-seller» menos serio, como *Dieu et la Science*, aparecido en Francia el verano pasado, y en el que Jean Guitton, dialogando con dos personajes que se proclaman doctores en física teórica y astrofísica, intenta aprovechar las actuales teorías cosmológicas para argumentar a favor de la existencia de Dios, lo cual es totalmente inadecuado.

Definir términos

Antes de proseguir deberíamos intentar definir la terminología. Parece relativamente fácil ponerse de acuerdo acerca de una definición de lo que es la ciencia, pero segura-

mente, y con excepción de los teólogos, nos costaría mucho más concretar lo que entendemos por religión. Si bien la palabra «ciencia» se suele emplear en un sentido mucho más amplio, aquí lo restringiremos esencialmente a aquellas ciencias que influyen en la concepción del universo y de los seres vivos. Quizá la podríamos limitar a la física, la biología y las teorías del conocimiento, ya sea la lógica, las matemáticas o la inteligencia artificial. Se trata sólo de una pequeña parte de la ciencia y la tecnología que se desarrolla en el mundo civilizado. La dificultad de definir lo que es la religión, algo referido a actitudes, objetivos últimos y valoraciones trascendentes, ya permite comenzar a entrever las dificultades de las relaciones entre ambas.

¿Cuál es la opinión de la Iglesia Católica en esta materia? Da la impresión de que, desde el juicio de Galileo, las opiniones oficiales no abundaban demasiado, ya que la Iglesia seguía mirando la ciencia con cierto recelo. Por otro lado, las opiniones de la Iglesia no ofrecían demasiada credibilidad para los científicos como consecuencia de algunas posturas eclesiales. Como ejemplo se puede citar, en el caso español, el papel de la Inquisición respecto a los progresos científicos que recientemente recordaba Tomás y Valiente en un artículo de esta revista, o la postura respecto a las tesis evolucionistas y el recelo ante autores como Teilhard de Chardin. O la sugerencia de Pío XII de querer relacionar la teoría del «Big Bang» y de la expansión del universo con el «Hágase la luz» que, afortunadamente, fue frenada gracias al sacerdote y cosmólogo Georges Lemaître, precursor de la teoría de la gran explosión, quien estaba convencido de que las teorías físicas han de mantenerse separadas de las consideraciones teológicas. La especial relación entre la Iglesia y la ciencia queda manifiesta en el hecho curioso de que hasta 1982, en que se creó el Consejo Pontificio para la Cultura, las relaciones de la Iglesia con la ciencia eran competencia del Secretariado Vaticano para los no Creyentes.

Los recelos de las religiones oficiales y de la Iglesia respecto a la ciencia no son gratuitos, ya que la ciencia analiza sistemáticamente las causas de los fenómenos y explota al máximo las relaciones de causalidad, mientras que determinadas ideas religiosas tienden a concentrarse en una influencia providente sobre el devenir de los sucesos. Ello implica un cierto antagonismo entre ciencia y religión, que alcanzó su punto máximo en las actitudes

racionalistas poco sensatas del siglo pasado, como la de Laplace, que consideraban que la ciencia debía sustituir a la fe y que toda creencia que no estuviera basada en el conocimiento era superstición.

Afortunadamente las cosas han ido cambiando, y con motivo de la celebración del centenario del nacimiento de Einstein en 1979, en el discurso papal ante la Academia de Ciencias Pontificia, la Iglesia reconoció oficialmente el error cometido con Galileo y pidió excusas por ello. Más adelante, y aunque no se ha publicado el informe de la comisión nombrada para revisar el proceso de Galileo, en 1983, recordando los trescientos cincuenta años de la publicación de los *Diálogos*, el Papa pidió a la Iglesia que «disociara la esencia de la fe de los sistemas científicos de un tiempo determinado».

Mensaje papal

Más recientemente, y para conmemorar los trescientos años transcurridos desde la publicación de los *Philosophiæ Naturalis Principia Mathematica* de Newton, en el otoño de 1987 el Observatorio Vaticano convocó una conferencia internacional con el título «Our Knowledge on God and Nature: Physics, Philosophy and Theology». Las actas de la conferencia se publicaron en 1988 por la University of Notre Dame Press con el título *Physics, Philosophy and Theology: a Common Quest for Understanding*. La edición, a cargo de los mismos editores de la obra que comentamos, iba precedida por un mensaje papal, en forma de carta de catorce páginas, de Juan Pablo II al jesuita George V. Coyne, director del Observatorio Vaticano.

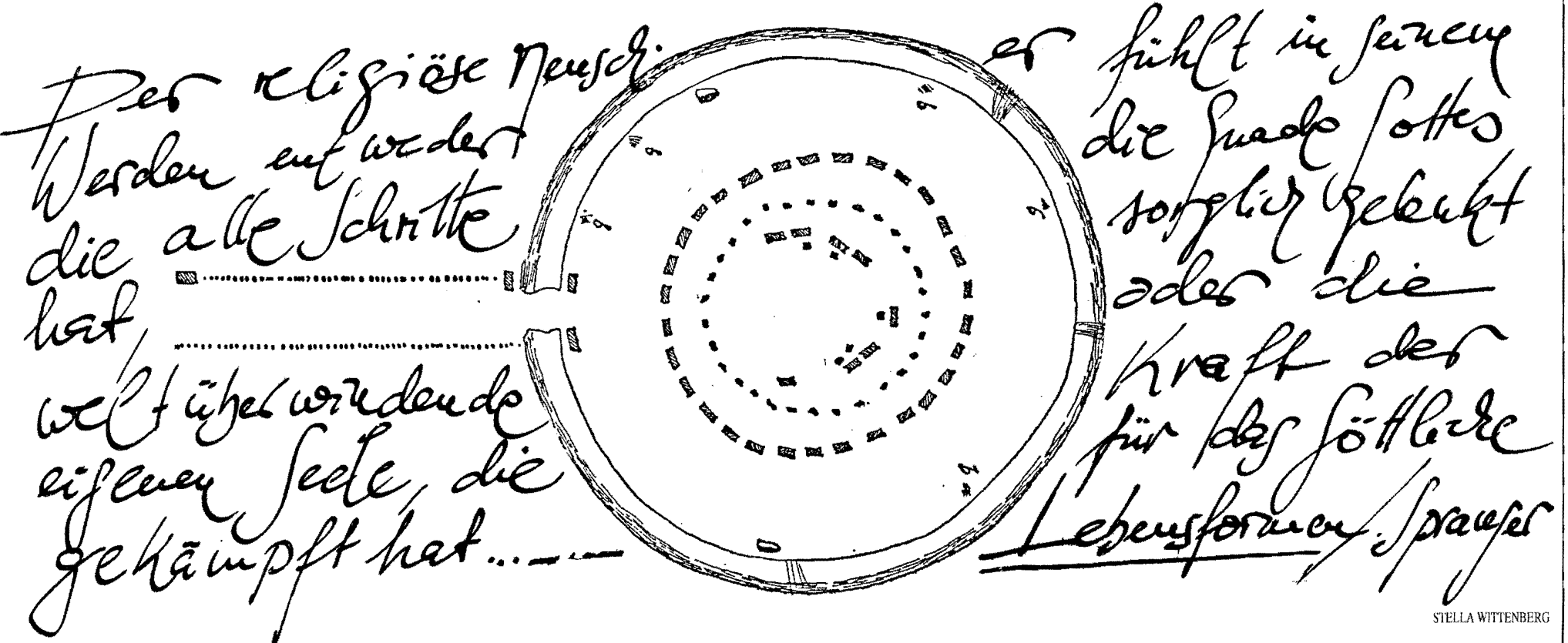
Dado que el mensaje del Papa contenía elementos novedosos relativos a lo que debería ser la relación entre la ciencia y la religión, los editores (en el sentido anglosajón) pidieron a un conjunto de científicos, filósofos y teólogos su opinión sobre su contenido. El conjunto de opiniones, junto con un facsímil de la carta del Papa, es el contenido del libro que comentamos. A las catorce páginas del mensaje siguen las diecinueve opiniones recibidas. Entre ellas están las de Charles H. Townes, Premio Nobel de Física en 1964 por sus trabajos sobre el láser; el cardenal Martini, arzobispo de Milán y antiguo rector del Instituto Bíblico Pontificio; el astrofísico chino Fang Li Zhi, famoso para el gran público tras los sucesos de la plaza de Tianan-

men; el profesor Kaluga, miembro de la Academia de Ciencias del Tercer Mundo y uno de los gobernadores de la Agencia Internacional de Energía Atómica; el físico teórico cuántico George Ellis, colaborador de Stephen Hawking; Linden Eaves, sacerdote protestante y profesor de genética humana. Entre los opinantes hay tres mujeres.

La mayoría de los opinantes considera positivamente, en mayor o menor grado, el mensaje del Papa y juzga que constituye el inicio de un cambio de orientación de la cultura católica y, dada la influencia de la Iglesia, de todos los ámbitos religiosos o, al menos, de los cristianos. El mensaje también intenta superar un separacionismo relativamente cómodo, como el preconizado por Barth, de considerar ciencia y religión como dos compartimentos estancos.

El mensaje del Papa es una llamada al diálogo entre científicos y teólogos encaminado a un mutuo enriquecimiento, pero sin que se confundan las posturas. Las finalidades de la ciencia y la religión son distintas y cada una debe conservar su autonomía. El Papa llama a una «unidad» que no es una «identidad» ni una homogeneización, sino una zona común que respete los límites y las competencias de cada parte, manteniendo cada una sus fundamentos, métodos, interpretaciones y conclusiones. A este respecto cabe citar a Holmes Rolston, uno de los opinantes: «La religión que hoy se casa con la ciencia, mañana será una viuda; la religión que hoy se divorcia de la ciencia, mañana no dará frutos». Pero también cabe recordar la sentencia de Einstein: «La ciencia sin religión es coja; la religión sin ciencia, ciega». Las ventajas que Juan Pablo II ve en este diálogo son, esencialmente, que la teología evite el error, la superstición y la pseudociencia y que la ciencia evite la absolutización de sus métodos o su conversión en una religión inconsciente.

Es un hecho que las religiones de todas las épocas se han expresado mediante los parámetros culturales del momento. El relato bíblico de la creación, que hoy no se considera más que una reflexión sobre la misma, es coherente con las cosmologías orientales, de la misma manera que el tomismo se basó en la mejor ciencia disponible en aquel momento, el aristotelismo. Parece pues lógico que la teología actual deba formularse según las concepciones científicas y culturales del momento presente. Incluso podría ser que la teología



STELLA WITTENBERG

Viene de la página anterior



STELLA WITTENBERG

se beneficiara de alguna de las potencialidades del método científico que tantos frutos positivos ha proporcionado. Ello requiere conocer a fondo la ciencia actual, cosa que no suele ser común entre los filósofos y teólogos, especialmente a causa de su rápida evolución y de su formulación matemática. El mensaje del Papa es una llamada a los teólogos a que se expresen asumiendo los avances de la física y la biología, ya que el conocimiento del universo es necesario para hablar correctamente de Dios.

Posibilidad utópica

No hay duda de que la situación ideal sería aquella en la que los teólogos pudieran plantear las cuestiones relacionadas con la religión en un lenguaje independiente del momento cultural y científico concreto, pero esta posibilidad es totalmente utópica. La mejor alternativa es utilizar los mejores paradigmas científicos y culturales del momento, lo que no quiere decir que se haya de usar la terminología de la última hipótesis aún no suficientemente contrastada. De todas maneras, sí que se debe hacer un esfuerzo para formular las cuestiones, especialmente aquellas consideradas dogmas, en un lenguaje lo más independiente de los prejuicios de la época, por muy fundamentados que parezcan. En este sentido se debería empezar una revisión de los términos en que se formulan los dogmas y algunos puntos de vista de la Iglesia que se expresan en términos aristotélicos y tomistas que resultan obsoletos en la actualidad. Estas formulaciones, que a veces innecesariamente invaden el terreno científico, suelen provocar las mayores fricciones (uno de los opinantes cita la formulación del dogma de la transustanciación). La ciencia moderna nos ha enseñado los límites de muchas de nuestras intuiciones, pero parece que la religión sigue expresando sus puntos de vista reduciendo lo trascendente a aquello que con su limitada inteligencia es capaz de imaginar e insistiendo en visiones antropomórficas de Dios. Lo que Fang Li Zhi expresa mediante una frase de Confucio: «Si entendemos aún tan poco sobre el hombre, ¿cómo podemos comprender a los dioses?» O en palabras de Niels Bohr: «No es asunto nues-

tro prescribir a Dios cómo tiene que regir el mundo».

Método científico

Por otra parte, los científicos tienen la obligación de hacer avanzar sus disciplinas mediante lo que se conoce como el método científico que, aunque carente de dogmas, sí que se basa en algunas hipótesis básicas, a veces olvidadas por implícitas, como la de que el mundo es describable y que, tal como consideraba Einstein, es una hipótesis más religiosa que científica. Dado que históricamente ha sido frecuente atribuir un carácter sobrenatural a todo aquello que no sabíamos explicar racionalmente, podríamos decir que los científicos tienen el papel de hacer retroceder la frontera de la religión. El mensaje papal les invita a ello. Deben hacer avanzar las fronteras de todo conocimiento, sin que ello les lleve a posturas de absolutización que, si bien han sido frecuentes en el siglo pasado, cuando las tesis científicas afirmaban que sólo había una clase de conocimiento y un solo método para adquirirlo, parece que cada vez abundan menos, en parte como consecuencia de los progresos más recientes, especialmente los relacionados con la física moderna, los sistemas complejos y los mecanismos cerebrales.

En estos sentidos, el mensaje del Papa es aperturista y esperanzador. Alienta a teólogos y científicos a trabajar con todo rigor. Invita a los científicos a que se adentren en los problemas relacionados con la religión y pide a los teólogos que conozcan la ciencia moderna, de la que se han mantenido excesivamente alejados, en parte a causa de la lamentable separación entre las culturas humanística y científica.

La pregunta que cabe hacer, y que se hacen algunos de los opinantes, es si esta posición aperturista será compartida por todo el aparato de la Iglesia, lo que alguno de los opinantes llama los «guardianes de la ortodoxia», que, de hecho, es el que fija, y probablemente seguirá fijando, las opiniones oficiales de la Iglesia. En el campo de la física no parece que vaya a haber problemas a corto plazo. Incluso

se puede pensar en una formulación teológica basada en la física y la cosmología modernas. Quizá el problema más importante que se atisba es el de la existencia de vida inteligente en otros planetas, cosa más que probable, pero de la que hasta ahora no tenemos evidencia. ¿Qué implicaría la existencia de otras formas de vida inteligente para el Cristianismo? Con el agravante de tener que definir si otras formas de vida son inteligentes o no. ¿Tendrían alma y se habrían salvado? Son cuestiones que han sido estudiadas seriamente por algunos, pero que piden análisis adicionales. La revisión del problema del alma también debería alimentarse de la ciencia moderna quizá en la dirección que Laín Entralgo apunta en su reciente libro *Cuerpo y alma*.

Implicaciones teológicas

Pero el verdadero problema se plantea en el campo de la biología. No hace falta ser biólogo para darse cuenta de que los problemas relacionados con la manipulación genética, que están no a la vuelta de la esquina, sino ya sobre la mesa, tienen implicaciones teológicas nada triviales y que pueden incluso colocar en una posición difícil muchas de las posiciones oficiales que, hasta ahora, se han presentado como irrenunciables. Alguno de los opinantes duda de que la Iglesia y el mismo Papa estén dispuestos a respetar la autonomía de las ciencias de la vida, respecto a las que no se siente, opinan algunos, el mismo respeto y sensibilidad que hacia la física. Los

temas relacionados con el control de la natalidad y con el diagnóstico prenatal de enfermedades genéticas pueden constituir ejemplos pertinentes. Incluso en el mensaje papal se menciona «nuestro papel humilde, pero "único" en la creación».

Futuro diálogo

El diálogo que pide el Papa no será pues sencillo, ni se apuntan las pistas por las que deberá transcurrir. De lo contrario, el mensaje dejaría de ser aperturista. El Papa pide a científicos y teólogos que busquen las formas del futuro diálogo que en este momento nadie sabe por qué caminos andará, pero que deberá ser amplio y profundo. Lo que sí exige el diálogo es una nueva generación de científicos, filósofos y teólogos con una amplitud de conocimientos que no suele ser corriente. Desde luego que el diálogo, además de difícil, tiene riesgos, pero estos riesgos son menores que los del mantenimiento de actitudes no dialogantes entre una ciencia que domina cada vez más los progresos de la humanidad y una religión que sigue teniendo influencia muy considerable.

Para acabar, un dato curioso y quizá preocupante. Entre los opinantes no hay ningún español, a pesar de que somos aproximadamente la duodécima potencia mundial y un país de innegable tradición católica. Da la impresión de que en el campo de las relaciones entre ciencia y religión aún somos demasiado diferentes.

RESUMEN

Nunca han sido fáciles, recuerda Ramón Pascual, las relaciones entre ciencia y religión, entre científicos e Iglesia, que siempre se han visto con cierto recelo mutuo. Libros como éste,

fruto del encuentro conciliador entre científicos, filósofos y teólogos, hacen propuestas de diálogo y fomentan lugares de discusión para un tema de capital importancia.

Robert J. Russell, William R. Stoeger y George V. Coyne (eds.)

John Paul II on Science and Religion. Reflections on the New View from Rome

Vatican Observatory Publications, Roma, 1990. 121 + 9 + 14 páginas.

Werner Heisenberg y la física alemana

Por Carlos Sánchez del Río

Carlos Sánchez del Río (Borja, Zaragoza, 1924) obtuvo en 1953 la cátedra de Física Atómica y Nuclear de la Universidad Complutense. Es miembro de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Ha sido director general de Política Científica y presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de la Sociedad Nuclear Española.

El género biográfico se presta a escribir libros que pueden llegar a ser fascinantes. Una biografía no sólo nos describe las vicisitudes, acciones y psicología del personaje, sino que nos informa también de lo que Ortega llamaba sus circunstancias. Y estas circunstancias son tanto profesionales como de lugar y tiempo. Por eso una buena biografía puede ser interesante para lectores muy alejados del campo de actividades del biografiado.

Este es el caso de un libro sobre la vida y obra de Werner Heisenberg publicado recientemente por David Cassidy. El autor es un historiador de la ciencia norteamericano especializado en la ciencia alemana moderna, en el desarrollo de la teoría cuántica y en la contribución concreta de Heisenberg a ese desarrollo. Por eso el libro que comento es probablemente la biografía definitiva de uno de los mayores sabios alemanes de este siglo. La obra es el resultado de diez años de trabajo, está muy bien documentada y tiene una extensión muy considerable. A pesar de que se trata de un libro de gran altura académica, Cassidy ha conseguido que su lectura entretenga como si se tratase de una buena novela. Y ello porque nos muestra a Heisenberg en su relación con los demás físicos de su época y bajo la influencia de la trágica historia de Alemania durante la primera mitad de nuestro siglo.

Heisenberg nació en Würzburg en 1901 dentro de una familia de intelectuales: su padre era profesor de griego especializado

en la época bizantina. Nuestro físico se educó por eso en el ambiente de la clase media alta de la Alemania de principios de siglo. Era la clase dirigente, constituida por altos funcionarios, militares, jueces y profesores. Clase que se formaba básicamente mediante el latín, el griego y las matemáticas.

El joven Werner fue testigo de la primera guerra, de la derrota y de los movimientos revolucionarios de la postguerra. Vivió el terror rojo y el blanco de 1919 y participó activamente en Munich en la lucha contra los comunistas. Todo ello mientras preparaba la «Abitur» que le permitiría el acceso a la Universidad. Durante los años siguientes, y sufriendo la terrible inflación que culminó en 1923, tomó parte en movimientos juveniles elitistas tales como el «Neupfadfinder», del cual fue destacado dirigente.

Resultados desiguales

En la Universidad de Munich fue Heisenberg discípulo del gran Arnold Sommerfeld. Pasó el curso 1922-23 en Göttingen por ausencia de su maestro, que había aceptado una invitación para dar conferencias en Estados Unidos. Heisenberg se doctoró en Munich en julio de 1923 gracias al apoyo de su protector Sommerfeld. La tesis sobre hidrodinámica que había preparado fue bien aceptada, pero en los exámenes orales sólo estuvo brillante en matemáticas y física teórica; en física experimental falló y el profesor de la disciplina —el muy notable Willy Wienquerra— suspendiólo. Como compromiso superó el examen con una nota muy baja. Enojado, marchó a Göttingen, donde Max Born le había ofrecido un puesto de asistente.

La gran contribución de Heisenberg a la física cuántica fue el fruto de una combinación de lugar y tiempo, además, por supuesto, de su extraordinario talento. En cuanto al lugar, Göttingen era entonces el centro más importante de Alemania en física matemática; no en balde seguían la trayec-

toria iniciada en el siglo XIX por Felix Klein. En cuanto al tiempo, estaba claro en 1924 que la vieja teoría cuántica semiclásica de Niels Bohr, completada por Sommerfeld, había dado de sí cuanto podía dar. Se necesitaban ideas nuevas que buscaban afanosamente los mejores físicos de la época. El joven doctor recién nombrado asistente de Born se encontró inmerso en un ambiente que presagiaba una revolución en la física.

Durante parte del curso 1924-25, el nuevo maestro de Werner, Max Born, se marchó a América y el joven Heisenberg fue enviado a Copenhague, donde Bohr y sus colaboradores trataban de encontrar la nueva teoría cuántica que permitiese explicar las singulares propiedades de los átomos, ya bien estudiadas experimentalmente durante el primer cuarto de este siglo. Heisenberg volvió a Göttingen en mayo de 1925 y en julio del mismo año publicó el gran trabajo en el cual representaba las magnitudes físicas no por funciones, sino por conjuntos de números, con una regla de multiplicación especial que Born identificó como matrices. A partir de esta idea, Born y Pascual Jordan completaron durante el verano un primer estudio sobre la nueva mecánica cuántica de matrices, y después, ya en el otoño y junto con Heisenberg, publicaron los tres la versión definitiva de la revolucionaria teoría en un artículo famoso que se conoce como el trabajo de los tres hombres («Drei Männer Arbeit»). Werner Heisenberg tenía entonces veinticuatro años.

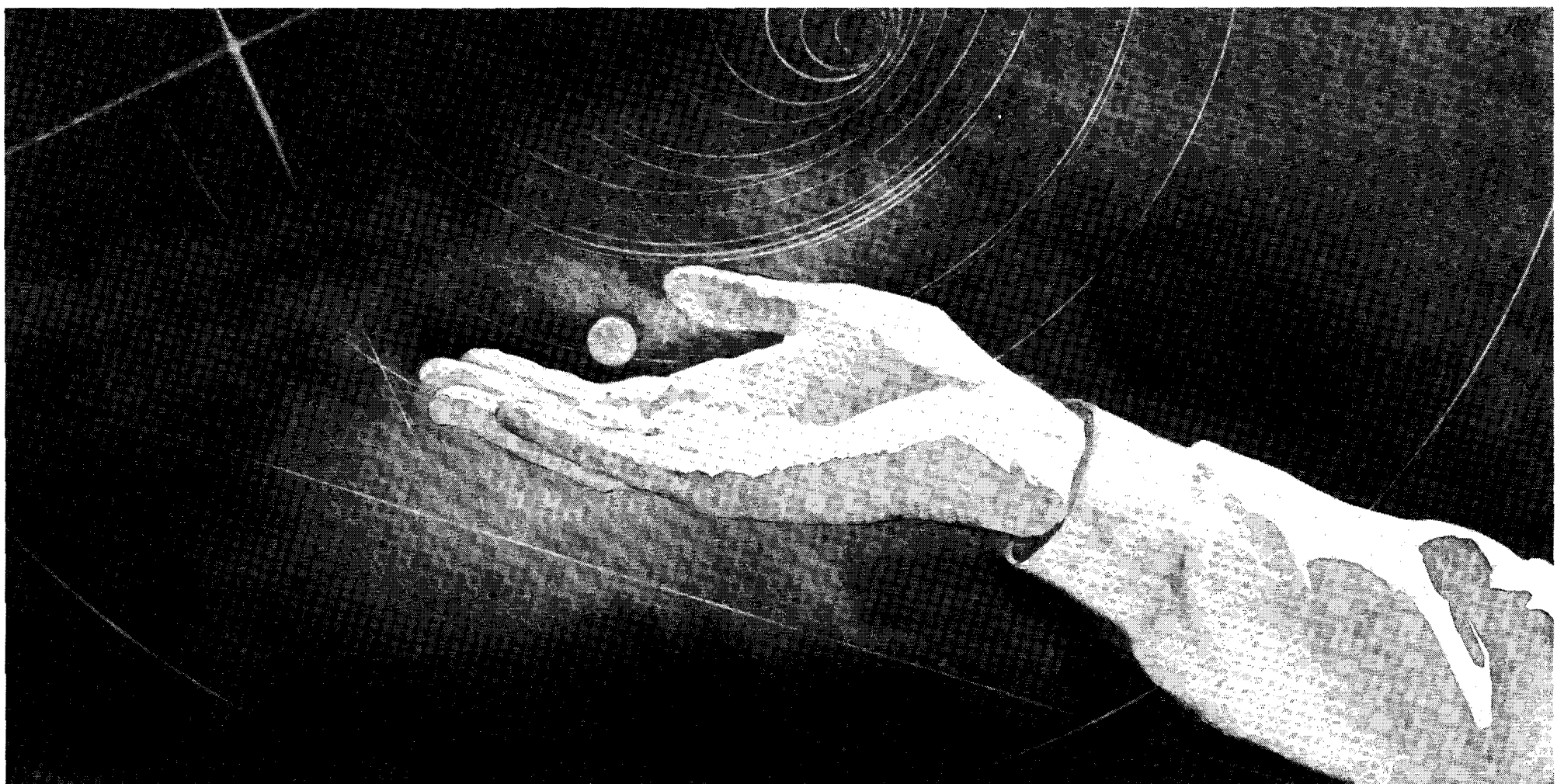
Mecánica de matrices

La entonces llamada mecánica de matrices permitía calcular correctamente las propiedades atómicas con mayor o menor dificultad matemática. Pero aún no se habían acostumbrado los físicos a la nueva mecánica cuando Erwin Schrödinger —físico vienes afincado en Zürich— presentó su mecánica ondulatoria en cuatro geniales memorias publicadas durante los seis pri-

meros meses de 1926. Pronto se demostró que ambas teorías eran equivalentes, aunque la versión de Schrödinger era, y es, más sencilla para los problemas más inmediatos relativos a los átomos y a las moléculas.

A pesar de los éxitos de la nueva mecánica cuántica en sus dos versiones, la interpretación física de su estructura matemática era sumamente oscura. Una primera aclaración fue dada por Max Born, ya en 1926, con su interpretación probabilística de la función de onda. Para seguir desentrañando la significación profunda de la nueva teoría acudió Heisenberg, ya convertido en niño prodigio («Wunderkind»), de nuevo a Copenhague, donde Bohr mantenía su mítico prestigio. Allí, en 1927, encontró Heisenberg el principio de indeterminación, que muestra claramente las limitaciones epistemológicas que el hecho cuántico impone sobre nuestro conocimiento de los procesos atómicos y subatómicos. El principio de indeterminación, o de Heisenberg, es uno de los hallazgos más profundos de la historia de la ciencia y es la manifestación más brillante de la por tantos motivos edad de oro de la ciencia alemana durante la República de Weimar. Para facilitar la aceptación de la no intuitiva mecánica cuántica propuso Bohr su principio de complementariedad, según el cual los aspectos corpuscular y ondulatorio de la materia no son excluyentes, sino complementarios. Con ello, en 1928 quedó completa la interpretación física de la mecánica cuántica, que hoy llamamos interpretación de Copenhague y que se basa en las tres contribuciones de Born, Heisenberg y Bohr.

En 1927 aceptó Heisenberg la cátedra de física teórica en Leipzig, donde contribuyó a la aplicación de la mecánica cuántica a muchos problemas, como el espectro del helio y el ferromagnetismo. En 1932, tras el descubrimiento del neutrón por James Chadwick en Inglaterra, el ya profesor Heisenberg redactó una importante memoria



JUAN RAMON ALONSO

Viene de la página anterior



JUAN RAMON ALONSO

sobre la estructura de los núcleos atómicos que fue la base de muchas teorías nucleares durante los años siguientes. El mismo año de 1932 recibió Heisenberg el Premio Nobel de Física.

En enero de 1933 todo cambió en Alemania y en la vida de Heisenberg. El mariscal de campo Paul von Hindenburg nombró a Adolf Hitler canciller de Alemania y presidente del nuevo Gobierno en Berlín. La subida de los nazis al poder fue el principio de una nueva tragedia para toda Europa en la cual se vio envuelto Heisenberg en parte contra su voluntad y en parte conscientemente.

Política antisemita

El nuevo régimen comenzó muy pronto su política antisemita, que desembocaría una década después en el tristemente famoso holocausto. La consecuencia de esta política fue nefasta para la ciencia alemana. Los científicos de origen judío —con figuras tan importantes como Einstein— hubieron de emigrar. Otros sabios no judíos, como Schrödinger, también abandonaron Alemania asqueados por la prepotencia nazi. La desbandada masiva dejó un hueco que ni siquiera se intentó cubrir.

En el dominio de la física teórica que cultivaba Heisenberg, la situación fue todavía peor. Dos notables físicos experimentales, Philipp Lenard y Johannes Stark, ambos galardonados con sendos premios Nobel, eran antisemitas viscerales y se afiliaron con entusiasmo al partido nacionalsocialista. Por razones no claras decidieron que las dos grandes teorías físicas de este siglo —la teoría de la relatividad y la mecánica cuántica— eran fruto de la mentalidad semita y formaban parte de una «física judía» que había que sustituir por una «física alemana» más empírica y menos abstracta. Con esta doctrina iniciaron una campaña contra la física teórica que culminó en 1937, cuando calificaron de judíos blancos («weisse Juden») a los que se dedicaban a esta disciplina. Los

atacados más significativos fueron Sommerfeld, Heisenberg y Max von Laue.

Sorprendentemente, la reacción de Heisenberg fue luchar por conseguir su rehabilitación dentro del propio régimen político. Después de muchos esfuerzos obtuvo en 1938 una valoración favorable del propio Heinrich Himmler, cruel responsable de la «Schutzstaffel» (SS). Por entonces se había llegado al más ridículo de los compromisos en relación con la «física judía»: se podía explicar la teoría de la relatividad en las universidades, pero sin mencionar el nombre de Einstein.

A pesar de su rehabilitación, Heisenberg no consiguió ocupar la cátedra de Munich que había quedado vacante por jubilación de Sommerfeld. En cambio, sí se le permitió visitar los Estados Unidos en el verano de 1939. Allí recibió muchas ofertas y casi todos sus colegas le instaron a permanecer en América ante la inminencia de la guerra, que comenzó el 1 de septiembre con la invasión de Polonia. Todos los exhortos fueron en vano y Heisenberg retornó a Alemania.

Fisión del uranio

A todo esto, Otto Hahn había descubierto en Berlín la fisión del uranio a finales de 1938. Al año siguiente quedó establecida la posibilidad de la bomba atómica y en 1940 comenzaron los programas conducentes al desarrollo de este arma en varios países. El Gobierno alemán encargó a Heisenberg la dirección, por lo menos teórica, del proyecto. En 1942 obtuvo en Berlín una cátedra y la dirección del Instituto Kaiser Wilhelm de Física. Ingresó en la Academia de Ciencias y fue personalmente felicitado por el mariscal Göring.

No obstante la impresión que puedan producir los hechos relatados, Heisenberg nunca perteneció al partido. Es más, fue asistente asiduo a las reuniones de una llamada «Sociedad de los miércoles» de carácter antinazi. En esas reuniones se fraguó la conspiración que condujo al atentado que

llevó a cabo Von Stauffenberg contra Hitler en 1944. Parece que Heisenberg no participó en la conspiración. Desde luego, no fue molestado después del atentado.

Avance lento

El programa alemán en relación con la bomba atómica avanzó poco porque nunca tuvo prioridad. Y no la tuvo porque los propios científicos no vieron claro que se pudiera desarrollar una bomba antes de que terminase la guerra. Cuando las tropas aliadas estaban a punto de entrar en Alemania, Heisenberg y sus colaboradores trasladaron su equipo —un reactor nuclear subcrítico— desde Berlín a un lugar retirado de Baviera. Allí fueron capturados los científicos atómicos alemanes por un comando norteamericano pocos días antes del final de la guerra. Los más importantes, entre ellos Heisenberg, fueron internados en Inglaterra poco después. Pensaron recobrar pronto su libertad a cambio de comunicar a los aliados los «secretos atómicos». Todavía estaban en Inglaterra cuando cayó la primera bomba atómica sobre Hiroshima en agosto de 1945 y comprendieron, sorprendidos, que no tenían ningún secreto que comunicar.

Heisenberg fue liberado poco después y se instaló en Göttingen como director del

Instituto Max Planck de Física de aquella ciudad. En 1953 fue nombrado presidente de la Fundación Alexander von Humboldt y en 1958 director del Instituto Max Planck de Física en Munich. En sus últimos años trabajó, sin éxito, en una teoría de campos unificada de las partículas elementales. Ya no era el «Wunderkind» de otros tiempos. Falleció en Munich en 1976.

Luces y sombras

Werner Heisenberg fue, sin duda, uno de los grandes físicos de este siglo y aun de todos los tiempos. Arrojó luz donde nadie veía y al mismo tiempo no vio la barbarie nazi que todo el mundo veía. Fue personalmente justo, intelectualmente honrado y políticamente desconcertante. Por eso ha sido juzgado adversamente por muchos. Parece más ecuánime no emitir ningún juicio y admirar lo mucho que en su vida hay de admirable.

Para ello nada mejor que leer la biografía definitiva de Cassidy. Los no especialistas deberán omitir las páginas más técnicas, que son una fracción pequeña del libro. Un libro que es a la vez una biografía de Heisenberg, una historia de la edad de oro de la física alemana y un recordatorio de la historia de Alemania durante la primera mitad de este siglo.

RESUMEN

Toda buena biografía consigue lectores que no pertenecen al campo acotado por la actividad profesional del biografiado. Esto es lo que ocurre, según Sánchez del Río, con esta recreación de la vida de Werner Heisenberg, uno de los mayores sabios

alemanes de este siglo. Cassidy, su autor, ha escrito un libro que casi se lee como una novela, dado que ha tenido el acierto de situar a Heisenberg no sólo en su laboratorio, sino en su tiempo y en su país, en un momento especialmente trágico.

David C. Cassidy

Uncertainly. The Life and Science of Werner Heisenberg

W. H. Freeman and Co., Nueva York, 1992. 669 páginas. [7.000 pesetas.]

Alvaro Cunqueiro, ensayista en gallego

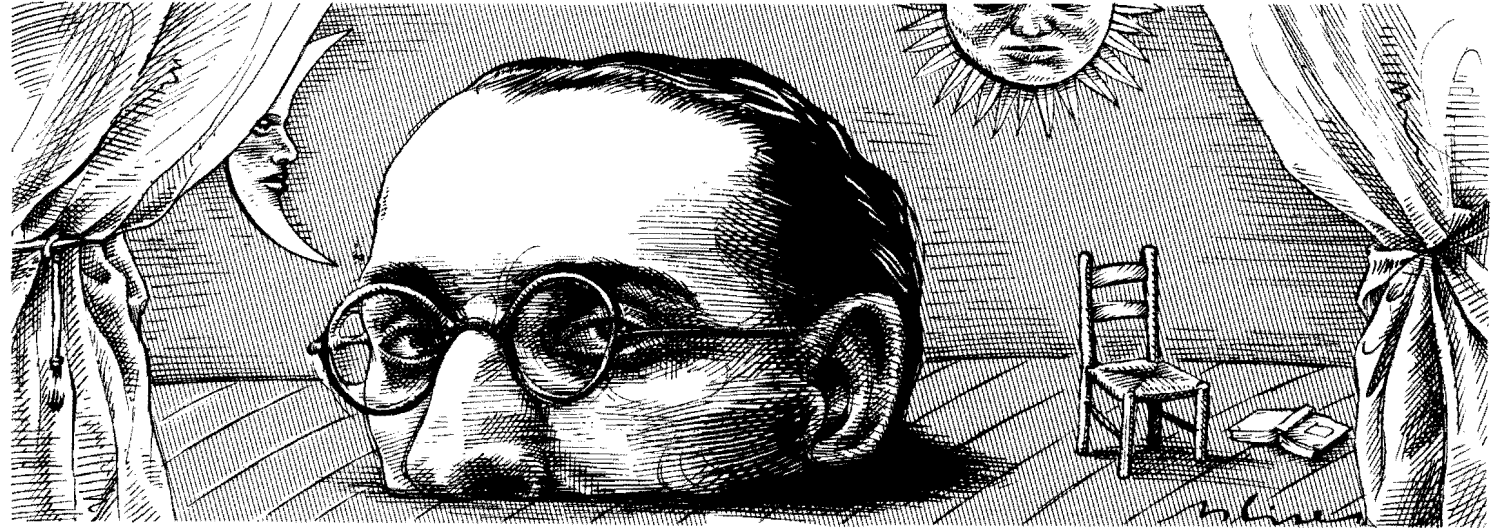
Por Xesús Alonso Montero

Xesús Alonso Montero (Vigo, 1928) es catedrático de Literatura Gallega en la Universidad de Santiago de Compostela y miembro numerario de la Real Academia Gallega. Autor de libros sobre Rosalía de Castro, Curros Enríquez, Leiras Pulpeiro, Celso Emilio Ferreiro y Luis Pimentel, ha publicado estudios, también, sobre Unamuno, Machado, Valle-Inclán y García Lorca. Como sociolingüista acaba de editar Informe(s) sobre a lingua gallega (presente e pasado).

Que Cunqueiro fue uno de los grandes fabuladores hispanos de todos los tiempos es algo que no le niegan ni los críticos menos entusiastas, aunque ignoren que este escritor nació en Mondoñedo (1911), ciudad episcopal donde, en el siglo XVI, fabuló, y no poco, Fray Antonio de Guevara. En Mondoñedo se hizo escritor quien, en el fondo, no fue otra cosa desde que, muy niño aún, escribió una novela de blancos e indios en la que éstos, casi inermes, hablaban la lengua B del país del precoz autor, el gallego. Cunqueiro, en efecto, vino a la vida para organizarla en palabras, para contarla. Vivió «de», «con» y «para» las palabras con una naturalidad y autenticidad difíciles de igualar. Capacitado, sin duda, para otros oficios, quiso ser, únicamente, lo que, de un modo muy radical, era: escritor, y lo fue desde la misma niñez. Muy pocos tan dotados para tan delicado menester.

En 1991, a los diez años de su muerte, la Real Academia Gallega decretó dedicar el Día das Letras Galegas (17 de mayo), en su vigésimo novena edición, a Alvaro Cunqueiro. El año de Cunqueiro (1991) fue, en Galicia, fecundo en homenajes, estudios, reediciones, recitales, conferencias, representaciones y jornadas literarias. De éstas, debe destacarse, en primer lugar, el Congreso Cunqueiriano, protagonizado (en los primeros días de septiembre) por varias decenas de especialistas. Tuvo lugar en Mondoñedo, en el Seminario de Santa Catalina, escenario, no hace muchos años, de prodigiosos acontecimientos verbales alguna vez relatados por Cunqueiro. Los protagonistas siempre don Francisco Fanego Losada, profesor de Latín, tan íntimamente comprometido «con la lengua de los dioses» (denominación de Menéndez Pelayo) que, declamando a Cicerón o recitando a Virgilio, operaba un «milagro»: en los días de mercado las gentes campesinas dejaban de vender o comprar en la plaza de Santa Catalina en los momentos en que don Francisco recitaba unos hexámetros de la *Eneida* o declamaba unas secuencias del gran orador romano. Contado está por Cunqueiro en ocasión solemne, cuando en 1980 fue investido doctor «honoris causa» por la Universidad de Santiago de Compostela. Sabido es que Alvaro Cunqueiro era pariente próximo de don Ramón María del Valle-Inclán, autor de *Divinas palabras*, «tragicomedia de aldea» donde el poder y la eficacia de la lengua latina evitan el linchamiento de Mari Gaila.

Conviene saber también que en el Seminario de Santa Catalina, en cuyas aulas se celebró el magno Congreso, se forjaron como



ULISES

poetas, entre otros del XIX y del XX, Nicomedes Pastor Díaz, Manuel Leiras Pulpeiro, Antonio Noriega Varela, José Crecente Vega y Aquilino Iglesia Alvariño. Pues bien, en esta tradición, en esta atmósfera, se educó y respiró Alvaro Cunqueiro, quien, en asuntos de Literatura, veía crecer la hierba.

Una selección de ensayos

De 1991 es la publicación, por la editorial Galaxia (Vigo), del volumen IV de las *Completas* (en gallego) de Alvaro Cunqueiro. Se titula *Ensaio* y en él figuran trabajos publicados entre 1963 y 1981, si bien predominan los aparecidos entre 1970 y 1975. Una buena parte de los escritos recogidos en este volumen vieron la luz por primera vez en *Faro de Vigo*, diario del que nuestro autor fue director «pro pane lucrando» desde 1965 a 1970. En cuanto a estos trabajos, se trata, en general, de artículos muchas veces breves y algunos, sin duda, escritos en la atmósfera de ruido y urgencia que caracteriza la redacción de un periódico en los minutos inmediatamente anteriores a la impresión del mismo.

Estas —y otras— páginas prueban que Cunqueiro era capaz de escribir en cualquier «circunstancia» y, lo que es más significativo, que era capaz de escribir bien. Conozco de Cunqueiro —en gallego y en castellano— cientos de artículos y notas no recogidos en volumen donde no hay página —si se me permite la expresión— que no tenga calidad de página. Así era Alvaro Cunqueiro, escritor nato, animal literario («zoon poetikón»), permanente voluntad de estilo.

La literatura es el tema predominante en este volumen tan predominante que abarca, como mínimo, el 90 por 100 de su extensión. Lector ávido, plural, agradecido y entusiasta, Cunqueiro habla de literatura gallega, catalana, alemana, francesa, inglesa, portuguesa, sueca y algunas otras voces; sobre todo de literatura inglesa, donde están sus mejores devociones, Shakespeare por ejemplo. Algo menos extenso es el capítulo dedicado a la literatura gallega, capítulo en el que no faltan los nombres siempre admirados por Cunqueiro: de algunos trovadores a Rosalía, Cabanillas,

Otero Pedrayo, Vicente Risco y Luis Pimentel. De hecho, este capítulo se complementa con el titulado «Lingua galega», páginas en las que el Cunqueiro explicador y disfrutador de palabras se nos presenta de cuerpo entero. En algunas incluso es capaz de glosar con eficacia para el público no especialista áridas investigaciones sobre la toponimia prelatina de Galicia. Por nuestra parte, se impone, respecto de este capítulo, destacar «A recuperación literaria do gallego», respetuosa pero enérgica réplica al estudio homónimo del gran filólogo portugués Manuel Rodrigues Lapa, en el cual proponía, como lengua culta y literaria de Galicia, una modalidad coincidente, en lo esencial, con el portugués estándar. Tal propuesta suscitó, al momento, una extensa y convincente réplica de Ramón Piñeiro (rev. *Grial*, 1973), pero no estuvo menos contundente Cunqueiro en su respuesta, todo un manifiesto en favor de la necesidad de construir las distintas modalidades del gallego culto «desde dentro del gallego», puesto que «hoy gallego y portugués son dos idiomas diferentes». Nunca los reintegracionistas han tenido un oponente de la «auctoritas» de Cunqueiro, la autoridad de quien, desde dentro del gallego, ya había formulado algunas de las mejores páginas de nuestro peculiar discurso literario.

Los artículos reunidos en este volumen prueban, una vez más, el culto que a las palabras —a la Palabra— suele tributar Alvaro Cunqueiro. No es posible leer sin fruición estas páginas, donde, por otra parte, interesa lo que contienen de información. Habrá que señalar también que el ensayista Cunqueiro aparece aquí, en este volumen, óptimamente representado. No podía ser de otro modo tratándose de ensayos en los que Cunqueiro habla de palabras, de poemas, de páginas literarias... del oficio de escritor, para él, sin duda, «el oficio de vivir».

Un ensayista ante la Palabra

Los trabajos de más entidad son algunos de los publicados en la revista *Grial*, entre los que resulta muy fácil seleccionar dos: «Imaginación e creación» (1963) y «As mil caras de Shakespeare» (1964). Teatrólogos como Ricard Salvat y José Monleón elogiaron, asombrados, en el Congreso de Mondoñedo, la originalidad y sagacidad del ensayo sobre el gran dramaturgo inglés, y, en cuanto a «Imaginación e creación», debemos aclarar que estamos, una vez más, ante el Cunqueiro que, entre texto y texto de ficción, reflexiona sobre el hecho literario. Repárese, por ejemplo, en esta cavilación final, que traduzco: «Lo propio de un escritor es contar claro, seguido y bien. Contar la totalidad humana, que él, por su parte, tiene la obligación de alimentar con nuevas miradas. Y si hay algo que esté claro en esta dieta, es que el hombre precisa

en primer lugar, como quien bebe agua, beber sueños».

Es aquí donde este hijo del Logos Espermático (Valle-Inclán dixit) recuerda, con bastante precisión, aquel pasaje del *Kalevala*, la extraordinaria epopeya finesa, en el que el héroe Vainamoinen construye, «con palabras», la proa y la quilla de su nave. ¿Qué escritor hispano ha bebido palabras —y «teorías» sobre el poder de la Palabra— en el viejo epos finlandés? Devoto Cunqueiro, como Borges, de las literaturas nórdicas, ignora en qué lengua leyó el *Kalevala*; estoy convencido, sin embargo, de que eligió bien, para su «teoría», el pasaje: los versos 102 y siguientes del Canto XVI («Lauloi virren, pohjan puutti, / lauloi toisen, liitti laian...»: «Con un canto hizo el casco, / con otro hizo la borda...», en versión de mi colega J. A. Fernández Romero).

De palabras habla también el ensayo más extenso del volumen, «Tesouros novos e vellos». Fue su discurso de ingreso en la Real Academia Gallega, leído el 21 de abril de 1963. Pese al título, sépase que, en algunas de sus más sugestivas páginas, el autor, de nuevo, teoriza y fantasea sobre el mundo de la Palabra, en cuyo templo oficiaba. En un momento, por ejemplo, afirma que los tesoros, a veces, son palabras y que aquéllos se abren a quien posea una llave especial, tan especial que, en ocasiones, es una palabra que «tiene forma de llave». Quiero creer que para Cunqueiro la palabra vale para penetrar en la entraña de las cosas, en «la casa del ser», como acababa de pontificar Heidegger. Para Cunqueiro, aquí y en otros muchos textos, las palabras, cuando son las auténticas, las verdaderas, las del Poeta, nos aproximan a la esencia de las cosas. Es más: alguna vez la palabra es, en cierto modo, la cosa misma, como sucede en aquella carta que escribe Sinbad una mañana de frío, que él ahuyenta poniendo sus manos encima de los cuatro grafemas del sustantivo «lume».

El volumen que acaba de recopilar y editar Galaxia ofrece al lector gallego una dimensión que completa, en Alvaro Cunqueiro, las conocidas y celebradas del narrador, poeta y dramaturgo. Es, siempre, el mismo Cunqueiro, el mismo talento, la misma pasión literaria, la misma sensibilidad y el mismo inteligente asombro ante el magno acontecimiento de las palabras.

En el próximo número

Artículos de Alonso Zamora Vicente, Pere Alberch, Manuel García Doncel, Juan José Martín González, Francisco Márquez Villanueva, Antonio López Pina y Francisco Rodríguez Adrados.

RESUMEN

Alvaro Cunqueiro, tan leído, admirado y celebrado en Galicia como narrador (y también como dramaturgo y poeta), es un extraordinario ensayista, sobre todo cuando habla de escritores y de palabras, tal como acontece en las páginas

que se recogen en este volumen, que comenta Alonso Montero. En ellas resplandece su voluntad y calidad de estilo y en ellas Cunqueiro, una vez más, se maravilla y nos maravilla ante el magno acontecimiento de las palabras.

Alvaro Cunqueiro

Obra en gallego completa. Tomo IV: Ensaio

Galaxia, Vigo, 1991. 441 páginas. 2.100 pesetas.

Valle-Inclán y los periódicos

Por Alonso Zamora Vicente

Alonso Zamora Vicente (Madrid, 1916) ha sido catedrático de Filología Románica de la Universidad Complutense y secretario de la Real Academia Española. Su bibliografía recoge temas filológicos y literarios tanto clásicos como contemporáneos: desde Lope de Vega a Cela pasando por Valle-Inclán. Es autor, además, de varios libros de narrativa.

Cuando Azorín, en *La voluntad* (1902), pasa revista a los apartados de la vida nacional que los noventayochistas juzgan reprobables, cita, entre otros, a la prensa hueca y palabrera. Es curioso que no se haya meditado sosegadamente sobre el salto cualitativo que se produce en el paisaje intelectual español pocos años después: hacia 1910, por ejemplo, Azorín llena los periódicos, como Unamuno, como Valle-Inclán. Pero Azorín y Unamuno, por lo general, lanzan el artículo como obra cerrada, con su ceñida retórica incluso. Puede pasar directamente a encadenarse con otros en un libro en el que, a su vez, se encadenan otros muchos. Y lo hace tal como está. Así vemos hoy *Clásicos y modernos*, *La ruta de Don Quijote*, *Los dos Luises...* En cambio, en Valle no es así. Valle ha utilizado el artículo periodístico como heraldo de otros trabajos en marcha de los que, a veces, es un desprendido episodio. Se trata de fragmentos que desnudan las vacilaciones, los diversos puntos de vista de lo que se quiere escribir. Valle vuelve varias veces, y con frecuencia, sobre el articulillo y lo rehace o lo pule, y exhibe así los cambios de su personal actitud, o de su peculiar y cambiante forma de ver el hecho de que habla. Como quiera que muchos de estos artículos son de llamativa importancia (por sus proporciones, por su contenido, su aplicación a un núcleo novelístico, etc.), hemos de reconocer hoy que Ramón del Valle-Inclán nos ha legado una espinosa tarea: la de seguir admirándole y leyéndole y tener en cuenta todas estas piezas laterales o balbucientes para ver cumplidamente la historia y génesis de su escritura. La profesora Eliane Lavaud-Fage se ha impuesto tan delicada y abigarrada tarea. Ya en 1980 publicó un rico volumen, *Valle-Inclán. Du journal au roman (1888-1915)* (París, Klincksieck), y ahora nos lo da, traducido, revisado



ANTONIO LANCHO

y abundantemente ampliado, la Fundación Barrié de la Maza. Unos apéndices clarificadores nos guían por la selva de las colaboraciones periodísticas de Ramón del Valle-Inclán y despliegan ante nuestra azezante curiosidad este río caudal de titubeos, afirmaciones, arreglos, añadidos y supresiones, bajo los cuales va manando la obra del extraordinario escritor que fue Valle-Inclán.

Libre de servidumbres

Hemos de comenzar afirmando que, a pesar de las innegables servidumbres que la colaboración periodística acarrea, Valle supo mantenerse libre de ellas, o bastante libre al menos. Colaboró en muy diversas revistas y periódicos, páginas de muy diverso color, familia política o clan social, y, por otro lado, él nunca sintió necesidad de crear una revista o publicación que pudiera ser «suya», vehículo de sus afanes literarios. Por el contrario, siempre se manifestó en cierta forma enemigo de esas colaboraciones. En 1923, en *La Pluma*, Manuel Bueno nos dice cómo Valle pensaba que «la prensa avillana el estilo y empequeñece todo ideal estético». Ni

siquiera la fama que puede crecer ante la cita cotidiana con el público le atrae especialmente: «Las reputaciones que crea la prensa son deleznable. Hay que trabajar en el aislamiento, sin enajenar nada de la independencia espiritual». La verdad es que en ese aspecto, dejando al margen lo puramente literario e incluso la colaboración «pane lucrando», la única forma de sobrellevar la enredada vida española con dignidad en ejercicio es ser un solitario. ¿Quería decir eso Valle-Inclán? Me temo que sí. No olvidemos que cuando, ya en la cima de su gloria terrena, ya lejanos *Tirano Banderas* y *El ruedo ibérico*, existe la posibilidad de encargarse de la Academia Española de Bellas Artes de Roma, le vemos angustiado y buscándose recomendaciones...! Temía las influencias de M. Benlliure, gran preboste del mundillo de la plástica, persona que, ya en los albores del siglo, se había manifestado violentamente por sus ataques a lo nuevo.

Ya hace años que el profesor William L. Fichter publicó y analizó las publicaciones periodísticas de Valle anteriores a 1895 (Colegio de México, 1952). Hay en ellas un intento de colaboración asidua en *El Universal* mexicano. Valle confiesa que le cuesta mucho mantener la regularidad. En otros casos, parece comenzar una serie que luego se corta (artículos de Buenos Aires, en el viaje con la compañía de María Guerrero). Solamente al final de su vida, ya en 1935, aceptó una colaboración continuada en *Ahora*, periódico madrileño, en el que salieron unos catorce artículos, enviados desde la clínica compostelana donde le alcanzó la muerte. Estos artículos (menos uno, consagrado a la edición del *Codex Calixtinus* por W. Whitehill, edición que permaneció detenida hasta después de la guerra civil, y otro dedicado a Manuel Azaña por su libro *Mi rebelión en Barcelona*) están motivados por el libro del conde de

Romanones *Amadeo de Saboya, el rey efímero*, libro que despertó en Valle el pensamiento y la acción que destinaba a la continuación de *El ruedo ibérico*. Eliane Lavaud piensa, y creo que atinadamente, que en esos artículos asoma lo que Valle habría escrito en torno a Juan Prim y a Paúl y Angulo.

Labor esforzada

Los artículos de la época estudiada por Eliane Lavaud son agrupados por su contenido: a) De crítica literaria o pictórica (en algunos se prefigura *La lámpara maravillosa*); b) Cuentos y relatos aparecidos en diferentes lugares; c) Políticos. Una segunda parte del trabajo estudia aquellos que tienen que ver con la elaboración de las narraciones cortas y finalmente, aquellos que van encaminados a la plenitud de los libros, especialmente las *Sonatas*, *Flor de santidad* y la trilogía de *La guerra carlista*. Estos últimos son imprescindibles para llevar a buen puerto la edición crítica de los textos a que se refieren. La tarea de la señora Lavaud ha sido esforzada y ejemplar. Esforzada porque es necesario estar muy bien pertrechada de paciencia y de tesón para perseguir tanta y tanta publicación periódica como Valle utilizó (unas ochenta, según el listado de Lavaud). Algunas para una sola y corta aparición, otras para dar obras enteras día a día. Si pensamos que existen enormes dificultades para manejar colecciones enteras de esas publicaciones y que, a veces, los textos, impresos en forma de folletín, han sido concienzudamente cortados, nos dejamos invadir por una muda admiración ante esta perseverancia tras la firma de Valle, y por la paciencia para sobrellevar las dudas permanentes sobre lo



En este número			
Artículos de			
Alonso Zamora Vicente	1-2	F. Márquez Villanueva	8-9
Pere Alberch	3	Antonio López Pina	10-11
Manuel García Doncel	4-5	F. Rodríguez Adrados	12
Juan José Martín González	6-7		

SUMARIO en página 2



Valle-Inclán y los periódicos

que, estamos seguros, se haya podido escapar entre las mallas de tanta ruina. Y ha sido ejemplar por su rigor en la compulsa de variantes, etc. Valle-Inclán ha encontrado la mano que pondrá orden en su propio, tumultuoso desorden.

Tratándose de un escritor altamente responsable, esta limitación a los años primerizos reviste excepcional interés. Nos muestran un Valle muy seguro de sus apetencias centrales, pero vacilante aún en los medios y en lo accesorio. Y sobre todo, estos escritos nos iluminan un aspecto importante de sociología literaria: lo que se refiere a la situación eco-

nómica y las condiciones de vida del aprendiz de escritor (y del ya no tan aprendiz). Toma, súbitamente, cuerpo en nuestras manos lo que leemos en *Luces de bohemia* con una cenefa de pesadumbre: la pérdida de una colaboración en un periódico puede llevar a la víctima a la desesperación y a la locura. Sí, había, para subsistir y seguir en la brecha, que desperdigarse en colaboraciones aquí y allá y repetir las con variaciones o sin ellas; colaboraciones que, además de ensanchar el círculo de lectores y de conocimientos, ayudaban a vivir, a sobrevivir materialmente.

Alboroto gesticulante

Caso bien claro es la redacción de *La cara de Dios*, la novela por entregas construida sobre una obrilla de Carlos Arniches. Eliane Lavaud, en un apéndice, recoge todo el alboroto gesticulante que se levantó en torno a la reedición de la novela en 1973 (parecía que Valle había escrito aquellas páginas copiando, en 1900, una novelita de Dostoyevsky aparecida en la colección Austral medio siglo después). Hoy, visto en conjunto aquel despilfarro de opiniones, la mayoría de gentes que no habían tenido contacto alguno con Valle y sólo perseguían el ruido de la ocasionalidad, produce una confusa sensación de tristeza y de agobio. Hoy sabemos muy bien cómo pudo hacerse realidad aquello, cómo se gestó, qué consecuencias tuvo. Y resulta penoso ver cómo planea sobre la polémica la sombra interesada de un juicio malsano o la de un interés económico. Todo pasó sin pena ni gloria. Pero ahí están esas páginas para retratar un período y una actitud de la crítica literaria (?) española. Que toda la tarea inicial de Valle-Inclán tiene interés, sea cual fuere su meta, nos lo demuestra indirectamente el hecho de que, recientemente, una documentada voz portuguesa parase su atención, sin pretensiones de descubrir mediterráneos, en las traducciones de Eça de Queirós perpetradas por Valle para la editorial Maucci, de Barcelona, entre 1901 y 1904 (*El crimen del Padre Amaro*, *La reliquia*, *El primo Basilio*). A nadie le puede horrorizar que Valle no supiera portugués, o, al menos, no el suficiente para esa empresa. Pero la sus-

titución de los trozos no entendidos revela un olfato literario diáfano y su ya viva finura innata para expresarse (ver Eduardo Mayone Dias, «De como Eça foi assassinado em Espanha», *Coloquio-Letras*, n.º 121-122, julio-diciembre, 1991, págs. 131-141).

Extremar la cautela

Por último, y aún a riesgo de parecer dómine pedantón, la relectura en español del libro de Eliane Lavaud me ha recordado la inexcusable urgencia de extremar la cautela cuando de Valle-Inclán se trata: nos enreda y nos vuelve a enzarzar en el laberinto de estas publicaciones fragmentarias. Siempre quedarán cabos sin atar, lagunas, confusiones de fechas y localizaciones. Y el inevitable prurito de los investigadores, ansiosos de que su rigor profesional y su tacto sean universalmente reconocidos y elogiados, nos puede desviar un tantico de la diana común (aparte del ligero desasosiego que la cita de los deslices ajenos provoca). En esta versión, que será muy manejada, no habría estado de más una compulsa con los hallazgos de Javier Serrano, también afortunado investigador de esta faceta de Valle (Valle-Inclán, *Artículos completos y otras páginas olvidadas*, Madrid, Istmo, 1987). Y ya en el mismo terreno, habría sido muy útil comprobar las citas de María José Alonso Seoane en su edición de *La guerra carlista* (Clásicos Castellanos, CCXII y CCXXIII, Madrid, 1979). Es muy alentador partir del supuesto de que todo lo ha-

ceamos entre todos y que todo se hace en pro de algo o alguien. La trama periodística de Valle es tan compleja que ha podido dar lugar a situaciones pintorescas: el olvido durante largo tiempo de la segunda parte de la *Visión estelar* (*En la luz del día*), o el exultante griterío cuando alguien reconoció en Santos Banderas algunas características de Lope de Aguirre y una prestigiosísima revista lo publicó. En la España donde nació el libro, más familiarizada que la actual con los cronistas de la conquista americana, todo el mundo vio «la fuente», y lo vio como algo familiar, y destacaron el parentesco sin tanto campaneo (aparte de que la aventura del caudillo rebelde era tema de varias obras del tiempo). Aún más gracioso es el desarrollo erudito en torno a los gachupines de la misma novela, cuando ya Pedro Henríquez Ureña lo había dicho, había tenido conocimiento de ellos y lo había contado en un artículo publicado en *La Nación*, de Buenos Aires, y editado más tarde por la persona que «descubrió» la atrayente figura de Iñigo Noriega, asturiano emigrado a México, amigo personal de Porfirio Díaz. Tal descubrimiento no ha servido más que para cebar más el tópico y para mandar a una vía muerta una figura interesantísima mal interpretada incluso por Valle. En fin, libros como el que nos ha atraído hoy son importantes y pueden servir de estímulo a sucesivos trabajos. En períodos en que la ligereza y la improvisación andan demasiado sueltas, una lección de rigor es siempre bienvenida. De rigor y de enamoramiento hacia la materia del trabajo. □

Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

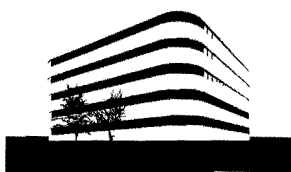
Errata

En el artículo «Lo bello, lo sublime y lo pintoresco», de Guillermo Carnero, publicado en el n.º 54 (abril 1992), se produjo un error de imprenta que convirtió en Salvatore Rosa el nombre del pintor que figuraba en el original como Salvator Rosa.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

RESUMEN

Alonso Zamora Vicente siluetea al Valle-Inclán escritor de periódicos, quien utilizó la prensa de forma diferente a como lo hicieron los demás miembros del 98, pues si éstos concibieron el artículo como obra cerrada, acotada por sus propios límites, Valle, por

el contrario, utilizó el artículo como heraldo de otros trabajos en marcha, plasmando balbuceos y tanteos previos, muchas veces, al trabajo definitivo en libro; de ahí la importancia de investigaciones como ésta que comenta Zamora Vicente.

Eliane Lavaud-Fage

La singladura narrativa de Valle-Inclán (1888-1915)

Fundación Barrié de la Maza, La Coruña, 1991. 603 páginas. 4.240 pesetas.

SUMARIO

	Págs.
«Valle-Inclán y los periódicos», por Alonso Zamora Vicente, sobre <i>La singladura narrativa de Valle-Inclán</i> , de Eliane Lavaud-Fage	1-2
«Los misterios del embrión», por Pere Alberch, sobre <i>The Triumph of the Embryo</i> , de Lewis Wolpert	3
«La antimateria y la belleza matemática», por Manuel García Doncel, sobre <i>Dirac, a scientific biography</i> , de Helge Kragh	4-5
«El proyecto Rembrandt», por Juan José Martín González, sobre <i>El taller de Rembrandt. La libertad, la pintura y el dinero</i> , de Svetlana Alpers	6-7
«1492: ante el enigma de la expulsión», por Francisco Márquez Villanueva, sobre <i>La expulsión de los judíos de España</i> , de Luis Suárez	8-9
«Del Derecho bajo el Estado previsor», por Antonio López Pina, sobre <i>Die Zukunft der Verfassung</i> , de Dieter Grimm, y <i>Der gebändigte Leviatan</i> , de Erhard Denninger	10-11
«Historia intelectual de una época», por Francisco Rodríguez Adrados, sobre <i>Sileno. Idea y validez del simbolismo antiguo</i> , de Friedrich Creuzer	12

Los misterios del embrión

Por Pere Alberch

Pere Alberch (Badalona, Barcelona, 1954) es director del Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid y profesor de Investigación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Doctorado por la Universidad de California (Berkeley), ha sido profesor en la Universidad de Harvard y Fellow de la Fundación Simon J. Guggenheim. Es autor de numerosos trabajos sobre la relación entre biología del desarrollo y la evolución.

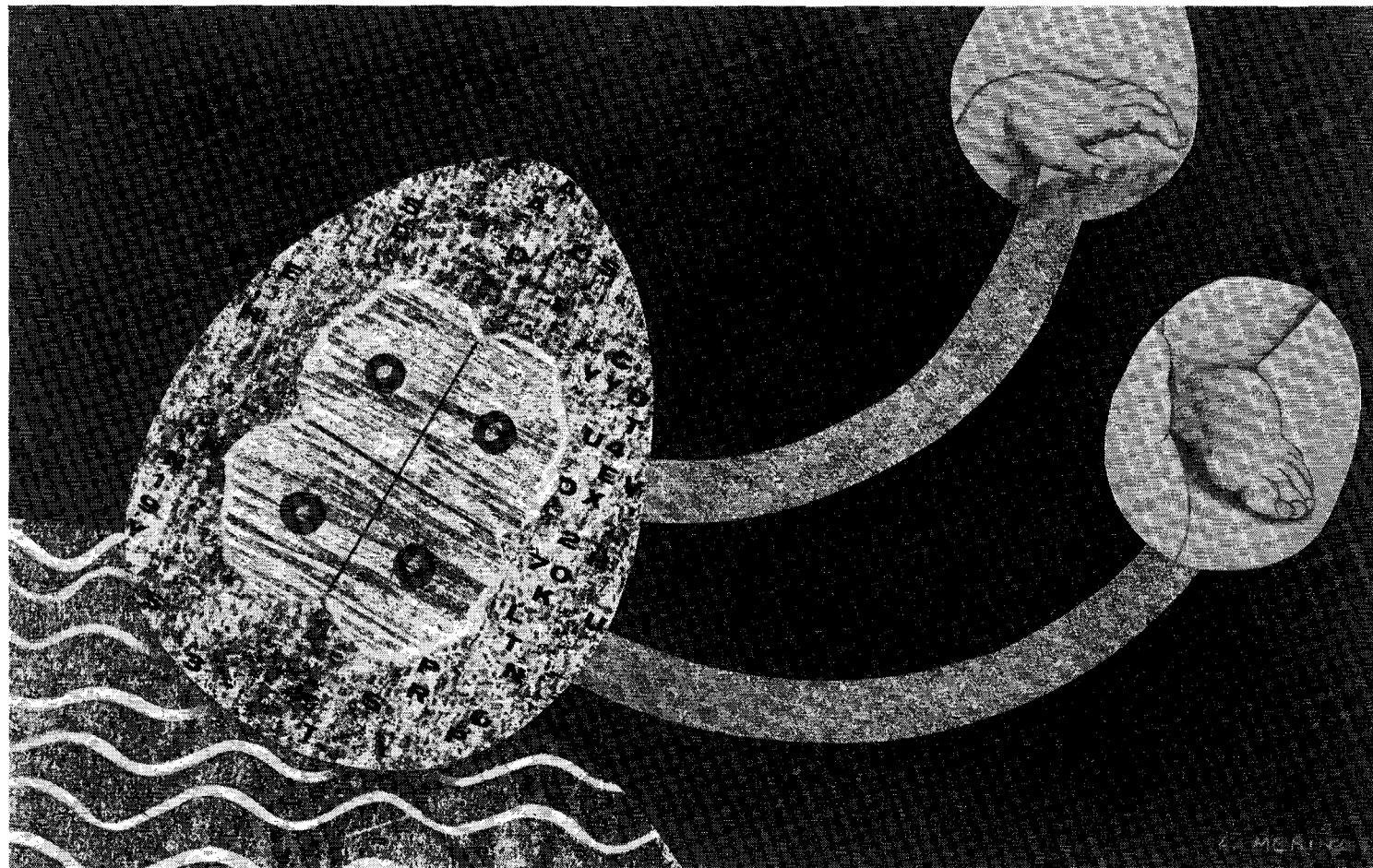
¿Sabe el lector qué es la gastrulación? Si lo ignora, no está informado del evento más importante que ha ocurrido en su vida. O, al menos, según la opinión del prestigioso embriólogo Lewis Wolpert, que coloca la gastrulación por encima del nacimiento, o del matrimonio, en la escala de hechos que determinan nuestra vida.

La gastrulación ocurre en todos los animales, consistiendo en un masivo movimiento de células durante los primeros estadios del desarrollo del embrión (días 14-18, post-fecundación en los humanos). Las células, por razones todavía desconocidas, emprenden, de forma simultánea, largas migraciones hacia otras regiones del embrión. Como resultado de sus movimientos y de todavía indescifrados diálogos (llamados «inducciones» en la jerga de la biología del desarrollo), el incipiente organismo abandona su forma esférica, o cilíndrica según las especies, todavía reminiscente del huevo. El embrión se alarga, aparece la cabeza, se determinan su dorso, su vientre y la simetría característica del adulto, que en el caso de los vertebrados es bilateral. En resumen, le debemos a la gastrulación la estructura fundamental de nuestro cuerpo.

Anécdotas aparte, es paradójico que la ciencia contemporánea conozca mejor la estructura del átomo que los mecanismos que controlan el proceso del desarrollo embrionario. Un campo sobre el que ya escribió Aristóteles y que cuenta con más de siglo y medio de acumulación de observaciones y resultados experimentales. También es sorprendente que la embriología, algo tan cercano en nuestras vidas y que plantea uno de los misterios más fascinantes y estéticos de la ciencia, no haya sido objeto de una mayor labor de divulgación. Es principalmente por ello por lo que este libro es bienvenido, ya que no existe en el mercado un libro dirigido al público general sobre la biología del desarrollo.

Prestigioso embriólogo

El hecho de que este ensayo nos llegue de la pluma del profesor Lewis Wolpert es todavía mayor razón para congratularse. El autor, catedrático de Biología Aplicada a la Medicina en el University College de Londres, es uno de los más prestigiosos embriólogos a nivel mundial. Sus esfuerzos para replantear los problemas de la biología del desarrollo en un marco conceptual que vaya más allá de la simple descripción fenomenológica han contribuido al renacimiento actual que experimenta la embriología. El profesor Wolpert ha combinado su labor científica con una importante faceta de divulgación principalmente a través de sus entrevistas en radio y televisión. Como resultado de esta actividad, Wolpert publicó en 1989, con Alison Richards, un libro titulado *A Passion for Science*. Es precisamente esta «pasión», este entusiasmo con que el autor nos relata los misterios que plantea la transformación de un huevo, amorfo y unicelular, en un complejo organismo compuesto de millones de células de



G. MERINO

distintos tipos (neuronas, hueso, cartílago, hígado, etc.) exquisitamente integrados, la que se contagia y hace la lectura de este libro amena y accesible.

Este libro es un largo ensayo que pretende escapar de la estructura del libro de texto. No está organizado de forma cronológica ni tampoco su énfasis es descriptivo. Básicamente Wolpert nos propone un sucinto repaso a los temas de interés y actualidad en el campo de la biología del desarrollo. Como el autor nos confiesa en su introducción, su «prejuicio», o visión personal del problema, es que el desarrollo embrionario, a pesar de su aparente complejidad, está controlado por unas «pocas» reglas básicas; unos principios universales que regulan el desarrollo en todos los animales. Por ello, se plantea un tratamiento temático en el que distintos capítulos examinan: las fuerzas celulares que moldean la forma del embrión, los mecanismos responsables de la generación de patrones, la regulación genética del proceso («Ex DNA Omnia») y el proceso de diferenciación de las células embrionarias en los distintos tejidos adultos. Estos capítulos sobre mecanismos generales van acompañados de otros en los que se examinan sistemas específicos sobre los que se tiene información detallada, tales como: la formación de patrones morfológicos en las extremidades de vertebrados, la genética del desarrollo en la mosca del vinagre «Drosophila», la formación de circuitos neurales en el cerebro y la especificación del sexo durante el desarrollo embrionario. El libro continúa con un examen de temas como el crecimiento, el cáncer, los procesos de envejecimiento, regeneración y evolución, que además de estar muy relacionados con la biología del desarrollo son de obvio interés para el lector no especializado.

Concluye Wolpert con un ensayo sobre el concepto de «programa de desarrollo». La palabra «programa» parece implicar una analogía con un programa en informática, pero ¿es esta analogía correcta? La ciencia no es un cúmulo de observaciones experimentales de las que surge «la verdad» o la naturaleza de los procesos que subyacen a la fenomenología. La aproximación del cien-

tífico a lo ignoto siempre es por afinidad a lo familiar. Lo conocido constituye la base de las hipótesis que se someterán a prueba experimental. Por ello, la necesidad de definir un marco conceptual que permita abordar el problema es el reto más importante que afronta la biología del desarrollo; una disciplina científica que me atrevería a calificar de todavía inmadura en este aspecto.

Comportamiento celular

Retornando a la analogía: programa de desarrollo - programa informático. Si el «programa» existe, estará codificado en el ADN que incluye los genes que controlan y regulan el comportamiento celular. Pero este programa no puede ser muy específico. No existe suficiente ADN en el genoma para que en una población de millones de células se pueda especificar a cada una de ellas individualmente cómo comportarse en cada momento del proceso. Por ello, las reglas genéticas deben ser muy vagas. La complejidad emerge como resultado de la reiteración de las mismas reglas en distintos contextos. Este es un concepto poco intuitivo, sobre todo para una comunidad científica dominada por el reduccionismo e influenciada por el simple hecho de vivir dentro de un sistema social organizado en base a órdenes globales.

La biología ha realizado grandes avances en áreas como la fisiología o la biología

molecular, en las que progresivamente se va diseccionando el sistema, identificando sus componentes y elucidando sus interrelaciones. Pero existen, principalmente, dos áreas que se han resistido a este asalto reduccionista: la biología del desarrollo y el conocimiento del cerebro. Creo que la razón por la que no hemos sido capaces de descifrar los misterios de estos dos sistemas es porque no disponemos todavía de las herramientas necesarias para estudiar y entender el comportamiento de procesos basados en la interacción de millones de componentes. En estos sistemas existen propiedades emergentes que son el resultado de interacciones locales y que no están codificadas en ningún programa genético o de cualquier otro tipo.

En la biología del desarrollo conocemos perfectamente los detalles del sistema a nivel celular. Es decir, los linajes de cada célula, sus movimientos y sus migraciones. Gracias a los avances de las técnicas moleculares, cada vez conocemos mejor los patrones de expresión temporal y espacial de los distintos genes que tienen un papel regulador en el proceso. Sin embargo, a pesar de todos estos conocimientos empíricos, el profesor Lewis Wolpert concluye su libro preguntándose: ¿Conocemos los principios generales del proceso, o van a surgir algunas sorpresas que cambiarán totalmente nuestra forma de pensar sobre el desarrollo embrionario? Pocos campos en la ciencia actual pueden alardear de tan alto nivel de incertidumbre.

RESUMEN

Aunque son muchas las cosas que se saben acerca de la biología del desarrollo, cabe preguntarse —el autor del libro que comenta Pere Alberch así lo hace— si conocemos los principios generales del proceso o pueden surgir elementos sorprendentes que hagan cam-

biar la idea que se tiene del desarrollo embrionario. Pregunta con la que termina su artículo Alberch, que lo inicia, por cierto, con otra no menos contundente: ¿sabe el lector qué es la gastrulación, uno de los sucesos más importantes de la vida?

Lewis Wolpert

The Triumph of the Embryo

Oxford University Press, Nueva York, 1991. 211 páginas.

La antimateria y la belleza matemática

Por Manuel García Doncel

Manuel García Doncel (Santander, 1930) es catedrático de Física Teórica en la Universidad Autónoma de Barcelona. Ha sido visitante del Institut des Hautes Etudes Scientifiques de Bures-sur-Yvette (París) y del CERN de Ginebra. Actualmente se dedica a la historia de la física moderna y dirige en su Universidad un seminario sobre Historia de las ciencias.

Paul Dirac (1902-1984) es, sin duda, uno de los genios de la física cuántica más fecundos, y también uno de los más extraños, polarizado en su peculiar juego matemático con las leyes físicas. Junto a Werner Heisenberg, Erwin Schrödinger y Wolfgang Pauli, cuenta como uno de los creadores de la nueva mecánica cuántica en la segunda mitad de los años veinte. En 1933 compartió el premio Nobel con Schrödinger. Su conferencia Nobel presenta ya como hecho experimental la existencia de la antipartícula del electrón, el positrón que, forzado por su ecuación cuántico-relativista, Dirac se había visto obligado a predecir en 1931. Esta constituye sin duda su creación más famosa, por introducir el concepto mismo de antimateria.

Helge S. Kragh es un historiador de las ciencias danés especializado en la historia de la física y la técnica modernas y bien conocido, incluso en nuestras latitudes, por su *Introducción a la historia de la ciencia* (Ed. Crítica, 1989). La obra que ahora nos ofrece es una rica biografía científica de Dirac, sin duda la mejor que existe, pues supera con creces las notas necrológicas publicadas por sus colegas con ocasión de su fallecimiento en 1984. Los catorce capítulos de la biografía nos presentan alternativamente: pinceladas sobre la vida andariega de Dirac, estudios de sus sucesivas realizaciones físicas —las ya antológicas y las de momento no logradas— y aun un ensayo final sobre su peculiar temperamento filosófico y humano. Kragh nos asegura que nunca ha contactado personalmente con Dirac. Pero ciertamente domina su bibliografía, no sólo las fuentes impresas primarias y secundarias, sino también el amplio material de archivo que sobre él se conserva.

Las pinceladas sobre su vida se presentan en tres capítulos (1, 4 y 7). El primero de ellos nos describe sus «años juveniles». Ellos permiten entender el carácter tímido y retraído de Dirac, fuertemente influenciado por la educación dictatorial de su padre suizo-francófono. Pronto le vemos como ingeniero que ha cursado dos años de matemáticas en Bristol, y en 1923 es admitido en el Saint John College de Cambridge, donde estará rodeado de excelentes profesores y animados clubs estudiantiles. El segundo capítulo biográfico

trata de «viajes y pensamiento», y describe las peripecias de su segundo viaje al continente en 1928 (incluyendo su navegación por el Volga y sus ascensiones al Cáucaso) y su primer viaje a USA en 1929 (con ascensiones a las Montañas Rocosas), que concluye con su primera vuelta al mundo a través del Japón y Siberia. El tercer capítulo biográfico, «Cincuenta años de la vida de un físico», recoge los hechos más importantes de ese último período de su vida: sus visitas a Princeton, sus nuevas ascensiones a las Rocosas y al Cáucaso, su boda con Margit, la hermana de Eugene Wigner, su experimentación nuclear en Inglaterra durante la guerra y su traslado en 1971 a la Universidad de Tallahassee, en Florida, donde murió en 1984.

Números con producto no conmutativo

La vida de creación científica comienza para Dirac en 1925, con el «descubrimiento de la mecánica cuántica». Kragh discute críticamente el contexto históricamente confuso de la conferencia de Heisenberg en Cambridge en el verano de 1925 —confuso respecto al contenido de mecánica matricial que Heisenberg pudiera haber anticipado en la conferencia, y respecto a la presencia despierta o dormida de Dirac en ella—. Y expone el contexto claro de Dirac recibiendo muy pronto de su director un «pre-print» (es decir, una copia de las pruebas de imprenta) del artículo famoso de Heisenberg con la orden de estudiarlo a fondo.

Tras un concienzudo examen, lo que Dirac descubre fundamentalmente bajo las matrices de Heisenberg son unos «números-q» o «cuánticos» cuyo producto, a diferencia del de los «números-c» o «clásicos», no satisface la ley de conmutación. Sin más que seguir las reglas matemáticas de este nuevo álgebra no conmutativa y establecer un cierto paralelismo con la formulación hamiltoniana de la mecánica clásica (a través de los llamados corchetes de Poisson), Dirac, en su soledad de Cambridge, obtiene una serie de resultados que se adelantan a los de Heisenberg y sus colaboradores de Gotinga. En 1926 él es de los primeros en dar una solución al problema del átomo más elemental, el de hidrógeno, que los físicos de Gotinga no habían sido capaces de atacar en el nuevo cuadro cuántico.

Dirac es además el primero en obtener ese mismo año 1926 un resultado cuántico nuevo, el relativo a la dispersión de un fotón sobre un electrón, que Arthur H. Compton había establecido experimentalmente en USA en 1923. La expresión teórico-cuántica obtenida (de momento no relativista), la compara Dirac gráficamente con los resultados

experimentales de Compton, y aun acierta al corregir globalmente, en virtud de su teoría, esos resultados experimentales.

Otro gran logro obtenido por Dirac en 1926, jugando con su álgebra no conmutativa, es la llamada estadística de Fermi-Dirac (en contraposición a la de Bose-Einstein, que había sido elaborada en 1924). Cuando, años más tarde, el propio Dirac introduzca los términos de «bosón» y «fermión», hará un claro gesto de reconocimiento a la prioridad de su competidor de descubrimiento, Enrico Fermi, a la vez que clasificará para siempre las partículas básicas del universo.

A fines de ese mismo año, ya en su primera estancia científica en Copenhague, Dirac realizó otro gran logro con su aportación a la llamada «teoría de transformaciones». Ella unificó en profundidad las dos concepciones cuánticas, matricial y ondulatoria, interpretando su base probabilista. Son transformaciones geométricas que permiten pasar de un conjunto de «observables» a otro, y dan la probabilidad de obtener ciertas medidas para el segundo conjunto cuando se conocen con precisión las del primero. Este trabajo apareció publicado a principios de 1927 y ejerció un enorme influjo en el que un par de meses más tarde publicó Heisenberg, también desde Copenhague, sobre las «relaciones de imprevisión».

La relatividad y el anti-electrón

Sin duda, el logro diraquiano más famoso en nuestra física cuántica es «la ecuación de Dirac». Kragh dedica un capítulo, «Relatividad y electrones con espín», a estudiar el contexto de su descubrimiento. Lo que Dirac buscaba a fines de 1927 es una ecuación diferencial para la evolución del electrón que, satisfaciendo las exigencias de la relatividad especial de Einstein, sea de primer orden (con sólo derivadas primeras). Lo que encuentra, «jugando con las ecuaciones», es que su solución no puede ser una función simple (escalar), sino que ha de ser una función (espinorial) a cuatro componentes. Dos de esas componentes vienen como anillo al dedo para expresar el espín del electrón, según acababa de admitir Pauli. Pero las otras dos resultaban embarazosas. Bien analizadas, correspondían a unos electrones de energía negativa absurdos.

Dirac publica precipitadamente sus primeros resultados a principios de 1928. Los aplica al electrón del átomo de hidrógeno, y escamoteando las componentes de energía negativa de la solución, obtiene la corrección relativista que en 1916 había obtenido Arnold Sommerfeld con un razonamiento simplista,

pero que concordaba con admirable precisión con la «estructura fina» experimental del espectro atómico del hidrógeno. En su apresuramiento, Dirac sólo logra obtener para su publicación alguno de esos términos correctivos. Muy pronto se demostrará que pueden obtenerse todos exactamente. Es un signo de la «eficacia no-razonable» de las matemáticas.

Pero las componentes de energía negativa que exigía la ecuación de Dirac, a pesar de su carácter absurdo, se demuestran también indirectamente necesarias. En 1930 Dirac propone para ellas una interpretación física: no representarán electrones, sino agujeros en un mar infinito de electrones de energía negativa. Representarán, pues, partículas razonables de energía positiva y carga opuesta a la del electrón que Dirac identificará con los protones. Con esto lograba «el sueño de los filósofos»: una fórmula única que legislaba el comportamiento de todas las partículas materiales entonces conocidas, electrones y protones. Pero este sueño se demostró onírico, y se impuso la evidencia teórica de que esos agujeros tenían que representar partículas de carga opuesta pero de masa idéntica a la del electrón. Dirac en 1931 publicaba la predicción de esa partícula con el nombre de «anti-electrón», y a la vez la del antiprotón. La existencia real de la primera se confirmará al año siguiente, pero para la del antiprotón habrá de esperarse hasta 1955. Ese artículo de Dirac de 1931 discutía la aniquilación de esas antipartículas al encontrarse con la correspondiente partícula, y la producción de un par partícula-antipartícula a partir de pura energía. Dirac introducía así en nuestra física el concepto de antimateria.

La llamada «electrodinámica cuántica»

Otro campo roturado por el genio creativo de Dirac es el de lo que hoy llamamos «electrodinámica cuántica». Kragh dedica a esas aportaciones de Dirac un extenso y rico capítulo titulado «Cuantos y campos». Poco después de publicar en 1927 su artículo sobre la teoría de transformaciones, estando todavía en Copenhague, elaboró Dirac su «teoría de la emisión y absorción de radiación» por la materia. Es otro artículo antológico que resolvió problemas acuciantes planteados por Einstein y Bohr desde hacía un decenio, y puso en marcha la descripción cuántica y relativista de esa interacción entre radiación y materia —entre fotones y electrones— que constituye la electrodinámica cuántica. Inspirados en ese artículo trabajaron Heisenberg y Pauli, y publicaron densos artículos en los



JORGE WERPELLI

Viene de la página anterior



JORGE WERFFELI

años 1929 y 1930. Pero Dirac se distancia de las innovaciones introducidas por ellos, especialmente de su tratamiento de los electrones en pie de igualdad con los fotones, y publica en 1932 un nuevo artículo sobre el tema que introduce un nuevo enfoque (a base de introducir un reloj particular para cada uno de los electrones del sistema). Lo curioso de la historia es que esos dos enfoques, pretendidamente contrapuestos, se demostrarán matemáticamente equivalentes, y el propio Dirac en 1932 se verá obligado a colaborar en un artículo que demostraba claramente esa equivalencia.

Esa síntesis de 1932 de las diversas corrientes de electrodinámica cuántica resultará efímera. Aun superados los problemas que introducían en ella las componentes de energía negativa de la ecuación de Dirac, aparecían constantemente «divergencias» en los cálculos de las magnitudes físicas, es decir, expresiones integrales que matemáticamente resultan infinitas. La eliminación artificial de esas divergencias, la llamada «física subtractiva», desanimaba a los creadores de este campo.

Por otra parte, Dirac, impresionado por ciertos resultados experimentales, sugería en 1936 abandonar esas teorías que él mismo había introducido en 1927. Los resultados experimentales pronto fueron desmentidos, pero el pesimismo de Dirac sobre la electrodinámica cuántica no desapareció por ello. Kragh le dedica otro capítulo entero, titulado «La llamada electrodinámica cuántica». Presenta en él sus esfuerzos titánicos de 1942 por replantear una electrodinámica cuántica libre de divergencias, ¡aunque sea a costa de introducir probabilidades negativas! Y cuando, acabada la guerra, se elabora en América, en 1947-48, una «teoría de la renormalización», que eliminaba sistemáticamente las divergencias de las magnitudes físicas a base de renormalizar la carga y la masa del electrón, Dirac se distancia de esa comunidad internacional. Para él esa teoría es matemáticamente fea, y físicamente no satisface nuestro «deseo de entender cómo trabaja la naturaleza».

Dos capítulos más dedica Kragh a ese Dirac que busca replantear la electrodinámica cuántica por caminos peculiares. En el titu-

lado «Electrones y éter» presenta los intentos de Dirac, sobre todo en 1951-53, por elaborar una teoría basada en un cierto concepto de éter relativista y cuántico. Pero tales intentos no pasaron del nivel cualitativo. Más interesante es el capítulo titulado «Justo una desilusión», en que relata los esfuerzos de Dirac por formular una electrodinámica basada en la existencia de monopolos magnéticos (partículas con carga magnética, norte o sur, aislada). Sus primeras predicciones (basadas en la posibilidad de una mayor simetría para las ecuaciones de Maxwell) están incluidas en el mismo artículo de 1931 en que predice el «anti-electrón» y el antiprotón, pero Dirac ha elaborado ulteriormente su teoría en 1948 y en 1976. Ella ha interesado especialmente en 1974, en relación con las «teorías de gran unificación» de las interacciones fundamentales, y en 1982, con ocasión de una experiencia de Blas Cabrera que pretendía haber detectado monopolos, experiencia que no ha sido firmada.

Kragh dedica un último capítulo físico a las «aventuras en Cosmología». Dirac se ha dedicado a estos temas desde 1937, precisamente desde su desencanto con la electrodinámica cuántica. Sus razonamientos de partida son numerológicos, basados en expresiones numéricas enormes (del orden de 10^{40} ó 10^{60}) y sin dimensiones físicas, que relacionan constantes físicas y cosmológicas. La absolutización de tales expresiones sorprendentes le lleva a consecuencias importantes, como la variación con el tiempo de la constante gravitacional de Newton y otras constantes físicas. En realidad son pocos los físicos que siguieron las especulaciones cosmológicas de Dirac, y él mismo, en 1973-75, las cambió radicalmente.

El físico de alma más pura

La frase es de Niels Bohr: «De todos los físicos, Dirac es el de alma más pura». Nos la ha conservado Rudolf Peierls para expresar la rectitud de un Dirac que «nunca comprometería sus principios, y persistiría absolutamente en lo que viera como recto». Es famosa, por otra parte, la aparente asepsia religiosa de Dirac, que nos ha conservado

Heisenberg. Reconstruyendo diálogos sobre ciencia y religión tenidos en 1927, dice que Pauli, medio en serio medio en broma, resumía así la religiosidad de Dirac: «Sí, sí, nuestro amigo Dirac tiene una religión; y el dogma fundamental de esta religión reza así: No hay Dios, y Dirac es su profeta» (*Diálogos sobre la Física*, BAC, 1972, cap. 7). Sin embargo, desde 1961 era miembro activo de la Pontificia Academia de Ciencias, y a partir de 1971 asistió a conferencias de premios Nobel de Lindau. Allí expresaba la probable necesidad de hablar de Dios en relación al origen de la vida.

A estos temas, y a la limitación de los intereses humanos de Dirac (jardinería, ajedrez, tenis, viajes y escaladas), dedica Kragh el capítulo 12, «El alma más pura». En los dos capítulos finales, 13 y 14, estudia cuatro principios filosóficos que dirigen la actividad científica de Dirac. Los tres primeros los trata bajo el título «Filosofía en la física». Presenta el primero como un cierto «instrumentalismo científico» relacionado con la concepción de Heisenberg de suprimir en la nueva física cuántica lo no observable (órbitas electrónicas...). Pero Dirac lo usa con mucha parsimonia y, dados sus rasgos especulativos, ciertamente no se le puede llamar positivista (como a Heisenberg tampoco). El segundo es el principio de «Unidad de la naturaleza», o más bien de la física, el cual le lleva a concepciones curiosas, como borrar las diferencias entre leyes y condiciones iniciales para tratar matemáticamente ambas del mismo modo. El tercero es el «Principio de plenitud», que le

lleva a exigir una existencia física para conceptos matemáticamente posibles, como monopolos, éter cuántico-relativista o partículas de espín superior.

El último capítulo está dedicado al cuarto y más significativo de esos principios científicos de Dirac, «El principio de la belleza matemática». En 1956, al visitar Dirac la Universidad de Moscú, fue invitado a escribir una frase en una pizarra especial reservada a visitantes insignes. Dirac escribió: «Una ley física tiene que poseer belleza matemática». Lo difícil es definir de una manera objetiva esa belleza, que a veces coincide con la «simplicidad» y a veces no. Ciertamente no coincide con el «rigor» matemático, aunque exija un cierto grado de razonabilidad lógica. Para Dirac, un modelo de promotor de este principio es Hermann Weyl, quien se atrevía a parangonar así con el criterio de contrastación experimental: «Mi trabajo intenta siempre unir lo verdadero con lo bello; pero cuando he de escoger entre lo uno y lo otro, normalmente elijo lo bello». Dirac parece más equilibrado. Usa la belleza como fuerza motriz de su investigación; pero cuando las dificultades experimentales resultan insalvables, busca en una nueva dirección una mayor belleza, convencido de que «Dios es un matemático de muy alta categoría» (*Scientific American*, mayo 1963). Tales formulaciones de la belleza matemática con admiración cuasi-religiosa pertenecen ciertamente al período final de su carrera, posterior a 1935. Pero sin duda inspiraban inconscientemente la investigación más creadora del período anterior.

RESUMEN

Esta obra, señala García Doncel, es, sin duda, la mejor biografía científica que poseemos sobre Paul Dirac, uno de los genios creadores de la física cuántica. Incluye tres capítulos de pintadas biográficas, ocho capítulos sobre

sus sucesivas aportaciones físicas y tres capítulos finales sobre su temperamento filosófico y humano. Con un estilo asequible, resulta ser, en su opinión, una apreciada herramienta para introducirse en la bibliografía de y sobre Dirac.

Helge Kragh

Dirac, a scientific biography

Cambridge University Press, Cambridge, 1990. 389 páginas. 35 libras.

El proyecto Rembrandt

Por Juan José Martín González

Juan José Martín González (*Alcazarquivir, Marruecos, 1923*) es profesor emérito de la Universidad de Valladolid y miembro numerario de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Entre sus obras más conocidas se hallan *El artista en la sociedad española del siglo XVII* y *El escultor en palacio*.

Una de las peculiaridades de la ciencia contemporánea es la aplicación concentrada de la tecnología en tareas de investigación dirigidas a la mejora de los conocimientos en beneficio de la humanidad. A raíz de la exposición dedicada a Rembrandt en 1969 surgió una viva preocupación por la oscuridad en que se hallaban múltiples cuestiones referentes al pintor, entre ellas la autenticidad de las mismas obras. Así se concibió un magno programa de investigación sobre el artista, denominado *Rembrandt Research Project*. Todas las técnicas experimentales se han puesto al servicio de este programa: rayos X, autorradiografía (iluminación de la subestructura de la capa de pintura mediante bombardeo de neutrones), dendrocronología (medida de la antigüedad de la madera), etc. ¿Tan importante era el asunto? Una exposición consagrada al pintor, que en 1991 se ha paseado apoteósicamente por Berlín, Amsterdam y Londres, ha puesto al pintor en la cúspide, aunque, eso sí, nítidamente depurado. Se ha revisado todo un sistema de producción en la obra pictórica de un gran maestro.

Venía rodeado Rembrandt de fama de artista solitario e inadaptado, reacio al contacto social, en la esfera opuesta a la de Rubens, el pintor impuesto en los medios cortesanos de Europa. En su emotivo libro *Los maestros de antaño* (1876), Eugène Fromentin apreció aspectos reivindicadores para el pintor en el aspecto técnico (el dominio de la luz) y en el de contenido («un puro espiritualista, un ideólogo...», aquí está la clave de su misterio). Pero siguió considerándole como un extraño en el medio holandés. Permanecía la imagen de «genio incomprendido», que ininterrumpidas investigaciones han procurado ir poco a poco borrando. La historiografía artística de Rembrandt está llena de hitos renovadores. En dos campos principalmente se situaron las pesquisas: el catálogo y la biografía. En lo referente a la producción, separar lo auténtico de lo atribuido era fundamental, pero como se verá más adelante la tarea resultaba altamente espinosa. En cuanto a lo biográfico, la rica documentación reunida por Hofstede de Groot aclaraba aspectos, pero no disipaba la densa niebla del propio pensamiento del artista. Todas las fórmulas de carácter positivista en el orden estilístico y las referidas a la temática (iconografía e iconología, impulsadas por Panofsky), se aplicaron a la investigación sobre Rembrandt. Desde luego en aspectos puntuales los resultados ofrecían atractivas novedades, pero en última instancia siempre quedaba un artista distante y misterioso. Una renovación metodológica aplicó Jan Emmens, quien en 1964 publicó un libro en que veía a Rembrandt bajo las «reglas del arte». Todo el esfuerzo se aplicó a rechazar el principio de insularidad, de artista maldito, que con tanta satisfacción había propiciado la crítica romántica. A su manera, mantuvo un activo contacto con la sociedad holandesa contemporánea y no le fueron ajenos principios del clasicismo, al menos como punto de partida. Con un poderoso arsenal de personas y medios, entró en acción el proyecto sobre Rembrandt. La revisión se dirigía a la totalidad de su persona y de su obra. No se recuerda una tan masiva concentración de efectivos investigadores. En este proceso se sitúa el li-

bro de Svetlana Alpers que sirve de apoyo a la comentario que efectuamos. Se ha tomado el trabajo de sintetizar las investigaciones, realizando un estado de la cuestión sobre Rembrandt, pero fijando criterios personales precisos. Ofrecidas tales investigaciones en forma de conferencias en el Bryn Mawr College, de su publicación se ocupó la Universidad de Chicago en inglés, que es lo que Mondadori recoge en la versión española.

Producir para el mercado

El siglo XVII es sobre todo la época de los patronos y mecenas. Reyes, nobles y eclesiásticos se enfrentan en el campo de batalla, pero también rivalizan esgrimiendo lo mejor del arte. La producción artística de Rubens, Bernini y Velázquez se mueve en la órbita de los mecenas. Rembrandt, a poca distancia del hogar de Rubens, representa un deliberado rehusamiento del patrón-mecenas. Para Alpers, en esto radica sustancialmente la problemática del artista y de toda su producción.

Necesidad imperiosa para todo artista es la atracción de clientela. La perseverancia del cliente puede abocar en patronazgo; la afición se hace irresistible, y de esta suerte se establece una corriente entre artista y cliente que dio carácter a la producción. En el caso de Rembrandt, estas relaciones se fundamentan en el principio de hacerse valer ante el patrono, llegando al desplante y la impertinencia, lo cual puede ser tanto de origen temperamental o de calculada conducta. Posar para Rembrandt era algo que había que ganar meritoriamente. Que domina al cliente lo dicen actitudes como la de alargar interminablemente la entrega del encargo, no respetar el parecido en caso de retrato o sujetar al modelo con innumerables sesiones en el taller. Pero lejos de redundar en descrédito del maestro, ensanchaba su aceptación. De poco serviría este proceder si el público no estuviera cautivado por su arte. Se sabe que era de uso común emplear el taller como lugar de visita para que el cliente se complaciera ante el ambiente laboral. Pero no era el taller de Rembrandt el lugar adecuado para tales visitas; en un dibujo llega a representar burlescamente la visita ridiculizando al cliente (*Sátira de la crítica pictórica*, Museo Metropolitano de Nueva York).

Pintores muy cercanos a Rembrandt estuvieron unidos por sólidos vínculos al patronazgo. Tal es el caso de Gerard Dou, discípulo del maestro, quien concedió en exclusiva su producción para la reina Cristina de Suecia por mediación de su representante Pieter Spiering Silvercron.

La producción de Rembrandt se sitúa innovadoramente en el terreno del mercado abierto. El producto se genera en el taller, las más de las veces para ofrecerlo en el mercado, sin destinatario fijo, como objeto de venta. E incluso cuando precede un encargo formal, como la *Ronda de noche*, el artista se siente con libertad suficiente para hacer un retrato colectivo a su modo, lo que como sabemos provocó la protesta.

La sociedad holandesa ofrecía el aspecto de un organismo altamente acomodado. La capacidad adquisitiva de la familia burguesa se apreciaba especialmente en el campo de los bienes artísticos. Los inventarios acreditan que la pintura constituía la ornamentación acostumbrada de las habitaciones, tal como vemos en los lienzos de pintores denominados «de sociedad» (Vermeer, Terborch, Metsu, etc.). Los cuadros se adquirían en establecimientos dedicados a la venta, a los que llegaban no por encargo sino por ofrecimiento directo de los artistas. Quiere decirse que el mercado de arte para consumo doméstico

era una práctica habitual. Pero Rembrandt usó de esta costumbre en todas sus modalidades. La ejecución de sus pinturas está inmersa en una operación económica, basada en la posesión de bienes (entre ellos los artísticos), causante de deudas que requieren empréstitos. Pero no pagaba con dinero, sino con pinturas. El manejo de dinero fue móvil esencial de su vida. Las operaciones económicas se jalonan en la madurez de su vida y forman hitos que afectan a la evolución de su arte. Pero si buscaba el dinero, el punto de mira estaba siempre en la elaboración de pintura o en la consecución de objetos artísticos, pues sabido es que fue ávido coleccionista. También lo fue Rubens, pero exhibía su contenido como complemento imprescindible de un artista cortesano; los bienes artísticos de Rembrandt tenían no sé qué de tesoro autocomplaciente. Su colección tenía por destinatario a él mismo.

La relación con Jan Six muestra las características financieras en que descansó. Se ofrecía en él un soporte de la acción de patronazgo, por cuanto era un hombre muy influyente, apoyado en el comercio y revestido de cultivado espíritu coleccionista. Realizó Rembrandt obras para esta familia, pero no aceptó ser su protegido. Para pagar sus deudas logra de los Six un empréstito de mil florines que iría enjugando con pintura. Como argumenta Alpers, el retrato que hiciera Rembrandt a Jan Six en 1654 representa el inevitable desenlace de una fracasada operación de mecenazgo. Six no podía soportar la larga permanencia del modelo en casa del pintor y éste tuvo que despachar la obra de forma rápida. Aplicó un estilo rápido como requerían las circunstancias y además caracterizó al comerciante como hombre de negocios que tiene prisa: se enfunda el guante con aire de despedida, que fue definitiva.

Aunque circulaba la especie de que estaba ciegamente interesado en el dinero, su conversión en obras de arte no tardaba en producirse. Una anécdota puede ilustrar esta tendencia: la moneda que había en el suelo de su taller, que intentó inútilmente recoger Rembrandt pues era broma de sus discípulos, que se valieron de un hábil «trampantojo». Su presencia en las subastas de obras de arte era habitual. No llevaba una ordenada contabilidad y de golpe se vio envuelto en lo que se ha llamado su bancarrota. Pero como aclaró Alpers, fue asimismo otra operación del artista, ya que en rigor lo que hizo fue declararse insolvente. Con la venta de las propiedades rehabilitó su crédito y retornó al coleccionismo, que era inseparable de su sistema de vivir. No sólo no le arredraban los precios en las subastas, sino que en ocasiones los recreaba. Causaba alarma esta inusitada práctica. ¿Qué pretendía Rembrandt comprando por más dinero lo que le ofrecían? Dos razones cabe ofrecer. Una la esgrime

Baldinucci: el elevar los precios, de rechazo aumentaba la estimación de la pintura. La otra razón es más aguda: el objeto adquirido era ya «un Rembrandt». Es lo que en nuestro propio siglo puso en práctica el magno talento del anticuario: Duveen.

El sistema financiero que aplicó Rembrandt a la producción artística y a su afición de coleccionista le acompañó toda su vida. La hermosa lección que se desprende es que no se mantuvo aferrado ni al dinero ni a las posesiones; fueron meramente el soporte de un sistema. En el momento de fallecer en 1669, sólo puede hacerse inventario de sus ropas personales y los instrumentos del oficio de pintor y grabador. Como comerciante puede decirse que había fracasado, pero el modo de producir arte salió enriquecido considerablemente.

El taller

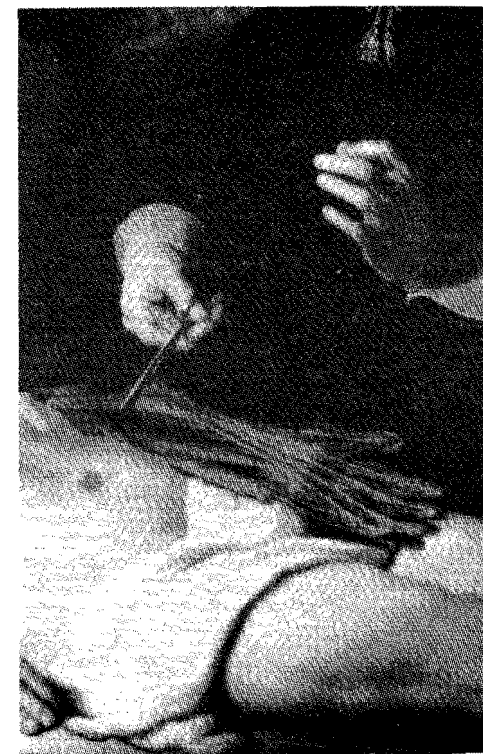
Interesa penetrar en el hogar de Rembrandt para ver quiénes le acompañan y cómo desenvuelve su trabajo; en esto se han detenido las últimas investigaciones.

Tuvo en gran copia aprendices y oficiales. Respecto a la contratación de aprendices se atañía a las exigencias gremiales. A cambio de enseñarles el oficio, recibía el importe de cien florines por año. En el taller se producía arte al estilo del maestro. Los mismos ayudantes participaban en la ejecución de pinturas y grabados. Del taller salía copiosa producción que se enderezaba al mercado. Joaquim Sandart, el historiador contemporáneo, menciona que «innumerables niños» llegan junto a Rembrandt para aprender. Se ha meditado mucho sobre lo que esta expresión quiere decir. Se habla de muchos y de adolescentes. Esto aboca a dos consecuencias: formó a muchos artistas y el taller estuvo nutrido. Nada hay en contra de la utilización del discípulo en la producción; lo que sucede es que Rembrandt explotó a fondo este filón. Pero él actuaba siempre como creador, emendando de continuo su labor, que era siempre a lo Rembrandt. Pero no ahogaba el maestro la espontaneidad del discípulo y del oficial; esos atisbos individuales dentro de la misma producción de Rembrandt son los que han dado la sorpresa en las recientes pesquisas.

Tanto Rubens como Rembrandt impulsan la producción artística utilizando todo el potencial del taller. Pero existen marcadas

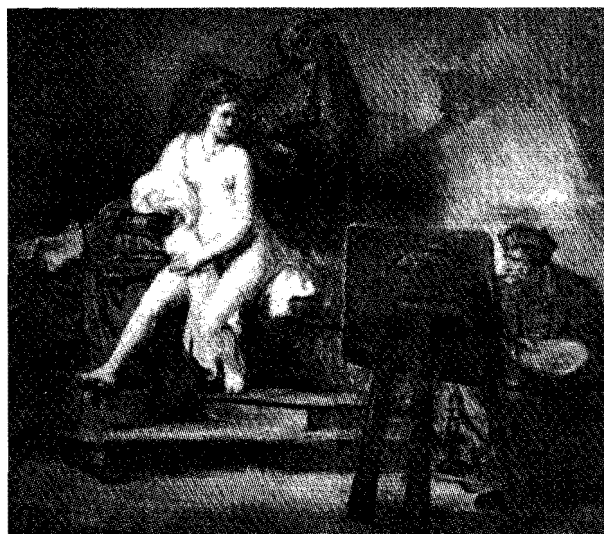
La lección de anatomía del doctor Nicolás Tulps (detalle). Mauritshuis, La Haya. (derecha).

El jinete polaco. Colección Frick, Nueva York. (izquierda).



CORTESIA EDITORIAL.

Viene de la página anterior



Autorretrato, 1658.
Colección Frick,
Nueva York.
(izquierda).

Taller de Rembrandt:
Un pintor y su modelo.
Art Gallery and Museum,
Glasgow
(centro).

La novia judía.
Rijksmuseum-Stichting,
Amsterdam.
(derecha).

diferencias en cuanto al procedimiento, aunque los dos proceden como «empresarios». Rubens especializó a sus colaboradores, encargándoles de sectores completos del lienzo (paisaje, flores, animales, etc.). Era la idea, los bocetos y el tratamiento final lo que realizaba Rubens. Pero siempre había una marcada diferencia entre el Rubens personal, el de los encargos de los mecenas, y el Rubens de producción de taller. En el caso de Rembrandt hay una fusión total de la producción.

Para Alpers, la obra salida del taller de Rembrandt es siempre un producto único, no serial, firmado por el artista, en cuya ejecución están fundidos concepción, dirección y corrección. Los ejecutantes son ayudantes, oficiales y el propio Rembrandt. El estilo de éste domina el ambiente, pero no asfixia; de ahí los arrebatos de originalidad de los demás miembros del taller. El producto «Rembrandt» sale con la garantía de originalidad; el propio maestro introducía incesantemente cambios, incluso en las obras grabadas. El mercado estaba en el límite de la competencia, ofreciendo en todo momento obras colmadas de novedad.

La actualización de los conocimientos sobre el pintor pasa necesariamente por el estilo. Rembrandt dejó la marca de peculiaridad en las obras del llamado «estilo áspero», que es el de su madurez. No hizo sino seguir a Ticiano en lo que Vasari descubrió en él: la pintura «de manchas». Sin duda en esta factura halló la conveniencia adecuada. Pero suele olvidarse que en su primera época se aplicó a la pincelada fina, de ejecución minuciosa. Precisamente en su época de Leiden desarrolló esta tendencia a la ejecución esmerada, al perfectismo del acabado, que es precisamente lo que se pone de moda cuando Rembrandt se afana en la manera áspera.

Esta manera conduce a otra noción: la distancia al cuadro. Como en Ticiano, la contemplación lejana se recomienda, pues en la proximidad la sensación es de borrón. Se sabe que Rembrandt recomendaba la visión alejada. Pero la obra también de cerca se justificaba. El pintor se recreaba en la pincelada; retocaba de continuo sus cuadros, acumulaba capas, con lo que el resultado es de opacidad. Pero eso provee a la superficie de relieve. Impresionantes fotografías se han hecho de las pinceladas de Rembrandt, que son trozos de

la mejor pintura. Y de esta suerte otro sentido es invitado a participar: el tacto. La riqueza cromática determina un poderoso estímulo para la palpación, con lo que se duplica la participación de los sentidos del contemplador. La misma mano desempeña un activo papel en la pintura del maestro. En la *Lección de anatomía del doctor Tulp*, la mano va unida al magisterio. La mano es un vehículo en el ejercicio amoroso. La doble función de la mano se esgrime en el aguafuerte *El orfebre*. Con la mano derecha acciona el martillo para moldear; con la otra palpa amorosamente una estatua.

Mas volviendo al taller, se observa el campo de experiencias que suministró para la composición de los cuadros. Es bien sabido el gran ambiente teatral de la ciudad de Amsterdam. Los lienzos de Rembrandt transmiten la impresión de una representación dramática. Hay un despliegue de indumentaria, gestos y ambiente que guardan estrecho parentesco con lo teatral. Un taller y un hogar tan surtidos de personajes constituían un escenario muy apto para un tipo de composición dramático.

Depuración

Si quisiera sintetizarse de alguna forma el resultado de estas investigaciones sobre el pintor, podría decirse que ha sido objeto de una depuración, en el sentido de que se ha investigado a fondo en torno a lo que es propiamente suyo. Desde un millar de pinturas que se consideraban de su paternidad, la cifra ha ido progresivamente disminuyendo hasta resultar inferior a cuatrocientas. Pero hay algo más grave: que pinturas siempre estimadas de su autoría, han resultado ser, total o parcialmente, obra de sus ayudantes.

La exposición dedicada al pintor en 1991, que lleva el título de *Rembrandt y su taller*, ha estado organizada precisamente para ofrecer la mejor comprensión de la paternidad de las obras; es decir, lo que es suyo y lo que es de sus discípulos o ayudantes. Se constituyeron dos bloques de obras. Uno era de las pinturas de segura paternidad de Rembrandt. El segundo grupo estaba constituido por la producción de atribuciones a favor de discípulos. Para convencer a los visitantes de la fiabilidad de la nueva atribución, se exponía,

junto a la obra examinada, otra firmada por el seguidor de la que no cupiera duda. De esta suerte se ensanchó el radio de acción del estilo de Rembrandt, aunque a costa de arrebatarle piezas muy significativas.

La reducción de catálogo auténtico del pintor ha sido un proceso continuo dado a conocer con noticias sensacionalistas. Se empleaba el calificativo de falso, aunque para señalar el cambio de asignación a favor de un seguidor. Los factores que integran el problema son la intervención del discípulo, del oficial y del imitador. Un discípulo emancipado ofrece un estilo que, aunque impregnado de Rembrandt, tiene elementos individuales. Es ya otro maestro. La cuestión es saber qué participación ha tenido dentro de un cuadro de Rembrandt producido en el taller de éste. Y puesto que era rentable imitar al maestro ya fuera de su taller, la obra ejecutada es al estilo de Rembrandt, pero sin intervención de éste. Y aquí radica la cuestión esencial: algunos eran excelentes pintores, no resignados seguidores. ¿Qué sucede entonces cuando se llega a la conclusión de que un cuadro estimado sin duda de Rembrandt hay que pasarlo al haber de un seguidor? De momento una sensación de turbación, en la que nos hallamos. Sin duda el tiempo traerá el sosiego y un juicio equilibrado para Rembrandt. Porque, como señala Alpers, la cuestión no es tanto saber si un determinado cuadro es positivamente de su mano como si es él quien lo ha concebido e inspirado. Rembrandt, en conclusión, puede afirmarse que no es un genio aislado, sino un proyecto de gestión pictórica que abocó a la creación de un estilo: el suyo.

Paternidad dudosa

Aunque son numerosas las pinturas que han sido retiradas de la paternidad de Rembrandt, algunas tienen una gran trascendencia por la notoriedad que encierran. Tres acaparan la atención: *El jinete polaco* (colección Frick, Nueva York), *David y Saúl* (Mauritshuis, La Haya) y *El hombre del casco dorado* (galería de pinturas de Staatlich Preussischer Kulturbesitz, Berlín). Son obra de otra mano, pero que ha colaborado con Rembrandt en

su taller, no hay que olvidarlo. La retirada de la autoría se produce después de que expertos de la mayor solvencia se habían pronunciado inequívocamente en favor de Rembrandt. Los elogios de la crítica se habían acumulado en *El hombre del casco dorado*; no era solamente un Rembrandt, sino una obra culminante. Se ponderaba sobre todo el efecto del casco, que daba nombre al cuadro, como un prodigio de la técnica y de la estética. Precisamente la sombría tonalidad del fondo hacía fosforescer de forma deslumbradora el yelmo. Ciertamente, la obra no será más un Rembrandt; hay que asumir las consecuencias de los descubrimientos. Se le clasificará como de la «escuela de Rembrandt», por cuanto hemos dicho que por taller entendemos todo lo que sale del maestro. Nuestro siglo gusta afanosamente de conocer las personalidades. No es lo mismo decir obra propia de un maestro, de su taller o de su ambiente. Lo que se cotiza es lo primero, sobre todo en el terreno de las cifras. Subido al mostrador de las subastas, habría que esperar lo peor de un cuadro cuya paternidad a Rembrandt ha sido retirada. Pero ésta es la máxima crueldad de la crítica: porque el cuadro vale por sí mismo. No sabemos qué personaje se esconde en el hombre que se protege con el casco dorado, pero es alguien interesante, enigmático. Hay una sensación de misterio de la órbita de Rembrandt. Es una emanación suya, inexplicable sin su esplendor. Nada hay más maravilloso que transmitir aquello en lo que se cree y por lo que se trabaja. El hombre del casco no es de Rembrandt, pero es criatura suya.

El caso de Rembrandt es el más señalado para sopesar el valor de la creatividad en el arte. La investigación ha demostrado que su quehacer representó el más ambicioso esfuerzo para obtener una producción del mayor nivel con la integración de un nutrido equipo. Su ingenio multiplicó las fuentes de información y todos los elementos compositivos en pinturas y grabados. Si el arte es creación, por eso mismo tiene que ser siempre diverso. Su genio reposa incluso en las obras de que ha sido desposeído; las mismas alabanzas que se dispensaron cuando se creían del maestro, justamente tienen que permanecer en ellas. ||

RESUMEN

Entre las numerosas cuestiones que suscitan las recientes exposiciones sobre Rembrandt y el propio libro de Alpers, examina Martín González el fenómeno de la productividad que se logra dentro de su taller, del que

salen tanto pinturas como pintores formados que propagan el estilo. Esta propagación hace penosa la tarea de cribar la producción, por cuanto aboca a retirar a Rembrandt obras tradicionalmente estimadas como suyas.

Svetlana Alpers

El taller de Rembrandt. La libertad, la pintura y el dinero

Mondadori, Madrid, 1992. 183 páginas. 2.790 pesetas.

1492: ante el enigma de la expulsión

Por Francisco Márquez Villanueva

Francisco Márquez Villanueva (Sevilla, 1931) actualmente regenta una cátedra de honor en la Universidad de Harvard. Es autor, entre otros, de los siguientes libros: *Espiritualidad y literatura en el siglo XVI*, *Personajes y temas del «Quijote»* y *Lope, vida y valores*.

De acuerdo con sus fines de promover acercamientos interculturales, la Fundación Mapfre América realiza al editar la presente obra una aportación importante a este otro «boom» bibliográfico de 1992. Con *La expulsión de los judíos de España* se sale oportunamente al paso de la ansiedad (más que curiosidad) con que el mundo de habla española busca una orientación responsable acerca de tan decisivo a la vez que doloroso hecho histórico. Su autor, el profesor y académico Luis Suárez, trae a sus páginas la capacidad de reflexión y síntesis que, al lado de la competencia técnica, hacen de él hoy día uno de los mejores conocedores del período bajo-medieval. *La expulsión de los judíos de España* es un libro informado, al día y bien hecho, que al enfrentarse con un ingente y dificultoso problema, no pierde de vista una finalidad de ilustrar, con su redacción accesible y clara, al lector de intereses generales y no especializado ni profesional de los estudios históricos. Es tanto como decir que sirve de este modo a un tipo de compromiso por desgracia nada común en nuestros panoramas editoriales, escindidos desde siempre entre la vulgarización menos exigente y la obra erudita para uso de un limitado grupo de especialistas.

Bajo un irreprochable planteamiento inicial, el magno tema de los judíos y su expulsión es aquí visto como parte de un proceso histórico inextricable de los acontecimientos políticos, sociales y religiosos de la España cristiana. A pesar del buen comienzo supuesto en el siglo pasado por la obra de José Amor de los Ríos, la mayor parte de las colecciones documentales, al igual que las grandes síntesis, han sido después realizadas por especialistas no españoles que, aunque impecables y laboriosos (principalmente Baer y su escuela), adolecen de contemplar el judaísmo peninsular como si éste hubiera existido dentro de una campana de vacío. Su funcionalidad dentro del devenir histórico de la Península les interesa en escaso grado, y demasiado a menudo (porque todo hay que decirlo) se quitan de encima arduos problemas con un simplista echar mano de la etiqueta de «antisemitismo». Y lo cual no deja de ser como si, por el lado de acá, intentásemos hacer historia a base de aquel otro concepto de lo «antiespañol» de todo lo judío.

Aunque su punto de vista sea en gran parte sociológico y no deje de prestar la debida atención al sempiterno problema del préstamo usurario, el libro de Suárez se hurta a los exclusivismos de la historia económica o metodologías cuantitativas de tan reciente boga. Rechaza por ello en más de un lugar la reducción de complejos fenómenos humanos a términos de puro orden material. En este aspecto su proceder tiene, sin embargo, más de básica cautela crítica que de una compensadora y expresa apertura interdisciplinaria a matizaciones de orden histórico-intelectual, literario o antropológico. A pesar del título, su plan de conjunto es más bien el de una historia general de los judíos en la baja Edad Media española, considerada como una inexorable marcha hacia la expulsión. No menos reconocible resulta asimismo su idea central, según la cual el exilio de los sefardíes constituye sólo el tercero de una serie, junto a los ejecutados con los judíos en 1290 y en

1306 por los reyes de Inglaterra y de Francia. Si Alemania e Italia no siguen el ejemplo es sólo por carecer de capacidad material para ponerlo en práctica. El decreto de 31 de marzo de 1492 perdería en sí toda singularidad al quedar inserto en un discurso común a todo el Occidente cristiano. Dicho discurso, relativo a la presencia en su seno del judaísmo de la diáspora, es simplemente la historia de un fatídico y progresivo deterioro conceptual de la relación entre ambas religiones. El significado del gran exilio y desarraigo de los judíos españoles desbordaría por tanto, en lo esencial, los marcos de una adscripción peninsular, con reflujos o desenlace normalizador en un planteamiento de tipo general y «europeo». Sin perjuicio de volver más adelante a dicha idea, baste señalar en este momento su inserción en una común tendencia que, a impulsos principalmente de Maravall y su escuela, puede considerarse en estos días como definidora de una asentada ortodoxia dentro de nuestros estudios históricos.

Normalidad institucional

Suárez inicia su recorrido en la segunda mitad del siglo XI, cuando Fernando I revoca las restricciones de la legislación visigótica, deseoso de favorecer la acogida a los judíos ahuyentados de al-Andalus por la intolerancia almorávide y de dar una normalidad institucional a su presencia en los reinos cristianos del occidente peninsular. La suerte de los judíos europeos comienza pronto a ensombrecerse en 1215 con el IV concilio Laterano (segregación, señales, etc.), y muy en especial con las denuncias realizadas ante

el Papa por el converso Nicolás Donin (1236). Al presentar al judaísmo talmúdico como una «herejía» radicalmente enemiga del cristianismo y deformadora del Antiguo Testamento, las tesis de Donin movilizaban para en adelante a la Iglesia y no permitían otra alternativa que un aniquilamiento final del judaísmo bajo forma de conversión o expulsión. Es a partir de ahora cuando los estereotipos de perfidia, blasfemia y crimen ritual se vuelven moneda corriente en toda Europa. Llull mismo no hará sino planear una nueva y más inteligente estrategia al proponer la alternativa de un judío no «pérfido», pero sí «obcecado», al que será posible convertir por una vía racional, pero no dejarlo perseverar en su error. Mucho más peligroso San Raimundo de Penyafort (tan cercano a la *Summa contra gentiles* de Aquino) con sus epígonos dominicos, los tratadistas y clásicos del antisemitismo (no habría esta vez problema con el término), el judeoconverso Pablo Christiani y el durísimo Raimundo Martí, con su *Capistrum iudeorum* y su *Pugio fidei*. De modo significativo, las obras y finalidades de éstos no miran siquiera a influir sobre los judíos, sino a suscitar entre los cristianos un clima adverso a los mismos. Sus obvios sucesores serán los eclesiásticos del tipo de Juan Martínez de Ecija, que azuzan los asaltos a juderías. El siglo XV los verá reencarnados en una nueva oleada de polemistas que, como Jerónimo de Santa Fe y fray Alonso de Espina, preparan ya la munición para Torquemada y demás inquisidores de primera hora.

El caso español queda esbozado por Suárez como un continuo tira y afloja entre el interés de los soberanos en proteger la inagotable mina de «sus» judíos, y la enemiga

popular que, a través de las ciudades, reclama en vano la aplicación de las medidas restrictivas que, sin eco efectivo en la Península, urgen desde el exterior pontifices y concilios. Aparte de la catástrofe de 1391, los judíos sufren serios quebrantos con las controversias de Barcelona (1263) y en especial la de Tortosa (1413-1414), mientras que la predicación popular de San Vicente Ferrer, aun si adversa a la coacción, sólo mira a liquidar la presencia judía en territorio cristiano. El panorama de Sefarad se complica a su vez, desde comienzos del XV, con la presencia cada vez más visible de los judeoconversos. Son éstos los que en general toman el relevo en materia de arrendamiento de rentas y contribuyen decisivamente a la caída económica de los judíos. Yace aquí uno de los mecanismos decisivos de la expulsión, una vez que han dejado ya de ser un recurso económico vital para la Corona.

El reinado de los Reyes Católicos es sólo posible por el vuelco a su favor de judíos y conversos en momentos claves de la guerra sucesoria. Los judíos contribuyen ampliamente también al sostén económico de la guerra de Granada y se unen al júbilo por su final. La política de Fernando e Isabel hacia las aljamas se basa en estricta restauración y mantenimiento de la legalidad. Les devuelven por eso su autogobierno tradicional y extienden en muchas ocasiones su seguro real ante excesos, provocaciones o amenazas de los poderes locales. No hay, sin embargo, ninguna razón para el optimismo: la carrera hacia el gran exilio prosigue su marcha, jalonada por presagios tan inequívocos como las órdenes para el apartamiento de los judíos (1480) y la anticipada expulsión de los judíos andaluces se decide en 1483.

Imparable dinámica

Al igual que las violencias de 1391 no tuvieron nada de «suceso coyuntural e inesperado» (pág. 182), el decreto de 1492 constituye la culminación lógica de una imparable dinámica de siglos. Suárez rechaza como unilaterales las interpretaciones que lo ven determinado por la oposición activa de diversos sectores sociales, bien sean la masa pechera (Castro), la nobleza (Kamen) o las oligarquías urbanas (Haliczzer). Su verdadera explicación no podría ser otra que el mencionado discurso de orden religioso y, más en particular, la urgencia añadida al mismo por el problema insoslayable de los conversos. El texto mismo del decreto presenta la rigurosa medida como necesaria para acabar con el problema de los judaizantes y permite reconocer una idea propugnada por la Inquisición con perfecta lógica desde su punto de vista. La euforia del momento psicológico y la aumentada conciencia de poder, junto con la disminuida significación de los judíos en todos sus frentes tradicionales, han hecho el resto. La misma capacidad del judaísmo sefardí para reconstruirse y aun fortalecerse a lo largo del siglo XV resultaba particularmente frustradora para decisivos sectores religiosos. La eterna e inquebrantable lealtad de los judíos a la Corona no había acabado nunca de comprender que los soberanos no representaban más que la cúspide de sociedades cristianas que no querían conservarlos como tales en su seno.

El libro de Suárez representa, pues, un importante esfuerzo interpretativo. Sus páginas no ocultan la peculiaridad española, donde los judíos se incorporan durante siglos a tareas decisivas e insustituibles (economía, administración, cultura, diplomacia) o hacen viables hechos como la misma existencia de la Corona aragonesa. Se verifica aquí, sobre



VICTORIA MARTOS



Viene de la página anterior



VICTORIA MARTOS

todo, la enorme diferencia de módulo que en el simple aspecto demográfico se advierte entre las expulsiones de Inglaterra y Francia y la de 1492. No se pasa a valorar otras diferencias de orden cualitativo y determinantes de la clase de desnivel que incitaría a poner en tela de juicio la invocación de tales precedentes. El autor bordea un terreno polémico con su crítica restrictiva de la idea de un «oasis» (pág. 75) judeo-español, y por lo mismo no se siente obligado a contrapesar su planteamiento a «la europea» con la condigna valoración de unas situaciones que carecían de todo paralelo exterior. El encuentro premoderno de que la misma fecha de 1492 sería testigo dificulta una referencia abstracta a la situación de dos siglos atrás, en tierras donde los judíos eran un grupo minúsculo, desarraigado y sin nada que ofrecer fuera de la usura. Occidente no conocía ningún paralelo válido de este hecho español, que da entonces paso a muy diferentes posibilidades de análisis. Dadas sus condiciones reales, cabe sugerir, incluso, si no sería tal vez más exacto hablar no tanto de «expulsión» como de «amputación» realizada en aras de una novísima conciencia política.

Conflicto inaplazable

Quiere decir, pues, que el problema de aquel hecho histórico sigue en pie con todas sus acuciantes urgencias. Se comprueba aquí cómo los discursos agresivos, conducentes a medidas como señales, segregación, controversias, prédicas forzadas, etc., se originan fuera de la Península e inspiran disposiciones conciliares y pontificias a que en la Península se hace por espacio de siglos oídos de mercader. El autor recoge las sostenidas quejas e inútiles prohibiciones que desde el concilio de Coyanza (1050) hasta casi vísperas de la expulsión se lanzaron una y otra vez contra múltiples formas de estrecha relación humana entre individuos de ambos pueblos (sin excluir los amores mixtos, que tan amplia estela literaria han dejado). Se trata, nuevamente, de hechos diferenciales y muy dignos de ser recordados, en cuanto discurso alternativo, a la hora de sopesar lo que aquí se ofrece como la historia de un conflicto inaplazable.

El campo tiene además sus propias exigencias. Todo balance del judaísmo español que no sitúe en primer plano el fenómeno cultural ni muestre especial sensibilidad hacia el mismo correrá siempre un riesgo, porque en ningún otro lugar asumieron los hijos de

Israel un papel tan brillante ni tan insustituible. Su consideración deberá constituir siempre un punto de partida, y no un mero lugar de paso, a la hora de enfrentar problemas de fondo. *La expulsión de los judíos de España* concede escasa atención a tales aspectos cuando no tiende a devaluarlos, como ocurre con el ejemplo expreso de Alfonso X. Ante su actitud (se nos dice) básicamente negativa resultan «muy pálidos» (pág. 76) los esfuerzos de cooperación científica con sus sabios colaboradores judíos. No se reflexiona sobre casos tan extraordinarios como los de los rabíes Sem Tob y Arragel, y se sondean someramente las profundidades del magno fenómeno converso y su incidencia sobre el hecho inquisitorial. Fue ésta muy turbia y accidentada, además de abundante en zonas todavía grises. Queda mucho por decir acerca de don Alonso de Cartagena y su *Defensorium unitatis christianae*, de fray Alonso de Oropesa y su *Lumen ad revelationem gentium*, del espíritu de los jerónimos y de una figura tan crucial en todo esto como sería el gran fray Hernando de Talavera. «No hay datos... para penetrar en la intimidad de quienes vivieron en 1492» (pág. 275). Pero tales datos, sin embargo, existen, no sólo como una psicología dispersa en los procesos inquisitoriales, sino en casos tan señeros y estudiados como serían los de Diego de San Pedro, Alfonso de Pulgar, Juan Alvarez Gato, Fernando de Rojas, Juan del Encina y otros.

Suárez identifica a la Inquisición como inspiradora directa del decreto y hasta reconstruye «más o menos en estos términos» (pág. 305) la forma en que para obtenerlo debieron expresarse sus representantes. Al hacerlo así no obraban éstos sino a partir de las mismas posiciones lulianas, si bien no incluyeran en su análisis la «injusticia esencial» (pág. 308) de la medida, que por entero caía sobre los hombros de los Reyes Católicos. Se da hoy, en efecto, una medida de consenso acerca de cómo el Santo Oficio hubo de estar de algún modo involucrado, pero no es también menos cierto que carecemos de ningún apoyo sólido ni específico acerca de cómo se llevó a efecto. Las quejas de las ciudades y las diatribas del sector más adverso, que propugnaban medidas como el encerramiento, no se ve que reclamaran nunca la expulsión, y ni aun el mismo Torquemada llegó a mencionarla en los duros programas de acción que sometía a los soberanos. Ni se ve tampoco que existiera en los reinos españoles un clamor en tal sentido, ni ningún hecho que en esto impusiera aquella clase de ruptura con un pasado de siglos. El encerra-

miento, dictado en 1480, fue acogido por «un abanico de actitudes» (pág. 290) y no se hallaba todavía consumado en el momento del decreto. Ni hay pruebas de que el proceso por el supuesto crimen ritual del Niño de La Guardia, un cuidado montaje de la Inquisición con obvios fines propagandísticos, lograra levantar un incendio popular en pro del gran exilio. La medida amputadora no se produjo en medio de ningún clima de júbilo ni de entusiasmo, ni se ve que suscitara mucho más que obligadas loanzas de tipo más o menos oficial.

Un hecho enigmático

La expulsión de 1492 se perfila como uno de los hechos más enigmáticos de la historia española. Lejos de caer como una fruta madura, ha podido ser caracterizada como «un coup de tonnerre» (Kriegel) que estalla sin previo aviso. Conforme a una de las más agudas observaciones de Suárez, la Inquisición era desde el primer momento una parte integrante y por tanto politizada del Estado, pero esto mismo dificulta el suponerla movida por exclusivos discursos de orden religioso. Tanto el riesgo como la responsabilidad de la expulsión caían de lleno en un terreno de gobierno y no podían perfilarse como menos que abrumadores. Una decisión de tal importancia hubo obviamente de ser objeto de intensas deliberaciones de que hasta el momento nada sabemos, hasta el punto de que cabe afirmar que su única fuente documental es el mismo decreto en que se vio anunciada. Es lógico que en torno a ella se lucharan complicadas batallas políticas, como las que diez años antes hubieron de reñirse en torno al establecimiento de la Inquisición. Pero a la vez nada hay que nos hallemos más lejos de conocer que una historia política del

reinado de los Reyes Católicos, muy obnubilado todavía por el incienso tributado a su carácter de mito nacional. Si nada sabemos acerca de la inmediata génesis del decreto, nada sabemos tampoco acerca de sus verdaderas intenciones. No sería extraño que se dictara con esperanzas de una conversión en masa y que la movilización para el gran exilio constituyera una sorpresa sin retirada ni enmienda posible para el poder cristiano. Pero el judaísmo de aquellos días no era el de cien años atrás. Se hallaba ahora espiritualmente preparado para superar el golpe, por lo cual no iba a ofrecer una segunda edición de las masivas apostasías de 1391, sino una impresionante prueba de fe.

La historia hispano-hebraica constituye una ingente tarea apenas iniciada. Su inmensa riqueza no ha acabado siquiera de poner su casa en orden en cuanto a una definitiva superación de prejuicios o a un refinamiento depurador de prioridades, conceptos y terminología. Contra lo que se cree, la llamada expulsión no es tampoco su último capítulo. La penuria heurística en que nos hallamos acerca de ésta impide considerarla hoy día fuera de un encuadre irremisiblemente problemático, sean cuales sean sus orientaciones. *La expulsión de los judíos de España* da buena cuenta de sí, dentro de los términos de este desafío, al ofrecernos un serio esfuerzo de carácter personal e interpretativo. Sus problemas reflejarían los de la misma expulsión en cuanto concepto historiográfico, así como en el plano técnico la ambigüedad y complejos ángulos interdisciplinares de los temas hispano-hebreos. Tenidos todavía por una especie de rincón minoritario, desplazan éstos escaso tonelaje en el mar de la investigación, cuando no habría mejor argumento que éste del gran exilio de 1492 para hacer de aquéllos uno de los focos prioritarios de nuestras tareas históricas.

RESUMEN

Entre los varios acontecimientos históricos que se conmemoran en este año, tal vez uno de los menos investigados sea el de la expulsión de los judíos, que en esta obra del profesor Suárez se estudia como parte de un proceso histórico inextricable de los acontecimientos políticos,

sociales y religiosos de la España cristiana. Este hecho, precisamente, es uno de los que subraya Márquez Villanueva en su comentario, dado que la mayor parte de los trabajos existentes adolecen de contemplar el judaísmo peninsular dentro de una campana de vacío.

Luis Suárez

La expulsión de los judíos de España

Mapfre, Madrid, 1991. 361 páginas. 1.800 pesetas.

Del Derecho bajo el Estado previsor

Por Antonio López Pina

Antonio López Pina (Murcia, 1937) es catedrático de Derecho Constitucional de la Universidad Complutense. Es autor de *Spanisches verfassungsrecht. Ein Handbuch* (1992), *La garantía constitucional de los derechos fundamentales: Alemania, España, Francia e Italia* (1991) y *División de poderes e interpretación. Hacia una teoría de la praxis constitucional* (1987).

Toda una diversidad de indicadores se nos ofrece cotidianamente para medir la incorporación de España al horizonte histórico. El lector encontrará sugerente a tal fin responderse, al hilo de los dos excelentes libros aquí comentados, hasta qué extremo los problemas de Alemania han comenzado ya a ser los nuestros.

Mejores tiempos que los actuales debían correr cuando la doctrina afirmaba que, si bien era manifiestamente mejorable la condición de la Democracia, en Alemania gozaba el Estado de Derecho de buena salud. Hoy en cambio, y en voces tan autorizadas como la del magistrado Dieter Grimm —«el Estado de Derecho está en crisis»—, el incipiente «Estado previsor de riesgos» comienza a provocar llamadas de atención sobre la marginalidad de la Constitución y la impotencia de la Ley.

Pérdida de la seguridad jurídica

La «cuestión social» obligó al Estado a abandonar su posición de mero gendarme del orden existente y a gestar un equilibrio justo de intereses para el que el mercado se había evidenciado incapaz. Desde entonces asistimos a una continua expansión de las tareas públicas, hasta el extremo de asumir el Estado la responsabilidad para configurar y desarrollar la Sociedad. Si en la concepción clásica bastaba con que el Estado interviniera a efectos de restablecimiento del orden, la crisis económica y social forzó la actividad asistencial o compensatoria. Y habida cuenta de los riesgos asociados al progreso científico-técnico, se ha añadido en nuestro tiempo la

«garantía de futuro» como la más reciente extensión de las tareas estatales. El empleo de nuevas técnicas —nuclear, informática, ingeniería genética, nuevas sustancias químicas— genera riesgos que hacen aparecer como «quantité négligeable» los efectos marginales de la primera revolución industrial. En tal contexto se demanda crecientemente del Estado que no reaccione únicamente en caso de accidente, catástrofe o crisis, sino que anticipe posibles cursos erráticos neutralizándolos en su origen. La seguridad —del Estado y técnica— deviene una tarea pública prioritaria. En respuesta a la misma el Estado pone en marcha procesos cuyos efectos son imprevisibles y que sólo se apreciarán dilatoriamente al paso del tiempo (*Der Sicherheitsstaat*, Hirsch, 1980; *Die Risikogesellschaft*, Beck, 1986).

La política de prevención no sólo comporta un profundo cambio de acento. Al disolver los elementos clásicos de la seguridad jurídica, puede decirse que afecta a los fundamentos del ordenamiento jurídico. No solamente se extiende y desdibuja el círculo de participantes en los procedimientos administrativos. También se amplían y difuminan las tareas y competencias a asumir por los órganos estatales de seguridad. A la postre acaba resultando inviable la delimitación jurídica de las tareas, quedando a la discrecionalidad de las autoridades recurrir a cuanto conciban útil a los cometidos y la acción de policía.

Para Dieter Grimm, la nueva situación se traduce en incertidumbre —tanto en el ejercicio de la potestad legislativa del Parlamento como a la hora de aplicación del Derecho—. La fuerza normativa unitaria de la Ley de otro tiempo se deshace hoy en un proceso multiescalonado y policéntrico de concreción jurídica, que imbrica producción legislativa, aplicación administrativa y control judicial de las normas y de su ejecución. En tal contexto, las decisiones de la Administración han dejado de ser meros actos de ejecución; sus decisiones, sólo débilmente determinables por el legislador democrático, quedan sustraídas al control de los tribunales, autoalzándose el Ejecutivo a una condición de soberanía que creíamos haber dejado históricamente atrás. Por si ello no bastara para crear situaciones jurídicamente ambiguas, el disminuido legis-

lador habrá continuamente de tener en cuenta los derechos fundamentales y de cubrirse ante las frecuentes invocaciones a los valores de la Constitución. En fin, la creciente participación de organizaciones empresariales, sindicatos, confesiones religiosas, etc., en las decisiones políticas conduce a que el Estado sea llamado en la figura del tercer poder a llenar el vacío dejado por el Parlamento y, en su caso, por la Administración, sin que quepa certidumbre acerca de la relación última entre la responsabilidad correlato de la decisión y la capacidad de legítima coerción del Estado (neo-corporativismo).

Descompensaciones en la división de poderes

Tales cambios han provocado cierto desviamiento del Estado de Derecho sometido a la Ley en favor de un Estado de Derecho orientado a la Constitución y decidido por la jurisdicción. Como garantía de los derechos fundamentales, la legalidad deja paso a la jurisdicción, bien como amparo ordinario o extraordinario, bien como limitadora de aquéllos en función de la propia interpretación de los valores constitucionales.

Todo ello abre brechas en el Estado de Derecho que no son reparables con los instrumentos constitucionales y jurídico-administrativos del Estado liberal clásico. Día a día se acumulan signos que apuntan a una creciente debilidad interna de la Constitución, y que generan dudas sobre su capacidad para regular la política. Su reducido éxito lleva a Grimm a preguntarse si la debilidad de la Constitución no se deberá a que el Derecho constitucional ha dejado de ser para el Estado del bienestar o el Estado previsor un marcapasos adecuado. Grimm nos ve al albur de la colisión entre valores, sin excluir como posibilidad que un día se vea marginada la Constitución: en la «sociedad del riesgo», la libertad tiene de antemano, frente a la seguridad, una existencia hipotecada. ¿No basta para cobrar conciencia de la situación con que las decisiones irreversibles a que fuerza el desarrollo técnico-científico suspendan, tendencialmente, el cambio democrático de mayorías?

La actividad preventiva del Estado nos sitúa ante un auténtico dilema. Por un lado, no podemos dejar de reaccionar ante las amenazas que se ciernen sobre nosotros; por otro, en el curso de la prevención de peligros, la actividad del Estado amenaza con erosionar las cautelas democráticas y de Estado de Derecho construidas durante los tres últimos siglos para limitar, en interés de la libertad individual, el ejercicio del poder. Que en la actualidad no comprenda la Constitución regulativamente a todos los agentes del poder público, ni abarque a todas las áreas de actividades del Estado, lleva a Grimm a concluir que las transformaciones producidas «han reducido la Constitución a la condición de mero ordenamiento parcial». A mayor abundamiento, siendo la existencia de normas judiciales, precisamente, el presupuesto de la tutela judicial, asistimos, en la actualidad, a la paradoja de que, en la medida en que la Ley pierde fuerza de determinación, acaban siendo inmunes al control judicial justo aquellas actividades estatales que, en mayor medida que la intervención específica estatal de otro tiempo, afectan a los intereses de los individuos.

Uno de los aspectos más controvertidos del problema es cuál sea el lugar y la función del Tribunal Constitucional en relación con el resto de los órganos constitucionales. Pues bien, tanto Grimm como Denninger coinciden en que, dada la incapacidad del legislador para trazar inequívocamente límites entre, por un lado, demandas y ejercicio de la libertad, y, por otro, necesidades o requisitos de bien común, ello acaba —en una medida impensable para los padres de la Ley Fundamental de Bonn— correspondiendo al Tribunal Constitucional.

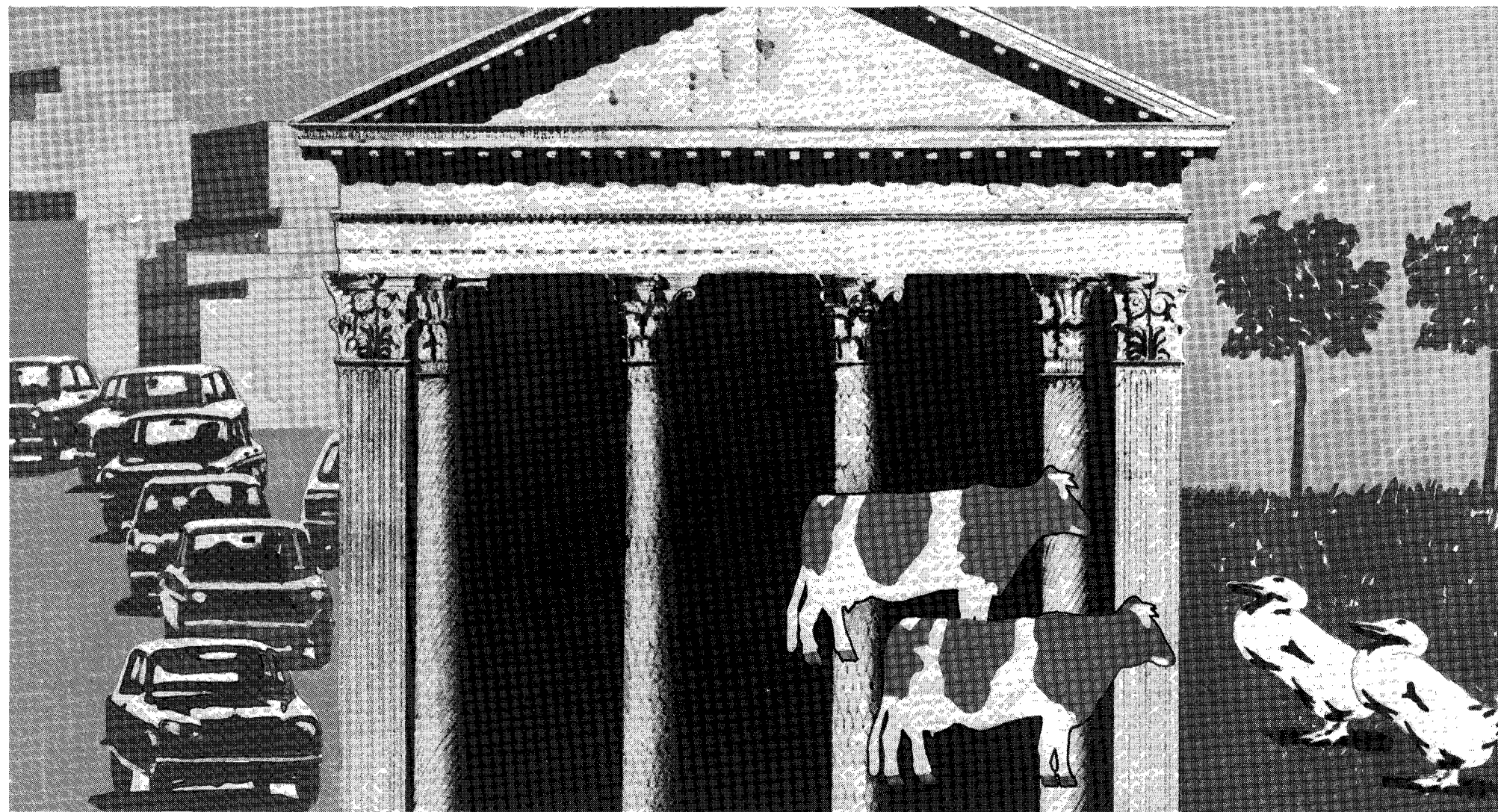
Restauración de la Ley e interpretación

El certero análisis de Grimm ilumina potentemente muchas de nuestras perplejidades y preocupaciones. Nos resistimos sin embargo a acompañarle en su refugio en el pesimismo cultural. El brillante libro de Denninger brinda alternativamente posibilidades para, sin



ARTURO REQUEJO

Viene de la página anterior



ARTURO REQUEJO

extraviarnos en el pesimismo o caer en el idealismo, mantener la fe en la virtualidad del Derecho.

En el fondo, no se trata sino de la evolución del Estado de seguridad jurídica a un régimen de garantía de bienes jurídicos (Denninger). Ante la nueva situación creada por la «cuestión social» y la «sociedad de alto riesgo», lo que procede es, más bien, preguntarnos cómo hacer frente a ella. Y la verdad es que, en Alemania, el laborioso Bundestag no llega a apurar las potencialidades de la Ley como instrumento de dirección normativa; y, por otra parte, se acaba exigiendo normativamente demasiado de la Constitución.

La solución no reside en los programas de desestatalización de tareas públicas (Nozick; el «Estado básico», de Carlos Solchaga, entre nosotros) o de autonomización de áreas parciales de los años ochenta, que tan rápidamente se han desvelado como quimeras cuando no depravadas utopías. El Estado de prevención prueba que no es ya que el mismo sea todavía una realidad huérfana de concepción, sino que difícilmente puede la Sociedad prosperar sin un sistema central de coordinación y compensación. El Estado ha de coordinar y llevar a una compensación funcional los subsistemas de justicia distributiva, dirección ecológico-técnica de prevención de riesgos y seguridad jurídica clásica. Y como apoyo para hacer frente a tales tareas no hay alternativa al legislador democrático (Denninger).

Ahora bien, no sería sensato mantener la expectativa de que ciertas reformas en el procedimiento parlamentario vayan a ayudar a la Ley a recuperar la univocidad, simplicidad, comprensividad y decisividad de otro tiempo. Por otra parte, cuando se contempla la función legislativa del Parlamento, se aprecia hasta qué extremo deja que desear la calidad técnico-jurídica de las leyes, y resultan evidentes las insuficiencias materiales de fuerza normativa de dirección de las leyes. Ello documenta la debilidad de decisiones y de di-

rección; y no prueba sino la renuncia al ejercicio en áreas importantes de la política legislativa. En importantes áreas de la vida económica y cultural el Estado ha, sin duda, abdicado considerablemente, en favor de intereses organizados, de sus competencias normativas.

Por otro lado, hay que resolver funcionalmente la relación entre Constitución y Ley. Si es cierto que legislación es más que mera ejecución constitucional y que se espera del legislador «acción política autónoma bajo la Constitución», también deberá serlo que cabe esperar de la Constitución algo más que sólo medidas para el legislador y para el juez. La Constitución tiene como tarea el logro de unidad en viva tensión entre las políticas sociales y de previsión y el Estado de Derecho, entre las fuerzas que demandan distribución y reforma y las que defienden la tradición y el «status quo».

Una vez que se hayan restaurado la Ley y reequilibrado los poderes del Estado, la superación jurídica de obstáculos y problemas a que debe hacer frente el Estado pasa por el discurso reflexivo animado por las figuras interpretativas creadas por el Tribunal Constitucional alemán.

Se trata de fórmulas como ponderación de bienes jurídicos, limitación de las libertades por el principio de proporcionalidad entre medios y fines, garantía de la libertad por vía de procedualización, interdicción de desmesura, reserva de lo posible, vinculación comunitaria de la persona, etc. Estas figuras argumentales delinean una tensión entre dos polos, facilitando una decisión preferencial. Sirven a amortiguar las colisiones entre derechos afectados, abriendo margen para decidir equitativamente los conflictos planteados. Estos parámetros interpretativos establecen una relación entre el Estado y los ciudadanos de posibles derechos y obligaciones recíprocas, de posible cooperación y asignación de posibilidades y riesgos (Denninger).

Ciertamente que tales figuras no eliminan la indeterminación ni van a devolvernos la seguridad jurídica perdida. Pero tampoco hay, como precio del pluralismo en libertad y de la complejidad social y tecnológica, alternativa a la tensión entre Constitución, Ley, aplicación de la misma por la Administración e interpretación jurisdiccional. La mecánica de la articulación política no puede por menos de haber de convivir con el despliegue de la personalidad: si por un lado el sistema –técnico, económico o burocrático– demanda integración, por otro, los supremos custodios del Derecho no dejan de entonar un himno al individuo dinámico, creativo, innovador, productivo, perseguidor del propio interés sin perjuicio de la tolerancia de los derechos e intereses de otros.

¿Puede concluirse que está estructuralmente desbordado el Estado de Derecho de la Sociedad posindustrial? El progresismo comprometido de Grimm está jurídica e ideológicamente en las antípodas del conservadurismo de Forsthoff. Y, sin embargo, el racional escepticismo de «no hay que hacerse ilusiones acerca de las posibilidades de la Constitución» (Grimm) no deja –con las ma-

tizaciones de rigor– de recordar, al pesimismo sobre la compatibilidad entre Estado constitucional y moderno Estado social del Forsthoff de los años sesenta.

Bien pudiera el desbordamiento consistir, en que la Sociedad demanda insaciablemente del Estado la satisfacción de nuevas tareas, sin brindarle, en correspondencia, criterios vinculantes para la fijación de prioridades. Pero no sería benéfico, que la última palabra consistiera, en documentar las insuficiencias de una Constitución ajustada al Estado de Derecho burgués-liberal, a la hora de responder a los problemas jurídicos generados por el Estado previsor (Grimm), para acabar protocolizando la pérdida por la Constitución de eficacia normativa. A la postre, ello no serviría sino a reificar los desórdenes realmente existentes.

En esta hora no nos cabe, pues, a pensadores progresistas como Grimm o a juristas españoles (Diez-Picazo; Lavilla), sino hacer propio el proyecto de Denninger, de buscar, en la restauración de la Ley y en la elaboración de una teoría funcional de la Constitución para la Sociedad civil, soluciones a los problemas de nuestro tiempo. □

RESUMEN

El empleo de nuevas técnicas no sólo genera actualmente riesgos, sino que requiere del Estado la «garantía del futuro». La Sociedad demanda un Estado previsor. El debate

abierto en Alemania sobre el particular, de extraordinario interés para el jurista español, rotura posibilidades y límites del Estado de Derecho en la actualidad y en el futuro.

Dieter Grimm

Die Zukunft der Verfassung

Suhrkamp, Frankfurt, 1991. 447 páginas.

Erhard Denninger

Der gebändigte Leviatan

Nomos, Baden-Baden, 1990. 467 páginas.

Historia intelectual de una época

Por Francisco Rodríguez Adrados

Francisco Rodríguez Adrados (Salamanca, 1922) es catedrático emérito de Filología Griega de la Universidad Complutense de Madrid y presidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos. Creador de una escuela de helenistas y lingüistas, dirige las revistas *Emérita* y *Española de Lingüística*, el *Diccionario Griego-Español* y la «Colección Alma Mater de Autores Griegos y Latinos».

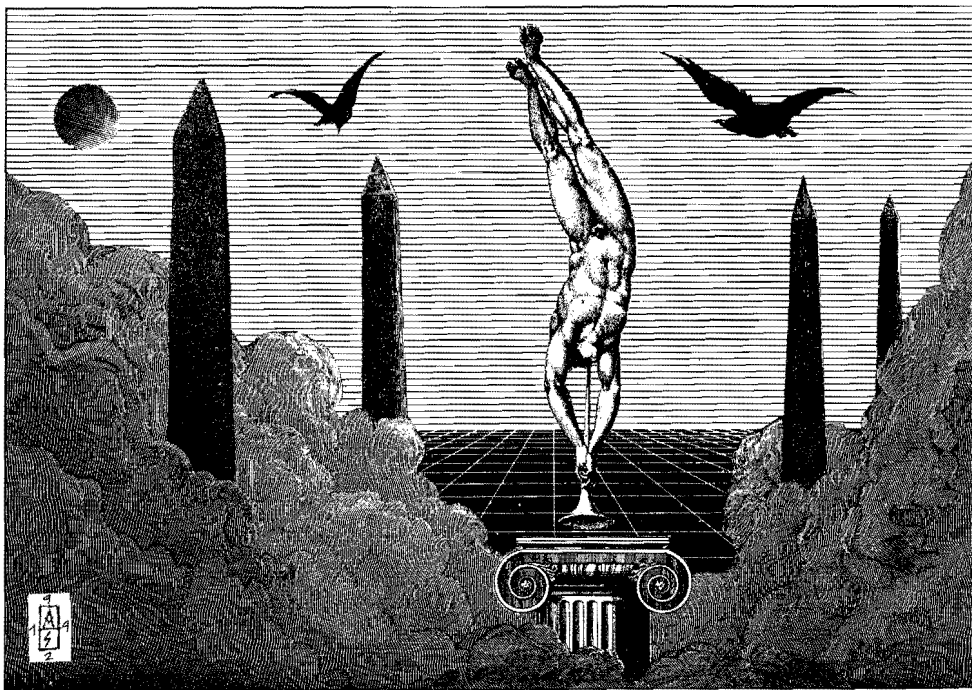
La traducción de este librito publicado en 1806 por Friedrich Creuzer, que fue catedrático de Filología griega y romana durante muchos años en Heidelberg, es importante para todos los interesados en el movimiento del Idealismo alemán a comienzos del siglo XIX, en los orígenes de la Filología clásica alemana y, al tiempo, en los de ciencias como la Mitología y la Etnología comparadas y hasta, si se quiere, la Semiótica. Todo estaba unido en tiempos de menos especialización que los nuestros; todo formaba parte de la misma Historia intelectual de la época. Ello se echa de ver, sobre todo, en el prólogo, verdaderamente ilustrativo y que se nos hace demasiado breve, quizá demasiado apretado, de Félix Duque.

Creuzer nació en Marburgo en 1771 en un ambiente poco intelectual, por lo que siempre sufrió. Conoció a Schiller, fue alumno de Reinhold y Hermann, amigo de Savigny; en 1802 fue profesor ordinario en Marburgo, en 1804 en Heidelberg, donde vivió toda su vida hasta 1858 y fue colega de Hegel.

Habría que encuadrar la obrita aquí traducida doblemente, dentro de la obra de Creuzer y dentro de su vida intelectual y profesional. Tarea no sencilla.

Creuzer comienza haciendo erudición sobre Filología clásica: comienza con un escrito sobre Jenofonte y una edición de fragmentos de los historiadores perdidos. Y esa es su línea en la madurez: colecciones de ensayos, escritos sobre Heródoto o sobre las antigüedades romanas, ediciones de Cicerón y de Plotino. Pero en medio están obras asombrosas, diríamos que heterodoxas: este escrito sobre el simbolismo como referencia al dionisismo y al orfismo y, sobre todo, la gran obra en cuatro volúmenes, de 1810-12: *Simbolismo y mitología de los pueblos antiguos, sobre todo de los griegos*. Es la obra antes aludida verdadera fundación, junto con su anticipo, la aquí traducida, de las ciencias mencionadas más arriba.

Es una obra que no dejaba de tener antecedentes en el ambiente alemán de los románticos (los Schlegel, Görres, Herder le preceden en una serie de puntos) y que deja influjos profundos en Hegel, Schelling y, después, en K. O. Müller, Bachofen, Nietzsche, Rohde, Freud y las escuelas de mitólogos más recientes, como la de París con Gernet, Vernant, Detienne. También, desgraciadamente, en desviaciones del Idealismo alemán como las de A. Rosenberg y Däumler. Por otra parte, recibió críticas violentas de representantes de una visión más sobria, más limitada también, de la Antigüedad, como son Voss y Lobeck.



ALVARO SANCHEZ

Todo ello extrañamente paralelo a lo que fue años más tarde la carrera de Nietzsche, otro filólogo heterodoxo y «dionisiaco», también denostado por los filólogos tradicionales, también profeta de idealismos desviados.

Pero el paralelismo se rompe aquí. Nietzsche, bien es sabido, pasó de filólogo ortodoxo a heterodoxo, luego rompió con la Universidad y vivió errante hasta que acabó en la locura. Creuzer volvió a la sensatez y a la Filología tradicional y a la cátedra, que abandonó un momento. En medio hubo un episodio erótico que fue, sin duda, el momento de crisis. Volveré sobre esto.

La Ilustración cansada

Como dice Duque, hay que juzgar a Creuzer «per se», no por sus seguidores ni sus contradictores (aviados estaríamos si hubiera que juzgarnos por alguno de nuestros discípulos o de nuestros colegas). Le coloca en el ambiente que llama de «la Ilustración cansada», ya no puramente ilustrada, aún no romántica: con el último Kant, Schelling, Hegel, relaciona sus posiciones ideológicas con el manifiesto que escribieron Hölderlin, Schelling y Hegel. Y, dentro de las corrientes sobre la Antigüedad clásica, con el paso del modelo romano en la época del Imperio al modelo griego de la Restauración. Se sueña con Grecia como tierra del alma, con la «polis» griega como lugar de la libertad, modelo de una sociedad en que reinen un individualismo ilustrado y una universal libertad e igualdad. Son palabras de Creuzer.

Todo esto depende de las visiones idealistas de la época, que buscaban conciliar ciencia y religión, siendo la clave la libertad. La razón y el corazón deben llegar a la imaginación. Y el instrumento de investigación es para Creuzer el símbolo, que él busca en la Grecia arcaica, en los cultos dionisiaco y órfico;

y en los cultos de otros pueblos —indios, egipcios, etc.— real o supuestamente relacionados con éstos.

Todo esto es lo que estudia Creuzer en su gran libro, del que este menor es anticipo, como he dicho. En uno y otro lugar, con apabullante erudición. Por muy imbuidos que estén de idealismo y de atracción por mundos religiosos extraños, por la Grecia arcaica, por cultos extáticos y místicos, estos filólogos alemanes son ante todo filólogos, no se les puede acusar de ensayismo sin datos, de ser aficionados.

Aunque aficionados son, en un cierto sentido, y Creuzer, como Nietzsche, extrapola demasiadas cosas de los datos, da saltos que diríamos mortales, concluye demasiado deprisa para rellenar el cañamazo ideológico que lleva preparado. El punto de partida está en Sileno: en la historia de su encuentro con Midas, en el pasaje bien conocido del «Banquete» platónico, en relieves y monedas relacionados con él, o con Dioniso, o Marsias, o los sátiros u Orfeo. Son un símbolo de la Naturaleza, de la Filosofía, de la Adivinación, de la Muerte. Y, en suma, de la Libertad.

Mito y símbolo

El símbolo es fuente del mito; sin éste es mudo (salvo si lo interpreta un filólogo alemán), como el mito sin símbolo está vacío. Y el mito a su vez es modelo, matriz creadora, de la sociedad humana. Une pasado y futuro.

Por esto decía yo arriba, y el autor de la introducción lo recuerda, el libro es importante no sólo para la historia de la Filología clásica y de ciencias diversas que, bien se ve, nacieron de ella, sino para la de todo el pensamiento europeo. Para bien y para mal, insistimos: porque junto a la idea de libertad y de elevación del sentimiento a partir de la imagen, están otras que no produjeron buenos frutos. Como esa idea de un nuevo Mesías que hará al pueblo razonable y libre, algo así como el superhombre de Nietzsche.

Es notable ver cómo se encadenan las ideas, cómo con ellas se relacionan ciencias ya antiguas y surgen otras nuevas. De un universo mental que nosotros llamaríamos confuso y que dio frutos intelectuales muy varios nacieron ciencias nuevas como la Historia de las religiones, la Etnología, la Ciencia de los mitos. Y hubo adivinaciones importantes en el propio estudio de la Antigüedad. Porque aunque se impusieran las rectificaciones de Lobeck a esta línea de pensamiento, demasiado abruptamente abandonada a veces, hay que volver de cuando en cuando para co-

nocer muchas cosas de los griegos y de otros pueblos antiguos y de la Historia humana en general.

Notable es también, finalmente, lo que en la introducción se nos cuenta sobre la vida personal de Creuzer, a lo que aludí más arriba. No es simple anécdota: da que pensar en torno a lo que era la vida de las universidades y de la sociedad alemana del tiempo.

Cuestiones personales

Se trata del amor de Creuzer y la poetisa Karoline von Günderrode. Creuzer se había casado —en un arranque de «pietas»— con la viuda de su benefactor Leske, a quien debía su carrera. Era trece años mayor que él. Y Carolina, que vivía en la lejana Frankfurt, compartía su amor con una relación lesbiana con Bettina Brentano. Extraña pareja.

Al final la relación explota: Creuzer, pese a sus libros, «no es de la cohorte báquica, sino un sosegado estudioso», dice Duque. Vive en una sociedad burguesa pese al idealismo romántico: «Yo mismo debo prescindir de toda poesía —escribe— aunque me vea obligado a hablar de ella en las aulas.» «He tolerado que me consideren limitado y bien sé que lo soy. ¿Cómo podría ser de otro modo un alemán que ha crecido en un medio pobre y que malvive entre ciudadanos muertos?» «Respeta mi tranquilidad», se atreve a decir. Carolina, por su parte, haría mala imagen como una «Frau Professor».

El mismo año en que se publica el librito que aquí se traduce, Carolina se suicida. Creuzer se aleja brevemente de Heidelberg, luego vuelve a su cátedra que atiende durante cincuenta y dos años. Y tras la publicación en 1810-12 de su gran obra, vuelve a la Filología tradicional. No hay más amores, no hay más simbolismo.

Tenemos solamente un buen profesor alemán, de los que han fundado nuestra ciencia. «Me pregunto —concluye Duque (pág. 58)— cómo pudo vivir cincuenta y dos años bajo el peso del recuerdo de un juvenil pecho estridentemente adornado con una flor roja, qué cera derretió en sus oídos». No lo sabemos.

Poco romántica historia, contrapartida de la de Nietzsche. Aquí fue el filósofo el rechazado o no admitido: Lou Salomé, Cosima Wagner. Esas heridas permanecieron vivas en él: fustigó a las mujeres, escribía cartas dementes a Cosima. Y dejó la cátedra de Basilea y la Filología y se adentró cada vez más en el terreno de una especulación cada vez más suya, más pasional, más irracionalista. Es como si hubiera seguido sin detención la vía en que Creuzer, su predecesor, se detuvo bruscamente para volver al carril de la normalidad. Podrían escribirse dos vidas paralelas, o dos vidas bifurcadas.

Estas y otras reflexiones sobre dominios muy amplios, entre ellos el de la simple vida humana dentro de una determinada sociedad, pueden hacerse leyendo este libro. Hace muy bien en sacar del olvido a esta figura y presentar ante nuestros ojos su época. Y en llamar nuestra atención sobre los comienzos de la Filología alemana y el origen en ella de otras ciencias que hoy siguen floreciendo. Todo ello ofreciéndonos una excelente traducción y una muy buena introducción. □

En el próximo número

Artículos de Antonio Colinas, Antonio Fernández Alba, José-Carlos Mainer, Mario Camus, Miguel Beato, Elías Díaz y Vicente Verdú.

RESUMEN

La reciente edición de una obrita menor (en extensión, pero de indudable valor como antecedente de su gran obra sobre simbolismo y mitología) de Friedrich Creuzer le da ocasión a Rodríguez Adrados para recordar esta figura des-

tacada del Idealismo alemán de comienzos del XIX en un tiempo en que la Filología Clásica alemana y ciencias como la Mitología y la Etnología comparadas estaban unidas, formando parte de la misma historia intelectual de la época.

Friedrich Creuzer

Sileno. Idea y validez del simbolismo antiguo

Ediciones del Serbal, Barcelona, 1991. 133 páginas. 1.800 pesetas.

El más rotundo Góngora

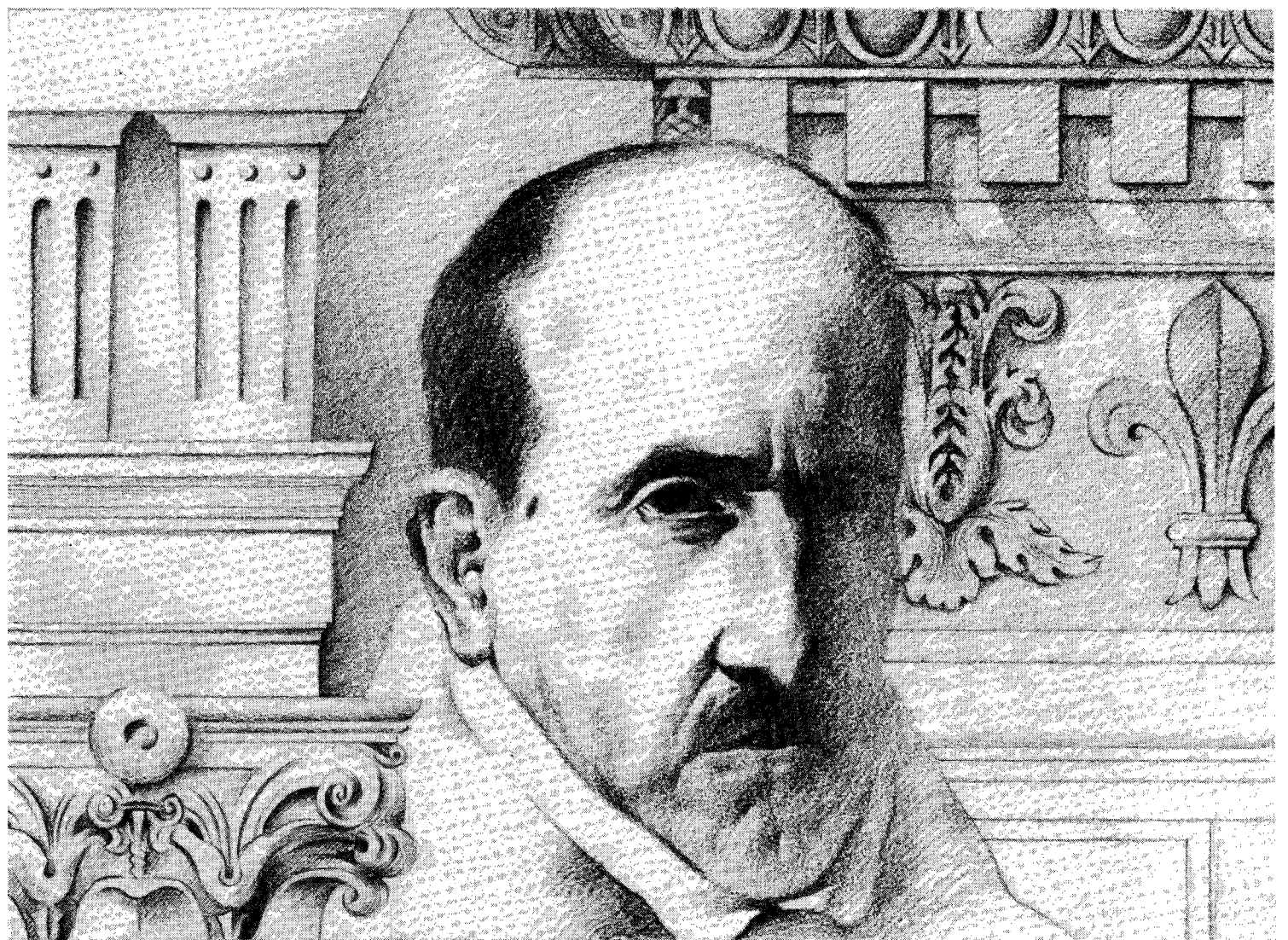
Por Antonio Colinas

Antonio Colinas (La Bañeza, León, 1946), poeta, ensayista y traductor. Ha sido Premio de la Crítica (1975) y Premio Nacional de Literatura (1982). Es autor de más de una veintena de libros, entre los que destacan *Sepulcro en Tarquinia* (1975), *Hacia el infinito naufragio*. Una biografía de Giacomo Leopardi (1988), *El sentido primero de la palabra poética* (1989) y *Tratado de Armonía* (1991).

Para quienes nos hemos aproximado a la obra de Luis de Góngora no con el interés y el saber del especialista, sino con el simple placer del lector y con el agradecimiento del aprendiz, la reciente edición de sus *Obras* [*Manuscrito Chacón*] despierta en nosotros impresiones muy vivas. Además del placer que continuamente extraemos de la lectura de estos poemas, hay circunstancias que acrecientan y enriquecen mi particular interés cada vez que me aproximo a ellos.

Recuerdo, por ejemplo, la mañana en que descendí a las salas subterráneas de la Biblioteca Nacional, donde se guardan los más valiosos manuscritos. Cuando la persona que nos acompañaba me sugirió la posibilidad de contemplar alguna de las obras, no dudé en pedir automáticamente dos muy significativas: la Copia notarial de un *Monte*, original de San Juan de la Cruz, y el *Manuscrito Chacón* con las obras de Luis de Góngora. Se halla recogido éste en tres espléndidos volúmenes de tersa caligrafía que ahora tenemos la posibilidad de ver bellamente reproducidos.

Siempre que releo a Góngora también evoco su ciudad natal y los alrededores de ella. Creo que no es posible comprender el más fiel y fogoso mensaje de algunos de estos mejores poemas —probablemente aquellos que más detestaba Quevedo— sin vagar por los pinares y encinares de la sierra cordobesa. Los enemigos de los geniales excesos gongorinos ironizan sobre la cultura del autor, sobre la carga mitológica y de nombres propios que hay en sus versos, sobre sus lecturas latinas e italianas, sin saber que la primera y más influyente lección que Góngora recibe es la de su propia tierra, las contemplaciones de ese espacio que queda



FUENCISLA DEL AMO

entre el Guadalquivir —entre la ciudad con su «excelso muro»— y el alto valle lleno de avellanos y de acacias de Santa María de Trassierra. Como sucede en todo poeta culto, de raíz auténtica, es la «vida» la que late en la obra, más allá de cualquier engañosa erudición.

He de confesar que yo tampoco llegué a ese fuego oculto de la Poética de Góngora —a ese fuego que a veces yace bajo los ostentosos mármoles de las formas cultas— sin mis paseos por las laderas y valles de la sierra cordobesa. Por allí quedan aún restos

deshechos o intactos de su presencia. Robert Jammes ha reparado muy bien en que los recursos de la familia de Góngora fueron de «origen agrícola». De ahí ese contacto primero y último con una naturaleza que, sobre todo en la que domina la vega cordobesa desde la sierra, tiene todavía hoy nombres muy concretos: el valle de San Benito, la huerta de don Marcos (finca que Góngora alquilará vitaliciamente), la ermita de Santa María de Trassierra (donde bien pudo ejercer temporalmente algún cargo, a juzgar por un seudónimo que utilizó), el monasterio de Santo Domingo (cerca del cual su hermano Juan tenía una finca), varios cortijos y dehesas de la provincia, etc. Son, pues, estas soledades virgilianas —también las de su «patinejo» y sus «fuentes»— las que acrecientan y maduran la fecundidad del poeta, y no las influencias puramente librescas o cultas.

Dejando a un lado estas referencias espaciales, que en mí se despiertan con cada lectura de Góngora —lecturas que arrancan de aquella primera, inolvidable, que me proporcionó un volumen de viejo: la edición de los *Versos* que en 1927 publicó la Real Academia de Córdoba con ocasión del

«III Centenario del óbito del poeta»—, ven-gamos a la edición que ahora se ha hecho del *Manuscrito Chacón*, el que debemos a un coetáneo de Góngora, don Antonio de Chacón y Ponce de León.

Provechosa aventura

Tuvo este personaje de la Corte la suerte de tratar personalmente al poeta y, al parecer, con cierta frecuencia en sus últimos años. Este dato acrecienta el valor del manuscrito que con tanta oportunidad nos ha dejado. Chacón no sólo intercambiaba con Góngora requesones por décimas; también fue tomando nota de los poemas auténticos y desvelando los dudosos. Confirmó Chacón que Góngora había revisado los poemas por él recopilados. Esta es —dudas aparte— la gran razón que avala su provechosa aventura. Los volúmenes pasaron a la biblioteca del Conde Duque de Olivares, a finales de 1628, y luego sufrieron los avatares propios de las obras de arte de este país. Finalmente (y por fortuna)



En este número

Artículos de	
Antonio Colinas	1-2
Antonio Fernández Alba	3
José-Carlos Mainer	4-5
Mario Camus	6-7
Miguel Beato	8-9
Elías Díaz	10-11
Vicente Verdú	12

SUMARIO en página 2



El más rotundo Góngora

acabaron siendo adquiridos por la Biblioteca Nacional de Madrid.

Subrayada la importancia del contenido de esta monumental obra y su garantía de fidelidad, algo debiéramos decir también de su aspecto formal, único entre los frutos de su género; algo sobre la bella y clara escritura itálica (la «obra maestra de la caligrafía española», en opinión de Domínguez Bordone), sobre la pulcritud y armonía de los encuadres, titulares, adornos y dibujos. Tanto Sánchez Mariana como Carreira se detienen en estas características del manuscrito que, por su calidad, hacen de él una pieza única. Que también se buscara pronto para él un buen encuadernador inglés, completa esta especial rareza.

Esta edición de las *Obras* de Luis de Góngora aparece en su primer tomo con un prefacio del poeta Pere Gimferrer y una introducción de Dámaso Alonso. (En portada se nos recuerda también que esta edición aparece como homenaje al autor de *Hijos de la ira* y se reproducen los capítulos II, V y VI del libro *Góngora y el «Polifemo»*.) Es-

Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista **SABER/Leer**. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

te primer volumen del *Manuscrito Chacón* contiene los poemas más rotundos del poeta cordobés: los sonetos, octavas, tercetos, canciones, madrigales, silvas, décimas, quintillas y redondillas. En el segundo de los volúmenes se incluyeron las letrillas y romances; también algunas de las composiciones dudosas del poeta. En el tercero de los tomos –el más breve– van las dos comedias, *Las firmezas de Isabela* y *Don Carlino*. Las introducciones de estos dos últimos volúmenes –tan concisas como informadas– son de Manuel Sánchez Mariana y de Antonio Carreira.

Desidia del poeta

He de confesar que lo primero que me sorprende en esta extraordinaria recopilación de los poemas de Góngora es el proyecto en sí; la copia frente a la deplorable falta de los manuscritos originales. Así como en el caso de San Juan de la Cruz la falta de originales se debe sin duda a los muchos que se destruyeron en días de persecución, la falta de los de Góngora hay que achacarla a la propia desidia del poeta. Afortunadamente, con la debida urgencia, Chacón acudió a salvar del olvido todo aquello que Góngora más fiaba al impulso creador primero que a la minuciosa recopilación.

Estas circunstancias nos sirven muy bien para apreciar la concepción que Góngora tenía del fenómeno creador. Lo primero para él era ese impulso originario, la fiebre creativa. Luego venía la transmisión tan fervorosa como delicada de las copias a mano, las cuales –en tantas ocasiones– deformaban, alteraban o simplemente acababan ignorando la mano primera que había escrito el poema. Con ser dudoso y arriesgado este medio de transmisión, Góngora gozaría inmediatamente –como ya señaló Rodríguez Moñino– de ser «el único lírico español cuyas obras manuscritas se explotaban mercantilmente por profesionales de la librería». Son estos hechos –también el de que Góngora fuera el autor más admirado por Cervantes– los que proporcionan a sus obras esa rotundidad y esa incuestionable talla que han acabado teniendo.

Esta copia manuscrita de los poemas gongorinos pone también de relieve el

abandono del poeta a la hora de editar sus propios versos, ese afán más por crear que por fijar y difundir que, en el fondo, mucho le honora. Abandono, por otra parte, que en modo alguno implica falta de rigor creativo. Carreira nos recuerda que el poeta «recelaba de ver sus versos convertidos en mercancía» –¿qué lejos queda esta actitud del torbellino comercial y publicitario de cierta literatura en nuestros días!–, pero ello no implicaba que no los puliera una y otra vez, que fuera «el mayor fiscal» de sus propios poemas y que, en definitiva, creara por placer –a contracorriente de modas y ataques– sus más difíciles y monumentales poemas.

La rotundidad gongorina no sólo es fruto de una clara inspiración natural, sino también de la corrección voluntariosa, constante. Así que, quizás, el primer y más comprometido don de la poesía de Luis de Góngora radique en ese tesón suyo frente a la adversidad del gusto reinante. La siempre necesaria prueba del paso del tiempo ha acabado dando la razón, claro está, al poeta, por más que, como recordaran sus paisanos los académicos cordobeses, pasaran tres siglos desde el «óbito» y la sensibilidad de algunos poetas de este siglo hicieran no poco por sacarlo del «purgatorio» de la incompreensión.

Es significativo que, más allá del afán de coleccionistas y estudiosos, hayan sido los poetas de la «Generación del 27» –aquellos que también tuvieron memoria para avivar el tercer centenario de la muerte del autor de las *Soledades*– los que han recuperado y vivificado, a través de lecturas y paráfrasis, los versos del poeta cordobés.

Desde entonces se han sucedido las aproximaciones. Estas se fortalecieron especialmente con las de Dámaso Alonso y, en estos últimos tiempos, no faltan los estudios y ediciones. Recuerdo simplemente ahora los que han llegado a mis manos: *La obra poética de don Luis de Góngora*, de Robert Jammes (Castalia, 1987) y *La fragua de las «Soledades»*, de José María Micó (Sirmio, 1990). A éste también le debemos las ediciones preparadas para Espasa Calpe (1990) y Clásicos Taurus (1991); esta última en colaboración con Antonio Pérez Lasheras.

Así que don Luis de Góngora, que había desconfiado en vida de las ediciones de sus poemas (y en concreto de la preparada por López de Vicuña, que aparecería sin embargo nada más morir el poeta, en 1627), es muy probable que concediera su beneplácito a esta recopilación de Chacón, a un manuscrito que ha acabado siendo, como bien afirma Carreira, el «mayor tesoro poético de nuestra lengua».

Que este «tesoro» contenga la obra del «poeta primero en el mundo» –opinión del propio López de Vicuña– es un doble don. Entre el rotundo y fértil impulso primero del poeta cordobés y el placer de que ahora gozamos los lectores, hay no pocas tristezas y silencios, no escasas pruebas e insidias. Afortunadamente, las más de las veces ese sol primero de la palabra poética se difunde –libre ya de los odios, rencillas y modas de todo presente– para bien y deleite de los lectores de nuestros días. En esta ocasión que comentamos, de manera excepcional. □

RESUMEN

Góngora, el gran poeta del Barroco, no mostró en vida excesivo interés por que su obra le sobreviviera. No se conservan los manuscritos originales y si hoy se conoce al poeta cordobés es porque su amigo, Antonio de Cha-

cón, se preocupó de recopilar su obra en tres volúmenes. Es el *Manuscrito Chacón*, que se ha publicado en facsímil, y de ello se hace eco, con entusiasmo de lector antiguo de Góngora, el poeta Antonio Colinas.

Luis de Góngora

Obras [*Manuscrito Chacón*]

Ed. en facsímil de la Real Academia Española y la Caja de Ahorros de Ronda, Málaga, 1991. I: 327 págs.; II: 349 págs.; y III: 188 págs. 12.500 pesetas.

SUMARIO

	Págs.
«El más rotundo Góngora», por Antonio Colinas, sobre <i>Obras [Manuscrito Chacón]</i> , de Luis de Góngora	1-2
«Desde la cima del vacío», por Antonio Fernández Alba, sobre <i>El espacio raptado</i> , de Javier Maderuelo	3
«Salinas y Guillén: la hermanal cadena», por José-Carlos Mainer, sobre <i>Correspondencia</i> , de Pedro Salinas y Jorge Guillén	4-5
«El símbolo de una generación», por Mario Camus, sobre <i>Brando. La biografía</i> , de Richard Schickel	6-7
«El Dios genético», por Miguel Beato, sobre <i>El Dio genetico</i> , de Ernesto DiMauro	8-9
«Una visión estética de la política», por Elías Díaz, sobre <i>El cortesano y su fantasma</i> , de Xavier Rubert de Ventós	10-11
«El sonido de la intimidad», por Vicente Verdú, sobre <i>Éloge de l'intimité</i> , de Willy Pasini	12

Desde la cima del vacío

Por Antonio Fernández Alba

Antonio Fernández Alba (Salamanca, 1927) es catedrático de la Escuela de Arquitectura de Madrid. Formó parte del grupo *El Paso*. Ha obtenido entre otros premios el *Nacional de Arquitectura* (1963), el *de Restauración* (1980) y el *de las Artes de Castilla-León* (1988). Es académico de Bellas Artes (1987).

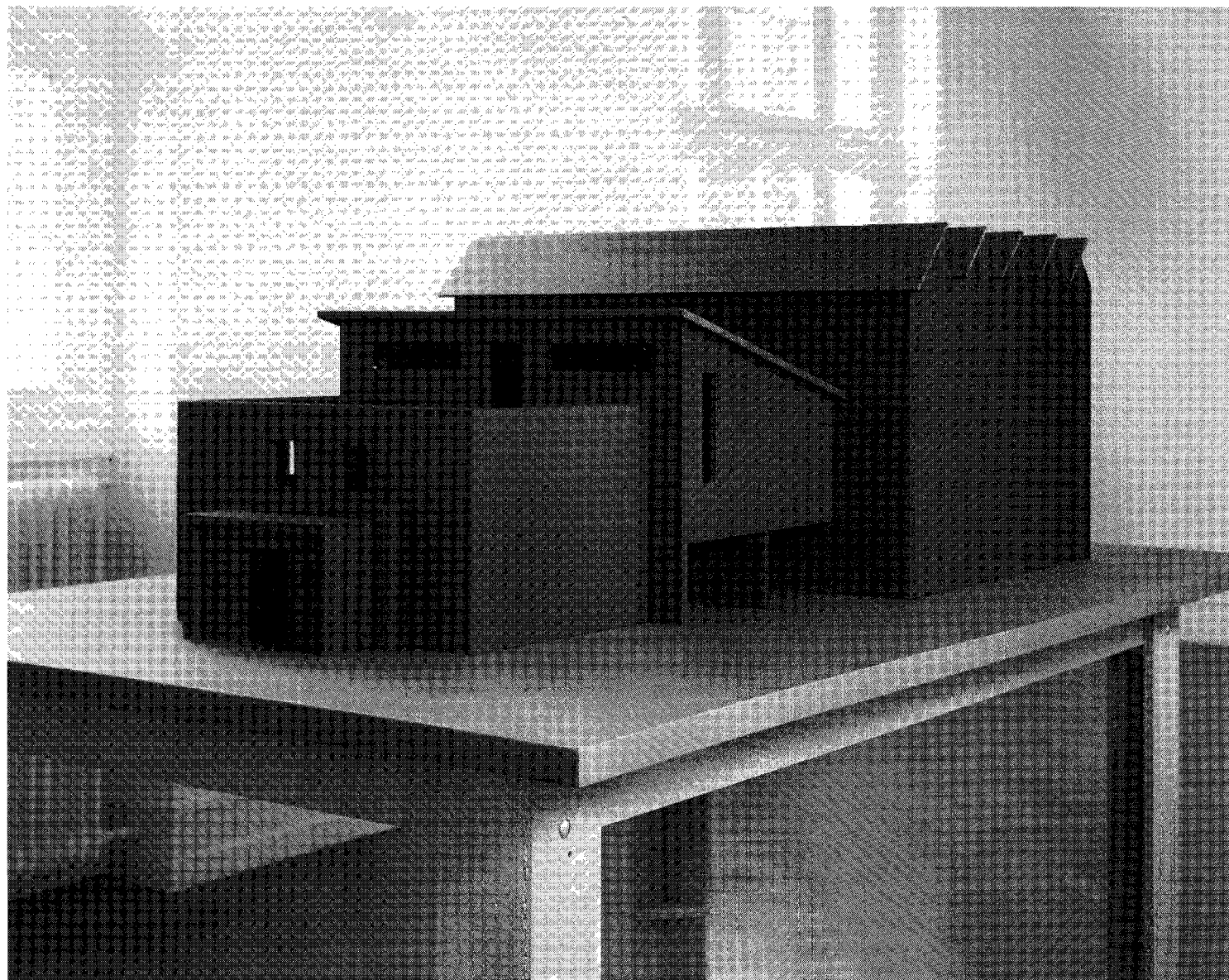
Bajo el título *El espacio raptado*, el profesor Javier Maderuelo, investigador plástico y arquitecto que imparte sus enseñanzas en el departamento de Estética y Composición en la Escuela de Arquitectura de Valladolid, nos presenta un libro que revela con bastante nitidez la conquista del espacio moderno por parte de la escultura, frente a la incapacidad de la arquitectura o de sus limitadas libertades, para haber hecho explícitos los postulados de la nueva espacialidad en la ciudad, que tan elocuentes y atractivos circulaban por panfletos e imágenes en el período heroico de las vanguardias.

Las consideraciones que desde el análisis espacial de la escultura nos plantea el texto, reflejan una serie de interrogantes muy próximos al debate en el que se ha visto envuelto el espacio de la arquitectura en lo que va de siglo, en el cometido de anticipar la realidad física de la cultura, desde los supuestos de la revisión antropológica, planteando la espacialidad para el hombre nuevo a través de las tesis de lo funcional o de la recuperación de los lugares consolidados por la historia, que con tanto énfasis desarrollaron las cuestiones tipológicas en los setenta. La vigencia que ofrece la espacialidad conquistada por la escultura moderna, probablemente difumine la cita de Oscar Wilde recogida por el profesor Simón Marchán en la introducción al libro que comentamos: «La plástica —afirma Oscar Wilde— no es un arte representativo de nuestra época»; pero sí podríamos añadir nosotros que ha sido la escultura la que mejor recoge la investigación de los «lugares» y reproduce con mayor elocuencia los signos de la época por donde discurren las experiencias del espacio de nuestro tiempo.

Itinerario meditado

Título apasionado para una reflexión de las experiencias en el espacio y que el profesor Maderuelo intenta sintetizar de modo crítico en sus páginas. El texto se presenta como un itinerario meditado, que va desde los vaticinios iniciales que ha de realizar la escultura para superar el antropomorfismo en el que había dormido desde el atardecer de los clasicismos, hasta asumir y desarrollar los principios de la modernidad (invadiendo campos un tanto trivializados, y que estuvieron alejados de sus intereses académicos, ya sean éstos las experiencias de tantos lenguajes pictóricos, como la exploración a la que nunca se había atrevido la escultura), y superar los remedos formales en los que se encuentran inmersos los espacios de la arquitectura de los epígonos.

El autor es un investigador plástico con formación de arquitecto y un profesor, como se señala en el prólogo citado, «felizmente polémico». Consciente de la dificultad de establecer fronteras cerradas, o principios específicos en la teoría actual de la interpretación de las categorías artísticas, nos hace un recorrido abierto y en ocasiones analógico con la arquitectura, de manera significativa por las últimas décadas del acontecer espacial de la escultura: su metamorfosis, el espacio escultórico como



E.L.S.A., 1989. Obra de Thomas Schütte exhibida en la muestra «Sieben Felder» (1990), en la Kunsthalle de Berna (Foto de Roland Aellig).

forma de la arquitectura, la retórica de los materiales, el ocaso de la conmemoración, el encuadre del arte público como monumento en la ciudad, los mitos y metáforas de una arquitectura entregada a una espacialidad que ya no la representa. Sin olvidar los gestos de-constructivistas de las arquitecturas oblicuas o los artificios en clave de las «Follies» en medio de una naturaleza donde sólo parecen crecer plantas de raíces técnicas.

Este sucinto recorrido crítico señala con precisión la referencia casi permanente de actitud de conquista por parte de una espacialidad abierta como la de la escultura que ha invadido las blandas escenografías del espacio arquitectónico moderno para abatirlo y evidenciar su auténtica falacia formal y su incómoda irracionalidad.

Conquista del poder

La escultura moderna, desde sus primeros intentos y sin las trabas de la construcción del espacio de la arquitectura, ha logrado conquistar el poder de representación de la forma. Sus espacios rebasaron los límites que la constreñían y ha superado la reducida dimensión de objeto a contemplar en la que se encontraba sumida, incorporando todo lo que a su alrededor acontece. De hecho, la escultura más significativa ha pasado de ser objeto a contemplar, a transformar en espacio el entorno donde se instala, haciendo posible algo que la arquitectura persigue desde la modernidad: construir el espacio como «lugar». El «lugar» entendido como una espacialidad caliente que proporciona el sentir de la belleza y está ligado al discursar de la vida.

La instalación y construcción de los espacios conquistados por la espacialidad de estas esculturas se enfrentan a la espacialidad fría de los artefactos simulados de la arquitectura en la ciudad moderna: museos, objetos, aeropuertos de anécdota histórica, foros administrativos, plazas públicas de hermético racionalismo..., que se transforman en objetos de contemplación autónoma, en fantasmas de una espacialidad reductiva que se ha quedado sin modelos y sin partituras, fagocitando el papel que antes se le asignaba a la escultura, es decir, meros objetos de contemplación; de ahí las deformaciones gratuitas del espacio en tantos arquitectos, empecinados en simular objetos contruados con las técnicas de la arquitectura en lugar de edificios.

Espacio crítico y creador

Pero los testimonios de análisis vertidos en el libro no se limitan a un debate reduccionista entre los precipitados espaciales

que proporcionan las arquitecturas más sagradas del momento y los brotes de una sensibilidad beligerante hacia el espacio desde la nueva dimensión que la escultura aborda. Su lectura creo que proporciona una meditación pausada del acontecer que la escultura viene asumiendo como espacio crítico y creador de nuestro tiempo, frente a las burocracias sofocantes de los diseñadores de la forma, el mimetismo endémico de las categorías mercantiles hacia el espacio y tanto «enfant terrible» de la arquitectura al encuentro con sus fantasmas oníricos. Es un recorrido planteado con evidente voluntad pedagógica para discursar por el espacio interior de nuestras ciudades, la geometría, los nuevos materiales, la escala, la mirada hacia el paisaje natural, los espacios de confusión y de delirio, la utopía consumada, junto a una decidida denuncia de los postulados de la ideología hegemónica del espacio. Análisis liberado de eufemismos, trabajo de reflexión, donde el autor parece invitarnos a un encuentro con la espacialidad recuperada desde la cima del vacío.

RESUMEN

El arquitecto Fernández Alba comenta un ensayo que revela con nitidez la conquista del espacio moderno por parte de la escultura, frente a la incapacidad de la arquitectura o de sus limitadas libertades. Su autor,

Javier Maderuelo, investigador plástico y arquitecto, hace un recorrido abierto, y en ocasiones analógico con la arquitectura, por las últimas décadas del acontecer espacial de la escultura.

Javier Maderuelo

El espacio raptado

Mondadori, Madrid, 1990. 344 páginas. 2.005 pesetas.

Salinas y Guillén: la hermanal cadena

Por José-Carlos Mainer

José-Carlos Mainer (Zaragoza, 1944) es catedrático de Literatura Española en la Universidad de su ciudad natal, tras haber profesado en las de Barcelona y La Laguna. Cultiva la historia de la literatura de los dos últimos siglos y ha escrito varias obras, entre las que cabe citar: *Falange y literatura*, *Literatura y pequeña burguesía en España*, *La Edad de Plata (1902-1939)*, *La doma de la Quimera* y *el ensayo de teoría* Historia, literatura, sociedad.

Fue José Luis Cano quien, en frase afortunada, llamó generación de la amistad a ésta que los manuales suelen denominar «de 1927». Pasados los años, puede ser discutible la oportunidad del guarismo, a muchos no nos entusiasma la idea misma de «generación» como principio de periodización histórica y hasta algunos han señalado con razón los indicios de un feliz marketing cultural en la adopción universal de ese marbete. Pero lo de la amistad es difícil borrarlo y hasta discutirlo. Subsiste porque fue hermosamente cierto y porque necesita nuestra historia cultural del siglo XX ese oasis de juventud y creación, de armonía y generosidad, de juego y pasión, que para siempre se encarna en lo que entendemos por «Generación del 27».

No hay sino releer la poesía de estos años y advertir cómo una tupida red de dedicatorias cruzadas nos habla de complicidad y de amistad. Alguien las censará (y estudiará) algún día y avisará entonces que una dedicatoria (pensemos en las de Lorca) es algo más que un elemento pegadizo delante de los versos; es —como diría un pedante— un paratexto que codifica de un modo especial el texto que sigue, un guiño que nos excluye aparentemente como lectores primarios pero que nos entorna otra puerta por donde colarnos en una intimidad sorprendida, en una creación que ya tiene previo testigo privilegiado. Y de todas las amistades que trenzó esta generación de parejas (Lorca-Alberti, Aleixandre-Cernuda...), la más asombrosamente fiel, la más exacta en la correspondencia de vidas, fue la de Pedro Salinas y Jorge Guillén: treinta años de leal afecto que han dejado amplia huella en las propias obras literarias.

Cuando Salinas escribió el conmovedor prólogo «Nueve o diez poetas», prefacio de la antología lírica seleccionada por Eleanor Turnbull, escribía de su amigo Guillén: «Miro hacia atrás, al tiempo de nuestras vidas, y no se ven más que concordancias, que son alegrías, y coincidencias, que son asombros (...) ¡Y tan distintos que somos!». ¡Con qué divertido afecto evoca luego el despiste inveterado de Guillén, «señor entero de su distracción y de su atención», que no empece sino que subraya «ese aire de maestría sin magisterio, de ejemplaridad sin lección!» Por la misma fecha (1945), la dedicatoria final de *Cántico* en su tercera edición rezaba y reza: «Para mi amigo / Pedro Salinas, / amigo perfecto» y, años después, la de *Clamor* insistiría en una devoción que ya había sobrepasado el lindero de la muerte: «A / Pedro Salinas / en su gloria». No acaba ahí la historia. *Homenaje* incluye un precioso poema, «Pedro Salinas» (dedicado a Dámaso Alonso en curioso juego de complicidad a tres bandas), donde leemos una semblanza muy certera del escritor madrileño:

*Una curiosidad inextinguible
Se aplica a más lugares, gentes, obras.
¿Para saber? Para entender gozando
De círculos concéntricos de vida
Con pormenores que descubren fondos.
¿Y cómo no había de ser así, si en carta
de 8 de marzo de 1937 Salinas escribía a Guillén:
«Me duele todo lo de España: lo nacional, lo general, lo primero. ¡Pero cuánto me*

tortura la idea del grupo de amigos, deshecho, Dios sabe para cuánto! Este verano, una tarde, en la Magdalena, sentado con Margarita en el prado, una de esas tardes estupendas de allí, tuve la sensación que no olvidaré nunca: la despedida? Rosa Chacel ha contado cosa parecida: su llanto irreprimible en París cuando supo del estallido de la guerra. Algo debió haber en el ambiente previo a 1936 que lo hacía difícil de abandonar sin lágrimas o sin dejar algún jirón de uno mismo en el desgarró.

Dos talentos

Con guilleniano título, «Dos voces a nivel», el prefacio de Andrés Soria Olmedo —joven catedrático de la Universidad de Granada, responsable de esta edición, antólogo en 1988 de *Treinta entrevistas a Federico García Lorca* y autor ese mismo año de la ya imprescindible monografía *Vanguardismo y crítica literaria en España*— ha explorado con tino y sensibilidad ejemplares las incitaciones de estas 225 cartas seleccionadas del epistolario intercambiado entre Salinas y Guillén. Y no ha dejado de reparar, claro, en el más obvio de los temas, como es la visión y diálogo de los talentos. Tan distintos, dijo Salinas. Y lo son: «múltiple», dice Soria de la personalidad de Salinas; «concentrada y serena», de la de Guillén.

La antítesis es muy cierta y hasta merece la pena explorarla con más atrevimiento. No tenemos, por desdicha, cartas de Guillén anteriores a la guerra civil, pero sí las de Pedro Salinas, que revelan cómo la prisa y la iniciativa, la decisión y el empuje, tienen a menudo que obtener la victoria sobre un carácter quizá más frágil que el de su corresponsal. El 6 de junio de 1930 la muerte de su admirado Gabriel Miró lo llena de aprensiones, y antes, el 20 de mayo de 1928, una leve enfermedad de su hijo Jaime le tiene «fatal yo, incurable, irremediable. Esta idea de la vida sólida, deslizando segura y ágil, sin peligros, o quieta como una atmósfera suficiente alrededor, me es indispensable, no ya para estar a gusto, sino simplemente para estar, mejor dicho, para ser». Pero esa coquetería de la neurastenia no impide que se trenzan y se superpongan los proyectos: pasar de la cátedra de Murcia a la de Sevilla, pedir la excedencia para vivir en Madrid y trabajar en el Centro de Estudios Históricos o en el Patronato de Turismo, afanarse en el esbozo de una historia de la literatura o pensar seriamente en trasladarse a Ginebra como funcionario de la Sociedad de Naciones.

De Guillén se induce mayor estabilidad personal pero también más tendencia al se-

dentarismo, menos empuje vital. Muy pronto es tributario de las ideas de Salinas y en el exilio norteamericano esa suerte de dependencia se acentúa: es Salinas quien busca acomodos profesionales, baraja proyectos y moviliza influencias. Guillén admira la iniciativa de su amigo pero no puede compartir su talento. El 17 de octubre de 1939 confiesa hallarse bien en Montreal, su primer destino transatlántico, pese al frío y pese a ser algo así como «maestro de escuela». Mientras Salinas aborda mil proyectos literarios, él permanece fiel a su *Cántico* y lo escribe, «gracias a esa reserva de vida diaria que no me deja nunca poso amargo». A cambio, la necesidad de comunicación es muy fuerte en este Guillén que siempre excusa sus retrasos pero que, a cambio, produce «secuencias» de cartas larguísima, y que el 20 de junio de 1940 subraya: «Necesito verte. No es posible vivir meses y meses en un silencio apenas interrumpido por alguna carta».

Dos vidas distintas dieron dos obras distintas. Salinas vivió en Estados Unidos y, sobre todo, en Puerto Rico (1943-1946) un entusiasmo creador del que estas cartas son puntual testimonio. Un día vemos nacer la decisión del poemario *El contemplado* y reconocemos su itinerario físico en las playas caribeñas; otro día comienzan a aparecer los cuentos deliciosos de *El desnudo impecable* (al que una enojosa homonimia —se nos cuenta— impidió que se llamara «Obra de Dios»); otro, surge la novela *La bomba increíble* o las piezas de teatro en un acto. Y aquí y allá las notas filológicas, los libros sobre Rubén Darío y Jorge Manrique, los trabajos sobre el *Quijote*... Guillén es muy distinto. Le cuesta un mundo cada artículo profesional —tan necesarios, sin embargo, para navegar en un mundo de colegas competidores y «chairmen» recelosos!— y su preocupación se centra en el acendramiento y progresión de *Cántico*, obra que comporta cálculos de estructura, reflexiones y depuraciones muy lentas. Son dos vitalidades de pulso distinto —como la de una Marta y una María—, aunque ambas lejanas de cualquier misticismo laico, de cualquier superchería de «pureza». Lo dice Guillén —aludiendo malignamente a manías y lemas juanramonianos— cuando confiesa a Salinas: «No te figures que hay en mí los dengues y escrúpulos y demás nobles zarandajas de un puritanismo «ético-estético». ¡Dios me libre! Para sentirme así, tan libremente encadenado a una tarea —rematar *Cántico*—, he tenido que demostrarme que no quedaba en el menor de mis bolsillos la menor hora moral, la más mínima idea de deber». Sólo así puede escribir, y lo advirtió muy bien cuando reflexionaba en voz alta ante Salinas en carta del 7 de oc-

tubre de 1948: «Yo soy un «exquisito» de primer grado: me es intolerable tanta grosería. Tu eres un «exquisito» de segundo grado: comprendes y purificas la grosería en tu cristiana generosidad».

Guillén, en suma, exalta de Salinas la múltiple capacidad del escritor y, sobre todo, la densidad vital del ser humano. Salinas retribuye a su amigo con una admiración literaria sin límites, con un entusiasmo siempre renovado por su capacidad de concentración. Es posible que la lírica última de Salinas tenga como secreta referencia la obra de Guillén; también podría serlo que la prosa guilleniana de *Federico en persona*, por ejemplo, deba mucho a la contagiosa efusividad de la de Salinas.

Una literatura

Estas cartas son un arca sin fin de confidencias literarias. Por ellas cruzan lecturas y opiniones, no siempre positivas salvo en lo que se refiere a los textos de los propios corresponsales. Cada uno es el lector predilecto del otro y suelen ser bastante críticos con las lecturas ajenas, y la tónica, como toca a una correspondencia literaria íntima, está más cercana de lo negativo que de lo encomiástico. No se piense en maledicencia sino en confidencias y burlas que hemos sorprendido sin haber sido invitados. Así debemos leer y entender el desdén de Salinas por la literatura politizada de José Díaz Fernández o la hostilidad de ambos hacia Juan José Domenchina, los apuntes sobre la debilidad de Enrique Díez Canedo, sobre el conformismo de Fernández Almagro y sobre la locura benigna de Juan Larrea, empeñado en sus sueños hispanoamericanistas... O incluso la incomodidad ante Luis Cernuda, en la que cohabitan la preocupación por su mala suerte, la prevención ante su carácter nada dúctil y la admiración por su poesía.

Pero lo más llamativo e importante de este apartado es lo que concierne a la relación de Guillén y Salinas con Juan Ramón Jiménez, el autor de aquel remoquete de «poetas-profesores» que no nació precisamente como elogio. La mutua inquina venía de los años treinta, cuando estalló la ruptura entre Jiménez y Guillén, no por casualidad los más afines en temática y actitud. Por parte de Juan Ramón hay un clarísimo componente de celos pueriles, y por parte de los más jóvenes la irritación ante su fin de pullas y descalificaciones aviesas a las que seguramente dieron demasiada importancia. En el despecho de Juan Ramón Jiménez, que vio desnaturalizarse a los vasallos de la *Segunda antología poética*, como en la intolerancia de Salinas y Guillén, hay algo más, sin embargo: no es difícil apreciar la incompatibilidad del simbolismo trascendentalista y del sacerdocio mallarmeano, ambos tan fin del siglo, que Juan Ramón quiere ejercer y la deportiva y sana displicencia con la que los nuevos iban de la poesía a la cátedra sin pasar por la neurastenia. Y obviamente el enfrentamiento de dos épocas no se salda sin notable injusticia para el más viejo; ni la carta de Jiménez a Luis Cernuda y que publicó *El hijo pródigo* es una pedante superchería (antes bien, es una de las más cabales expresiones de la evolución del poeta), ni *Espacio* es un logogrifo inútil, como Guillén pretende, sino uno de los poemas mayores del siglo XX. Dicho esto, se entenderá algo mejor que éste moteje a su enemigo de «Juan Onán Jiménez, o dicho más completamente, Narciso Onán Jiménez» (carta de 20 de junio de 1940), y que Salinas lo cite como «el Nauseabundo» y como «saco de pus» en ocasión de leer el jocoso retrato que le hizo Ramón Gómez de la Serna (carta de 29 de octubre de 1941).

Pedro Salinas en Middlebury (EE.UU.) (abajo).

Jorge Guillén, en Sevilla, con su hijo Claudio, en 1935 (dcha).



CORTESIA EDITORIAL

Viene de la página anterior



TINO GATAGAN

Tal es la irritación que Guillén lamenta haber conocido al autor de *Platero y yo*: «¡En mala hora conocí a ese hombre! —escribe el 18 de marzo de 1945— ¿Para qué fuimos una tarde con Canedo a la calle del Conde de Aranda, 20?». Efectivamente, aquella visita no dejó tan grato recuerdo como la de aquella tarde granadina en que Navagiero instó a Boscán y a Garcilaso a usar de los metros italianos. Pero distó de ser inútil y en cierto sentido fue tan trascendente como aquella otra de casi cuatrocientos años antes: afirmó la provincia pura de la poesía española contemporánea. Y por eso no pasa de ser un buen deseo lo que Guillén escribe a Salinas mientras lee con admiración el *Juan de Mairena* de Antonio Machado: «Me remuerde la conciencia nuestro apartamiento —personal, no literario— de don Antonio. Dejamos a la mujer honrada y perdimos quince años con la "hetaira"». No eligieron erradamente los dos poetas incipientes porque Juan Ramón era el futuro y Machado era el crepúsculo, como empezaba por saber muy bien quien había escrito de sí mismo: «Tengo en monedas de cobre / el oro de ayer cambiado». De aquella «desierta cama / y turbio espejo y corazón vacío» que era la poética de Machado hacia 1920 aprendieron Salinas y Guillén en la etapa final de sus trayectorias, cuando al entusiasmo no le está mal un poco de desencanto y un mucho de reflexión. Nadie piense que aquella opción entre Machado y Juan Ramón fuera siquiera pensable en la España de la nueva literatura.

Vida y política

A la vista de esas y otras cosas, resulta muy patente que Salinas y Guillén pertenecen a la tradición intelectual española que se forja entre la esperanza y la modernización hacia 1914. Por las cartas del primero a su novia Margarita Bonmatí (tan oportunamente editadas en su día por Soledad Salinas) sabíamos ya que el joven poeta se embarcó con gozo en la aventura orteguiana de la Liga para la Educación Política Española, como aquí lo hace en la Asociación de Intelectuales al Servicio de la República: «Sí, hijo, sí, al Servicio de la República. Inscrito en el grupo de Ortega, en el que te he apuntado también» (20 de febrero de 1931).

Uno y otro son fieles a Francia y a lo francés, que vale decir al liberalismo algo radical y a la modernidad elegante. Ambos han casado con francesas: Germaine Cahen, esposa de Guillén, es del territorio metropolitano, mientras que Margarita, la de Salinas, es una alicantina del Oranesado y de educación francesa. Ya era notable en el epistolario juvenil de éste la carta en que comenta a su novia el amostazamiento de Ortega ante su decisión de ir a París para doctorarse: «Lo que sucede es que Ortega está educado en Ale-

mania y tiene sobre el método de estudiar y sobre las disciplinas francesas, una idea un poco alemana, es decir, depresiva (...). Y luego olvida Ortega todo lo que hay en París fuera de la universidad, esa maravillosa red de valores artísticos del pasado y del hoy, en museos, conciertos, revistas hasta en las calles mismas» (*Cartas a Margarita*, Alianza, Madrid, 1985, págs. 162-163). Pero no menos diría Guillén cuando seis años después escribe para el periódico vallisoletano *La Libertad*: «Volver a París es sumirse en el Todo, por el que cruzan todas las cosas; método casi sedentario de dar la vuelta al mundo (...) Como gran ciudad, profusa y confusa, e ilimitada e infinita. ¡Oh, gran acogedora!» (*Hacia «Cántico»*, ed. Kathleen Sibald, Ariel, Barcelona, 1981, pág. 212).

Esa visión del mundo tan europea y académicamente galicana se acendra en el exilio. Conmueva leer a Guillén desde Provens que «estas vejeces —Historia, historias, artes— son las que nos faltan en América. Aquí están, perdurables, deliciosas, encantadoras» (carta del 7 de agosto de 1947 que debe cotejarse con el poema «Elogio de Provens» en *Homenaje*). Y resulta significativo ver a Salinas preocupado, cuando acaba la guerra mundial, por «una vaga e inconsciente, en parte, conspiración de la mediocridad mundial para rebajar y humillar a Europa. Los conspiradores son los periodistas, literatos "ratés", industriales codiciosos y filósofos baratos a lo Spengler», frente a la que contraponen el sueño de «una nueva política latina (sí, latina a pesar de todas las resonancias cursis extraviadas del adjetivo), en una comunidad románica, que acerque a España a Francia e Italia más que nunca», pero en la que «Francia tiene que llevar la voz primera» (29 de noviembre de 1944).

Claro está que a todo ello no es ajeno el despego por muchas formas de vida americana que Guillén sobrelleva con estoica paciencia y que en el autor de *El defensor* dan pie a sarcásticos desahogos. Aborrece la dulce hipocresía de los «parties» (los «very nice», les llama) y la vulgaridad sonriente de los alumnos. Y «para mayor irritación me rodea la Coca-Cola por todas partes. En esta universidad de riguroso estilo gótico te encuentras sobre un fondo ojival o al dar la vuelta a un claustro las enormes cajas expendedoras de la horrible bebida. Circulan las parejas de estudiantes, amarteladas, y tanto él como ella con su botella de Coke en la mano, como si fuera el filtro mágico» (16 de julio de 1949). Ambos sienten una inevitable sensación de frustración con la victoria aliada de 1945, tras tanto haberla deseado. En el nuevo orden mundial, Salinas echa de menos un «viva la libertad» (8 de mayo de 1945), y muy pronto abomina de la cruzada anticomunista que les invade: en carta de 26 de octubre de 1946 manifiesta que no quiere ni oír hablar del libro de Kravshenko, *Yo escogí la libertad*, que

Américo Castro le ha recomendado, porque «no estaba dispuesto a comulgar con ruedas de molino, ni a tragarme todas las municiones de propaganda de Hearst, McCormick, Franco, Vaticano y Co.». Pero Guillén no se queda atrás, y en carta de 26 de enero de 1949 declara que piensa más en clases sociales que en naciones, y se pregunta: «¿Cómo no estar convencido de que el enemigo público número uno es el capitalismo de todos los países y, a su cabeza, el de este país?».

Como un latido de fondo, el recuerdo de la guerra se revela detrás de cada línea. La imagen de la contienda civil es, empero, la que corresponde a dos conciencias liberales: un oscuro horror, un pugilato de culpas e irresponsabilidades. El 1 de marzo de 1940 Guillén piensa que «la perspectiva española es trágica. ¿El fascismo actual? Inadmisible. ¿La revolución? ¿Otra revolución «dans le goût espagnol»? Yo no la deseo de ningún modo». Cuatro días después, responde Salinas: «Tengo una actitud neta y clara: contra el franquismo (...). Pero cuando paso a mi programa en pro, ya me pierdo. Los ases de la baraja republicana, Negrín, Prieto, Azaña, Martínez Barrios, no me inspiran ganas de poner ni un céntimo en el tapete». Sólo el pueblo español ha perdido la guerra. Sabrían decirlo ambos escritores con sus mejores armas, las de la creación: Salinas, al escribir en la comedia *Los santos* la parábola del sacrificio de los inocentes; Guillén, al consignar en el largo poema «Dimisión de Sancho» (*Clamor*) quién pagaba los vidrios rotos de las ilusiones y las ambiciones políticas.

La hermanal cadena

El dolor del extrañamiento tiene amplia y lógica manifestación en cartas de los dos poetas. Pero el legítimo despecho es más frecuente en Salinas, único de los dos que no consintió en el regreso a su país y cuyas manifestaciones —sobre la vida literaria de 1940 (carta de 3 de febrero) o sobre «la majeza grosera falangista» de la crítica de Torrente Ballester (27 de marzo de 1950)— son tan inequívocas, como la desengañada visión del exilio mexicano que transmite la carta de 26 de septiem-

bre de 1939 («aire de naufragio, de restos, incoherente, de agarradas a cualquier tabla, de grandezas efímeras, de nostalgias de embajadas provisionales, de casino, de chismes, de Granja del Henar, de ilusos. ¡Qué gusto me da volver a América, a este pueblo donde nadie sabe quién es Manolo, ni Domenchina»).

Pero, al lado de todo esto hay, claro, una inolvidable dimensión humana que mitiga la dureza de otras cosas y que llena estas páginas de esperanza: la vida familiar que habitan dos mujeres admirables, los hijos y los yernos (Jaime y Solita, Teresa y Claudio, Juan Marichal y Stephen Gilman: afortunados herederos de un mundo de inteligencia, tolerancia y afecto), los nietos que van llegando...

La amistad que brota de cada línea de este libro es, por sí misma, un clima lírico. Y algo seguramente ha de haber en las poéticas de Salinas y Guillén que patentice esa subterránea corriente de cariño fiel, esa invisible hermanal cadena. Tomo la singular expresión (que Quintana hubiera censurado) del verso 26 del conmovedor poema de Nicasio Alvarez Cienfuegos, «A un amigo que dudaba de mi amistad porque había tardado en contestarle», bellísima composición donde el mutuo afecto se convierte en principio humanizador, palanca por la que «el hombre fue hombre» y que descubre que «cuanto es criado / es hijo del amor: toda belleza / todo bien es amor, Naturaleza / es amor y no más. Los negros males / son desunión, son restos infernales / del caos antiguo». ¡Qué cercanos de los del poeta dieciochesco suenan los versos de Salinas en *El contemplado* («Salvación por la luz»):

*¡Qué paz así! Saber que son los hombres
un mirar que te mira,
con ojos siempre abiertos,
velándote: si un alma se les marcha
nuevas almas acuden a sus cercos.*

Y estos otros de Guillén en «El cuento de nunca acabar», antepenúltimo poema de *Homenaje*:

*Ambito de amistades,
Espíritus sin roce
Con Historia, con público,
La mujer, el amor, las criaturas,
Nuestra existencia en pleno consumada
Entre bienes y males.*

RESUMEN

A juicio del profesor Mainer no podía haberse hallado mejor celebración de los dos poetas, Jorge Guillén y Pedro Salinas, en el promedio de sus dos centenarios, que la edición de este epistolario que Andrés Soria

Olmedo ha encontrado, transcrito, prefaciado y anotado de modo ejemplar. Y es que este siglo transcurrido, añade, nos trae de nuevo a Salinas y a Guillén seguramente más jóvenes que sus propios lectores postmodernos.

Pedro Salinas - Jorge Guillén

Correspondencia (1923-1951)

Tusquets, Barcelona, 1992. 631 páginas. 3.300 pesetas.

El símbolo de una generación

Por Mario Camus

Mario Camus (Santander, 1935) empezó en el cine como guionista de *Carlos Saura* (Los golfos y Llanto por un bandido) y desde 1963 ha dirigido más de veinte películas y varias series de televisión, muchas de ellas adaptaciones de novelas como *La Colmena*, *Los santos inocentes*, *Fortunata y Jacinta* y *La forja de un rebelde*. *Sobre el mundo del boxeo* adaptó un relato de Ignacio Aldecoa, Young Sánchez.

«Qué importa mi perdida generación, / ese vago espejo, / si tus libros la justifican». Estos tres versos del poema «Invocación a Joyce», de Jorge Luis Borges, resumen a la perfección las intenciones que declara Richard Schickel en la larga carta que precede a su excelente libro sobre Marlon Brando.

Schickel descarta la redacción de un estudio crítico y tampoco pretende escribir una biografía propiamente dicha. En el colmo de lo inusual, rechaza desde el principio la idea de celebrar cualquier tipo de contacto o entrevista con el personaje al que se propone estudiar en profundidad. Está claro que intenta conseguir unos objetivos diferentes a los habituales en un libro biográfico. Para ello varía de una forma original el pequeño universo de estímulos e intenciones que se manejan desde el instante mismo en que uno empieza a concebir una empresa de esta naturaleza. Apenas la chispa de la creación enciende el motor, nuestro hombre consulta todas las fuentes posibles en un arduo trabajo de información. Treinta y cinco mil documentos, trescientos libros y un sinnúmero de artículos periodísticos forman el inmenso laberinto donde se adentra el escritor buscando las piedras, las estrellas y los vientos en forma de ideas, palabras y empeños que trazaron, iluminaron y poblaron los caminos transitados por Brando desde sus primeros pasos hasta el día de hoy.

Probablemente lo más notable de este trabajo sea el hecho de que lo que Schickel encuentra es exactamente lo que se ha pro-

puesto encontrar. Desde el instante mismo en que se embarca en la aventura, advierte su admiración por Brando. Le considera el símbolo de su generación, la «estrella» de la misma, el adelantado que es reflejo y guía y compendio de los deseos y ambiciones de una juventud que ha heredado un mundo y aspira a cambiarlo profundamente porque no le gusta. Su rostro, la parquedad de palabras, la mirada, su manera de trabajar y sobre todo sus ademanes, son los de una pléyade de muchachos y muchachas de los Estados Unidos que desde que el actor se da a conocer, perplejos y encantados, se identifican estusiastamente con todo lo que les ofrece, con su comportamiento y hasta con la increíble perfección de sus trabajos. Esta perfección es un fin en sí misma sin que en ningún momento, y esto le vale el respeto de todos los desconocidos compañeros de generación, tenga la tentación de vanagloriarse, de cambiar la motocicleta por el coche o los «blue-jeans» por el traje de etiqueta.

Aprender siempre

Sus objetivos, establecidos desde los primeros trabajos, son diáfanos: se trata de aprender siempre, estar continuamente descontento porque cualquier tarea es mejorable, no refugiarse en imitaciones, buscar nuevas formas de expresarse, nuevos maestros, autores distintos y diferentes directores y compañeros de reparto.

Cuando Brando asoma por vez primera a la ciudad de Nueva York, el teatro, el cine, la ocupación de actor y hasta la vida en sus calles, tenían unas leyes determinadas, usaban una conformación dispuesta tiempo atrás. Había jerarquías, parcelaciones, códigos, señales y tópicos establecidos. Todo recién llegado podía libremente soñar con el triunfo pero tenía que respetar la exacta disposición del entorno sin pretender cambiarlo. Nadie dudaba de lo consolidado como norma. Pensar en introducir la más simple mecánica renovadora equivalía a que

lo ahogaran en el profundo mar del anonimato y del desprecio. Pues bien, Brando fue el que culminó las esperanzas de su propia generación cambiando la manera de actuar, de hablar, de vestir y de pensar. Luchó por la transformación de un fósil y, aun sin saberlo y probablemente víctima de su propio éxito, llegó de vuelta hasta las puertas de la ciudad prohibida y las abrió de golpe, generosamente, para que todos transitaran por los caminos que él ya había marcado con migas de pan o con visibles hilos que se adentraban hasta lo más profundo de las nuevas verdades.

Así acomete este libro Richard Schickel. No es difícil suponer que está repleto de emoción, de respeto y también de amor y comprensión. El esfuerzo y la aventura de ser el primero comporta riesgos y el personaje se enfrenta con unos y con otros. Primero son heridas, luego cicatrices, siempre cansancio y alguna vez errores, desviaciones, olvido de la propia vida, angustias y tormento. Schickel lo comprende. Y trata de consolar. Se esfuerza por llegar al fondo de cada vivencia. Siempre buscando en los papeles, razona sobre las decisiones de su capitán y casi siempre, en un acto de admiración y cariño, le disculpa y hasta le da ánimos y busca lo positivo de cada actitud. Por eso éste es un libro generoso, fértil, inteligente y difícil.

El género de lo biográfico o autobiográfico referido a actores, directores o personalidades del arte más popular, no suele tener mucha consistencia. Existen libros formidables, pero generalmente son ensaladas de anécdotas, confidencias y guiños celebrados por sus numerosos lectores que, orgullosos de sus conocimientos, disfrutaban con lo que ya sabían. Todos están hasta el borde de lugares comunes. Sabemos de memoria lo ocurrido en el rodaje de *La Reina de África*, hemos soportado durante páginas a la familia de la Hepburn y estamos al tanto de inútiles detalles del rodaje de *Casablanca* que exhibimos con impudor en cualquier reunión con personajes de profesiones ajenas y especializadas en distinto sentido que la nuestra. Por tanto no es habitual encontrar una forma apasionada del rigor, una ordenación tan documentada de una época que desemboca tumultuosamente en profundas transformaciones. Es poco frecuente que un símbolo se nos ofrezca y se nos explique tan completo, tan total.

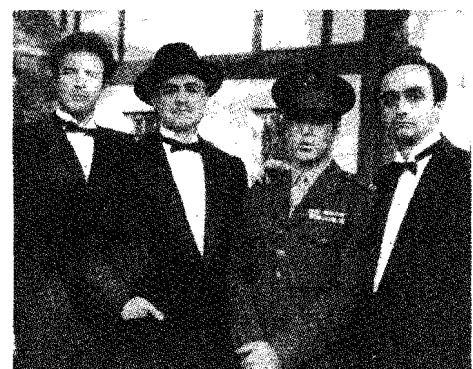
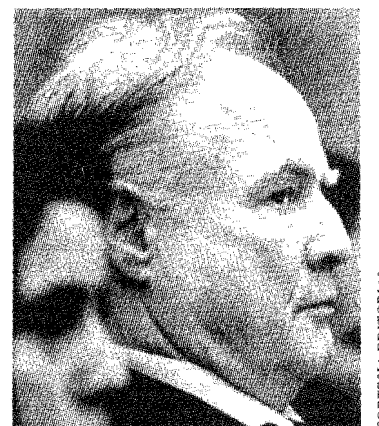
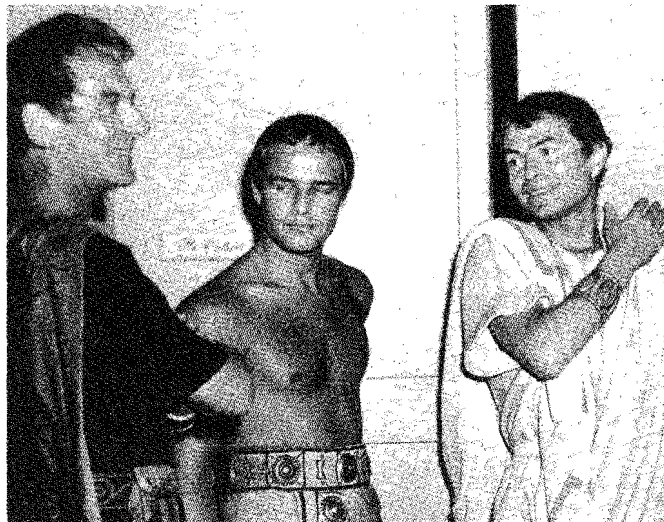
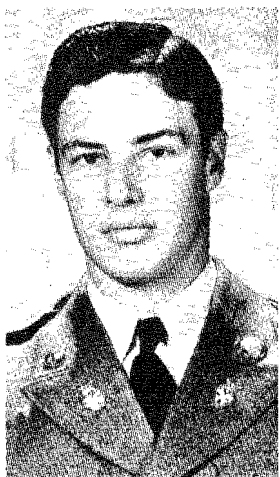
Al final de la lectura uno acaba prometiéndose ver una vez más los trabajos de Brando con esta nueva luz. Desearía asimis-

mo volver a encontrárselo en aquellos reportajes de comprometidas manifestaciones donde apoyaba ora a los pieles rojas ora a los negros, prestando su fama para cualquier causa noble relacionada con los derechos humanos. Nos explica Schickel que todo ello lo llevaba a cabo de diferente manera a otras estrellas. Cuenta que sus movimientos obedecían a impulsos genuinos, sin intentar rentabilizar ninguna acción ni siquiera usarla en sentido alguno. Recibía las convocatorias, creía en lo que allí se pretendía evocar o reivindicar y acudía en silencio. Se mostraba partidario de la justicia cuando alguien le interrogaba sobre su presencia en tal o cual acto. Desafiaba una vez más el orden establecido y el mundo oficial, que odiaba tanto sus movimientos y modales como sus ideas; aguantaba el chaparrón de descompuestos insultos que le llovían desde todos los medios y volvía a la carga cuando una nueva causa le requería.

El momento de la verdad

Tiene el libro una introducción en forma de carta. A ella aluden mayormente mis comentarios por encontrar en su contenido una insólita y original manera de empezar un libro como el que nos ocupa. Hay siete capítulos con título. Los seis primeros sustentaban determinadas edades. La de la inocencia, la tolerancia, la razón, la del oro, ansiedad y locura. El último capítulo se titula «El momento de la verdad», y termina el trabajo con un epílogo donde recoge noticias de los malos tiempos por los que pasa, una vez más, el protagonista absoluto de esta narración.

Se atiende en cada tramo a las distintas épocas de su vida. De una forma precisa, tenemos noticias de la infancia en el Medio Oeste, en la ciudad de Omaha, estado de Nebraska. Habla de su madre Dorothy, bonita, espiritual, distraída y «cultivada»; de su padre Marlon y de sus dos hermanas. Busca, como es habitual, en estos primeros



En el extremo izquierdo superior, Marlon Brando en la academia militar, a los dieciséis años. En el extremo derecho superior, Marlon Brando asiste al juicio de su hijo Christian. En medio, escenas de algunas de sus películas más célebres.

Viene de la página anterior



FRANCISCO SOLE

años las bases de su posterior comportamiento. Y, con exquisito cuidado y no demasiados rodeos, las encuentra y las establece. La sensibilidad de su madre y la adusta distancia que impone siempre su progenitor, empiezan a conformar una personalidad dotada con un bien escaso y poco común: el talento.

La veta escondida

Cuando el muchacho se traslada a Nueva York sólo le falta encontrarse con aquellas personas capaces de llegar a descubrir esa veta escondida que ya posee. Aquí la narración y las opiniones del autor alcanzan un jubiloso interés. Desde las calles de la ciudad hasta el interior de los teatros, de los talleres de formación de actores a los apartamentos donde viven, va la infatigable curiosidad del biógrafo levantando las vulgares y acostumbradas creencias para llevarnos hacia nuevos conocimientos y nombres nuevos. Paso a paso sigue el desarrollo del provinciano actor en ciernes. Chispean las anécdotas, empiezan a brillar determinadas réplicas y actitudes y se confirma con rapidez que este hombre tiene su propia manera de actuar y que esa manera no se parece a ninguna otra. Entre todas las personas que se atribuyen su formación, destaca la hija de un legendario actor judío llamado Jacob Adler. Ella, Stella Adler, es la que tiene el privilegio de ser la primera que supo ver el enorme potencial de aquel recién llegado. Intenta instruir amplia y provechosamente aquellas evidentes dotes. Discurre el invierno de 1942. La historia se pone en marcha. El fenómeno Brando está naciendo. Se levantan las esperadas barreras: las obras acostumbradas, el público conformado, los histriónicos actores tradicionales, los adocenados empresarios y las viejas costumbres. Pero cuando el cambio acelera su aparición no hay tiempo ni fuerza capaz de pararlo. Como si de un exorcismo

se tratara, aparecen en la ciudad autores también provincianos, inéditos o maltratados. Exiliados de Centroeuropa adquieren prestigio enseñando con métodos traídos de Rusia, Hungría o Alemania. Bailan los nombres. Williams, Miller, Piscator, Odets, Strassberg, Kazan, Clurman. Un torrente de talentos coinciden en la ciudad del Hudson... ¡Cómo no va a estremecerse el autor al recordar los inicios de su héroe si a él le fue dado vivir esa orgía de luz!

El actor supera una corta fase de aprendizaje y emprende un recto camino hacia el reconocimiento y el éxito. Cada trabajo es mejor que el anterior. No halaga a nadie, rehuye los apolillados métodos de promoción, vive retirado y se afirma en su natural hosco y reservado. Es atormentado, taciturno, esquivo, pero su expresión en el escenario o en la pantalla se manifiesta luminosa, fuerte, violenta, patética y siempre sobresaliente; cargada de misterio, verosimilitud y convicción. El hace creer y comprender la más retorcida complejidad. Además se apodera del público y sus miedos son los del espectador, su rebeldía la de ellos y cualquier emoción se comparte igualmente.

Trampas y peligros

El momento cuspidal de Brando llega cuando en 1954 se estrena la película *On the Water front* («La ley del silencio»). Todos los honores y el asombro del mundo entero acompañan este trabajo. Habían pasado sólo diez años de su debut teatral y apenas cuatro desde que se pusiera por primera vez delante de una cámara. A partir de este momento empieza a caminar por ese territorio que muy pocos conocen, donde habitan las trampas y los peligros más imprevistos de los que nadie puede adelantarte noticia alguna. Está en lo más alto y está solo. Su andadura, pasado el tiempo, es irregular, y aunque las maneras de proceder son las habituales, mul-

titud de circunstancias tiran de él hacia el infierno. Hasta donde al fin llega, sin protección alguna, perdido, sin acierto a la hora de defenderse contra tantos agravios y envidias que su fulgurante carrera había generado.

El autor asistió consternado a la caída del adoptado símbolo de su propia generación. Pero tuvo fe en él y esperó paciente. Sabía que aquel explorador al que mandaron por delante y del que tanto aprendieron y se enorgullecieron, no les podía fallar.

A los veinte años del simulacro de enterramiento, Brando, como Sísifo, vuelve a llevar hasta lo alto la pesada piedra del éxito. Acepta un papel que le ofrecen a regañadientes, gracias a la insistencia del joven director de la película. El espectador viejo y el nuevo, el más exigente, queda boquiabierto ante tamaña expresión de magnetismo y talento. En este tiempo, son los primeros años de la década de los setenta, ya se mueve por el mundo una legión de discípulos y ellos se encargan de recordar continuamente que aquel hombre que regresaba del abismo era el gran maestro.

En estos términos se lee la historia de este talento singular. El juicio de Schickel sobre las películas que comenta es nuevo y original. Evita las amaneradas expresiones de los críticos y añade una visión fresca y sin prejuicios. Así, el estudio de las intrincadas relaciones del mundo del cine: actor, director, productor,

escritor, adaptador. Todos sus juicios son penetrantes y ceñidos a la realidad.

En justicia hay que decir que este libro es uno de los homenajes más completos que se han tributado nunca jamás a un actor vivo. Un hermoso trabajo que ilumina la azarosa vida de su protagonista, punteando con delicado trazo cada peripecia y subrayando el curioso parentesco con un grupo de contemporáneos que vieron en él el reflejo de su propia vida y recorrieron su camino guiados por su andadura. El desgarrado movimiento de este eterno adolescente que, tras muchas indecisiones, eligió la profesión de actor para llegar en ella a ser el mejor.

Dejemos terminar al propio autor. Así finaliza su brillante trabajo: «El impacto de la personalidad de Brando y de los valores estéticos que representó alteraron en cierta medida nuestra comprensión de nosotros mismos y de nuestro mundo. También hemos de recordar que él igualmente está atrapado en el curso definitivo de la historia y que ésta, como el presente libro, puede que juzgue el papel que desempeñó en la vida de su tiempo como algo significativo que incluso ayudaría a definir esa época. Pensar de otra forma es someter esta vida, y por tanto una parte de nuestras propias vidas, al impulso más mezquino de nuestra época, el de trivializar lo que no nos resulta instantánea y cómodamente comprensible».

RESUMEN

El director de cine Mario Camus siente, al acabar la lectura de este libro que, en su opinión, explica de forma tan completa y total la complejidad de un símbolo cinematográfico

como es Marlon Brando, la necesidad de volver a las películas de Brando, para ver su trabajo con esta nueva luz, que transmite el libro en cuestión.

Richard Schickel

Brando. La biografía

Paidós, Barcelona, 1992. 287 páginas. 2.500 pesetas.

El Dios genético

Por Miguel Beato

Miguel Beato (Salamanca, 1939) es, desde 1977, profesor de Bioquímica en el Instituto de Química Fisiológica de la Universidad de Marburgo y fue investigador asociado en el Departamento de Bioquímica de la Universidad de Columbia en Nueva York.

En un principio era el Verbo
Evangelio según San Juan

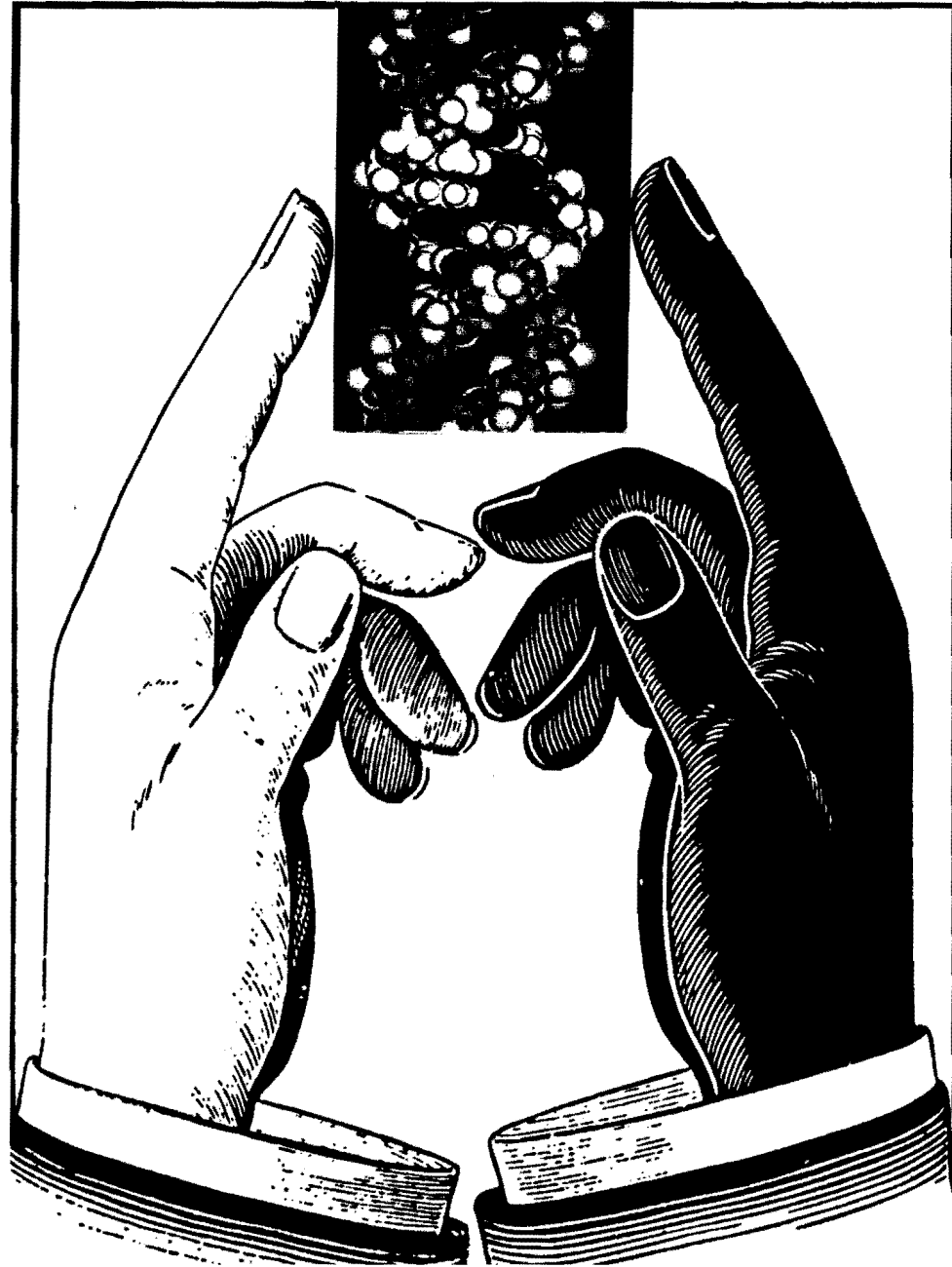
El influjo de las ciencias naturales sobre el pensamiento filosófico es una constante de la cultura occidental. A mediados del siglo pasado (1854), el planteamiento por el físico y fisiólogo alemán Herman von Helmholtz del destino final del universo como una condena inapelable a la degradación y al desorden total, representa una de las influencias más dramáticas de la física sobre la visión moderna del mundo. Desde comienzos de nuestro siglo, la idea de la «muerte térmica» del universo, derivada de la segunda ley de la termodinámica, que postula el inexorable aumento de la entropía universal, ha impregnado buena parte de la filosofía europea. Baste citar como ejemplo una frase de Bertrand Russell: «...only on the firm foundation of unyielding despair, can the soul's habitation henceforth be safely built» (*Why I am not a Christian*, New York, Allen & Unwin, 1957).

Los biólogos han encontrado siempre grandes dificultades al intentar integrar sus observaciones acerca de la exquisita organización de los seres vivos en esta visión del mundo dominada por la tendencia al creciente desorden. Posteriormente, sin embargo, la física de los sistemas alejados del equilibrio postula la generación de orden a partir del caos, y enfoca la evolución del universo, o al menos de ciertas parcelas del universo, como un continuo proceso de creación de complejidad. Esta nueva física del devenir suministra una base teórica más adecuada a la evolución biológica.

Abundan en nuestro siglo las obras que, con varia fortuna, tratan de reflexionar sobre las consecuencias que los avances de la biología, y en particular nuestro conocimiento del material genético, puedan tener para nuestra visión del mundo. Aparte de satisfacer la curiosidad científica, la finalidad de estas obras suele ser la de hacer accesibles al gran público los frutos de la investigación experimental y, al mismo tiempo, resaltar sus implicaciones socioculturales. En este sentido, la biología ha venido a complementar, y en cierta manera a suplantar, a la física en su función de ciencia frontera, con las correspondientes implicaciones metafísicas. Baste recordar, entre otros muchos, los ensayos de Erwin Schrödinger, Max Delbrück, Jacques Monod, Gunter Stern, François Jacob o Ernst Mayr. Todos estos científicos tratan de incorporar en una visión global del mundo nuestra comprensión del proceso biológico con su componente ético y filosófico «sui generis».

Enfoque distinto

A primera vista, el libro que nos ocupa podría parecer un ejemplo más de esta larga serie de intentos integradores que los científicos se arriesgan a formular para superar la especialización a que les condena su actividad de trabajadores experimentales. Sin embargo, creo que se trata de una obra básicamente distinta cuyo enfoque e intenciones no tienen precedentes recientes. Mientras que en las obras antes citadas se trata de incorporar los hallazgos de una disciplina científica (la biología) a una visión del mundo determinada por posiciones filosóficas,



ALFONSO RUANO

El Dio genético representa un intento de aunar las dos culturas, aparentemente contradictorias, que forman la médula de la civilización occidental: la cultura humanístico-literaria y la cultura científica. Quizá sólo Lucrecio en *De rerum natura* apunta, aunque con ambición muy diferente, hacia una síntesis análoga al proyecto de la obra que nos ocupa. Este intento se diferencia también de las ideas de C. S. Pierce y Karl Popper sobre el aspecto intuitivo esencial a la formulación de las hipótesis científicas, reflejado con maestría en la obra de Fernand Halpin *La structure poétique du monde: Copernic, Kepler* (Seuil, 1987). Ya Pierce sospechaba una conformidad entre las leyes de la naturaleza y la actividad del espíritu. Es esta unidad, ilusoria o real, entre el mundo vivo y la actividad de la mente humana la que DiMauro trata de establecer a partir de la genética. Pero lo verdaderamente original de *El Dio genético* es que la unificación se realiza tanto en el contenido como en la forma. A un nivel conceptual, la unificación se intenta derivando la actividad de la mente humana, incluyendo sus aspectos éticos y estéticos, de nuestro conocimiento de la estructura del material genético. En el nivel formal, la síntesis se consigue mediante una original estrategia que consiste en integrar en la argumentación científica numerosas citas y fragmentos de poetas, novelistas y filósofos clásicos y modernos. Este método permite al autor entrelazar en una tupida red de referencias sus vastos conocimientos de la biología clásica, la biología molecular, la literatura y la filosofía. Nos enfrentamos

así a un complejo caleidoscopio que nos proporciona una vasta sensación de libertad y al mismo tiempo nos deja entrever la enorme magnitud del ambicioso intento sintético que subyace en la obra de Ernesto DiMauro.

El libro consta de dos partes de similar extensión, que el autor nos ofrece levemente entrelazadas. La primera parte, que incluye el primer y el tercer capítulos, trata del DNA como texto genético y contiene los elementos básicos del pensamiento de su autor sobre la genética y sus implicaciones ético-filosóficas. La segunda parte (capítulos II, IV, V y VI) trata del DNA y de la mente humana, es decir de cómo el DNA contiene, o más bien adquiere, la información necesaria para codificar los complejos mecanismos que eventualmente llevan a su autodesciframiento. En esta segunda parte el autor se adentra en sutiles especulaciones sobre el funcionamiento del cerebro haciendo alarde de su maestría en la argumentación metafórica.

La primera parte del primer capítulo tiene como título «El DNA, obra máxima de la literatura fantástica». Se nos ofrece aquí una primera justificación de la técnica estilística elegida por DiMauro: el «collage» de reflexiones biológicas y de citas de la literatura clásica. La combinación del material científico con materiales extraídos de obras maestras de la literatura universal parece un método adecuado para describir la obra máxima de la literatura combinatoria, el DNA. Pero esta obra máxima carece de autor, se escribe a sí misma. El DNA se asemeja pues a lo que los estoicos llamaban el

«λογος σπερματιχος, el caliente soplo divino que contiene en sí la razón seminal de todas las cosas, immanente al mundo y, como el mundo, de naturaleza material». Esta visión del DNA recuerda el materialismo del filósofo de Tübingen, Ernst Bloch (*Das Materialismusproblem*, Shurkamp, 1972; *Das Prinzip Hoffnung*, Shurkamp, 1973), elaborado posteriormente en Marburg por su discípulo Hans-Heinz Holz (*Logos spermaticos. Ernst Bloch Philosophie der unfertigen Welt*, Luchterhand, 1975), que postula un concepto abierto de materia como proceso, como substrato del devenir en un mundo en desarrollo, adecuado tanto a la nueva física de la complejidad como a la visión biológica del mundo determinada por los modernos conceptos evolutivos.

Complejo mundo

Después de pasar revista al vertiginoso desarrollo de nuestros conocimientos sobre el material genético, y de suministrar una brevísima introducción al tema para el lector laico (lo que no le impide transcribir íntegra la página de la revista *Nature* de 1953 en que Watson y Crick describen las implicaciones genéticas de su reciente descubrimiento de la estructura en doble hélice del DNA), DiMauro resume la esencia del DNA como un logos autógeno, una pareja de serpientes enlazadas que se muerden la cola y se reproducen infinitamente con mínimas variaciones. Todo el complejo mundo de la biología, incluyendo el cerebro del «homo sapiens sapiens», es un aparato «inventado» por el DNA para aumentar su complejidad y la eficacia de su replicación. Surge aquí una de las ideas recurrentes de la obra, derivada de la consciencia de nuestra libertad genética de seres autocodificados. Esta consciencia conlleva, por una parte, una pérdida de ingenuidad, la vuelta a un mecanicismo revitalizado por el microchip, y, por otra, la adquisición de una nueva ingeniosidad, la ingeniería genética, que plantea graves problemas éticos. Repetidamente a lo largo del texto se hace referencia a la novedad que representa nuestra capacidad de interferir o manipular el programa que contiene las instrucciones para la realización del individuo o la especie. El autor no suministra una normativa, ni tampoco recomendaciones prácticas, sino que se limita a resaltar la necesidad de reflexionar sobre las consecuencias de nuestra actividad como científicos al actuar sobre el DNA como gran obra de la literatura fantástica.

DiMauro toca a continuación uno de los temas principales del libro, la similitud entre el DNA y el lenguaje escrito, un tema que ocupa la mente de los biólogos desde hace varios decenios. En un reciente editorial «Of genes and genesis» (*The New Biologist* 1, 111-113, 1989), el genetista americano Michael Yarmolinsky compara el DNA a un texto sagrado y sugiere que «the logic of such a comparison should be apparent to those who have graduated from the conviction that Thora (or its equivalent) is the Secret of Life in harmony with God (or the deity of your choice) to the faith that DNA (or RNA) is the Secret of Life in harmony with Chemistry».

Como el texto sagrado, el mensaje genético evoluciona adaptándose a las variables condiciones ambientales, y su interpretación está abierta a infinitas modulaciones. Como en el texto sagrado, la información contenida en el DNA es a la vez léxica y contextual. Es decir, contiene significantes cuyo valor no es siempre absoluto, sino que viene determinado por el contexto. De he-



Viene de la página anterior



cho, esta consideración es la base de una de las críticas más sólidas al proyecto del genoma humano.

El material genético, el DNA en animales y plantas, es un texto escrito con un número reducido de signos, pero utilizando distintos tipos de lenguajes que se solapan. La organización y el significado de los signos en los distintos mensajes contenidos en el DNA es diferente, como si en un mensaje escrito se solapasen, entre otros, un lenguaje cuneiforme con un lenguaje silábico y un lenguaje monogramático. Esta complejidad de mensajes entrelazados impone numerosas limitaciones a la evolución y dificulta enormemente el análisis formal del intrincado laberinto que es el texto genético. Los seres vivientes contienen un proyecto (el genotipo) que determina su desarrollo y su apariencia (el fenotipo). El genotipo, el DNA, contiene también la información para su propia lectura. Lo importante, sin embargo, es que el texto se reproduce a sí mismo y que esta autorreproducción es su finalidad última. El texto genético que cada organismo recibe de sus progenitores, contiene y transmite las instrucciones para su reproducción. Así pues, vivir es recibir, ser, transmitir. Aquí el pensamiento del autor se acerca al fatalismo árabe, para el que el destino «se nos da escrito», y la dificultad reside en descifrarlo. Descifrar el mensaje es comprender la estructura lógica del laberinto. La innovación que ha aportado la biología molecular es la consciencia de que el DNA es el hilo de Ariadna para salir del laberinto que es el DNA.

La biblioteca infinita

Para DiMauro el DNA no es un diccionario sino una gigantesca enciclopedia, como la ya tópica biblioteca borgiana. El parangón con la biblioteca infinita de Borges, en la que se hallan todos los libros posibles, todas las combinaciones posibles de los símbolos del alfabeto, de todos los alfabetos, le da a DiMauro ocasión de justificar de nuevo el método elegido para escribir *Il Dio genetico*. Método que ya todo ha sido escrito, ¿por qué no utilizar un caleidoscopio de citas en lugar de crear otros textos sólo aparentemente nuevos? Este procedimiento de mosaico limita además el narcisismo del autor, y subraya la idea del DNA como una densa red de información que nos rodea y nos contiene. Así como en la naturaleza, tumbados en la hierba, estamos rodeados de una infinidad de organismos vegetales, animales y bacterianos que son todos el producto de la interminable crónica que es el DNA, así el autor que intenta reflexionar sobre el sentido del DNA, se encuentra circundado de un sinfín de reflexiones previas, escritas y accesibles en la gran Biblioteca. El desafío, como en el caso del mensaje genético, consiste en localizar las citas e interpretarlas. En todo caso, para describir un proceso cuya esencia es combinatoria y reiterativa (el DNA), el método de repetir y mezclar citas y referencias parece una tentación ineludible.

La segunda parte del libro se centra en el análisis de la mente humana como el producto más sofisticado del DNA, capaz de descifrar su estructura. Hasta la aparición de este mecanismo, la evolución biológica ha ocurrido por mutaciones casuales (el azar) y selección natural (la necesidad). A partir del momento en que la mente humana descifra la lógica del texto genético, existe una posibilidad de intervención dirigida: el DNA ha producido el instrumento para automodificarse intencionalmente. Desde esta perspectiva, el análisis de los mecanismos por los que funciona la mente humana supone una lógica extensión del proyecto de



ALFONSO RUANO

descripción del texto genético inmanente a la obra de DiMauro.

La mente humana es otro laberinto, compuesto de un número de neuronas semejantes al número de nucleótidos que forman el DNA humano, las cuales están conectadas entre sí por un número aún mucho mayor de sinapsis. La mente humana opera transformando lo infinito en finito. De este modo ordena, clasifica e interpreta el mundo que la rodea y, como una parte de este proceso, descifra la estructura del texto genético. Esta idea viene reflejada en una de las numerosas citas de Walt Whitman, que puede servir como ejemplo de la calidad y precisión con que el autor ha seleccionado las piezas de su mosaico literario: «To me the converging objects of the universe perpetually flow / All are written to me, and I must get what the writing means» (*Song of myself*).

El tiempo y la mente

El cuarto capítulo se ocupa del tiempo en su relación con la vida y, en particular, con la mente humana. Consta de ocho fragmentos con sugerentes títulos: elogio de la memoria, elogio de la organización y de la vida, elogio de la fragilidad, elogio de la redundancia, elogio del susurro, elogio de Dios, elogio de la oscuridad, elogio de la muerte. El tiempo de los procesos macroscópicos observables es irreversible; tiene una dirección única que apunta hacia el aumento de la entropía, del desorden. Sin embargo, la vida escapa a la inexorable desorganización que implica la dirección del tiempo, organizando la energía, haciéndola «prisionera de una lógica combinatoria» dictada por el DNA. La memoria introduce una complejidad adicional en la reflexión sobre el tiempo. Cuando la mente humana recuerda, se mueve abstractamente hacia atrás, en dirección opuesta al tiempo real irreversible, que transcurre hacia adelante mientras recordamos. Esta posibilidad de invertir ilusoriamente la dirección del tiempo es la base de la capacidad de comprensión y análisis característica de la mente humana. Sirviéndose de esta capacidad, la mente humana organiza el mundo, clasifica y ordena la realidad que percibe. Caen entonces en la ilusión de creer que percibe una realidad ya definida, creada por un principio organizador, un dios original, sin percatarse de que es la misma mente humana la que crea su propia realidad al percibirla. Y, al percibirla

como realidad objetiva, al mismo tiempo la deifica: panteísmo como conocimiento; descripción de los dioses como descripción de la realidad. Al llegar aquí se hace transparente el título del libro, puesto que la mente es el producto final del texto genético, del dios original que crea el mundo vivo, o más exactamente nuestra imagen del mundo, el DNA es el Dios genético.

El capítulo quinto se ocupa más específicamente del funcionamiento del cerebro. Parte de la existencia de mapas neuronales que determinan el comportamiento innato y utiliza como ejemplos o metáforas las migraciones de animales, como el salmón o la anguila, cuya descripción alcanza un alto nivel de belleza formal y un auténtico impacto trágico. De aquí pasa a describir el papel de las costumbres o los hábitos en la estructura mental. En uno de los pasajes más hermosos del libro, se nos describe el comportamiento de las mariposas egipcias que desde el delta del Nilo migran al llegar la primavera hasta un pequeño valle de la isla de Paros donde inundan los cipreses, el Valle de las Mariposas. Desde allí, al final del verano, vuelven a Egipto, deponen y mueren. Este comportamiento innato, compuesto de un gran número de decisiones binarias en que participan, entre otros factores, el desierto, el mar, la posición del sol y la de las estrellas, es el resultado de un mapa neuronal complejo que ha sido seleccionado en el curso de la evolución. El comportamiento de los animales migratorios sirve al autor de metáfora absoluta. Las mariposas egipcias, con su diminuto cerebro, han transformado lo infinito en finito, han transformado el cielo nocturno en información genética, en secuencias de nucleótidos del DNA.

A partir de estos comportamientos más o menos automáticos, se puede pasar al análisis de actividades mentales más complejas,

como la memoria o la percepción estética. Dado que las neuronas cambian su estructura y sus conexiones cuando son estimuladas, haciéndose más permeables a nuevos estímulos, la forma de las neuronas y los mapas neuronales determinan su función. Recordar es, pues, escoger entre formas almacenadas; platonismo invertido en el que los recuerdos no son formas que generan realidad, sino realidad que genera formas. Una parte de estas redes neuronales se adquiere con los estímulos recibidos del mundo exterior, mientras que otra parte se hereda con el programa genético. Así pues, «somos» en parte nuestros antecesores biológicos. Nuestra ontogénesis recapitula, en parte, nuestra filogénesis, y el cerebro lo recuerda. Estas consideraciones llevaron a Max Delbrück a reconsiderar la validez de los a priori kantianos (causalidad, espacio, tiempo) cuyo substrato fisiológico sería la herencia de estructuras cerebrales preformadas.

El libro termina con un breve capítulo en el que se compara el funcionamiento de la mente humana con los mecanismos que gobiernan las decisiones de un ordenador, sin ofrecer respuestas definitivas respecto a diferencias o similitudes esenciales. De aquí el autor saca la modesta conclusión de que es imposible aunar de un modo orgánico todas las reflexiones contenidas en *Il Dio genetico* y formular un neo-existencialismo molecular, una filosofía de nuestra superioridad sobre animales y ordenadores. Aun así, el libro consigue su objetivo: la genética, la ética de los genes, supera la separación entre cultura humanística y cultura científica. En las consideraciones finales se entrevé además la secreta motivación, sin duda frustrada, de la obra de DiMauro: Alcanzar «la conexión de todo con todo, única posibilidad de dar sentido a la vida» (Roberto Calasso, *Las bodas de Cadmo y Harmonía*).

RESUMEN

Miguel Beato tiene muy presente, en su comentario, las muchas obras que con varia fortuna tratan de reflexionar sobre las consecuencias que los avances de la biología, y en particular nuestro conocimiento del material genético, puedan tener para nuestra vi-

sión del mundo. Pero el libro del que se ocupa se aparta de esta línea, y representa un intento de aunar las dos culturas, aparentemente contradictorias, que forman la médula de la civilización occidental: la cultura humanístico-literaria y la cultura científica.

Ernesto DiMauro

Il Dio genetico

Keos Edizioni, Roma, 1991. 174 páginas. 29.000 liras.

Una visión estética de la política

Por Elías Díaz

Elías Díaz (*Santiago de la Puebla, Salamanca, 1934*) es catedrático de Filosofía jurídica, ética y política de la Universidad Autónoma de Madrid y director de la revista de pensamiento «Sistema». Autor de *Estado de Derecho y sociedad democrática* (1966), *Pensamiento español en la era de Franco* (1974), *De la maldad estatal y la soberanía popular* (1984) y *Ética contra política. Los intelectuales y el poder* (1990).

Empiezo por reconocer (aunque, después, hasta tal vez por desconocer) que no soy en modo alguno el lector ideal deseado por el autor de este tan sugerente, proteico, denso, evasivo y, en parte, contradictorio libro; así lo evoca y diseña explícitamente aquél (pág. 245): «Un lector más bien indiferente a su tema, que no busca ni trata de sacarle nada, simplemente dejándose llevar por el texto, "senza morbidezza"».

Dudo incluso que éste sea el tipo de lector más apropiado para una narración precisamente de experiencias y sensaciones políticas como lo son las vividas y, de manera muy selectiva, anotadas y aquí transcritas por el catedrático de Estética de la Universidad de Barcelona, Xavier Rubert de Ventós, desde su incorporación en 1982 al Parlamento español —cambiando en efecto de silla, la cátedra por el escaño— como diputado por el PSC/PSOE. Si él no es para nada indiferente al tema (¿cómo iba a serlo!), si legítimamente trata de buscar y de sacar mucho de todo ello (explicaciones, justificaciones, nuevas incertidumbres y desconciertos) no parece lógico, sin perjuicio de los distanciamientos y objetividades del ajeno juicio, que él mismo exija lo contrario al privilegiado pero desactivado lector: salvo que todo no sea sino un pretexto para el inacabable monólogo interior; e incluso así.

Pero ¿qué es este libro? ¿En qué consiste? La «meditación del género» en el cual incardinar o situar, para mejor comprender, lo escrito también ha preocupado a un nada despreocupado, ni simplistamente espontáneo, autor. En el texto, resultado de una muy cuidada reelaboración de sus notas (con oportunos intermedios, así págs. 122 y ss., citas brillantes, 110, certeras e instructivas observaciones, 151 a 154), se tiene ello continuamente en cuenta. Pero la meditación del género por supuesto que es también —forma y materia— una meditación del contenido, del fondo de la cuestión. Entraré, pues, en ambas dimensiones a la vez.

Es verdad que no se ha tratado de construir con esos materiales de la experiencia vivida una Teoría de la Política, aunque desde luego que —«para bien y para mal»— hay allí en todo momento interpretaciones y directrices no carentes de orientación para ella. Pero es también evidente que el autor está o quiere estar mucho más por las sensaciones y las impresiones que por las ideas, las teorías, el sistema o la «racionalización» de la acción, dando así alas para una más que discutible y tajante escisión entre ambos sectores aunque no sin contradicciones relevantes (cfr. 231 y 256). Detrás de ellas, de las teorías, de las ideas, en los dos sentidos ajenas ideas, tiende siempre a ver, de manera un tanto acrítica e indiscriminada, doctrinas fijas, dogmáticas y anquilosadas, ideologías absolutas y cerradas que, cuando se dan, hace muy bien en rechazar. El resultado es un excesivo recelo, un auténtico temor y temblor (vital, cordial e intelectual) hacia la certeza, hacia la seguridad, incluso hacia la firmeza en las convicciones; hace pensar con ello en otras seguridades suyas capaces de integrar, simulando debilidad, un connatural, libertario y estético amor hacia el riesgo, la incertidumbre y el desconcierto.

Aunque en el libro hay, como digo, narración de jugosos hechos, reales e inventados, serios y divertidos, y se cuentan bien y se disfruta leyéndolos de un tirón —luego se hace necesario volver atrás una y otra vez—, no es tampoco una novela, ni realista ni de ficción, lo que el autor ha ido sacando de esas numerosísimas libretas que en su vida ha ido meticulosa e incansablemente pergeñando. Si acaso sería más bien una «nivola», de tesis o mejor de antítesis. Y en ella, precisamente, lo que el culto profesor metido ahora a político, a parlamentario, con mayor insistencia resalta es la dificultad de tal relación y, quizá con excesos, la de su comprensión, desde una perspectiva duramente negativa para ambas especies, la de políticos e intelectuales, excepto para los grandes, los creadores, en una y otra de ambas dimensiones. Rubert de Ventós es siempre el irónico implacable debelador de la culposa mediocridad, pero asimismo a veces de manera injusta se le ve demasiado feliz despreciando sin la menor piedad, sin compasión ni comprensión, todo lo que no sea excelso y superior. Por lo demás, estas sus meditaciones (que no memorias políticas insiste el autor) se encuentran distribuidas y expresadas de ma-

nera dispersa y fragmentaria a través del desdoblamiento de personajes (con P., parlamentario cortesano, como protagonista) que componen el que, si no fuera por aquello de la estética catalana, podría también calificarse como de unamuniano monodialogo: siempre detrás con el fondo espeso de políticos y parlamentarios más bien adocenados, torpes, egoístas y ambiciosos «de cosas pequeñas» (cfr., por ejemplo, págs. 28, 39, 51, 59, 60, 65, 113 y 120).

La clase discutidora

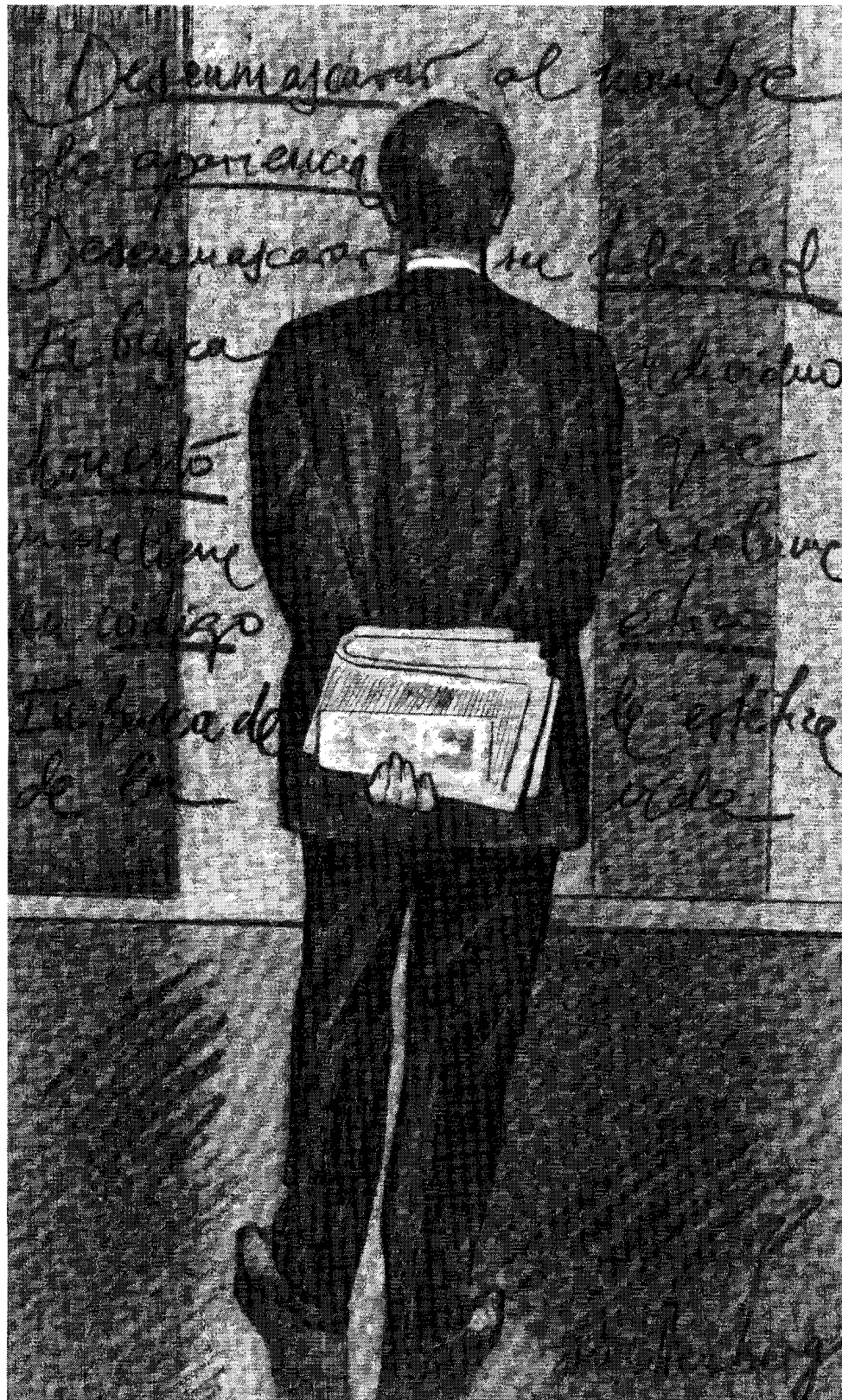
Ya sé que no se puede pedir todo, que cada cual pone énfasis en lo que desea destacar y que es muy difícil de lograr la gran objetividad, la justa distancia, un criterio siempre equilibrado y ponderado; pero diría, sin perjuicio de lo anterior, que tal vez falte en este tan interesante e incisivo libro una mayor contención de juicio, más específicos matices, una mejor comprensión (en los dos sentidos de la palabra), sobrando fáciles generalizaciones, con consecuencias —no quisiera ser demasiado duro— que pueden rozar la frivolidad e incluso la irrespon-

sabilidad. Así, por ejemplo (pág. 35), cuando en esas sus críticas (excesivamente absolutas, algunas certeras y valiosas) al Parlamento, a sus gentes y a sus actuaciones, no se retiene nuestro autor ante coincidencias extremas que nada tienen que ver con él: «¡Que benévola parece aquí la propia crítica de Carl Schmitt a esta "clase discutidora"! ¡Si casi parece un cumplido!», escribe Rubert de Ventós olvidando lo que le iba enseguida a ocurrir a esa «clase discutidora» en la Alemania de la época. Por supuesto que los nazis no discutían; destruyeron con la violencia y la represión totalitarias todos los lugares (políticos y culturales) donde antes y después, mejor o peor, se discutía y se quería poder seguir discutiendo.

Pero —bajemos el tono— ya he dicho que tampoco se trata de que el autor anteponga así, sin más, como modelo al filósofo por encima del político (sin embargo cfr. pág. 184) o a cualquier otro estamento como superior en virtud frente al parlamentario. Todo en esa abstracta generalidad está, es obvio, en parecido —más bien, flojo— nivel (58): «la industria, la banca, la universidad» (...) los «comerciantes, obreros o amas de casa». Con lo que, a su vez, escribe aquél (40): «Lo cierto es que P. nunca ha sabido acabar de hacer suyas las exclamaciones escandalizadas de los hombres de la cultura ante la política. Si escuchásemos las quejas de tantos "intelectuales críticos", pronto creeríamos que sólo ellos piensan y ponderan las cosas, mientras que los políticos se limitan a seguir la corriente: que ellos luchan por la Verdad o el Ideal mientras los otros lo hacen por el cargo o la canojía». Y veáanse también (101) las críticas (¿autocríticas?) al propio P. como intelectual «que tanto podía decir una cosa como otra, por poco que resultara verosímil y bien argumentada. De ahí su esnobismo, su afán de sorpresa...».

No se compadecen, como suele decirse, estas críticas a esos (¿quiénes, cuáles?) intelectuales críticos —más bien a veces son casi coincidentes— con sus propias críticas a los políticos, que se extienden (de manera genérica e indeterminada y esto, repito, es a mi modo de ver lo más criticable) a lo largo y a lo ancho del libro. En cualquier caso, la conciencia, la experiencia, la sensación (diría él) de la distancia entre el saber y el hacer —distancia que, a mi juicio, exagera, como si la política fuese algo aún más misterioso, esotérico e irracional de lo que pueda o no ser el resto mismo de la realidad—, en definitiva esa no comprensión de la política por el intelectual constituye el verdadero hilo argumental de esta su narración personal en ese espacio de la circunstancia política de España (perspectiva catalana) y del mundo (perspectiva española) en ese tiempo de mediados de los ochenta.

Por eso, por esa insalvable no comprensión (234, pero cfr., no obstante, 184, 231, 250), a quienes más admira nuestro autor es a esos «verdaderos políticos y no politicantes que en la soledad y el desamparo tengan coraje para decidir sin red y a la intemperie; que sepan tomar opciones con un déficit crónico de razones. Personas que no se mareen al comprobar que, como decía Kissinger, "cuanto más importante es una cuestión, tanto más frágiles son los datos sobre los que se ha de tomar la decisión". Y —añade Rubert de Ventós— que lo hagan transmitiendo a los demás la sensación de que saben adónde van» (77 y 99). Pero, no nos engañemos, nadie se salva —tampoco esos grandes, «augustos», políticos— desde esa estética psicologista e individualista de la autenticidad donde sin embargo (o, en consecuencia) la economía y las condiciones sociales parecen jugar un muy escaso papel (apenas en 61 y 230); concluye así aquél (185): «Los mejores políticos, los más indispensables, son también los más peligrosos y adictivos. Son los que no pretenden enriquecerse ni apro-



STELLA WITTENBERG



Viene de la página anterior



STELLA WITTENBERG

vechase de nosotros. Son los que no quieren simplemente nuestro dinero: nos quieren a nosotros mismos». (Veáanse también en esta dimensión las págs. 17 ó 134 con los astutos consejos políticos del cardenal Mazzarino, incluida la sibilina variante del teatino Boyer.)

Al final parece, por tanto, como si la política o no se pudiera hacer con consciencia, es decir con entendimiento, o no se pudiera hacer con conciencia, es decir con dignidad. Así lo ratifica más adelante y un poco incoherentemente, la verdad, el propio Rubert de Ventós (184): «Ahora sabría ya bastante para hacer política con comodidad. Pero demasiado, seguramente, para hacerla con dignidad». El refinado profesor, odiador de tópicos y delador de lugares comunes, acaba o mejor recalca en uno de los más manidos y difundidos en nuestros días, y de carácter más bien liberal conservador: el de la irremediable maldad política y estatal (cfr. también sobre Estado, patria, nación, entre otras, págs. 200 y 207).

La comprensión no es posible hoy, dirá el actual eurodiputado Rubert de Ventós; la comprensión es para el futuro, para cuando él vuelva, en busca de la síntesis, a sus tareas de filósofo (232). Pero no se le ocultan algunos, sólo algunos (los individuales y subjetivos) no los más decisivos (los colectivos y objetivos) de los problemas de ese reenvío al futuro, que parece condenar la política actual al mundo de la ficción, la mera apariencia e irrealidad (42).

El placer del desconocimiento

Con las cosas de este modo ¿qué hacer por el momento?, no deja de preguntarse aquél: ¿Qué se puede hacer «mientras tanto», es decir nada menos que durante todo el presente, mientras dura la no comprensión, la incomunicación? En concreto, ¿qué vías de salida se apuntan o pueden estar incoadas en tal personal posición? Creo que principalmente las dos siguientes que, a pesar de las apariencias, son en realidad complementarias: una —más a contrapelo de su talante—, hacia atrás, hacia el refugio, hacia la seguridad (dando certeza a sus incertidumbres); otra —más concorde con su «máscara de la excepcionalidad» (48)—, la de practicar y entrenar en la huida hacia adelante, hacia la estética del desconcierto y del desconocimiento, que quizá preanuncia

también su proyecto para ese auspiciado futuro. En la primera, un Rubert de Ventós realista, posibilista, anti-utópico y hasta empirista (79, 88, 98, 102, 233) señala cómo «en esta misma vena, P. sigue defendiendo una democracia nada poética: más representativa que participativa, no tan proporcional como mayoritaria, y puede que incluso un poco autoritaria» (96), para reconocer que «de momento nuestro pobre parlamentario prefiere negociar con el peor de los gobiernos que con la mejor de las oposiciones. Por razones prácticas, desde luego, pero no sólo. También por razones formales e incluso teóricas», no duda aquél en sentenciar (230).

Pero vemos a renglón seguido que la «Realpolitik» no hace feliz a Rubert de Ventós. Se revuelve airado, sin embargo, cuando un buen amigo en Nueva York le sugiere (segunda y más sobresaliente vía de salida) que lo que está haciendo es una experiencia «estética» de la política: «Has aplicado ahora a la política —le dice— la mirada que en otros libros posabas en el arte». La respuesta es inmediata y de casi visceral rechazo: «¡Estética! ¡Nunca!»; porque piensa que con ello su amigo se está refiriendo (250) «a una actitud irónica, dandi y distante». No obstante, enseguida el catedrático precisamente de tal asunto se replantea a fondo el tema —es la parte final de su libro y donde están, creo, las claves centrales— para acabar aceptando y explicando la que sería precisamente su propia teoría estética, aplicable también a la política (240). Tal teoría se reformula por él a través de tres sucesivos, pero más bien escindidos e incomunicados, estados o momentos.

En el principio es y fue el desconcierto, la sensación ante las cosas realmente nuevas, que es lo que nos hace pensar: se trata de una experiencia «más inquietante que feliz, desconcertante a menudo, a veces insoportable. De ahí —señala aquél— la general tendencia a neutralizarla cuanto antes mejor, a toda prisa» (238). Esta, suscitada sólo por la urgencia ante el miedo a lo desconocido, es una falsa —en el mejor de los casos, una provisional— salida del desconcierto, para acallararlo sin soluciones válidas de fondo, tan insuficiente como, sin embargo, de generalizado y práctico uso; y es, desde luego —acusa y quiere constatar aquél—, casi la única terapia que practican los políticos. Tras éstos vendrían los científicos —segundo estadio— con «una forma menos grosera, más personal y original, de neutralizar aquel desasosiego que nos producen las cosas

nuevas. Consiste —dice— en hacerles la ley, en buscar una regla o norma a partir de ellas mismas». Aunque esto, este reconocimiento, es precisamente lo que Kant llama «formular un juicio estético» e implica «experimentar lo particular sin conceptos, recuperar la unidad de sensación y entendimiento», tampoco constituye el saber último y la experiencia más radical. Desde la perspectiva y en el lenguaje de Rubert de Ventós, «este placer o alivio será teórico, científico, terapéutico, si se quiere. Pero en ningún caso es estético», concluye (239 y 241). Este, el tercer estadio, «el placer estético empieza únicamente cuando a aquel reconocimiento sigue un nuevo desconcierto, un desconocimiento, por así decir. Y dura sólo mientras se nos han averiado las ideas hechas y no hemos tenido tiempo aún de repararlas». La experiencia política del desconocimiento crea, pues, nuevas y definitivas incertidumbres y perplejidades en la que denomina «última sofisticación estética». Más allá, por tanto, e incluso frente a la «inmunidad teórica» kantiana, del estadio dos, proclama así desde su posición Rubert de Ventós: «Es ahora y aquí que hemos adquirido por fin una nueva especie de vulnerabilidad: la inmunodeficiencia estética» (241 a 244).

Creo que tal vez mucho (y lo mejor) de lo que el autor llama «estética» podría, con mayor nivel de comprensión, denominarse «filosofía». No es sólo, por supuesto, una cuestión de nombres, de palabras: lo es de conceptos teóricos, de metodología, de diferente relación con la realidad para su comprensión y transformación, incluida la realidad política tanto en sus significaciones teóricas objetivas como en sus resultados sobre las prácticas sociales. Quizá también se pueda criticar a Rubert de Ventós por no apreciar más ese «juicio

estético» kantiano y, en otro orden de cosas, por su extraño miedo a la utopía (88, 90, 103). Pero su libro es productor de incertidumbres y desconocimientos, generando, pues, la necesidad de la reflexión. Pienso, no obstante, que con esas y otras perspectivas y correcciones, algunas aquí señaladas, podrían evitarse las implicaciones «esteticistas» —en el sentido crítico y peyorativo que, por ejemplo, le daba Tierno Galván— presentes y operantes en la línea que conduce la secuencia de su narración, con además manifestaciones concretas de un triple orden: de carácter reduccionista (empírico y/o estético) respecto de la razón filosófica (114); de juego y diversión —acercándose así a la visión del amigo newyorkino— ante problemas en los que, como él mismo recuerda, alguien, el más débil, siempre paga por los demás (231); o de recaída incluso en un suave y placentero misticismo —una estética mística— reconocible sin duda en su estilo aforístico y en los otros entresijos de sus, insisto, siempre muy sugerentes, agudas y estimulantes observaciones (242).

A partir de estas propuestas críticas —diría para concluir— podría yo concordar más con Rubert de Ventós cuando se acoge a Musil (82): «Al convertir la ciencia positiva en nuestro ideal intelectual no hemos hecho sino poner la papeleta en manos de los hechos, para que ellos elijan en nuestro lugar. Vivimos —escribía entonces aquél y me parece que acertaría también para hoy— una época antifilosófica y cobarde que no tiene el coraje de decidir qué vale o qué no vale». Y salvando esos escollos, y reconociendo otras diferencias, lo propio me pasaría con su recurso a Adorno (233): «Los únicos pensamientos que tienen cierto valor son los que aún no se comprenden a sí mismos». □

RESUMEN

Las sugerentes reflexiones de Xavier Rubert de Ventós, catedrático de Estética, sobre sus experiencias políticas como diputado son analizadas en perspectiva crítica por Elías Díaz tomando, precisamente, como clave central de interpretación

la teoría estética de aquél. Una cierta recaída en la ideología de la maldad política y estatal y la prevalencia de un esteticismo de la incertidumbre y el desconocimiento serían algunas de las principales dimensiones resaltadas en dicha crítica.

Xavier Rubert de Ventós

El cortesano y su fantasma

Destino, Barcelona, 1991. 261 páginas. 1.800 pesetas.

El sonido de la intimidad

Por Vicente Verdú

Vicente Verdú (Elche, 1944) es licenciado en Económicas y periodista. Ha sido redactor jefe de «Cuadernos para el Diálogo» y jefe de Opinión y de Cultura del diario «El País». Fue finalista en el premio Anagrama de ensayo con el libro *Días sin fumar*. Es autor, también, de *El fútbol: mitos, ritos y símbolos* y *El éxito y el fracaso*.

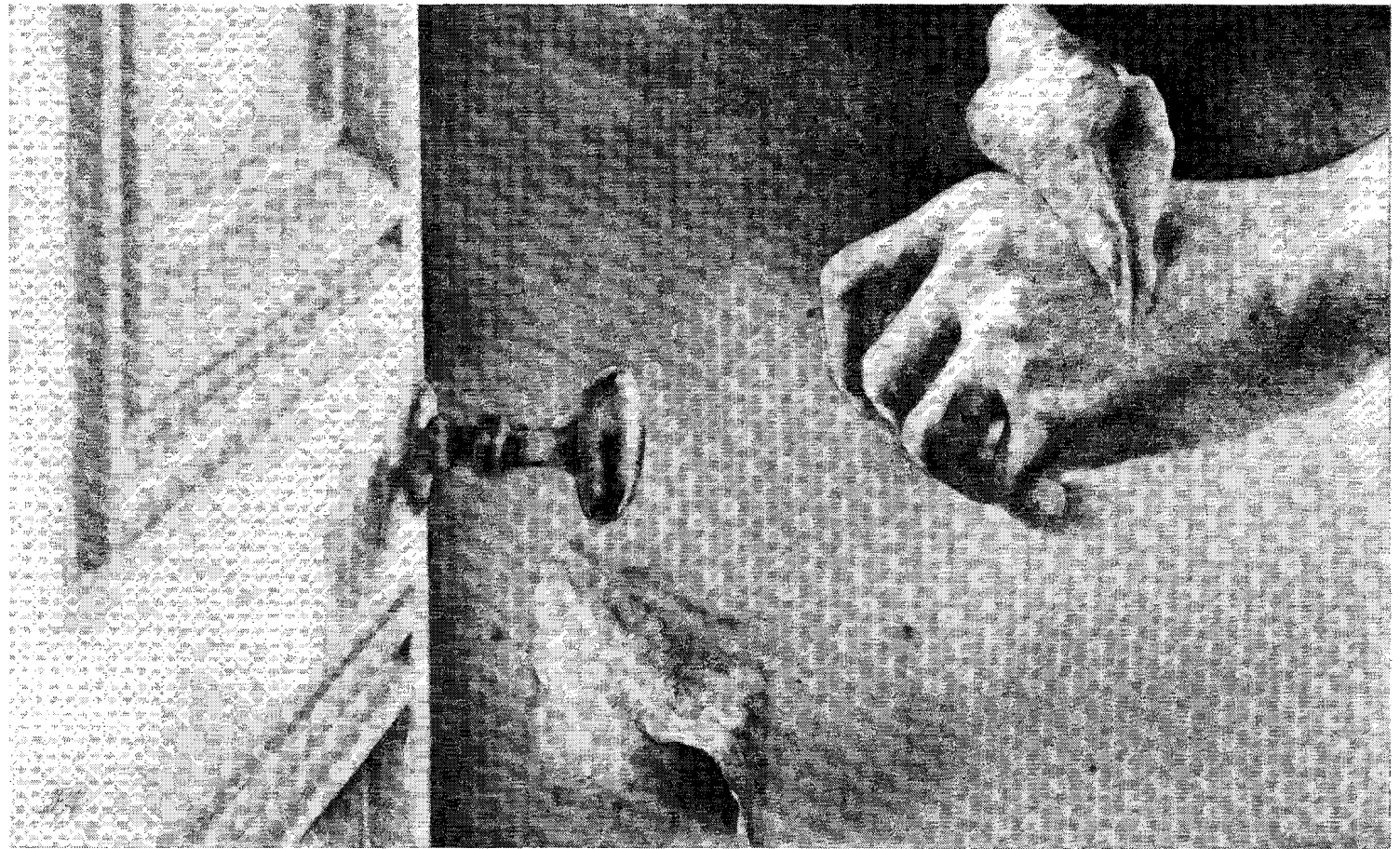
Existen al menos dos formas de leer esta obra. Una de ellas es aquella que toma el libro como una sucesión de pequeñas historias sobre la vida de pareja y los caprichos de alcoba. Y, en general, más ampliamente, sobre las penalidades, confusiones, extravagancias y amenazas derivadas de penetrar en el mundo propio y ajeno.

Esta es una forma amena de pasar las páginas. Pero la otra, no menos recreativa, es la que permite examinar las aportaciones del texto como banco de pruebas de las teorías sobre el retorno del sujeto que, con un envoltorio más severo, serían más arduas de digerir.

Efectivamente, este libro proporciona una prestación de «sandwich», inconfundiblemente americano. Su autor, Willy Pasini, es un psiquiatra neo-freudiano asentado en Ginebra y de nacimiento milanés, pero no cabe duda de que ha sido ganador, y no sólo en el nombre, por los modelos de escritura de algunos colegas con los que ha compartido el aprendizaje terapéutico y las técnicas de comunicación.

Esto dicho, su temario de lo íntimo brinda la oportunidad de expandirse en casi todas direcciones. La intimidad clínica, la intelectual, la espiritual, la afectiva, la corporal, la sexual y hasta la intrauterina, reciben un doble tratamiento conceptual y narrativo. Para todos los epígrafes dispone el autor de un relato ejemplificador o denotador (y hasta detonador) obtenido directa o indirectamente de la experiencia. Acaso no exista manera más eficaz para que un libro flote sobre el favor del público que buceando en las aguas de lo privado. Y más si, como también Pasini analiza, la nueva década sigue estimulando el interés por la esfera inmediata, los gustos por la privacidad y el individualismo refinado.

No todo es, sin embargo, de la misma textura de los ochenta. Años rosa que llevaron el narcisismo a su culminación y la especulación al arte, al dinero, a la arquitectura o a la banalidad del pensamiento. Los noventa han nacido más serios, provistos de un semblante más adulto y un atuendo más severo. Hasta han comenzado a introducir un acompañamiento moral desconocido desde hacía tres quinquenios. No es, desde luego, gran cosa todavía y, por supuesto, la adopción de sus principios no requiere gran esfuerzo. Pero se trata, en todo caso, de una reinauguración. Una reinauguración ética palpable en signos tales como la denuncia y persecución de corrupciones y mafias, en vivas polémicas e inquietudes por las derivas de los



JUAN RAMON ALONSO

científicos, en masivas alertas sobre la protección de especies y destrucción del planeta, en la revitalización de la idea de tercer mundo, en «caritarismos» en forma de conciertos rock a favor de hambrientos, damnificados, oprimidos, y en leyes moralizantes destinadas a proteger la intimidad. Efectivamente no puede decirse que se ha reabierto un tiempo de abnegación, ni que el regreso moral sea una revisitación en todo orden, pero la misma crisis económica ha introducido un nuevo modo de elegir y de tomarse la vida. Menos desordenadamente. Más lenta y selectivamente.

Demanda de calidad

Una diferencia significativa respecto a la época anterior estriba en que la demanda de calidad prima sobre el atractivo de la cantidad. La ecuación vale tanto para el consumo material (en cuyo mundo de distinción prevalece la compra de poco, bueno y duradero sobre la adquisición de mucho, cambiante y vistoso) como rige también para los estilos de vida en general. La casa, el compañero, la pareja, los amigos y la familia adquieren así un supervalor que evoca, en un escenario acomodado, el modelo de amor «hippy» y relajaciones «new age» en un tibio consomé de fin de siglo.

El exterior dista ya de ser la brillante escena de hace unos años. La actividad se ralentiza y sólo humea la fiebre del enrique-

cimiento anterior. El paro vuelve a asomar por todas partes. Y también el desamparo. La nueva recesión sorprende al Estado en una extraña vejez, debilitado y presa de una enfermedad deficitaria que le induce a buscar su salvación echando por la borda parte de los servicios que antes garantizaba. Crecientemente, en el pensamiento real y simbólico, el ciudadano occidental, acostumbrado a la benefactora actuación pública, ve su supervivencia recortada en los suministros materiales y afectivos de su contigüidad y, por si no fuera bastante, una plaga casi bíblica, el SIDA, le obliga a atascar las puertas. Y, finalmente, de modo heterogéneo se encuentra la televisión.

En un tiempo atrás era preciso estar presente en la manifestación, no se debía rehuir la reunión en la protesta ni la asistencia a la feria. Pero hoy basta asomarse a la pantalla para incorporarse a la inauguración de unas Olimpiadas o a la toma de una nueva Bastilla. La vida en casa ha ganado el punto más alto del ciclo que Hirschmann ve oscilar y reproducirse a lo largo de la historia. Casi un 50 por 100 de los hogares está ocupado por una sola persona en las mayores capitales de Occidente.

¿Cada uno es diferente? ¿Cada unidad reproduce a solas el mismo patrón? Todos somos iguales ante la ley, ante la escuela, ante el derecho de admisión pero, a la vez, la divulgación de una misma producción e información social ha provocado un nivel de homogenización asfixiante. En los «mass media», en las propuestas de consumo, en las opciones de ocio, se ha arrasado de tal modo la particularidad que la oferta más apreciada hoy es aquella que, de nuevo, propicia «la personalización» íntima. El coche, el reloj, el local de ocio, los viajes o los estudios personalizados y, sobre todas las cosas, la casa diferenciada y una intimidad vivida de una forma casi heráldica.

A buen seguro que esta clase de intimidad militante o reactiva no se encuentra a resguardo de diferentes peligros. En un capítulo dedicado a la patología de la intimidad, Willy Pasini subraya que una buena relación íntima —una pareja bien avenida, por ejemplo— requiere no sólo una fuerte individualización por parte de cada uno sino también,

a la vez, un equilibrio externo, de uno y otro lado, para hacer coexistir y dialogar las diferentes partes de la personalidad. La observación dista tanto de ser simple como de ser barata. En el recinto íntimo, la invasión del otro es tanto una tentación como, muy pronto, una ruina. «Toda intimidad —dice el autor— exige una autonomía marcada que se obtiene tan sólo gracias a una separación correcta entre realidad externa y realidad interna...» Y aún más: «...entre presente y pasado» (página 87). No sólo, pues, el espacio se incluye entre los requerimientos del equilibrio, sino también los repartos de densidad e historia del tiempo vivido.

Puede afirmarse, en consecuencia, según el discurso de Pasini, que existe idealmente para cada individuo y cada pareja un coeficiente de intimidad óptimo, un grado de sincronía y de complicidad preciso que aun variando para uno u otra nunca deberá incumplir el requisito de mantenerles la independencia.

La imitación, la comunión, la promiscuidad, se citan entre las enfermedades de una relación productiva.

Por estos senderos, el libro cabecea con asiduidad hacia los tópicos manuales de vida sexual sana. Le salva, no obstante, de circunstancias naufragios, su elusión de la beatería laica y su franco acercamiento a los graves problemas que han desencadenado tanto las aportaciones científicas en materia genética como las insuficiencias científicas en plagas como el SIDA. Finalmente, su colofón sobre los orígenes de la intimidad a partir de su colecta de reacciones en fetos humanos es una hermosa evocación más, a despecho de la novedad social, de los tremendos secretos de la biología. □

En el próximo número

Artículos de *Francisco Ayala*, *Vicente Palacio Atard*, *Antonio García Berrio*, *Josep Soler*, *José Campos Ortega* y *Rodrigo Fernández-Carvajal*. *Índice 1992*.

RESUMEN

Los años ochenta llevaron el narcisismo a su culminación y la especulación al arte, al dinero o a la banalidad del pensamiento. Los noventa, opina Vicente Verdú, han nacido más serios, provistos de un semblante más adulto y un atuendo más severo. En este contexto sitúa el libro que comenta, un banco de pruebas de

las teorías sobre el retorno del sujeto, un elogio de la intimidad: para una buena relación íntima se requiere, según una de las tesis del libro, no sólo una fuerte individualización de cada uno de los integrantes, sino también un equilibrio externo para hacer coexistir y dialogar las diferentes partes de la personalidad.

Willy Pasini

Éloge de l'intimité

Ed. Payot, París, 1991. 288 páginas. 125 francos.

El realismo literario

Por Francisco Ayala

Francisco Ayala (Granada, 1906) es autor de una considerable obra como narrador y profesor de Sociología. Vivió muchos años en el exilio (Argentina, Puerto Rico, Estados Unidos), donde impartió clases en diferentes universidades. Académico de la Lengua, es Premio de la Crítica, Premio Nacional de Literatura y Premio Cervantes. Entre sus libros destacan *Los usurpadores*, *El jardín de las delicias* y *Recuerdos y olvidos*.

Es cosa bien sabida: durante el curso de este siglo XX que ya termina, los estudios teóricos acerca de esa singular materia que es la literatura han alcanzado extremos admirables de sutileza, dando lugar con ello a aplicaciones prácticas en el terreno del ejercicio crítico, cuyo refinamiento va más allá de toda ponderación. Ciertamente (e inevitablemente quizá), tal progreso ha debido cumplirse dentro del seno de la comunidad académica, con la vista puesta en los colegas-rivales y escasa o nula atención al amplio mundo de las letras, mero repositorio de donde las diversas escuelas pudieran extraer a su arbitrio aquellos objetos que mejor se prestasen a ilustrar en cada caso particular la tesis por cada cual postulada. Quizá, como digo, fuera inevitable tan enclaustrada endogamia, la dilucidación de cuyas causas requeriría excesiva prolijidad. Sin embargo, destaca entre ellas a primera vista el prurito de ajustar las «investigaciones» de la llamada ciencia de la literatura —análisis especulativos, en verdad— al modelo prestigioso de las ciencias naturales, que venía prevaleciendo desde la época del positivismo. Sea como quiera, un trabajo de elaboración tan ensimismado y absorbente puede haber conducido tal vez a cierta distorsión funcional, en cuanto que segrega la actividad crítica aislándola del público lector, a quien lógicamente debe ir dirigida, para recluirla dentro del estrecho grupo de los especialistas; pero aun con eso y todo, resultan en definitiva altamente meritorios los esfuerzos realizados, y no menos valiosos los frutos rendidos hasta ahora por tan alquitarados estudios.

Del nivel así alcanzado por la ciencia de la literatura ofrece muestra evidentísima un libro reciente, *Teorías del realismo literario*, del catedrático español Darío Villa-

nueva, obra desde este momento indispensable ya, donde, exhaustivamente y con máxima competencia, se elucida el tema que su título enuncia. Yo la he leído con deleite, con aprovechamiento y desde luego con un cuidadoso, apasionado interés, pues ese tema suyo es uno de los que desde hace mucho tiempo han dado pábulo a mis propias preocupaciones y reflexiones de escritor. No menos de treinta y tantos años han pasado, en efecto, desde que, discurriendo a propósito de Galdós, hube de plantearme la tarea de precisar los perfiles del concepto de realismo, este mismo concepto que, tan a fondo y con tanto éxito, se propone el profesor Villanueva fijar en su libro. Arrancando de la famosa «mímesis» aristotélica, se aplica él a repasar y valorar ahí el tratamiento a que hasta la fecha lo habían sometido diversos especialistas; y siendo como es cuestión que, desde aquella tan remota en que me propusiera yo ceñir el concepto de realismo a sus términos históricos, no ha dejado de ocupar mi atención, se comprenderá bien el alborozo con que he acogido este nuevo libro, el celo con que me he abocado a su lectura y el aprecio con que saludo hoy tan esclarecedor escrito. Al margen de sus páginas, quisiera anotar aquí ahora algunas reflexiones mías, quizá ociosas.

Encajar en el molde

Las de aquel entonces estuvieron provocadas por la duda que, al estudiar la novelística galdosiana, despertaba en mi ánimo ese dilatado uso que hicieron del concepto de realismo los escritores españoles —tanto creadores como críticos— de final de siglo. Según suele ocurrir con tantos otros conceptos (que, elaborados a partir de una coyuntura histórico-cultural concreta, son luego abstraídos de ella para, así extrapolados, extenderse a un uso general), al concepto de realismo literario, formulado por la Francia positivista alrededor de 1840 con aplicación inmediata al arte de la novela, se le dio luego una proyección universal, con el doble efecto de hacerlo impreciso y de forzar por lo demás los objetos literarios para encajarlos en su molde. Este abuso —combinado todavía con los prejuicios nacionalistas— resultaba palmario entre nosotros cuando se pretendió hacer del realismo una característica peculiar de la literatura es-

pañola (o castellana) en su conjunto. Si inicié yo aquel añejo escrito mío mostrándome extrañado de que se aplicase el calificado de realistas a los escritores del Barroco, Cervantes o Quevedo, o a poemas como el *Cantar de Mio Cid* y el *Libro de Buen Amor*, era para señalar en seguida la imprecisión de que el concepto de realismo adolecía, aun en su puntual aplicación a Galdós, y medir el alcance de los intentos que se hicieron por diferenciar el pretendido «realismo español» del naturalismo francés.

No es caso, claro está, de volver ahora sobre esto. En su recién publicado libro, el profesor Villanueva perfila muy bien para empezar ese concepto de realismo que él denomina «genético», y que no es otro sino el promulgado en Francia con definitiva plasmación teórica hacia mediados del siglo XIX: realismo que «todo lo fía a la existencia de una realidad unívoca anterior al texto, ante la que sitúa la conciencia perceptiva del autor, escudriñadora de todos sus entresijos mediante una demorada y eficaz observación. Todo ello dará como resultado una reproducción veraz de aquel referente, gracias a la transparencia o adelgazamiento del medio expresivo propio de la literatura, el lenguaje, y a la «sinceridad» del artista» (pág. 32).

En efecto, para los naturalistas —o «realistas genéticos»— ese referente no era nada problemático; para ellos la realidad era cosa evidentísima, no ya en un sentido ingenuo, sino en el sentido de una convicción racional, filosóficamente fundada sobre una metafísica materialista, que en aquella sociedad pensante era asumida a la sazón («creída» por ella, pudiéramos decir, en la acepción orteguiana de unas «ideas» consolidadas ya en «creencias»). La formulación más expresa de esa fundamental creencia materialista se encuentra sin duda en el *Cours de philosophie positive* que Auguste Comte desarrolló en París hacia 1840; y su aplicación doctrinal al terreno de la novela, cuya preceptiva implícita había sido establecida ya por Balzac en el prefacio de 1842 a *La Comédie humaine*, tendría pleno desarrollo polémico en 1880 con *Le Roman expérimental* de Zola, quien —como siempre se recuerda— asimilaba ahí el «método» del novelista al del investigador científico según el modelo de Claude Bernard, afirmando el papel de la novela como especie de sociología apoyada en la antropología naturalista. Aquel estudio mío se esforzaba por mostrar, mediante análisis concretos, cuáles son los elementos que, en la literatura del Barroco español, pudieron dar pie y color al equívoco de considerarla «realista»; pero a estas alturas no valdría la pena ya insistir sobre ello. Mi propósito se ceñía entonces a subrayar la historicidad del concepto de «realismo», vinculándolo a una cosmovisión para la que los objetos todos que nuestros sentidos perciben (incluido, por supuesto, el sujeto receptor mismo) son resultado de una evolución a partir de la materia primaria, y a ella pueden reducirse en último extremo.

Lo que esta metafísica significó en la historia del pensamiento como reacción contra

el credo cristiano (para el que el mundo de nuestra experiencia inmediata era inconsistente, engañoso, y la última, verdadera y más auténtica realidad se encontraría en el mundo de ultratumba), pretendiendo suplantarlo esa fe religiosa por una nueva religión terrenal, la «religion de l'humanité», no hace sino evidenciar la pertenencia del realismo y naturalismo literario a un momento concreto en la historia de nuestra cultura. (Por su parte, el profesor Villanueva no deja de hacer notar cómo, a su vez, para la Grecia de Platón —esto es, para otro momento en la historia de la cultura— la realidad esencial, primaria y básica estaba constituida por las ideas, de modo tal que la llamada mímesis que el arte persigue pudo quizá consistir en la estilización idealista del objeto sensorialmente percibido; lo cual —dicho sea al paso— privaría de sentido a cualquier identificación del realismo con la mímesis, al hacer de ésta un realismo contradictorio, consistente en la representación no de los objetos mismos, las cosas, sino de su prototipo ideal.)

Atenerse a la realidad

Ahora bien, si ha de tenerse por literatura realista aquella que contempla la realidad de las cosas y procura atenerse a ella, captarla y reflejarla, semejante programa nos plantea a nosotros hoy el pavoroso problema metafísico de decidir en qué consiste la realidad misma, problema que —¡felices ellos!— no necesitaban afrontar los hombres de una época en que la ciencia les daba servida una respuesta a plena satisfacción: la realidad «era» la materia en los diversos grados de una evolución cuya etapa más avanzada se había alcanzado en el cerebro especulativo del animal humano. En la medida de mis conocimientos, no sé que la ciencia de nuestros días proponga respuesta alguna a la cuestión metafísica acerca de la esencia de la realidad. Los hombres de nuestro tiempo no tenemos ninguna certidumbre, no abrigamos una «creencia» al respecto. Darío Villanueva lo da a entender así claramente cuando escribe: «Al margen de todo "interpretante" derivado de una determinada ideología cerrada y coherente, ya sea la visión racionalista dieciochesca de la realidad o el materialismo dialéctico, lo que sí es aceptado hoy en día ampliamente es que lo real no consiste en algo ontológicamente sólido y unívoco, sino, por el contrario, en una construcción de conciencia tanto individual como colectiva» (pág. 52), aceptando que «no cabe admitir un universo real preexistente a la actividad de la mente humana y al lenguaje simbólico de que ésta se sirve para, precisamente, crear mundos». De hecho, el materialismo dialéctico vino a avanzar un paso muy importante en esta dirección, por cuanto implicaba ya a la conciencia social en el proceso de configuración de la realidad; pero para llegar a la postura que se hace manifiesta en las citadas palabras, el autor del libro que comentamos ha

En este número

Artículos de

Francisco Ayala	1-2	José Antonio Campos Ortega	8-9
Vicente Palacio Atard	3	R. Fernández-Carvajal	10-11
Antonio García Berrio	4-5	Índice 1992	12
Josep Soler	6-7		

SUMARIO en página 2



Viene de la página anterior



El realismo literario

debido a apelar al pensamiento filosófico de nuestro siglo, apoyándose en Husserl, Heidegger y Wittgenstein; postura ésta que, si se la asume de manera consecuente, debe incluir de lleno a la literatura –y por cierto, en cuanto fenómeno lingüístico, en un puesto muy destacado– dentro del campo mismo de la realidad.

Proyección de la experiencia

En efecto, la realidad, entendida así como el campo de proyección de la experiencia que los miembros de la sociedad comparten, tiene por base la incesante comunicación interhumana dentro de una comunidad de cultura; y claro está que la literatura, cuya materia prima son las palabras, funciona hoy día como factor primordial en esa comunicación. La literatura, digo, entendida en el sentido más amplio, como lenguaje escrito, y dentro de ella la literatura como poesía, cuyos contenidos difieren específicamente de la mera información y vienen a ser elemento importantísimo en la creación imaginativa de nuestra realidad actual. Con apariencia de «boudade», pero no menos verdad que la famosa de Oscar Wilde según la cual «la Naturaleza imita al Arte», pudiéramos afirmar que «la Poesía genera la Realidad»; más aún: que «la Poesía es Realidad». Pues de igual manera que el paisaje (natural) que acaso contemplamos está construido por el ojo de un observador cuya sensibilidad opera a través de cierta tradición pictórica, también la imaginación poética crea objetos, prototipos, actitudes, modos de ver, de sentir y de juzgar que van a incorporarse en la vida práctica a la tradición literaria, prestándole contenidos concretos. Caracterizamos a nuestro prójimo como un quijote o como un donjuán; acaso pretendemos adaptar nuestra persona a la figura y conducta de tal o cual héroe de novela o drama; y en la charla corriente nos expresamos muchas veces, aun sin saberlo o sin darnos cuenta, con frases que nuestros clásicos escribieron hace siglos, de igual manera que las palabras de Shakespeare se oyen y

leen repetidas hasta en anuncios publicitarios de lengua inglesa.

Las obras literarias –actualizadas en el acto de la lectura o evocadas por la memoria–, pues, ellas mismas objetos de la realidad, y no hará falta recordar, por ejemplo, que un cierto libro impreso en 1606 bajo el título de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha* se fingirá leído y comentado por los personajes de otro libro que se publicó diez años más tarde, *El ingenioso caballero Don Quijote de La Mancha*, donde además se informa de que aquél estaba por entonces en todas las manos. Dentro del campo común de la realidad, las fronteras entre la creación imaginaria y las actividades del hacer cotidiano son, por decir lo menos, sumamente fluidas.

Partiendo del concepto vigente de realidad y apelando sobre todo a las enseñanzas de la fenomenología, el autor de *Teorías del realismo literario* escribe páginas admirables sobre el proceso de producción y actualización de la obra literaria, con finísimas disquisiciones encaminadas a perfilar una especie de realismo distinta de las que previamente ha caracterizado bajo los rótulos de «genético» y «formal», y a la que aplicará por su parte el adjetivo de «intencional», aunque no sin haber tomado en cuenta, para responder por la negativa, una pregunta (que mal podría descartarse como meramente provocativa) acerca de si «¿El problema del realismo literario es un pseudoproblema?». Más allá de su interés por los temas relacionados con la técnica literaria, piensa el profesor Villanueva que los textos «inciden sobre la realidad, sobre “nuestra” realidad –y yo subrayo el plural de ese pronombre, con el que la «realidad» es remitida a la esfera de la experiencia común–, para hacer suya enseguida una cita según la cual las formas y recursos del arte se encaminan a lograr una apprehensión cualitativa y sintética de la vida («apprehension of life»). En efecto, también yo creo como él que nuestra realidad consiste en la vida de la comunidad cultural a la que pertenecemos, tal cual la percibimos en la experiencia compartida; pero no acierto, en cambio, a ver qué realidad es la que podría quedar fuera del campo de esa experiencia total, de esa cosmovisión, para justificar el contraste entre una literatura «realista», sea cual fuere el apellido que a este realismo quiera dársele, frente a una supuesta literatura

no-realista, según lo entendía el positivismo. Este, el positivismo, desvaloraba por falsas o no significativas aquellas producciones literarias que se desviaran de una realidad material a la que atribuía sólida consistencia objetiva, y frente a la cual la mente humana –mero y deleznable producto de su evolución– podía extraviarse y desvariar. Pero si la realidad consiste en «nuestra» realidad, y a ella pertenece toda producción literaria, como de un modo implícito –y quizá no tan implícito– deja entender Darío Villanueva cuando afirma que «desde esta perspectiva –la suya– cualquier texto puede ser intencionado realistamente, incluso los de carácter más abiertamente alegórico, simbólico, surreal o incluso fantástico, pues detrás de ese complejo sistema de signos que el texto es hay siempre una referencia, actualizable e intencionable, bien a la realidad mostrenca y aparental, bien a otra profunda, de esencias» (pág. 135), entonces la cuestión de un pretendido realismo intencional nos llevaría más bien al terreno del acierto o desacierto con que se logra o malogra una obra de ficción. «Es en nosotros, sus lectores –se dice (pág. 147)–, donde al apropiárnosla como objeto estético pleno, actualizado, surge el realismo por virtud de esa “epojé no reintegrada” que la fenomenología de Husserl puede justificar con facilidad. Por virtud de esa suspensión del descreimiento que da paso, sin solución de continuidad, al entusiasmo de la epifanía» –advirtiendo en seguida–: «Mas para esa superación del escepticismo de partida es imprescindible que el texto esté dotado de una configuración formalmente lograda»; es decir, según yo lo entiendo: que sea una obra dotada de eficacia artística. En otro caso, de no ser una obra «formalmente

lograda», el efecto de realismo intencional no se produciría. Ahora bien, si *Alicia en el País de las Maravillas* o *La metamorfosis*, de Kafka, son obras realistas, entonces lo contrapuesto al realismo intencional sería no una literatura irrealista, sino simplemente la mala literatura; y así, no parece casualidad que en la conclusión de *Teorías del realismo literario* haga resurgir su autor aquella pregunta acerca de si no será un pseudoproblema el del realismo literario.

Semillero de cuestiones

El libro centra sus digresiones alrededor del género novela, que durante el siglo pasado diera ocasión histórico-cultural a que se formulase el concepto de realismo literario; pero sus páginas son un semillero de cuestiones que hacen estimulante y fecunda en alto grado su lectura. Invita desde luego a reflexionar con cierta amplitud y mayor demora sobre las diversas instancias de lo imaginario que se dan en el lenguaje escrito y, por lo demás, no sólo en el escrito, pues no sólo la ficción literaria de calidad artística persigue un efecto estético; y de otro lado, el lenguaje puede ciertamente alcanzar tal efecto mediante creaciones poéticas que no reclaman suspensión del descreimiento, es decir, que no se nos presentan como ficción. Y también hace pensar el rico tratado que da pretexto a estas líneas en la especificidad del lenguaje como instrumento estético, en posible comparación con la experiencia estética suscitada por otros medios artísticos. Junto a lo mucho que su obra ilustra, no es menos importante lo que también sugiere e incita al lector el espléndido esfuerzo intelectual de Darío Villanueva. □

RESUMEN

El escritor Francisco Ayala es un notable ensayista que ha dedicado muchas páginas a precisar los perfiles del concepto de realismo, que es el tema del que se ocupa el profesor Darío Villanueva y que le sirve a Ayala,

además de para saludar la aparición de esa obra, para anotar en su comentario algunas reflexiones personales, terciando así en la vieja y a veces vidriosa cuestión del realismo en literatura.

Darío Villanueva

Teorías del realismo literario

Instituto de España/Espasa-Calpe, Madrid, 1992. 231 páginas. 750 pesetas.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER

Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

SUMARIO

	Págs.
«El realismo literario», por Francisco Ayala, sobre <i>Teorías del realismo literario</i> , de Darío Villanueva	1-2
«Fantasía y verdad en la muerte de Colón», por Vicente Palacio Atard, sobre <i>Los últimos días de Cristóbal Colón y sus testamentos</i> , de Demetrio Ramos	3
«Escepticismo e hipercriticismo», por Antonio García Berrio, sobre <i>Presencias reales</i> , de George Steiner	4-5
«Viejas formas en un nuevo lenguaje», por Josep Soler, sobre <i>The Twelve-Note Music of Anton Webern</i> , de Kathryn Bailey	6-7
«Historia de una mosca», por José Antonio Campos Ortega, sobre <i>The making of a fly. The genetics of animal design</i> , de Peter A. Lawrence	8-9
«Política y nueva retórica», por Rodrigo Fernández-Carvajal, sobre <i>Retórica de la intransigencia</i> , de Albert O. Hirschman	10-11
Índice 1992	12

Fantasia y verdad en la muerte de Colón

Por Vicente Palacio Atard

Vicente Palacio Atard (Bilbao, 1920) es profesor emérito de la Universidad Complutense de Madrid y miembro de la Academia de Historia. Es autor, entre otras obras, de *Los españoles de la Ilustración*, *La España del siglo XIX*, *Cuadernos bibliográficos de la guerra de España 1936-1939* y *Juan Carlos I y el advenimiento de la democracia*.

Se han escrito y se escriben miles de páginas sobre la patria de Colón y muchas más todavía sobre sus viajes de descubrimiento, especialmente sobre el primero. Contrasta esta exuberancia con la escasa atención que los biógrafos colombinos dedican a sus «últimos días», que no están exentos tampoco de un ropaje legendario. El libro de Demetrio Ramos se propone precisamente el análisis crítico de todos los testimonios que nos quedan de esta última fase de la vida del Almirante, para hacer luz en la penumbra que rodea su muerte, ocurrida en Valladolid en el mes de mayo de 1506, lugar, mes y año indudables, pero sobre cuya fecha exacta surge alguna duda, así como sobre el diagnóstico de su enfermedad y el entorno humano y político en que vivió al final de su vida.

¿En qué fecha exacta murió Colón?

Lo primero que sorprende es la escasa precisión de los datos sobre la muerte de Colón y el poco eco que tuvo aquel suceso en Valladolid. Sin embargo, tiene una explicación si consideramos el ambiente de aquellos días en la villa castellana, polarizada por la agitación de la boda de Fernando el Católico con Germana de Foix y por la inminente llegada de los nuevos reyes de Castilla, Juana y Felipe, con presagios de graves conflictos, ante los que muchos cortesanos se apresuraban a tomar posiciones. En aquella turbulenta situación, el fallecimiento de Colón pasó inadvertido para muchos contemporáneos, incluso amigos suyos como Pedro Mártir de Anglería, cuya noticia conocieron tarde y con imprecisión.

Su hijo Hernando, que le acompañó en sus últimos días, dejó escrito que falleció el 20 de mayo, «día de la Ascensión», y así se ha repetido muchas veces. Pero en esa datación hay un error, porque el día de la Ascensión de 1506 fue «el jueves 21 de mayo». Este error fue advertido por los eruditos hace más de un siglo, y unos optaron por hacer buena la fecha del 20 y otros la del 21 sin ningún argumento probatorio. Fue Fernández Duro quien halló en la Colección Vargas Ponce, de la Real Academia de la Historia, un «Extracto» de los diarios de Rodrigo de Valdesoto, regidor vallisoletano, en que se hacía mención precisa de la muerte de Colón «el miércoles, víspera de la Ascensión, 20 de mayo de 506». Pero ¿la fuerza probatoria del «extracto» es por ella sola incontestable? En realidad, y sobre la datación de la muerte de Colón sólo tenemos dos datos absolutamente ciertos: el testamento fechado el 19 de mayo de aquel año, fecha límite «post quam», y la cédula del rey Fernando dirigida a Ovando, de 2 de junio, en que declara que «el dicho Almirante es fallecido», fecha límite «ante quam», por tanto.

Demetrio Ramos analiza la fiabilidad de las fuentes que se refieren a la enfermedad y muerte del Descubridor, poniendo en evidencia que el breve texto contenido sobre este suceso en la *Historia del Almirante* no fue escrito por su hijo Hernando ni por Las Casas, que añade algo más por su cuenta para completar con alguna versión de origen familiar la brevedad del texto hernandino. Los otros



JOSE ANTONIO ALCAZAR

cronistas (Bernáldez, Fernández de Oviedo), que probablemente recibieron la información del arzobispo Fonseca, también son escuetos en señalar lugar y mes, sin más precisiones. Pero hacia 1535, ante la actitud poco favorable del fiscal Villalobos en los pleitos colombinos y para refutar la duda que Fernández Oviedo establecía sobre la prioridad de los derechos de Colón en Indias, se originó un ensamblaje de textos, como afirmó Rumeu de Armas, que dio lugar a la manipulación de la *Historia del Almirante*, instigada por doña María de Toledo, ya viuda de Diego Colón, y a la que no debió ser ajeno Luis, nieto del Descubridor. Así se rellenan los vacíos con adiciones tan poco verosímiles como las que ponen en boca del Colón moribundo la encomendación del alma que procede de la *Preparatione ad mortem*, de Erasmo, que se publicó en 1534, o de alguno de los seguidores españoles del humanista flamenco.

Regidor celoso

Vuelve el autor al «Extracto» del Diario de Valdesoto, de quien Fernández Duro ignoró o no mencionó la calidad de la persona, y así se explica que no diera todo el valor probatorio del dato que aporta. Pero resulta que Rodrigo de Valdesoto no sólo era regidor «activo y celoso, muy enterado de todo», sino que asistió a todas las sesiones del Cabildo vallisoletano del mes de mayo de 1506, como dio a conocer Agapito Revilla en 1918, junto con otras noticias de su familia, «de mucho peso y prestigio en el Valladolid de la época». Los Valdesoto tenían su casa en la calle Teresa Gil, calle en la que casi seguro se alojó Colón, en casa de don Luis de la Cerda. La precisión del dato de Valdesoto es tanto más estimable si tenemos en cuenta que en otros apuntamientos en que ignora la fecha exacta, la deja en blanco. Por todo ello, Ramos se inclina a calificar el «extracto» como la fuente que se necesitaba, de autor vallisoletano responsable y contemporáneo.

Parece, pues, que con toda seguridad puede fecharse la muerte de Colón el 20 de mayo de 1506, víspera de la Ascensión. Pero, ¿cuál fue su enfermedad postrera? Se ha solido hablar de una depresión psicológica al verse abandonado al regreso de su cuarto viaje, sobre todo tras la muerte de la reina Isabel, y de la afección de la gota. Sin embargo, el propio Las Casas menciona el cordial recibimiento que le dispensó el rey Fernando en Segovia, aceptando el nombre de fray Diego de Deza propuesto por Colón «para que su negocio se determinase», aunque su fraile amigo se desentendió por no ser competente en lo que «tocaba a la hacienda y rentas del Almirante». También dice el dominico que le favorecían el arzobispo de Toledo «y otras personas principales en la Corte». No hay, pues, «las angustias de verse en tanto olvido». Las alternativas de su humor pasaban de la inquietud por el restablecimiento de sus pretendidos derechos, por el desánimo en unos momentos y por la esperanza en otros, como la que alienta cuando sabe la arribada a España de los nuevos reyes. Las cartas que escribe a partir del 21 de noviembre de 1504, sobre todo a su hijo Diego, revelan los síntomas de su humor cambiante, pero también la tenacidad de su carácter, instruyendo sobre las gestiones recuperadoras. También esas cartas y otros documentos se refieren a sus padecimientos físicos. En ellas y en otras refe-

rencias antecedentes se habla de «tullimientos», de torpeza muscular de piernas y manos. ¿Mal de gota? Parece que falta algún síntoma tan típico como la hinchazón y el fuerte dolor del dedo del pie. Demetrio Ramos celebró un seminario con varios catedráticos de Medicina de la Universidad de Valladolid, entre ellos el prestigioso especialista doctor Olegario Ortiz, para examinar la sintomatología que se deduce de todas las fuentes colombinas. Con las cautelas propias por lo incompleto de los datos y la dificultad de aventurar diagnósticos retrospectivos en tales condiciones, y tras descartar una parálisis periférica progresiva, o una miodistrofia de efectos musculares, o un padecimiento del síndrome de Reiter, el doctor Ortiz se inclina por una artritis reumatoide, con el dolor en las articulaciones y su carácter crónico, que afecta más intensamente de día, aliviándose de noche, que es cuando Colón puede escribir con menos molestias.

El último testamento de Colón

Colón dispuso varios testamentos a lo largo de su vida, cuya trayectoria es un reflejo de las preocupaciones terrenales, aunque pensando en la muerte posible. El de 1498 es el del optimismo, cuando vivía una exaltación triunfal al haber obtenido de los reyes la institución del mayorazgo para su hijo Diego, a quien encargaba ir con los reyes, o por sí solo, con todos sus bienes depositados en Génova, a reconquistar Jerusalem. ¿Idealismo mezclado de religiosidad medieval? ¿Configuración de un poder militar y económico independiente, capaz de intentar una aproximación directa al Papa? El de 1502 es el de la prevención defensiva de sus derechos. Insiste en el señorío indiano y su aplicación a la conquista de Jerusalem, que consideraba su misión al servicio de Dios. Poco antes había escrito al Papa una carta en este sentido. En el testamento de Segovia de 1505, en el que creó el segundo mayorazgo para su hijo Hernando, hay una amargura por lo incierto de sus reclamaciones; sin dejar suelta, por cierto, la conexión romana, adonde enviaba a su hermano Bartolomé.

El último testamento, la víspera de su muerte, confirma el de Segovia, pero se renueva la esperanza de lo que su hijo debía lograr. Añade una memoria de «deudas y descargos», algunas a favor de genoveses, que, al enlazar con los documentos judiciales de aquella ciudad, «clarifican» el tema de su patria. Las firmas de los testigos de su séquito, gentes importantes, prueban una vez más ser falsa la imagen del abandono a la hora de su muerte.

Este trabajo de Demetrio Ramos es una buena contribución a esos «últimos días» de la biografía colombina. Incluso el tema del primer enterramiento queda aclarado por el testimonio fehaciente de Valdesoto, quien declara: «enterróse en San Francisco, en la capilla de Luis de la Cerda, en la calajestra (claustra)». En el año colombino de 1992 llega oportuno este libro de depurada crítica documental. []

RESUMEN

Coincidiendo con el final del año conmemorativo del V Centenario del Descubrimiento de América, el historiador Vicente Palacio Atard comenta una obra de otro historiador, Demetrio Ramos, que ahonda en una de las

partes más sombrías de la, en general, bastante oscura y hermética vida de Cristóbal Colón. Demetrio Ramos se ocupa de los días últimos de Colón, subrayando la poca información cierta que se posee del final del Almirante.

Demetrio Ramos

Los últimos días de Cristóbal Colón y sus testamentos

Ministerio de Cultura-V Centenario/Testimonio Cía. Edit., Madrid, 1992. 232 páginas. 150.000 pesetas.

Escepticismo e hipercriticismo

Por Antonio García Berrio

Antonio García Berrio (Albacete, 1940) es catedrático de Teoría de la Literatura de la Universidad Complutense. Desde 1968 desempeñó la misma cátedra en las universidades de Murcia, Málaga y Autónoma de Madrid, habiendo sido profesor visitante en numerosas universidades extranjeras, entre otras: Bolonia, Heidelberg y Harvard. Es autor, entre otros, de los siguientes libros: *Formación de la teoría literaria moderna (1977-1980)*, *Introducción a la poética clasicista (1975-1988)*, y *Teoría de la literatura: la construcción del significado poético (1989)*.

1. Las claves del éxito.—*Presencias reales*, de George Steiner, es un libro de ensayo sobre arte y literatura que ha tenido una extraordinaria y rara divulgación tanto en inglés en 1989 como, entre nosotros, en su versión española de finales de 1991. El análisis del mismo debe tomar en cuenta estos datos de recepción como síntomas muy reveladores que no son, como veremos, absolutamente ajenos o indiferentes a la índole de la obra y a las corrientes de pragmática cultural a las que se acoge.

El contenido se identifica inmediatamente con un debate técnico y actual: la cuestión del significado y su asequibilidad. Como se sabe, se ha producido en los años recientes del postestructuralismo y de la postmodernidad un rebrote de las corrientes relativistas sobre la naturaleza del significado artístico, que ha enfatizado los aspectos diferenciales de variedad presuntamente irreductibles a unidad de sentido en la recepción de los mensajes. Consolidadas las objeciones relativistas, el paso o la pura inercia asociativa hacia la actitud escéptica, negando la fijeza y la asequibilidad comunicativa del significado, era irremediablemente previsible.

Con esas implicaciones técnicamente restrictivas en el tema de la obra, parece en principio extraño, como decíamos antes, el fenómeno de la popularizada divulgación de este ensayo. Lo cual queda, sin embargo, despejado cuando consideramos, en primer lugar, la necesaria implicación en su lectura de toda una masa de nuevo público culto, pero no necesariamente especializado, y en segundo término, el tenor entre animadamente sublime y conceptualmente trivial y divulgativo al que Steiner confía, con éxito comprobado, el desarrollo de su tesis.

El punto de partida se ajusta a la situación actual de la sociología científica y crítica que afecta al interés de los debates sobre la naturaleza y asequibilidad del significado filosófico en general y del de las obras artísticas más en concreto. Tenemos—tienen sobre todo en los Estados Unidos de Norteamérica—una situación cultural caracterizada de entrada por la influencia de un expansivo y polifacético mandarín intelectual universitario. La pasión por lo científico, el prestigio polémico del término sobre todo como panacea excluyente, es un rasgo cultural del ensayismo crítico sobre el arte producido en los círculos que gozan de mayor credibilidad social. Sólo desde la masiva implantación elitista de ese nivel de sutileza argumentativa se puede cuestionar la evidencia del funcionamiento social de la comunicación humana, el cual se basa en la participación intersubjetiva en un sistema bien consensuado de conceptos sobre el poder de la significación.

Steiner ha tratado de sacudir vigorosamente las bambalinas de ese retablo universal de la pedantería académica para despabilar las amenazadas evidencias de la significación artística. En general lo hace con ingenio notable—domina abundantemente la brillantez de las imágenes puntuales—, si bien la trivialidad de fondo del debate contagia y apesa-

dumbra casi en todo momento la fisonomía de su propia andadura polémica, condenándola a resultar bastante ramplona y carente de originalidad en sus contenidos y, con demasiada frecuencia, de un esnobismo superficial en los procesos y formas de la argumentación.

Los ingredientes, por tanto, para un producto cultural de éxito estaban ya servidos en *Presencias reales*: nivel socialmente apasionante y prestigioso de las cuestiones debatidas sobre el significado de lo artístico; legitimidad preferente del acceso más colectivamente natural, inmediato e intuitivo, a la interpretación de las obras de arte; descalificación desde dentro—Steiner se presenta además como fino «scholar»—de la descarriada pedantería de los mandarines universitarios; y tratamiento superficial y ameno de cualquier problema, con recurso no infrecuente a la descalificación chistosa y al valor probatorio de los grandes nombres—Dante, Rembrandt, Hölderlin, Beethoven—meramente evocados, casi siempre, en enumeración contemplativa, sin descender a las demoras, siempre tediosas, de la discusión de pormenor, especialmente técnica.

2. Las razones del acierto.—La tesis central de la obra de Steiner: la accesibilidad razonable al significado estable de las obras artísticas, me parece a mí perfectamente susceptible. Sé que el énfasis de mi adhesión provocará la sorpresa de muchos lectores y tal vez, incluso, la perplejidad de no pocos de los menos familiarizados con el debate especializado de la crítica. Para la mayoría de los destinatarios y gustadores de la obra de arte se trata seguramente de una afirmación elemental y obvia. Aquellos pocos lectores más avanzados en las sutilezas del metalenguaje crítico y de la teoría estética saben, sin embargo, la

rareza y hasta el riesgo, en los ambientes profesionales, de una afirmación de apariencias generales tan paladina.

Para juzgar de todo ello no hay sino partir de la inconfortable situación de principio que confesaba el propio Steiner inmediatamente después de una de sus afirmaciones de la tesis principal sobre la estabilidad del significado: «Sé que esta formulación será inaceptable no sólo para la mayoría de quienes lean un libro como éste, sino también para el clima de pensamiento y sentimiento imperante en nuestra cultura» (pág. 276). En situación parecida, y poco antes que Steiner, declaraba yo a finales de 1988 la misma desapacible sensación de nadar contra corriente en el prefacio de la edición española de mi *Teoría de la Literatura*; y poco tiempo después el propio Umberto Eco se expresaba en términos semejantes en diferentes momentos de su inopinado libro *Los límites de la interpretación*.

En la primera de las tres partes de la obra, donde Steiner despliega ingeniosamente la alegoría de «Una ciudad secundaria», el autor enfrenta a sus lectores con la parodia de sus más frecuentados demonios familiares. En etapas de debilidad creativa crecen las construcciones culturales secundarias, mediadas de bizantinismo y de reflejo manierista; la escritura artística no es referencial y creativa, sino parafrástica e intermediaria. La raíz conductora de ese «imaginario cultural» como sustituto estetizante—y espúreo—de la imaginación directa simbólico-antropológica la he analizado hace tiempo como característica primera de las más representativas formas transvanguardistas de la estética postmoderna.

Con su denuncia de esta pasión de nuestro tiempo y de sus atrevimientos frente al estatuto fundador de lo creativo, Steiner proclama los derechos de Balzac frente a Barthes

y los de Sófocles frente a Freud. La fórmula para esta revuelta del sentido común que Steiner activa no es otra que la de la experiencia receptora del arte, ese tránsito natural desde las clarividencias del autor de la sinfonía o del poema a la cultivada sensibilidad de los espíritus de buen gusto. Un principio absolutamente familiar y hasta cotidiano y doméstico para la inmensa mayoría de los destinatarios del arte, y que sólo es cuestionado o retorcido por la pasión inquisitiva—excesiva a menudo—del especialista profesional.

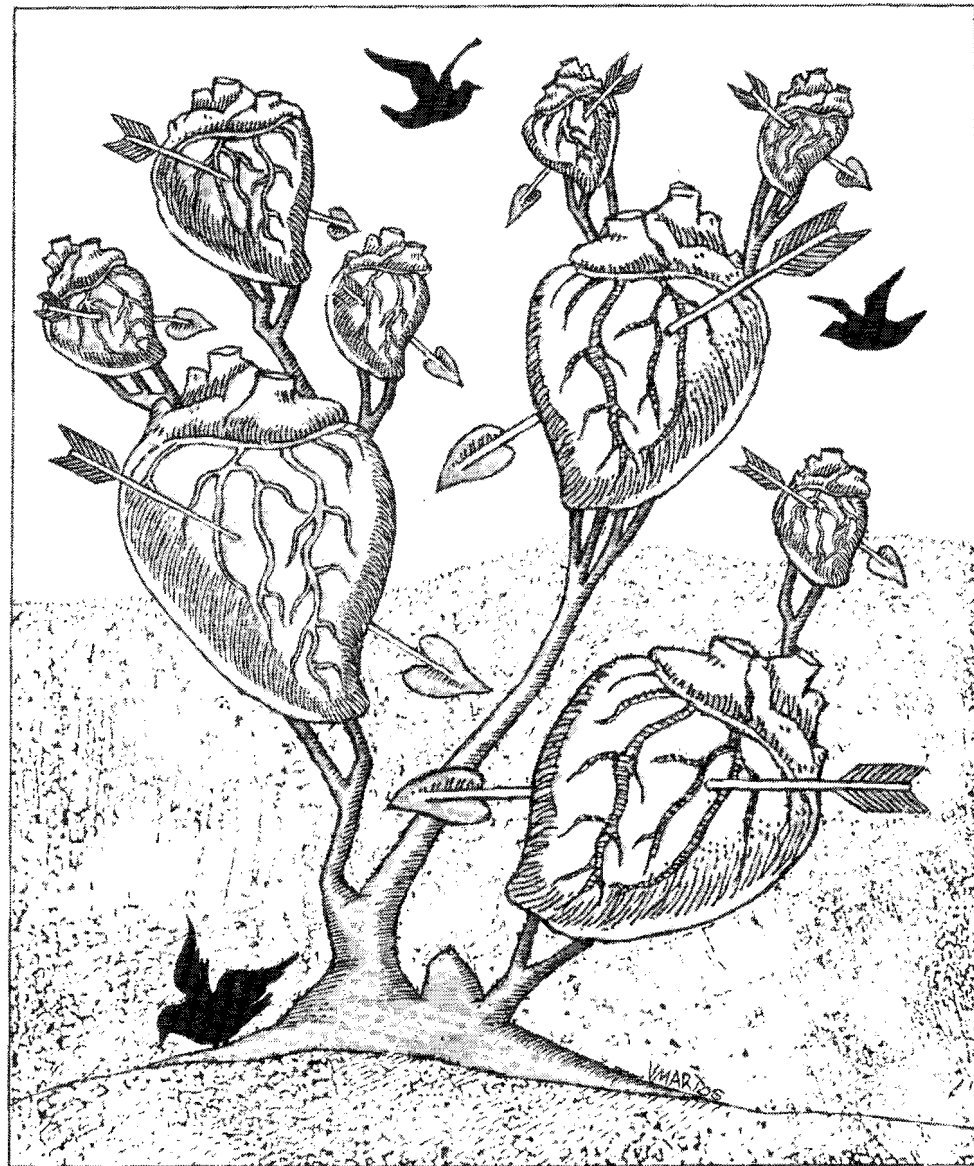
En la confesión de incómoda soledad de la que Steiner partía, concordamos inicialmente con él en todo menos en su desenfadada apreciación de que el clima de sistemático cuestionamiento escéptico sobre el significado—y, a la corta, el valor y los valores—del arte sea lo «imperante en nuestra cultura». Por más fuerte y hostil que pueda ser, o haber sido, la presión de los círculos del prestigio universitario—hoy relativistas y deconstructivamente escépticos como, y los mismos sobre poco más o menos, hace quince años doctrinariamente marxistas—, los universitarios no debemos confundir, como lo hace Steiner, lo dominante en el circuito del profesionalismo académico con lo imperante de la amplia cultura general. Aquí uno está tentado—y Steiner no se priva de ello muchas veces—de contraponer cultura general a barbarie universitaria; pero es mejor seguramente, y más exacto, diferenciar en términos más suaves entre pasión artística y rigorismo científico.

El autor de *Presencias reales* exhibe continuamente—a veces incluso hasta con una innecesaria presión ostentatoria—su refinada pasión cultural convertida en fe de vida, que no oculta—sino muy al contrario—, con una probada ingenuidad de iniciado. A lo largo de las páginas del libro, y sobre todo en las de la primera parte, se destila un inocente determinismo de las «élites» del espíritu. Estas son las que son—parece pensar Steiner—, se componen por siempre de los mismos numerados, y la cultura tiene poco que hacer con que este número casi apocalíptico mejore o crezca.

Por esa vía, la irritación de Steiner con el aumento de la literatura secundaria universitaria—tesis doctorales, trabajos de erudición, artículos críticos, etc.—peca, sin duda, de caricatura excesiva y maniquea. Lo que incordia de nuestra universidad, «americanizada» en los términos que más molestan a Steiner, puede ser a veces la proliferación de tanto espíritu adocenado obligado curricularmente a glosar. Bien, sea; y tal vez no sólo a Steiner eso pueda molestarle: «La producción continuada de obras de exégesis y crítica sobre autores, pintores, escultores y compositores un centenar de veces analizados y clasificados proporciona a toda clase de almas secundarias un placer pasajero, benignas ilusiones de significación y, con suerte, un cierto espacio profesional y unos modestos ingresos» (págs. 36-37).

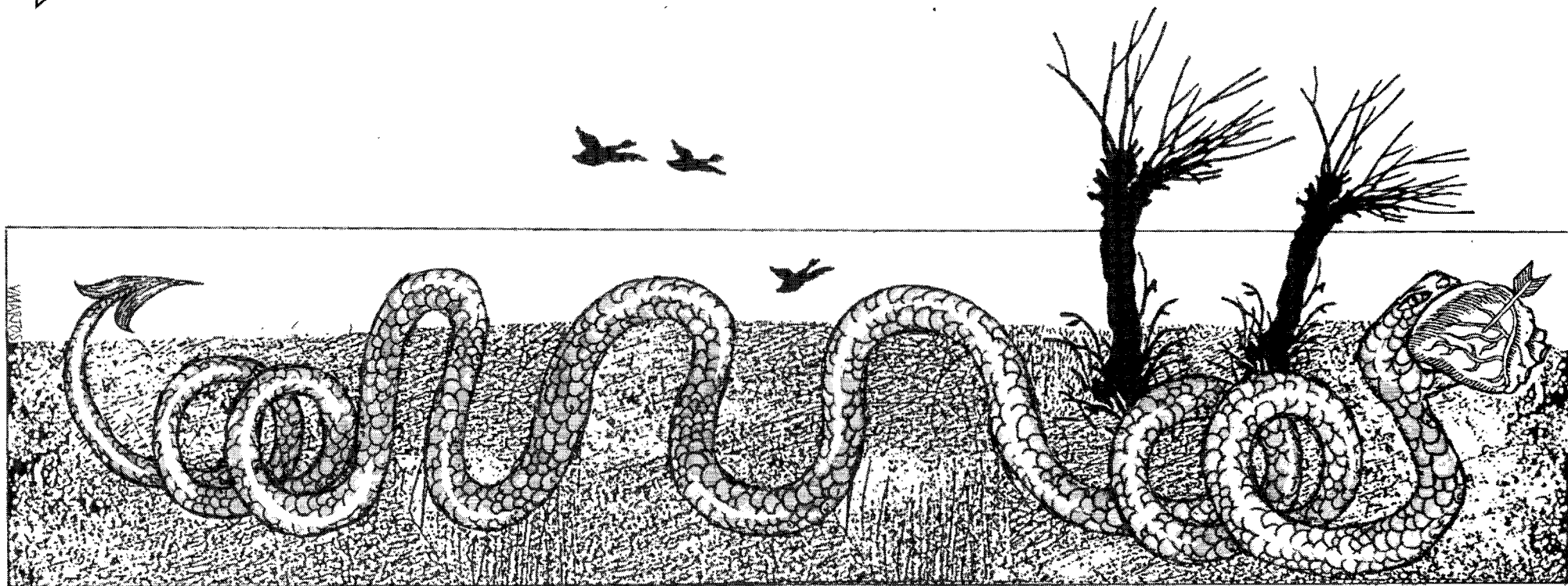
En tesisuras como ésta conviene considerar seriamente que de semejantes modos de masificación educativa que provocan, hasta la simplificación del esperpento, la impaciencia de Steiner, proceden hoy en día las fuerzas principales del momento de mejora cultural más alto que ha conocido, en su conjunto, la sociedad de Occidente. La abadía medieval de Eco y el castillo ilustrado de Mme. de Staël han tenido que abrir sus puertas a las visitas masivas bajo la presión de los impuestos democráticos. ¡Pobre señor Steiner!

3. Sobre el honor de la filología.—Uno de nuestros maestros más longánimes, Fernando Lázaro Carreter, seleccionaba hace años el honor de la filología para celebrar el espíritu penetrante de Leo Spitzer. Steiner invoca tam-



VICTORIA MARTOS

Viene de la página anterior



VICTORIA MARTOS

bién una filología, bastante más elemental que la de Lázaro Carreter y Spitzer, para defender las evidencias del significado. Tal es el hilo conductor —o reconductor— del segundo tercio de este libro, titulado «El contrato roto». En la agonía de los intérpretes más «ansiosos» se ha quebrantado el pacto significativo entre el autor y el lector mediado por la inmutabilidad del texto. La «cortesía» comunicativa del codificador clásico no concita ya lealmente la «cortesía» —el término y el esquema, inoportunísimos, son siempre, como es natural, de Steiner— del intérprete deconstruccionista, empeñado en «diseminar» (Derrida) o «desleer» (Bloom).

A lo largo de estas dilatadas páginas centrales, Steiner bromea y sintetiza alternativamente, se irrita y pontifica por turno, sobre el perverso mal de la teoría aplicada a las artes y sobre el seguro itinerario de una filología que nos introduce, por la ordenada vía de los niveles sucesivos del texto, a la fortaleza de la significación. Por cierto que la identificación por parte de Steiner de «teoría» y «hermenéutica» con los peores frutos de la perversidad académica es constante hasta casi la manía. Doy sólo una muestra para cumplir sin enojar: «Quienes proclaman y aplican a las obras poéticas una «teoría de la crítica», una «hermenéutica teórica», son hoy los señores de la academia y los modelos en el chismorreo de altura en las artes y las letras» (págs. 96-97). Quizá no ha encontrado nunca Steiner, en la tradición más rica de la filología que él invoca, una teoría estilística, o algunos aspectos de la teoría de la sintaxis, o algunas teorías semánticas. El honroso camino de la filología está jalonado desde hace siglos con miliarios teóricos.

Personalmente creo que esta persistente incontinencia de Steiner contra la teoría y lo teórico aplicado a la interpretación del significado de las artes constituye la parte más descontrolada de su alegato, donde no faltan ni mucho menos las páginas de chispeante ingenio y de atractiva expresión de la vivencia artística. Creo que Steiner se equivoca, traicionándose en el fondo, al ceder a un tipo muy determinado de profesores y críticos preocupados por «la resistencia a la teoría» (De Man) el alto privilegio de la reflexión intelectual y analítica —científica, si se puede decir— sobre el significado de las artes. Situándose forzosamente en la vivencia esteticista del misterioso mensaje del arte, Steiner no ha escogido seguramente la peor parte de la relación con la obra de arte; pero yo no puedo estimular seriamente a nadie a renunciar a otras formas de enriquecimiento técnico sobre la conciencia del significado artístico.

Lo que me parece que le sucede a Steiner es que, anegado en las probadas delicias de la evidencia experiencial del arte, no ha actualizado —profesionalmente— los poderes de una poética moderna, fundada en el cruce de la retórica tradicional y las gramáticas formales; o bien que confunde las angosturas

fundacionales del psicoanálisis literario con una mitocrítica actualizada sobre la imaginación literaria. Digo esto no porque dude fundamentalmente de la capacidad de la cultura técnica de Steiner, sino porque me atengo a la debilidad elemental de lo que ostenta en sus programas de afianzamiento filológico de la crítica (ver, por ejemplo, págs. 104-105).

Conste que, a mi juicio, le asiste toda la razón a Steiner para denunciar la desproporción hiper crítica de los relativismos de lectura y para prevenir contra el débil fundamento de experiencia estética y filológica que envalentonó en su día a los profetas más apocalípticos de la deconstrucción crítica. Un reflejo desleído de la panacea democrática americana alienta sin duda en el fondo de todo ello: «La democracia está reñida, fundamentalmente, con lo canónico. Dos impulsos principales dan fuerza al espíritu estadounidense: la inmanencia y el igualitarismo» (pág. 47). Y conste también que son todavía peores, porque tienen más consolidadas consecuencias, las mixtificaciones creativas ensayadas con éxito en el comercio y el mundo pingüe del negocio artístico, a la sombra del relativismo siempre mal pagado de los departamentos universitarios y de las grandes casas de edición.

En lo que no secundaré nunca a Steiner es en igualar en mal, sin más cultura, todo acercamiento teórico al fenómeno del arte con sus modulaciones más ocasionalmente relativistas o deconstructivas. Creo que con ello Steiner obedece menos a una decisión de su fino instinto sensible que al prejuicio generalizado y burdo que se desvive —con innecesaria solicitud prematura— para alertar contra las supuestas lesiones que todo análisis racional y técnico del arte haya de infligir —necesariamente, según esos estetas— a las virtualidades de emoción y de experiencia de las grandes obras artísticas.

La falacia y la elementalidad de tales presupuestos resplandece por sí misma, al igual que, en el campo contrario, la del desafío de aquellas otras actitudes discrepantes de Steiner —y más también—, que pretenden condicionar el juicio estético sobre la superioridad genial de Shakespeare o de Mozart a que el oponente de turno les demuestre, con argumentos geoméricamente irrefutables, todas las razones de necesidad —sin faltar en una, por supuesto— que sustentan esa intuición axiológicamente consensuada. Como si, además y por lo pronto, no pudiera darse el buen señor «sin haber buenos vasallos».

4. Esa oscura presencia.— «Todo arte y literatura de calidad empiezan en la inmanencia. Pero no se detienen ahí... En este sentido exacto y común, la «poiesis» se abre a lo religioso y lo metafísico, y está garantizada, asegurada, por ellos. Las preguntas ¿qué es la poesía, la música, el arte...?, son en última instancia preguntas teológicas» (pág. 275). La teología, por tanto, prolongando la filo-

logía. Tiene razón sin duda Steiner al reclamar esa proyección de la filología como radicalización espiritual de la inmanencia textual, para dar razón de la verdadera —y misteriosa— grandeza trascendental de la obra de arte. Más discutible, o más personal en todo caso, parece el que esa extensión haya de ser precisamente de naturaleza teológica, como no sea en algún entendimiento muy peculiar de lo teológico, tal cual el que parece asumir Steiner.

La trastienda trascendental del lenguaje artístico la componen símbolos y deseos, representaciones imaginarias y productos de la emoción, visión y sentimientos. Y éstos son, pueden ser, de muchos órdenes. Para algunos se emplazan en la explicación teológica del origen; para otros es reflexión inmóvilmente pánica, contraída, ante la muerte. Los hay que otean la cúpula del cielo tan sólo como bóveda infranqueable que define el ámbito exacto de una atmósfera, de un «aire» de todos en el que la delicia culmina en cotidianidad portentosa. A través de la poesía y de la música establecemos nuestras más ceñidas cuentas con el tiempo, como refiere Steiner, y hasta —más en el fondo— con un reconocimiento mítico del existir como esquematismo espacial.

Es responsabilidad y singularidad muy peculiar de Steiner el remontarse a demandar del cielo, según la vieja fórmula de Huarte de San Juan, lo que se puede hallar, más a mano y convincente, en las entrañas signicas del «hombre interior». El discurso de Steiner se domestica —etimológicamente— cuando describe contenidos existencialistas, arranques de la esperanza y del deseo, atisbos de la visión humana sedienta de perennidad en esa expansión espiritual del arte servida en todos los tiempos desde la trascendencia. Por contra, el mensaje de Steiner se enrarece —quiero decir: se torna más restrictivamente incompatible— en las ocasiones en que su reclamación de un espacio terminal para la trascendencia artística se especifica rigurosamente como presencia teológica: «Lo que afirmo es la intuición según la cual donde la presencia de Dios ya no es un peso sostenible y donde su ausencia ya no es un peso sentido y, de hecho, abrumador, ya no pueden alcanzarse ciertas dimensiones del pensamiento y la creatividad» (págs. 277-278).

RESUMEN

El profesor García Berrio, al ocuparse de *Presencias reales*, uno de los ensayos recientes de George Steiner que más éxito ha tenido, lo primero que hace es precisamente intentar explicar el porqué del eco despertado por este

El abandono concordado de la mención de Dios en el arte moderno —tal vez más que en la ciencia— habría sumido el tránsito del tiempo actual en un tedioso sábado sin historia. Entre la pasión del viernes y la gloria del domingo. Es la imagen final del propio Steiner: «El nuestro es el largo día del sábado». Francamente no me atrevo a censurar al autor por este «tomar el santo nombre de Dios»: a él sólo le compete saber si en vano o no. En todo caso, extraña sobre todo en un judío lo demasadamente directo de esta mención. Tal vez lo reclame la urgencia de los tiempos, la impaciencia por este largo sábado de espera de la cultura contemporánea.

Una vez más se reproduce con esto el proceso de nuestra incompleta complicidad con el autor de *Presencias reales*. Creemos con Steiner en el significado, pero respetamos más que él la ayuda de las dificultades abiertas por las aporías de la deconstrucción. Compartimos inicialmente también la validez diferencial del discurso textual artístico, su capacidad de alentar o de frustrar la comunicación del mensaje interesante; pero confiamos su verificación a los poderes de una poética teórica y no a los mecanismos paleorretóricos de una filología complejada en fobia antiteórica. Sensibilidad y ciencia, emoción y explicación —hasta donde quepa—, son al menos absolutamente compatibles, si no es que, como piensan los más fervorosos (Dámaso Alonso), se «conjuran amistosamente».

Para acabar, pensamos como Steiner que la grandiosidad del texto artístico arranca garantizada de su estructura formal en la concreción de su material inmanente; pero se logra y culmina en el espesor infinito de la dimensión trascendental del deseo, del ensueño, de los mitos oscuros en que se despliega la imaginación. Las presencias reales de la razón teológica de Steiner son meramente coyunturas históricas, convención realísima del pasado, razón y fuerza de la etapa social que forjó la ironía del Dante, de Shakespeare o de Cervantes. Yo no me atrevo a saltarme, como Steiner, la regla del Innominado que han impuesto todos los artistas de la nueva edad, desde Joyce hasta Picasso. En todo caso, ése no me parece un paso hacia atrás, sino un salto comprensivo hacia el mito de todos. | |

George Steiner

Presencias reales

Destino, Barcelona, 1991. 290 páginas. 3.300 pesetas.

Viejas formas en un nuevo lenguaje

Por Josep Soler

Josep Soler (Vilafranca del Penedés, 1935) es compositor y escritor. Estudió con René Leibowitz y C. Talabull. Es director del Conservatorio de Badalona y miembro de la Real Academia de Sant Jordi de Barcelona. Desde 1960 viene trabajando en óperas, siendo autor de ocho de ellas, habiéndose representado Edipo y Yocasta en el Liceo en 1984.

El título del libro viene seguido por un subtítulo: «Viejas formas en un nuevo lenguaje»; esto supone una tesis en el autor, positiva o no, pero ya anteriormente debatida, sobre si la adopción de las «viejas» formas dentro de la música, «atonal» primero y dodecafónica después, significó una contradicción irreductible o más bien era un gesto integrador y, en la perspectiva de una larga evolución cultural, absolutamente necesario y definitivo: la «conjunctio oppositorum» se realizaba en esta especie de bodas del cielo y la tierra: todo era unidad. Esta tesis, realmente importante al intentar hacer un análisis de la historia del arte en nuestro siglo, se debate y discute en este libro.

¿Pero son viejas formas aquellas a las que se alude en el libro: sonata, variación, rondó, canon, fuga...? ¿Y es un nuevo lenguaje el que aparece a través de las obras dodecafónicas de Webern, es decir, a partir del *Op. 17* (1924) y hasta su última obra, el *Op. 31* (1943)? ¿O el que sí es nuevo es el «lenguaje» que surgió, a través de las obras y las teorías de Arnold Schönberg, organizándose y codificándose a partir —por decir una fecha más o menos concreta— de los años 20? ¿Y en las obras que éste compuso desde comienzos de siglo y que ya anunciaban, con tanta radicalidad, todo lo que después vendría, tanto en sus conceptos y en sus composiciones como en las obras de sus discípulos, Alban Berg y Anton Webern, o en las de otros compositores fuera de su órbita, como podrían ser Scriabin y Roslavetz, en Rusia, o Ives, en Norteamérica?

Los temas que plantean estas preguntas son enormemente importantes para una mirada crítica sobre la evolución de la música y, en especial, aquella que se escribió desde la segunda mitad del siglo XX; pero hay algo que ahora, a fines de siglo, comienza a ser evidente: la Escuela de Viena, en sí, no fue una revolución, fue un final; final de un ciclo cultural, final de un largo evolucionar en el que la modalidad adoptó las formas tonales y finalmente atonales o dodecafónicas, pero nunca sin dejar de ser un canto, el gran canto que surgió, en Occidente, como embellecimiento de la liturgia en la Iglesia y que, poco a poco, derivó hacia estructuras cada vez más complejas y estrictamente formales para organizar, finalmente, la emoción del enorme y hermosísimo corpus musical del área de Occidente.

Proporciones numéricas

Y en Occidente, el deseo de determinar y fijar la forma es muy fuerte entre sus máximos compositores y les obliga a buscar una ley que les permita expresarse a través de sus imperativos: Debussy, que nos habla de su ansia de «organizar el terror», se estructura a partir de las proporciones numéricas; Schönberg lo hará a través de series de doce notas y sus posibles combinaciones; pero ya Webern, en una conferencia (2 de marzo de 1932; citado por la autora del libro de que ahora hablamos, pág. 418, nota 1), nos advierte: «La serie de doce notas "es" una regla, no un "tema"».

Una «regla»: y esta regla es la que desde los comienzos fue organizando la monodía

e incorporó, «para embellecer el servicio divino», la simultaneidad de diversas melodías y creó el gran arte de la polifonía de Occidente; esta regla significó, asimismo, una continuidad en su larga evolución; nada de ella y en todo su desarrollo orgánico presupone que deba romperse su estructura interna y todo lo que en su interior, como potencial, se halla ínsito para ir evolucionando y potenciar y posibilitar la obra de los compositores del futuro: era «inevitable» que, de la modalidad, surgieran las estructuras polifónicas de Nôtre Dame, y de éstas las del Ars Nova o las complejas y difíciles manipulaciones de los posteriores autores flamencos.

Y así, era asimismo inevitable que surgieran, como espléndido momento y ejemplo, las estructuras para tecla de los «tientos» españoles —desde Cabezón hasta Correa—, y con ellos, por citar uno de los más importantes cauces por los que discurrió la regla, se iba deslizando toda la «información» que se hallaba escondida en la modalidad hasta que Monteverdi la supo organizar como estructura dramática, y Rameau y Bach lo hicieron, finalmente, como estructura estrictamente musical, como organización en la manera de combinar, juntar o enfrentar entre sí las áreas con que, por afinidad, se agrupaban los sonidos; en otras palabras: las evoluciones, atracciones y repulsiones del nuevo —y tan antiguo— mundo de la «tonalidad».

Regla en evolución

Pero ésta no pudo ni podía detenerse, porque la regla que se habían fijado los compositores —los «organistas» (=a organizadores) del siglo de San Luis y todos sus herederos— era una regla siempre en evolución, siempre mostrando, como un inacabable caleidoscopio, sus infinitas facetas de detalle, pero el inevitable avance, lógico y, en cierto aspecto, siempre «el mismo», de su potencial: modo, tonalidad, a-tonalidad, dodecafonismo, mostraba con claridad cómo su cuerpo, visto globalmente y en toda su amplitud, conformaba un ser y una unidad en el que todo era «lo mismo», y ésta se extendía y se extendía a través y a lo largo de una fascinante evolución.

Schönberg, en un texto de 1937 (carta a N. Slonimsky en junio de este año), especifica claramente que, después de muchas tentativas de carácter temático, como en el scherzo de una sinfonía, fragmentos de la cual se utilizaron más tarde para el oratorio *La Escala de Jacob*, una de sus absolutas obras maestras (ca. 1914-1915), llegó a la idea de «... fundar la estructura de la música "conscientemente" a partir de una idea unificadora y que debía engendrar no sólo las ideas de la obra, sino también sus líneas melódicas y sus acordes, sus "armonías"...»: esta idea unificadora comportaba la utilización del total cromático con un orden y unas manipulaciones determinadas y rigiéndose, asimismo, por unas leyes —por una «regla»— determinadas.

Esta «idea unificadora» perseguía a los «organistas» de Occidente desde sus más arcaicas manifestaciones —si así se les puede llamar—: «la persecución de la unidad». Esto es lo que, más o menos conscientemente, impulsó a los autores de «organa» desde el siglo IX al XIII, o lo que llevó a la organización de formas, en extremo refinadas y complejas, en los siguientes siglos, en particular al XIV: cuando Machaut escribe su *Hochetus David*, no sólo eleva a nivel artístico una manera peculiarísima de manejar el material musical —tan semejante al que siglos más tarde usará Webern y, antes que él, Schönberg—, sino que este «hipo», esta destrucción del continuo melódico, entrecortándolo en sus líneas y distribuyendo la desintegración melódica en las distintas voces y en los distintos timbres, pa-

rece que se concibió para ser integrada dentro de un «organum» a tres voces de Perotinus («Alleluia. Nativitas... Virginis Mariae... ex stirpe David...»), y en éste, la pronunciación de la palabra David viene sustituida por un «hipo» de tres instrumentos: pero la «obra» —concebida, seguramente, por motivos estrictamente litúrgicos— posee su propia «forma», sus propias manipulaciones (uso generalizado del isorritmo; intercambios melódicos —«Stimmtausch»—; repeticiones de una línea melódica —«talea»—; repeticiones rítmicas —«color»— que, aplicadas a las «taleae», alteraban completamente la imagen musical pero sin cambiar en absoluto su línea: en este caso, 8 «taleae» y 3 «colores», etc.). Estas son unas de las tantas operaciones y manejos formales y estructurales con las que trabajaba el «compositor» y que, a través de los teóricos, pasaron a los compositores del siglo siguiente, sufrieron las modificaciones que éstos creyeron necesarias por su concepto de la escritura y su momento personal y social, y así prosiguieron su camino: el transporte y la transmisión de la «regla» hasta hoy día (con todas las dificultades y dudas que se quiera: como ejemplo concreto, los teóricos del siglo XIV no estaban de acuerdo sobre cuál era la exacta definición de «color» y «talea» y en cuál de los dos era el ritmo o la línea melódica la que estaba afectada; esto es cierto, pero, a pesar de estas dificultades, los conceptos básicos se mantuvieron y pudieron transmitirse a las siguientes generaciones).

En 1909 se publica, dentro del *Denkmäler der Tonkunst in Österreich*, la segunda parte del *Choralis Constantinus*, de Heinrich Isaac (ca. 1450-1517), que incluye como texto la tesis doctoral de Webern: en él comenta, entre otras cosas, que «... Isaac ha conseguido de modo admirable el ideal de una conducción de las voces de la máxima libertad e independencia. Cada voz posee su propio desarrollo y es una unidad estructural con sentido propio, comprensible vista por separado y datada de una propia vida... independiente, entidad altamente individual... Para conseguirlo, Isaac le dedica todos los artificios del contrapunto...». Webern sigue comentando los artificios que usa Isaac en su obra, cánones a dos, tres y cuatro voces, canon cancrizante, imitaciones, «stretti», etc., y se admira asimismo del conocimiento que Isaac tiene de «la coloración de los varios registros de la voz humana». Pero por encima de todo debemos retener su profundo interés, tan poco frecuente en su época —y menos en la nuestra—, por la música y técnica medievales o del Renacimiento: no sólo con ello se siente integrado y ligado al antiguo saber, sino que, con la adopción de estas y otras técnicas, muy complejas, de los «organistas» medievales o del Ars Nova, seguía patentizando, como lo harán los más grandes músicos de nuestro siglo, que en la base de la música de Occidente, como vertebradora de ésta y sustentadora de su «emoción», seguía y sigue rigiendo el «número» y la combinación de estructuras: la organización consciente del material en objetos que poseen vida propia y son autosuficientes por su propia operación.

Conciencia de la polifonía

El interés de Webern no es único, como es evidente (bastaría señalar los dos enormes corpus de fugas escritos por Hindemith —*Ludus Tonalis*, 1942— y Shostakovich —*24 Preludios y Fugas*, *Op. 87*; 1950-1951— o los notables experimentos en isorritmo de Alban Berg en *Der Wein* o en *Lulu*); en todo caso, es en la obra de Webern (y seguramente en el futuro también se acabarán de descubrir todas las sutilezas del arte de Berg y Schönberg y se podrá decir —confirmar— aquello

que ya Leibowitz había anunciado en 1947 —en *Schönberg et son école*—: en ellos está la conciencia de la polifonía en la música del siglo XX, y sin que esto disminuya el valor y la conciencia polifónica —el sentido de la «regla», con otra expresión y concepto— que se halla en los otros grandes nombres de nuestro tiempo: Debussy, Strauss y Mahler), es en la obra de Webern donde las complejidades y difíciles operaciones de la «regla» se manifiestan en mayor grado y de forma más sutil y fascinante como resultado.

El 4 de septiembre de 1942, Webern escribe a Willi Reich (ob. cit., pág. 133) refiriéndose al sexto movimiento de su *Segunda Cantata*, *Op. 31* (1943): «... la segunda voz —contralto— canta los sonidos ("Töne") de la primera —tenor—, pero en movimiento retrogradado; la tercera —soprano— presenta la inversión de la segunda, y la cuarta voz —el bajo— es la inversión de la primera y, al mismo tiempo, es recurrente, retrogradado, de la tercera. Aquí hay un doble entrecruzamiento entre uno y cuatro, así como entre dos y tres (relación de inversión de los intervalos), y también entre uno y dos, así como tres y cuatro (movimiento por retrogradación)...». ¿Qué complejo se nos aparece todo esto y cuán lejos estamos, en la audición, de poder comprender o descubrir alguna de estas operaciones! Y, con todo, allí están y cumplen su función organizadora, tal como sucede con la gran cantidad de «formas» que Berg usa en *Wozzeck* y en *Lulu* y de las que, arrastrados por la enorme fuerza dramática de su música —e incluso intentando oír la fríamente—, jamás nos percatamos de ellas.

Webern escribe a Hildegard Jone, el 25 de julio de 1942, hablándole de su *Op. 31*; refiriéndose al quinto movimiento le explica que «... aquello que antes ya hemos escuchado, ahora se repite por movimiento recurrente (cancrizante)». Se «repite»: «Todas las formas son semejantes, pero ninguna es igual a otra»; y así, el coro accede a una ley secreta, a un sacro misterio! Webern sigue diciendo en su carta: «Ya conoces este texto de Goethe...», indicando que pertenece a *La Metamorfosis (de las plantas)*, elegía que éste escribió en su juventud en 1790 (como apéndice de su *Versuch, die Metamorphosen der Pflanzen*), y que se incluye en el volumen 17 de las *Sämtliche Werke*, págs. 90 y ss., líneas 5 y ss. (Zurich, 1977); la autora del libro que nos ocupa cita estos textos en la página 130 y observa que Webern «obviamente los tenía que encontrar fascinantes» (nota 59, página 427).

Principio serial

Por otra parte, otra alusión a Goethe, en carta a Willi Reich —del 23 de agosto de 1941—, nos dice (hablando de las plantas —texto que se supone procede de las citadas *Metamorfosis*): «... entonces, con este modelo y la llave adjunta (... "und dem Schlüssel dazu"), se pueden todavía idear, formar, encontrar ("erfinden") plantas hasta el infinito... la misma ley se puede aplicar a todos los otros seres vivientes». Y Webern continúa: «¿No es esto, acaso, el sentido más profundo de nuestro principio serial ("Reihengesetztes")?».

Pero unas líneas antes, en un texto esencial, ha escrito: «... He leído en Platón que "nomos" (regla, ley, "Gesetz") significa asimismo "modo" (melodía, "Weise" que, como "modo de ser" —"Wesen"— indica, quizá, que el modo de ser de la regla es el modo de ser de la "melodía"); la melodía que canta la soprano solista como introducción —recitativo— (en el *Op. 31*, movimiento IV) podría ser la regla ("Gesetz, Nomos") para todas aque-



Viene de la página anterior



llas cosas que siguen...»; y el 31 de julio de 1942, aunque casi un año más tarde, continúa: «... he concluido otro fragmento... es un aria para soprano, coro y orquesta (*Op. 31*, movimiento V), *Freundselig ist das Wort*: una voz, la soprano, formula la ley... ¡Así sucedió siempre en la música de los maestros!... En mi caso, ¡nada sucede que no esté preestablecido en esta melodía! Esta es la regla, es decir, realmente, el "nomos"».

«Todas las cosas son semejantes, pero ninguna es igual a otra... Con el "modelo" y la llave que permita operarlo se pueden formar plantas -objetos artísticos- hasta el infinito: la misma ley se puede aplicar a todo el resto de los seres vivientes»: la «regla» es, asimismo, modo de ser de la «melodía», de la obra de arte. Y en la carta del 31 de julio advierte que, en su caso particular, tan directa y fuertemente influido por las músicas medievales y renacentistas, el «nomos» es la ley, pero es una ley canónica; es decir, con una base asentada casi toda en la forma del «canon».

Por otra parte, Webern emplea en sus obras la técnica serial, e insistiendo en ello sigue diciendo: «... la serie representa, en sí misma, una ley ("Gesetz"); pero no por ello tiene que convertirse en melodía ("Weise"); el hecho de que, en mi caso particular, realmente lo sea, concede a la serie un significado muy destacado, situándola en un plano más elevado, parecido al de las melodías corales en las elaboraciones de Bach...».

En abril de 1943 comenzó el segundo movimiento, terminándolo en julio del mismo año; el 3 de noviembre de 1943 acababa la obra: ¡dos años y medio! para componer una cantata que, en carta a Willi Reich, en febrero de 1944, le dice tiene una duración de media hora (en la partitura editada se indican 16 minutos; 10,30 en la antigua grabación de Robert Craft -1956- y 13,54 en la más reciente de Boulez -1969-, por citar las más importantes).

Viejas formas

Las «viejas formas» nunca dejaron de estar vigentes de una u otra manera, y si envuelven prácticamente toda la obra de Bach y surgen con enorme fuerza hacia el final de la vida de Mozart, también están presentes a finales de siglo en manos de Bruckner o, anteriormente, en Wagner: en el período de entreguerras aparecen en todas las operaciones canónicas en las que, casi en exclusiva, se entrega Webern en sus obras dodecafónicas, surgen en tantas y tantas obras de Schönberg o, más tarde, en las manipulaciones rítmicas y canónicas de Stravinsky -espléndido ejemplo, en la *Elegía Tertia* de sus *Threni* (1958)- y aparecen, asimismo, en la violencia dramática de *Lulu* acompañando a su irreal protagonista en su pasión y muerte con la insistente pulsación del isorritmo o la complejidad del canon; y, de una manera más o menos discreta, pero siempre presente, las viejas formas medievales surgen asimismo, afloran a través de la carne y el torrente sangrante de las grandes obras que escriben, ya Debussy en Francia (con los coros maravillosos de *El Martirio de San Sebastián*), ya los vieneses en Centroeuropa.

Webern pudo asistir en Viena, el 11 de abril de 1929, en la Wiener Burgkapelle, al «reestreno», después de setecientos años, del gran organum *Sederunt Principes*, transcrito por los cuidados de Rudolf Ficker y editado, al siguiente año, por la Universal vienesa; caso de haber estado allí y conocer la partitura, cosa más que probable, ¿qué debió pensar ante aquel inmenso monumento de Perotinus en el que, «conscientemente», con una escritura de un rigor matemático, la idea unificadora se aplicaba al total de ésta, «serializan-

do», si así puede decirse, todos sus parámetros, incluido también, nos atreveríamos a decir, el espasmo emocional que ha llevado al «organista» a estructurar esta «obra» de manera que el devenir sonoro, como forma, siempre es semejante, aunque ningún «compás» es igual a otro? ¿Pudo quedarse deslumbrado por las sutiles gradaciones de color, en el cambio de las vocales sobre las que los solistas cantan las voces organales, siempre diferentes por las diferentes tesituras en las que éstas se mueven? ¿O el continuo en que se desliza, como un río majestuoso, el canto de las voces, en el que sólo la articulación musical o del texto permite hacer una pausa o introducir un silencio?

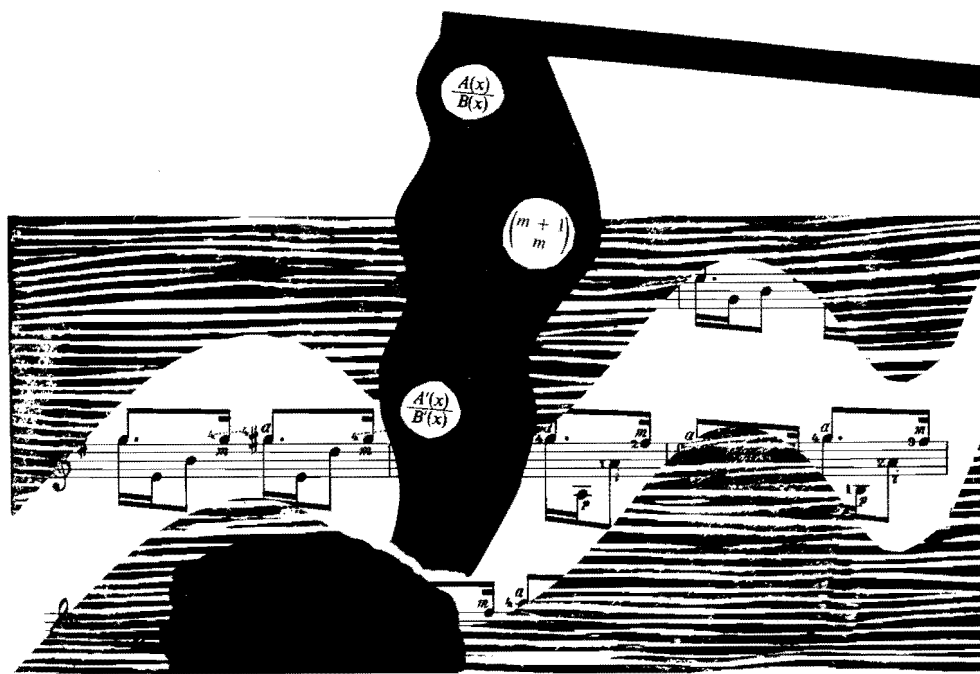
A él, que parecía tan fascinado por las tramas delgadas, sutiles, casi quebradizas, pudo enseñarle que el «silencio» no está en la alternancia de sonidos y pausas o deteniendo la sucesión de sonidos, sino en la operación interior de la música, en el recogerse hacia adentro, callando pero, aunque sea paradójico, «balbuceando» como el profeta, con palabras inconexas.

Es notable, precisamente, que este músico, al que se le considera como si sólo hubiese escrito casi exclusivamente silencios, en realidad concibe obras en las que el sonido, el continuo del material sonoro, débil o muy agitado, suavísimo o muy dulce, delgado y frágil o grueso, eso no importa, nunca deja de fluir y sonar: en la *Cantata* de la que antes hablamos «siempre» suena música, el flujo sonoro nunca se detiene (aunque existan pausas que necesariamente deben aparecer con el fraseo usual, que implica tomas de aliento, el remarcar los finales de frase, períodos, «suspiros»: palabra ésta que surge con cierta frecuencia en la música de la Escuela de Viena: «wie ein Hauch», escribe Schönberg en el último compás de sus piezas para piano, *Op. 19*, etc.).

Algo diferente sucede en la segunda y la sexta de estas piezas para piano; la dialéctica con el silencio, el integrar a éste como partícipe del espacio musical, está considerado desde otro ángulo: el silencio, aquí, es expresivo, es el costado negativo, el «otro» aspecto del sonido. Con todo, la necesidad, o el temor, de que el espacio quede demasiado pleno o saturado de sonidos, o el miedo de que el vacío sea «demasiado» atemorizante, obliga a estos compositores a llenar de música el continuo: así lo hará Schönberg en la tercera e inacabada pieza para orquesta de cámara (1910) -iniciadora, seguramente, del tipo de escritura weberniano-, en la que el acorde tenido del armonium, «en su registro más dulce», no cesa en todo el fragmento escrito; en los *Altenberg Lieder*, *Op. 4* (1912), de Alban Berg, jamás cesa el flujo de sonidos; ni una sola pausa en toda la obra (el acorde pedal de armonium surge nuevamente en los seis últimos compases de la primera canción); el cuarto lied incluye, como conclusión -después de que el canto haya finalizado-, dos corcheas que cierran el compás.

Dialéctica del silencio

En Webern, tomando al azar una de sus obras, el *Trío de cuerdas*, *Op. 20* (1927), no encontramos, en ninguno de sus dos movimientos, una dialéctica del silencio: hasta llegar al último sonido de la obra -el «pizz. pianísimo» de la viola que cierra a ésta-, los tres instrumentos no cesan en su fulgurante y casi despiadado percutir; la autora del libro que nos lleva a estas consideraciones nos dice que «...es una de sus obras más difíciles de poder seguir (como forma)...» (págs. 155-163), y seguramente sea así, pero lo importante es constatar que su «necesidad interior» le lleva a Webern a escribir casi un «perpetuum mobile» en el que el material musical parece casi



G. MERINO

imposible de dominar: semejante a una explosión incontrolable, la música -a pesar de la paradoja de su férreo control- no cesa jamás en su violencia dinámica y su feroz agresividad; el silencio le parece algo extraño a su manera de ser.

En la obra de Webern, a la que el libro que comentamos nos introduce con notable acierto y discusión no siempre fácil, más que el silencio -como hermano negativo del sonido, como contraposición de éste- detectamos una de las últimas manifestaciones en Occidente de cómo saber organizar y operar la «regla», la «ley»: y esta organización le lleva, como a tantos otros, ahora y antaño, a un verdadero vértigo de manipulaciones, casi de alquimias, pero siempre ordenando y estructurando los sonidos y el espacio ideal en que éstos se nos manifiestan y siempre con el temor, que imaginamos, de que el sonido se detenga, que el silencio pueda llegar a ser más importante que aquello que suena.

Estas operaciones, en la Escuela de Viena, llegan al extremo -no en Webern, que sepamos, sino en Schönberg- de hacer oír el tiempo hacia atrás, de escribir y hacer tocar una música que antes ya hemos oído, pero que ahora se nos presenta, a la audición, comenzando por su final y acabando por sus comienzos; ya Machaut había concebido tan extraordinaria idea en el «rondeaux», *Ma fin est mon commencement*, y Schönberg en la canción 18 -*Der Mondfleck*- del *Pierrot Lunaire*, así como Hindemith en la tercera fuga del *Ludus Tonalis*, escribieron músicas que usan de tan extraño efecto: a la mitad de la obra, la música parece volver sobre sí misma y se retrograda sonando hacia atrás, llegando así hasta su comienzo, que podría continuar sonando, si se repite la operación, sin detenerse jamás ni jamás poder hallar su final definitivo a menos que, por un determinado artificio, la obliquemos a concluir.

Caso aún más extraordinario sería el de Berg, que aquí no podemos analizar en toda su complejidad, pero que llega a retrogradar no ya un fragmento instrumental de su *Suite Lírica*, sino todo un comentario sinfónico a una acción dramática en el segundo acto de *Lulu*: ¿cómo puede el músico empujar el tiempo hacia atrás e invertir el suceso dramático, aunque sea únicamente en su valor musical, para describir unos acontecimientos que, en su valor real, duraron varios días y

que aquí, al ser referidos por la música, ésta llega al extremo de retrotraerse e invertir el curso de su descripción?

En otra carta a Willi Reich (24 de febrero de 1944), Webern le escribe: «... según Hölderlin, vivir significa defender una "forma" ("eine 'Form'")», y expresa su admiración por este poeta que «le interesa muy intensamente»; su comentario prosigue: «... imagina qué impresión me produjo leer, en los comentarios de Hölderlin a su traducción del *Edipo* de Sófocles, este texto: «... comparadas con las obras de los griegos, a muchas de las actuales les falta la firmeza» (lit.: -poder sufrir- la prueba de su resistencia: «Zuverlässigkeit»); por lo menos, hasta ahora, han sido juzgadas más por la impresión que producen que no en base al cálculo de las leyes internas ("gesetzlichen Kalkül") por medio de las cuales se produce la belleza»; la forma, la «ley», se manifiesta en infinitos modos y sale al encuentro del artista en las expresiones más diversas: la manera como éstas puedan ser consideradas o sentidas por el compositor, en este caso, son innumerables e incluso desconcertantes: en la página 243 de su libro, la autora nos cita, procedente del cuaderno de sketches de Webern (pág. 54; equivale a la lámina XII, procedente del primer volumen de sketches del compositor, publicado en *Webern. Sketches. 1926-1945*, New York, 1968), el sentimiento, las imágenes o las visiones de paisajes que surgían en la mente del compositor al iniciar una obra -en este caso, el *Cuarteto Op. 22* (1928-1930)- y cómo éstas determinaban su composición: así el tema principal I -del segundo tiempo de la obra-, para Webern es «la frescura del aire de comienzos de la primavera, primeras flores, anémonas... flores de Pascua...»: un II tema secundario viene definido por «repetición del primer tema secundario: esfera de las rosas alpinas»; el tema IV y la coda: «Mirada a las más altas regiones». Willi Reich nos comenta, en el epílogo de su edición de los escritos de Webern, que el segundo movimiento de su *Cuarteto* está formalmente construido según el esquema del scherzo de la *Sonata*, *Op. 14*, n.º 2, de Beethoven; así, imagen y estructura se mezclan, conviven y se fecundan mutuamente en la imaginación del artista y dan paso a la presencia de la «regla» que, desde siempre, articula y organiza el material artístico. []

RESUMEN

La obra de Webern, como la de sus dos compañeros en la Escuela de Viena, es un caso único en el rigor y el elevado impulso ético que los guía: el libro de Kathryn Bailey, con todo su árido e inevitable tecnicismo, escribe

Josep Soler, nos introduce con mano segura en los más complejos y profundos análisis de la obra weberniana, es decir, en uno de los más fascinantes aspectos de la esencia de su música.

Kathryn Bailey

The Twelve-Note Music of Anton Webern

Cambridge University Press, Cambridge, 1991. 462 páginas.

Historia de una mosca

Por José Antonio Campos Ortega

José Antonio Campos Ortega (Valencia, 1940) es doctor en Medicina por las universidades de Valencia y Göttingen (Alemania); ha sido profesor extraordinario de Neurobiología de la Universidad de Freiburg y, desde 1982, es profesor ordinario de Biología del Desarrollo y director del Institut für Entwicklungsphysiologie de la Universidad de Colonia. Es académico correspondiente extranjero de la Real Academia de Ciencias.

Aristóteles fue uno de los primeros, o quizá el primero, que escribió algo sensato sobre uno de los problemas más interesantes de la Biología: ¿cómo se desarrolla un animal a partir de un huevo? Al menos, el filósofo estagirita parece haber sido el primero cuyos escritos sobre el tema han perdurado hasta nuestros días. Además, Aristóteles escribió realmente mucho y bueno sobre ese tema: véase, por ejemplo, su obra *De generatione animalium*, en la que el gran pensador y observador griego presentó lo que él, basado en los resultados de sus múltiples observaciones y reflexiones sobre el desarrollo de una gran variedad de animales, sabía del problema. En esa obra Aristóteles describió muchas cosas. Sin embargo, lo que a nosotros nos interesa en este momento es sólo su opinión sobre el origen y las causas del desarrollo ontogénico. ¿Cuál es el mecanismo de la concepción? ¿Qué es lo que los padres transmiten a su descendencia? ¿Por qué de algunos huevos se desarrollan animales y de otros no? Los griegos creían en los tiempos de Aristóteles que cada una de las partes específicas del cuerpo contribuye con un elemento particular a la formación del semen, permitiendo de ese modo la transmisión de los caracteres propios de la especie de una generación a la siguiente —lo que siglos después fue llamado «teoría de la pangénesis». Aristóteles, por buenas razones que no vienen a cuento en este momento, arguyó contra la teoría de la pangénesis, concluyendo con extraordinaria clarividencia que los padres no transmiten estructuras determinadas a la prole, sino antes bien la información necesaria para que su desarrollo se lleve a cabo. Aristóteles puede ser, por tanto, considerado como el fundador de la moderna Genética. Más en broma que en serio, Max Delbrück, uno de los biólogos modernos de mayor impacto, y el fundador de la escuela informacional de la Biología Molecular, afirmó que nuestro filósofo descubrió el ácido desoxirribonucleico (ADN), en el que se encuentra codificada la información genética.

Formación del embrión

Aristóteles había observado que, mientras algunos animales se desarrollan a partir

de huevos, en otros animales, como los mamíferos, cuyos huevos no eran visibles para él, el desarrollo comienza luego de que «algo» existente en el semen de los machos se une a otro «algo» que el estagirita creía presente en la sangre menstrual de las hembras. Ese «algo» paterno es la información, a la que me he referido más arriba, necesaria para dar vida y forma a las sustancias nutritivas, necesarias para la formación del embrión que, de acuerdo a Aristóteles, están presentes en la sangre menstrual. Aristóteles ha sido acusado de sexismo por haber opinado que el semen del macho contiene la fuerza formadora y vivificadora (la parte noble) de materiales (la parte menos noble) proporcionados por la hembra. Sexista o no, el extraordinario mérito de Aristóteles estriba en haber puesto de manifiesto que la génesis de un individuo depende de la información contenida en lo que nosotros hoy llamamos sus genes. Es decir, Aristóteles se refirió a dos problemas fundamentales de la Biología: al desarrollo de un animal y a la transmisión de sus caracteres hereditarios. Paulatinamente, durante la segunda mitad del siglo XIX, y de forma tumultuosa y arrolladora durante la primera mitad del XX, la Genética iba a desarrollarse como rama independiente de la Biología para estudiar ese gran problema aristotélico de qué es lo que los padres pasan a sus hijos y cómo lo hacen. Sin embargo, durante mucho tiempo la Genética se mantuvo separada, y muy alejada, del otro problema aristotélico: entender cómo las fuerzas seminíferas dan forma a la materia menstrual; en nuestras palabras, cómo la información genética se traduce en el desarrollo ontogénico.

Preformación o epigénesis

Aún hay otro punto a resaltar en lo que Aristóteles escribió sobre la concepción y el desarrollo y que es de gran interés para la discusión que sigue más abajo. El producto de la unión de esos dos «algos» presentes en el semen y en la sangre menstrual se convertirá en un tercer «algo», el embrión. Y aquí se plantea una de las cuestiones más larga y apasionadamente debatidas de la historia de la Biología: preformación o epigénesis. ¿Contienen el semen o la sangre menstrual (el espermio y el óvulo) una copia del organismo adulto? En este caso, la ontogenia no sería más que el crecimiento simultáneo de todas las partes del embrión a partir de un esbozo embrionario presente en las sustancias formadoras de la sangre menstrual o del huevo. O, antes bien, ¿se desarrolla el organismo de formas no preexistentes en el huevo? Ya hemos visto más arriba que para Aristóteles el semen portaba la información necesaria para formar los materiales de la sangre menstrual. Considerando el proceso

de transformación de esas sustancias de la sangre menstrual en las sustancias vivientes del cuerpo animal, y habiendo visto que algunos órganos se desarrollan antes que otros (por ejemplo, el corazón antes que los pulmones), nuestro filósofo se declaró con muy buen sentido decidido partidario de un desarrollo epigenético de los animales.

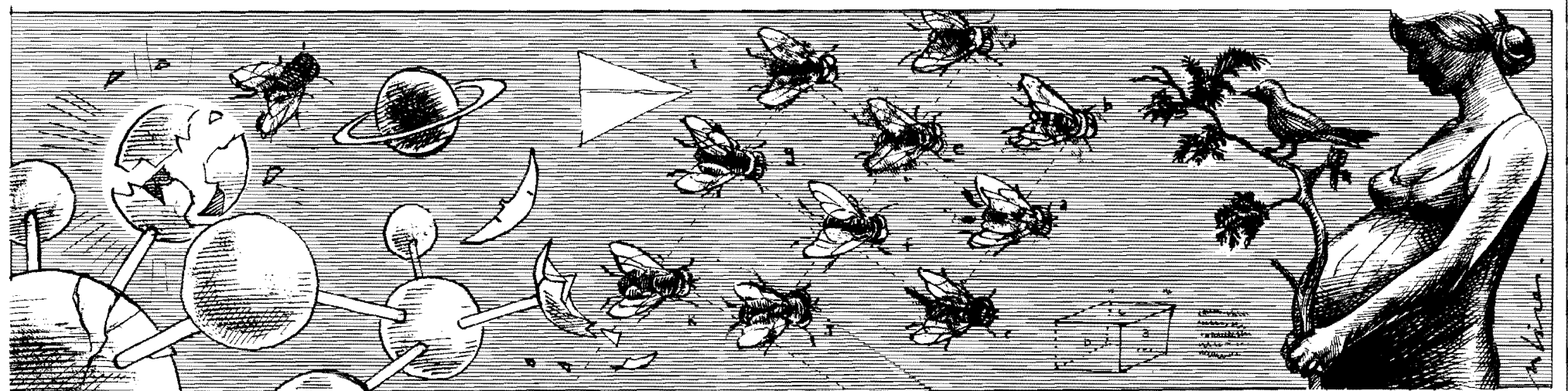
La cuestión sobre preformación o epigénesis, planteada en aquellos tiempos, no iba a encontrar solución satisfactoria hasta mucho más tarde; realmente no la iba a encontrar hasta nuestros días. En el siglo XVII, otro gran científico, William Harvey, quien descubriera el circuito mayor de la circulación sanguínea usando una lente de aumento para sus estudios, llegó a afirmar «ex ovo omnia» (pese a seguir creyendo en la generación espontánea de algunos animales); y, en la mejor tradición aristotélica, se proclamó partidario de un desarrollo epigenético de los embriones. No obstante lo cual, cuando en el mismo siglo XVII los científicos inventaron, y construyeron, microscopios compuestos lo suficientemente elaborados para descubrir espermios y huevos en todos los animales, las ideas preformacionistas adquirieron una vez más gran pujanza. Los llamados «animalculistas» («espermistas» u «ovistas») mantenían la existencia de un homúnculo preformado, sea en el espermio o en el óvulo, que ellos creían haber visto en las células reproductoras y que no tenía más que crecer para dar lugar al individuo adulto. Para el hombre moderno es evidente que tanto la madre como el padre contribuyen a la formación de un nuevo individuo. Sin embargo, ello no ha sido tan evidente en el pasado, al menos hasta finales del siglo XVIII, y los científicos pensaban que o bien los espermios o bien los óvulos contenían un embrión en miniatura. Uno de los ovistas (C. Bonnet) pensaba que los ovarios de la primera mujer, la Eva bíblica, contenían los homúnculos de todos los individuos del género humano que iban a desarrollarse a partir de la primera mujer (la llamada teoría del «emboitement»), como una de esas muñecas rusas engranadas unas en otras. La sinrazón de una idea tal se puso de manifiesto cuando alguien calculó qué tamaño debieran haber tenido los ovarios de Eva para dar cabida a toda la Humanidad, aun miniaturizada: si bien el número de generaciones y de individuos del género humano era tenido entonces por mucho más bajo de lo que en realidad la Paleontología nos permite calcular hoy en día, los ovarios de Eva tendrían que haber alcanzado un tamaño descomunal. La fase más apasionada del debate sobre epigénesis o preformación terminó a favor de los epigenetistas gracias a los trabajos de C. F. Wolff, pero la cuestión sobre cuánto del embrión preexiste en el huevo iba a prevalecer todavía por mucho tiempo y nos ha de ocupar algo más abajo cuando veamos que los ovistas, si bien sí en

la forma, no carecían en el fondo completamente de razón.

La ocupación de Aristóteles, y de todos sus epígonos ulteriores, con el desarrollo ontogénico es manifestación del interés que ese proceso ha despertado en el ser humano desde que éste alcanzó el desarrollo intelectual necesario para plantearse la pregunta sobre su propio origen. Por supuesto que nuestro interés por el desarrollo ha tomado formas más específicas que en el pasado y que nuestra ocupación con la ontogenia presenta facetas múltiples de existencia completamente desconocida para nuestros antecesores. Pero los problemas fundamentales persisten de forma similar a como los planteara Aristóteles. El animal en desarrollo nos presenta dos grandes problemas que se estudian en el marco de una disciplina especial, llamada Biología del Desarrollo. Esos problemas son, por un lado, averiguar los mecanismos que permiten, a partir de una única célula, el huevo fecundado, la diferenciación de la multitud de tipos celulares existentes en cualquier animal, esto es, el origen de la diversidad celular; y, por otro lado, averiguar cómo esas células se reúnen para formar órganos y tejidos capaces de llevar a cabo las funciones necesarias y adecuadas a cada especie animal, esto es, la formación de patrones morfológicos celulares. Ambas preguntas incluyen, por supuesto, la pregunta: ¿cuánto hay preformado en el huevo antes de la fecundación? A manera de inciso, la preformación, entendida a la manera del siglo XVIII, solucionaba el problema de la diversificación, o diferenciación, celular: si las estructuras del cuerpo humano preexisten en las células germinales, el problema de la diferenciación no ha existido realmente más que en el momento de la Creación, y la intervención divina permitía, evidentemente, la solución del enigma biológico. Pero ya hemos visto que la preformación, entendida como la existencia de una copia de cada individuo en sus células germinales, carece de sentido, y el reto planteado por la naturaleza sobre cómo se desarrolla un animal ha persistido hasta nuestros días.

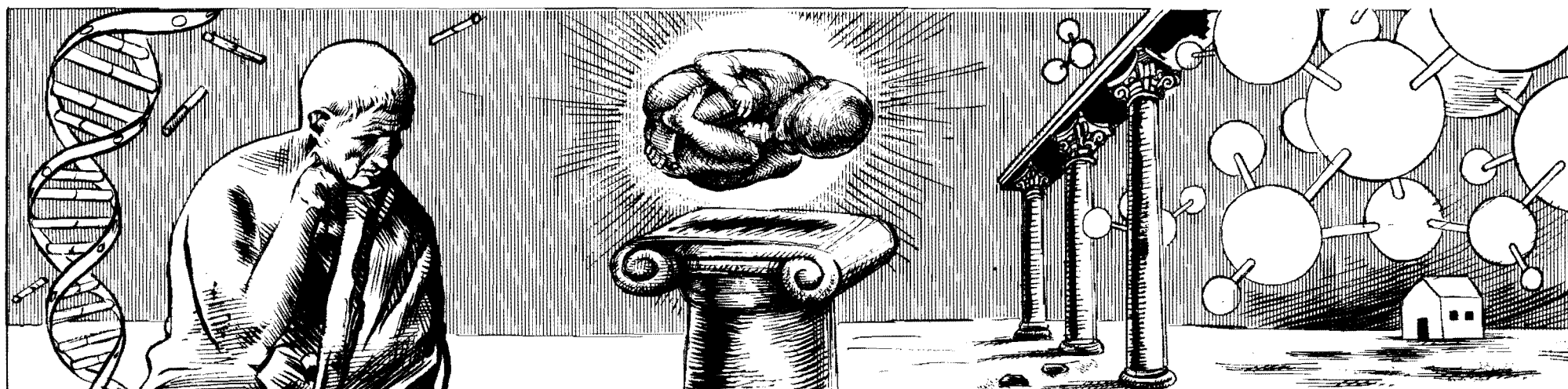
Desarrollo ontogénico

El libro que ha dado lugar a estas líneas, con el ambicioso y pretencioso título de *La construcción de una mosca*, trata del desarrollo ontogénico de un animal. Su autor, Peter Lawrence, un biólogo inglés, ha participado, y continúa haciéndolo, activamente en estudios relacionados con estos problemas, y en su libro Lawrence nos presenta un resumen de lo que hemos aprendido durante los últimos veinte años sobre los mecanismos del desarrollo de la mosca del vinagre, «Dro-
➔



ULISES

Viene de la página anterior



ULISES

sophila melanogaster». La tesis fundamental defendida en el libro es que los misterios del desarrollo de este animal nos han sido revelados en sus líneas generales, y que hoy, con respecto a la «Drosophila», nos encontramos en la envidiable posición de dar respuesta a la mayoría de las cuestiones que se planteara Aristóteles.

«Drosophila» es una pequeña mosca, de fácil y poco costoso cultivo en el laboratorio, con un ciclo generacional de unas dos semanas, relativamente robusta y resistente a todo tipo de manipulaciones experimentales. Además, si bien las alas de la «Drosophila» no alcanzan a desarrollar los colores de las de muchas mariposas, o carecen de la elegancia aparente de las de una libélula, la mosca del vinagre es un bello animal cuya contemplación, al menos a los aumentos de un microscopio simple, puede causar una cierta satisfacción estética. Por todos esos motivos, «Drosophila» ha servido, con interrupciones cortas desde 1910, como el objeto predilecto para estudios sobre Genética de animales. Por lo demás, el cuerpo del embrión de la mosca, como el de muchos otros animales, incluyéndonos a los humanos, está subdividido en segmentos, y cada uno de esos segmentos posee elementos distintivos en número suficientemente alto para permitir un análisis de su desarrollo a alto nivel de resolución morfológica. Desde hace unos cincuenta años, los científicos han aprovechado las grandes ventajas que «Drosophila» ofrece para los estudios genéticos y se han planteado la pregunta sobre la contribución de los genes al desarrollo, creando una nueva rama de la Biología, la Genética del Desarrollo. Al principio, hasta los años 70 de nuestro siglo, fueron muy pocos los cultivadores de esa nueva ciencia; tan sólo unas pocas personas pueden ser consideradas pioneros de la Genética del Desarrollo: Don Poulson y Ed Lewis en los Estados Unidos de Norteamérica; y Ernest Hadorn y sus colaboradores en Zürich. Durante los años 70, la Genética del Desarrollo recibió impulsos mayores de Antonio García-Bellido, en cierto modo un discípulo de Hadorn, y sus colaboradores, quienes aportaron una gran parte de los conceptos y descubrimientos de esos años. A finales de los años 70, dos estudios fueron dados a conocer cuyo impacto sobre el mundo de la Biología del Desarrollo iba a ser extraordinario: Ed Lewis publicó sus resultados del estudio de la organización y funcionamiento de los genes del complejo génico llamado «Bithorax» (por unas mutaciones que causan la transformación de un segmento del tórax de la mosca en otro); Christiane Nüsslein-Volhard y Eric Wieschaus publicaron los resultados de sus estudios de mutantes embrionarios.

Ambos estudios causaron una verdadera revolución en nuestra ciencia, el primero por su carácter de ejemplaridad y el segundo por su carácter sistemático y exhaustivo, y de-

terminaron que un gran número de científicos pasaran a ocuparse de los estudios ontogénicos. De estos trabajos genéticos, con sus consideraciones fenotípicas, han venido a derivarse la mayor parte de las bases materiales y conceptuales que han permitido por fin el asalto al gran problema del desarrollo ontogénico a un nivel de resolución molecular. Gran parte del éxito ulterior de esos trabajos es debido al momento de su publicación, que fue realmente muy oportuno, ya que prácticamente coincidió con el advenimiento de las técnicas de clonaje molecular y secuenciación de ácidos nucleicos, ocurrido muy pocos años antes. La aplicación de esas técnicas moleculares, por parte de muchos otros científicos, al estudio de los mutantes de «Drosophila» que Nüsslein-Volhard y Wieschaus aislaron y caracterizaron, llevó a la mencionada revolución de la Biología del Desarrollo. Una revolución, porque algunos de los principios elaborados estudiando el desarrollo de «Drosophila» han podido ser extendidos a otros animales aún más complejos que la mosca del vinagre, como el ratón. Este proceso puede ser comparado, por su importancia, con la evolución de la Biología Molecular clásica, desde el descubrimiento de la estructura del ADN en 1953 hasta el desciframiento del código genético en 1965.

Excelente construcción dialéctica

Para cualquier persona interesada en el tema, y me refiero tanto al estudiante de la Biología del Desarrollo como al laico en general, el libro que nos ocupa puede considerarse una excelente y, por su estilo, muy personal introducción a los problemas de la ontogenia. Su autor nos da una síntesis, que si no fuera final habría estado al menos muy cercana a la definitiva (ello explica y justifica lo pretencioso del título), de fácil lectura y excelente construcción didáctica. Pero concretamente, ¿qué es lo que hemos aprendido en estos últimos veinte años sobre los mecanismos del desarrollo de la mosca del vinagre, y qué nos cuenta Peter Lawrence sobre ello? En primer lugar, una gran lección que hemos aprendido consiste en que el análisis genético permite la disección de un proceso tan complejo como es la embriogénesis en sus elementos constitutivos. Los físicos nos han enseñado a los biólogos el llamado método reduccionista, a saber: con el fin de reducir su complejidad, los fenómenos complejos han de ser descompuestos en sus partes constituyentes. La reducción elemental de cualquiera de los muy complejos procesos biológicos es, por tanto, una de las metas esenciales del biólogo moderno. Es cierto que sabíamos que la Genética permite introducir de manera específica variantes ele-

mentales en cualquier proceso a estudiar. Es decir, una mutación puede perturbar, o eliminar, uno de los componentes elementales del proceso a estudiar sin perturbar los restantes componentes, lo que nos permite estudiar los efectos de esa operación sobre ese fenómeno que se pretende entender. En el pasado, la Genética ha servido repetidas veces como instrumento eficaz para llevar a cabo una aproximación reduccionista al estudio de fenómenos biológicos de menor complejidad que el desarrollo, como, por ejemplo, las vías metabólicas de bacterias y levaduras o la morfogenia de bacteriófagos. En estos casos, el estudio de mutantes permitió descubrir los procesos elementales implicados, cuáles son los efectos de su eliminación y cuáles son sus relaciones funcionales. Por otra parte, ya Aristóteles nos había dicho, aunque con otras palabras, que el embrión se desarrolla a partir de la información contenida en sus genes antes que los estudios de que trata el libro de Lawrence lo pusieran de manifiesto. Pero estaba todavía por demostrar que todo ello fuera factible con respecto al desarrollo ontogénico de un animal, cuyo grado de complejidad es sencillamente extraordinario; y también había que demostrar que la Genética nos iba a permitir entender de qué modo se manifiesta la información genética y cómo tiene lugar la regulación de esa información para permitir el desarrollo animal. Es decir, esos trabajos nos han enseñado que el método genético es el método de elección para llevar a cabo un análisis ontogénico en cualquier animal.

Un patrón celular

¿Qué otras cosas hemos aprendido? Por ejemplo, que un número de genes relativamente bajo, sobre unos 100, actuando combinatoriamente, basta para regular la formación de un patrón celular tan complejo como es el patrón del embrión de la mosca. Hemos aprendido también que estos genes están organizados en al menos cinco niveles de regulación que actúan jerárquicamente, de manera que la actividad de los genes de cada

uno de los niveles depende, por un lado, de la actividad de los genes de niveles precedentes y, por otro lado, de su propia actividad. El primero de esos niveles está representado por la información molecular depositada por la madre durante la ovogénesis en el citoplasma del huevo, que nos ha revelado un gran nivel de complejidad (con ello admitimos que el preformacionismo defendido en el siglo XVIII tenía realmente una cierta base de veracidad); los siguientes niveles son dependientes de la actividad del genoma del embrión. Por último, hemos aprendido que la regulación de la actividad génica con importancia para el desarrollo tiene lugar fundamentalmente a nivel de la lectura de esos genes. Esto es, la mosca del vinagre está segmentada y su cuerpo posee órganos diferentes porque las células de esos órganos leen y expresan distintas baterías de genes subordinados, y cada una de esas baterías de genes es regida por la actividad de un grupo distinto de genes reguladores. En pocas palabras, la Genética nos ha permitido descubrir de forma sorprendentemente clara principios fundamentales del desarrollo ontogénico de la «Drosophila».

Enrevesado universo de genes

La impresión general que el libro de Lawrence deja sobre su lector es la de un enrevesado universo de genes y proteínas cuyo interés el autor nos relata con gran entusiasmo. La primera de las dos grandes preguntas aristotélicas, ¿qué es lo que los padres pasan a sus hijos?, fue respondida cuando los genetistas, empezando por Mendel y terminando por la escuela de Thomas Morgan, desenmarañaron la transmisión vertical de los caracteres hereditarios, y los biólogos moleculares la estructura de la información hereditaria y de la síntesis proteica. El libro de Lawrence nos cuenta cómo el otro problema aristotélico, el relacionado con la traducción de la información contenida en los genes de un animal, se encuentra muy cercano a ser resuelto definitivamente. □

RESUMEN

Ya Aristóteles se planteó uno de los problemas básicos de la Biología: cómo se desarrolla un animal a partir de un huevo. Desde entonces el hombre no ha hecho más que preguntarse por su propio origen. Campos Ortega recuerda a Aristóteles y a todos los que han ve-

nido después, al hilo de una obra, útil y divulgadora, que, refiriéndose a la «mosca del vinagre», trata del desarrollo ontogénico de un animal. La «Drosophila», esta «mosca del vinagre», es desde hace décadas el objeto predilecto para estudios sobre genética de animales.

Peter A. Lawrence

The making of a fly. The genetics of animal design

Oxford Blackwell Scientific Publ., Oxford, 1992. XIII + 228 páginas.

Política y nueva retórica

Por Rodrigo Fernández-Carvajal

Rodrigo Fernández-Carvajal (Gijón, 1924) es profesor emérito de Derecho Político de la Universidad de Murcia. Ha escrito, entre otras, las siguientes obras: La Constitución española, El lugar de la Ciencia Política y La idea del Derecho en Federico de Castro.

Albert O. Hirschman destacó en los años 50 como teórico del «desarrollo económico» del tercer mundo. Un tema no obsoleto, pero sí repartido hoy entre otros muchos. El interés que mereció después de la segunda guerra mundial (sus principales cultivadores fueron Prebisch, Myrdal, Harrod, Rostow y el propio Hirschman) se fue atenuando a medida que las lecciones de la realidad y la reflexión académica patentizaron la imposibilidad de abarcarlo sinópticamente; son muchas y diversas las variables que lo condicionan en cada concreta sociedad. De aquí que Hirschman, pasado un tercio de siglo, transite desde la teoría político-económica a otro tema tan remoto como el del análisis retórico de la naturaleza de la argumentación en materias político-sociales. Incluso cambia en redondo de horizonte: no son ahora los países nuevos y las economías emergentes su objeto de estudio, sino la tradición política y constitucional de Europa y de los Estados Unidos a lo largo de los últimos dos siglos.

«Grandes teorías» y planteamientos metódicos

Esta mutación de perspectiva tiene que ver, me parece, con dos recientes sucesos mundiales, aunque ambos aparezcan tan sólo veladamente en el libro de Hirschman. Por de pronto, los triunfos del liberalismo económico logrados por la Thatcher y por Reagan; triunfos a los que vino a dar espaldarazo confirmador el desplome de las economías socialistas consecuente al del muro de Berlín. La «Mano Invisible» de Adam Smith actúa victoriosamente a despecho de los credos intervencionistas; y las «teorías del desarrollo» de los años 50 —de los grandes años de Hirschman— eran estrategias montadas sobre una serie de calculadas operaciones intervencionistas. En fin, el segundo suceso (al que me ciño por el propósito selectivo de mi comentario) no es histórico-político, sino doctrinal: la crisis de la ideología hegeliano-marxista y de su inseparable método dialéctico. Una dialéctica, no hay que decirlo, entendida como ciencia de lo real y saber absoluto; no como ciencia formal al modo de la dialéctica y de la retórica clásicas.

Esta crisis tuvo sus pródomos, como los terremotos y las erupciones; sus anticipadas impugnaciones y propuestas de sustitución. Dejo de lado las alternativas totales, «holísticas», que, condicionadas por el enemigo a batir, erigían, frente al marxismo, grandes «teorías generales»: funcionalismo, paradigmas económicos como la Curva de Philips, estructuralismo, biosociología, etc. Retengo las que, por ceñirse al plano de los métodos, resultan, a la larga, más fecundas, y quizá también, por su neutralidad de principio, capaces de influir sobre un más ancho y heterogéneo abanico de autores.

Me parece que la más sugestiva de ellas (aunque incompleta) es la renovación por el filósofo belga Chaïm Perelman y su «Escuela de Bruselas» de la antigua ciencia de la Retórica, a partir, sobre todo, del *Traité de l'Argumentation*, de 1958. Perelman proclama que la dialéctica de Hegel y de Marx es un producto degenerado y corrupto. No un diálogo de personas que debaten entre sí según ciertos «tópicos» o principios de argumentación, sino algo impersonal, objetivo y necesario. Debe

ser sustituida, en consecuencia, por una lógica de la argumentación interpersonal referida a la praxis contingente, y capaz tan sólo de certezas y conclusiones aproximativas. Más llanamente: por una dialéctica o tópica en el sentido que atribuía a estos términos el viejo Aristóteles.

Perelman (1912-1984) fue el gran maestro de la nueva tópica, pero antes o al par de él, y sin visible conexión, ya habían aparecido estudios del mismo corte referidos a campos particulares: derecho, política, ética, economía. De Aristóteles (autor que en el último tercio de nuestro siglo, con la resurrección de la «filosofía práctica» y de la Retórica, ha vuelto a ser, casi como en el siglo XIII, un fascinante autor de moda) data la distinción entre los «tópicos» o «lugares» comunes y los tópicos y lugares propios («idia»). Aquellos son esquemas generales y multivalentes aplicables a todo tipo de debates: siempre que los hombres discrepamos con moderación, sin llegar a las manos o a los votos (no solemos reparar en que las votaciones son siempre rupturas o congelaciones de un fluente diálogo, al que acordamos poner fin porque las urgencias de la vida exigen adoptar alguna decisión), permanecemos instalados, como los púgiles, sobre un cuadrilátero cuyas cuer-

sustantivas; en ellas se expresan verdades experimentales de índole política, jurídica, ética, y también económica, estratégica, etc. Como ocurre que todas son, en definitiva, esclarecimientos de la vida humana asociada —que para los griegos era la auténtica vida y cuya perfección tan sólo se alcanzaba en el seno de la «polis», precisamente—, la expresión «ciencia política» pasa a tener, aparte de la estricta significación de «ciencia del gobierno» que aún conserva entre nosotros, otra significación general abarcadora de toda la filosofía práctica o «filosofía de las cosas humanas».

En fin, cada debate pone a prueba, devolviéndolos al telar dialéctico y contrastándolos con los sucesos y hechos nuevos, estos «tópicos propios»; «son ellos las protoformas de lo que hoy llamamos «ciencias humanas»». Las verdades adquiridas se perfilan, precisan y retocan. Aparecen definiciones, clasificaciones, distinciones; y todas se forjan sobre el yunque de la acción —de la «praxis»— con vistas a la perfección de ella y de los agentes.

El carácter fundamentalmente oral de la cultura griega (Aristóteles es el primer hombre de Occidente que lee sistemáticamente libros para ampliar sus conocimientos, pero sobre las condiciones de lector y de escritor



JORGE WERFFEL

das son los cuatro «tópicos comunes» de lo posible o imposible, del pasado, del futuro y de la magnitud o grado (cf. *Retórica*, B 22). Estas son las cuestiones básicas: tal o cual cosa ¿es posible o es imposible? ¿Ocurrió ya? ¿Es de prever o desear que ocurra mañana? ¿Qué grado, mayor o menor, merece de elogio o censura? Las cuatro cuerdas de nuestra comparación pugilística son, desde luego, puras formalidades. Pero si prescindieramos de ellas se desvanecería toda controversia imaginable. Se trata de aplicaciones del principio de no contradicción; la verdad brota, por de pronto, de la imposibilidad, reconocida por el contrincante, de que sean verdaderas proposiciones contradictorias entre sí.

A partir de aquí los debatientes van tejando otras cuerdas según la naturaleza específica de su debate. A fuerza de controvertir en sucesivas lides acerca de materias políticas, jurídicas, éticas, etc., los cuatro iniciales tópicos van siendo enmarcados (sin dejar de estar implícitos en el trasfondo de todo debate) dentro de plataformas más complejas. ¡Del cuadrilátero pasamos al miriángono! Brotan así cuerpos de proposiciones especiales (de «tópicos propios») en los que todos —dialécticos en pugna y auditores— están por principio contestes. Proposiciones ya no vacías y formales como las primeras, sino llenas y

aún predominan en él las de hablante y oyente) nos brinda hoy a nosotros, lectores impenitentes y casi maníacos, temas de reflexión y de remordimiento. A una cultura escrita como la del siglo XX no se la ve crecer o menguar; no se la visualiza plásticamente como a la cultura oral clásica y aun la medieval, que literalmente se iban desarrollando en trincas académicas y oratorias. La bibliografía inundatoria que hoy nos ahoga todo lo confunde. Victorias y derrotas, objeciones, respuestas, «retractaciones», no son espectáculos vivos. Son más bien confusa materia de hermeneutas y de historiadores que escriben, en cascada, libros sobre libros para explicar quién dijo esto, o quién dijo, o quiso decir, lo otro. Los «metatextos» cubren los textos, y la filosofía es muchas veces filología disfrazada.

Se sigue de aquí que el retorno a la dialéctica interpersonal y a la Retórica no es, ni mucho menos, un capricho arcaizante. Es un esfuerzo de adelgazamiento y simplificación. Así se comprende que invada en nuestros días el campo del saber, sobre todo en lo que respecta a las ciencias humanas. Si nosotros, vienen a pensar sus cultivadores, logramos definir y clasificar nuestros presentes procedimientos de diálogo —como los griegos y romanos hicieron con los suyos, y aun como en las universidades medievales hicieron los

teóricos y practicantes del método escolástico—, lograremos «centrar» nuestros problemas y estaremos en disposición, si no de zanjarlos para siempre, sí de clarificarlos y de ponerlos, libres de oscuridades y sofismas, sobre carriles que permitan y controlen el avance.

Diseción del libro de Hirschman

La ciencia del Derecho (controversial y práctica por su propia naturaleza, pese a las muchas construcciones dogmáticas y sistemáticas con las que se ha querido revestirla) fue la primera en marcar el nuevo rumbo. Poco después, la Ciencia Política salta también al ruedo neoretórico (mejor sería neodialéctico, puesto que la Retórica no es otra cosa que una dialéctica «ad usum multitudinis») por obra de Wilhelm Hennis desde finales de los años 50. En fin, la Política económica es tratada según el método descrito, y hacia los mismos años, por Jöhn y Singer, que establecen listas de tópicos especiales facilitadores del razonamiento en este campo. Por lo que toca al mundo anglosajón, cumple una labor semejante Donald Mac Closkey, en deuda con el cual se reconoce Hirschman. Veamos ya, en síntesis, las nervaduras del libro de éste:

a) Durante los últimos doscientos años ha acontecido en Occidente un «desarrollo de la ciudadanía», reflejado en las constituciones y en la legislación ordinaria, que discurre a través de tres tramos sucesivos (sobre todo en el mundo anglosajón), aunque también, a veces, solapados: afirmación de los «derechos civiles» (siglo XVIII); afirmación de los «derechos políticos» (siglo XIX); y, en fin, afirmación de los derechos económicos y sociales (siglo XX). Tienden estos últimos a asegurar unas condiciones de bienestar que hagan posible el disfrute efectivo, no aparential, de los dos primeros.

b) Ahora bien, la triple implantación encuentra ante sí una brillante serie de contradictores doctrinales. Estamos, pues, ante «doscientos años de retórica reaccionaria» (Hirschman subraya que emplea el término «reacción» sin connotaciones peyorativas, pero no disimula su inclinación «liberal» en el sentido americano, casi equivalente a «socialdemócrata», del adjetivo). Y frente a esta retórica reaccionaria surge una simétrica contrarretórica progresista. Ambas utilizan, en el fondo, un mismo arsenal de argumentos; el tema del libro es, cabalmente, detectarlos, bautizarlos y explicarlos (si Hirschman hubiera leído directamente a sus inspiradores ignotos, Aristóteles y Perelman, hubiera hablado aquí quizá de «tópicos especiales» o «lugares propios» en el sentido que antes expliqué).

c) Los lugares cuyo uso testifica Hirschman son tres, y los inscribe en aposición como subtítulo de su libro: «Perversidad, Futilidad, Riesgo». No me parecen bien denominados; por ello, y para ahorrar al lector perifrasis explicativas, me tomaré la libertad de sustituirlos en este extracto por otros equivalentes y más plásticos.

1.º «Perversidad» tiene (en español como en inglés) una obvia acepción peyorativa que no hace al caso. Yo preferiría hablar aquí de tópico o argumento «del efecto contrario». Hirschman constata que la proclamación revolucionaria de los derechos del hombre suscita una oleada de respuestas. Abre la marcha Edmundo Burke (1790) y vienen después de él José de Maistre (1797) y Adan Müller (1809). Eje dialéctico de los tres celeberrimos libros: las revoluciones, por rebote de culata, abocan, bajo pretexto de libertad, a la erección de nuevas tiranías (máximo ejemplo: el terror jacobino).



Viene de la página anterior



Esto por lo que hace a la primera de las tres batallas. Exactamente lo mismo habría de ocurrir a lo largo de la segunda, la de afirmación de los «derechos políticos» (ampliación del derecho al voto y, en el límite, establecimiento del sufragio universal). Esgrimen ahora el tópico del «efecto contrario», entre otros menos leídos, Herbert Spencer (1884) y Gustavo Le Bon (1893).

En fin, la catapulta del «efecto contra-productente» se dispara también contra las «Leyes de Pobres» inglesas del siglo XIX, primer asomo de lo que luego se llamaría «Estado Benefactor», «Welfare State». Contra éste, ya en nuestro siglo, repiten el tiro muchos autores (el último, Charles Murray, americano, en su «best-seller» de 1984 *Losing ground*). Siempre el mismo dardo: la asistencia pública, tanto en sus primitivas formas decimonónicas como en las más sofisticadas de nuestros días, acaba generando pasividad y holganza en la sociedad a la que —aparentemente— benefician.

2.º El término «futilidad» tiene una inmediata y desorientadora connotación de «frivolidad». Creo, por ello, que sería mejor sustituirlo por el de «contraargumento de irrelevancia», cuya clave está en la denuncia de la inutilidad de las reformas: «Es necesario que todo cambie para que todo siga igual», dice el cínico sobrino del príncipe de Salinas en la novela *El gatopardo*. Es el argumento que esgrime contra la proclamación de los «derechos del hombre y del ciudadano» Alexis de Tocqueville en *El Antiguo Régimen y la Revolución* (1856); contra la democracia, Gaetano Mosca y Vilfredo Pareto en *La clase dirigente* (1896-1897); y, en fin, contra el *Estado Benefactor* George Stigler (1970), Martín Feldsteiner (1974 y 1977) y Gordon Tullock (1983).

3.º El término «riesgo» («jeopardy») creo que podría cambiarse con ventaja por el de «contraargumento del costo excesivo». También, como un cañón giratorio, apunta este contraargumento contra los tres desarrollos sucesivos del constitucionalismo moderno; pero Hirschman rompe aquí su implacable simetría al no poner ningún ejemplo de contraargumento enderezado contra la afirmación de las libertades individuales, esto es, contra la «dimensión civil de la ciudadanía». Las disculpas por esta omisión me resultan confusas; el autor parece fundarlas en que hablar de riesgo o costo excesivo comporta, como presupuesto tácito, el reconocimiento de que, en sí, la admisión de las libertades liberales supone un bien, y el exceso surge solamente cuando al liberalismo se sobreañade la democracia; esto es, cuando se plantea, ya en el inicio del segundo cuarto del siglo XIX, la pugna entre la ya consolidada dimensión civil del Estado constitucional y la todavía ascendente dimensión política. El primer actor al que se remite Hirschman es, consecuentemente, de ideología liberal: George Canning. Para este político «whig» (en discurso pronunciado alrededor de 1825), la Constitución inglesa puede malograrse con la extensión de los derechos políticos, esto es, con el descenso de la franquicia electoral y consiguiente au-



JORGE WERFFELLI

mento de electores. Algo parecido viene a decir, también en el Parlamento, el asimismo liberal Robert Lowe cuando cuarenta y un años después se opone a la segunda Ley de Reforma electoral. En fin, Hirschman lanza finalmente al ruedo tres pesos pesados del mundo académico, muy remotos, por lo demás, en su intención y contexto histórico: Sir Henry Maine, Fustel de Coulanges y Max Scheler. El primero en su *Gobierno popular* (1886), militantemente antidemócrata; el segundo en *La ciudad antigua* (1864); y el tercero en *El espíritu de las democracias de las grandes naciones* (1916).

Queda por describir cómo, y por obra de qué artilleros, el contraargumento del costo excesivo dispara contra el «Welfare State» en nombre y defensa de la libertad y de la democracia. Aquí el comandante de la batería es Friedrich Hayek y el primer obús su hoy ya clásico libro *Camino de servidumbre* (1944); a él sigue, como es bien sabido, *La Constitución de la libertad*, de 1960, y luego un fuego graneado de otros importantes escritos que llenan la larga vida del economista austríaco hasta su muy reciente óbito. Otro autor de menor entidad es Samuel Huntington: modela el contraargumento poniendo especial énfasis en el debilitamiento de la autoridad estatal que trae consigo el «Estado benefactor» en los Estados Unidos a lo largo de los años 60 y 70.

Balance y crítica

No sé qué impresión producirán en el lector estas alineaciones y recuentos clasificatorios. ¿Virtuosismos taxonómicos encorseadores de la historia de las ideas políticas, ironías de novela de Borges? El propio Hirschman, que evidentemente arranca de una prevención «liberal» y de izquierdas contra el pensamiento reaccionario y de derechas, se va percatando de las quiebras de esta suerte de «orden cerrado» con «fair-play» que le honra. Y ello ya en el prefacio, que, como tan-

tas veces suele ocurrir, es en realidad un «postfacio» y una anticipada palinodia: reconoce que al hilo de la redacción le asaltó en algún momento el escrúpulo de «demonizar» al adversario, y opta, al fin, por «girar sobre sí mismo». Efectivamente, el sexto y último capítulo aborda, «para sorpresa del propio autor», ya no la «retórica de la reacción» a que se refiere el título del libro, sino la retórica progresista: «Los reaccionarios no tienen el monopolio de la retórica simplista, perentoria e intransigente». Cuando, por ejemplo, un autor marxista afirma que la historia boga a su favor, pase lo que pase, no hace sino expropiar para propio beneficio la consigna del personaje de *El gatopardo*. Y cuando en el curso del siglo XIX florecen las innumerables utopías (otros tantos intentos de reedificar la sociedad desde sus cimientos), los profetas del progreso reformulan la tesis del costo excesivo: para una sociedad sin tradiciones de libertad, el paralizarse en la existente comportaría un riesgo superior a cualquier cambio, por onírico y atrevido que éste pueda parecernos.

Paralelo con Perelman

Hemos visto la coyuntura intelectual de que es resultado el libro y luego el libro mismo. Nos queda sólo una telegráfica puntualización de sus logros y limitaciones.

1.º) Creo que no puede negarse a la dialéctica o neorretórica en general, y a la obra de Hirschman en particular, una doble utilidad positiva y negativa: a) Sacar a flor de conciencia los recursos argumentales que subyacen en las doctrinas políticas tanto vale como facilitarnos la futura investigación, la retórica «inventio». Los tópicos de Hirschman son una rejilla mental adaptable a otros problemas distintos de los que él aborda. b) También, a la inversa, los tópicos son piedras de toque que nos permiten detectar posibles sofismas y puntos débiles en las posiciones contrarias a las nuestras. Hirschman asienta quizá las bases para un futuro *Manual de falacias políticas* más formalizado (y, por lo mismo, de más generalizable aplicación) que la obra del mismo título publicada en el remoto año de 1816 por Jeremías Bentham.

2.º) Hirschman no es filósofo, pero tiene, en tanto neorretórico, un entramado filosófico implícito. Este entramado está a la vista en Perelman, filósofo de profesión y patriarca de los neorretóricos de nuestro siglo. La neorretórica, o teoría de la argumentación, es por definición, igual que la lógica, un «órgano» o instrumento, y su prueba de fuego está en el fin último a cuya consecución se aplica. Ahora bien, el positivista Perelman rechaza la metafísica y propugna una filosofía

revisable, en perpetuo retorno sobre sus supuestos y abierta a toda nueva argumentación. ¿Quiere esto decir que excluye todo valor absoluto? No, porque para Perelman son absolutas la justicia y la libertad; pero ambas están por principio vacías de contenido, en estado de confusión, y el papel del filósofo sería infundirles, en cada caso, un contenido armonizable con las creencias aceptadas en una determinada sociedad. Así que la causa final, en principio excluida, retorna disfrazada. La acción justa es la que se puede justificar mejor, piensa Perelman; y la justificación es siempre algo social.

Trasladémonos ahora a Hirschman. No hace en todo su libro referencia alguna a Perelman, pero sus respectivos problemas y sus respectivos talones de Aquiles son perfectamente comparables. Perelman habla de justicia e igualdad y Hirschman de democracia. Para el primero el problema está en dar a aquellos dos conceptos plurales un significado unitario aquí y ahora; vale decir, aceptado socialmente, y por tanto generador de paz social. Para el segundo el problema está en «empujar el discurso público más allá de posturas intransigentes de una y otra clase, con la esperanza de que en el proceso nuestros debates se tornen más amistosos con la democracia» (página 187).

Pero al filósofo Perelman podríamos objetarle: ¿la aceptación social, obtenida mediante discurso interpersonal y argumentativo, no puede abocar, acaso, a situaciones opuestas a la libertad y a la justicia? Y al economista y filosofante Hirschman cabría reargüirle: ¿qué quiere decir, exactamente, «democracia»? ¿Por qué utilizar esta palabra-globo, cuyo confuso empleo tanto y tan justificadamente irritaba a don José Ortega, como designación del régimen social y político «standard», de derecho común, máximamente deseable? El debate honradamente conducido, con armas retóricas limpias y a la vista, es cosa excelente. Pero un debate es, ante todo, un método o, dicho en español, un camino; y en la idea de camino está incluido el riesgo de «desaminamiento» si no sabemos adónde debemos ir. O bien, cuando menos, adónde no debemos ir. □

En el próximo número

Artículos de Eloy Benito Ruano, Pedro Laín Entralgo, Miguel Siguán, Pedro Martínez Montávez, Olegario G. de Cardedal, Alberto Galindo y Francisco García Olmedo.

RESUMEN

El americano Albert O. Hirschman, conocido desde los años 50 como uno de los principales teóricos mundiales del desarrollo económico, plantea en este libro un tema en cierto modo ajeno a su línea de trabajo habitual: extraer los principales recursos retó-

ricos subyacentes a la literatura político-doc-trinal de los últimos doscientos años. Se inscribe así, aunque quizá sin plena conciencia de ello, en la neorretórica de inspiración aristotélica, cuyo principal representante fue Perelman.

Albert O. Hirschman

Retórica de la intransigencia

Fondo de Cultura Económica, México, 1991. 204 páginas. 1.400 pesetas.

ANTROPOLOGIA

GARCIA-SABELL, Domingo
«La búsqueda de las raíces», sobre *Audacias femeninas*, de Carlos García Gual. N.º 51. Enero. Págs. 1-2-3.

ARQUITECTURA

FERNANDEZ ALBA, Antonio
«Desde la cima del vacío», sobre *El espacio raptado*, de Javier Ma-deruelo. N.º 59. Noviembre. Pág. 3.

ARTE

BARRIO-GARAY, José Luis
«Conjetura e interpretación del Arte», sobre *Principles of Art History Writing*, de David Carrier. N.º 55. Mayo. Págs. 10-11.
GALLEGO, Julián
«La arquitectura desde el dibujo», sobre *Dibujos de arquitectura y ornamentación de la Biblioteca Nacional. Siglos XVI y XVII*, de Elena M.ª de Santiago Páez y otros. N.º 53. Marzo. Págs. 1-2.
MARTIN GONZALEZ, Juan José
«El arte medido en dinero», sobre *Arte, inversión y mecenazgo. Un análisis económico del mercado del arte*, de William D. Grampp. N.º 52. Febrero. Págs. 8-9.
«El proyecto Rembrandt», sobre *El taller de Rembrandt. La libertad, la pintura y el dinero*, de Svetlana Alpers. N.º 58. Octubre. Págs. 6-7.
VAQUERO TURCIOS, Joaquín
«En la oscuridad del jardín», sobre *Ontología y teleología del jardín*, de Rosario Assunto, y *Atlante storico dell'idea del giardino europeo*, de Virgilio Vercelloni. N.º 56. Junio-julio. Pág. 12.

BIOLOGIA

ALBERCH, Pere
«Los misterios del embrión», sobre *The Triumph of the Embryo*, de Lewis Wolpert. N.º 58. Octubre. Pág. 3.
BEATO, Miguel
«Base biológica de la consciencia», sobre *The remembered present. A biological theory of consciousness*, de Gerald Edelman. N.º 52. Febrero. Págs. 10-11.
«El Dios genético», sobre *II Dio genetico*, de Ernesto DiMauro. N.º 59. Noviembre. Págs. 8-9.
CAMPOS ORTEGA, José Antonio
«Historia de una mosca», sobre *The making of a fly. The genetics of animal design*, de Peter A. Lawrence. N.º 60. Diciembre. Págs. 8-9.
GARCIA OLMEDO, Francisco
«... a la biología como metáfora», sobre *Señora de rojo sobre fondo gris*, de Miguel Delibes. N.º 53. Marzo. Pág. 7.

CIENCIA

GARCIA VELARDE, Manuel
«La ciencia como parte de la cultura», sobre *Michael Faraday and the Royal Institution. (The Genius of Man and Place)*, de John Meurig Thomas. N.º 53. Marzo. Pág. 12.
LOPEZ PINERO, José María
«La historia de la ciencia como disciplina», sobre *Companion to the History of Modern Science*, de R. C. Olby, G. N. Cantor, J. R. Christie y M. J. S. Hodge. N.º 55. Mayo. Págs. 8-9.
PASCUAL, Ramón
«Ciencia y religión», sobre *John Paul II on Science and Religion. Reflections on the New View from Rome*, de R. J. Russell, W. R. Stoeger y George V. Coyne. N.º 57. Agosto-septiembre. Págs. 8-9.
RIOS, Sixto
«Esteban Terradas: algunas vivencias», sobre *Esteban Terradas. Ciencia y técnica en la España contemporánea*, de Antonio Roca y J. M. Sánchez Ron. N.º 52. Febrero. Pág. 3.

CINE

CAMUS, Mario
«El símbolo de una generación», sobre *Brando. La biografía*, de Richard Schickel. N.º 59. Noviembre. Págs. 6-7.
GARCIA BERLANGA, Luis
«Una mujer casi perfecta, de pesadilla», sobre *Yo misma. Historias de mi vida*, de Katharine Hepburn. N.º 53. Marzo. Pág. 3.

DERECHO

LOPEZ PINA, Antonio
«Del Derecho bajo el Estado previsor», sobre *Die Zukunft der Verfassung*, de Dieter Grimm, y *Der gebändigte Leviatan*, de Erhard Denninger. N.º 58. Octubre. Págs. 10-11.

ESTETICA

CARNERO, Guillermo
«Lo bello, lo sublime y lo pintoresco», sobre *La poétique du pittoresque en France de 1700 à 1830*, de Wil Munsters. N.º 54. Abril. Págs. 6-7.

FILOLOGIA

LORENZO, Emilio
«La ortografía, de moda», sobre *Manifiesto ortográfico de la lengua española*, de José Polo, y *Reforma de la ortografía española*, de José Martínez de Sousa. N.º 55. Mayo. Pág. 3.
MARTINEZ CACHERO, José María
«Biografía de una vocación», sobre *Ramón Menéndez Pidal, su vida y su tiempo*, de Joaquín Pérez Villanueva. N.º 53. Marzo. Págs. 10-11.

RODRIGUEZ ADRADOS, Francisco
«Historia intelectual de una época», sobre *Sileno. Idea y validez del simbolismo antiguo*, de Friedrich Creuzer. N.º 58. Octubre. Pág. 12.
YNDURAIN, Francisco
«Américo Castro, de filólogo a logófilo», sobre *Glosarios latino-españoles de la Edad Media*, de Américo Castro. N.º 55. Mayo. Págs. 4-5.

FILOSOFIA

VALVERDE, José María
«Entre Prometeo y el Apocalipsis», sobre *El fin del mundo como obra de arte*, de Rafael Argullol. N.º 55. Mayo. Págs. 1-2.

FILOSOFIA SOCIAL

GINER, Salvador
«El fuste de la razón», sobre *The Crooked Timber of Humanity*, de Isaiah Berlin. N.º 54. Abril. Págs. 4-5.

FISICA

GARCIA DONCEL, Manuel
«La antimateria y la belleza matemática», sobre *Dirac, a scientific biography*, de Helge Kragh. N.º 58. Octubre. Págs. 4-5.
PASCUAL, Ramón
«¿Existe la realidad física?», sobre *Lo decible y lo indecible en mecánica cuántica*, de John S. Bell. N.º 51. Enero. Pág. 12.
SANCHEZ DEL RIO, Carlos
«Werner Heisenberg y la física alemana», sobre *Uncertainly. The Life and Science of Werner Heisenberg*, de David C. Cassidy. N.º 57. Agosto-septiembre. Págs. 10-11.

GEOGRAFIA

LOPEZ GOMEZ, Antonio
«Vistas: ciudades valencianas en el XVI», sobre *Les vistes valencianes d'Anthonie van den Wijngaerde (1563)*, de Vicenç M. Rosselló i Verger (dir.). N.º 56. Junio-julio. Págs. 10-11.
VILA VALENTI, Joan
«El oficio de geógrafo», sobre *Le métier de géographe. Un demi-siècle de géographie*, de Pierre George. N.º 54. Abril. Págs. 10-11.

HISTORIA

ANES, Gonzalo
«Las ciudades españolas en el siglo XIX», sobre *Las ciudades españolas en el siglo XIX*, de Francisco Quirós Linares. N.º 57. Agosto-septiembre. Págs. 1-2-3.
BENET, Juan
«Cada cual con su deber», sobre *Engage the Enemy More Closely*, de Correlli Barnett, y *Dreadnought*, de Robert K. Massie. N.º 55. Mayo. Págs. 6-7.
DOMINGUEZ ORTIZ, Antonio
«Otra historia de España», sobre *Enciclopedia de Historia de España. Tomo IV: Diccionario biográfico. Tomo V: Diccionario Temático*, de Miguel Artola (coord.). N.º 57. Agosto-septiembre. Págs. 4-5.
MARQUEZ VILLANUEVA, Francisco
«1492: ante el enigma de la expulsión», sobre *La expulsión de los judíos de España*, de Luis Suárez. N.º 58. Octubre. Págs. 8-9.
PALACIO ATARD, Vicente
«Fantasia y verdad en la muerte de Colón», sobre *Los últimos días de Cristóbal Colón y sus testamentos*, de Demetrio Ramos. N.º 60. Diciembre. Pág. 3.
RODRIGUEZ ADRADOS, Francisco
«Una reflexión sobre historiografía», sobre *The Classical Foundations of Modern Historiography*, de Arnaldo Momigliano. N.º 51. Enero. Págs. 4-5.
SECO SERRANO, Carlos
«El último emperador», sobre *Charles de Habsbourg. Le dernier empereur*, de Michel Dugast Rouillé. N.º 56. Junio-julio. Pág. 3.
TOMAS Y VALIENTE, Francisco
«Polémica sobre la ciencia española», sobre *Ciencia y censura. La Inquisición española y los libros científicos en los siglos XVI y XVII*, de José Pardo Tomás. N.º 52. Febrero. Pág. 12.

LEXICOGRAFIA

ALVAR, Manuel
«Lo esencial de un diccionario», sobre *Diccionario esencial Santillana de la lengua española*, de autores varios. N.º 54. Abril. Págs. 8-9.

LINGÜISTICA

GARCIA CALVO, Agustín
«El mismo Aristóteles en torno del lenguaje», sobre *Aristotele. Le langage*, de Anne Cauquelin, y *Grundzüge der Aristotelischen Sprachtheorie*, de Hermann Weidemann. N.º 52. Febrero. Págs. 6-7.

LITERATURA

ALONSO MONTERO, Xesús
«Alvaro Cunqueiro, ensayista en gallego», sobre *Obra en gallego completa. Tomo IV: Ensaíos*, de Alvaro Cunqueiro. N.º 57. Agosto-septiembre. Pág. 12.
AYALA, Francisco
«El realismo literario», sobre *Teorías del realismo literario*, de Darío Villanueva. N.º 60. Diciembre. Págs. 1-2.
CASTRO DE ZUBIRI, Carmen
«Miguel Delibes: de la literatura...», sobre *Señora de rojo sobre fondo gris*, de Miguel Delibes. N.º 53. Marzo. Pág. 6.

COLINAS, Antonio
«El más rotundo Góngora», sobre *Obras [Manuscrito Chacón]*, de Luis de Góngora. N.º 59. Noviembre. Págs. 1-2.
GARCIA BERRIO, Antonio
«Escepticismo e hipercriticismo», sobre *Presencias reales*, de George Steiner. N.º 60. Diciembre. Págs. 4-5.
HARO TECGLEN, Eduardo
«Una muerte sufi», sobre *La cuarentena*, de Juan Goytisolo. N.º 54. Abril. Pág. 12.
JIMENEZ LOZANO, José
«La escritura desnuda de Isaac Babel», sobre *Journal de 1920*, de Isaac Babel. N.º 56. Junio-julio. Págs. 4-5.
MAINER, José-Carlos
«Leer después de Auschwitz», sobre *Lecturas, obsesiones y otros ensayos*, de George Steiner. N.º 52. Febrero. Págs. 1-2.
«Salinas y Guillén: la hermanal cadena», sobre *Correspondencia*, de Pedro Salinas y Jorge Guillén. N.º 59. Noviembre. Págs. 4-5.
MARQUEZ VILLANUEVA, Francisco
«El contrasilecio de Ramón de Garciasol», sobre *Cuadernos de Miguel Alonso*, de Ramón de Garciasol. N.º 52. Febrero. Págs. 4-5.
MARTIN GAITE, Carmen
«El ladrón de imágenes», sobre *El jinete polaco*, de Antonio Muñoz Molina. N.º 56. Junio-julio. Págs. 6-7.
SALVADOR, Gregorio
«Escribir en Costa Rica», sobre *Crisantema*, de Alberto Cañas. N.º 51. Enero. Págs. 6-7.
ZAMORA VICENTE, Alonso
«Valle-Inclán y los periódicos», sobre *La singladura narrativa de Valle-Inclán (1888-1915)*, de Eliane Lavaud-Page. N.º 58. Octubre. Págs. 1-2.

MATEMATICAS

GUZMAN, Miguel de
«Una nación en peligro», sobre *Everybody Counts. A Report to the Nation on the Future of Mathematics Education and Moving Beyond Myths. Revitalizing Undergraduate Mathematics*, de autores varios. N.º 51. Enero. Págs. 10-11.

MEDICINA

LAIN ENTRALGO, Pedro
«Inagotable Cajal», sobre *El pensamiento de Cajal*, de Carlos Lorenzo Lizalde. N.º 51. Enero. Págs. 8-9.

MUSICA

PRIETO, Claudio
«Beethoven, gloria y miseria de un artista», sobre *Beethoven. Leyenda y realidad*, de Edmond Buchet. N.º 56. Junio-julio. Págs. 1-2.
SOLER, Josep
«Viejas formas en un nuevo lenguaje», sobre *The Twelve-Note Music of Anton Webern*, de Kathryn Bailey. N.º 60. Diciembre. Págs. 6-7.

PENSAMIENTO

DIAZ, Elías
«Unamuno: resentimiento y reconstrucción», sobre *El resentimiento trágico de la vida. Notas sobre la revolución y guerra civil españolas*, de Miguel de Unamuno. N.º 53. Marzo. Págs. 8-9.

POLITICA

BRUNNER, Guido
«Andrei Sajarov, conciencia de la humanidad», sobre *Memorias*, de Andrei Sajarov; *Die Zukunft gehört der Freiheit (El futuro pertenece a la libertad)*, de Eduard Shevardnadse; y *Boris Yelzin. Retter der Freiheit (Boris Yelzin. Salvador de la libertad)*, de John Morrison. N.º 54. Abril. Págs. 1-2-3.
DIAZ, Elías
«Una visión estética de la política», sobre *El cortesano y su fantasma*, de Xavier Rubert de Ventós. N.º 59. Noviembre. Págs. 10-11.
FERNANDEZ-CARVAJAL, Rodrigo
«Política y nueva retórica», sobre *Retórica de la intransigencia*, de Albert O. Hirschman. N.º 60. Diciembre. Págs. 10-11.
FONTAN, Antonio
«Derechos históricos y Constitución española», sobre *Idea de los derechos históricos*, de Miguel Herrero y R. de Miñón. N.º 53. Marzo. Págs. 4-5.
PERUCHO, Juan
«El rigor historiográfico de Coll i Alentorn», sobre *Historiografía*, de Miquel Coll i Alentorn. N.º 55. Mayo. Pág. 12.

SOCIEDAD

VERDU, Vicente
«El sonido de la intimidad», sobre *Éloge de l'intimité*, de Willy Pasini. N.º 59. Noviembre. Pág. 12.

SOCIOLOGIA

LOPEZ PINTOR, Rafael
«La tradición de informes sociales en España», sobre *España a debate (I: La política. II: La sociedad)*, de José Vidal-Beneyto (ed.). N.º 56. Junio-julio. Págs. 8-9.
SOTELO, Ignacio
«Teoría sociológica y comunidad científica», sobre *La realidad social y Sociedad y lenguaje. Una lectura sociológica de Saussure y Chomsky*, de Miguel Beltrán. N.º 57. Agosto-septiembre. Págs. 6-7.